OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

Stalin

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov

Obras Escogidas de León Trotsky
Edicions Internacionals Sedov
Valencia, agosto de 2026
germinal_1917@yahoo.es

Edicions internacionals Sedov

Versión desde *Staline*, Éditions Bernard Grasset, París, 1948, traducido al francés desde el ruso por J. van Heijenoort. El 19 de marzo de 1940, Trotsky le anunciaba a Malamuth su enésimo retraso en la entrega de esta biografía de Stalin ("[El retraso del manuscrito. Carta a Malamuth]"); hacía diez años que Trotsky había encarado la necesidad de una biografía sobre Stalin (ver el texto de agosto de 1930: "[Apuntes para las grandes etapas en una biografía política de Stalin]", texto de lectura muy complementaria de esta obra que ahora ofrecemos); el 26 de febrero de 1938 aceptaba la propuesta de añadir la biografía de Stalin a los compromisos adquiridos anteriormente sobre la biografía de Lenin ("[Carta a Canfield. Un libro sobre Stalin: de acuerdo]" y, del mismo día, "[Carta a Walker. Los contratos]"); el 15 de marzo del mismo año enfrentaba las reticencias de los editores norteamericano ("[Carta a Walker. Libros a escribir] (biografías de Lenin y Stalin)"); un mes más tarde, el 14 de abril de 1938, en la misma carta que anuncia el envío del borrador del *Programa de transición*, anuncia su necesidad de recoger en Europa documentación para la obra ("[Carta a L. Estrine y Zborowski. Trabajo]"), mientras que en otra carta del mismo día acepta el compromiso con la editorial norteamericana ("[Carta a Walker. Acuerdo aceptado]") y unos días más tarde señalaba algunas dificultades 'técnicas' ("[Carta a C. Canfield. Dificultades técnicas]), dificultades que resultaban de la enorme exigencia con la que Trotsky trabajaba en sus obras y a las que se sumaría la falta de una mecanógrafa y estenógrafa rusa ("[Carta a L. J. Weber. Estancia de Sara]"). En agosto de 1940, Trotsky fue malherido de muerte en su mesa de trabajo, su sangre salpicó parte de los documentos en los que trabajaba intentando acabar esta biografía de Stalin. Hemos escogido versionar desde la edición en francés de 1948 puesto que estuvo traducida por Heijenoort y preparada por éste y por Rosmer. La nota de Heijenoort a una reedición francesa posterior ayudará a completar esta breve información: "Cuando, el 1 de noviembre de 1933, León Trotsky se instaló en Barbizon, había decidido escribir una biografía de Lenin, lo que, según le comunicó a un corresponsal, le llevaría un año. Pero se multiplicaron los contratiempos de todo tipo. A finales de 1935, ya instalado en Noruega, había terminado quince capítulos, pero quince capítulos que no iban más allá de 1893 y que serían publicados en 1936 por la editorial Rieder bajo el título *La jeneusse de Lénine* [*Vida de Lenin. La juventud (La juventud de Lenin)*, en esta misma serie de nuestras EIS]. En otros países, los editores prefirieron esperar para publicar la obra en su totalidad.

A principios de 1936, Trotsky trabaja en su Lenin, pero los problemas de salud, las preocupaciones por la actualidad política y, poco después, el juicio a Zinóviev y Kámenev le obligan a interrumpir su trabajo. A continuación, en septiembre, se produce su internamiento por parte del gobierno noruego y, en diciembre, su partida hacia México. La primera mitad del año 1937 se ve ocupada por el proceso a Rádek y Piatakov, y posteriormente por los trabajos de la Comisión Dewey. En julio de 1937, Trotsky retoma su Lenin, pero su trabajo se ve pronto interrumpido por la marcha de su mecanógrafa rusa.

Ante estos retrasos, la editorial estadounidense (Doubleday Duran) pierde la paciencia y, a principios de 1938, transfiere el contrato a otra editorial estadounidense (Harper and Brothers), cuyo representante sugiere que Trotsky escriba primero un libro sobre Stalin. Trotsky acepta y se firma un contrato para los dos libros, el de Stalin y el de Lenin, debiendo publicarse primero el *Stalin*. A Trotsky le resultó aún más fácil aceptar este cambio, ya que todo el material que ya había reunido sobre el movimiento socialista en Rusia hasta 1917 podía utilizarse tanto para el Stalin como para el Lenin.

Cuando Trotsky fue asesinado en agosto de 1940, dejó el Stalin sin terminar, aunque muy avanzado. El traductor estadounidense, Charles Malamuth, ya se había puesto manos a la obra en vida de Trotsky y, a finales de 1941, la edición estadounidense del libro fue impresa por Harper and Brothers. Pero justo cuando el libro estaba a punto de salir a la venta, se produjo el ataque a Pearl Harbor. Bajo la presión del gobierno soviético, el gobierno estadounidense aconsejó a Harper and Brothers que aplazara la distribución del libro, y la editorial accedió. Era la época en la que se buscaba ganarse el favor del "Tío Jo". No obstante, se depositó un ejemplar del libro recién impreso en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, en Washington. Así fue como, durante varios años, el libro vivió en el limbo de la Biblioteca

del Congreso una existencia incierta. ¿Se había publicado o no? En marzo de 1946, una vez terminada la guerra, Harper and Brothers sacó por fin el libro a la venta.

En 1941, la situación se había complicado aún más debido a que Malamuth se había tomado la libertad de introducir, en la traducción de los capítulos inacabados del libro, comentarios personales que se ajustaban más a sus propias opiniones políticas que a las de Trotsky. En octubre de 1941, Natalia Sedova-Trotsky, con la ayuda de su abogado estadounidense, Albert Goldman, había interpuesto una demanda judicial contra Harper and Brothers para obligar a esta editorial a no publicar el libro en la forma que le había dado el traductor. El 8 de noviembre, el tribunal declaró que se reservaba su decisión. La demanda quedó sin efecto tras la decisión de Harper and Brothers de no distribuir el libro. Cuando el libro salió finalmente a la venta en 1946, contenía el texto de Malamuth sin modificaciones.

La edición francesa del libro también tiene su historia. Las Ediciones Bernard Grasset publicaron el libro en 1948. Yo había traducido del manuscrito ruso los capítulos terminados por Trotsky, es decir, los siete primeros, así como el "Apéndice" sobre las tres concepciones de la revolución rusa. La "Introducción" y los capítulos inacabados fueron traducidos en parte del ruso por mí (yo estaba en Estados Unidos) y en parte del texto inglés de Malamuth por Alfred Rosmer o bajo su supervisión (Rosmer se encontraba en París). Fue Rosmer quien dio al manuscrito francés su forma definitiva y se encargó de las gestiones con el editor. En los capítulos inacabados se habían eliminado las interpolaciones más censurables de Malamuth.

Para la presente edición, he revisado mi traducción, realizada hace más de treinta años, y le he aportado algunos retoques. También he revisado las páginas traducidas del inglés por Rosmer, sin haber tenido, sin embargo, siempre la posibilidad de cotejarlas con el manuscrito ruso. También en este caso solo he introducido algunos retoques, al no considerar oportuno emprender una revisión más profunda del texto.

La mera enumeración de los expedientes que contienen los materiales y manuscritos acumulados por Trotsky mientras trabajaba en su *Stalin* ocupa diecisiete páginas del catálogo de la Biblioteca Houghton, donde se conservan los archivos de Trotsky. Esto significa que hay allí una enorme cantidad de escritos, que van desde capítulos terminados hasta breves notas de unas pocas líneas, pasando por fragmentos de varias páginas. De ahí es de donde Malamuth y yo sacamos el material para elaborar el texto que serviría de base para la edición estadounidense y también, una vez descartadas ciertas interpolaciones introducidas por Malamuth, para la edición francesa. La publicación íntegra de estos manuscritos sería, evidentemente, deseable, pero plantea, como cabe imaginar, grandes problemas. No podría ser más que una labor erudita, poco susceptible de resultar rentable desde el punto de vista comercial. Por lo tanto, solo podría contemplarse si se dispusiera de medios bastante considerables. En un formato práctico, la presente edición ofrece al lector francés lo esencial de la obra de Trotsky.

El texto de Trotsky sobre Stalin daría pie a numerosas observaciones, análisis y debates; pero no quiero salir aquí de mi papel de traductor."

Al igual que con la edición de *La vida de Lenin. La juventud* (ya referenciada más arriba), hemos evitado incluir notas remitiendo a textos o documentos en aras de la lectura más fluida. Sin embargo, para quien desee buscar le aconsejamos que lo haga pues fácilmente encontrará en nuestra serie Trotsky en internet y en castellano (Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas) muchos de los documentos a que se refiere Trotsky.

[*Los siete primeros capítulos y el apéndice "Tres concepciones de la revolución rusa", que estaban enteramente terminados, fueron revisados sobre el texto ruso por León Trotsky. Los capítulos siguientes se encontraban en diferentes estados; algunos estaban más o menos completos, otros tenían lagunas de importancia variable. Cuando ha sido necesario, estas lagunas se han rellenado mediante una simple recapitulación de los hechos necesarios para enlazar los fragmentos ya escritos, recurriendo a veces a las obras de Trotsky en las que se había tratado la cuestión. Estas adiciones están aisladas del texto de Trotsky por corchetes*]

Índice

Introducción 5
Capítulo primero. Familia y escuela 9
Capítulo segundo. "Revolucionario profesional" 26
Capítulo tercero. La primera revolución 49
Capítulo cuarto. El período de reacción 73
Capítulo quinto. Nuevo ascenso 106
Capítulo sexto. Guerra y deportación 135
Capítulo séptimo. El año 1917 153
Capítulo octavo. Comisario del pueblo 196
Capítulo noveno. La guerra civil 218
Capítulo décimo. La guerra civil (continuación) 241
Capítulo undécimo. De la oscuridad al triunvirato 256
Capítulo duodécimo. El camino hacia el poder 265
Primer suplemento. La reacción termidoriana 279
Segundo suplemento. Kinto en el poder 300
Apéndice. *Tres concepciones de la revolución rusa* 308

Introducción

El lector notará que he tratado con infinito más detalle el desarrollo de Stalin durante el período preparatorio que sus actividades políticas más recientes. Los hechos de este último período son conocidos por cualquier persona informada; además, mis críticas a la conducta política de Stalin desde 1923 pueden encontrarse en varias de mis obras. El objetivo que me he propuesto al escribir esta biografía política es mostrar cómo surgió una personalidad de este tipo y cómo llegó al poder usurpando el derecho a desempeñar un papel tan excepcional. Por eso, al describir la vida y la evolución de Stalin durante el período en que nada, o casi nada, se sabía de él, el autor se ha dedicado a un análisis meticuloso de hechos aislados, detalles y testimonios; mientras que, al evaluar el último período, se ha limitado a un relato sintético, dando por sentado que los hechos (al menos los principales) son suficientemente conocidos.

Los críticos al servicio del Kremlin no dejarán de decir una vez más, como hicieron con mi Historia de la revolución rusa[1]*, que la ausencia de referencias bibliográficas hace imposible verificar lo que afirma el autor. De hecho, las referencias a cientos y miles de periódicos, reseñas, memorias y antologías rusas servirían de poco a los críticos extranjeros y sólo harían más farragoso el texto. En cuanto a los críticos rusos, tienen a su disposición todo lo que se puede consultar en los archivos y bibliotecas soviéticos; si en mis obras anteriores hubiera cometido errores de hecho, truncado o tergiversado citas, o me hubiera permitido algún otro uso deshonesto de los documentos, hace tiempo que lo habrían señalado en voz alta. Sin embargo, nunca he visto en los innumerables escritos antitrotskystas una sola referencia a un uso incorrecto de las fuentes que he utilizado. Me atrevo a pensar que este hecho por sí solo es, para el lector extranjero, garantía suficiente de autenticidad.*

Al escribir mi Historia de la revolución rusa*, prescindí sistemáticamente de los recuerdos personales, basándome principalmente en datos ya publicados y, por tanto, sujetos a verificación, y añadiendo sólo aquellos testimonios propios que ya se habían hecho públicos y seguían siendo indiscutibles. Para esta biografía, me he apartado de este método demasiado riguroso; sin embargo, también en este caso el marco de mi narración se compone de documentos, memorias y otras fuentes objetivas. Pero en estas circunstancias, en las que nada puede sustituir al testimonio de los recuerdos del propio autor, me he considerado autorizado a intercalar ciertos episodios de mis recuerdos personales (la mayoría de los cuales aún no han sido publicados), dejando claro cada vez que, en el caso en cuestión, aparezco no sólo como autor, sino también como testigo. Con estas excepciones, he seguido aquí el mismo método que en mi Historia de la revolución rusa.*

La mayoría de mis oponentes han admitido que mi Historia *es un trabajo académico, cuya composición cumple los requisitos del método científico. Es cierto que uno de ellos, en una reseña publicada en el* New York Times*, la tacha totalmente de*

[1] *Historia de la revolución rusa* (obra completa en un tomo), en nuestras Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales).

tendenciosa. Pero cada línea de su ensayo revela su hostilidad fundamental hacia la propia revolución rusa. Y muestra que simplemente ha transferido su indignación al historiador. Tal es la aberración habitual de todo tipo de subjetivistas liberales que persiguen una disputa perpetua con el curso de la lucha de clases. Irritados por los resultados de algún proceso histórico, transfieren su mal humor al análisis científico que revela la inevitabilidad de tales resultados. Al final, el juicio emitido sobre el autor es mucho más relevante que si se considerara que todas o parte de sus conclusiones cumplen la prueba de la objetividad. Sobre este punto, no tengo nada que temer de los críticos. Esta obra está construida sobre hechos y se basa sólidamente en documentos. Huelga decir que pueden encontrarse errores menores o parciales aquí y allá, en la importancia dada a un hecho o en su interpretación. Pero lo que nadie encontrará es desconocimiento de los hechos, desprecio deliberado de las pruebas documentales o conclusiones arbitrarias basadas únicamente en prejuicios personales. El autor no ha pasado por alto ni un solo hecho, documento o testimonio que pueda atribuirse al héroe de este libro. Si una recopilación meticulosa, completa y concienzuda de los hechos, (incluso de episodios secundarios), si la verificación de las declaraciones de los testigos mediante los métodos de la crítica histórica y biográfica y, por último, la inserción de los actos de la vida personal en su relación con el papel de nuestro héroe en el proceso histórico; si todo esto, no es objetividad en sí, entonces pregunto: ¿qué es la objetividad?

Una vez más, una nueva era ha traído consigo una nueva moral política. Y, curiosamente, [la oscilación del péndulo de la historia] nos ha devuelto, en muchos aspectos, a la época del Renacimiento, superándola incluso en la extensión y refinamiento de sus crueldades y bestialidades. Una vez más tenemos condottieri políticos, una vez más la lucha por el poder ha adquirido un carácter ambicioso, fijándose la tarea de alcanzar el máximo de lo que es factible en la época actual invistiendo a un solo individuo con el poder de gobierno, un poder liberado hasta un grado increíble [de todas las restricciones anteriormente aceptadas y consideradas necesarias]. Hubo un tiempo en que las meticulosamente concebidas leyes de la mecánica política de Maquiavelo se consideraban el colmo del cinismo. Para Maquiavelo, la lucha por el poder era una partida de ajedrez. Las cuestiones morales no existían para él, como no existen para un jugador de ajedrez o un contable. Su tarea consistía en determinar la política más práctica a seguir en una situación dada, y explicar cómo debía aplicarse de forma despiadadamente brutal, basándose en la experiencia adquirida en los crisoles políticos de ambos continentes. Este planteamiento del problema puede explicarse no sólo por la naturaleza del propio problema, sino también por el carácter de la época en que se planteó. Surgió esencialmente del estado de desarrollo del feudalismo, y era coherente con la lucha decisiva por el poder entre los amos de las dos épocas: el feudalismo moribundo y la naciente sociedad burguesa.

Pero a lo largo del siglo XIX, que fue la época de los parlamentos, el liberalismo y la reforma social (si no tenemos en cuenta algunas guerras entre naciones y unas cuantas guerras civiles), Maquiavelo fue considerado absurdamente anticuado. La ambición política se circunscribía al marco parlamentario y se ponía freno a las tendencias demasiado aventureras. Ya no se trataba de que un individuo y sus secuaces se hicieran con el poder, sino de ganar mandatos en el mayor número posible de distritos electorales. En esta época de luchas por las carteras ministeriales, Maquiavelo parecía un ideólogo original de un pasado lejano y brumoso. La llegada de una nueva era había traído consigo una nueva y más elevada moralidad política. Pero, sorprendentemente, el siglo XX (ese anhelado sueño de la nueva era por el que el siglo XIX había luchado con tanta esperanza) ¡nos ha devuelto a las prácticas y métodos del Renacimiento!

Este retroceso al maquiavelismo más cruel parece incomprensible para quienes hasta ayer vivían en la cómoda confianza de que la historia de la humanidad se mueve a lo largo de una línea constantemente ascendente de progreso material y cultural. Pero pensemos lo que pensemos de esta concepción, todos podemos decir ahora: ninguna época del pasado fue tan cruel, tan implacable, tan cínica como la nuestra. Políticamente, la moral no ha progresado nada en comparación con los modelos del Renacimiento o con los de épocas aún más lejanas. El Renacimiento fue una época de lucha entre dos mundos; los antagonismos sociales alcanzaron una intensidad extrema; de ahí la agudeza de las luchas políticas.

En la segunda mitad del siglo XIX, la moral política había sustituido al materialismo (al menos en la imaginación de algunos políticos) sólo porque los antagonismos sociales habían remitido durante un tiempo y las luchas políticas se habían vuelto mezquinas. Esta opinión se basaba en la existencia de un aumento general del bienestar de la nación y en ciertas mejoras en la condición de los estratos superiores de la clase obrera. Pero nuestra época, nuestro tiempo, se parece al del Renacimiento en que vivimos en la frontera de dos mundos: el mundo burgués-capitalista que agoniza y el nuevo mundo que ha de sustituirlo. Las contradicciones sociales han alcanzado de nuevo un nivel extremo de violencia.

El poder político, al igual que la moral, no se desarrolla en modo alguno de manera ininterrumpida hacia un estado de perfección, como podríamos haber pensado a finales del siglo pasado y durante la primera década del presente siglo. La política y la moral deben atravesar un ciclo extremadamente complejo y paradójico; dependen directamente de la lucha de clases. En general, puede decirse que cuanto más violenta e intensa es la lucha de clases, cuanto más profunda es la crisis social, más implacable es el papel que adquiere la política, más concentrado y despiadado se vuelve el poder del estado, y más abiertamente [debe eliminar los adornos de la moralidad].

Varios amigos me han señalado que en este libro se dedica demasiado espacio a las referencias, las fuentes y la crítica de las mismas. Soy plenamente consciente de las desventajas de este método de exposición. Pero no he tenido más remedio. Nadie está obligado a aceptar la palabra de un autor tan estrechamente interesado y tan directamente implicado como yo en la lucha con el hombre cuya biografía estaba obligado a escribir. Nuestra época es sobre todo la época de la mentira. No quiero decir que otras épocas de la humanidad se distinguieran por un gran respeto a la verdad; la mentira es el fruto de las contradicciones, de la lucha, del choque de clases, de la supresión de la personalidad, del orden social. En este sentido, es un atributo de toda la historia humana. Hay periodos en los que las contradicciones sociales se vuelven excepcionalmente intensas, en los que la mentira se eleva por encima de la media, en los que la mentira se convierte en una característica de la intensidad misma de las contradicciones sociales. Tal es nuestra época. No creo que en toda la historia de la humanidad podamos encontrar nada ni remotamente parecido a la gigantesca fábrica de mentiras organizada por el Kremlin bajo la dirección de Stalin. Y uno de los principales objetos de esta institución es la fabricación de una nueva biografía de Stalin... Algunas de estas fuentes fueron ideadas por el propio Stalin... Sin someter a crítica los detalles de las falsificaciones gradualmente acumuladas, sería imposible preparar al lector para un fenómeno como, por ejemplo, los "juicios de Moscú".

Hitler repetía con especial insistencia que sólo la palabra viva marca al líder. En su opinión, la palabra escrita nunca podría influir en las masas del modo en que lo haría un discurso. En cualquier caso, la palabra escrita no podía crear un vínculo firme y vivo entre el líder y sus millones de seguidores. Sin duda, el hecho de que Hitler no supiera escribir determinó en gran medida su juicio. Marx y Engels ganaron millones de

seguidores sin recurrir nunca al arte de la oratoria; es cierto que tardaron muchos años en adquirir esa influencia. El arte del escritor es superior, en última instancia, porque aúna profundidad de pensamiento y elevación de la forma. Los líderes políticos que son meros oradores son invariablemente superficiales. El orador no puede ayudar a formar escritores. Por el contrario, un gran escritor puede inspirar a miles de oradores. Sin embargo, es cierto que, para el contacto directo con las masas, la palabra viva es indispensable. Lenin se convirtió en el líder de un partido poderoso e influyente antes de tener la oportunidad de hablar a las masas. Sus apariciones públicas en 1905 fueron escasas y pasaron desapercibidas. Como orador que se dirigía a las masas, Lenin sólo apareció en escena en 1917 y entonces sólo por un período muy breve, en abril, mayo y julio. No llegó al poder como orador, sino sobre todo como escritor, instructor y propagandista que había formado cuadros, incluidos cuadros de oradores.

En este sentido, Stalin fue un fenómeno absolutamente excepcional. No es ni un pensador, ni un escritor, ni un orador. Se hizo con el poder antes de que las masas hubieran aprendido a distinguir su vida de la de los demás mientras desfilaban junto a los líderes de la revolución en las tradicionales procesiones de la Plaza Roja. No se hizo con el poder por sus cualidades personales, sino utilizando una máquina impersonal. Y no fue él quien creó la máquina, sino la máquina la que le creó a él; con su poder y autoridad, era el producto de la larga y heroica lucha del Partido Bolchevique, que era a su vez el producto de las ideas, era el portador de la idea antes de convertirse en un fin en sí mismo. Stalin lo dirigió desde el día en que cortó el cordón umbilical que lo unía a la idea y se convirtió en una cosa en sí misma. Lenin la había creado en constante asociación con las masas, si no de palabra, al menos por escrito, si no directamente, sí con la ayuda de sus discípulos. Stalin se limitó a apoderarse de ella. Para ello necesitaba cualidades especiales y excepcionales. Pero no eran las del pensador, el escritor o el orador. Mientras que el aparato del partido se había desarrollado sobre la base de las ideas, la primera cualificación de Stalin fue una actitud despectiva hacia las ideas. La idea había...

[El 20 de agosto de 1940, Trotsky recibió un golpe mortal con un piolet mientras leía un manuscrito que el asesino acababa de entregarle. Por eso quedaron sin acabar esta introducción y otras partes de este libro]

Capítulo primero. Familia y escuela

Leonid Krasin, un viejo revolucionario ya fallecido, buen ingeniero, brillante diplomático soviético y, sobre todo, un hombre inteligente, fue el primero, si no me equivoco, en describir a Stalin como un "asiático". Al hacerlo, no pensaba en características raciales problemáticas, sino en esa combinación de resistencia, perspicacia, perfidia y crueldad que se consideraba peculiar de los políticos asiáticos. Más tarde, Bujarin simplificó el término refiriéndose a Stalin como "Genghis Khan", aparentemente para enfatizar su crueldad hasta la ferocidad. El propio Stalin, además, se refirió una vez a sí mismo como "asiático" durante una entrevista que mantuvo con un periodista japonés, pero ya no era en el antiguo sentido de la palabra, sino en el sentido neoasiático: con este comentario personal pretendía aludir a los intereses comunes de la URSS y Japón frente al occidente imperialista. Si consideramos el término "asiático" desde un punto de vista científico, tenemos que admitir que sólo es relativamente exacto en el caso que nos ocupa. Geográficamente, el Cáucaso y especialmente Transcaucasia son innegablemente una extensión de Asia. Pero, a diferencia de los mongoles-azerbaiyanos, los georgianos pertenecen a la llamada raza mediterránea, europea. Por lo tanto, Stalin no fue exacto cuando se describió a sí mismo como "asiático". Pero la geografía, la etnografía y la antropología no agotan la cuestión: la historia las domina.

Las montañas y valles del Cáucaso han conservado algo de la corriente humana que fluyó de Asia a Europa a lo largo de los siglos. Tribus y grupos parecen haberse congelado en su desarrollo, convirtiendo el Cáucaso en un vasto museo etnográfico. Durante largos siglos, el destino de estos pueblos permaneció estrechamente ligado al de Persia y Turquía; así, se mantuvieron dentro de la esfera de la antigua civilización asiática, que logró mantener su inmovilidad a pesar de las constantes convulsiones provocadas por guerras y revueltas.

Establecida en cualquier otro país menos accidentado, la pequeña rama humana de Georgia (que hoy cuenta con unos dos millones y medio de almas) sin duda habría desaparecido por completo. Reabsorbida en el crisol de la historia. Protegidos por la cordillera del Cáucaso, los georgianos han conservado de forma relativamente pura su fisonomía étnica y su lengua, que la filología aún duda en clasificar. La escritura apareció por primera vez en Georgia en el siglo IV, al mismo tiempo que el cristianismo penetraba en el país, seiscientos años antes de que se extendiera a la Rusia de Kiev. Se considera que el poder militar, literario y artístico de Georgia floreció entre los siglos X y XIII. Siguieron siglos de estancamiento y decadencia. Las sangrientas incursiones de Gengis Kan y Tamerlán dejaron su huella en el folclore épico georgiano. Si hemos de creer al desafortunado Bujarin, también dejaron su huella en el carácter de Stalin.

A principios del siglo XVIII, el zar de Georgia, en busca de protección frente a sus enemigos de siempre, Persia y Turquía, reconoció la autoridad de Moscú. El objetivo inmediato era alcanzar un cierto grado de seguridad. El gobierno ruso construyó en Georgia las carreteras estratégicas que necesitaba, modernizó parcialmente las ciudades y creó una rudimentaria red de escuelas, sobre todo para rusificar a sus súbditos no

georgianos. Pero la burocracia de Petersburgo no consiguió sustituir en doscientos años la antigua barbarie asiática por una cultura europea, de la que la propia Rusia sigue careciendo.

A pesar de sus riquezas naturales y su clima providencial, Georgia seguía siendo un país pobre y atrasado. Su sistema semifeudal se basaba en la escasa producción y, por tanto, se caracterizaba por las costumbres patriarcales asiáticas, lo que no excluía en absoluto la crueldad asiática. La industria era casi inexistente. La tierra se cultivaba y las casas se construían prácticamente igual que dos mil años antes. Las uvas se pisaban y el vino se guardaba en grandes tinajas de barro. Las ciudades del Cáucaso, habitadas por apenas una décima parte de la población, eran, como las de Asia, centros administrativos, militares y comerciales y, en mucho menor grado, centros industriales. Por encima de las amplias masas de campesinos se alzaba la nobleza, la mayoría de la cual no era ni rica ni culta, y a veces sólo se diferenciaba de los campesinos ricos por sus títulos y pretensiones. No ha sido erróneo calificar a Georgia, con su escaso "poder" pasado, su estancamiento económico actual, su sol tutelar, sus viñedos, su despreocupación, sus multitudes de hidalgos angustiados, como la España del Cáucaso.

La joven generación noble llamaba a la puerta de la universidad y, rompiendo con una tradición de casta mediocre que no se tomaba demasiado en serio en Rusia, se unía a los grupos de estudiantes rusos avanzados. Detrás de los jóvenes nobles venían campesinos ricos y gente humilde que ardía en deseos de convertir a sus hijos en funcionarios, oficiales, abogados y sacerdotes. Así surgió un gran número de intelectuales, que iban a desempeñar un papel clave en todos los movimientos políticos avanzados y en tres revoluciones, en muchas partes de Rusia.

El escritor alemán Bodenstedt, que durante un tiempo en 1844 fue director de un instituto en Tiflis donde se formaban maestros de escuela, llegó a la conclusión de que los georgianos no sólo eran descuidados e imprudentes, sino también menos inteligentes que otros caucásicos; como estudiantes, eran inferiores a los armenios y tártaros en ciencias, lenguas extranjeras y elocución. Elisée Reclus, citando esta precipitada evaluación, supuso con razón que esta diferencia podía explicarse por causas sociales y no nacionales: los estudiantes georgianos procedían del atrasado campo, los armenios eran hijos de una burguesía urbana. Esta diferencia se borró rápidamente. En 1892, cuando Yossif Djugachvili cursaba su segundo año en el seminario, los georgianos, que constituían aproximadamente una octava parte de la población del Cáucaso, representaban alrededor de una quinta parte del número total de estudiantes (los rusos, más del 50 %; los armenios, el 14 %; los tártaros, menos del 3 %...). Es cierto que la lengua georgiana, que es uno de los instrumentos más antiguos de la cultura, dificulta especialmente la adquisición de lenguas extranjeras y repercute desafortunadamente en su pronunciación. Pero no puede decirse que los georgianos carezcan de elocuencia. Bajo el zarismo, como los demás pueblos del Imperio estaban condenados al silencio. Sin embargo, la "europeización" de Rusia les permitió producir algunos oradores notables en la tribuna judicial, y más tarde en el parlamento, aunque no fueran del más alto calibre. Heraclio Tsérételli fue sin duda el tribuno más elocuente de la revolución de febrero. Así pues, no es necesario recurrir a las peculiaridades nacionales para explicar la falta de dotes oratorias de Stalin. Su tipo físico, además, no da ciertamente una buena idea de su pueblo, considerado entre los mejores del Cáucaso.

En general, se admite que el pueblo georgiano es confiado, impresionable, exuberante, pero al mismo tiempo carente de energía y espíritu emprendedor. Reclus subraya su alegría, su sociabilidad y su rectitud. El carácter de Stalin tenía poco que ver con estas cualidades, evidentes desde sus primeros contactos con los georgianos. Los georgianos emigrados a París le dijeron a Boris Souvarine que la madre de Yossif

Djugachvili no era georgiana, sino osetia, y que, por tanto, tenía sangre mongola en las venas. Iremashvili (a quien volveremos a ver más adelante) afirma, por el contrario, que la madre de Stalin era georgiana pura, pero que su padre, osetio, era "un hombre inculto y brutal, como todos los osetios de las altas montañas del Cáucaso". Sería difícil, si no imposible, verificar estas alegaciones. Además, apenas parece necesario hacerlo para comprender la fisonomía moral de Stalin. En los países mediterráneos, en los Balcanes, en Italia, en España, junto a los caracteres llamados "meridionales", que combinan la indolencia con la impulsividad, encontramos naturalezas frías, cuya flema se combina con la tenacidad y la perfidia. El primer tipo domina, el segundo lo completa por excepción. Es como si los componentes del carácter atribuidos en ciertas proporciones a cada grupo nacional se hubieran distribuido menos armoniosamente bajo los cielos del sur que bajo los del norte. Sin embargo, debemos tener cuidado de no adentrarnos demasiado en el peligroso terreno de la metafísica nacional.

La pequeña ciudad de Gori se encuentra en un bello paraje a orillas del río Kura, a 76 kilómetros de Tiflis, en la línea ferroviaria transcaucásica. Es una de las ciudades más antiguas de Georgia y tiene una historia dramática. Cuenta la leyenda que fue fundada en el siglo XII por armenios que huían de los turcos. Fue saqueada varias veces, ya que los armenios, que formaban la principal clase comerciante de las ciudades, eran muy ricos y una presa atractiva. Como la mayoría de las ciudades asiáticas, Gori creció lentamente, atrayendo poco a poco a georgianos y tártaros del campo. En la época en que el zapatero Vissarion Djugachvili se instaló allí, abandonando su pueblo natal de Didi-Lilo, la ciudad contaba con unos seis mil habitantes de diversos orígenes, varias iglesias, numerosas tiendas y cabarets frecuentados por campesinos de los alrededores, un seminario con sección tártara, una escuela secundaria y una escuela femenina.

La servidumbre fue abolida en la gobernación de Tiflis sólo once años antes del nacimiento del futuro Secretario General, Yossif Djugachvili. Los vestigios de la servidumbre aún dejaban su huella en las relaciones sociales y las costumbres. Es dudoso que los padres de Yossif supieran leer y escribir. Es cierto que en Transcaucasia se publicaban cinco diarios georgianos, pero su tirada total no llegaba a cuatro mil ejemplares. El campesinado permanecía al margen de la historia.

Las calles serpenteantes, las viviendas muy espaciadas y los huertos hacían que Gori pareciera una gran aldea. En cualquier caso, las casas de los pobres diferían poco de las de los campesinos. Los Djugachvili vivían en una vieja casa de adobe con esquinas reforzadas con ladrillos, cuyo tejado cubierto de arena hacía tiempo que dejaba pasar el viento y la lluvia. Uno de los antiguos amigos de la escuela de Yossif, D. Gogojia, describió así el interior de la familia: "El dormitorio no tenía más de nueve arquinas cuadradas y estaba junto a la cocina. El suelo estaba cubierto de ladrillos. Por una pequeña ventana entraba poca luz. Una mesita, un taburete y un sofá, una especie de cama plegable, cubierta con una *chilopya*, una estera de paja, formaban todo el mobiliario" Más tarde se añadió la vieja y ruidosa máquina de coser de la madre.

Todavía no se han publicado documentos auténticos sobre la familia Djugachvili ni sobre la infancia de Yossif. No puede haber muchos. El nivel cultural de la población era tan bajo que se prescindía de los documentos oficiales y la vida casi no dejaba huellas. Las primeras memorias de la familia Dzhugashvili se escribieron cuando Stalin ya tenía más de cincuenta años. A veces fueron escritas por enemigos acérrimos, y no siempre escrupulosamente, por lo general de segunda mano, y a veces por "amigos" mercenarios, por iniciativa de las comisiones de historia del partido y, podría decirse, por encargo, de modo que por lo general se reducían a ejercicios de composición sobre un tema determinado. Sería demasiado simple buscar la verdad a lo largo de una diagonal trazada entre estas dos distorsiones. Pero podemos acercarnos a la verdad comparando los textos,

sopesando el silencio de unos y las exageraciones de otros, y emitiendo un juicio crítico sobre la coherencia de la narración, incluso a la luz de los acontecimientos posteriores. Sin pretender pintar un cuadro completo, que sólo podría ser artificial, nos esforzaremos por proporcionar al lector la base material de nuestras conclusiones e hipótesis.

Es en las memorias de Iremashvili, mencionadas anteriormente, publicadas en alemán en Berlín en 1932 bajo el título *Stalin und die Tragödie Georgiens* [Stalin y la tragedia georgiana], donde encontramos más detalles. El rostro político del autor, un antiguo menchevique que se hizo nacionalsocialista a su manera, no inspira mucha confianza. Sin embargo, este ensayo no puede ser ignorado. Algunas de sus páginas producen una inequívoca sensación de verdad. Incluso episodios relatados por este autor, dudosos a primera vista, encuentran confirmación directa o indirecta en las memorias oficiales publicadas unos años más tarde. Permítanme señalar que algunas de las hipótesis a las que me habían conducido los silencios o las evasivas de los autores soviéticos se confirmaron en la obra de Iremashvili, de lo que sólo tuve conocimiento en el último momento[2]. Sería erróneo pensar que Iremashvili, exiliado y enemigo político de Stalin, intenta disminuir o ennegrecer a este último. Al contrario, habla con un matiz de admiración y una evidente exageración de las capacidades de Stalin; lo muestra capaz de sacrificarse por su ideal; subraya más de una vez el apego a su madre y relata, en términos casi conmovedores, su primer matrimonio. Examinadas más de cerca, las memorias de este antiguo profesor del instituto de Tiflis dan la impresión de ser un documento en el que se superponen varias capas de datos. En la base están los recuerdos de una infancia lejana, pero revisados retrospectivamente por la memoria y la imaginación bajo la influencia del destino de Stalin y las opiniones políticas del autor. Añadamos a esto algunos detalles dudosos, aunque indiferentes, que se explican por el deseo de algunos autores de memorias de dar a su obra un carácter "artístico" acabado. Hechas estas reservas, creemos que podemos referirnos a continuación a las memorias de Iremashvili.

Todas las biografías anteriores hacen de Stalin el hijo de un campesino de la aldea de Didi-Lilo. El propio Stalin, en 1926, dijo por primera vez que era hijo de un obrero. No es difícil reducir esta contradicción: como la mayoría de los obreros rusos, Djugachvili padre se describía en su pasaporte como campesino. Sin embargo, esto no puso fin a las dificultades. Se le describía invariablemente como "trabajador de la fábrica de zapatos Alijanov en Tiflis". Pero la familia vivía en Gori, no en la capital del Cáucaso. ¿Estaba el padre separado de ellos? Esto habría sido posible si la familia hubiera permanecido en el país, pero es bastante improbable que el padre y los miembros de la familia vivieran en ciudades diferentes. Gogojia, uno de los alumnos del seminario de Yossif que, al igual que Iremashvili, vivía con él en el mismo patio y lo visitaba con frecuencia, también nos contó que Vissarion Djugachvili trabajaba en el mismo Gori, en la calle Sobornaia, en la casa de adobe cuyo tejado dejaba pasar la lluvia. Sólo podemos suponer que el padre sólo trabajó temporalmente en Tiflis, tal vez cuando su familia aún estaba en el pueblo. En Gori, Vissarion Djugachvili no pudo convertirse en obrero, porque no había fábrica, y era un pequeño artesano independiente. El propósito de oscurecer deliberadamente este punto es no debilitar la impresión de que Stalin tenía orígenes "proletarios".

Como la mayoría de las mujeres georgianas, Ekaterina Djugachvili fue madre muy pronto. Sus tres primeros hijos murieron en la cuna. El 21 de diciembre de 1879, cuando nació su cuarto hijo, la madre apenas tenía veinte años. A los siete años, Yossif contrajo la viruela, lo que le dejó para toda la vida signos de un origen auténticamente plebeyo y de un atraso. Souvarine añadió a la marca de viruela en la cara una dolencia en la mano izquierda, que, junto con la soldadura de dos dedos del pie, demostraba en su opinión una

[2] Ver en nuestra serie Trotsky inédito en Internet y castellano su carta de fines de junio de 1938 "[Carta a Estrine y Zborowski. La búsqueda documental sobre Stalin]".

herencia paterna alcohólica. La embriaguez de los zapateros, al menos en la Rusia central, se había convertido en proverbial. Pero parece difícil juzgar el grado de veracidad de las consideraciones comunicadas a Souvarin por "varias personas", presumiblemente emigrados mencheviques. La descripción de Yossif Djugachvili elaborada por la policía política no menciona ninguna enfermedad del brazo izquierdo, y los dedos soldados fueron mencionados en 1902 por el coronel Chabelsky. Es posible que los documentos de la policía fueran depurados antes de su publicación, aunque de forma insuficiente. Por otra parte, es imposible no observar que más tarde Stalin llevaba de vez en cuando un guante caliente en la mano izquierda, incluso en las reuniones del buró político. Se pensó que esto se debía al reumatismo. Pero, en definitiva, estos rasgos físicos secundarios, reales o imaginarios, tienen poco interés. Nos parece mucho más útil intentar establecer verdaderos retratos de sus padres y del ambiente familiar.

Al principio, llama la atención que las memorias ignoren casi por completo al padre, Vissarion, y se centren con simpatía en la dura vida cotidiana de Ekaterina. Gogojia escribe: "La madre de Yossif ganaba un magro salario lavando ropa y horneando pan en las casas ricas de Gori. Tenía que pagar un alquiler de un rublo y cincuenta cópecs al mes, que a veces era más de lo que podía pagar". Nos enteramos de que era la madre, y no el padre, quien tenía que pagar el alquiler. Y más adelante: "La vida trabajadora y la pobreza de la madre marcaron el carácter de Yossif", como si no hubiera habido padre en la familia. Un poco más adelante, el autor añade de pasada esta frase: "El padre de Yossif se pasaba el día trabajando, cosiendo y remendando zapatos." Pero este trabajo no tenía nada que ver con la vida y las condiciones materiales de la familia. Uno tiene la impresión de que sólo se menciona para compensar una omisión. Otro compañero del seminario, Glurdjidze, ya ignora por completo al padre cuando escribe que la madre de Yossif se ganaba la vida "cortando, cosiendo y lavando". Estos silencios, que no son en absoluto accidentales, son tanto más dignos de atención cuanto que las costumbres locales estaban lejos de conceder a la mujer un papel protagonista en la familia. Lejos de ello, las tradiciones georgianas, poderosas entre los obstinados y conservadores montañeses, colocaban a las mujeres en una condición parecida a la esclavitud, no les permitían mezclarse con los hombres, les negaban voz y voto en los asuntos y no les permitían castigar a sus hijos. Incluso en la iglesia, las madres, esposas y hermanas ocupaban su lugar detrás de los padres, maridos y hermanos. Si los autores de las memorias ponen la figura de la madre en lugar de la del padre, es porque quieren evitar hablar de Vissarion Djugachvili. La antigua enciclopedia rusa, señalando la extrema frugalidad de los georgianos, añade que "probablemente no haya otro pueblo en el mundo que beba tanto vino". Cuando se trasladó a Gori, Vissarion probablemente perdió sus viñedos, pero en la ciudad los cabarets no estaban lejos y el vodka competía favorablemente con el vino.

En este contexto, los recuerdos de Iremashvili adquieren un nuevo acento de verdad. Al igual que los demás memorialistas, pero cinco años por delante de ellos, Iremashvili habla con conmovedora simpatía de Ekaterina, una madre cariñosa con su único hijo, amable con sus compañeros de juego y escuela. Georgiana de pura cepa, Keke, como era conocida, era profundamente religiosa. Su laboriosa vida transcurrió al servicio de dios, de su marido y de su hijo. Su vista se debilitó al coser constantemente en una habitación oscura, y pronto tuvo que llevar gafas. En el Cáucaso, las mujeres son casi ancianas cuando apenas superan la treintena. Los vecinos miraban a Keke con simpatía, pues su vida era muy dura. El cabeza de familia, Bezo (Vissarion), era, según Iremashvili, de carácter severo y, además, un borracho despiadado. Se gastaba la mayor parte de su escaso sueldo en bebida. Como consecuencia, su madre tenía que soportar la doble carga de pagar el alquiler y cuidar de la familia. Keke vio con rabia impotente cómo la actitud de Bezo hacia el niño "le apartaba del amor de dios y de los hombres y le hacía repugnar

a su propio padre". "Golpes inmerecidos y terribles hicieron al niño tan duro y despiadado como su padre. Yossif empezó a preguntarse apasionadamente por los eternos enigmas de la vida. La prematura muerte de su padre no le causó ninguna pena; se sentía más libre". Iremashvili concluye que, desde muy pequeño, el niño trasladó el resentimiento oculto y el deseo de venganza que albergaba contra su padre a todos aquellos que debían tener o tenían algún poder sobre él. "Desde su adolescencia, todos sus esfuerzos estuvieron subordinados a la realización de designios vengativos." Incluso teniendo en cuenta el elemento de apreciación retrospectiva que implica, esta conclusión conserva toda su importancia.

En 1930, Ekaterina, que vivía en Tiflis a sus setenta y un años, en una modesta habitación del antiguo palacio del virrey, respondió a los periodistas que la interrogaban a través de un intérprete: "Sosso (Yossif) siempre fue un buen chico... Nunca tuve que castigarle... Era estudioso, siempre leyendo o hablando, siempre intentando entenderlo todo... Era mi único hijo, le apreciaba... Su padre, Vissarion, quería que fuera un buen zapatero. Pero su padre murió cuando él tenía once años... Yo no quería que fuera zapatero, quería que fuera sacerdote". Es cierto que Souvarine recogió información bastante diferente de los georgianos que habían emigrado a París: "Conocieron a un Sosso que ya era duro, insensible, sin ninguna consideración por su madre, y citan algunos hechos bastante dolorosos para apoyar sus recuerdos". El propio biógrafo señala que esta información le fue suministrada por colaboradores políticos de Stalin. Entre ellas hay muchas leyendas desfavorables; Iremashvili, en cambio, insiste en el apego de Sosso a su madre. El niño no podía sentir más que afecto por la mujer que cuidaba de la familia y le defendía de su padre.

El escritor alemán Emil Ludwig, retratista de las grandes personalidades de nuestro tiempo, aprovechó la ocasión para utilizar en el Kremlin su insidioso método de interrogatorio, que combina una moderada perspicacia psicológica con la circunspección política. "¿Ama usted la naturaleza, Signore Mussolini? ¿Qué piensa de Schopenhauer, señor Masaryk? ¿Cree en un futuro mejor, señor Roosevelt?" Stalin, sometido a esta tortura verbal, y angustiado en presencia de un ilustre desconocido, dibujaba ardientemente, con la punta de un lápiz de color, florecillas y cuchillitos. O eso es lo que cuenta Ludwig. Ludwig basó toda una biografía psicoanalítica del antiguo káiser en el brazo atrofiado de Guillermo de Hohenzollern, biografía que, es cierto, el viejo Freud contemplaba con asombro e ironía mezclados. Ludwig no reparó en los brazos atrofiados de Stalin ni, menos aún, en sus dedos de los pies unidos entre sí. En cambio, trató de explicar la carrera revolucionaria del líder del Kremlin en términos de las correcciones que su padre le había dado de niño. Una lectura de los recuerdos de Yremashvili revela el origen de las hipótesis de Emil Ludwig. "¿Qué le llevó a rebelarse? ¿Quizá se rebeló porque sus padres le trataban mal? - No", respondió Stalin, "mis padres eran gente sencilla, pero no me trataron mal en absoluto...". Sería un error atribuir valor documental a estas palabras. No sólo porque las declaraciones y los desmentidos de Stalin, como veremos a menudo, se intercambian fácilmente, sino también porque cualquier otra persona en el lugar de Stalin se habría expresado sin duda de la misma manera. En cualquier caso, no se puede reprochar a Stalin que no quisiera quejarse en público de su padre, fallecido hace tiempo. Más bien debería sorprendernos la falta de tacto del escritor.

Las dificultades familiares no fueron el único factor que moldeó la personalidad dura, obstinada y vengativa del niño. Influencias más amplias, las del entorno, actuaban del mismo modo. Uno de los biógrafos de Stalin cuenta que el Serenísimo Príncipe Amilajviri a veces detenía su brioso caballo frente a la zapatería para que le repararan una bota dañada en la cacería; y el hijo del zapatero, un niño de frente baja coronado de abundante cabellera, miraba al príncipe con odio, mordiéndose los puñitos. Este cuadro

nos parece bastante fantasioso. Pero el contraste entre la pobreza del pueblo y la relativa opulencia de los últimos señores feudales georgianos debió de dejar una profunda impresión en la conciencia del niño.

Los contrastes no eran menos marcados en la ciudad. Las autoridades locales gobernaban desde las alturas en nombre del zar y del virrey, el príncipe Galitsyn, un sátrapa malvado objeto de un odio generalizado y merecido. Los terratenientes y comerciantes armenios estaban vinculados a las autoridades. Las propias masas plebeyas, a pesar de su indigencia, y a veces a causa de ella, estaban divididas en castas. Cualquiera que se elevara un poco por encima de los demás defendía celosamente su rango. En Gori, la desconfianza del campesino de Didi-Lilo hacia la ciudad debió de convertirse en una hostilidad ensordecedora hacia las familias ricas y acomodadas donde Keke iba a coser y lavar la ropa. Las gradaciones sociales se dejaban sentir brutalmente incluso en la escuela, donde los hijos de los curas, de los pequeños oficiales y de los funcionarios dejaban claro una y otra vez a Yossif que él no era uno de ellos. Según Gogojia, el hijo del zapatero era sensible a la humillante desigualdad social desde muy pequeño. "No le gustaba ir a casa de los ricos. Iba a su casa varias veces al día, pero rara vez subía a la mía, porque mi tío era rico...". Estos fueron los primeros orígenes de una protesta social todavía instintiva que, con el fermento político del país, iba a convertir más tarde al seminarista en un revolucionario.

En los estratos más bajos de la pequeña burguesía, sólo había dos tipos de carrera abiertos a los hijos únicos o superdotados: funcionario o sacerdote. La madre de Hitler soñaba con una carrera de pastor para su hijo. Ekaterina Djugachvili tuvo el mismo sueño para su hijo, de origen más humilde, diez años antes. Este sueño de ver al hijo con sotana basta para mostrar lo lejos que estaba la familia del zapatero Bezo del "espíritu proletario". Imaginaban un futuro mejor, no como resultado de la lucha de clases, sino como una ruptura con su clase.

A pesar de su bajo rango social y su falta de cultura, el clero ortodoxo pertenecía a las clases privilegiadas, estando exento del servicio militar, los impuestos personales y... del látigo. Fue necesaria la emancipación de los siervos para que los campesinos tuvieran acceso al clero, aunque este privilegio estaba limitado por una restricción política: se necesitaba una autorización especial del gobernador para que el hijo de un campesino pudiera ocupar un cargo en el clero.

Los futuros sacerdotes se formaban en decenas de seminarios, preparados por colegios religiosos. Por el lugar que ocupaban en el sistema educativo, los seminarios se asemejaban a las instituciones medias, ¡con la diferencia de que las ciencias profanas tenían que ser las humildes sirvientas de la teología! En la antigua Rusia, las escuelas religiosas eran famosas por su espantosa tosquedad, su pedagogía medieval y el uso del puño, por no hablar de la suciedad, el hambre y el frío. Todos los pecados condenados por las Sagradas Escrituras florecían en estos viveros de piedad. El escritor Pomialovsky entró definitivamente en la literatura rusa en 1862 con su descripción veraz y cruel de un seminario en *Otcherki boursy* [Bocetos de una escuela religiosa]. No podemos dejar de citar aquí lo que un biógrafo dijo del propio Pomialovsky: "Este periodo de su vida estudiantil le hizo desconfiado, retraído, resentido y odioso con su entorno". Es cierto que las reformas llevadas a cabo bajo el reinado de Alejandro II aportaron algunas mejoras en las partes más atrasadas de la educación religiosa. Sin embargo, a finales del siglo pasado, los seminarios seguían siendo los puntos más oscuros del mapa de la "cultura" rusa, sobre todo en la lejana Transcaucasia.

Hacía tiempo que el gobierno imperial había quebrado, no sin derramamiento de sangre, la resistencia de la Iglesia Georgiana, que ahora estaba sometida al Santo Sínodo de Petersburgo. Pero el bajo clero georgiano seguía siendo hostil a los rusos. El

sometimiento de la iglesia había sacudido la religiosidad tradicional de los georgianos y preparado el terreno, incluso en el campo, para la influencia del socialismo. El ambiente en los seminarios era tanto más cargado cuanto que tenían que rusificar a sus alumnos y a la vez adiestrarlos para vigilar sus almas. Había una viva hostilidad entre profesores y alumnos. La enseñanza se impartía en ruso y sólo se dedicaban dos horas semanales a la lengua georgiana, que a menudo era tratada como la de una raza inferior.

En 1890, probablemente poco después de la muerte de su padre, Sosso, que entonces tenía once años y llevaba una *musette* india bajo el brazo, ingresó en la escuela religiosa. Según sus compañeros, estudiaba con celo el catecismo y las oraciones. Gogojia señaló que su "extraordinaria memoria" le permitía aprender las lecciones de los profesores sin repetirlas. En realidad, la memoria de Stalin, al menos en lo que respecta a los conocimientos teóricos, era bastante regular. En cualquier caso, para retener sus lecciones, el niño tenía que prestar mucha atención. En aquella época, el sacerdocio parecía sin duda la coronación de sus ambiciones. Su fuerza de voluntad agudizaba su memoria y sus capacidades. Otro de sus compañeros, Kapanadze, decía que, en trece años de estudio, seguidos de treinta y cinco de enseñanza, "nunca había conocido a un alumno tan dotado y capaz como Yossif Djougachvili". Los recuerdos de Kapanadze revelan un exceso de celo. Pero Iremashvili, que escribió su libro en Berlín y no en Tiflis, confirma que Sosso era el mejor alumno de la escuela. Otros relatos matizan esta afirmación. "Durante los primeros años, en las clases preparatorias", escribe Glurdjidzé, "Yossif aprendió bien, luego sus dotes se hicieron cada vez más evidentes y se convirtió en uno de los primeros alumnos". La expresión "uno de los primeros" en un panegírico oficial, escrito por encargo, demuestra que Yossif no fue el primero, no superó a los de su clase y no fue un alumno extraordinario. Las memorias de otro compañero de escuela, Etissabedachvili, van en el mismo sentido. "Yossif", escribe, "era uno de los más pobres y de los más dotados". En otras palabras, no el más capaz. Sólo podemos suponer que su lugar variaba en las distintas clases o que ciertos autores, pertenecientes a la retaguardia de la ciencia, no distinguían bien entre los mejores alumnos.

Sin especificar el lugar que ocupaba Yossif en su clase, Gogojia afirma que, en cuanto a sus capacidades y conocimientos, "superaba con creces a sus compañeros". Sosso leyó toda la biblioteca de la escuela, que contenía clásicos rusos y georgianos, cuidadosamente elegidos por sus superiores, por supuesto. En sus exámenes finales, recibió un brillante certificado, "algo bastante excepcional en aquella época, ya que su padre no pertenecía al clero y sólo era zapatero". El trazo es sobrecogedor.

En general, las memorias publicadas en Tiflis sobre "los años de infancia del Jefe" no son muy sustanciosos. "Sosso nos enseñaba a cantar a coro, con su voz suave y sonora, las canciones populares que nos gustaban..." "Jugando a la pelota, Yossif sabía elegir a los mejores jugadores, para que nuestro equipo siempre ganara..." "Yossif aprendió a dibujar maravillosamente. Aparentemente, ninguna de estas brillantes cualidades se desarrolló después: Yossif nunca llegó a ser cantante, deportista o dibujante. Otras afirmaciones son aún menos convincentes. Por ejemplo, "Yossif Djugachvili se distinguía por su modestia, era un buen amigo afectuoso", "Nunca hizo sentir su superioridad", etc. Si todo esto fuera cierto, tendríamos que concluir que con el tiempo Yossif evolucionó en una dirección diametralmente opuesta.

Los recuerdos publicados por Iremashvili son incomparablemente más vívidos y cercanos a la verdad. Retrata a su camarada como un muchacho grande y musculoso, con cara pecosa, testarudo, cerrado y autoritario, que sabía cómo fijar un fin y conseguirlo, ya fuera dando órdenes a sus camaradas, lanzando piedras o escalando rocas, que amaba la naturaleza, pero no sentía apego por las criaturas, que no sentía piedad por los animales ni por los seres humanos. "Nunca le vi llorar." "Sosso sólo tenía una sonrisa sarcástica

para las alegrías y las penas de sus camaradas". Estas observaciones pueden haber sido trabajadas un poco de memoria, como piedras pulidas en un arroyo, pero no fueron inventadas.

Sin embargo, Iremashvili se equivoca ciertamente cuando atribuye a Yossif una actitud rebelde ya en la escuela de Gori. Sosso habría sido castigado a diario como líder, en particular por una riña organizada contra "el odiado inspector Butirsky". Sin embargo, los autores de las memorias oficiales, que esta vez escriben sin ideas preconcebidas, describen todos a Yossif como un alumno ejemplar en aquellos años. Gogojia escribe: "Por lo general era serio y testarudo, y no le gustaban las niñerías ni el mal comportamiento. Se apresuraba a llegar a casa y siempre se le veía con un libro". Según el mismo Gogojia, Yossif recibía una paga mensual de la escuela, lo que habría sido imposible si hubiera faltado al respeto a sus superiores, en primer lugar "al odiado inspector Butirsky". Todos los demás autores sitúan los primeros signos de rebelión de Yossif en la época en que estudiaba en el seminario de Tiflis. Pero ni siquiera allí le muestran participando en ruidosas protestas. Los lapsus de memoria de Iremashvili y algunos otros sobre los lugares y fechas de diversos incidentes pueden explicarse por el hecho de que el seminario continuaba la escuela preparatoria religiosa. Resulta menos comprensible que Iremashvili sea el único en mencionar una riña organizada por el pequeño Yossif. ¿Se trata simplemente de una distorsión de la memoria? ¿Jugó Yossif un papel oculto en alguna de las algaradas que sólo conocían algunos de sus compañeros? Esto no contradiría el carácter del futuro conspirador.

No está claro en qué momento Yossif rompió con la fe de sus padres. Según Iremashvili, a Sosso y a dos de sus amigos les gustaba cantar en el coro de la iglesia durante las vacaciones, aunque él ya no era creyente cuando llegó a los cursos superiores de la escuela. Giurdjidze recuerda que un día, cuando tenía trece años, Yossif le dijo: "Sabes, se ríen de nosotros, dios no existe..." Su interlocutor retrocedió asombrado, Yossif le recomendó que leyera un libro que demostraba que "todo lo que dicen de dios es pura palabrería". "¿Cuál es ese libro? - Darwin, debes leerlo obligatoriamente. El nombre de Darwin hace que todo este episodio resulte bastante increíble. Es dudoso que un escolar de trece años pudiera haber conocido a Darwin en un pueblecito remoto, leerlo y sacar de él conclusiones ateas. El propio Stalin nos dice que llegó a las ideas revolucionarias a los quince años, es decir, cuando ya estaba en Tiflis. Es posible que ya hubiera dejado de creer antes. Glurdjidze, que como él pasó de la escuela preparatoria al seminario, parece difuminar las fechas y saltarse etapas. Probablemente no era difícil negar al dios en cuyo nombre se intimidaba a los escolares. En cualquier caso, el esfuerzo interior que requería esta ruptura se veía ampliamente compensado por la menguada autoridad moral de los maestros y de las autoridades en general. Ahora sólo eran los más fuertes. De ahí la expresiva frase de Sosso: "Se ríen de nosotros". Arroja luz sobre su vida interior, y no importa que se expresara así en Gori o uno o dos años más tarde, en Tiflis.

En cuanto a la entrada de Yossif en el seminario, tenemos que elegir entre tres fechas oficiales: 1892, 1893, 1894. ¿Cuánto tiempo pasó en el seminario? Seis años, según el *Almanaque del comunista*. Cinco años, dice un ensayo biográfico escrito por uno de los secretarios de Stalin. Cuatro años, dice Gogojia, su antiguo camarada. La placa conmemorativa fijada en los muros del antiguo seminario dice, como puede verse en las fotografías, que el "Gran Stalin" estudió allí del 1 de septiembre de 1894 al 29 de julio de 1899, es decir, durante cinco años. Es posible que los biógrafos oficiales hayan evitado la fecha exacta porque muestra a un seminarista que ya era bastante mayor. Preferimos atenernos a las fechas que figuran en la placa conmemorativa, probablemente facilitadas por los registros del seminario.

Armado con un brillante certificado de la escuela de Gori, Yossif llegó por primera vez a los quince años a una gran ciudad que no podía dejar de cautivar su imaginación: Tiflis, la antigua capital de los zares georgianos. No sería exagerado decir que esta ciudad mitad asiática, mitad europea, dejó una impresión duradera en el adolescente Yossif. A lo largo de sus quince siglos de historia, Tiflis cayó repetidamente en manos del enemigo y fue destruida quince veces, a veces de arriba abajo. Las incursiones de árabes, turcos y persas han dejado su huella en la arquitectura y las costumbres de la ciudad hasta nuestros días. Los barrios europeos se construyeron tras la anexión de Georgia a Rusia, cuando la antigua capital se convirtió en el centro gubernamental y administrativo del Cáucaso. Cuando Yossif ingresó en el seminario, Tiflis tenía más de 150.000 habitantes. Los rusos, que constituían una cuarta parte de esta cifra, eran, por una parte, disidentes religiosos sectarios deportados, bastante numerosos en Transcaucasia, y por otra, funcionarios y soldados. Los armenios constituían la parte más numerosa (38 %) y más rica de la población; se encargaban del comercio y la industria. Los georgianos también constituían aproximadamente una cuarta parte de la población; permanecían apegados a su aldea; eran artesanos, pequeños comerciantes, funcionarios y oficiales subalternos. Según una descripción de 1901, "Junto a las calles europeas de aspecto moderno se extiende un laberinto de callejuelas sinuosas, estrechas y sucias, plazas y bazares puramente asiáticos, rodeados de tiendas abiertas de estilo oriental, cafés y peluquerías... Por todas partes hay una ruidosa multitud de aguadores, porteadores, gente a pie y a caballo, conduciendo caravanas de animales muy cargados, burros, mulas, camellos... Se puede ver pasar a los aguadores." No había alcantarillado, no había agua durante la canícula, el polvo hiriente de las calles lo penetraba todo, el centro se iluminaba con gasolina, los suburbios no estaban iluminados en absoluto: así era la capital administrativa y cultural del Cáucaso en la confluencia de los dos siglos.

"Nos llevaron a una casa de cuatro plantas", cuenta Gogojia, que llegó al mismo tiempo que Yossif, "y luego a las enormes habitaciones del internado, diseñadas para albergar de veinte a treinta personas. Estábamos en el seminario de Tiflis". Yossif Djugachvili, que había terminado con éxito sus estudios preparatorios en Gori, recibió una beca completa, que incluía ropa, zapatos y libros, lo que habría sido imposible si se hubiera hecho un nombre como amotinado. Sus profesores parecían esperar de él una exitosa carrera eclesiástica. Al igual que en la escuela preparatoria, la enseñanza se impartía en ruso: la mayoría de los profesores eran rusos de nacionalidad y rusificadores de profesión. Los georgianos sólo podían tener éxito en la enseñanza si mostraban un celo redoblado. El rector del seminario era un monje ruso, Hermógenes, y el inspector, un monje georgiano, Abashidze, venerado y odiado por los seminaristas. "La vida era triste y monótona en el seminario", cuenta Iremashvili, que nos dio la primera y más completa información sobre el tema. "Encerrados entre los muros de este cuartel, nos sentíamos como convictos inocentes condenados a pasar allí años. Estábamos oprimidos y encerrados en nosotros mismos. Nuestra alegría juvenil, sofocada por los muros y pasillos que nos separaban del mundo, era casi inexistente. Si, de vez en cuando, nuestro temperamento juvenil estallaba, los guardianes y los monjes intervenían de inmediato. Se nos prohibía leer autores y periódicos georgianos... Se temía sobre todo que nos ganaran las ideas de libertad e independencia y que nuestras jóvenes mentes se dejaran seducir por las nuevas doctrinas socialistas. Lo que las autoridades laicas nos permitían leer, en términos de literatura, nos estaba prohibido, como a los futuros sacerdotes, por la iglesia. Tolstoi, Dostoievski y Turguenev seguían siendo inaccesibles para nosotros."

"Los días en el seminario eran como los de una cárcel o un cuartel. Levantarse a las siete de la mañana. Oración, té, clases. Oración. Clases, con pausas, hasta las dos de la tarde. Oración. Comidas: comida mediocre y escasa. Salida, de tres a cinco. Luego

puertas cerradas, pasar lista. Té de la tarde a las ocho. Estudio. Oración, luego a la cama a las diez. "Era como estar en una mazmorra", dice Gogojia. Durante los servicios religiosos de los domingos y días festivos, los seminaristas pasaban de tres a cuatro horas de pie, inmóviles en el suelo de la iglesia, con los pies entumecidos, vigilados por los monjes. La duración de los servicios hacía que ni siquiera los más devotos aprendieran a rezar. Para los monjes que nos observaban, escondíamos nuestros pensamientos bajo rostros acaramelados."

Como siempre, la piedad iba acompañada de un espíritu detectivesco. El inspector Abachidze observaba las actividades de los alumnos con ojo hostil y suspicaz. De regreso al dormitorio desde el refectorio, a menudo se percataban de las huellas frescas de las actividades realizadas en su ausencia. Los monjes solían registrarlos ellos mismos. Los castigos eran reprimendas brutales, el oscuro calabozo, que rara vez quedaba desocupado, notas de conducta que echaban por tierra todas las esperanzas y, finalmente, la expulsión. Los más débiles eran enviados del seminario al cementerio. ¡El camino hacia la salvación es duro!

La pedagogía del seminario incluía todo el aparato ideado por los jesuitas para domar el alma del niño, pero de una forma más primitiva, más tosca y, por tanto, menos eficaz. El hecho dominante era que el ambiente del país no era propicio a la resignación. En casi todos los sesenta seminarios de Rusia, los seminaristas, generalmente bajo la influencia de los estudiantes, se despojaban de la sotana antes de habérsela puesto, aprendían a despreciar el escolasticismo teológico, leían novelas de tesis, obras avanzadas y obras populares dedicadas a Darwin y Marx. En el seminario de Tiflis, la fermentación revolucionaria, alimentada por la atmósfera nacional y social exterior, tenía ya cierta tradición. En el pasado, se había manifestado en graves conflictos con los profesores, revueltas abiertas e incluso el asesinato de un rector. Diez años antes de que Stalin entrara en el seminario, Sylvestre Djibladze había apaleado a un profesor que se había tomado la libertad de expresarse en términos escandalosos sobre la lengua georgiana. Djibladze llegó a ser el iniciador del movimiento socialdemócrata en el Cáucaso y uno de los profesores de Yossif Djugachvili.

Los primeros círculos socialistas se formaron en Tiflis en 1885, y los antiguos seminaristas desempeñaron enseguida un papel clave. Junto a Sylvestre Djibladze, conocieron a Noé Jordania, futuro líder de los mencheviques georgianos, a Nicolás Chkheidze, futuro diputado a la Duma, presidente del Sóviet de Petrogrado durante la revolución de febrero de 1917, y a muchos otros jóvenes destinados a desempeñar un importante papel político en el Cáucaso e incluso en el imperio. En Rusia, el marxismo no era todavía más que un movimiento de intelectuales. Si el seminario de Tiflis se convirtió en el principal foco de contagio marxista en el Cáucaso, fue porque allí no había universidad. En un país atrasado y sin industria como Georgia, el marxismo tenía que adoptar una forma abstracta, por no decir escolástica. Al menos, los seminaristas recibían una cierta formación intelectual que les permitía dominar las construcciones lógicas con cierta dificultad. La razón subyacente del interés por el marxismo era, por supuesto, el descontento del pueblo georgiano, oprimido social y nacionalmente, un descontento que impulsaba a la juventud bohemia a buscar una salida a través de la revolución.

Yossif no tuvo que abrir un nuevo camino en Tiflis, como nos quieren hacer creer los plutarcas soviéticos. Las bofetadas de Djibladze descargadas contra un maestro resonaban aún entre los muros del seminario. Antiguos seminaristas lideraban la opinión avanzada en la ciudad, sin perder el contacto con el colegio, su antigua madrastra. Bastó un encuentro, un encuentro casual, un impulso ocasional, para que un joven insatisfecho, tenso, orgulloso, que sólo necesitaba una fórmula para encontrarse a sí mismo, entrara naturalmente en el camino de los revolucionarios. Su primer paso fue romper con la

religión. Si el escolar de Gori tenía alguna duda, el seminario la disipó. Yossif perdió el gusto por la teología.

"Se mostró tan ambicioso en el seminario que nos superó a todos", escribe Iremashvili. Si esto es cierto, no fue por mucho tiempo. Glurdjidze señala que "Yossif se interesaba por la historia y la lógica", dedicando a otros cursos sólo el tiempo necesario para aprobar sus exámenes. Alejado de las Sagradas Escrituras, se interesó por la literatura, las ciencias naturales y las cuestiones sociales. Los alumnos de las clases superiores le ayudaron. "Al ver las capacidades y la curiosidad de Yossif Djugachvili, empezaron a conversar con él y a proporcionarle revistas y libros", cuenta Gogojia. "Los libros eran los compañeros inseparables de Yossif y nunca se separaba de ellos, ni siquiera en la mesa", dice Glurdjidze. La sed de lectura era un rasgo distintivo de aquellos años de florecimiento primaveral. Cuando los monjes hacían la última ronda por los dormitorios y apagaban las lámparas, las velas clandestinas salían de sus escondites y, a su luz vacilante, comenzaba la lectura prohibida. Yossif, cansado de tantas noches de lectura, no tardó en poner mala cara. "Más de una vez le quité el libro de la mano y le apagué la vela". Glurdjidze recuerda que los seminaristas devoraban a Tolstoi, Dostoievski, Shakespeare, Schiller, la *Historia de la cultura* de Lippert, artículos del publicista radical ruso Pisarev... "A veces incluso leíamos en el seminario. A veces incluso leíamos en la iglesia, durante los oficios, a escondidas."

Fue la literatura nacional georgiana la que causó mayor impresión en Sosso. Iremashvili describe los primeros brotes de un temperamento revolucionario que combinaba un idealismo fresco y un repentino despertar de la ambición. "Sosso y yo", recuerda Iremashvili, "hablábamos a menudo del trágico destino de Georgia. Nos cautivaban las obras del poeta Shota Rustaveli..." Koba, el héroe de una novela del escritor georgiano Kazbek, Nunu, se convirtió en el modelo al que Sosso quería parecerse. En la lucha contra las autoridades zaristas, los montañeses oprimidos fueron derrotados a traición y perdieron los últimos vestigios de libertad, pero el líder de la insurrección lo sacrificó todo, incluida su vida, por su patria y su esposa Nunu. A partir de entonces, Koba "se convirtió en un dios para Sosso... Quería convertirse en un segundo Koba, un luchador y un héroe, tan famoso como el primero…" Yossif adoptó el nombre del jefe de los montañeses y no dejó que nadie le llamara de otro modo. "Su rostro se iluminaba de orgullo y alegría cuando le llamábamos Koba. Sosso conservó este nombre durante muchos años, y se convirtió en su primer pseudónimo cuando empezó a escribir y a hacer propaganda para el partido... Aún hoy, en Georgia le siguen llamando Koba o Koba-Stalin." Los biógrafos oficiales no dicen nada sobre el entusiasmo del joven Yossif por el problema nacional georgiano. Para ellos, Stalin aparece de repente como un marxista completo. Sin embargo, no es difícil comprender que en el ingenuo "marxismo" de este primer período, las vagas ideas socialistas todavía toleraban muy bien el romanticismo nacional de "Koba".

En un año, según Gogojia, Yossif se desarrolló tan bien que en el segundo empezó a dirigir un grupo de camaradas en el seminario. Según Beria, el más oficial de los historiadores, "en 1896-1897, en el seminario de Tiflis, Stalin dirigió dos círculos marxistas". El propio Stalin nunca fue dirigido por nadie. El relato de Iremashvili es mucho más vívido. Una docena de seminaristas, entre ellos Sosso Djugachvili, formaron un círculo socialista clandestino. "Uno de los mayores, Devdariani, abordó su tarea con la mayor seriedad. Elaboró, o para ser más precisos, recibió de sus inspiradores externos un programa de estudios que debía formar a militantes socialdemócratas cualificados durante un periodo de seis años. Este programa comenzaba con la cosmogonía y terminaba con la sociedad comunista. En las reuniones del círculo clandestino se leían informes, seguidos de apasionados debates. Gogojia afirma que no se limitaban a la

propaganda oral. Yossif "creaba y editaba" una revista manuscrita en georgiano, que se publicaba dos veces al mes y pasaba de mano en mano. Un día, el vigilante inspector Abachidze encontró en la habitación de Yossif "un cuaderno que contenía un artículo para nuestra revista manuscrita". Tales publicaciones, cualquiera que fuera su contenido, estaban estrictamente prohibidas tanto en las instituciones laicas como en las religiosas. Como el resultado del descubrimiento de Abachidze no fue más que una "advertencia" y una nota de mala conducta, podemos concluir que la revista era, sin embargo, bastante inocente. Cabe señalar que Iremashvili, que abunda en detalles, no hace ninguna referencia a la revista.

Más aún que en la escuela preparatoria, Yossif debió de sentir ahora su pobreza. "No tenía dinero", dice Gogojia, "mientras que nosotros recibíamos paquetes y dinero de bolsillo de nuestras familias". Durante sus dos horas fuera, Yossif no podía permitirse nada que estuviera al alcance de los hijos de familias más privilegiadas. Sus sueños y planes de futuro eran aún más desenfrenados, y los instintos básicos de su naturaleza se manifestaban con mayor fuerza hacia sus compañeros.

"De niño y adolescente", dice Iremashvili, "era amigo de todos los que se sometían a su voluntad. Sólo con ésos. Su carácter despótico era tanto más evidente entre sus iguales cuanto que tenía que contenerlo en presencia de sus superiores. El círculo clandestino, aislado del resto del mundo, se convirtió naturalmente en el lugar donde Yossif ponía a prueba su fuerza y la capacidad de resistencia de los demás. Le parecía antinatural", escribe Iremashvili, "que otro compañero fuera el líder y organizador del grupo... mientras él daba la mayoría de las conferencias". Cualquiera que se tomara la libertad de contestarle o de intentar explicarle algo se encontraba con una "hostilidad despiadada". Yossif sabía perseguir y vengarse. Sabía atacar en el punto más débil. En estas condiciones, la solidaridad del círculo no podía durar mucho. Luchando por establecer su dominio, Koba, "altivo y pérfidamente cínico, introdujo problemas entre sus amigos". A lo largo de su vida oiremos una y otra vez estas referencias al "pérfido cinismo" de Koba, a su brutalidad y a su carácter vengativo.

El autor de una biografía bastante fantasiosa de Stalin, Essad Bey, cuenta que, antes de entrar en el seminario, el jovencísimo Yossif llevaba una vida de vagabundo en Tiflis, en la sociedad de los "kinto", héroes de las calles, cuentistas, cantantes y canallas, de cuyos modales y virtuosismo para insultar a los demás se dice que conservaba. Evidentemente, no se trataba más que de invenciones. De la escuela religiosa preparatoria, Yossif pasó directamente al seminario, por lo que no tuvo tiempo de vagabundear. Pero lo cierto es que el apodo "kinto" no es la última palabra del vocabulario caucásico. Designa al bribón, al cínico, al hombre capaz de muchas cosas, si no de todo. Se la oí decir por primera vez en referencia a Stalin, en otoño de 1923, al viejo bolchevique georgiano Felipe Majaradze. Tal vez Yossif se viera influido por ella desde su adolescencia, lo que pudo dar lugar a la leyenda de su "vagabundeo".

El mismo biógrafo habla del "pesado puño" que Yossif Djugachvili utilizó para asegurar su supremacía cuando los medios pacíficos resultaron insuficientes. Es difícil de creer. La "acción directa", que implica riesgos, no debía de estar, con toda probabilidad, en el carácter de Stalin, ni siquiera en aquellos años. Cuando se trataba de utilizar sus puños, prefería contar con personas que cumplieran sus órdenes, y sabía cómo encontrarlas, manteniéndose él mismo en un segundo plano, cuando no entre bastidores. Lo que aseguraba a sus partidarios (dice Iremashvili) era el miedo a su cólera brutal y a sus burlas crueles. Sus seguidores aceptaban su liderazgo porque se sentían protegidos por él... Sólo las personas de mente pobre y mal genio podían convertirse en sus amigos...". Los inevitables resultados de todo esto no se hicieron esperar. Algunos miembros del círculo se retiraron, otros participaron cada vez menos en los debates.

"Durante varios años existieron dos partidos, a favor y en contra de Koba, y la lucha por la causa degeneró en una miserable querella personal..." Esta fue la primera gran "disputa" en la vida de Yossif, pero no fue ni mucho menos la última. Vendrían muchas más.

Cómo no recordar aquí, anticipándose mucho a nuestro relato, una reunión del comité central en la que Stalin, ya secretario general, nos ofreció un sombrío panorama de las intrigas y rencillas personales que asolaban diversos comités locales del partido, y añadió inesperadamente: "Pero estas pequeñas rencillas tienen su lado positivo, porque conducen a una dirección monolítica". Los oyentes intercambiaron miradas atónitas mientras el orador continuaba su conferencia imperturbable. Incluso en la juventud de Stalin, el monolitismo que buscaba no era en absoluto el creado por las ideas. "Para él", escribe Iremashvili, "no se trataba de encontrar y establecer la verdad; disputaba o defendía lo que antes había afirmado o condenado. La victoria y la supremacía eran para él mucho más importantes que la verdad".

No tenemos constancia escrita de las ideas de Yossif en aquella época. Según Iremashvili, Sosso era partidario de las acciones más violentas y de la "dictadura de la minoría". La influencia de una imaginación tendenciosa sobre la memoria es aquí sorprendente: la propia cuestión de la "dictadura" aún no existía a finales del siglo pasado. Iremashvili prosigue: "Las opiniones políticas extremas de Koba no se formaron como resultado de un "estudio objetivo", sino que eran "el producto natural de su voluntad personal de poder, así como de la ambición despiadada que le dominaba física y moralmente". En la innegable parcialidad del antiguo menchevique, debemos ser capaces de discernir un grano de verdad: en la vida espiritual de Stalin, el objetivo práctico personal siempre prevaleció sobre la verdad teórica, y la voluntad desempeñó un papel infinitamente mayor que el intelecto.

Iremashvili también hace una observación psicológica que, aunque contiene un elemento de apreciación retrospectiva, no deja de ser muy acertada: Yossif "veía en todo y en todos sólo el lado malo; en general, no creía en los impulsos generosos ni en las cualidades humanas". Este rasgo esencial, que se pone de manifiesto en la adolescencia, en una época de la vida en la que el velo del idealismo suele cubrir el universo, será el leitmotiv de la biografía de Stalin. Esta es precisamente la razón por la que Stalin, a pesar de otros aspectos notables de su carácter, permanecerá en un segundo plano en los periodos de expansión histórica, cuando se despierten en las masas las mejores cualidades, el espíritu de sacrificio y el heroísmo; su cinismo, su falta de confianza en los hombres, sus hábitos de explotar sus peores instintos encontrarán, por el contrario, una amplia aplicación en los periodos de reacción, que cristalizan el egoísmo y la perfidia.

Lejos de convertirse en sacerdote, como soñaba su madre, Yossif Djugachvili ni siquiera consiguió el certificado de estudios teológicos que podía abrirle las puertas de ciertas universidades provinciales. ¿A qué se debió? Existen varias versiones sobre este tema, que no son fáciles de conciliar. En sus memorias escritas en 1929 con la evidente intención de borrar la impresión causada por las que había publicado en 1923, Abel Yenukidze cuenta que Yossif empezó a leer libros prohibidos en el seminario, que esta lectura no escapó a la vigilancia del inspector y que el peligroso alumno fue "expulsado del seminario". El historiador oficial Beria escribe que Stalin fue "expulsado por su malicia". No hay nada improbable en ello, por supuesto: las exclusiones de este tipo no eran infrecuentes. Lo único extraño es que los documentos oficiales no se hayan publicado hasta hoy. Que no se quemaron ni se perdieron durante los años de la revolución, lo sabemos por el hecho de que sirvieron para colocar una placa conmemorativa y porque nunca se dijo nada parecido. ¿No se mantienen en secreto porque contienen información desafortunada o porque desmentirían ciertas leyendas?

La afirmación más común es que Dzhugashvili fue expulsado por liderar círculos socialdemócratas. Su antiguo compañero de estudios, Elissabedachvili, testigo de dudosa reputación, escribe que estos círculos, organizados "por iniciativa de Stalin y bajo su dirección", contaban con "entre cien y ciento veinticinco seminaristas". Si habláramos de los años 1905-1906, cuando las aguas se desbordaban por todas partes y las autoridades habían perdido la cabeza, podríamos creerlo. Pero para 1899, esta cifra es completamente fantasiosa. Si la organización hubiera tenido tanta importancia, no habría bastado con excluir a su líder; la intervención de la policía política habría sido inevitable. Sin embargo, lejos de ser inmediatamente detenido, Yossif permaneció en libertad durante unos tres años tras su expulsión del seminario. Por consiguiente, debemos rechazar totalmente la versión que atribuye su exclusión a la acción de los medios socialdemócratas.

Gogojia, cuyo deseo de no alejarse demasiado de los hechos es notable, es más prudente. "Yossif", escribe, "había dejado de interesarse por sus lecciones; sólo se esforzaba por obtener notas aprobatorias para poder pasar los exámenes... El monje redomado Abachidze adivinó por qué Djugachvili, dotado, desarrollado, con una memoria prodigiosa, se limitaba a buscar notas aprobatorias... y lo hizo expulsar del seminario". Sólo podemos especular sobre lo que adivinó el monje. Del relato de Gogojia sólo se desprende que Yossif fue expulsado del seminario a causa de sus malas notas, que no eran sino el resultado de su ruptura interior con la sabiduría teológica. La misma conclusión puede extraerse del relato de Kapanadze sobre la "transformación" interior de Yossif durante sus estudios en el seminario de Tiflis: "Ya no era el estudiante diligente de antaño". Cabe señalar que Kapanadze, Glurdjidze y Elissabédachvili no mencionan la exclusión de Yossif del seminario.

Pero lo más asombroso es que la madre de Stalin, en el último período de su vida, cuando los historiadores y periodistas oficiales se interesaron por ella, negó categóricamente el hecho mismo de la exclusión. Cuando ingresó en el seminario, el muchacho de quince años, según su madre, gozaba de buena salud; sus estudios le agotaban tanto que los médicos temían que desarrollara tuberculosis. Ekaterina Djugachvili añadió que su hijo no quería dejar el seminario y que ella se lo "llevó" a su pesar. Esto no parece muy probable. Una crisis de salud pudo provocar una interrupción momentánea de los estudios, pero no una ruptura total con la escuela y el abandono por parte de la madre de las esperanzas que tenía depositadas en su hijo. Además, en 1899, Yossif tenía veinte años; no se distinguió por la obediencia y es dudoso que su madre hubiera podido disponer así de su destino. Por último, cuando dejó el seminario, Yossif no regresó a Gori, bajo el ala de su madre, lo que habría sido lo más natural si hubiera estado enfermo, sino que permaneció en Tiflis, sin ocupación ni medios. La anciana madre Keke no lo contó todo a los periodistas. Podemos suponer que, en aquel momento, consideraba que la exclusión de su hijo era una gran deshonra para ella y, como el asunto había tenido lugar en Tiflis, dijo a sus vecinos de Gori que su hijo había tenido que interrumpir sus estudios por motivos de salud. Más tarde, le debió parecer que no era apropiado que el "Jefe" del estado hubiera sido expulsado de la escuela cuando era joven. Probablemente no haya más razones secretas para la insistencia de la anciana: "No le expulsaron, le saqué yo misma."

Tal vez, además, Yossif no fue excluido en el verdadero sentido de la palabra. Esta versión, probablemente la más probable, es la que da Iremashvili. Según ésta, las autoridades del seminario, decepcionadas con el alumno, se volvieron cada vez más quisquillosas y mal dispuestas con él. "Así, Koba, convencido de la inutilidad de su celo, se convirtió poco a poco en el peor alumno del seminario. Los reproches de sus profesores no obtenían de él más respuesta que una sonrisa desdeñosa y pérfida." El certificado que recibió para pasar del quinto al sexto curso, que era el último, era tan malo que el propio

Koba decidió abandonar el seminario un año antes de terminar sus estudios." Si aceptamos esta versión, podemos entender por qué Yenokidze escribió que "dejó el seminario a toda prisa", pero evitó ser más preciso; por qué la mayoría de los compañeros de colegio de Yossif guardaron un silencio absoluto sobre un episodio tan importante de su vida en el seminario, por qué no se publicaron los documentos y por qué, finalmente, su madre se consideró con derecho a afirmar que su hijo no había sido expulsado, aunque dio al episodio un tinte diferente al asumir la responsabilidad de haber hecho salir a su hijo. Desde el punto de vista de la biografía personal o política de Stalin, los detalles de su ruptura con el seminario tienen poca importancia. Pero sí muestran las dificultades que la historiografía totalitaria acumula para los historiadores futuros, incluso en un punto tan secundario.

Yossif ingresó en la escuela preparatoria a los once años, en 1890; la abandonó cuatro años después para ingresar en el seminario, que dejó en 1899, tras haber pasado nueve años en colegios religiosos. Los georgianos maduran rápido. Cuando Yossif dejó el seminario, ya era un hombre, "sin diplomas", señala Gogojia, "pero con puntos de vista bien definidos sobre la vida". Nueve años de enseñanza teológica no podían sino haber dejado una profunda huella en su carácter, en su forma de pensar, empezando por su estilo, siendo el estilo inseparable de la personalidad.

El georgiano había sido la lengua hablada en su familia y en el entorno que le rodeaba. Incluso al final de su vida, su madre no sabía ruso. Es dudoso que su padre lo hiciera. El joven sólo aprendió ruso en la escuela, donde la mayoría de los alumnos eran también georgianos. Yossif nunca llegó a asimilar el espíritu de la lengua rusa, su naturaleza libre, su ritmo interior. Pero eso era sólo una parte de la historia. Yossif aprendió esta lengua extranjera, destinada a sustituir a la suya propia, en el aire cerrado de una escuela teológica. Asimiló el habla rusa con las fórmulas del escolasticismo clerical. Para él, el habla en sí no era la expresión natural, inherente al hombre, de pensamientos y sentimientos personales, sino la expresión artificial y externa de un misticismo que primero le era ajeno y luego aborrecía. Posteriormente, sería tanto menos capaz de asimilar la palabra y hacerla más íntima, de clarificarla y ennoblecerla, cuanto que serviría para ocultar o disfrazar sus pensamientos y sentimientos más que para expresarlos. De modo que la lengua rusa siguió siendo siempre para él una lengua medio extranjera, aproximada y, lo que es mucho más grave para la conciencia, convencional y forzada.

Es fácil comprender por qué, en cuanto Yossif rompió con la religión, el estudio de los textos sagrados y de la liturgia se le hizo intolerable. Es mucho más difícil comprender cómo pudo llevar una doble vida durante tanto tiempo. Si aceptamos el relato de que, desde los trece años, Sosso opuso Darwin a la Biblia, hay que admitir que luego estudió teología durante siete años con paciencia, aunque con celo decreciente. El propio Stalin relata su despertar revolucionario a los quince o dieciséis años. Tal vez se apartó de la religión dos o tres años antes de pasarse al socialismo. Pero incluso suponiendo que descubriera una mientras perdía la otra, resulta que el joven ateo siguió profundizando en los misterios de la ortodoxia durante cinco años.

Es cierto que muchos jóvenes librepensadores llevaban una doble vida en los centros de enseñanza superior del imperio. Pero esto se aplica sobre todo a las universidades, donde el régimen era, a pesar de todo, relativamente libre y donde la hipocresía oficial se reducía a un ritual mínimo bastante discreto. En las escuelas medias, la coacción religiosa pesaba más, pero, por otra parte, no duraba mucho, uno o dos años, durante los cuales el joven ya podía ver las puertas de la universidad. La situación del joven Djugachvili era verdaderamente excepcional: no estudiaba en una escuela laica, donde los alumnos sólo eran vigilados durante una parte del día y donde el catecismo sólo

desempeñaba un papel secundario, sino en un internado donde la ley de la iglesia lo regía todo, bajo el control constante de los monjes. Resistir a este régimen de duplicidad durante siete años, o incluso sólo cinco, exigía una prudencia extraordinaria y una disipación sin parangón. Durante los años que Yossif pasó en el seminario, nadie le oyó nunca protestar abiertamente ni hacer un gesto audaz de indignación. Se burlaba de sus profesores cuando estaban de espaldas, pero nunca les contestaba a la cara. No imitaba a Djibladze, que abofeteaba a un profesor machista; como mucho, se permitía una "sonrisa despectiva". Su hostilidad es contenida, oculta, expectante. Como hemos visto, el seminario inculcó al seminarista Pomialovsky "desconfianza, disimulo, hostilidad y odio hacia el entorno". Esto es más o menos lo que Iremashvili dice de Koba, en términos más agudos: "En 1899, abandonó el seminario, llevándose consigo una reprimida pero feroz hostilidad hacia la escuela, hacia la burguesía, hacia todo lo que existía en el país y encarnaba el zarismo. Un odio a toda autoridad.

Capítulo segundo. "Revolucionario profesional"

En 1883, la capital petrolera del Cáucaso, Bakú, estaba unida a Batum, puerto del mar Negro, por una línea de ferrocarril. Sosso tenía cuatro años. Junto con su eje montañoso, el Cáucaso tenía ahora su eje ferroviario. La industria del manganeso siguió al auge del petróleo. En 1896, justo cuando Sosso empezaba a soñar con ganarse el nombre de Koba, estalló la primera huelga en los talleres ferroviarios de Tiflis.

El Cáucaso iba a la zaga de Rusia central en el desarrollo de la industria y las ideas. Hacia 1895, el marxismo se convirtió en la tendencia dominante entre los intelectuales avanzados, inicialmente en Petersburgo. Koba seguía menguando en el ambiente cerrado del seminario, pero el movimiento socialdemócrata ya se había extendido por todas partes. Una tumultuosa oleada de huelgas recorre el país. Primero cientos, luego miles de intelectuales y obreros son detenidos y deportados. Se abre un nuevo capítulo en el movimiento revolucionario.

En 1901, cuando Koba se convirtió en miembro del comité Tiflis, había en el Cáucaso unos 40.000 obreros en 9.000 empresas, sin contar los talleres artesanales. Una cifra insignificante si se tiene en cuenta la extensión y la riqueza de la región, bañada por dos mares, pero la propaganda socialdemócrata ya estaba en marcha. Los pozos petrolíferos de Bakú, las primeras minas de manganeso de Chiatura y la actividad dinamizadora del ferrocarril impulsaron no sólo el movimiento huelguístico obrero, sino también el pensamiento teórico de los intelectuales georgianos. *Kvali* [El Surco], periódico liberal, no tardó en constatar, con más sorpresa que hostilidad, la aparición en la escena política de representantes de una nueva formación: "Desde 1893, observamos en las publicaciones georgianas manifestaciones aisladas de jóvenes, cuya orientación es sorprendente y que tienen un programa original; son los partidarios del materialismo económico." Para distinguirlos de los nobles progresistas y de los liberales burgueses cuya influencia había prevalecido hasta entonces, los marxistas se llamaban el "Messame-Dassi" [Tercer Estado]. A su cabeza estaba Noé Jordania, futuro líder de los mencheviques en el Cáucaso y futuro jefe de estado de la efímera Georgia democrática.

Dado el estado extremadamente primitivo del país, la intelectualidad pequeñoburguesa de Rusia, que pretendía sacudirse el yugo de un régimen policial retrógrado y escapar del hormiguero que era la vieja sociedad, tuvo que quemar etapas. El protestantismo y la democracia, bajo cuya égida habían tenido lugar las revoluciones de los siglos XVII y XVIII en occidente, hacía tiempo que se habían convertido en doctrinas conservadoras. Los bohemios medio pobres del Cáucaso no podían dejarse engañar por abstracciones burguesas. Su hostilidad hacia los gobernantes y los privilegiados estaba naturalmente teñida de color social. Para las luchas que se avecinaban, la intelectualidad necesitaba una nueva doctrina que aún no estuviera comprometida. La encontró en el socialismo occidental, en su forma científica más elevada, el marxismo. Ya no se trataba de la igualdad ante dios o ante la ley, sino de la igualdad económica. De hecho, la lejana perspectiva socialista pretendía proteger a la intelectualidad, en su lucha contra el zar, del escepticismo prematuro que amenazaba la experiencia de la democracia occidental. Estas condiciones determinaron el carácter del

marxismo ruso (y más aún del caucásico) de la época, que era muy estrecho de miras y primitivo, ya que estaba adaptado a las necesidades políticas de la intelectualidad provinciana y atrasada. Aunque este marxismo no era muy real en teoría, prestó sin embargo un servicio muy real a la intelectualidad al estimularla en la lucha contra el zarismo.

Entre 1890 y 1900, la vanguardia de la crítica marxista se dirigió sobre todo contra el movimiento populista en degeneración, que tenía un miedo supersticioso al desarrollo capitalista, esperando una evolución histórica "especial" y privilegiada para Rusia. La defensa de la misión progresista del capitalismo se convirtió así en el tema principal del marxismo de la intelectualidad, y a menudo relegó a un segundo plano el problema de la lucha de clases del proletariado. Noé Jordania predicaba celosamente en la prensa jurídica la unidad de los intereses de la "nación": con ello se refería a la necesidad de una alianza entre el proletariado y la burguesía contra la autocracia. La idea de esta alianza se convertiría más tarde en la piedra angular de la política menchevique y acabaría provocando su caída. Aún hoy, los historiadores oficiales soviéticos siguen atacando de todas las formas posibles el concepto de Jordania, refutado desde hace tiempo por el curso de la lucha, sin darse cuenta de que treinta años más tarde Stalin aplicó la misma política que los mencheviques, no sólo en China, sino también en España e incluso en Francia, es decir, en países donde tiene infinitamente menos justificación que la que tenía en la Georgia semifeudal bajo el dominio del zar.

Sin embargo, incluso en aquellos años, las ideas de Jordania nunca fueron unánimemente aceptadas. En 1895, Sacha Tsulukidze se unió al Messamé-Dassi, y se convertiría en uno de los propagandistas más destacados de su ala izquierda. Murió de tuberculosis a los 29 años, en 1905, dejando tras de sí escritos que atestiguan una notable preparación marxista y un verdadero don literario. En 1897, Lado Ketsjoveli se unió también al Messamé-Dassi. Al igual que Koba, era un antiguo alumno de la escuela religiosa de Gori y del seminario de Tiflis, pero unos años mayor que Koba, y dirigió los primeros pasos de Koba en el camino de la revolución. En una época en que los autores de las memorias gozaban aún de cierta libertad (en 1923), Lenukidze recordaba que "Stalin expresó repetidamente su asombro por las capacidades de nuestro difunto camarada Ketsjoveli, que en aquella época sabía plantear correctamente las preguntas en el espíritu del marxismo revolucionario". Este testimonio y sobre todo la palabra "asombro" desmienten las versiones posteriores según las cuales la dirección del movimiento pertenecía ya a Koba en aquellos lejanos tiempos, siendo Tsulukidze y Ketsjoveli meros "ayudantes" suyos. Hay que añadir que los artículos escritos por el joven Tsujukidze son muy superiores, tanto en la forma como en el contenido, a todo lo escrito por Koba dos o tres años más tarde.

Tras situarse a la izquierda de Messamé-Dassi, Ketsjoveli trajo consigo un año más tarde al joven Djugachvili. No se trataba realmente de una organización revolucionaria, sino más bien de un círculo agrupado en torno al periódico legal *Kvali*, que en 1896 había pasado de manos de los liberales a las de los jóvenes marxistas dirigidos por Jordania. "Visitábamos a menudo la redacción de *Kvali* en secreto", escribió Iremashvili, "Koba nos acompañó varias veces, pero pronto se mofó de los redactores". Por muy embrionarias que fueran entonces entre los marxistas, las diferencias de opinión eran, no obstante, muy reales. Los moderados no creían realmente en la revolución, y menos aún en su proximidad; contaban con un lento "progreso" y querían una alianza con la burguesía liberal. La izquierda, en cambio, esperaba sinceramente el ascenso revolucionario de las masas y, por tanto, defendía una política más independiente. Básicamente, el ala izquierda estaba formada por demócratas revolucionarios destinados a adoptar una actitud natural de oposición frente a los "marxistas" semiliberales. El

temperamento y los antecedentes de Sosso le llevaron a simpatizar con la izquierda. Entró en el movimiento revolucionario como un demócrata plebeyo de tipo provinciano, armado con una doctrina "marxista" muy primitiva, y esto es básicamente lo que siguió siendo, a pesar de la fantástica curva de su destino personal.

Los desacuerdos entre estos dos grupos, aún poco claros, se referían temporalmente a cuestiones de propaganda y agitación. Unos querían que la propaganda cultural se llevara a cabo cuidadosamente en pequeños círculos, mientras que otros querían hacerse cargo de las huelgas y difundir octavillas. Cuando los partidarios del trabajo de masas se impusieron, el tema de desacuerdo pasó a ser el texto de los folletos. Los más prudentes tendían a limitar su agitación a la defensa de reivindicaciones exclusivamente económicas, por miedo a "asustar a las masas"; sus adversarios les daban el despectivo apodo de "economistas". El ala izquierda, por el contrario, consideraba necesario emprender una acción revolucionaria contra el zarismo. Este era el punto de vista de Plejánov en el extranjero, en la emigración. En Rusia, era el de Vladimir Uliánov y sus amigos.

"Los primeros grupos socialdemócratas aparecieron en Tiflis", cuenta uno de los pioneros del movimiento, "ya en 1896-97 existían en esta ciudad círculos en los que los obreros constituían el elemento predominante. Al principio, eran simples círculos educativos... Su número crecía constantemente. En 1900 había ya varias decenas. Cada círculo tenía entre diez y quince miembros". Estos círculos se hicieron más audaces a medida que se multiplicaban.

Todavía seminarista, en 1898 Koba entró en contacto con los obreros y se afilió a la organización socialdemócrata. "Una noche, Koba y yo salimos a hurtadillas del seminario de Mtatsminda", escribió Iremashvili, "para ir a una pequeña casa construida adosada a la roca, que pertenecía a un obrero ferroviario de Tiflis. Poco después llegaron sigilosamente los compañeros del seminario que compartían nuestros puntos de vista. La organización socialdemócrata de ferroviarios celebró una reunión con nosotros". El propio Stalin habló de este episodio en 1926, en una reunión en Tiflis: "Recuerdo el año 1896, cuando por primera vez tuve que dirigir un pequeño círculo de ferroviarios. Recuerdo que fue en casa del camarada Sturua, en presencia de Sylvestre Djibladze (que era entonces uno de mis profesores) y de otros obreros avanzados de Tiflis, donde recibí mis primeras lecciones de trabajo práctico... Fue allí, entre estos camaradas, donde me convertí en un aprendiz revolucionario."

En 1898-1900 estallaron huelgas en los talleres ferroviarios y en varias fábricas de Tiflis, a menudo con la participación destacada de jóvenes socialdemócratas. Se difundieron proclamas (impresas a mano en una imprenta clandestina) entre los obreros. El movimiento siguió desarrollándose en el espíritu del "economicismo". Una parte de la actividad clandestina se basaba en Koba; hoy es difícil decir exactamente qué parte. Pero parece que ya había logrado encontrar su lugar en el mundo de la clandestinidad revolucionaria.

En 1900, Lenin, que acababa de cumplir una pena de deportación a Siberia, viajó al extranjero con la intención de fundar un diario revolucionario que reuniera a un partido aún disperso y lo comprometiera definitivamente en el camino de la acción revolucionaria. Un viejo revolucionario, el ingeniero Victor Kurnatovsky, fue informado de estos planes y viajó de Siberia a Tiflis. Fue él (y no Koba, como afirman ahora los historiadores bizantinos) quien sacó a los socialdemócratas de Tiflis de su estrecho "economicismo" y dio a sus actividades una orientación más revolucionaria.

Kurnatovsky había comenzado su actividad revolucionaria en el partido terrorista Narodnaya Volya [Voluntad Popular]. Durante su tercera deportación, a finales de siglo, se hizo marxista y se vinculó a Lenin y al grupo de Lenin. Fue el principal representante

en el Cáucaso de *Iskra* [La Chispa], fundado en el extranjero por Lenin, cuyos seguidores empezaron a llamarse "iskristas". Los viejos obreros de Tiflis no le han olvidado: "Durante todas las discusiones, todos los camaradas se dirigían a Kurnatovsky. Sus juicios y conclusiones eran siempre aceptados sin objeciones". Estas palabras atestiguan la importancia del papel desempeñado en el Cáucaso por este revolucionario infatigable e incansable, cuyo destino personal fue heroico y trágico.

En 1900 se constituyó el comité de Tiflis del partido socialdemócrata, sin duda por iniciativa de Kurnatovsky, en el que sólo había intelectuales. Koba, que al parecer cayó rápidamente, como muchos otros, bajo la influencia de Kurnatovsky, no era aún miembro de este comité, que en cualquier caso no vivió mucho tiempo. De mayo a agosto, una oleada de huelgas recorrió las fábricas de Tiflis y los talleres ferroviarios. Entre los huelguistas se encontraban el cerrajero Kalinin, futuro presidente de la república soviética, y otro obrero ruso, Alliluyev, futuro suegro de Stalin.

Fue entonces cuando se desencadenó en Rusia todo un ciclo de manifestaciones callejeras, iniciadas por los estudiantes. La impresionante manifestación del 1 de mayo de 1900 en Járkov reunió a la mayoría de los obreros de la ciudad y despertó asombro y entusiasmo en todo el país. Otras ciudades siguieron el ejemplo de Járkov. "La socialdemocracia", escribió el general de la gendarmería Spiridovich, "ha comprendido la enorme importancia de las manifestaciones callejeras para la agitación. Ahora tomó la iniciativa, implicando a un número creciente de obreros. Las huelgas fueron a menudo la ocasión para las manifestaciones callejeras". El "Primero de Mayo" se celebró el 22 de abril de 1901 (según el antiguo calendario) con una manifestación por las calles del centro de la ciudad en la que participaron dos mil personas. Catorce personas resultaron heridas en choques con la policía y los cosacos, y más de cincuenta fueron detenidas. *Iskra* no dejó de señalar el significado sintomático de esta manifestación. "A partir de esta fecha, en el Cáucaso, el movimiento revolucionario comenzó a plena luz del día".

Kurnatovsky, que dirigía los trabajos preparatorios, había sido detenido un mes antes, la noche del 22 de marzo. Esa misma noche se llevó a cabo un registro en el observatorio en el que trabajaba Koba, pero no se le pudo detener porque estaba ausente. El jefe de la gendarmería decidió "buscar a dicho Yossif Djugachvili e interrogarle en calidad de imputado". Koba pasó así a la "ilegalidad", convirtiéndose en un "revolucionario profesional" durante mucho tiempo. Tenía entonces 22 años. La revolución vencería dentro de dieciséis años.

Tras escapar a la detención, Koba se escondió durante las semanas siguientes en Tiflis y consiguió participar en la manifestación del Primero de Mayo. Beria lo afirma categóricamente, añadiendo, como siempre, que Stalin "la dirigió personalmente". Por desgracia, Beria no es de fiar. Pero tenemos el testimonio de Iremashvili, que, es cierto, no estaba en Tiflis, sino en Gori. Koba, uno de los cabecillas buscados", relata, "logró escapar de la Plaza del Mercado justo cuando estaba a punto de ser detenido... Se refugió en su ciudad natal, Gori. Por supuesto, no pudo refugiarse en casa de su madre, porque fue el primer lugar donde le buscaron. Así que tuvo que esconderse, incluso en Gori. A menudo venía a verme a mi casa por la noche, a escondidas. Para entonces, Iremashvili ya era profesor en su ciudad natal.

La manifestación de Tiflis había dejado una fuerte impresión en Koba. Iremashvili señaló, "no sin preocupación", que fueron sobre todo los choques sangrientos los que entusiasmaron a su amigo. Según Koba, "una lucha a muerte debe fortalecer el movimiento; una batalla sangrienta debe acelerar la decisión". Iremashvili no tenía ni idea de que su amigo se limitaba a repetir los textos de *Iskra*.

Desde Gori, Koba parece haber regresado ilegalmente a Tiflis, ya que, como atestiguan los informes de la gendarmería, "en otoño de 1901, Djugachvili fue elegido

miembro del comité de Tiflis... Dado que los gendarmes no tenían otra "tendencia" que la de detener a los revolucionarios y que, gracias a los informadores, solían estar bastante bien informados, podemos considerar probado que en 1898-1901 Koba no desempeñó en absoluto en Tiflis el papel dirigente que se le ha atribuido en los últimos años. Sólo se incorporó al comité local en otoño de 1901 y fue un propagandista más, es decir, el líder de un círculo.

A finales de 1901, Koba viajó de Tiflis a Batum, en el mar Negro, cerca de la frontera turca. Este desplazamiento puede explicarse fácilmente por la necesidad de escapar al escrutinio de la policía de Tiflis y de extender la propaganda revolucionaria a la provincia. Sin embargo, las publicaciones mencheviques dan una explicación diferente. Desde los primeros días de su actividad en los círculos obreros, Djugachvili llamó la atención por sus intrigas contra Djibladze, el principal dirigente de la organización de Tiflis. A pesar de una advertencia, persistió en difundir calumnias "para desacreditar a los verdaderos representantes del movimiento y obtener una posición dirigente". Al parecer, Koba fue llevado ante un tribunal del partido, declarado culpable de difamación y expulsado por unanimidad. Apenas es posible verificar este relato, que procede, no lo olvidemos, de los acérrimos adversarios de Stalin. Los documentos de la gendarmería de Tiflis, al menos los que se han publicado hasta ahora, no dicen nada de la exclusión de Yossif Djugachvili del partido; al contrario, muestran que fue enviado a Batum "para organizar allí la propaganda". Así pues, la versión de los mencheviques podría descartarse sin más si otros testimonios no nos llevaran a pensar que el traslado a Koba no fue un asunto sin importancia.

Uno de los primeros y más concienzudos historiadores de los movimientos obreros del Cáucaso, T. Arkomed, cuyo libro se publicó en Ginebra en 1910, relata un agudo conflicto surgido en la organización de Tiflis en el otoño de 1901 en torno a la cuestión de la inclusión en el comité de representantes obreros elegidos. "A esta propuesta se opuso un joven camarada intelectual, enérgico y desaliñado en todas las cosas, que, subrayando la necesidad de la ilegalidad y la falta de preparación e inconsciencia de los obreros, se pronunció contra su entrada en el comité. Dirigiéndose a los obreros, terminó su discurso con estas palabras: 'Se os halaga aquí; yo os pregunto, ¿hay entre vosotros uno o dos obreros aptos para el trabajo del comité? Decid la verdad, ¡con la mano en el corazón!' Los obreros no le hicieron caso y votaron a sus delegados para formar parte del comité.["] Arkomed no nombra al joven "enérgico y luchador" porque en la época en que escribía no era posible publicar nombres. Cuando en 1923 apareció una edición soviética de su libro, el nombre permaneció oculto, y no sin razón. Pero el libro contiene una indicación valiosa. "El joven camarada mencionado", continúa Arkomed, "pronto trasladó su actividad de Tiflis a Batum, desde donde se informó a los militantes de Tiflis de que allí se dedicaba a una agitación impropia, hostil y desorganizadora contra la organización de Tiflis y sus miembros". Según el autor, este comportamiento hostil no estaba dictado por consideraciones de principio, sino por "caprichos personales y el deseo de imponer su propia autoridad". Todo esto se parece mucho a lo que Iremashvili nos ha contado sobre las disensiones en el círculo de los seminaristas. El "joven camarada" tiene los rasgos de Koba. Y es Koba, porque de todos los miembros del comité de Tiflis, según se desprende de los numerosos libros de memorias, él y sólo él fue a Batum en noviembre de 1901. Por tanto, es natural suponer que Koba cambió el lugar de sus actividades porque el suelo de Tiflis se había vuelto demasiado caliente bajo sus pies. Aunque no fue "excluido", probablemente se le pidió que abandonara Tiflis para purificar el ambiente. De ahí la "actitud incorrecta" de Koba hacia la organización de Tiflis y el rumor, que surgió más tarde, de que había sido expulsado. También hay que recordar la causa del conflicto: Koba defendía el "aparato" frente a la presión ejercida desde abajo.

A principios de siglo, Batum tenía casi 30.000 habitantes y era un importante centro industrial. Las fábricas empleaban hasta 11.000 trabajadores. La jornada laboral superaba a veces las catorce horas por un mísero salario. No es sorprendente que este proletariado fuera extremadamente receptivo a la propaganda revolucionaria. Como en Tiflis, Koba encontró su tarea preparada: en Batum existían círculos clandestinos desde 1896. Koba aumentó su número con el obrero Kandeliaky. El día de Año Nuevo, los círculos formaron una organización general que, sin embargo, no obtuvo los derechos de un comité autónomo y permaneció subordinada a Tiflis. Esta fue claramente una de las razones de los nuevos conflictos, que conocemos por Arkomed. Koba no aceptaba la autoridad de nadie.

A principios de 1902, la organización de Batum consiguió crear una imprenta clandestina muy primitiva, que se instaló en el piso ocupado por Koba. Una violación tan flagrante de las reglas de la conspiración se debía sin duda a la falta de medios. "Una habitación estrecha, débilmente iluminada por una lámpara de parafina. Stalin está escribiendo, inclinado sobre una pequeña mesa redonda. A su derecha está la imprenta, frente a la cual trabajan los compositores. Los caracteres están dispuestos en cajas de cerillas o cigarrillos y en cuadrados de papel. A intervalos frecuentes, Stalin pasa la copia a los cajistas. Esto es lo que recuerda uno de los miembros de la organización. Hay que añadir que el texto del folleto estaba más o menos a la altura de esta técnica. Un poco más tarde, gracias a la ayuda del revolucionario armenio Kamo, Batum recibió de Tiflis material, cajas y tipos de letra. La tipografía creció y mejoró. El valor de los textos publicados no cambió. Sin embargo, eran eficaces.

El 25 de febrero de 1902, la dirección de la refinería de petróleo Rothschild anuncia el despido de 389 trabajadores. El día 27 respondió la huelga. El malestar se extendió a otras empresas. Se produjeron incidentes con los rompehuelgas. El jefe de policía pidió al gobernador que enviara a las tropas. El 7 de marzo, la policía detuvo a 32 obreros. A la mañana siguiente, cuatrocientos obreros de la fábrica Rothschild se concentraron ante la cárcel, exigiendo la liberación de sus compañeros o la detención de todos. La policía se los llevó a todos a los depósitos de deportación. El espíritu de solidaridad crecía entonces entre las masas obreras rusas y se manifestaba a cada oportunidad en los rincones más remotos del país: sólo faltaban tres años para la revolución... Al día siguiente, el 9 de marzo, tuvo lugar una manifestación mayor. Según el acta de acusación, "una gran multitud de obreros, precedidos por dirigentes, marchando en filas, cantando, gritando y haciendo sonar silbatos", se dirigió a los depósitos. Eran unas dos mil personas. Los trabajadores de Jimiryants y Goguiberidze hicieron las mismas peticiones a las autoridades militares: liberar a los detenidos o detener a todos. La muchedumbre, como reconoció más tarde el tribunal, estaba "desarmada y era pacífica". Pero las autoridades sabían cómo acabar con ellos. Cuando las tropas intentaron desalojar la plaza a culatazos, los obreros respondieron con piedras. Las tropas abrieron fuego, dejando 14 muertos y 54 heridos en la plaza. El suceso conmocionó a todo el país: a principios de siglo, los asesinatos en masa provocaban una reacción nerviosa mucho más fuerte que hoy.

¿Qué papel desempeñó Koba en este acontecimiento? No es fácil decirlo. Los compiladores soviéticos se debaten entre dos tareas contradictorias: atribuir a Stalin la máxima participación en el mayor número posible de acontecimientos revolucionarios y, al mismo tiempo, prolongar todo lo posible sus períodos de encarcelamiento y deportación. Los artistas de la corte reprodujeron en pintura dos series de acontecimientos que no coinciden cronológicamente, mostrándonos al mismo tiempo el heroísmo de Stalin en la calle y su estoicismo en la cárcel. El 27 de abril de 1937, el diario moscovita *Izvestia* publicó la reproducción de un cuadro del artista K. Jutsichvili en el que aparecía Stalin

organizando la huelga de los ferroviarios de Tiflis en 1902. Al día siguiente, los redactores se vieron obligados a disculparse por su error. "La biografía del camarada Stalin", decía un comunicado, "nos dice que desde febrero de 1902 hasta finales de 1903 estuvo en las cárceles de Batum y luego en Kutaris. Así pues, Stalin no pudo ser el organizador de la huelga de Tiflis en 1902. Cuando se le preguntó al respecto, el camarada Stalin dijo que, desde el punto de vista de la verdad histórica, era completamente erróneo representarlo como el organizador de la huelga de Tiflis en 1902, porque en aquel momento se encontraba en la prisión de Batum". Pero si es cierto que Stalin estaba en la cárcel en febrero, "desde el punto de vista de la verdad histórica" no podría haber dirigido la manifestación que tuvo lugar en marzo. Esta vez, sin embargo, no fue sólo el artista quien erró en su exceso de celo. Los redactores de *Izvestia* también se equivocaron, a pesar de haber obtenido información del propio interesado. Koba no fue detenido en febrero, sino en abril. No pudo encabezar la huelga de Tiflis, no porque estuviera en la cárcel, sino porque se encontraba a orillas del mar Negro. En cambio, sí pudo participar en los acontecimientos de Batum. Veamos qué papel desempeñó.

Sin duda, los lectores observarán con cierto pesar que nuestra exposición de los hechos va acompañada de observaciones críticas sobre las fuentes. El autor es muy consciente de los inconvenientes de tal método, pero no tiene más remedio. Los documentos apenas existen o están ocultos. Los recuerdos posteriores son tendenciosos, cuando no falsos. Ofrecer al lector conclusiones prefabricadas que contradicen la versión oficial sería exponerse a la acusación de parcialidad. Sólo nos queda someter al lector a un examen crítico de las propias fuentes.

Un biógrafo francés de Stalin, Henri Barbusse, que escribió al dictado del Kremlin, afirma que Koba marchó a la cabeza de la manifestación de Batum, "como un blanco". Esta ampulosa frase contradice no sólo la información policial, sino también el carácter de Stalin, que nunca y en ninguna parte se colocó "como un blanco" (lo que, por cierto, es superfluo). En 1937, las ediciones del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, bajo la dirección inmediata de Stalin, dedicaron un volumen entero a la manifestación de Batum o, más exactamente, al papel de Stalin en ella. Sin embargo, estas 240 páginas de apretado texto sólo sirvieron para confundir la cuestión, porque las "memorias" dictadas desde arriba están en absoluta contradicción con los documentos que se publicaron parcialmente. Todria escribe mansamente: "El camarada Sosso permaneció todo el tiempo en el lugar y dirigió el comité central de huelga". Goguiberidze afirma: "El camarada Sosso nunca nos abandonó". Un viejo obrero de Batum, Darajvelidze, cuenta que Sosso estaba "en medio del agitado mar de obreros, dirigiendo directamente el movimiento, un obrero herido en la mano durante el tiroteo, G. Kalandadze, fue sacado de la multitud por él y llevado a su alojamiento por él". Es dudoso que un dirigente hubiera podido abandonar su puesto para acompañar a un herido; cualquiera habría podido realizar esta tarea como camillero. Ninguno de los otros veintiséis autores menciona este dudoso episodio. Pero, al fin y al cabo, no es más que un detalle. El protagonismo de Koba en la manifestación queda mucho más claramente desmentido por el hecho, demasiado bien revelado en el juicio, de que la manifestación no fue dirigida. Los propios Goguiberidze y Jimiriants, que realmente habían marchado a la cabeza de la multitud, fueron considerados por el tribunal zarista, a pesar de la insistencia del fiscal, como meros participantes y no como líderes. El nombre de Djugachvili no se mencionó en el juicio, en el que participaron numerosos acusados y testigos. La leyenda se desmorona. Parece que Koba sólo participó en los acontecimientos de Batum entre bastidores.

Según Béria, Koba fue "inmensamente" activo después de la manifestación, redactando panfletos y organizando su impresión y distribución; transformó los funerales

de las víctimas del 9 de marzo en una "grandiosa manifestación política", etcétera. Desgraciadamente, estas exageraciones rituales no son muy sólidas. Koba estaba siendo buscado de nuevo por la policía y difícilmente podía desplegar una actividad "inmensa" y "grandiosa" en una pequeña ciudad donde, según el mismo Beria, había desempeñado anteriormente un papel importante en la calle a la vista de los manifestantes, la policía y los curiosos. La noche del 5 de abril, durante una reunión de los dirigentes del grupo del partido, Koba fue detenido con otros militantes y encarcelado. Comenzaban los días duros. Iban a ser muchos.

Los documentos publicados relatan un episodio muy interesante. Tres días después de la detención de Koba, durante las visitas periódicas de los familiares a los presos, se arrojaron dos notas desde una ventana del patio de la cárcel, con la esperanza de que algún visitante las recogiera y transmitiera. Una de las notas reiteraba la orden de ir a ver al maestro de escuela, Sosso Iremashvili, en Gori y decirle que "Sosso Djugachvili ha sido detenido y le pide que informe inmediatamente a su madre para que, si los gendarmes le preguntan cuándo salió su hijo de Gori, pueda responder que se quedó con ella todo el verano y todo el invierno, hasta el 15 de marzo". El segundo mensaje, dirigido al maestro Elissabedachvili, trataba de la actividad revolucionaria que debía desarrollar. Los dos papeles cayeron en manos de los guardias, y el oficial de gendarmería Djakeli concluyó fácilmente que habían sido escritos por Djugachvili y que éste "había desempeñado un papel importante en los disturbios obreros de Batum". Djakeli pidió inmediatamente a sus jefes en Tiflis que registraran la casa de Iremashvili, que interrogaran a la madre de Dzhugashvili y que buscaran y detuvieran a Elissabedashvili. Los documentos publicados no dicen nada sobre los resultados de estas operaciones.

Nos complace encontrar un nombre ya conocido en las páginas del libro oficial: Sosso Iremashvili. Es cierto que Beria ya lo había mencionado entre los miembros del círculo formado en el seminario. Pero esto no implicaba necesariamente una relación estrecha entre los dos Sosso. Ahora bien, el carácter de una de las notas interceptadas ofrece una prueba absolutamente irrefutable de que el autor de las memorias que ya hemos utilizado más de una vez, y que tendremos que volver a utilizar más adelante, mantenía realmente una estrecha relación con Koba. Fue a él, al amigo de la infancia, a quien el prisionero pidió que instruyera a su madre sobre cómo debía responder a los gendarmes. Esto confirma que Iremashvili sí merecía la confianza de Keke, quien, según supimos por él, solía llamarle de niño su "segundo Sosso". Las últimas dudas sobre la veracidad de tan preciados recuerdos, ignorados por los historiadores oficiales soviéticos, han quedado así disipadas. Las instrucciones que Koba intentó enviar a su madre, pidiéndole que confirmara sus propias declaraciones, pretendían engañar a los gendarmes sobre la duración de su estancia en Batum y mantenerle así al margen del juicio que se avecinaba. Evidentemente, no había nada censurable en este intento... Engañar a los gendarmes era una de las reglas de este peligroso juego llamado conspiración revolucionaria. Pero uno no puede dejar de asombrarse ante la temeridad con la que Koba expuso a dos de sus camaradas. También hay que examinar el aspecto político del incidente. Un revolucionario que había participado en la preparación de una manifestación que acabó de forma tan trágica debería haber sentido naturalmente el deseo de sentarse en el banquillo junto a los obreros de base, no por razones sentimentales, sino para poner de relieve el significado político de los hechos y criticar la actitud de las autoridades; en resumen, para convertir la sala del tribunal en una plataforma de propaganda revolucionaria. El hecho de que Koba no hiciera tal intento sólo puede explicarse por su estrechez de miras. Es evidente que no se dio cuenta de la importancia política del acontecimiento y sólo tenía un objetivo: quitarse de en medio.

Su propia idea de engañar a los gendarmes habría sido, por cierto, imposible si realmente hubiera encabezado la manifestación en la calle, marchado a la cabeza de la multitud, ofreciéndose "como blanco". Decenas de testigos le habrían reconocido. Koba sólo podría haber intentado eludir la acción de la justicia si su participación en la manifestación hubiera permanecido anónima y secreta. El hecho es que el agente de policía Chjinadze fue el único que declaró durante la investigación que había visto a Djugachvili "entre la multitud" fuera de la prisión. Este testimonio único no podía tener mucho peso ante el tribunal. En cualquier caso, a pesar de este testimonio y de las notas interceptadas al propio Koba, no se le implicó en el asunto de la manifestación. El juicio se celebró un año después y duró nueve días. La orientación política de los debates fue enteramente obra de los abogados liberales, que consiguieron sin duda condenas a la mitad del mínimo para los 21 acusados, pero a costa de borrar el significado revolucionario de los sucesos de Batum.

El comisario de policía que detuvo a los dirigentes de la organización de Batum describió a Koba en su informe como "Yossif Djugachvili, originario de Gori, expulsado del seminario, que vive en Batum sin estar registrado, sin profesión y sin lugar de residencia". El hecho de que Koba hubiera sido expulsado del seminario no estaba documentado, ya que el comisario no podía haber visto los documentos y se limitaba a informar de rumores. Lo que era mucho más cierto era que Koba no tenía pasaporte, ni profesión definida, ni domicilio fijo: eran los tres signos por los que se reconocía al revolucionario troglodita.

Koba iba a pasar más de dieciocho meses en las viejas y descuidadas prisiones de Batum, Kutais y luego de nuevo Batum, un período bastante habitual en aquella época, durante el cual se llevó a cabo el proceso y se decidió la deportación. El régimen de las prisiones, como el del país, era a la vez bárbaro y patriarcal. Las relaciones pacíficas e incluso familiares con la administración se veían perturbadas por motines durante los cuales los internos rompían platos y muebles, derribaban puertas a patadas y llenaban los edificios de gritos y silbidos. La calma se restableció después de la tormenta. Lolua relata brevemente una de esas explosiones, que tuvo lugar en la cárcel de Kutais, "por iniciativa de Stalin y bajo su dirección", huelga decir. Es justo decir que, en los conflictos carcelarios, Koba no estaba al final de la cola y que, en los contactos con la administración, pudo defenderse a sí mismo y a sus camaradas.

"Treinta y cinco años después, Kalandadze cuenta: "En la cárcel, se hizo un horario: se levantaba temprano y hacía gimnasia, luego estudiaba alemán y economía política... Le gustaba contar a sus camaradas lo que leía...". Es fácil imaginar la lista de libros: obras populares sobre ciencias naturales, fragmentos de Darwin; la *Historia de la cultura* de Lippert, tal vez los viejos Buckle y Draper, traducidos después de 1870; las *Biografías de grandes hombres* editadas por Pavlenkov; la doctrina económica de Marx expuesta por el profesor ruso Sieber, un poco de historia rusa; el famoso libro de Beltov sobre el materialismo histórico (éste era el pseudónimo legal del emigrado Plejánov en aquella época); y, por último, la investigación fundamental sobre el desarrollo del capitalismo ruso, la obra del deportado Vladimir Uliánov, publicada en 1899 por el futuro Lenin bajo el pseudónimo de V. Ilin. Era mucho y poco a la vez. El bagaje doctrinal del joven revolucionario estaba aún lleno de lagunas. Pero estaba bastante bien armado contra las enseñanzas de la iglesia, los argumentos del liberalismo y, sobre todo, los prejuicios del populismo.

Después de 1890, el marxismo había obtenido una victoria intelectual sobre el populismo basada no en el crecimiento del movimiento obrero, sino en los éxitos del capitalismo. Sin embargo, las huelgas y manifestaciones obreras habían provocado un despertar en el campo, que a su vez condujo a un renacimiento de la ideología populista

entre la intelectualidad urbana. Como resultado, a principios de siglo empezó a crecer con bastante rapidez una tendencia revolucionaria híbrida: asimiló algunos elementos del marxismo, renunció a los nombres románticos de "Tierra y Libertad" o "Voluntad del Pueblo" y se dio a sí misma un nombre de corte occidental: Partido Socialista-Revolucionario. En el invierno de 1902-1903, la lucha contra el "economicismo" había llegado a su fin: las ideas de *Iskra* habían recibido una confirmación demasiado convincente en el éxito de la agitación política y las manifestaciones públicas. A partir de 1903, *Iskra* dedicó cada vez más espacio a la lucha contra el programa ecléctico de los socialistas-revolucionarios y su propaganda a favor del terror individual. La apasionada polémica de los "s-d" y los "s-r" penetró en todos los rincones del país, incluidas, por supuesto, las cárceles. Más de una vez, Koba tuvo que cruzar espadas con estos nuevos adversarios; hay que decir que tuvo bastante éxito, pues *Iskra* le proporcionó buenos argumentos.

Como no había sido acusado en relación con la manifestación, Koba permaneció en manos de la gendarmería. Los métodos de investigación secreta, así como el régimen penitenciario, variaban considerablemente en las distintas partes del país: en la capital, los gendarmes eran más cultos y prudentes; en las provincias, más brutales. En el Cáucaso, país de costumbres primitivas y régimen colonial, los gendarmes recurrían a las formas más crudas de violencia, sobre todo con las víctimas débiles, incultas o inexpertas. "Presiones, amenazas, intimidaciones, torturas, falsos testimonios, acusaciones inventadas o exageradas, credibilidad absoluta de las informaciones proporcionadas por agentes secretos, eran los rasgos distintivos de una investigación llevada a cabo por los gendarmes". El autor de estas líneas, Arkomed, a quien ya hemos citado, relata que el oficial de gendarmería Lavrov trataba de obtener "confesiones" falsas utilizando métodos puramente inquisitoriales. Estos métodos debieron de causar una profunda y duradera impresión en Stalin: en cualquier caso, treinta años más tarde, aplicaría los métodos del capitán Lavrov a una escala colosal. Las memorias carcelarias de Lolua nos dicen, por cierto, que "al camarada Sosso no le gustaba ser cortés con los camaradas", afirmando que los criados del zar eran corteses con los revolucionarios cuando los mandaban al cadalso. En realidad, era habitual tutearse en los círculos revolucionarios, sobre todo en el Cáucaso. Unas décadas más tarde, Koba enviaría al cadalso a muchos viejos camaradas con los que se tuteaba desde su juventud. Pero aún estamos muy lejos de eso.

Sorprendentemente, las actas de los interrogatorios de Koba, tanto de esta primera detención como de las posteriores, no se han publicado. La organización *Iskra* dio instrucciones a sus miembros para que se negaran a responder. Los revolucionarios solían escribir: "Yo, el abajo firmante, socialdemócrata por convicción, rechazo la acusación formulada contra mí y me niego a participar en una investigación secreta". Sólo en las audiencias públicas, en las raras ocasiones en que las autoridades recurrían a ellas, los militantes de *Iskra* desplegaban su bandera. La negativa a responder a las preguntas, que respondía plenamente a los intereses del partido en su conjunto, agravaba en algunos casos la condena impuesta al acusado. En abril de 1903, vimos a Koba intentar establecer una coartada mediante una estratagema que le costó la vida a sus camaradas. Es justo decir que en otras circunstancias se basó más en su propia astucia que en la norma que obligaba a todos los militantes. Así pues, hay que suponer que sus declaraciones no tienen nada de extraordinario y, sobre todo, nada de heroico. Esta es la única explicación concebible del hecho de que se mantengan cuidadosamente en secreto.

La inmensa mayoría de los revolucionarios fueron castigados, según la expresión, "con medidas administrativas". Un "Consejo Especial", formado por cuatro altos funcionarios de los ministerios del interior y de justicia, recibía informes de los jefes locales de la gendarmería de Petersburgo y, en ausencia de los acusados, emitía

resoluciones que eran confirmadas por el ministro del interior. El 25 de julio de 1903, el gobernador de Tiflis recibe de la capital la orden de enviar a dieciséis presos políticos a Siberia Oriental para que vivan bajo vigilancia policial. Como siempre, sus nombres aparecen en la lista por orden de importancia de su carácter o del delito del que se les acusaba: esta clasificación sirvió de base para asignar a los deportados lugares de residencia más o menos habitables en Siberia. Los primeros nombres de la lista que nos interesan son los de Kurnatovsky y Franchesky, condenados a cuatro años de deportación. Catorce personas fueron condenadas a tres años de deportación; Sylvestre Djibladze, a quien ya conocemos, encabezaba la lista; Yossif Djougachvili era el undécimo de la lista. Los gendarmes no lo consideraban uno de los revolucionarios destacados.

En noviembre, Koba abandonó la prisión de Batum con otros deportados para ser enviado a la gobernación de Irkutsk. El viaje duró unos tres meses. Sin embargo, ya se oían los primeros rumores de revolución y todo el mundo intentaba escapar lo antes posible. A principios de 1904, la deportación se había convertido en un auténtico coladero. A menudo era fácil escapar; había "centros" clandestinos por todas partes donde se podían encontrar pasaportes falsos, dinero y direcciones. Koba no permaneció en el pueblo de Novaya Uda más de un mes, el tiempo suficiente para orientarse, hacer los contactos necesarios e idear un plan de acción. El padre de su segunda esposa, Alliluyev, cuenta que, en su primer intento de fuga, a Koba se le helaron la cara y las orejas y tuvo que volver a por ropa más abrigada. Una buena troika siberiana, conducida por un hombre seguro, le llevó rápidamente por una pista helada hasta la estación más cercana. El viaje de vuelta a través de los Urales no le llevó tres meses, sino una semana.

Este es un buen momento para relatar en pocas palabras el destino posterior del ingeniero Kurnatovsky, que fue el verdadero inspirador del movimiento revolucionario de Tiflis a principios de siglo. Tras pasar dos años en una prisión militar, fue deportado a la región de Yakutsk, donde las fugas eran infinitamente más difíciles que en la gobernación de Irkutsk. Durante su estancia en Yakutsk, Kurnatovsky participó en la resistencia armada de los deportados contra las autoridades locales y fue condenado a doce años de trabajos forzados. Amnistiado en otoño de 1905, llegó a Chita justo cuando los soldados de la guerra ruso-japonesa llenaban la ciudad y se convirtió en presidente del sóviet de diputados obreros, soldados y cosacos, que dirigía lo que se conoció como la "República de Chita". Fue detenido de nuevo a principios de 1906 y esta vez condenado a muerte. El general Rennenkampf, pacificador de Siberia, mantuvo al condenado en su tren para que pudiera presenciar las ejecuciones de los obreros en cada estación. Un nuevo intento de liberalismo, en relación con las elecciones a la primera Duma, conmutó la pena de muerte de Kurnatovsky por la deportación de por vida a Siberia. Consiguió escapar de Nerchinsk, fue a Japón y luego a Australia, donde sufrió una pobreza increíble, se hizo leñador y se agotó. Enfermo de otitis, llegó finalmente a París. "Un destino aplastante le había destrozado", escribió Krúpskaya. "En otoño de 1910, poco después de su llegada, Ilich y yo fuimos a verle al hospital. Murió dos años después, cuando Lenin y Krúpskaya ya vivían en Cracovia. Sobre los hombros de hombres como Kurnatovsky, y también sobre sus cadáveres, avanzó la revolución.

Efectivamente, estaba avanzando. La primera generación de socialdemócratas rusos, liderada por Plejánov, había comenzado su actividad crítica y su propaganda poco después de 1880. Inicialmente aislados, los pioneros se contaron más tarde por docenas. La segunda generación, liderada por Lenin (catorce años más joven que Plejánov), entró en la escena política hacia 1890. La tercera generación, formada por hombres diez años más jóvenes que Lenin, entró en la arena revolucionaria a finales del siglo pasado y principios del actual. Stalin, Zinóviev, Kámenev, el autor de estas líneas, y muchos otros pertenecían a esta generación, que ya contaba con miles de militantes.

En marzo de 1898, representantes de nueve comités locales se reunieron en una ciudad de provincias, Minsk, y fundaron el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Todos los delegados fueron inmediatamente detenidos. Es dudoso que las resoluciones del congreso pudieran llegar a Tiflis, donde el seminarista Djugachvili se preparaba para unirse a la socialdemocracia. El congreso de Minsk, preparado por hombres de la generación de Lenin, se limitó a proclamar la fundación del partido; no lo creó. Un golpe bien aplicado bastó a la policía zarista para destruir los eslabones débiles del partido durante mucho tiempo. En los años siguientes, el movimiento, de carácter principalmente económico, arraigó aquí y allá. Los jóvenes socialdemócratas solían actuar en sus regiones de origen hasta que eran detenidos y deportados. Era excepcional que se desplazaran de una ciudad a otra. La práctica de pasar a la clandestinidad para evitar las detenciones era aún muy rara: faltaban experiencia, medios técnicos y contactos.

A partir de 1900, la *Iskra* comenzó a construir una organización centralizada. Lenin se convirtió en el líder indiscutible, relegando a un segundo plano a los "veteranos", encabezados por Plejánov. La construcción del partido se vio facilitada por la extensión infinitamente mayor del movimiento obrero, que aportó una nueva generación revolucionaria considerablemente más numerosa que aquella a la que pertenecía Lenin. La primera tarea de la *Iskra* consiste en elegir entre los militantes locales a los de mayor talla y formar con ellos un aparato central capaz de dirigir la lucha revolucionaria a escala de todo el país. El número de simpatizantes de la *Iskra* era considerable y crecía sin cesar. Pero el número de verdaderos "iskristas", los partidarios de confianza del centro formado en el extranjero, era necesariamente limitado: no superaba las dos o tres decenas de militantes. El rasgo distintivo del iskrista era que había roto con su ciudad, su región, su provincia, para dedicarse a construir el partido. Para la *Iskra*, el parroquialismo o, como se decía entonces, el "localismo", era sinónimo de estrechez, de mediocridad, casi de espíritu reaccionario. "Habiendo formado un pequeño grupo clandestino de revolucionarios profesionales", escribió el general de la gendarmería Spiridovich, "iban de ciudad en ciudad donde había comités del partido, establecían vínculos con sus miembros, les suministraban publicaciones ilegales, les ayudaban a montar imprentas y obtenían de ellos la información que la *Iskra* necesitaba. Penetraban en los comités locales, llevaban a cabo su propaganda contra el "economicismo", eliminaban a sus oponentes y aseguraban así su influencia. Aquí el antiguo gendarme da una idea bastante exacta de los iskristas, miembros de una orden errante que se elevaba por encima de las organizaciones locales, considerándolas como su campo de acción.

Koba no participó en esta importante labor. Había sido socialdemócrata en Tiflis y luego en Batum, es decir, un militante revolucionario local. El vínculo entre el Cáucaso, por una parte, e *Iskra* y Rusia Central, por otra, estaba asegurado por Kurnatovsky y otros. Todo el trabajo de agrupación de los comités y grupos locales en un partido centralizado se hizo al margen de Koba. Este hecho, irrefutablemente demostrado por los documentos, la correspondencia, las memorias de la época, es muy importante para determinar el desarrollo político de Stalin: avanza lentamente, a tientas, vacilante.

En junio de 1900, Krasin, que ya era un joven ingeniero de renombre, recibió un puesto importante en Bakú. "Mi trabajo", escribió, "no fue menos intenso en otro campo, el de la actividad clandestina de la socialdemocracia, tanto en la propia Bakú como en el Cáucaso en general, en Tiflis, Kutais y Batum, adonde acudía periódicamente para mantener vínculos con las organizaciones locales". Krasin permaneció en Bakú hasta 1904. Limitado por su cargo oficial, no llevó a cabo ninguna actividad directa entre las masas, de modo que los obreros desconocían su verdadero papel e incluso intentaron que lo despidieran de la central eléctrica de la que era director. Krasin sólo tenía contacto con los dirigentes locales. Entre los revolucionarios con los que entró en contacto directo,

menciona a los hermanos Yenukidze, Lado Ketsjoveli, Alliluyev, Chelgunov, Galperin y otros. Cabe señalar que la persona que dirigió la actividad socialdemócrata en el Cáucaso de 1900 a 1904 no menciona ni una sola vez a Stalin. No menos notable es el hecho de que incluso en 1927 este silencio pasara completamente desapercibido y no se comentara en modo alguno en la autobiografía de Krasin publicada entonces por la Editorial Estatal. Del mismo modo, Stalin no se menciona en los recuerdos de otros bolcheviques que lucharon en aquellos años en el Cáucaso o entraron en contacto con el movimiento que se desarrollaba allí, si se trata, por supuesto, de recuerdos escritos antes del comienzo de la revisión oficial de la historia del partido, es decir, en 1929 a más tardar.

En febrero de 1902 se iba a celebrar en Kiev una conferencia de agentes de *Iskra* en Rusia. "A esta conferencia", escribe Piatnitsky, "acudieron delegados de todos los rincones de Rusia". Al percatarse de que estaban infiltrados, quisieron marcharse a toda prisa; todos fueron detenidos, bien en Kiev, bien en su viaje de regreso. Unos meses más tarde, escaparon de la prisión de Kiev. Koba, que entonces trabajaba en Batum, no fue invitado a la conferencia y probablemente ni siquiera sabía que se estaba celebrando.

El provincialismo político de Koba se manifestó muy claramente en sus relaciones, o más bien en su falta de relaciones, con el centro del partido en el extranjero. A partir de mediados del siglo pasado, el papel de la emigración en el movimiento revolucionario ruso fue casi constantemente dominante. Mientras las detenciones, deportaciones y ejecuciones no cesaban en Rusia, los centros de emigración, formados por los teóricos, publicistas y organizadores más destacados, eran los únicos elementos estables de un movimiento en el que, por tanto, dejaban su impronta. A finales de siglo, la redacción de *Iskra* se había convertido en el centro indiscutible de la socialdemocracia. Desde allí se emitían no sólo consignas políticas, sino también directrices prácticas. El revolucionario siempre aspiraba a salir al extranjero lo antes posible para ver y oír a los dirigentes, para comparar sus puntos de vista con los de ellos, para establecer un contacto permanente con *Iskra* y, a través de ella, con los militantes ilegales de toda Rusia. V. Kojevnikov, que durante un tiempo fue uno de los estrechos colaboradores de Lenin en el extranjero, contaba que, "desde los lugares de deportación y los caminos de la deportación, no eran más que escapadas para llegar al extranjero, visitar la redacción de *Iskra*... luego volver a Rusia y volver a la acción". El joven obrero Noguin, por poner sólo un ejemplo entre cientos de otros, escapó de la deportación en abril de 1903 y se marchó al extranjero "para ponerme al día con la vida", como escribió a uno de sus amigos, "para leer y aprender". Al cabo de unos meses regresó ilegalmente a Rusia, convertido en agente de *Iskra*. Los diez participantes en la fracasada conferencia de Kiev, cuya detención y huida hemos descrito, entre ellos el famoso diplomático soviético Litvinov, pronto estuvieron en el extranjero. Luego, uno a uno, regresaron a Rusia para preparar el congreso del partido. En sus memorias, Krúpskaya escribió sobre ellos y otros muchos agentes fiables y experimentados: "*Iskra* mantenía una correspondencia activa con todos sus agentes. Vladimir Illich revisaba todas las cartas. Conocíamos en detalle las actividades de cada uno de los agentes de *Iskra* y examinábamos con ellos lo que tenían que hacer; nos mantenían informados de los vínculos rotos o renovados entre ellos, de las detenciones, etc.". Estos hombres eran de la generación de Lenin o de Stalin. Pero no encontramos a Koba entre estos revolucionarios dirigentes, creadores de la centralización y constructores del partido unificado. Sigue siendo un "militante local" del Cáucaso, provinciano hasta la médula de los huesos.

En julio de 1903 se celebró por fin en Bruselas el congreso del partido, preparado previamente por *Iskra*; la presión de la diplomacia rusa, servilmente obedecida por la policía belga, obligó a trasladarlo a Londres. El congreso adoptó un programa redactado por Plejánov y aprobó resoluciones sobre táctica; pero cuando se trató de cuestiones de

organización, surgieron desacuerdos entre los militantes de *Iskra* que dominaban el congreso. Ambos bandos, los "duros", con Lenin, y los "blandos", con Mártov, consideraban al principio que estos desacuerdos no eran muy profundos, lo que hacía aún más sorprendente su encono. El partido, apenas unificado, corría el riesgo de dividirse.

"Desde 1903, en la cárcel, informado por los camaradas que regresaban del II Congreso de los graves desacuerdos entre bolcheviques y mencheviques, Stalin se unió resueltamente a los bolcheviques". Este es el texto biográfico dictado por el propio Stalin para servir de instrucción a los historiadores del partido. Pero sería imprudente confiar demasiado en él. Tres delegados del Cáucaso asistieron al congreso que condujo a la escisión. ¿Cuál de los tres se reunió con Koba, en régimen de aislamiento? ¿Cómo expresó Koba su solidaridad con el bolchevismo? La única confirmación de la versión de Stalin procede de Iremashvili. "Koba, que siempre había sido un entusiasta partidario de los métodos de fuerza de Lenin", escribió, "obviamente se puso inmediatamente del lado del bolchevismo, del que se convirtió en apasionado defensor y protagonista en Georgia". Pero estas afirmaciones, por categóricas que sean, son claramente anacrónicas. Antes del congreso, nadie, ni siquiera Lenin, había contrastado aún los "métodos de fuerza" de Lenin con los de los demás miembros de la redacción, los futuros dirigentes del menchevismo... En el congreso no hubo desacuerdos sobre los métodos revolucionarios; las diferencias sobre la táctica aún no existían. Es evidente que Iremashvili se equivoca, y esto no debe sorprendernos: Koba pasó todo el año 1903 en la cárcel; Iremashvili no tuvo ningún contacto con él. Hay que añadir que, si bien los recuerdos personales y psicológicos del "segundo Sosso" son convincentes y casi siempre confirmados por la verificación, sus observaciones políticas distan mucho de ser iguales. Al parecer, Iremashvili carecía de la intuición y la preparación necesarias para comprender el desarrollo de las tendencias revolucionarias rivales, y a este respecto nos ofrece conjeturas retrospectivas sugeridas por sus propias opiniones posteriores.

En el II Congreso, los debates se centraron realmente en la cuestión de quién debía ser considerado miembro del partido: ¿sólo los miembros de una organización ilegal, o cualquiera que participara sistemáticamente en la lucha revolucionaria bajo la dirección de los comités locales? Lenin declaró durante los debates: "Estoy lejos de considerar que nuestros desacuerdos sean tan esenciales que la vida y la muerte del partido dependan de ellos. No nos perderemos porque un artículo de nuestros estatutos esté equivocado". Al final del congreso los desacuerdos se extendieron a la cuestión de quién debía formar parte de la redacción de *Iskra* y del comité central; pero no fueron más allá de estos estrechos límites. Lenin luchaba por un partido firme y claramente definido, por una redacción reducida y por una disciplina estricta. Mártov y sus amigos defendían un partido amorfo y unas costumbres familiares. Pero las dos tendencias sólo estaban avanzando a tientas y, a pesar de toda la amargura del conflicto, nadie consideraba todavía que los desacuerdos fueran "muy serios". Como Lenin dijo con razón más tarde, la batalla del congreso fue una "anticipación" del futuro.

"La mayor dificultad en esta lucha", escribió más tarde Lunacharsky, el primer dirigente de la educación pública en la República Soviética, "fue que el II Congreso dividió al partido sin establecer las verdaderas diferencias de opinión entre martovistas y leninistas. Los desacuerdos parecían girar en torno a un párrafo de los estatutos y a la composición de un consejo de redacción. Muchos camaradas estaban preocupados por la futilidad de las razones que habían llevado a la escisión". Piatnitsky, un importante futuro funcionario de la Internacional Comunista, entonces un joven obrero, escribió en sus memorias: "No podía entender por qué pequeños desacuerdos podían impedir la colaboración." El ingeniero Krjijanovsky, cercano a Lenin en aquellos años y que llegó a ser jefe de la comisión de planificación después de la revolución, dijo: "Personalmente,

me parecía ridículo que alguien pudiera acusar al camarada Mártov de oportunismo. Los testimonios de este tipo son numerosos. Petersburgo, Moscú y las provincias protestaron o recriminaron. Nadie quería reconocer la escisión que se había producido entre los iskristas en el congreso. En el período que siguió, la demarcación tuvo lugar lentamente, con inevitables desplazamientos de un campo a otro. Con frecuencia, los primeros bolcheviques y mencheviques siguieron trabajando juntos.

En el Cáucaso, donde el entorno social era atrasado y el nivel político muy bajo, se comprendía aún menos que en otros lugares lo que había ocurrido en el congreso. En Londres, es cierto, los tres delegados del Cáucaso se habían unido con entusiasmo a la mayoría. Pero, sorprendentemente, los tres se convirtieron en mencheviques: Topuridze se separó de la mayoría en cuanto terminó el congreso; Zurabov y Knuniants se pasaron a los mencheviques en los años siguientes. En 1904, la famosa imprenta clandestina del Cáucaso, donde predominaban las simpatías bolcheviques, siguió reimprimiendo *Iskra*, que se había vuelto menchevique, pero seguía siendo el órgano central del partido. "Nuestras diferencias de opinión", escribió Yenukidze, "no se apreciaban en absoluto en el trabajo". Sólo después del tercer congreso del partido, es decir, no antes de mediados de 1905, la imprenta quedó bajo el control del comité central bolchevique. Por tanto, es absolutamente imposible aceptar que Koba, en una remota prisión, considerara inmediatamente que las divergencias eran "muy graves". La anticipación nunca fue su punto fuerte. Además, incluso a un joven revolucionario menos circunspecto y desconfiado que él, difícilmente se le podía reprochar que partiera para Siberia sin haber tomado abiertamente posición en la lucha dentro del partido.

De Siberia, Koba volvió directamente a Tiflis: este hecho no puede dejar de sorprender. Los presos fugados rara vez regresaban a su patria, donde corrían el riesgo de ser fácilmente reconocidos, sobre todo cuando su ciudad no era Petersburgo o Moscú, sino una pequeña ciudad de provincias como Tiflis. El joven Djugachvili aún no había roto sus lazos con el Cáucaso; la lengua que utilizaba para la propaganda seguía siendo casi exclusivamente el georgiano; además, aún no se sentía el centro de atención de la policía. Todavía no se ha aventurado a probar su fuerza en el centro de Rusia. No es conocido en el extranjero y nada le atrae allí. También parecía haber una razón más íntima: si la cronología de Iremashvili es correcta, Koba ya estaba casado; su joven esposa había permanecido en Tiflis durante su encarcelamiento y deportación.

La guerra con Japón, que estalló en enero de 1904, debilitó inicialmente al movimiento obrero, pero a finales de ese mismo año había alcanzado proporciones sin precedentes. Las derrotas militares zaristas disiparon rápidamente la euforia patriótica de los medios liberales y de ciertos círculos estudiantiles. Con mayor o menor vigor, el derrotismo abrazó cada vez más no sólo a las masas revolucionarias, sino también a la oposición burguesa. Y, sin embargo, la socialdemocracia, en vísperas del grandioso ascenso que le esperaba, vivió meses de estancamiento y anemia. Las debilitantes disensiones entre los bolcheviques y los mencheviques (debilitantes porque aún eran indecisas) sólo abandonaron gradualmente el estrecho ámbito de las maniobras organizativas y pronto abarcaron todo el campo de la estrategia revolucionaria.

"La actividad de Stalin en 1904-1905 se desarrolló bajo la bandera de una lucha sin cuartel contra el menchevismo", dice la biografía oficial. "Llevó literalmente sobre sus hombros el peso de toda la lucha contra el menchevismo en el Cáucaso, de 1904 a 1908", escribe Yenukidze en sus memorias, recientemente rehechas. Beria afirma que, tras su huida de Siberia, Stalin "organizó y dirigió la lucha contra los mencheviques, que, después del segundo congreso del partido, en ausencia del camarada Stalin, se habían vuelto particularmente activos". Estos autores quieren demostrar demasiado. Si admitimos que Stalin, desde 1901-1903, desempeñó el papel dirigente en la

socialdemocracia del Cáucaso; que se unió a los bolcheviques a partir de 1903 y que desde febrero de 1904 se dedicó a la lucha contra el menchevismo, no podemos sino considerar con estupor el hecho de que todos sus esfuerzos dieran tan penosos resultados: en vísperas de la revolución de 1905, los bolcheviques georgianos podían contarse literalmente con los dedos de una mano. La afirmación de Béria de que los mencheviques se habían vuelto particularmente activos "en ausencia del camarada Stalin" es casi irónica: la Georgia pequeñoburguesa, incluida Tiflis, siguió siendo una ciudadela del menchevismo durante veinte años, independientemente de la presencia o ausencia de cualquiera. Durante la revolución de 1905, los obreros y campesinos georgianos siguieron a la facción menchevique sin ser cuestionados; Georgia estuvo invariablemente representada en las cuatro dumas por mencheviques; durante la revolución de febrero de 1917, el menchevismo georgiano dio a toda Rusia líderes como Tseretelli, Chjeidze, etcétera. Por último, incluso después del establecimiento del poder soviético en Georgia, el menchevismo seguía conservando una gran influencia, que se reflejó en el levantamiento de 1924. "Toda Georgia debe ser arada de nuevo", así dijo Stalin, resumiendo las lecciones del levantamiento georgiano en una reunión del buró político en otoño de 1924, es decir, veinte años después de haber "comenzado una encarnizada lucha contra el menchevismo". Por tanto, sería más justo y equitativo para Stalin no exagerar el papel de Koba en los primeros años del siglo.

Koba regresó de la deportación con el título de miembro del comité del Cáucaso, para el que había sido elegido en su ausencia, durante su encarcelamiento, por una conferencia de organizaciones locales. Es posible que la mayoría de los miembros del comité (eran ocho) simpatizaran ya con la mayoría bolchevique en el Congreso de Londres de principios de 1904, pero esto sigue sin decirnos nada sobre las simpatías del propio Koba. Las organizaciones locales del Cáucaso se inclinaban claramente hacia la minoría menchevique. El comité central del partido, bajo Krasin, era partidario de la conciliación y actuaba contra Lenin. *Iskra* estaba totalmente en manos de los mencheviques. En estas condiciones, el comité del Cáucaso, con sus simpatías por el bolchevismo, no tenía ningún apoyo. A Koba le gustaba sentir que tenía un suelo firme bajo sus pies. El aparato del partido era para él más importante que las ideas.

La información oficial sobre las actividades de Koba en 1904 es extremadamente imprecisa y poco fiable. No se sabe si estuvo activo en Tiflis. Sin duda, el fugitivo siberiano no podía dar la cara en los círculos obreros, donde mucha gente le conocía. Probablemente por eso Koba se trasladó a Bakú en junio. Hay frases estereotipadas sobre sus actividades en Bakú: "dirige la lucha de los bolcheviques de Bakú", "desenmascara a los mencheviques". ¡Ni un hecho, ni un recuerdo preciso! Si la pluma de Koba produjo algunos documentos en aquellos meses, fueron cuidadosamente ocultados, y no sin razón.

Los tardíos intentos de presentar a Stalin como el fundador de la socialdemocracia en Bakú carecen de fundamento. Los primeros círculos obreros habían aparecido en la sombría ciudad llena de humo, donde armenios y tártaros se odiaban, ya en 1896. Tres años más tarde, A. Yenukidze, con la ayuda de algunos obreros deportados de Moscú, creó una organización más claramente definida. A principios de siglo, el mismo hermano Yenukidze formó, junto con Lado Ketsjoveli, el comité de Bakú, de tendencia "iskrista". Gracias a los hermanos Yenukidze, estrechamente vinculados a Krasin, en 1903 se creó en Bakú una gran imprenta clandestina, que desempeñó un importante papel en los preparativos de la primera revolución. Fue en esta misma imprenta donde bolcheviques y mencheviques colaboraron cordialmente hasta mediados de 1905. Cuando Aveli Yenoukidze, que había sido secretario del Comité Ejecutivo de los Sóviets durante tantos años, envejeció y cayó en desgracia, se vio obligado, en 1935, a reescribir sus memorias, escritas en 1923, introduciendo, en contradicción con los hechos establecidos, frases

vacías sobre el papel inspirador y dirigente de Sosso en el Cáucaso y particularmente en Bakú. Esta humillación no sirvió para salvar a Yenukidze; tampoco añadió un rasgo llamativo a la biografía de Stalin.

Cuando Koba apareció por primera vez en el horizonte de Bakú (en junio de 1904), la organización socialdemócrata local contaba ya con ocho años de historia a sus espaldas y, en el último de ellos, la "ciudad negra" había desempeñado ya un enorme papel en el movimiento obrero. La primavera anterior había estallado una huelga general en Bakú, que dio el pistoletazo de salida a toda una oleada de huelgas y manifestaciones en el sur de Rusia. Vera Zasúlich fue la primera en discernir en estos acontecimientos el comienzo de la revolución. Al ser Bakú una ciudad proletaria, sobre todo en comparación con Tiflis, los bolcheviques habían conseguido consolidar su posición mejor y más rápidamente que en el resto del Cáucaso. Según Majaradze, el mismo que una vez aplicó el despectivo apodo de "kinto" a Stalin en las calles de Tiflis, el otoño de 1904 vio la creación en Bakú, "bajo la inmediata dirección de Sosso", de una organización especialmente diseñada para la actividad revolucionaria entre los obreros más atrasados de la industria petrolera, tártaros (azerbaiyanos) y persas. Habría menos dudas sobre este relato si Majaradze lo hubiera escrito en la primera edición de sus reminiscencias y no diez años más tarde, cuando, bajo el gobierno de Beria, estaba reescribiendo toda la historia de la socialdemocracia en el Cáucaso. El método de aproximaciones sucesivas a la "verdad" oficial se completó con la indexación y el saqueo de las ediciones anteriores.

A su regreso de Siberia, Koba conoció sin duda a Kámenev, natural de Tiflis y uno de los primeros jóvenes seguidores de Lenin. Puede incluso que fuera Kámenev quien, a su regreso del extranjero, ayudara a Koba a adherirse al bolchevismo. Pero el nombre de Kámenev fue prohibido de la historia del partido varios años antes de que el propio Kámenev fuera condenado y fusilado por cargos fantásticos. En cualquier caso, la verdadera historia del bolchevismo en el Cáucaso comienza en el otoño de 1904, no con el regreso de Koba de Siberia. Esta fecha se establece de diversas maneras, incluso por autores oficiales, cuando no están obligados a hablar específicamente de Stalin. En noviembre de 1904, una conferencia bolchevique celebrada en Tiflis con quince delegados de organizaciones locales del Cáucaso, en su mayoría grupos muy pequeños, adoptó una resolución a favor de convocar un nuevo congreso del partido. Se trataba de una declaración de guerra abierta tanto contra los mencheviques como contra el comité central conciliador. Si Koba hubiera participado en la primera conferencia de los bolcheviques del Cáucaso, Beria y los demás historiadores oficiales no habrían dejado de informarnos de que la conferencia se había celebrado "por iniciativa y bajo la dirección de Stalin". Su silencio absoluto sobre este punto demuestra que Koba, que se encontraba entonces en el Cáucaso, no participó en la conferencia. Por tanto, ninguna organización bolchevique había delegado en él. La conferencia eligió un buró. Koba no era miembro de este órgano de dirección. Todo esto habría sido inconcebible si hubiera desempeñado un papel, aunque fuera pequeño, entre los bolcheviques del Cáucaso.

V. Taratuta, que participó en la conferencia como delegado de Batum y más tarde se convirtió en miembro del comité central del partido, nos da información muy precisa y fiable sobre los bolcheviques que desempeñaban un papel destacado en el Cáucaso en aquella época. "En la conferencia regional del Cáucaso, a finales de 1904 o principios de 1905 [escribió], conocí por primera vez a León Borissovich Kámenev, que dirigía las organizaciones bolcheviques locales. Esta conferencia regional encargó a Kámenev que llevara a cabo en todo el país la agitación y la propaganda para la convocatoria de un nuevo congreso del partido; también le pidió que visitara todos los comités del país y que se pusiera en contacto con nuestros centros en el extranjero." El testigo autorizado que hemos citado no dice nada sobre la participación de Koba en este trabajo.

En tales condiciones, obviamente no era cuestión de hacer entrar a Koba en el centro de los bolcheviques en Rusia, el "buró de los comités de mayoría", compuesto por siete miembros y encargado de convocar el congreso. Kámenev se había incorporado como representante del Cáucaso. Otros miembros del buró que llegaron a ser destacadas figuras soviéticas fueron Ríkov y Litvinov. Cabe recordar que Kámenev y Ríkov eran dos o tres años más jóvenes que Stalin. La mayoría de los miembros del buró eran también hombres de la "tercera generación".

En diciembre de 1904, poco después de la celebración de la conferencia bolchevique en Tiflis, Koba viajó a Bakú por segunda vez. La víspera de su llegada, una huelga general, inesperada para todo el país, había estallado en las fábricas y en los pozos petrolíferos. Es evidente que las organizaciones del partido aún no eran conscientes del fermento revolucionario de las masas, agravado por el primer año de guerra. La huelga de Bakú precedió inmediatamente al famoso "Domingo Rojo" de Petersburgo (9 de enero de 1905, a la antigua usanza, o 22 de enero según el calendario occidental), que fue una trágica procesión de obreros encabezada por el pope Gapone hacia el Palacio de Invierno. Las "memorias" inventadas en 1935 afirman vagamente que Stalin encabezó el comité de huelga de Bakú y que todo ocurrió bajo su dirección. Pero, según el mismo autor, Stalin llegó a Bakú una vez iniciada la huelga y permaneció como máximo diez días. En realidad, había venido con una misión bien definida, tal vez vinculada a los preparativos del congreso: para entonces, probablemente ya se había decidido entre el bolchevismo y el menchevismo.

El propio Stalin intentó adelantar la fecha en que se unió a los bolcheviques. No contento con decir que se había hecho bolchevique en la cárcel, en 1924 dijo a los cadetes de oficiales reunidos una noche en el Kremlin que se había puesto en contacto con Lenin nada más ser deportado. "Conocí al camarada Lenin en 1903. Es cierto que fue sólo por correspondencia. Pero me causó una impresión indeleble, que me acompañaría durante toda mi actividad en el partido. Luego fui deportado a Siberia. Mi conocimiento de la actividad revolucionaria del camarada Lenin durante los últimos años del siglo pasado, y especialmente desde 1901, desde la publicación de *Iskra*, me llevó a la convicción de que en Lenin teníamos a un hombre extraordinario. A mis ojos, no era un mero dirigente del partido, sino su verdadero creador, porque sólo él comprendía su esencia más profunda y sus necesidades urgentes. Cuando lo comparaba con los demás dirigentes de nuestro partido, siempre me parecía que los camaradas de lucha del camarada Lenin (Plejánov, Mártov, Axelrod y otros) estaban toda una cabeza por debajo de él, que Lenin, comparado con ellos, no era sólo uno de nuestros dirigentes, sino un dirigente de un tipo superior, un águila de montaña, intrépida en la batalla, que guiaba audazmente al partido por los caminos inexplorados del movimiento revolucionario ruso. Esta impresión caló tan hondo en mi alma que sentí la necesidad de escribir a un amigo íntimo que había emigrado y pedirle una respuesta. Algún tiempo después, ya deportado a Siberia (era finales de 1903), recibí una entusiasta respuesta de este amigo, así como una sencilla pero profunda carta del camarada Lenin, a quien resultó que mi amigo había comunicado la mía. La carta del camarada Lenin era relativamente corta, pero en ella se hacía una crítica audaz e intrépida de la actividad de nuestro partido, y una exposición extraordinariamente clara y precisa de todo lo que debía ser la actividad del partido en el futuro inmediato. Sólo Lenin sabía tratar los temas más complejos con esa sencillez y claridad, esa concisión y audacia que hacen que cada frase suene como un disparo. Esta carta sencilla y audaz confirmó aún más mi opinión de que Lenin era, en efecto, el águila de montaña de nuestro partido. No puedo perdonarme, en mi costumbre de viejo militante ilegal, haber entregado esta carta, como tantas otras, a la hoguera. Así comenzó mi relación con Lenin.

La propia cronología de este relato, tan característico por su psicología y estilo primitivos, es errónea. Koba no llegó a Siberia hasta enero de 1904, por lo que no pudo haber recibido allí una carta en 1903. Es más, no está claro desde dónde y cuándo habría escrito a un "amigo íntimo" que vivía en el extranjero, ya que pasó dieciocho meses en la cárcel antes de ser deportado a Siberia.

Los deportados nunca sabían de antemano adónde iban a ser enviados, por lo que Koba ciertamente no tuvo la oportunidad de enviar su dirección a tiempo durante el mes que pasó en Siberia. Según el relato del propio Stalin, la carta de Lenin no era personal, sino que se refería al programa del partido. Cartas de este tipo fueron enviadas por Krúpskaya a varias direcciones, y los archivos del partido en el extranjero conservaron el texto original. Es dudoso que se hiciera una excepción a esta regla a favor de un joven activista desconocido del Cáucaso. Pero en los archivos del partido no hay copia de la carta que Koba quemó "según su costumbre de viejo militante ilegal" (entonces sólo tenía veinticuatro años). Nos sorprende especialmente el silencio de Stalin sobre su respuesta a Lenin. Si hubiera recibido una carta del líder al que decía venerar, Koba sin duda le habría contestado inmediatamente. Pero Stalin guardó silencio al respecto, y no por casualidad: los archivos de Lenin y de Krúpskaya no contienen ninguna carta suya de esa época. Si su carta hubiera sido interceptada por la policía, al menos una copia habría permanecido en los archivos policiales, y la prensa soviética la habría reproducido hace tiempo. Por último, el contacto establecido no podía detenerse en una sola carta. El joven socialdemócrata no podía dejar de mantener correspondencia con el líder del partido, "el águila de las montañas". Lenin, por su parte, estaba muy interesado en mantenerse en contacto con Rusia y respondía puntualmente a todas las cartas. Sin embargo, no hubo correspondencia entre Lenin y Koba en los años siguientes. Todo en este episodio es sorprendente, excepto el propósito.

Con la excepción de sus últimos años de enfermedad, 1904 fue sin duda el peor año de la vida de Lenin. Sin quererlo ni planearlo, había roto con todas las figuras conocidas de la socialdemocracia rusa y, durante bastante tiempo, fue incapaz de encontrar a nadie que pudiera sustituir a sus antiguos compañeros de armas. Sólo poco a poco se fueron formando publicistas bolcheviques que, por otra parte, distaban mucho de estar a la altura de los redactores de *Iskra*. Liadov, militante bolchevique de la época, que estuvo en Ginebra con Lenin en 1904, escribió veinte años después: "Llegaron Olminsky, Vorovsky, Bogdanov... Esperábamos a Lunacharsky, a quien Bogdanov nos aseguró que se uniría a nosotros en cuanto llegara. Todos estos militantes habían regresado de la deportación, se les había anunciado, se les esperaba. Pero cuando llegó el momento de fundar una revista, el órgano de la fracción bolchevique, nadie mencionó el nombre de Koba, que hoy se nos representa como un militante bolchevique ya destacado. El 23 de enero de 1904 apareció por fin en Ginebra el primer número de *Vperiod* [Adelante]. Koba no participó en este acontecimiento de la vida de la fracción. No tuvo ningún contacto con la redacción. El periódico no publicó nada suyo, ni artículos ni correspondencia. Todo esto habría sido absolutamente imposible si él hubiera sido el líder de los bolcheviques en el Cáucaso en aquellos momentos.

Por fin tenemos pruebas documentales directas que confirman nuestras deducciones sobre este punto. En 1911, el jefe de la Ojrana en Tiflis, Karpov, escribió en un largo y muy interesante informe sobre Yossif Djugachvili: "Ha estado activo en la organización socialdemócrata desde 1902, primero como menchevique y luego como bolchevique". El informe Karpov es el único documento que conocemos en el que se afirma categóricamente que Stalin fue menchevique durante algún tiempo después de la escisión del partido. El *Zaria Vostoka [*Amanecer del Este] de Tiflis, que cometió la imprudencia de publicar este documento el 23 de diciembre de 1925, no pensó en

comentarlo o no lo conocía. Que no quepa duda de que el editor pagó posteriormente muy caro su metedura de pata. Es muy notable que al propio Stalin no le resultara posible negarlo. Ninguno de sus biógrafos oficiales o historiadores del partido volvió posteriormente sobre este importante documento, mientras que docenas de papeles insignificantes fueron reproducidos, citados y fotografiados sin cesar. Si aceptamos por un momento que la gendarmería de Tiflis, que debía de estar bien informada al respecto, proporcionó información errónea, nos preguntamos cómo pudo surgir semejante malentendido. Si Koba había estado realmente a la cabeza de los bolcheviques en el Cáucaso, la Ojrana no podía ignorarlo. Semejante error sólo podría haberse cometido en el caso de algún joven neófito, de alguna figura de tercera categoría, y no en el caso de un "líder". Un documento publicado inadvertidamente destruye el mito oficial creado con tanto esfuerzo. ¿Cuántos documentos similares hay en cajas fuertes? ¿Cuántos no han sido cuidadosamente quemados?

Puede parecer que estamos perdiendo demasiado tiempo y esfuerzo para justificar una conclusión muy modesta: ¿no es irrelevante si Koba se unió a los bolcheviques a mediados de 1903 o en vísperas de 1905? Pero esta modesta conclusión, aparte de introducirnos implícitamente en el mecanismo de la historiografía y la iconografía del Kremlin, es realmente importante para comprender la personalidad política de Stalin. La mayoría de los que han escrito sobre él consideran su transición al bolchevismo como una consecuencia natural de su carácter y, por así decirlo, evidente. Esta visión es parcial. Es cierto que la firmeza y la resolución predisponen a aceptar los métodos del bolchevismo, pero estas disposiciones no son decisivas en sí mismas. Ha habido personas de carácter fuerte entre los mencheviques y entre los socialistas-revolucionarios. Por otra parte, no faltaron personas más blandas entre los bolcheviques. El bolchevismo no se reduce en absoluto a la psicología y al carácter, es ante todo una filosofía de la historia y una concepción política. En determinadas condiciones históricas, los obreros son empujados al bolchevismo por su situación social, casi independientemente de la firmeza o blandura de su carácter individual. En una época en que el bolchevismo no era más que una anticipación histórica, los intelectuales necesitaban un sentido político y una imaginación teórica suficientemente raros, una confianza exclusiva en la dialéctica del proceso histórico y en las cualidades revolucionarias de la clase obrera, para ligar para siempre su destino al del Partido Bolchevique. La inmensa mayoría de los intelectuales que se unieron al bolchevismo durante el ascenso revolucionario lo abandonaron en los años siguientes. Koba llegó al bolchevismo con más dificultad y le costaría más romper con él. No tenía sentido de la historia, ni imaginación teórica, ni don para la previsión, pero no era voluble. Su intelecto fue siempre infinitamente inferior a su voluntad. En una situación compleja, frente a factores nuevos, Koba prefiere esperar, callar, mantenerse al margen. Cada vez que tenía que elegir entre las ideas y el aparato del partido, se inclinaba inevitablemente por el aparato. El programa del partido tendrá que dar lugar a una burocracia para que Koba aprenda a respetarlo. La desconfianza hacia las masas y los individuos está en el corazón mismo de su naturaleza. Su empirismo le lleva a elegir siempre el camino de menor resistencia. Por eso, este revolucionario corto de miras se revelará oportunista en todos los grandes momentos cruciales de la historia y se mostrará extremadamente próximo a los mencheviques y, a veces, incluso a su derecha. Pero también se inclina invariablemente por la acción más resuelta para alcanzar los fines que se han hecho suyos. La violencia bien organizada le parece en todas las circunstancias el camino más corto entre dos puntos dados. Conviene hacer una comparación. Los terroristas rusos eran, de hecho, demócratas burgueses muy audaces y decididos. Los marxistas los llamaron más de una vez "liberales armados con bombas". Stalin era y sigue siendo un político de centro, pero que no rehúye el uso de medios extremos. Desde el

punto de vista estratégico, era un oportunista; desde el punto de vista táctico, un "revolucionario". A su manera, es un oportunista armado con bombas. Tendremos más de una ocasión de comprobar esta definición a medida que sigamos el curso de su vida.

Poco después de abandonar el seminario, Koba se incorporó al observatorio de Tiflis como una especie de oficinista. A pesar de un "salario irrisorio", el trabajo le atraía, si damos crédito a Iremashvili, porque le dejaba mucho tiempo libre para la actividad revolucionaria. "Pensaba menos en su existencia personal que en cualquier otra cosa. No exigía nada a la vida; habría considerado cualquier exigencia personal incompatible con los principios socialistas. Era lo suficientemente honesto como para hacer sacrificios personales por sus ideas. Koba se mantenía fiel al voto tácito y espontáneo de pobreza que hacen los jóvenes que se dedican a la ilegalidad revolucionaria, y desde su infancia no se había acostumbrado, como muchos otros, al bienestar. "Fui a verle varias veces a su pequeña habitación mal amueblada de la calle Mijailovskaya", cuenta el insustituible "Segundo Sosso". "Koba vestía todos los días un sencillo blusón negro al estilo ruso, con la corbata roja característica de los socialdemócratas rusos. En invierno, llevaba una vieja capa marrón sobre los hombros. No conocía más tocado que el gorro ruso. Aunque Koba, cuando dejó el seminario, no estaba en buenas relaciones con todos los seminaristas marxistas, éstos contribuían de vez en cuando a sacarle del apuro". Barbusse cuenta que, en 1900, un año después de abandonar el seminario, Yossif estaba completamente en la indigencia: "Los camaradas le daban lo suficiente para comer". Los informes policiales indican que Koba estuvo empleado en el observatorio hasta marzo de 1901, cuando tuvo que esconderse. Pero el trabajo apenas le permitía vivir. "... Lo que ganaba no le daba para vestir bien [continúa Iremashvili]; también es cierto que no aspiraba a la elegancia, ni siquiera a la limpieza o la corrección. Siempre se le veía con el guardapolvo sucio y los zapatos sucios. Desde el fondo de su alma, odiaba todo lo que le recordara a la burguesía. La blusa manchada, los zapatos embarrados y el pelo desordenado eran las señas de identidad habituales de los jóvenes revolucionarios, sobre todo en provincias.

Tras pasar a la ilegalidad en marzo de 1901, Koba se convirtió definitivamente en un revolucionario profesional. A partir de entonces, dejó de tener nombre, porque tenía demasiados. Le llamaban David, Koba, Nijeradze, Tchijikov, Ivanovich, Stalin. Los gendarmes, por su parte, le pusieron sus propios apodos; el más duradero fue "el picado", una referencia a las marcas que la viruela había dejado en su rostro. Koba sólo iba a conocer la legalidad en la cárcel o durante la deportación, es decir, entre dos periodos de actividad clandestina.

En sus memorias revisadas del joven Stalin, Yenukidze escribe: "Nunca se dispersó. Sus acciones, sus reuniones, sus amistades tenían un objetivo definido... Stalin nunca buscó la popularidad personal..." Por eso limitaba el círculo de sus conocidos "a los obreros avanzados y a los revolucionarios profesionales". Esta razón, repetida en muchas memorias oficiales, pretende explicar por qué Stalin siguió siendo un desconocido para las masas populares e incluso para el partido en su conjunto hasta que llegó al poder. No es cierto que no buscara la popularidad. La buscó amargamente, pero fue incapaz de encontrarla. La falta de popularidad le carcomió el alma desde el principio. La incapacidad de ganar fama mediante el ataque frontal animó específicamente a este hombre de fuerte voluntad a tomar caminos indirectos.

Desde su juventud, Koba buscó el poder sobre los hombres, la mayoría de los cuales parecían más débiles que él. Pero él mismo no era ni más inteligente, ni más culto, ni más elocuente que los demás. No tenía ninguna de las cualidades que atraen la simpatía. En cambio, tenía más fría obstinación y delicadeza práctica que la mayoría. No cedía a sus impulsos; sabía subordinarlos a sus cálculos. Este rasgo había sido evidente en él desde que era un colegial. "Cuando le preguntaban, Yossif solía responder sin prisas",

escribe Glurdjidze. Si tenía preparada una respuesta irrefutable, la daba; si no, ganaba tiempo". Dejando a un lado la exageración de las "respuestas irrefutables", queda en estas palabras un rasgo muy importante del carácter del joven Stalin, un rasgo que le daba una superioridad real sobre los jóvenes revolucionarios de su entorno, porque en su mayoría eran generosos, ardientes e ingenuos.

Incluso en aquellos lejanos días, Koba no dudó en incitar a sus rivales unos contra otros, en desacreditarlos, en intrigar en general contra cualquiera que le superara de alguna manera o pudiera desbaratarlo. Su falta de discernimiento moral creó una atmósfera de sospechas y malos rumores en torno al joven Stalin. La gente empezó a atribuirle muchas cosas de las que no era culpable.

El socialista-revolucionario Vereshchak, que conoció de cerca a Koba en la cárcel, informó en 1928 en la prensa emigrada que, después de la expulsión de Yossif Dzhugashvili, el director del seminario recibió de él una denuncia contra todos sus antiguos camaradas del círculo revolucionario. Llamado a dar cuenta de ello a la organización de Tiflis, se dice que se reconoció autor de la denuncia y se atribuyó el mérito: en vez de ser sacerdotes y maestros de escuela, los excluidos serían en adelante revolucionarios. Todo este episodio, retomado por algunos biógrafos crédulos, lleva claramente el sello de la invención. Una organización revolucionaria sólo puede asegurar su existencia siendo despiadadamente rigurosa en el tratamiento de todo lo que huela lo más mínimo a denuncia, provocación o traición. La menor indulgencia en tales asuntos marca el comienzo de la gangrena. Si incluso Sosso se hubiera permitido un acto de este tipo, en el que Maquiavelo era un tercio y Judas los otros dos, es del todo imposible creer que el partido lo hubiera aceptado entonces en sus filas. Iremashvili, que pertenecía al mismo círculo de seminaristas que Koba, no sabe nada de este asunto. Terminó tranquilamente sus estudios y se hizo maestro de escuela. No es gratuito, sin embargo, que esta maligna invención se vincule al nombre de Stalin. No se ha dicho nada parecido de ningún otro viejo revolucionario.

Souvarine, el mejor documentado de los biógrafos de Stalin, intenta demostrar que su personalidad moral se deriva de su pertenencia a la desastrosa orden de los "revolucionarios profesionales". En este caso, como en muchos otros, las generalizaciones de Souvarine son extremadamente superficiales. El revolucionario profesional es un hombre que se dedica por entero al movimiento obrero en condiciones de ilegalidad y conspiración forzosa. El hombre medio no es capaz de tal decisión, y ciertamente no son los peores los que la toman. El movimiento obrero del mundo civilizado conoce a muchos funcionarios y políticos profesionales, la mayoría de los cuales se caracterizan por su espíritu conservador, su egoísmo, su falta de horizontes: no viven para el movimiento, sino del movimiento. Comparado con el funcionario obrero de Europa o América, el revolucionario profesional medio de Rusia era sin duda un personaje más simpático.

La juventud de la generación revolucionaria coincidió con la del movimiento obrero. Era una época de hombres de entre 18 y 30 años. Los revolucionarios de más edad se podían contar con los dedos de una mano y parecían ancianos. El movimiento carecía por completo de movilidad ascendente; vivía de su fe en el futuro y de su espíritu de sacrificio. No había rutinas, ni fórmulas convencionales, ni gestos teatrales ni recursos oratorios. El pathos naciente era tímido y torpe. Las propias palabras "comité" y "partido" eran aún nuevas, con su halo de frescura, y tenían una resonancia atractiva e inquietante para los jóvenes. Los que se unían a la organización sabían que la cárcel y la deportación les esperaban dentro de unos meses. Era una cuestión de honor resistir el mayor tiempo posible antes de ser detenidos; comportarse con firmeza en presencia de los gendarmes; prestar toda la ayuda posible a los camaradas detenidos; leer todos los libros posibles en

la cárcel; escapar de la deportación lo más rápidamente posible para ir al extranjero; abastecerse de ciencia para volver y reanudar la labor revolucionaria.

Los revolucionarios profesionales creían en lo que enseñaban, y nada más podría haberles animado a emprender su vía crucis. La solidaridad bajo la persecución no era una palabra vacía, y el desprecio de los pusilánimes y los desertores la complementaba. Como escribe Eugenio Levitskaya sobre la actividad revolucionaria clandestina en Odessa de 1901 a 1907: "Cuando repaso en mi memoria a los muchos camaradas que tuve la oportunidad de conocer, no recuerdo ninguna mala acción, ningún engaño, ninguna mentira. Hubo roces y desacuerdos personales, pero nada más. Todo el mundo hacía algún tipo de esfuerzo moral y se convertía en un miembro mejor y más sociable de esta familia tan unida." Por supuesto, Odessa no fue una excepción. Los jóvenes que lo dieron todo al movimiento, sin pedir nada, no eran los peores representantes de su generación. El orden de los "revolucionarios profesionales" podía compararse fácilmente con cualquier otro orden social.

Yossif Djugachvili pertenecía a esta orden y tenía muchas cualidades. Pero no todas. Para él, el objetivo de su vida era la subversión de los poderosos de este mundo. Su odio hacia ellos era infinitamente más activo en su alma que su simpatía por los oprimidos. La prisión, la deportación, el sacrificio y las privaciones no le asustaban. Sabía mirar al peligro a la cara. Pero era dolorosamente consciente de la lentitud de su intelecto, de su falta de talento, de su insignificancia física o moral. Su tenso orgullo estaba teñido de envidia y malicia. Su tenacidad iba de la mano con su resentimiento. El tono amarillento de sus ojos inquietaba a los intuitivos. Desde la escuela, sabía detectar las debilidades de las personas y utilizarlas sin piedad. El entorno caucásico era muy propicio para el desarrollo de estas tendencias. No se entusiasmó entre entusiastas, ni se encendió entre hombres que prendían fuego rápidamente y se apagaban enseguida, y pronto comprendió la ventaja de la firmeza fría, la prudencia y, sobre todo, la astucia, que para él se convertían insensiblemente en perfidia. Sólo por circunstancias históricas especiales estos rasgos, secundarios en sí mismos, adquirieron una importancia primordial.

Capítulo tercero. La primera revolución

Más arriba hemos supuesto que Koba se había unido a los bolcheviques después de la conferencia de Tiflis (noviembre de 1904), que había decidido trabajar en la preparación de un nuevo congreso del partido. Hemos aceptado, como afirma Beria, que Koba fue a Bakú en diciembre para agitar a favor de este congreso. Esto era posible. La escisión en el partido era completa y la facción bolchevique ya había demostrado su superioridad organizativa. Koba tenía que elegir. Pero si nos pidieran que demostráramos que realmente se unió a los bolcheviques a finales de 1904 (y no más tarde) nos sentiríamos muy avergonzados. Beria presenta tratados bolcheviques de esta época, pero en ninguna parte dice que Koba fuera el autor. Este silencio es más convincente que muchas afirmaciones. El propósito de producir extractos de panfletos escritos por personas distintas de Stalin es obviamente llenar un vacío en la biografía de Stalin.

Las diferencias de opinión entre mencheviques y bolcheviques, hasta entonces confinadas a los estatutos, tocaban ahora a la estrategia del partido. La agitación de los zemstvos, la campaña de los banquetes liberales, que cobró impulso a partir del otoño de 1904, continuada en medio del fracaso de las autoridades, planteó de forma mordaz la cuestión de la actitud de la socialdemocracia frente a la oposición burguesa. Los mencheviques querían que los obreros no fueran más que un coro democrático que acompañara a los solistas liberales; un coro tan lleno de tacto y prudencia que, lejos de "asustar" a los liberales, les inspirara confianza en sí mismos. Lenin pasó inmediatamente a la ofensiva. Ridiculizó el plan de sustituir la lucha revolucionaria contra el zarismo por el apoyo diplomático de una oposición impotente. La victoria de la revolución sólo podía asegurarse mediante un asalto a las masas, y las masas sólo podían ser despertadas con la ayuda de un audaz programa social, y esto era precisamente lo que temían los liberales. "Seríamos tontos si tuviéramos en cuenta su pánico". Un pequeño folleto de Lenin, publicado en noviembre de 1904, después de un largo silencio, levantó la moral de sus amigos políticos y desempeñó un papel considerable en el desarrollo de las concepciones tácticas del bolchevismo. ¿No fue este panfleto el que conquistó a Koba? No lo diremos con seguridad. Pero en los años siguientes, cada vez que Stalin tuvo que tomar posición por su cuenta sobre la actitud a adoptar frente a los liberales, acabó invariablemente con la concepción menchevique: "No asustarlos" (1917, China, España, etc.). Sin embargo, es muy posible que, en vísperas de la primera revolución, este demócrata plebeyo estuviera sinceramente indignado por la estrategia oportunista, que por otra parte suscitaba un gran descontento entre los mencheviques de base. Hay que añadir que, en general, la actitud despectiva hacia el liberalismo, que se había convertido en una tradición entre los socialdemócratas, aún no había desaparecido entre los intelectuales radicales. También puede ser que el Domingo Rojo de Petersburgo y la oleada de huelgas que siguió en todo el país empujaran al caucásico, cauto y desconfiado, en dirección al bolchevismo. Sea como fuere, su repentino giro no ha quedado registrado en los anales de la historia.

Dos viejos bolcheviques, Stopani y Leman, en sus memorias escritas con gran atención al detalle, dan una lista de los revolucionarios que conocieron en Bakú y Tiflis a

finales de 1904 y principios de 1905. Leman da los nombres de las personas que estaban "a la cabeza" de la Unión del Cáucaso: Koba no está incluido. Stopani nombra a los bolcheviques que, junto con los mencheviques, dirigieron la famosa huelga de Bakú en diciembre de 1904: Koba sigue sin figurar entre ellos. Stopani perteneció al comité de huelga, así que sabe de lo que habla. En los comentarios sobre la correspondencia que Lenin y Krúpskaya intercambiaron con la organización del Cáucaso, el nombre de Stalin no aparece ni una sola vez en cincuenta páginas. Hay que añadir que los dos autores de las memorias publicadas por una revista histórica oficial no son "enemigos del pueblo", sino estalinistas; el secreto es simplemente que su trabajo se terminó en 1925, en una época en que la falsificación por encargo aún no se había convertido en un sistema general. Taratuta, antiguo miembro del comité central bolchevique, en un artículo escrito en 1926 bajo el título "El Cáucaso en vísperas de la revolución de 1905", que ya hemos citado, tampoco nombra a Stalin. Ni a finales de 1904 ni a principios de 1905 es posible descubrir el menor rastro de la actividad del hombre que hoy es considerado el líder del bolchevismo en el Cáucaso.

Las recientes y monótonas afirmaciones sobre la implacable lucha de Stalin contra el menchevismo no contradicen, de hecho, nuestra conclusión. No es difícil aplazar esta lucha a dos años antes, mientras no haya documentos que citar y desmentidos que temer. Por otra parte, se puede admitir que, una vez hecha su elección, Koba dio a su lucha contra los mencheviques el carácter más agudo y brutal, sin detenerse ante nada. La afición a la intriga y a las maniobras de trastienda, por la que ya había sido criticado durante su época en los círculos del seminario, y más tarde cuando era propagandista del comité de Tiflis y miembro del grupo Batum, se satisfacía ahora más amplia y abiertamente en la lucha de fracciones.

Beria nos cuenta que Koba participó en controversias con los mencheviques N. Jordania, I. Tseretelli, N. Ramichvili y otros, así como con anarquistas y federalistas, en Tiflis, Batum, Chiaturi, Koutais y Poti. Pero Beria evitó cuidadosamente, y no sin razón, darnos fechas. La primera reunión contradictoria, cuya fecha precisa, tuvo lugar en mayo de 1905. Lo mismo ocurre con los escritos de Koba. Su primer escrito bolchevique fue un breve panfleto publicado en mayo de 1905 bajo el extraño título de "Opiniones superficiales sobre las diferencias en el seno del partido". Por alguna razón, Beria cree que puede afirmar que este panfleto fue escrito "a principios de 1905", lo que demuestra aún más claramente su deseo de llenar un vacío de dos años. Un corresponsal, que al parecer era el futuro Litvinov y no conocía el georgiano, anunció en una carta enviada al extranjero que se había publicado en Tiflis un folleto que estaba "causando sensación". La "sensación" sólo puede explicarse por el hecho de que hasta entonces los militantes georgianos sólo habían oído la voz de los mencheviques. El panfleto era básicamente un resumen escolar de los escritos de Lenin. No es de extrañar que nunca se reimprimiera. Beria cita algunas líneas cuidadosamente escogidas, que permiten comprender por qué el propio autor echó un velo de olvido sobre este panfleto, como sobre todos sus escritos de la época.

En agosto de 1905, Stalin retomó, pura y simplemente, el capítulo de *¿Qué hacer?* en el que Lenin trataba de determinar la relación entre el movimiento obrero espontáneo y la conciencia socialista. Según Lenin, el movimiento obrero, abandonado a su suerte, sigue inevitablemente el camino del oportunismo; la conciencia revolucionaria le es aportada desde el exterior por los intelectuales marxistas. No es el momento de criticar esta concepción, que pertenece a la biografía de Lenin y no a la de Stalin. El propio autor de *¿Qué hacer?* reconoció más tarde el carácter unilateral y por tanto erróneo de esta teoría, que en un momento dado dirigió contra el "economicismo", demasiado respetuoso con la espontaneidad del movimiento obrero. Tras su ruptura con Lenin, Plejánov hizo

una crítica tardía, pero tanto más severa, de *¿Qué hacer?* El problema de introducir una conciencia revolucionaria en el proletariado "desde fuera" volvía a estar de actualidad. El órgano central del partido bolchevique señaló que un artículo anónimo publicado por el periódico georgiano había "planteado perfectamente bien la cuestión". Este elogio se cita hoy como una especie de testimonio de la madurez del teórico Koba. En realidad, no era más que una inserción alentadora, como la que el órgano central dedicaba a los periódicos provinciales cuando defendían las ideas o a los líderes de la fracción. El siguiente pasaje, citado y traducido por Beria, nos da una idea bastante aproximada de la calidad del artículo de Koba:

"La vida contemporánea está organizada a la manera capitalista. Hay dos grandes clases: la burguesía y el proletariado, y entre ellas hay una lucha a muerte. Los intereses vitales de la burguesía la obligan a consolidar el régimen capitalista. Los intereses vitales del proletariado le obligan a atacar y destruir el régimen capitalista. En correspondencia con estas dos clases, se forman dos tipos de conciencia: la burguesa y la socialista. La conciencia socialista responde a la situación del proletariado. Pero, ¿qué importancia tiene la conciencia socialista si no está extendida entre el proletariado? Entonces es sólo una frase hueca, ¡y nada más! Las cosas son muy distintas si esta conciencia se extiende por todo el proletariado: éste se da cuenta de su situación y se precipita hacia la vida socialista...".

Y así sucesivamente. Los artículos de este tipo sólo se salvan del merecido olvido por el destino posterior de la persona que los escribió. Está claro, sin embargo, que lejos de explicar tal destino, tales artículos lo hacen más bien enigmático.

A lo largo de 1905, seguimos sin encontrar a Koba entre los corresponsales caucásicos de Lenin y Krúpskaya. El 8 de marzo, un tal Tari les comunicó desde Tiflis la opinión de varios mencheviques del Cáucaso: "Lenin ha comprendido la época mejor que los demás y antes que ellos". El mismo Tari escribió también: "Se le compara con un Bazarov entre los Arkadi Nikolayevich". Estos son personajes de Turguenev: Bazarov es el tipo del realista práctico, Arkadi Nikoláievich el idealista y escritor de frases. Los redactores de la revista histórica que publicó este comentario señalaron que no se conocía la identidad de Tari. El mero hecho de que Tari utilizara una ingeniosa alusión literaria indica que Stalin no pudo ser el autor de esta carta. En las cartas y artículos de Lenin publicados hasta la fecha y relativos a la segunda mitad de 1905, se nombra a más de treinta socialdemócratas activos en Rusia: diecinueve de ellos están, por edad, más cerca de Lenin, doce más cerca de Stalin. Stalin no aparece en esta correspondencia ni directa ni indirectamente. Por lo tanto, está justificado sostener que Stalin simplemente falsificó el episodio de la carta que supuestamente recibió de Lenin en 1903.

Tras su ruptura con la redacción de *Iskra*, Lenin, que tenía entonces treinta y cuatro años, vaciló durante meses, tanto más dolorosos cuanto que no estaban en su carácter, antes de convencerse del número relativamente grande de sus partidarios y de la fuerza de su joven autoridad. El éxito de los preparativos de un nuevo congreso reveló que los bolcheviques llevaban las de ganar en materia de organización. El comité central, dirigido por Krasin, que se inclinaba por la conciliación, capituló finalmente ante el buró "antiestatutario" de los comités mayoritarios bolcheviques y participó en el congreso que no había podido impedir que se celebrara. El III Congreso, celebrado en Londres en abril de 1905, en ausencia de los mencheviques que se habían limitado a celebrar una conferencia en Ginebra, se convirtió así en el congreso fundador del bolchevismo. Los veinticuatro delegados con voto deliberativo y los catorce con voto consultivo eran casi todos bolcheviques que habían seguido a Lenin en el momento de la escisión, en el II Congreso, y habían logrado crear los comités del partido contra la autoridad de Plejánov, Axelrod, Vera Zasúlich, Mártov y Potressov. El congreso adoptó las ideas de Lenin sobre

las fuerzas motrices de la revolución, ideas que Lenin había desarrollado en la polémica contra sus antiguos maestros y sus colaboradores de *Iskra*; en adelante debían tener más importancia práctica que el programa del partido común a bolcheviques y mencheviques.

La desafortunada y poco gloriosa guerra ruso-japonesa aceleró la descomposición del régimen imperial. Animado por la primera oleada de huelgas y manifestaciones, el III Congreso reflejó la proximidad de un desenlace revolucionario. Toda la historia del último año", dijo Lenin en su informe, "ha demostrado que hemos subestimado la importancia y la inevitabilidad del levantamiento". El congreso dio un paso decisivo en la cuestión agraria al reconocer la necesidad de apoyar al movimiento campesino, incluso en la confiscación de grandes latifundios. El congreso concretó la perspectiva general de lucha y victoria, en particular en lo que se refiere al Gobierno Revolucionario Provisional como organizador de la guerra civil. "Si tomáramos Petersburgo y guillotináramos a Nicolás II, nos encontraríamos ante varias *Vendées*. El congreso fue más audaz en la preparación técnica de la insurrección. "En cuanto a la formación de grupos especiales de combate [dijo Lenin], debo decir que la considero indispensable."

Pero cuanto mayor es la importancia del III Congreso, más llama la atención que Koba no asistiera. Para entonces tenía a sus espaldas unos siete años de actividad revolucionaria, prisión, Siberia y una fuga. Todo esto debería haberle convertido en delegado si realmente hubiera desempeñado un papel importante entre los bolcheviques. Según Beria, pasó todo 1905 en libertad y "participó muy activamente en la organización del III Congreso". Si hubiera sido así, debería haber estado a la cabeza de la delegación bolchevique del Cáucaso. ¿Por qué no fue así? Si una enfermedad u otra razón de peso le hubiera impedido viajar al extranjero, los biógrafos oficiales nos lo habrían dicho. Su silencio sólo puede explicarse por la imposibilidad de dar una razón adecuada para la ausencia del "líder de los bolcheviques del Cáucaso" en un congreso de importancia histórica. La afirmación de Beria sobre el papel "extremadamente activo" de Stalin en la organización del congreso se reduce a una de esas frases vacías de las que está llena la historia oficial. En un artículo dedicado al trigésimo aniversario del congreso, el bien informado O. Piatnitsky no dice absolutamente nada sobre la participación de Stalin en la preparación del congreso, y el historiador de la corte Yaroslavsky se limita a otra frase vacía, al decir que la actividad de Stalin en el Cáucaso "fue indudablemente de enorme importancia" para el congreso, sin decirnos, sin embargo, en qué consistió exactamente esa importancia. De todo lo anterior se desprende que, tras una larga espera, Koba no se unió a los bolcheviques hasta poco antes del congreso, que no participó en la conferencia celebrada en noviembre de 1904 por los bolcheviques del Cáucaso, que no pertenecía al buró formado por esta conferencia y que, como neófito, no podía reclamar un mandato como delegado. La delegación enviada a Londres estaba formada por Kámenev, Nevsky, Tsjakaya y Djaparidze; eran los dirigentes del bolchevismo en el Cáucaso. Su destino no es irrelevante para el tema de este libro: Djaparidze fue fusilado por los británicos en 1918; Kámenev fue fusilado por Stalin; Nevsky, declarado "enemigo del pueblo" por el mismo Stalin, desapareció sin dejar rastro; Tsjakaya, muy anciano, sobrevive.

La inclinación del bolchevismo por la centralización reveló sus aspectos negativos ya en el III Congreso. Ya se habían formado ilegalmente rutinas de "aparato". Estaba surgiendo un tipo de joven burócrata revolucionario. Es cierto que la conspiración estaba estrechamente ligada a las formas de la democracia (elecciones, control, mandatos). Pero no se puede negar que los miembros de los comités estrecharon aún más de lo debido los límites de la democracia interna y fueron más rigurosos con los obreros revolucionarios que consigo mismos, prefiriendo mandar incluso cuando hubiera sido conveniente escuchar atentamente a las masas. Krúpskaya señala que en los comités bolcheviques, así como en el congreso, casi no había obreros. Predominaban los intelectuales. "El miembro

del comité [escribía Krúpskaya] solía ser un hombre lleno de confianza en sí mismo; veía la enorme influencia que la actividad del comité ejercía sobre las masas; por regla general, el hombre del comité no admitía ninguna democracia en el seno del partido; siempre tenía un poco de desprecio por los "emigrados", que lo exageraban todo y sembraban la discordia. "Nos gustaría verlos en Rusia..." Es más, no le gustaba la innovación. No quería y no sabía adaptarse a unas circunstancias que cambiaban rápidamente. Este retrato, prudente pero muy preciso, es sumamente importante para comprender la psicología política de Koba, que era el "hombre del comité" por excelencia. Ya en 1901, en los albores de su actividad revolucionaria, le vimos en Tiflis oponerse a las reivindicaciones de los obreros que querían ingresar en el comité. Como "militante práctico", es decir, como político empírico, mostró indiferencia y, más tarde, desprecio hacia los "emigrados", el "centro extranjero". Carente de las cualidades personales que le habrían permitido actuar directamente sobre las masas, se adhirió con un vigor inquebrantable al "aparato" del partido. El comité se convirtió para él en el eje del mundo, ya fuera el comité de Tiflis, de Bakú o del Cáucaso o, más tarde, el comité central. Su inclinación hacia la máquina del partido se volvería irresistible; el comité se convertiría en el comité por excelencia, el "secretario general", y acabaría encarnando la burocracia de la que sería el jefe.

Nada más tentador que concluir que el futuro estalinismo ya estaba contenido en la centralización bolchevique o, más en general, en la jerarquía clandestina de los revolucionarios profesionales. Pero, sometida a análisis, esta conclusión resulta tener muy poco contenido histórico. La selección rigurosa de los elementos avanzados y su reunión en una organización centralizada tiene evidentemente sus peligros, pero hay que buscar las causas profundas, no en el "principio" de la centralización, sino en la heterogeneidad y la mentalidad atrasada de los trabajadores, es decir, en las condiciones sociales generales que hacen precisamente necesaria la dirección centralizada de la clase por su vanguardia. La clave del problema dinámico de la dirección reside en la relación real entre el aparato del partido y el partido, entre la vanguardia y la clase, entre la centralización y la democracia. Estas relaciones no pueden ser invariables ni definirse a priori. Dependen de circunstancias históricas concretas, y su equilibrio dinámico está regulado por la viva lucha de tendencias que, en extremos opuestos del espectro, oscilan entre el despotismo del aparato y el amorfismo impotente.

En un folleto titulado *Nuestras tareas políticas*[3], que escribí en 1904 y cuyas críticas a Lenin a menudo carecían de madurez y exactitud, hay sin embargo páginas que dan una idea completamente exacta de la forma de pensar de los hombres del comité de entonces, que "habían dejado de sentir la necesidad de apoyarse en los obreros desde que habían encontrado apoyo en los 'principios' de la centralización". La lucha que Lenin tuvo que librar un año después, en el congreso, contra los altivos hombres del comité, confirmó plenamente esta crítica. Uno de los delegados, Liadov, relató: "Los debates eran apasionados, la gente se dividía en teóricos y militantes prácticos, publicistas y hombres del comité... Un militante bastante joven, llamado Ríkov, destacó en estas discusiones; consiguió reunir a la mayoría de los hombres del comité a su alrededor". Liadov simpatiza con este último. "Apenas pude contenerme [exclamó Lenin en su discurso final] cuando oí decir que no había obreros capaces de pertenecer a los comités. No olvidemos la insistencia con que Koba exhortaba a los obreros de Tiflis a reconocer, "con la mano en el corazón", que no había entre ellos ninguno digno de este sacerdocio. "Estamos aplazando la solución", insistía Lenin, "y es evidente que el partido está enfermo". El

[3] *Nuestras tareas políticas*, en nuestras Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales).

partido sufría por el orgullo de sus hombres de comité y éste era el principio de la burocratización.

Lenin comprendía mejor que nadie la necesidad de la organización centralizada, pero la veía sobre todo como una especie de palanca para aumentar la actividad de los obreros avanzados. El fetichismo del aparato le era ajeno y le repugnaba. En el III Congreso percibió inmediatamente el espíritu de casta de los hombres de comité y emprendió una apasionada lucha contra ellos. Como confirmó Krúpskaya: "Vladimir Ilich se estaba calentando, los hombres de comité se estaban calentando". Esta vez, la victoria fue para los hombres de comité, dirigidos por Ríkov, futuro sucesor de Lenin como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. Lenin no consiguió que se aprobara la moción que habría obligado a los comités a incluir una mayoría de obreros. Los miembros del comité decidieron, de nuevo en contra de los deseos de Lenin, someter la edición del órgano publicado en el extranjero al control del comité central. Un año antes, Lenin habría preferido rendirse antes que aceptar someter la dirección del partido a un comité central residente en Rusia, susceptible de ser arrestado y, por tanto, inestable. Pero ahora estaba decidido a tener la última palabra. Confiado en su lucha contra las viejas autoridades, se mostraba mucho más firme que en el II Congreso y, por tanto, más tranquilo. Krúpskaya afirma que, aunque "perdía los nervios" durante los debates, era mucho más prudente a la hora de tomar decisiones organizativas. No sólo aceptó en silencio su derrota en dos puntos extremadamente importantes, sino que incluso ayudó a que Ríkov entrara en el comité central. Por lo que a él respecta, no cabía duda de que la revolución, esa gran escuela de iniciativa y audacia de las masas, destruiría fácilmente el joven conservadurismo del aparato del partido, aún inestable.

Además de Lenin, formaban parte del comité central el ingeniero Krasin, el naturalista, médico y filósofo Bogdanov, ambos de la misma edad que Lenin, Postalovsky, que pronto se retiraría del partido, y Ríkov. El publicista Rumiantsov y dos "profesionales", Gusev y Bour, fueron nombrados miembros suplentes. Por supuesto, nadie pensó en incluir a Koba en el primer comité central bolchevique.

En 1934, el Congreso del Partido Comunista de Georgia proclamó, tras escuchar un informe de Beria, que "nada de lo que se ha escrito hasta ahora refleja el papel real y verdadero del camarada Stalin, que de hecho dirigió la acción de los bolcheviques en el Cáucaso durante muchos años". El congreso se abstuvo de explicar cómo se hizo esto. Pero todos los autores de memorias e historiadores que habían escrito antes de esa fecha fueron condenados; varios han sido fusilados desde entonces. Se decidió crear un Instituto Stalin para reparar esta injusticia. A partir de ese momento, los viejos pergaminos comenzaron a ser enérgicamente limpiados y cubiertos con nuevos textos. Nunca antes había existido una fábrica de mentiras tan vasta. Sin embargo, la situación del biógrafo no está exenta de esperanza. La verdad no sólo surge de la discusión, como dicen los franceses, sino también de las contradicciones internas de la mentira.

"Entre 1904 y 1907", escribe Beria, "el camarada Stalin, encontrándose a la cabeza de los bolcheviques transcaucásicos, llevó a cabo una inmensa actividad como teórico y organizador". Desgraciadamente, no es fácil establecer en qué consistió este trabajo ni siquiera dónde se llevó a cabo exactamente. Escuchemos primero lo que el propio Stalin dice al respecto. "Recuerdo entonces los años 1905-1907", dijo en su discurso autobiográfico en Tiflis, en 1926, ya citado anteriormente, "durante los cuales la voluntad del partido me envió a luchar en Bakú. Dos años de actividad revolucionaria entre los obreros de la industria petrolera me dieron las hechuras de un militante y de un dirigente práctico... Así que fue allí, en Bakú, donde recibí mi segundo bautismo revolucionario. Fue allí donde me convertí en aprendiz revolucionario..." El primer

"bautismo", como ya sabemos, lo recibió en Tiflis, donde pasó por un aprendizaje. Stalin no se convertiría en "oficial" hasta Petersburgo, en 1917.

Como suele ocurrir con Stalin, su cronología es errónea en este caso. La cita parece indicar que Koba pasó los años de la primera revolución en Bakú, el bastión proletario del Cáucaso. En realidad, no fue así. Koba fue detenido en Bakú en marzo de 1908 y, si nos atenemos a su palabra, habría pasado en la ciudad no dos, sino tres años. Sin embargo, su biografía, escrita por uno de sus secretarios, dice: "A partir de 1907, comenzó el periodo de actividad revolucionaria de Stalin en Bakú. A su regreso del Congreso de Londres..., Stalin abandonó Tiflis y se instaló en Bakú..." El Congreso de Londres tuvo lugar en junio de 1907, por lo que Stalin no pudo venir a Bakú hasta julio o agosto, muy probablemente como consecuencia de la sonada "expropiación" de Tiflis, a la que volveremos. Si hemos de creer esta biografía perfectamente oficial, resulta que el "período de Bakú", que transformó al aprendiz de revolucionario Koba en un cuasi-compañero, no duró tres años, ni siquiera dos, sino seis o siete meses a lo sumo. Esta vez la contradicción es demasiado grande. Intentemos reexaminar cuál de las dos versiones, emanadas de la misma fuente, se acerca más a la verdad.

"Los periódicos bolcheviques de Tiflis", dice Yenukidze refiriéndose a la primera revolución, "se inspiraban entonces principalmente en Stalin." Por tanto, Koba no podía vivir en otro lugar que no fuera Tiflis. El 12 de junio de 1905, en la aldea de Joni, asistió al funeral de Tsulukidze, un revolucionario que ya conocemos y que había muerto de tuberculosis a la edad de veintinueve años. Beria nos dice que "más de diez mil personas" asistieron al funeral y que "el camarada Stalin pronunció un brillante discurso". La multitud debía de ser mucho menor, porque Joni no tenía más de 3.500 habitantes. Tampoco podemos ver a Stalin pronunciando un "brillante discurso". En cualquier caso, a mediados de año ya no estaba en Bakú, sino en el corazón de Georgia. Es cierto que las memorias del bolchevique Golubov mencionan "la llegada a Bakú en 1905 del miembro del comité central, el camarada Koba". Sin embargo, Koba no sería miembro del comité central hasta siete años más tarde. Si esta referencia a un viaje ocasional es exacta, no hace sino confirmar que Koba no vivía en Bakú. La biografía oficial afirma sin rodeos que "el rescripto imperial de octubre de 1905 encontró a Stalin en Tiflis", el propio Beria atestigua que en noviembre y diciembre de 1905 Koba estuvo en Tiflis como redactor de la *Kavkazskii rabotchii listok* [Hoja Obrera del Cáucaso]. A finales de 1905, escribía octavillas para el comité de Tiflis. Tras la derrota de diciembre, permaneció en Tiflis. En abril de 1906, representó a los bolcheviques de Tiflis en el congreso del partido en Estocolmo. En junio y julio de 1906 volvió a fundar en Tiflis un periódico legal, publicado en georgiano "bajo la dirección del camarada Stalin". Ordzonikidze, el futuro dirigente de la industria pesada, se encontró por primera vez con Stalin en Tiflis en 1906, en la redacción del periódico bolchevique *Dro* [Tiempo]. No cabe duda de que Koba no pasó los años de la primera revolución en Bakú, donde el movimiento obrero atravesaba entonces una profunda crisis a raíz de las matanzas entre armenios y tártaros, sino en Tiflis, ciudad que más tarde describiría como un pantano menchevique.

¿Qué representaba la organización de Tiflis, a la que pertenecía Koba, durante el año de la revolución? Tenemos pruebas irrefutables sobre este punto, que hacen justicia de un plumazo a todas las leyendas. En agosto, el *Proletarii*, que dirigía Lenin, publicó un informe oficial sobre "la actividad de los bolcheviques de Tiflis en 1905". Decía así: "Tiflis, 1 de julio. Hace sólo cinco semanas, no había aquí ninguna organización (bolchevique) mayoritaria, había unas pocas personas, pequeños grupos, y eso era todo. Finalmente, en los primeros días de junio, se celebró una asamblea general de todos los elementos dispersos... Se abrió el período de reuniones y todavía estamos en él. La actitud de las masas hacia nosotros ha cambiado. El comité tiene previsto publicar folletos de

propaganda una vez a la semana." Este es el cuadro muy penoso que pintan los propios bolcheviques de Tiflis, tal vez con la ayuda de Koba, que en julio de 1905 no podía permanecer al margen de la formación de una organización bolchevique.

Koba había regresado de su deportación a Tiflis en febrero de 1904 para "liderar a los bolcheviques" invariable y triunfalmente. Aparte de algunas breves ausencias, pasó la mayor parte de 1904-1905 en Tiflis. Según los libros de recuerdos más recientes, los obreros de Tiflis solían decir: "Koba despedaza a los mencheviques". Sin embargo, parece que los mencheviques georgianos apenas sufrieron esta operación quirúrgica. Sólo en la segunda mitad de 1905 los bolcheviques de Tiflis, hasta entonces dispersos, entraron en "un período de reuniones" y "pensaron" en publicar octavillas. Entonces, ¿a qué organización pertenecía Koba en 1904 y en el primer semestre de 1905? A menos que se mantuviera completamente al margen del movimiento obrero, lo que es poco probable, no es imposible, a pesar de todo lo que nos dice Beria, que perteneciera a la organización menchevique. A principios de 1906, los partidarios de Lenin en Tiflis ascendían a 300. Los mencheviques eran unos 3.000. Esta relación de fuerzas bastó para condenar a Koba a la oposición periodística en pleno fragor de los acontecimientos revolucionarios.

"Dos años de actividad revolucionaria, de 1905 a 1907, entre los obreros de la industria petrolera", nos dice Stalin, "me dieron el temperamento de un militante". No podemos aceptar que el orador, que revisó cuidadosamente las pruebas de su discurso, se equivocara simplemente sobre el lugar donde pasó el año del bautismo revolucionario del pueblo ruso y también el año siguiente, 1906, durante el cual todo el país, sacudido por convulsiones, vivía a la expectativa de un desenlace. ¡Cosas así no se pueden olvidar! No se puede evitar la impresión de que Stalin evita conscientemente la primera revolución, sobre la que realmente no tiene nada que decir. Siendo Bakú un escenario más heroico que Tiflis, se transporta allí retrospectivamente dos años y medio antes de lo que lo hizo en realidad. No tiene por qué temer las objeciones de los historiadores soviéticos. Pero la pregunta sigue en el aire: ¿qué hizo Koba en 1905?

El año de la revolución se abrió con el lanzamiento de salvas contra los obreros de Petersburgo que se dirigían a entregar una petición al zar. El folleto escrito por Koba con motivo de los sucesos del 9 de enero [22 de enero, nuevo estilo] termina con este llamamiento: "Extendamos nuestras manos y estrechémoslas en torno a los comités del partido. No olvidemos ni por un momento que sólo los comités del partido pueden conducirnos por el buen camino, que sólo ellos pueden mostrarnos el camino hacia la tierra prometida..." Y así sucesivamente. ¡La voz de un comitard convencido! El mismo día, quizá a la misma hora, lejos de allí, en Ginebra, Lenin añadía a un artículo de uno de sus colaboradores este llamamiento a las masas que despertaban: "¡Dad rienda suelta al odio y a la cólera que siglos de explotación, sufrimientos y desgracias han acumulado en vuestros corazones! Todo Lenin está en esta frase. Odia con las masas, se subleva con ellas; siente la revolución en las fibras de su ser y no pide a los insurrectos que actúen sólo con la sanción de los "comités". Sería imposible expresar más sucintamente el contraste entre estas dos naturalezas frente precisamente a lo que las unía políticamente: ¡la revolución!

Cinco meses después del III Congreso, en el que Koba no había ocupado su puesto, comenzaron a formarse los sóviets. La iniciativa correspondió a los mencheviques, que no tenían ni idea de las consecuencias. Las fracciones mencheviques dominaban los sóviets. Los acontecimientos revolucionarios arrastraban a los mencheviques fuera de su línea; los dirigentes estaban consternados por el repentino empuje a la izquierda de su propio movimiento. El comité bolchevique de Petersburgo se asombró inicialmente de una innovación como la representación de las masas en lucha independientemente de los partidos y no se le ocurrió nada mejor que dirigir un ultimátum

al sóviet: adoptar inmediatamente el programa socialdemócrata o disolverse. El sóviet, y con él los obreros bolcheviques que comprendía, ignoró el ultimátum sin pestañear. Sólo tras la llegada de Lenin se produjo un cambio radical en la actitud de los "comitards" hacia el sóviet. El error cometido al principio estaba destinado a debilitar a los bolcheviques. En este asunto, las provincias siguieron a la capital. Ya estaban surgiendo profundos desacuerdos sobre la importancia histórica de los sóviets. Los mencheviques sólo querían ver en los sóviets una forma episódica de representación obrera, un "parlamento proletario", un "órgano de autoadministración revolucionaria", etc. Esto era extremadamente vago. Lenin, en cambio, escuchaba atentamente a las masas de Petersburgo, que llamaban al sóviet "un gobierno obrero", e inmediatamente vio en esta nueva forma de organización un medio para luchar por el poder.

Los escritos de Koba para 1905, pobres en forma y contenido, no dicen absolutamente nada sobre los sóviets, y ello no sólo porque no los hubiera en Georgia; en general, Koba no comprendía su importancia, los ignoraba y los descuidaba. Esto es sorprendente. El poderoso aparato de los sóviets debería, al parecer, haberse impuesto al futuro "secretario general". Pero a sus ojos era un aparato ajeno, que representaba directamente a las enigmáticas masas. El sóviet no aceptaba la disciplina del comité del partido; exigía métodos de dirección más complejos y flexibles. En cierto sentido, el sóviet se presentaba como un formidable competidor del comité. Así, durante la revolución de 1905, Koba dio la espalda a los sóviets. En el fondo, daba la espalda a la propia revolución, como si estuviera resentido con ella.

No sabía cómo abordarla. Los biógrafos y artistas moscovitas intentan mostrarnos a Koba marchando a la cabeza de una manifestación, "como un blanco", un tribuno, un fogoso orador. Todo falso. Incluso más tarde, Stalin nunca se convirtió en un orador, nadie le oyó jamás pronunciar discursos "fogosos". A lo largo de 1917, cuando los agitadores del partido, incluido Lenin, estaban roncos de tanto hablar, Stalin no hablaba en las reuniones públicas. No podía ser diferente en 1905. Koba ni siquiera era un orador en el modesto sentido de la palabra, como lo eran otros jóvenes revolucionarios del Cáucaso, como Knoniants, Zurabov, Kámenev y Tseretelli. Fue capaz, no sin éxito, de exponer en una reunión privada del partido las ideas que había asimilado firmemente. Pero no tenía ningún talento como agitador. Dejaba escapar cada frase con dificultad, sin ardor, color ni entonación. Su debilidad congénita, que era el reverso mismo de su fuerza, consistía en que era incapaz de entusiasmar, de elevarse por encima de la vida cotidiana, de establecer un contacto vivo con sus oyentes, de despertar en ellos lo mejor de sí mismos. Si no podía encenderse a sí mismo, no podía encender a los demás. El frío resentimiento no basta para conquistar el alma de las masas.

1905 deselló todas las bocas. El país, que había permanecido en silencio durante mil años, habló por primera vez. Cualquiera que pudiera expresar inteligiblemente su odio a la burocracia y al zar encontraba oyentes incansables y agradecidos. Koba probablemente intentó hablar. Pero la comparación con otros oradores improvisados le resultaba demasiado desfavorable a los ojos de las masas. Era intolerable para él. Brutal con los demás, Koba es también extremadamente sensible y, por extraño que parezca, caprichoso. Sus reacciones son primitivas. Al sentirse desatendido, tiende a dar la espalda a la gente y a los acontecimientos, a retraerse, a mascar tristemente su pipa y soñar con la venganza. Así, en 1905, lleno de secreta amargura, se recluye y se convierte en una especie de periodista.

Sin embargo, no tenía vocación para ello. Su pensamiento era demasiado lento, sus asociaciones de ideas demasiado monótonas, su estilo torpe y pobre. Cuando le faltaba fuerza de expresión, lo compensaba con brutalidad. Ni uno solo de sus artículos de 1905 habría sido aceptado por un editor mínimamente atento o exigente. En realidad, la

mayoría de las publicaciones clandestinas no se distinguían por sus cualidades literarias, ya que solían estar escritas por hombres que tomaban la pluma no por gusto, sino por necesidad. Koba no era mejor. Sus artículos revelan quizá una inclinación por la exposición sistemática del tema, inclinación que se refleja sobre todo en la disposición escolástica del material, en la enumeración de argumentos, en interrogaciones artificiales, puro recurso retórico, y en pesadas repeticiones a la manera de los predicadores. La falta de pensamiento personal, de forma original y de imágenes vívidas, marca cada línea de su pluma con un sello de banalidad. El autor nunca expresa sus ideas con franqueza, sino que expone las de otros sin seguridad. "Sin seguridad..." Aplicadas a Stalin, estas palabras pueden parecer inesperadas; sin embargo, caracterizan plenamente su estilo de publicista a tientas, desde sus comienzos en el Cáucaso hasta nuestros días.

Sin embargo, sería erróneo creer que tales artículos eran ineficaces. Eran necesarios porque respondían a una necesidad. Su fuerza consistía en expresar las ideas y consignas de la revolución, para el hombre de masas no carecían de novedad ni de frescura, la prensa burguesa no le enseñaba nada comparable. Pero su breve eficacia se limitaba al círculo de lectores para los que fueron escritos. Hoy no se pueden leer esas frases secas y torpes, no siempre correctamente construidas y de pronto adornadas con flores de papel de retórica, sin cierto desconcierto, mezclado con irritación y a veces con un irresistible deseo de reír. Nadie en el partido consideraba a Koba un periodista. Todos los publicistas bolcheviques, grandes y pequeños, de las capitales y de las provincias, colaboraron en el primer diario legal bolchevique, *Novaya Jizn* [Vida Nueva], que apareció en Petersburgo en octubre de 1905, bajo la dirección de Lenin. Stalin no era uno de ellos. No fue Stalin, sino Kámenev, a quien llamaron del Cáucaso para que colaborara en el periódico. Koba no nació escritor ni estaba destinado a serlo. Si tomó la pluma con cierto celo en 1905, fue sólo porque cualquier otra forma de contacto con las masas le convenía aún menos.

Reuniones interminables, huelgas tormentosas y manifestaciones callejeras alcanzaron inmediatamente a muchos de los hombres del comité [comitards]. Los revolucionarios hablaban en las plazas públicas, escribían sobre sus rodillas, tomaban decisiones serias a toda prisa. Stalin no tenía nada de esto: su voz era tan débil como su imaginación; el don de la improvisación era ajeno a su circunspecta forma de pensar, que prefería avanzar a tientas. Incluso en el Cáucaso, fue desbancado por figuras más prominentes. Observó la revolución con celos y casi hostilidad: no era su elemento. "Todo el tiempo que le dejaban las reuniones y la actividad de los círculos", escribió Lenukidze, "lo pasaba o bien en una pequeña habitación llena de libros y periódicos, o bien en la igualmente 'espaciosa' redacción del periódico bolchevique". Hay que imaginarse el épico torbellino del "año loco" para apreciar plenamente esta imagen del joven solitario y ambicioso, encerrado en su habitación-cama, probablemente despeinado, pluma en mano, buscando la frase elocuente que se adaptara a los tiempos.

Los acontecimientos se acumulaban. Koba permanecía al margen, disgustado con todos y consigo mismo. Todos los bolcheviques conocidos, incluidos los que entonces dirigían la acción del partido en el Cáucaso, Krasin, Postalovsky, Stopani, Leman, Galperin, Kámenev, Taratuta, etc., pasaron junto a Stalin sin verle y no le mencionan en sus recuerdos. Stalin, por su parte, no dice nada de ellos. Varios, como Kurnatovsky o Kámenev, entraron sin duda en contacto con él en el curso de su trabajo. Otros lo conocieron sin duda, pero sin distinguirlo de los demás hombres del comité. Nadie le dirigió una palabra de simpatía o de reconocimiento que hubiera permitido al futuro biógrafo oficial citar un testimonio favorable.

En 1926, una comisión oficial encargada de recopilar la historia del partido publicó una edición revisada de documentos y materiales que se remontaban a 1905,

adaptada a la situación surgida tras la muerte de Lenin. Entre los más de cien documentos, hay una treintena de artículos de Lenin y otros tantos de otros autores. Aunque la lucha contra el trotskysmo se acercaba a su punto culminante, los bien informados redactores no pudieron abstenerse de incluir cuatro artículos de Trotsky. Por otra parte, no hay ni una sola línea de Stalin en estas cuatrocientas cincuenta y cinco páginas. El nombre de Stalin no aparece en el índice alfabético, que incluye varios centenares de nombres y menciona a todas las figuras más importantes que participaron en la revolución; es cierto que el nombre de Ivanovich se menciona como el de un participante en la conferencia de Tammerfors (diciembre de 1905) y es notable que en 1926 los que publicaron el libro aún no supieran que Ivanovich y Stalin eran la misma persona. Estos detalles incontrovertibles son más convincentes que todos los panegíricos retrospectivos.

En cierto modo, Stalin permaneció al margen de la revolución de 1905. Sus "años de aprendizaje" fueron los de la prerrevolución, en Tiflis, Batum, en la cárcel y en la deportación. Según sus propias palabras, se convirtió en "semiobrero de la revolución" en Bakú en 1907-1908. La primera revolución no desempeñó ningún papel en la formación del futuro "compañero". Hablando de sí mismo, Stalin pasa por alto, como si no tuviera nada que decir al respecto, el gran año que introdujo y formó a todos los revolucionarios destacados de la generación anterior. No olvidemos este hecho, no se debe al azar. 1917 será un punto de esta biografía casi tan nebuloso como 1905. Encontramos a Koba, ahora Stalin, en la modesta redacción de *Pravda* en Petersburgo, comentando sin prisas, con un estilo aburrido, los deslumbrantes acontecimientos. La peculiaridad de este revolucionario es que siempre se ve decepcionado y rechazado por un verdadero levantamiento de las masas. Todas las revoluciones de Alemania, China y España le pillan desprevenido. Nació para el aparato, no para dirigir la acción creadora de las masas. La revolución derriba los aparatos habituales y los sustituye por otros mucho menos dóciles. Se basa en la improvisación, la iniciativa audaz y la inspiración de las masas, y éstas son también las cualidades que espera de sus dirigentes. Todas estas cualidades son inaccesibles para Koba. Ni tribuno, ni estratega, ni líder insurrecto, no era más que un burócrata de la revolución, y por eso tuvo que esperar a que amainaran los tumultuosos torrentes de la revolución para poder recuperar sus dotes particulares.

La división entre la "mayoría" (bolcheviques) y la "minoría" (mencheviques) fue sancionada por el III Congreso, que declaró que los mencheviques habían "consumado la escisión en el partido". Los acontecimientos revolucionarios del otoño de 1905, que tomaron por sorpresa a un partido completamente escindido, suavizaron inmediatamente la lucha de las fracciones por su benévola influencia. En octubre, preparándose para dejar Suiza y regresar a Rusia, Lenin escribió una carta calurosamente conciliadora a Plejánov en la que llamaba a su viejo adversario "la mejor fuerza de los socialdemócratas rusos" y le invitaba a trabajar juntos. Escribió: "Si hay diferencias de opinión sobre la táctica, la propia revolución las barrerá..." Esto debió de ser cierto, pero no por mucho tiempo, porque la propia revolución no duró mucho.

Al principio, los mencheviques mostraron innegablemente más iniciativa en la formación y utilización de organizaciones de masas; pero, como partido político, siguieron la corriente y se ahogaron en ella. Los bolcheviques, en cambio, se adaptaron más lentamente a las formidables dimensiones del movimiento, pero lo federaron dándole instrucciones claras, deducidas de una estimación de las fuerzas reales de la revolución. Los mencheviques prevalecieron en los sóviets, cuya orientación política general era, sin embargo, en conjunto, la del bolchevismo. Oposicionistas, los mencheviques supieron adaptarse durante un tiempo a la marea creciente de la revolución; pero no fueron capaces ni de dirigirla ni de mantenerse fieles a sus tareas cuando llegó el reflujo.

Después de la huelga general de octubre de 1905, que arrancó al zar el rescripto, el manifiesto, constitucional y suscitó un ambiente de optimismo y audacia en los barrios obreros, las tendencias unitarias de las dos fracciones adquirieron una fuerza irresistible. Comités de unificación o comités federativos, que agrupaban a bolcheviques y mencheviques, fueron creados aquí y allá en las provincias. Los dirigentes siguieron el movimiento. Para preparar la fusión completa, las dos fracciones convocaron cada una conferencia preparatoria. La de los mencheviques se reunió a finales de noviembre en Petersburgo, donde aún reinaba la "libertad", mientras que la de los bolcheviques se vio obligada a reunirse en Tammerfors, Finlandia, en diciembre, justo cuando la reacción pasaba a la ofensiva.

La conferencia bolchevique había sido concebida originalmente como un congreso extraordinario del partido. Pero la huelga de los ferroviarios, el levantamiento de Moscú y otras circunstancias imprevistas habían retenido a muchos delegados, de modo que la representación de las diversas secciones del partido fue muy incompleta. Veintiséis organizaciones estaban representadas por cuarenta y un delegados elegidos por unos cuatro mil votos. Parece una cifra insignificante para un partido revolucionario que pretendía derrocar al zarismo y ocupar su lugar en un gobierno revolucionario. Pero estos cuatro mil hombres ya eran capaces de expresar los deseos de otros cientos de miles. Se decidió tratar el congreso como una conferencia, ya que los delegados eran demasiado pocos. Koba, bajo el nombre de Ivanovich, y un obrero llamado Telia representaban a las organizaciones bolcheviques de Transcaucasia. Los acalorados acontecimientos que se desarrollaban entonces en Tiflis no habían impedido a Koba abandonar su redacción.

Todavía no se han encontrado las actas de la conferencia de Tammerfors, celebrada durante el cañoneo de Moscú. La memoria de los participantes, sobrecargada por los grandiosos acontecimientos del día, ha conservado muy poco. "¡Qué lástima que no se hayan conservado las actas de la conferencia!" escribió Krúpskaya treinta años después. "¡Cuánto entusiasmo! En plena revolución, los camaradas ardían en deseos de luchar. Durante las pausas, practicaban el tiro... Dudo que alguno de los que asistieron a esta conferencia la haya olvidado. Lozovsky, Baransky, Yaroslavsky y muchos otros estaban allí. Los recuerdo porque sus informes sobre la situación local eran especialmente interesantes." Krúpskaya no mencionó a Ivanovich por su nombre, ni se acordaba de él. Leemos en las memorias de Gorev, que era miembro de la mesa de la conferencia: "Entre los delegados estaban Sverdlov, Lozovsky, Stalin, Nevsky y otros". El orden de estos nombres no carece de interés. También sabemos que Ivanovich, que era partidario de boicotear las elecciones a la Duma, fue nombrado miembro de la comisión creada para decidir esta cuestión.

Las olas ascendentes eran todavía tan altas que incluso los mencheviques, asustados por sus recientes errores oportunistas, no se habían decidido aún a poner ambos pies sobre la tambaleante pasarela del parlamentarismo. Propusieron participar, con fines de agitación, sólo en la primera fase de las elecciones, sin enviar diputados a la duma. La mayoría de los bolcheviques eran partidarios del "boicot activo". Durante la celebración íntima del quincuagésimo cumpleaños de Lenin (1920), Stalin relató a su manera la actitud de Lenin en estas circunstancias: "Recuerdo que Lenin, ese gigante, admitió dos veces que se había equivocado. La primera vez fue en Finlandia, en diciembre de 1905, en la Conferencia Panrusa de los bolcheviques. Se abrieron los debates, el ataque fue dirigido por los provincianos, siberianos y caucásicos, y cuál fue nuestro asombro cuando, al final de nuestros discursos, Lenin tomó la palabra y declaró que había sido partidario de participar en las elecciones, pero que ahora, viendo que se había equivocado, se unía a nuestra facción. Nos quedamos estupefactos. Fue como una descarga eléctrica. Le tributamos a Lenin una grandiosa ovación." Nadie más recuerda esta "descarga eléctrica"

ni esta "grandiosa ovación" que le tributaron cincuenta pares de manos. Sin embargo, puede que Stalin esté básicamente en lo cierto en su relato de este episodio. La "firmeza pétrea" de los bolcheviques no se correspondía todavía con la flexibilidad táctica, especialmente entre los "prácticos", que carecían de preparación y alcance. El propio Lenin podría haber vacilado; la presión de los provincianos podría haberle parecido la del tumulto revolucionario. Sin embargo, decidió "esforzarse por impedir la reunión de esta duma policíaca, negándose a participar en modo alguno". Sólo es extraño que en 1920 Stalin todavía viera un "fallo" en la disposición inicial de Lenin a participar en las elecciones; pues el propio Lenin hacía tiempo que había reconocido como un error su concesión a los partidarios del boicot.

Sobre la participación de Ivanovich en los debates sobre la cuestión de la duma, tenemos el pintoresco, pero obviamente totalmente imaginario, relato de un tal Dimitrievsky. "Al principio, Stalin estaba confuso. Era la primera vez que hablaba ante los dirigentes del partido. Era la primera vez que hablaba delante de Lenin. Pero Lenin lo miró con interés, asintiendo con la cabeza. La voz de Stalin se hizo más fuerte. Terminó con la aprobación general. Su punto de vista fue adoptado." ¿De dónde saca esta información un autor que no tuvo nada que ver con la conferencia? Dimitrievsky, exdiplomático soviético, chovinista y antisemita, se unió momentáneamente a la fracción estalinista durante la lucha contra el trotskysmo, y luego se fue al extranjero para unirse a la derecha de la emigración blanca. Llama la atención que, ahora como fascista declarado, siga valorando muy positivamente a Stalin, odiando a sus adversarios y repitiendo todas las leyendas del Kremlin. Sigamos su historia por un momento. Después de la sesión dedicada al boicot de la duma, Lenin y Stalin "salieron juntos de la casa del Pueblo, donde se celebraba la conferencia. Hacía frío. Soplaba un viento cortante. Caminaron largo rato por las calles de Tammerfors. Lenin estaba interesado en aquel hombre, de quien había oído que era uno de los revolucionarios más firmes y decididos de Transcaucasia. Quería verlo más de cerca. Le interrogó largo y tendido sobre su trabajo, su vida, la gente que conoció y los libros que había leído. De vez en cuando, Lenin hacía un breve comentario... y su tono era de aprobación, de satisfacción. Este hombre era justo el tipo que necesitaba". Dimitrievsky no estuvo en Tammerfors; no pudo oír la conversación nocturna de Lenin y Stalin en la calle; no invoca el testimonio de Stalin, con quien, como podemos ver en el libro, nunca habló. Sin embargo, hay algo vivo y... familiar en este relato. Después de algunos esfuerzos con mi memoria, finalmente me di cuenta de que Dimitrievsky se había limitado a adaptar al clima finlandés el relato que yo había publicado antes sobre mi primer encuentro con Lenin y nuestros paseos por las calles de Londres en el otoño de 1902. El folclore abunda en la transferencia de episodios significativos de un personaje mitológico a otro. La creación de mitos burocráticos sigue las mismas reglas.

Koba tiene veintiséis años. Sale de su caparazón provinciano y se presenta ante el partido. En realidad, apenas se notó su aparición. Pasarían casi siete años antes de que ingresara en el comité central. Sin embargo, la conferencia de Tammerfors marcó un hito en su vida. Visitó Petersburgo, conoció a los dirigentes del partido, vio de cerca el funcionamiento del partido, se comparó con otros delegados, participó en los debates, se unió a un comité, como dice la biografía oficial, y "estableció una conexión definitiva con Lenin". Desgraciadamente, sabemos muy poco de todo esto.

El propio Stalin dio cuenta de su primer encuentro con Lenin, el 28 de enero de 1924, ciertamente una semana después de la muerte de Lenin, en una solemne reunión de cadetes del Ejército Rojo en el Kremlin. Este relato frío y convencional no nos dice casi nada. Pero caracteriza tan bien a su autor que debe citarse íntegramente. "Conocí al camarada Lenin por primera vez en diciembre de 1905, en la conferencia bolchevique de

Tammerfors, Finlandia", comenzó Stalin. "Esperaba ver al águila de las montañas de nuestro partido, un gran hombre, grande no sólo políticamente, sino, si se quiere, grande físicamente, pues me imaginaba al camarada Lenin como un imponente gigante de fino porte. Qué decepción cuando vi al hombre más ordinario, un poco por debajo de la estatura media, un hombre que no se diferenciaba en nada, absolutamente en nada, del común de los mortales..." Detengámonos un momento. Detrás de la fingida ingenuidad de estas imágenes, en las que el "águila de las montañas" se combina con un "gigante", se esconde una artimaña al servicio de un cálculo personal. Stalin solía decir a los futuros oficiales del Ejército Rojo: "No os dejéis engañar por mi mediocre figura; tampoco Lenin se distinguía por su tamaño, su aspecto o su belleza". Sus guardiamarinas de confianza explicaban entonces a sus camaradas con toda la franqueza que podían el significado de estas alusiones.

Stalin continuó: "Se acepta que el gran hombre acostumbre a llegar tarde a las reuniones, de modo que los presentes esperan su aparición con el corazón tenso; se les advierte, además: 'Silencio... Callad... ¡Aquí viene!' Este rito no me pareció superfluo, porque impone, infunde respeto. Qué decepción fue enterarme de que Lenin había llegado a la reunión antes que los delegados y, habiéndose escondido en un rincón, charlaba con los delegados más ordinarios. No les ocultaré que esto me pareció en aquel momento una violación de ciertas reglas impensables. Sólo más tarde me di cuenta de que esta sencillez, esta modestia del camarada Lenin, este deseo por su parte de pasar desapercibido o, en todo caso, de no llamar la atención y de no destacar su elevada posición, este rasgo constituía uno de los aspectos más llamativos del carácter del camarada Lenin como dirigente de las nuevas masas, de las masas ordinarias y sencillas, de los 'bajos fondos' profundos de la humanidad." Este vulgar contraste está construido sobre una mentira seguramente deliberada. Es muy dudoso que Koba tuviera muchas oportunidades antes de 1905, en Tiflis o Batum, de aprender las "reglas" para recibir a los grandes hombres. En una época en la que el partido vivía en la ilegalidad, no podía haber apariciones sensacionales de "líderes", ni exclamaciones emotivas u otros ritos de este tipo. Menos que en ninguna otra parte, Stalin podía esperar esto en una conferencia restringida de dirigentes del partido. Cuando se lamentaba con fingida bonhomía de que la solemnidad del rito "no le parecía superflua", sólo intentaba ganarse la confianza del público con fingida sinceridad. Pero la evidente falsificación que cometía consistía en trasladar a sabiendas al pasado las nuevas costumbres soviéticas, las de una época en que las ovaciones a los dirigentes populares eran a menudo tempestuosas, sin ningún "rito" ni preparación, además. Lenin no podía sustraerse a ellas; de hecho, Lenin, agobiado por estos acontecimientos, podía sustraerse a ellos menos que nadie. En aquella época, Stalin aún no estaba familiarizado con las "ovaciones"; su aparición en la tribuna pasaba completamente desapercibida. Y no porque intentara "no ser visto". Al contrario, su discurso sobre Lenin demostró precisamente lo alejado que se sentía de las masas. Por eso intentó ridiculizar la popularidad de los demás dirigentes soviéticos y confundir, a la sombra de Lenin, la falta de popularidad con la falta de interés por la popularidad. Teniendo en cuenta que Stalin se dirigía a los aspirantes rojos, en el Kremlin, es fácil ver quién era el objetivo principal de su maniobra verbal.

Stalin continúa: "Dos discursos pronunciados por Lenin en esta conferencia fueron notables: uno sobre la situación actual y el otro sobre la cuestión agraria. Desgraciadamente no se han conservado. Fueron discursos encendidos que arrebataron a todo el mundo. Una extraordinaria fuerza de convicción, la sencillez y claridad de los argumentos, las frases cortas e inteligibles para todos, la ausencia de poses, la ausencia de gestos sorprendentes y de frases efectistas destinadas a causar impresión: todo esto distinguía los discursos del camarada Lenin de los de los oradores 'parlamentarios'

ordinarios. Pero me cautivó otro aspecto de los discursos del camarada Lenin. Me cautivó la irresistible fuerza de la lógica en los discursos del camarada Lenin, una lógica un poco árida, pero que dominaba al público, lo electrizaba poco a poco, y luego se imponía sobre él sin reservas, como suele decirse. Recuerdo que muchos delegados dijeron entonces: 'La lógica del camarada Lenin en sus discursos es comparable a tentáculos todopoderosos que te abrazan por todos lados como tenazas y de los que no puedes escapar: ríndete o decídete por un desastre total'. Creo que este rasgo, de los discursos del camarada Lenin, constituye el aspecto más llamativo de su arte oratorio". También en este caso, Stalin habla menos de Lenin que de intentar hacerse pasar ante su público por un orador. Intentaba inculcar a sus jóvenes oyentes que los buenos oradores sólo eran aptos para los parlamentos burgueses y que el poder de convencer sólo lo tenían los que no sabían hablar. Su definición del arte de la oratoria de Lenin destaca por su "discurso enérgico", con una "lógica ligeramente seca" que "electriza" al auditorio, ¡y luego lo "cautiva" con la ayuda de "poderosos tentáculos que te abrazan por todos lados como tenazas"! Si estas líneas, cuidadosamente elaboradas, no dan más que una idea muy rudimentaria de Lenin como orador, caracterizan, en cambio, de manera sorprendente a Stalin, el hombre y el orador.

El congreso de unificación no pudo celebrarse hasta abril de 1906, en Estocolmo. El Sóviet de Petersburgo había sido arrestado, el levantamiento de Moscú reprimido y la apisonadora de la represión había pasado por todo el país. Los mencheviques se lanzaron a la derecha. Plejánov expresó su estado de ánimo en una famosa frase: "No deberíamos habernos levantado en armas". Los bolcheviques siguieron avanzando hacia la insurrección. Sobre los huesos rotos de la revolución, el zar convocó la primera duma, en la que, desde el principio de las elecciones, los liberales se impusieron a la reacción monárquica. Los mencheviques, que unas semanas antes habían votado a favor de un medio boicot a la duma, cifraron sus esperanzas en las conquistas constitucionales en lugar de en la lucha revolucionaria. En el Congreso de Estocolmo, a la socialdemocracia le parecía la tarea más importante apoyar a los liberales. Los bolcheviques esperaban un nuevo auge de los levantamientos campesinos, que reavivaría la ofensiva proletaria y barrería a la duma imperial. A diferencia de los mencheviques, seguían estando a favor del boicot. Como siempre ocurre tras las derrotas, los desacuerdos se agriaron de inmediato. La apertura del congreso de unificación fue triste.

Asistieron al congreso ciento trece delegados con derecho a voto, de los cuales sesenta y dos eran mencheviques y cuarenta y seis bolcheviques. Como cada delegado representaba en principio a trescientos afiliados, podemos suponer que el partido contaba con treinta y cuatro mil miembros, de los cuales diecinueve mil eran mencheviques y catorce mil bolcheviques. La competición electoral introdujo sin duda una gran exageración en estas cifras. En cualquier caso, en el momento del congreso, el partido ya no estaba en expansión, sino más bien en contracción. Once de los ciento trece delegados representaban a Tiflis: diez eran mencheviques y uno bolchevique. Este único bolchevique era Koba, bajo el pseudónimo de Ivanovich. La relación de fuerzas se expresa aquí en el lenguaje preciso de la aritmética, Beria afirma que, "bajo la dirección de Stalin", los bolcheviques del Cáucaso habían aislado a los mencheviques de las masas. Las cifras no lo confirman. Formando un grupo coherente, los mencheviques del Cáucaso desempeñaron un papel muy considerable en su fracción.

La participación de Ivanovich en los trabajos del congreso fue bastante activa y quedó registrada en las actas. Sin embargo, si no se hubiera conocido la verdadera identidad de este delegado, nadie habría prestado la menor atención a sus discursos y respuestas al leer las actas. Hasta hace diez años, nadie las citaba, y los historiadores del partido ni siquiera mencionaban que Ivanovich y el actual secretario general eran la misma persona. Ivanovich fue miembro de una comisión técnica encargada de estudiar el

método de elección de los delegados. A pesar de su insignificancia, este nombramiento es sintomático: Koba estaba bien situado en la maquinaria del sistema. Por cierto, los mencheviques le acusaron dos veces de hacer informes falsos. Nadie puede garantizar la imparcialidad de los acusadores. Pero no podemos dejar de señalar una vez más que incidentes similares giran siempre en torno al nombre de Koba.

La cuestión agraria interesaba especialmente al congreso. Lo cierto es que el levantamiento del campo había cogido desprevenido al partido. El viejo programa socialdemócrata, que casi no se ocupaba de los latifundios, había fracasado. La confiscación de los latifundios se hizo inevitable. Los mencheviques defendían un programa de "municipalización" que habría puesto la tierra en manos de administraciones democráticas locales. Lenin estaba a favor de la nacionalización, a condición de que el poder pasara completamente al pueblo. Plejánov, el principal teórico del menchevismo, recomendaba desconfiar del futuro gobierno central y no armarlo confiándole la tierra. "La república de los sueños de Lenin", dijo, "una vez establecida, no durará para siempre. No podemos esperar ver en un futuro próximo la creación en Rusia de un régimen democrático como el de Suiza, Inglaterra y Estados Unidos. Con la posibilidad de restauración, la nacionalización es peligrosa..." Tales eran las prudentes y modestas opiniones del fundador del marxismo ruso. A sus ojos, la transferencia de tierras al estado sólo debía permitirse si el estado pertenecía a los obreros. "La toma del poder [decía Plejánov] es indispensable cuando hacemos una revolución proletaria. Pero, como la revolución que se avecina sólo puede ser pequeñoburguesa, debemos renunciar a la toma del poder". Plejánov subordinaba la lucha por el poder a una definición sociológica establecida a priori o, mejor aún, a una nomenclatura de la revolución, y no a la relación real de sus fuerzas internas, y éste era el talón de Aquiles de toda su estrategia doctrinal.

Lenin propugnaba la toma de la propiedad terrateniente por los comités revolucionarios campesinos y la sanción de esta expropiación por la asamblea constituyente mediante una ley de nacionalización. "Mi programa agrario", dijo y escribió, "es enteramente un programa de insurrección campesina y de culminación total de la revolución democrático-burguesa". En un punto esencial, seguía estando de acuerdo con Plejánov: la revolución comenzaría y terminaría como una revolución burguesa. El líder del bolchevismo, lejos de pensar que Rusia podría construir el socialismo por sus propios medios (a nadie se le ocurrió plantearse esta cuestión antes de 1924), no creía que Rusia pudiera mantener sus futuras conquistas democráticas sin una revolución socialista en occidente. Fue precisamente en el Congreso de Estocolmo donde expresó este punto de vista en los términos más categóricos. "La revolución burguesa democrática en Rusia puede ganar por sus propios esfuerzos", dijo, "pero de ninguna manera podrá mantener y consolidar sus conquistas por sí misma. No tendrá éxito si no hay una revolución socialista en occidente." Sería un error pensar que, según las interpretaciones posteriores de Stalin, Lenin estaba pensando en el peligro de una intervención militar desde el exterior. No, hablaba de la inevitabilidad de una restauración interna porque el campesino, el pequeño propietario, se volvería contra la revolución después de la transformación agraria. "La restauración es inevitable, tanto con la municipalización como con la nacionalización o la partición, porque el pequeño propietario será, cualquiera que sea la forma de propiedad, el soporte de la restauración. Después de la victoria completa de la revolución democrática", insistió Lenin, "el pequeño propietario se volverá inevitablemente contra el proletariado, y tanto más rápidamente cuanto que los enemigos comunes del proletariado y del pequeño propietario habrán sido más rápidamente derrocados... Nuestra revolución democrática no tiene otras reservas que el proletariado socialista de occidente".

Pero para Lenin, que subordinaba así el destino de la democracia rusa al del socialismo europeo, el "último fin" no estaba separado de la revolución democrática por una época histórica imposible de medir. Ya en la época de la lucha por la democracia, buscaba sentar las bases de un progreso rápido hacia la meta socialista. El objetivo de la nacionalización de la tierra era abrir una ventana al futuro: "En el momento de la revolución democrática y del levantamiento del campo [decía] no podemos limitarnos a confiscar los latifundios. Debemos ir más lejos y asestar un golpe decisivo a la propiedad privada de la tierra, para preparar el camino a las luchas posteriores por el socialismo".

En esta cuestión crucial de la revolución, Ivanovich estaba en desacuerdo con Lenin. Se pronunció resueltamente contra la nacionalización de la tierra y a favor del reparto de las tierras confiscadas. Este desacuerdo, sacado a la luz por las actas del congreso, es poco conocido en la URSS, porque a nadie se le permite citar o comentar las intervenciones de Ivanovich en los debates sobre el programa agrario. Pero merecen atención. "Como estamos formando una alianza revolucionaria temporal con el campesinado en lucha [dijo], no podemos dejar de contar con las reivindicaciones de este campesinado, debemos apoyar estas reivindicaciones si no entran en contradicción, en su conjunto, con las tendencias del desarrollo económico de la revolución y del progreso de ésta. Los campesinos reclaman la partición; la partición no está en contradicción con los fenómenos mencionados [...]; debemos, pues, apoyar la confiscación completa y la partición. Desde este punto de vista, la nacionalización y la municipalización son igualmente inaceptables". Stalin dijo a los cadetes de oficiales del Kremlin que Lenin había pronunciado un inolvidable discurso sobre la cuestión agraria en Tammerfors, que despertó el entusiasmo de todos. En Estocolmo resultó que Ivanovich no se había dejado atrapar en absoluto por las "tenazas" de este discurso; no sólo se pronunció contra el programa agrario de Lenin, sino que llegó a declararlo "tan" inaceptable como el de Plejánov.

Uno no puede dejar de asombrarse al ver a un joven caucásico, que no sabía nada de Rusia, decidir luchar tan intransigentemente contra los líderes de su fracción en la cuestión agraria, en la que la autoridad de Lenin parecía particularmente inquebrantable. Por regla general, al cauteloso Koba no le gustaba aventurarse en el hielo resquebrajado ni quedarse en minoría. En general, sólo intervenía en los debates cuando se sentía respaldado por una mayoría o, más tarde, cuando la maquinaria le aseguraba la victoria independientemente de cualquier mayoría. Por tanto, las razones que le obligaron a defender la impopular tesis en esta ocasión debieron de ser muy poderosas. En la medida en que es posible descifrarlas treinta años después, hubo dos razones, ambas muy características de Stalin.

Koba había entrado en la revolución como un demócrata plebeyo provinciano y empírico. Las consideraciones de Lenin sobre la revolución internacional le resultaban ajenas y distantes. Buscaba "garantías" más cercanas. Entre los campesinos georgianos, que desconocían la propiedad comunal, las aspiraciones individualistas a la propiedad se manifestaron más clara e inmediatamente que entre los rusos. El hijo del campesino de Didi-Lilo pensó que la garantía más segura contra la contrarrevolución estaría en el reparto de pequeñas parcelas de tierra entre pequeños propietarios. La "doctrina de la división" no era, pues, fruto de deducciones teóricas (pues renunciaba fácilmente a las consideraciones doctrinales), era un programa propio, que respondía a las tendencias profundas de su naturaleza, de su entorno y de su educación. Veinte años más tarde, volvió a hacerlo.

El otro motivo de Koba es casi tan cierto. La derrota de diciembre no podía dejar de disminuir la autoridad de Lenin a sus ojos, pues siempre atribuyó más importancia a los hechos que a las ideas. En el congreso, Lenin estaba en minoría. Koba no podía ganar

con Lenin. A partir de entonces, su interés por el programa de nacionalización disminuyó considerablemente. Bolcheviques y mencheviques consideraban la división como un mal menor en comparación con el programa de la fracción contraria. Koba podía esperar que la mayoría del congreso se uniera finalmente en torno al mal menor. Así, la tendencia profunda del demócrata radical coincidía con los cálculos tácticos del intrigante político. Koba se equivocaba: los mencheviques, al tener una firme mayoría, no tenían que elegir entre el mal menor y el mal mayor.

Es importante señalar para el futuro que en aquella época Stalin, al igual que Lenin, consideraba la alianza del proletariado con los campesinos como "temporal", es decir, limitada a la persecución de los objetivos de la democracia; no se le ocurrió afirmar que el campesinado pudiera, como tal, convertirse en aliado del proletariado en la causa de la revolución socialista. Veinte años más tarde, esta "desconfianza" hacia el campesinado sería declarada la principal herejía del "trotskysmo". Muchas cosas habrían cambiado en veinte años. Cuando Stalin declaró en 1906 que los programas agrarios de los bolcheviques y de los mencheviques eran "igualmente inaceptables", pensaba que el reparto de la tierra "no estaba en contradicción con las tendencias del desarrollo económico". Tenía en mente el desarrollo del capitalismo. En cuanto a la futura revolución socialista, en la que nunca había pensado seriamente, de lo único que no albergaba ninguna duda era de que tardaría décadas en llegar, años durante los cuales las leyes del capitalismo llevarían a cabo el necesario trabajo de concentración y proletarización de la agricultura. No en vano, en sus folletos, Stalin se refería al socialismo lejano con un término bíblico: "La tierra prometida".

El principal informe presentado en nombre de los partidarios de la partición no fue, evidentemente, el de Ivanovich, demasiado poco conocido, sino el de Suvorov, bolchevique de mayor autoridad, que desarrolló con bastante amplitud los puntos de vista de su grupo. "Se dice que es una medida burguesa; pero el propio movimiento campesino es pequeñoburgués [declaró Suvorov], y si podemos apoyar a los campesinos, es sólo en ese sentido. La cultura individual, comparada con la servidumbre, es un paso adelante, pero será superada por el desarrollo ulterior." La transformación socialista de la sociedad sólo podrá plantearse cuando el desarrollo capitalista haya "superado", es decir, arruinado y expropiado al campesino independiente, hijo de la revolución burguesa.

El verdadero autor del programa de partición no fue Suvorov, sino el historiador radical Rojkov, que no se había unido a los bolcheviques hasta la víspera de la revolución [de 1905]. No fue ponente en el congreso sólo porque estuviera en prisión. El punto de vista de Rojkov, desarrollado en una polémica contra el autor de este libro, era que no sólo Rusia sino también los propios países avanzados estaban aún lejos de estar preparados para la revolución socialista. El capitalismo aún tenía por delante, en todo el mundo, una larga época de progreso, cuyo final se perdía en las brumas del futuro. Para eliminar los obstáculos a la labor creadora del capitalismo ruso más atrasado, el proletariado tenía que aceptar el reparto de la tierra como precio de su alianza con el campesinado. El capitalismo haría entonces justicia a la ilusión igualitaria en la agricultura, concentrando gradualmente la tierra en manos de los propietarios más fuertes y avanzados. Lenin llamó a los partidarios de este programa, que significaba poner toda la fe en el agricultor burgués, "rojkovistas", en honor a su líder. Cabe señalar que Rojkov, que trataba con seriedad las cuestiones de doctrina, se puso él mismo del lado de los mencheviques durante los años de la reacción.

En la primera votación, Lenin votó con los partidarios de la partición, para no "dividir los votos contra la municipalización" como explicó. Consideraba que la partición era el mal menor, pero añadía que, si la partición de la tierra podía convertirse en un obstáculo para la restauración de los terratenientes y del zar, también podía crear la base

social para una dictadura bonapartista. Lenin acusó a los partidarios del reparto de tierras de "considerar unilateralmente el movimiento agrario desde el punto de vista del pasado y del presente, sin pensar en el futuro", es decir, en el socialismo. Cuando el campesino considera que la tierra "no es de nadie" o "es de dios", hay mucha confusión y mucho individualismo velado de misticismo. Pero hay que saber aferrarse a estas opiniones progresistas y volverlas contra la sociedad burguesa. Esto es algo que los partidarios del reparto no saben hacer. "Los prácticos... van a popularizar el programa actual, y, de una falta menor, harán una grande... la multitud de campesinos que gritan que la tierra no pertenece a nadie, a dios, al gobierno, demostrarán las ventajas del reparto, deshonrando y degradando así el marxismo." En palabras de Lenin, el término "prácticos" se refiere aquí al revolucionario de horizonte limitado, al propagandista de fórmulas elementales. El golpe fue tanto más certero cuanto que, durante el siguiente cuarto de siglo, el propio Stalin sólo se llamaría a sí mismo "práctico", en contraste con los "literatos" y los "emigrados". Sólo se proclamaría teórico cuando el aparato le hubiera asegurado la victoria y estuviera allí para protegerle de cualquier crítica.

Evidentemente, Plejánov tenía razón al vincular indisolublemente la cuestión agraria con la cuestión del poder. Pero Lenin también comprendió esta relación, y más profundamente que Plejánov. Para que la nacionalización de la tierra fuera posible, la revolución tenía que establecer, según su definición, la "dictadura democrática del proletariado y del campesinado", que él distinguía estrictamente de la dictadura socialista del proletariado. A diferencia de Plejánov, Lenin creía que la revolución agraria no sería llevada a cabo por los liberales, sino por los brazos desnudos de los plebeyos, o no sería llevada a cabo en absoluto. Sin embargo, la naturaleza de la "dictadura democrática" que propugnaba seguía siendo imprecisa y contradictoria. Si los pequeños propietarios se imponían en el gobierno revolucionario (cosa improbable en sí misma en una revolución burguesa del siglo XX), ese gobierno amenazaría, según Lenin, en convertirse en un instrumento de la reacción. Si, por el contrario, la magnitud de la revolución agraria permitiera al proletariado tomar el poder, esta hipótesis eliminaría por sí sola la frontera entre la revolución democrática y la revolución socialista: una se transformaría naturalmente en la otra, la revolución se haría "permanente". Lenin no respondió a esta objeción. Huelga decir que, como "práctico" y "pro partición", Koba profesaba un soberano desprecio por las perspectivas de la revolución permanente.

Defendiendo contra los mencheviques a los comités revolucionarios campesinos, instrumentos de la toma de tierras, Ivanovich dijo: "Si la emancipación del proletariado puede ser obra del proletariado mismo, la emancipación de los campesinos puede ser obra de los campesinos mismos." De hecho, esta fórmula simétrica no es más que una parodia del marxismo. La misión histórica del proletariado resulta precisamente, en gran medida, de la incapacidad de la pequeña burguesía para liberarse. Una revolución campesina es imposible, por supuesto, sin la participación activa de los propios campesinos, en forma de tropas armadas, comités locales, etc. Pero el destino de la revolución campesina se decide en la ciudad, no en el campo. Como supervivencia amorfa de la Edad Media en la sociedad moderna, el campesinado no puede tener su propia política; necesita un líder fuera de sí mismo. Dos nuevas clases buscan dirigirlos. Si el campesinado sigue a la burguesía liberal, la revolución se detendrá a medio camino, sólo para retroceder. Si el campesinado toma al proletariado como líder, la revolución irá inevitablemente más allá de los límites fijados por la burguesía. Es precisamente en esta relación particular entre las clases de una sociedad burguesa históricamente atrasada en la que descansa la perspectiva de la revolución permanente.

Nadie en el Congreso de Estocolmo defendió esta perspectiva, que el autor de este libro intentaba entonces, una vez más y en una celda de la prisión de Petersburgo, poner

sobre una base teórica. La insurrección había sido derrotada. La revolución retrocedía. Los mencheviques tendían a formar bloque con los liberales. Los bolcheviques estaban en minoría y, además, divididos. La perspectiva de una revolución permanente parecía desacreditada. Tendría que esperar once años para su revancha. Por una mayoría de sesenta y dos votos a favor, cuarenta y dos en contra y siete abstenciones, el congreso aprobó el programa menchevique de municipalización de la tierra. A partir de entonces, este programa no desempeñaría ningún papel. Los campesinos le hicieron oídos sordos y los liberales se mostraron hostiles. En 1917, los campesinos aceptaron la nacionalización de la tierra, al igual que habían aceptado el poder de los sóviets y la dirección de los bolcheviques.

Otros dos discursos de Ivanovich en el Congreso de Estocolmo se limitan a parafrasear los discursos y artículos de Lenin. Sobre la política general, Ivanovich criticó con razón a los mencheviques por menospreciar al movimiento de masas adoptando la política de la burguesía liberal. "O la hegemonía del proletariado [repitió, según la fórmula común] o la hegemonía de la burguesía democrática, así se plantea la cuestión en el partido, en eso consisten nuestras diferencias de opinión." Sin embargo, el orador estaba lejos de comprender todas las consecuencias históricas de esta alternativa. La "hegemonía del proletariado" significaba su predominio político sobre todas las fuerzas revolucionarias del país y, sobre todo, sobre el campesinado. En caso de victoria completa de la revolución, la "hegemonía" debía conducir naturalmente a la dictadura del proletariado, con todas las consecuencias que ello conllevaba. Pero Ivanovich creía firmemente que la revolución rusa sólo podía allanar el camino al dominio burgués. Inexplicablemente, combinaba la idea de la hegemonía proletaria con la de una política independiente para el campesinado, que se emancipaba dividiendo los grandes latifundios en pequeñas parcelas.

El Congreso de Estocolmo se denominó "Congreso de Unificación". En efecto, se había logrado la unidad formal de las dos fracciones y de las organizaciones nacionales (la socialdemocracia polaca y letona y el Bund judío). Pero la verdadera importancia del congreso era, según Lenin, "haber contribuido a una demarcación más clara entre el ala derecha y el ala izquierda de la socialdemocracia." Si la escisión de la socialdemocracia rusa en el II Congreso no había sido más que una "anticipación", la "unificación" de Estocolmo no fue más que un paso en el camino hacia la escisión real y definitiva que se produjo seis años después. En el congreso, el propio Lenin estaba lejos de creer que la escisión era inevitable. La experiencia de los turbulentos meses de 1905, durante los cuales los mencheviques habían girado bruscamente a la izquierda, estaba aún demasiado fresca. Aunque entonces, como escribió Krúpskaya, "habían mostrado suficientemente sus verdaderos colores", Lenin seguía esperando, según su compañera, "que un nuevo auge de la revolución, que no dudaba los arrastraría y los reconciliaría con la política bolchevique". La revolución no volvió a conocer un nuevo auge.

Inmediatamente después del congreso, Lenin dirigió un llamamiento al partido con una crítica contenida pero inequívoca de las resoluciones tomadas. Este llamamiento estaba firmado por los delegados de la "vieja fracción bolchevique" (las fracciones se consideraban, sobre el papel, disueltas). Sorprendentemente, de los cuarenta y dos bolcheviques presentes en el congreso, sólo veintiséis firmaron el documento. Ni Ivanovich ni Suvorov, el líder de su grupo, lo firmaron. Es evidente que los partidarios del reparto de tierras consideraban el desacuerdo tan grave que se negaron a dirigirse al partido con el grupo de Lenin, a pesar de que el documento en cuestión había sido redactado en términos extremadamente circunspectos en lo que se refería a la cuestión agraria. En vano se buscaría en las publicaciones oficiales del partido un comentario sobre este hecho. Por otra parte, Lenin, en un copioso informe impreso sobre el Congreso de

Estocolmo, en el que detalla los debates y enumera a los principales oradores bolcheviques y mencheviques, no menciona ni una sola vez los discursos de Ivanovich. Sin duda no los consideraba tan importantes como fueron presentados treinta años después. La posición de Stalin en el partido no cambió, al menos no visiblemente. Nadie presentó su candidatura a las elecciones del comité central, que estaba formado por siete mencheviques y tres bolcheviques: Krasin, Ríkov y Desnitsky. Tanto antes como después de Estocolmo, Koba siguió siendo un "militante caucásico".

Durante los dos últimos meses del año revolucionario, el Cáucaso había sido un burbujeante crisol. En diciembre, el comité de huelga, tras hacerse con la administración del ferrocarril y el telégrafo transcaucásicos, había tomado el control del transporte y la vida económica de Tiflis. Las afueras de la ciudad estaban en manos de obreros armados. Pero no por mucho tiempo: las autoridades militares se impusieron rápidamente. El gobierno de Tiflis fue declarado en estado de sitio. Los combates estallaron en Kutais, Chiaturi y otros lugares. El oeste de Georgia arde en revueltas campesinas. El 10 de diciembre, el jefe de la policía del Cáucaso, Chirinkin, escribió a su jefe en el ministerio de policía: "El gobierno de Kutais está bajo un régimen especial... los revolucionarios de allí han desarmado a los gendarmes, se han apoderado del ferrocarril, venden billetes ellos mismos y mantienen el orden... No recibo ningún informe de Kutais, los gendarmes han sido retirados de la línea y concentrados en Tiflis. Los revolucionarios registran a los mensajeros que llevan los informes y les quitan los papeles; la situación aquí es imposible... El gobernador general sufre de agotamiento nervioso... Le enviaré detalles por correo o, si es imposible, por mensajero..." Todos estos acontecimientos no se produjeron por sí solos. La iniciativa colectiva de las masas despiertas era ciertamente de la mayor importancia, pero a cada paso necesitaba encontrar agentes individuales, organizadores y líderes. Koba no era uno de ellos. Comentaba sin prisas los acontecimientos que habían pasado. Esto es lo que le permitía ir a Tammerfors en los días más calurosos. Nadie notaba su ausencia y nadie notaba su regreso.

La represión de la insurrección de Moscú, posibilitada por la inactividad de los obreros petersburgueses, agotados por las luchas anteriores y el lock-out, y la represión de las insurrecciones de Transcaucasia, los Países Bálticos y Siberia dieron un vuelco a la situación. La reacción recuperó sus poderes. Los bolcheviques no tenían tanta prisa en reconocerlo, ya que el reflujo general seguía estando atravesado por persistentes mareas ascendentes. Todos los partidos revolucionarios querían creer que se acercaba la gran ola. Cuando los amigos políticos más escépticos le dijeron a Lenin que tal vez la reacción ya había comenzado, éste respondió: "Seré el último en estar de acuerdo." Las huelgas, forma esencial de la movilización de masas, eran una buena expresión de la temperatura de la revolución rusa. En 1905, hubo dos millones y medio de huelguistas; en 1906, casi un millón. Cifra considerable en sí misma, significaba sin embargo un descenso repentino de la actividad. Según la explicación de Koba, el proletariado había sufrido una derrota episódica "ante todo porque no había tenido armas, o demasiado pocas; ¡por muy concienciado que estés, no vas a enfrentarte a las balas con tus manos desnudas!" Esto era claramente simplificar la cuestión. "Enfrentarte" con las manos desnudas a las balas es ciertamente difícil. Pero hubo razones más profundas para la derrota. Las masas campesinas no se habían sublevado en su totalidad; no tanto en el centro como en la periferia. El ejército sólo se había visto afectado parcialmente. El proletariado aún no conocía realmente ni su propia fuerza ni la del enemigo. 1905 pasó a la historia (y ahí radica su inmensa importancia) como un "ensayo general". Pero Lenin sólo pudo dar esta definición a posteriori. En 1906, esperaba un desenlace rápido. En enero [de 1906], Koba, parafraseando a Lenin, aunque simplificándolo como siempre, escribió: "Debemos de una vez por todas dejar de lado todas las vacilaciones, rechazar toda imprecisión y colocarnos

sin retorno bajo el ángulo de la ofensiva... Un partido único, una insurrección armada organizada por el partido, una política de agresión, esto es lo que nos exige la victoria de la insurrección." Ni siquiera los mencheviques se habían decidido aún a decir en voz alta que la revolución había terminado. En el Congreso de Estocolmo, Ivanovich había podido declarar, sin temor a objeciones: "Estamos, pues, en vísperas de una nueva explosión... En eso estamos todos de acuerdo". De hecho, en aquel momento, la "explosión" ya era cosa del pasado. La "política de agresión" se estaba convirtiendo cada vez más en una política de golpes partidistas y acciones aisladas. Una gran oleada de "expropiaciones", es decir, asaltos armados a bancos, tesorerías y otros depósitos de dinero, recorrió el país.

La desintegración de la revolución volvió a poner la iniciativa del ataque en manos del gobierno, que entretanto había conseguido atemperar sus nervios. Durante el otoño y el invierno, los partidos revolucionarios habían salido de la ilegalidad. La lucha se había librado abiertamente. Por ello, la policía zarista pudo conocer a todos y cada uno de sus adversarios. El ajuste de cuentas comenzó el 3 de diciembre con la detención del Sóviet de Petersburgo. Todos los militantes comprometidos fueron detenidos uno a uno si no habían logrado esconderse. La victoria del almirante Dubassov sobre la milicia moscovita hizo que la represión fuera particularmente brutal. Entre enero de 1905 y la convocatoria de la primera Duma Imperial el 27 de abril de 1906, se calcula que unas catorce mil personas fueron asesinadas, más de mil ejecutadas, veinte mil heridas y unas setenta mil detenidas, deportadas y encarceladas por el gobierno zarista. El número de muertos fue especialmente elevado en diciembre de 1905 y los primeros meses de 1906. Koba no se ofreció como "objetivo". No fue herido, deportado ni detenido. Ni siquiera tuvo que esconderse. Permaneció, como antes, en Tiflis. Nada de esto puede explicarse por su habilidad personal o alguna afortunada casualidad. De manera conspirativa, es decir clandestina, fue posible ir a la conferencia de Tammerfors. Pero no se podía dirigir clandestinamente el movimiento de masas de 1905. Para un revolucionario activo en la pequeña ciudad de Tiflis, no podía existir la "serendipia". De hecho, Koba se había mantenido tan alejado de los grandes acontecimientos que la policía no le prestó ninguna atención. Hacia mediados de 1906, seguía frecuentando la redacción del periódico legal bolchevique.

Lenin estaba escondido en Kuokalla, Finlandia, y se mantenía en contacto permanente con Petersburgo y el resto del país. Allí se encontraban también los demás miembros del centro bolchevique. Fue allí donde se renovaron los hilos rotos de la organización ilegal. "De todos los rincones de Rusia", escribió Krúpskaya, "llegaban camaradas con los que consultábamos sobre el trabajo a realizar". Krúpskaya menciona una serie de nombres, en particular a Sverdlov, que "gozaba de una inmensa influencia" en los Urales, y a Voroshílov y otros. Pero, a pesar de las advertencias amenazadoras de los críticos oficiales cuando estaba escribiendo su libro, no menciona a Stalin ni una sola vez durante este periodo. No es que evite su nombre; al contrario, siempre que encuentra el más mínimo apoyo en los hechos, se esfuerza por ponerlo en primer plano. Es simplemente que no lo encuentra en su memoria.

La primera duma se disuelve el 8 de julio de 1906. La huelga de protesta convocada por los partidos de izquierda fracasó: los obreros se habían dado cuenta de que una huelga no era suficiente, y estaban demasiado débiles para hacer más. El intento de los revolucionarios de impedir el reclutamiento militar fracasó estrepitosamente. Un levantamiento en la fortaleza de Sveaborg, con la participación de los bolcheviques, fue una explosión aislada que fue inmediatamente aplastada. La reacción se hizo más fuerte. El partido se hundía cada vez más en la ilegalidad. "Desde Kuokalla", escribió Krúpskaya, "Ilich dirigía toda la actividad de los bolcheviques". Una vez más, una serie de nombres y episodios. No se nombra a Stalin. Lo mismo se dice de la conferencia del

partido celebrada en noviembre en Terioki, en la que se decidió la cuestión de las elecciones a la segunda duma. Koba no acudió a Kuokalla. No hay el menor rastro de correspondencia entre Lenin y Koba durante 1906. Aunque se habían encontrado en Tammerfors, no se había establecido ningún vínculo personal entre ellos. Volvieron a encontrarse en Estocolmo, pero tampoco en este caso se produjo ningún acercamiento. Krúpskaya habla de un paseo por la capital sueca en el que participaron Lenin, Ríkov, Stroyev, Alexinsky y otros; no menciona a Stalin. También es posible que las relaciones, apenas establecidas, se tensaran a causa de las diferencias sobre la cuestión agraria: Ivanovich no había firmado el llamamiento al partido y Lenin no había mencionado a Ivanovich en su informe.

De acuerdo con las decisiones de Tammerfors y Estocolmo, los bolcheviques del Cáucaso se unieron a los mencheviques. Koba no se unió al comité regional unificado. En su lugar, según Beria, se convirtió en miembro del buró bolchevique del Cáucaso, que existía secretamente en 1906, junto al comité oficial del partido. No disponemos de datos sobre las actividades de este buró ni sobre el papel que Koba desempeñó en él. Sólo una cosa es indudable: desde su estancia en Tiflis y Batum, las opiniones del "hombre del comité" sobre cuestiones de organización habían sufrido un cambio, si no en el fondo, al menos en las formas en que se expresaban. Ahora, Koba ya no se habría atrevido a invitar a los obreros a reconocer que no eran dignos de formar parte de los comités. Los sóviets y los sindicatos pusieron al frente a los obreros revolucionarios, que normalmente demostraron estar mejor preparados para dirigir a las masas que la mayoría de los intelectuales ilegales. Como Lenin había previsto, los "hombres del comité" se vieron obligados a revisar apresuradamente sus ideas, o al menos sus argumentos. Koba defendía ahora en la prensa la necesidad de democracia en el seno del partido, y de una democracia tal que "la propia masa decida las cuestiones y actúe por sí misma". La democracia electoral en sí misma era insuficiente: "Napoleón III fue elegido por sufragio universal, pero ¿quién no sabe que este emperador electo fue uno de los mayores opresores del pueblo?" Si Besochvili (pseudónimo de Koba en aquella época) hubiera podido prever su propio futuro, se habría abstenido de mencionar los plebiscitos bonapartistas. Pero había muchas cosas que no podía prever. Su don de clarividencia sólo llegaba hasta cierto punto. Y eso, como veremos, no sólo fue su debilidad, sino también su fuerza, al menos durante cierto tiempo.

Las derrotas del proletariado lanzaron al marxismo de nuevo a posiciones defensivas. Los enemigos y adversarios, que habían permanecido en silencio durante los meses tormentosos, levantaron ahora la cabeza. Desde la derecha y desde la izquierda se llamó al materialismo y la dialéctica a responder por las locuras de la reacción. A la derecha, los liberales, los demócratas y los populistas; a la izquierda, los anarquistas. El anarquismo no había desempeñado ningún papel en el movimiento de 1905. En el Sóviet de Petersburgo sólo había tres fracciones: mencheviques, bolcheviques y socialistas-revolucionarios. Pero la liquidación de los sóviets y el ambiente de desilusión dieron mayor resonancia al anarquismo. El reflujo también se dejó sentir en el atrasado Cáucaso, donde el anarquismo encontró condiciones más favorables en muchos aspectos que en otras partes del país. Participando en la defensa de las posiciones marxistas atacadas, Koba publicó una serie de artículos en georgiano sobre "Anarquismo y socialismo". Estos artículos, que atestiguan las mejores intenciones del autor, apenas se prestan a la exposición, siendo ellos mismos un resumen del trabajo de otras personas. Resulta incluso difícil citarlos, ya que su color uniformemente gris dificulta la elección de fórmulas mínimamente personales. Baste decir que esta obra nunca se ha vuelto a publicar.

A la derecha de los mencheviques georgianos, que seguían considerándose marxistas, surgió el Partido Federalista, una parodia local, en parte, de los socialistas-

revolucionarios rusos y, en parte, de los cadetes. Besochvili desenmascaró con razón la inclinación de este partido hacia las maniobras cobardes y el compromiso, pero al hacerlo utilizó imágenes arriesgadas. "Sabemos", escribió, "que cada animal tiene su propio color; pero el camaleón no se contenta con eso; frente al león, toma el color del león; frente al lobo, el color del lobo; frente a la rana, el color de la rana; toma el color que le parece más ventajoso..." El zoólogo protestaría probablemente contra esta ofensa al camaleón. Pero como el crítico bolchevique tenía básicamente razón, podemos perdonarle su fallido estilo de cura de pueblo.

Esto es todo lo que puede decirse de la actividad de Koba-Ivanovich-Besochvili durante la primera revolución. No es mucho, aunque sólo consideremos la cantidad. Sin embargo, el autor se ha cuidado mucho de no omitir nada ni remotamente digno de atención. El intelecto de Koba, carente de imaginación y desinterés, no es muy productivo. Además, a pesar de la leyenda creada posteriormente, este personaje testarudo, bilioso y exigente no es nada laborioso. El hábito del trabajo intelectual le es ajeno. Todos los que le conocieron de cerca saben que a Stalin no le gustaba trabajar. "Koba es un perezoso", decían más de una vez Bujarin, Krestinsky, Serebriakov y otros con una sonrisa medio desdeñosa. Precisamente a este rasgo aludía a veces cautelosamente el propio Lenin. Su afición a la ociosidad morosa revelaba, por un lado, sus orígenes orientales y, por otro, su ambición insatisfecha. Cada vez tenía que haber un motivo imperioso y personal para que Koba realizara un esfuerzo prolongado y sistemático. En la revolución que le dejó en un segundo plano, no encontró ese motivo estimulante. Por eso su contribución a la revolución parece ridículamente escasa en comparación con el regalo que la revolución supuso para su vida personal.

Capítulo cuarto. El período de reacción

La vida privada de los revolucionarios ilegales quedaba relegada a un segundo plano y reprimida, pero existía. La comunidad de ideas, de lucha y de peligro, la intimidad del aislamiento del resto del mundo, todo ello creaba vínculos sólidos. Se formaban parejas ilegalmente, separadas por el encarcelamiento y reunidas por la deportación. Sabemos poco de la vida privada del joven Stalin, pero ese poco es tanto más valioso cuando se trata de caracterizar al hombre.

"En 1903 se casó", informa Iremashvili. "Su matrimonio, tal como él lo veía, fue feliz. Por supuesto, la igualdad de sexos que él proponía como forma fundamental del matrimonio en el nuevo estado no podía observarse en su propio hogar. Además, no estaba en absoluto en consonancia con su naturaleza sentir que tenía los mismos derechos que cualquier otra persona. El matrimonio fue feliz porque su esposa, cuyo desarrollo no podía compararse con el suyo, lo consideraba un semidiós y porque, como georgiana, había sido educada en la sagrada tradición que obligaba a las mujeres a servir". Aunque el propio Iremashvili se consideraba socialdemócrata, había conservado casi intacto en su interior el culto a la mujer georgiana tradicional, que era básicamente la esclava de la familia. Retrató a la esposa de Koba bajo la misma luz que a su madre, Keké. "Esta es la verdadera mujer georgiana... Ponía toda su alma al servicio de su marido. Pasaba incontables noches rezando fervientemente y esperaba a su Sosso cuando asistía a reuniones secretas. Rezaba para que Koba renunciara a sus ideas impías a favor de una pacífica vida familiar de trabajo y bienestar."

No deja de asombrarnos que nos enteremos por estas líneas de que Koba, que a los trece años se había apartado él mismo de la religión, tenía una esposa ingenua y profundamente religiosa. Puede parecer que tal hecho pertenece al orden de las cosas en un medio burgués estable, donde el marido se considera agnóstico o juguetea con el ritual francmasón, mientras que la mujer, tras su último adulterio, se confiesa con el sacerdote católico. Entre los revolucionarios rusos, estas cuestiones eran infinitamente más agudas. Ya no era un agnosticismo anémico, sino un ateísmo militante el elemento necesario de su filosofía revolucionaria. ¿Y dónde podían conseguir tolerancia personal para una religión indisolublemente ligada a todo aquello contra lo que luchaban en medio de un peligro constante? En los círculos obreros, en el caso de los matrimonios precoces, hubo sin duda bastantes casos en los que el hombre sólo se convirtió en revolucionario después de casarse y la mujer conservó obstinadamente las viejas creencias. Pero esto solía desembocar en conflictos dramáticos. El marido ocultaba su nueva vida a su mujer y se distanciaba cada vez más de ella. En otros casos, el marido ganaba a su mujer para su punto de vista, distanciándola de sus padres. Los jóvenes obreros se quejaban a menudo de la dificultad de encontrar chicas jóvenes libres de las viejas supersticiones. Entre los estudiantes, era mucho más fácil elegir compañera. Casi no hay ejemplos de intelectuales revolucionarios que se casaran con religiosas. No es que hubiera alguna norma al respecto. Pero simplemente no correspondía a la moral, las ideas y los sentimientos del medio. Koba fue sin duda una rara excepción.

Parece que no surgió ningún drama de esta diferencia de opinión. "Este hombre interiormente inquieto, que sentía que cada paso que daba y cada gesto que hacía eran vigilados y perseguidos por la policía secreta zarista, sólo podía encontrar el amor en su pobre hogar familiar. Del desprecio que sentía por todo el mundo, sólo excluía a su mujer, a su hijo y a su madre. Este idílico cuadro familiar pintado por Iremashvili parece llevarnos a la conclusión de que Koba era suavemente tolerante con las creencias de sus allegados. Pero esto no concuerda con la naturaleza tiránica de este hombre. De hecho, esta tolerancia aparece aquí como indiferencia moral. Koba no buscaba en su mujer una amiga que pudiera compartir sus ideas o incluso sus ambiciones. Se contentaba con una esposa comprensiva y devota. En sus opiniones, era marxista; en sus sentimientos y necesidades espirituales, era hijo del osetio Bezo de Didi-Lilo. No quería de su esposa más de lo que su padre había encontrado en la sumisa Keké.

La cronología de Iremashvili, que no suele ser impecable, es más fiable en asuntos privados que en política. Sin embargo, plantea dudas en cuanto a la fecha del matrimonio: 1903. Koba fue detenido en abril de 1902 y regresó de la deportación en febrero de 1904. Es posible que el matrimonio se celebrara en la cárcel; estos casos no eran infrecuentes. Pero también es posible que no tuviera lugar hasta después del regreso de la deportación, a principios de 1904. En este caso, el matrimonio religioso podía presentar dificultades para el "ilegal"; pero con las costumbres primitivas de la época, sobre todo en el Cáucaso, los obstáculos que podían surgir por parte de la policía no eran insalvables. Si el matrimonio tuvo lugar después de la deportación, esto puede explicar en parte la pasividad política de Koba en 1904.

Según algunos informes, la esposa de Koba, cuyo nombre desconocemos, murió de neumonía en 1907. Para entonces, las relaciones entre los dos Sosso ya habían perdido su carácter amistoso. "Sus violentos ataques", se quejaba Iremashvili, "iban dirigidos contra nosotros, sus antiguos amigos. Nos atacaba en cada reunión, en cada discusión, de la manera más dura y ruin, y siempre trataba de sembrar el veneno y el odio contra nosotros. Si hubiera tenido la oportunidad, nos habría destruido a sangre y fuego... Pero la inmensa mayoría de los marxistas georgianos permanecieron con nosotros. Este hecho exacerbó aún más su ira." La distancia política no impidió que Iremashvili visitara a Koba cuando murió su esposa, para ofrecerle palabras de consuelo; tal era aún la fuerza de las costumbres tradicionales georgianas. "Estaba muy apenado y me recibió como lo había hecho en el pasado, como a un amigo. Su rostro pálido reflejaba el sufrimiento moral causado a este hombre duro por la muerte de la fiel compañera de su vida. La conmoción moral que le sacudió debió de ser muy fuerte y muy prolongada, porque ya no era capaz de ocultársela a los demás."

La difunta fue enterrada según las reglas del ritual ortodoxo. Los padres de la difunta insistieron en ello y Koba no se opuso. "Cuando la modesta procesión llegó a la entrada del cementerio", relata Iremashvili, "Koba me estrechó la mano con firmeza, señaló el ataúd y dijo: 'Sosso, esta criatura ha ablandado mi pétreo corazón, ha muerto y con ella han muerto mis últimos tiernos sentimientos hacia los hombres'. Puso la mano derecha sobre su pecho: '¡Por dentro se ha quedado tan vacío, tan indeciblemente vacío!'" Estas palabras pueden parecer melodramáticas y poco naturales, pero bien podrían ser ciertas, no sólo porque se trata de un joven que experimenta el primer desengaño amoroso de su vida privada, sino también porque en el futuro encontraremos en Stalin una inclinación por el tipo de patetismo exagerado que no es infrecuente en las naturalezas endurecidas. En cuanto al estilo abrupto de expresar sus sentimientos, lo había tomado de sus homilías en el seminario.

Su esposa dejó a Koba un niño de rasgos finos y delicados. En 1919-1920 estudiaba en el colegio de Tiflis, donde Iremashvili era instructor. Su padre pronto envió

a Lacha a Moscú. Volveremos a verle en el Kremlin. Esto es todo lo que sabemos de este matrimonio que, cronológicamente (1903-1907), coincide exactamente con la primera revolución. Esta coincidencia no es casual: el ritmo de la vida privada de los revolucionarios estaba demasiado ligado al ritmo de los grandes acontecimientos.

"Desde el día en que enterró a su esposa", insiste Iremashvili, "perdió el último vestigio de sentimiento humano. Su corazón se llenó del odio inexpresable que su despiadado padre había empezado a inculcar en su alma infantil. Aplastó bajo los sarcasmos sus impulsos morales, que se hacían sentir cada vez más raramente. Implacable consigo mismo, se volvió implacable con todos los hombres. Así es como entró en el período de reacción que entonces barría el país.

El inicio de las huelgas masivas en 1895-1899 había anunciado la proximidad de la revolución. Sin embargo, el número medio de huelguistas ni siquiera alcanzó los 50.000 al año. En 1905, el número subió repentinamente a 2.750.000; en 1906, bajó a un millón; en 1907, a tres cuartos de millón, incluyendo, por supuesto, a los hombres que habían participado en varias huelgas. Estas fueron las cifras de estos tres años de revolución: ¡el mundo nunca había visto una oleada de huelgas semejante! En 1908 comenzó el período reaccionario: el número de huelguistas descendió inmediatamente a 174.000; en 1909, a 64.000; en 1910, a 50.000. Pero mientras el proletariado se retiraba tan rápidamente, los campesinos, excitados por ello, continuaron e incluso redoblaron su ofensiva. En los meses de la primera duma, el saqueo de la propiedad terrateniente adquirió proporciones considerables. Hubo una serie de disturbios entre los soldados. Una vez aplastados los intentos de sublevación de Sveaborg y Kronstadt (julio de 1906), la monarquía se envalentonó, introdujo consejos de guerra, falsificó el derecho de voto con la ayuda del senado, pero no consiguió por estos medios los resultados deseados.

En febrero de 1907, Lenin describió la situación política del país en los siguientes términos: "La arbitrariedad más salvaje, más desvergonzada... ¡La ley electoral más reaccionaria de Europa, la composición de la representación popular más revolucionaria de Europa en el país más atrasado!" De ahí la conclusión: "Tenemos ante nosotros una nueva crisis revolucionaria aún más formidable". La conclusión resultó ser errónea. La revolución era todavía lo suficientemente fuerte como para hacerse sentir en el terreno del régimen pseudoparlamentario zarista. Pero ya estaba rota. Sus convulsiones eran cada vez más débiles.

En el partido socialdemócrata se produce un proceso paralelo. Su número de afiliados seguía creciendo. Pero su influencia sobre las masas disminuye. Cien socialdemócratas ya no podían sacar a la calle a tantos obreros como lo habían hecho diez socialdemócratas un año antes. Los diversos aspectos del movimiento revolucionario, como del proceso histórico en su conjunto y del desarrollo de los seres vivos en general, no son uniformes ni armoniosos. Al votar a la izquierda, los obreros e incluso los pequeños burgueses, intentaban vengar la derrota que el zarismo les había infligido en una lucha abierta, pero ya no estaban en condiciones de organizar una nueva insurrección. Como el aparato soviético estaba privado de un vínculo directo con las masas, que caían rápidamente en una lúgubre apatía, los obreros más activos sintieron la necesidad de un partido revolucionario. Así, el giro a la izquierda de la duma y el crecimiento de la socialdemocracia fueron esta vez los síntomas, no del ascenso, sino del declive de la revolución.

Lenin admitió sin duda tal posibilidad en aquellos días. Pero mientras la experiencia no aportara una verificación definitiva, siguió construyendo su política sobre la prognosis revolucionaria. Tal era la regla fundamental de esta estrategia. "La socialdemocracia revolucionaria", escribió en octubre de 1906, "debe ser la primera en tomar el camino de la lucha más resuelta y directa, y la última en tomar medios de lucha

más indirectos". Por lucha directa entendía las huelgas, las manifestaciones, la huelga general, el enfrentamiento con la policía y la insurrección. Por medios indirectos, entendía el uso de las posibilidades legales, en particular el parlamentarismo, para reunir fuerzas. Esta estrategia contenía inevitablemente el peligro de emplear métodos de lucha armada en un momento en que las condiciones objetivas para ello ya habían desaparecido. Pero en la balanza del partido revolucionario este peligro táctico pesaba infinitamente menos que el peligro estratégico de mantenerse al margen y dejar pasar una situación revolucionaria.

El V Congreso del partido, celebrado en Londres en mayo de 1907, destacó por el extraordinario número de asistentes: en la sala de una iglesia "socialista" había 302 delegados con derecho a voto (un delegado por cada 500 miembros del partido), unos cincuenta con derecho consultivo y un número bastante elevado de invitados. Los bolcheviques eran 90 y los mencheviques 85. Las delegaciones nacionales formaban el "centro", entre las dos alas. En el congreso anterior habían estado representados 13.000 bolcheviques y 18.000 mencheviques (un delegado por cada 300 miembros del partido). En los doce meses transcurridos entre los congresos de Estocolmo y Londres, la sección rusa del partido había pasado de 31.000 a 77.000 miembros, es decir, se había hecho dos veces y media más fuerte. La exacerbación de la lucha fraccional había hecho subir inevitablemente las cifras. Pero no se puede negar que los obreros avanzados habían seguido acudiendo en masa al partido durante el último año. Como resultado, el ala izquierda se había fortalecido relativamente más rápido. En los sóviets de 1905, los mencheviques predominaban, los bolcheviques constituían una modesta minoría. A principios de 1908, las fuerzas de las dos tendencias en Petersburgo eran aproximadamente iguales. En el periodo comprendido entre la primera y la segunda duma, los bolcheviques empezaron a imponerse. En el momento de la segunda duma, ya habían ganado el predominio completo entre los obreros avanzados. El Congreso de Estocolmo, por el carácter de las decisiones tomadas en él, fue menchevique, el de Londres fue bolchevique.

Las autoridades vigilaban de cerca este giro a la izquierda. Poco antes del congreso, el departamento de policía explicó a sus oficinas locales que "los grupos mencheviques, en su estado de ánimo actual, no representan un peligro tan grave como los bolcheviques". Uno de los informes periódicos sobre el desarrollo del congreso presentado al departamento de policía por uno de sus agentes en el extranjero contiene la siguiente valoración: "Entre los oradores que, en la discusión, defendieron el punto de vista revolucionario extremo estaban Stanislav (bolchevique), Trotsky, Pokrovsky (bolchevique), Tychko (socialdemócrata polaco); defendiendo el punto de vista oportunista estaban Mártov, Plejánov (dirigentes de los mencheviques)". El agente de la Ojrana continuaba: "Vemos claramente que los socialdemócratas se orientan hacia métodos de lucha revolucionarios... El menchevismo, que floreció gracias a la duma, decayó cuando ésta reveló su impotencia, y dejó de nuevo el campo libre a los bolcheviques o, más exactamente, a las tendencias revolucionarias extremas." De hecho, como ya hemos dicho, los movimientos internos en el proletariado eran más complicados y más contradictorios: la capa avanzada, bajo la influencia de la experiencia, se movía hacia la izquierda; las masas, bajo la influencia de la derrota, se movían hacia la derecha. El aliento de la reacción pasaba ya sobre el congreso. "Nuestra revolución atraviesa momentos difíciles", dijo Lenin en la sesión del 12 de mayo. "Hace falta toda la fuerza de voluntad, toda la resistencia y toda la firmeza de un partido revolucionario para saber resistir a la duda, a la debilidad, a la indiferencia y al deseo de abandonar la lucha".

"En Londres", escribió un biógrafo francés, "Stalin vio a Trotsky por primera vez, pero Trotsky probablemente no se fijó en Stalin; el líder del Sóviet de Petersburgo no era

un hombre que hiciera amigos fácilmente, ni que se hiciera amigo de nadie sin verdaderas afinidades". Sea esto cierto o no, el hecho es que sólo a través del libro de Souvarine supe de la presencia de Koba en el Congreso de Londres y luego encontré confirmación de ello en las actas oficiales. Como en Estocolmo, Ivanovich participó en el congreso, no como uno de los 302 delegados con voto deliberativo, sino como uno de los 42 con voto consultivo. El bolchevismo había permanecido tan débil en Georgia que Koba no había sido capaz de reunir 500 votos en Tiflis. Incluso en la ciudad natal de Koba y mía, en Gori", escribió Iremashvili, "no había ni un solo bolchevique". Cha'umyan, uno de los dirigentes bolcheviques del Cáucaso, rival de Koba y futuro miembro del comité central, atestiguó durante los debates del congreso el completo predominio de los mencheviques en el Cáucaso. "Los mencheviques del Cáucaso", se quejó, "utilizando su abrumadora ventaja numérica y su predomino oficial en el Cáucaso, están tomando todas las medidas para impedir que los bolcheviques sean elegidos". En una declaración firmada por el mismo Cha'umyan y por Ivanovich, leemos: "Las organizaciones mencheviques del Cáucaso están formadas casi en su totalidad por la pequeña burguesía de las ciudades y del campo". Entre los 18.000 miembros del partido en el Cáucaso, no había más de 6.000 obreros; pero incluso éstos eran mayoritariamente partidarios de los mencheviques.

La concesión de un voto consultivo a Ivanovich estuvo acompañada de un incidente que no carece de interés. Cuando le tocó a Lenin presidir el congreso, propuso que se aprobara sin debate la propuesta del comité de mandatos de conceder un voto consultivo a cuatro delegados, entre ellos Ivanovich. El infatigable Mártov gritó desde su escaño: "Exijo una explicación de a quién se da un voto consultivo, quiénes son esas personas, de dónde vienen, etc." Lenin respondió: "Realmente no lo sé, pero el congreso puede confiar en la opinión unánime de la comisión de mandatos." Es muy probable que Mártov tuviera ya alguna información particular sobre el carácter específico de la actividad de Ivanovich (hablaremos de ello en breve) y que precisamente por eso Lenin se apresurara a desviar la peligrosa observación invocando la unanimidad de la comisión de mandatos. En cualquier caso, Mártov consideró posible caracterizar a "esta gente" como extraños: "quiénes son, de dónde vienen, etc.", mientras que Lenin no sólo no discutió, sino que confirmó esta característica. En 1907, Stalin era todavía una figura completamente desconocida, no sólo para los amplios círculos del partido, sino también para los trescientos delegados al congreso. La propuesta del comité de mandatos fue aceptada con un número considerable de abstenciones.

Sin embargo, el hecho más importante es que Ivanovich no utilizó ni una sola vez el voto consultivo que se le había concedido. El congreso duró casi tres semanas. Los debates fueron extremadamente extensos y amplios. Pero en la lista de los numerosos oradores no encontramos ni una sola vez el nombre de Ivanovich. Sólo en dos breves declaraciones escritas, presentadas por los bolcheviques del Cáucaso a propósito de sus conflictos locales con los mencheviques, aparece su firma, en tercer lugar. No hay otras huellas de su presencia en el congreso. Para comprender la importancia de este hecho, es necesario conocer el funcionamiento oculto del congreso. Cada una de las fracciones y organizaciones nacionales se reunía por separado durante los intermedios entre las sesiones formales para elaborar su línea de acción y designar a sus oradores. Así, durante las tres semanas de debates en los que participaron todos los miembros algo notables del partido, la fracción bolchevique no consideró necesario confiar a Ivanovich un solo discurso.

Hacia el final de una de las últimas sesiones del congreso, habló un joven delegado de Petersburgo. Todo el mundo salió corriendo de la sala, casi nadie le escuchaba. El orador se vio obligado a subirse a una silla para llamar la atención. A pesar de esta posición tan desfavorable, lo hizo tan bien que los delegados empezaron a reunirse a su

alrededor y la sala quedó en silencio. Este discurso convirtió al novicio en miembro del comité central. Ivanovich, condenado al silencio, observó el éxito de este joven desconocido (Zinóviev no tenía entonces más de veinticinco años) probablemente sin simpatía, pero no sin envidia. Nadie prestó atención al ambicioso caucásico de voz consultiva. Uno de los participantes en el congreso, miembro de las bases, el bolchevique Gandurin, relata en sus memorias: "Durante las interrupciones, solíamos formar un círculo en torno a uno u otro de los militantes importantes, bombardeándole a preguntas". Gandurin menciona entre los delegados a: Litvinov, Voroshílov, Tomsky y otros bolcheviques relativamente desconocidos en aquella época, pero no nombra ni una sola vez a Stalin. Y eso que estas memorias fueron escritas en 1931, cuando ya era mucho más difícil olvidar a Stalin que recordarlo.

Los bolcheviques elegidos miembros del comité central fueron Myeshkovsky, Rojkov, Teodorovich y Noguin; como suplentes fueron elegidos Lenin, Bogdanov, Krasin, Zinóviev, Ríkov, Chantser, Sammer, Leitaisen, Taratuta y A. Smirnov. Entre los suplentes se incluyó a los líderes más destacados de la fracción para que pasaran a primer plano personas que pudieran trabajar en Rusia. Pero Ivanovich no era ni miembro ni suplente. Sería erróneo pensar que esto se debió a maniobras mencheviques: en realidad, cada fracción eligió a sus propios candidatos. Algunos de los miembros bolcheviques del comité central, como Zinóviev, Ríkov, Taratuta y A. Smirnov, pertenecían a la misma generación que Ivanovich y eran incluso más jóvenes que él.

En la última sesión de la fracción bolchevique, una vez clausurado el congreso, se eligió el centro bolchevique secreto, conocido como "CB", compuesto por quince miembros. Entre ellos estaban los teóricos y escritores de la época y del futuro: Lenin, Bogdanov, Pokrovsky, Rojkov, Zinóviev, Kámenev, así como los más notables organizadores: Krasin, Ríkov, Dubrovsky, Noguin y otros. Ivanovich no formaba parte del comité. La importancia de este hecho es demasiado evidente. Stalin no pudo entrar en el comité central porque no era conocido por *todo* el partido o, admitámoslo por un momento, por la hostilidad particularmente fuerte de los mencheviques del Cáucaso hacia él. Pero, si hubiera tenido peso e influencia en el seno de su propia fracción, habría entrado infaliblemente en el centro bolchevique, que necesitaba un representante autorizado del Cáucaso. El propio Ivanovich no podía dejar de soñar con un puesto en el "CB". Pero no se le ofreció tal puesto.

Entonces, ¿por qué vino Koba a Londres bajo esas condiciones? No podía levantar la mano como delegado. No se le necesitaba como orador. Está claro que no participó en las reuniones secretas de la fracción bolchevique. Es improbable que viniera sólo para mirar y escuchar. Obviamente tenía otras tareas. ¿Cuáles eran exactamente?

El congreso finalizó el 19 de mayo. El 1 de junio, el primer ministro Stolypin pidió a la duma que excluyera inmediatamente a los 55 diputados socialdemócratas y que acordara la detención de 16 de ellos. Sin esperar a este acuerdo, la policía procedió a las detenciones en la noche del 2 de junio. El 3 de junio, la duma fue declarada disuelta y, en una especie de golpe de estado, se publicó una nueva ley electoral. Al mismo tiempo, se llevaron a cabo un gran número de detenciones preparadas de antemano, sobre todo de obreros ferroviarios, con el fin de impedir una huelga general. Los intentos de insurrección en la flota del mar Negro y en un regimiento de Kiev acabaron en fracaso. La monarquía había triunfado. Cuando Stolypin se miró en el espejo, vio a San Jorge matando al dragón.

El evidente declive de la revolución provocó una serie de nuevas crisis en el partido e incluso en la fracción bolchevique, que se mostró mayoritariamente partidaria de boicotear las nuevas elecciones. Fue una reacción casi instintiva contra la violencia del gobierno y, al mismo tiempo, un intento de cubrir su propia debilidad con un gesto radical.

Descansando en Finlandia tras el congreso, Lenin reflexionó sobre todos los aspectos de la situación y se pronunció resueltamente contra el boicot. Su posición en su propia fracción no era fácil, ya que en general no es fácil pasar de los grandes días de la revolución a la rutina cotidiana. "Con la excepción de Lenin y Rojkov", escribió Mártov, "todos los principales representantes de la fracción bolchevique (Bogdánov, Kámenev, Lunacharsky, Volsky, etc.) se pronunciaron a favor del boicot". La cita es particularmente interesante porque, aunque incluye no sólo a Lunacharsky sino también al largamente olvidado Volsky entre los "destacados representantes", no menciona a Stalin. En 1924, cuando una revista histórica oficial de Moscú publicó el testimonio de Mártov, a los redactores aún no se les había ocurrido preguntar qué había votado Stalin.

Sin embargo, Koba era uno de los boicoteadores. Además de los testimonios directos sobre este tema, que ciertamente proceden de mencheviques, hay uno indirecto, pero más convincente: ni uno solo de los historiadores oficiales actuales dice una palabra sobre la posición de Stalin respecto a las elecciones a la Tercera Duma del Imperio. En un panfleto publicado poco después del golpe, "El boicot a la tercera duma", en el que Lenin defendía la participación en las elecciones, el punto de vista de los boicoteadores está representado por Kámenev. Koba se las había arreglado tan bien para permanecer de incógnito que en 1907 a nadie se le habría ocurrido proponerle que interviniera con un artículo. El viejo bolchevique Pireyko recuerda que los partidarios del boicot "reprochaban al camarada Lenin su menchevismo". No cabe duda de que el propio Koba, en su estrecho círculo, no ahorró las fuertes expresiones georgianas y rusas. Por su parte, Lenin exigió que su fracción estuviera dispuesta a enfrentarse a la realidad. "El boicot es una declaración de guerra abierta al viejo régimen, un ataque directo contra él. Sin un amplio levantamiento revolucionario... no puede hablarse del éxito del boicot". Mucho más tarde, en 1920, Lenin escribió: "El boicot de la duma por los bolcheviques en 1906 ya fue... un error". Fue un error porque tras la derrota de diciembre era imposible esperar una ofensiva revolucionaria a corto plazo; era absurdo, por tanto, renunciar a utilizar la plataforma de la duma para rehacer las filas revolucionarias.

En la conferencia del partido celebrada en Finlandia en julio, todos menos Lenin de los nueve delegados bolcheviques estaban a favor del boicot. Ivanovich no participó en la conferencia. Los boicoteadores tenían como ponente a Bogdánov. La cuestión de la participación en las elecciones fue resuelta positivamente por los votos combinados de "los mencheviques, los bundistas, los polacos, uno de los letones y un solo bolchevique", escribió Dan. Ese "único bolchevique" era Lenin. "En la pequeña casa de campo, Ilich defendió calurosamente su posición", recuerda Krúpskaya. "Krasin llegó en su bicicleta y se quedó en la ventana, escuchando atentamente a Ilich. Luego, sin entrar en la casa, se alejó pensativo…" Krasin permaneció alejado de la ventana durante más de diez años. No volvió al partido hasta después de la revolución de octubre, e incluso entonces no lo hizo de golpe. Poco a poco, bajo la influencia de las nuevas lecciones, los bolcheviques se pasaron a la posición de Lenin, aunque, como veremos, no todos. El propio Koba renunció discretamente al boicot. Sus artículos y discursos en el Cáucaso a favor del boicot fueron magnánimamente relegados al olvido.

El 1 de noviembre comenzó sin gloria la actividad de la Tercera Duma del Imperio, en la que los terratenientes y la alta burguesía tenían garantizada la mayoría. Se abrió entonces la página más oscura de la vida de la Rusia "renovada". Las organizaciones obreras fueron aplastadas, la prensa revolucionaria fue sofocada, tras expediciones punitivas o sentencias de consejos de guerra. Pero más terrible que los golpes del exterior fue la reacción interior. Los intelectuales pasaron de la política a la ciencia, el arte, la religión y el misticismo erótico. Una epidemia de suicidios completó el cuadro. La revisión de valores se dirigió sobre todo contra los partidos revolucionarios y sus

dirigentes. El repentino cambio de humor se reflejó claramente en los archivos del departamento de policía, donde se examinaron minuciosamente las cartas sospechosas, conservándose para la historia las más interesantes.

Desde Petersburgo, uno escribió a Lenin, entonces en Ginebra: "Todo está en calma de arriba abajo, pero abajo la calma está envenenada. Bajo la apariencia de calma, está madurando una cólera que hará gritar a los que, un día, tendrán que gritar. Pero, por el momento, también nosotros tenemos que sufrir esta ira..." Un tal Zajarov escribió a un amigo en Odessa. "Hemos perdido absolutamente la confianza en aquellos a quienes antes habíamos colocado tan alto... Recuerde usted, a finales de 1905, Trotsky dijo seriamente que la revolución política había terminado con un éxito total y que sería seguida inmediatamente por la revolución social... Y la maravillosa táctica de la insurrección armada, que los bolcheviques tanto alababan... Sí, definitivamente he perdido toda confianza en nuestros líderes y, en general, en los llamados intelectuales revolucionarios". La prensa liberal y radical, por su parte, no escatimó sarcasmos para los derrotados.

Las corresponsalías de las organizaciones locales publicadas en el órgano central del partido, de nuevo transferido al extranjero, no dejan de revelar menos claramente el proceso de descomposición de la revolución. "Últimamente, ante la ausencia de militantes intelectuales, la organización del distrito ha muerto", escribía una del distrito industrial central. "Nuestras fuerzas intelectuales se derriten como la nieve", se quejaba una de los Urales. "Elementos... que sólo se habían afiliado al partido en la época del boom... han abandonado nuestras organizaciones del partido". Todo sigue la misma línea. Incluso en las duras prisiones, los héroes y heroínas de insurrecciones y actos terroristas se apartaron hostilmente de su propio pasado y utilizaron palabras como "partido", "camarada", "socialismo" sólo con ironía.

No sólo desertaron los intelectuales, los "caballeros de una hora" que se habían unido momentáneamente al movimiento, sino también obreros avanzados que llevaban años vinculados al partido. "En los comités del partido había un vacío, un desierto", señalaba Voitinsky, que más tarde se pasó de los bolcheviques a los mencheviques. En los estratos atrasados de la clase obrera, por un lado, se fortalecía el espíritu religioso, por otro, el alcoholismo, los juegos de cartas, etc. En el estrato superior, el tono lo marcaban ahora los obreros individualistas que se esforzaban, alejados de las masas, en aumentar su cultura personal y su nivel de vida. Los mencheviques se apoyaban en esta delgadísima capa de una aristocracia compuesta principalmente por obreros metalúrgicos e impresores. Los obreros de la capa media, que habían aprendido a leer periódicos gracias a la revolución, eran más estables. Pero, habiendo entrado en la vida política bajo la dirección de los intelectuales y abandonados de repente a su suerte, se encontraron paralizados y a la espera.

No todos desertaron. Pero los revolucionarios que no querían abandonar se toparon con dificultades insuperables: una organización ilegal necesita un entorno simpático a su alrededor y reservas que se repongan constantemente. En un ambiente de depresión, era difícil, casi imposible, observar las medidas esenciales de la conspiración y mantener los vínculos revolucionarios. "El trabajo clandestino iba mal. En 1909, los tipógrafos del partido fueron arrestados en Rostov del Don, Moscú, Tyumen, Petersburgo, etc.; se incautaron depósitos de octavillas en Petersburgo, Belostok y Moscú; y se incautaron los archivos del comité central en Petersburgo. Con todas estas detenciones, el partido perdió buenos miembros". Esto es lo que cuenta el general retirado de la gendarmería Spiridovich, casi en un tono afligido.

"Ya no hay gente aquí", escribió Krúpskaya con tinta química en una carta enviada a Odessa a principios de 1909, "todos están en la cárcel o están siendo deportados". Los gendarmes revelaron el texto invisible de la carta y... aumentaron la población de las

prisiones. La debilidad numérica de las filas revolucionarias condujo inevitablemente a un descenso del nivel de los comités. La falta de elección abrió oportunidades a los agentes secretos para escalar posiciones en la jerarquía clandestina. El provocador, con un gesto de su dedo, condenaba a la detención a cualquier revolucionario que se cruzara en su camino. Cualquier intento de purgar las organizaciones de elementos dudosos conducía inmediatamente a detenciones masivas. Una atmósfera de desconfianza y sospecha mutuas sofocaba cualquier iniciativa. Tras una serie de detenciones bien calculadas, el provocador Kukuchkin consiguió, a principios de 1910, convertirse en el jefe de la organización de Moscú. Un miembro activo del movimiento escribió: "El ideal de la Ojrana se está haciendo realidad; a la cabeza de todas las organizaciones moscovitas hay agentes secretos". La situación no era mucho mejor en Petersburgo. "Las direcciones estaban asoladas, no parecía haber posibilidad de restaurarlas, las provocaciones estaban por todas partes, las organizaciones se desmoronaban..." En 1909, aún quedaban cinco o seis organizaciones activas en Rusia, pero también estaban desapareciendo rápidamente. A finales de 1908, el número de miembros de la organización del distrito de Moscú era de 500; a mediados del año siguiente, había descendido a 350, seis meses más tarde a 150, y en 1910, la organización había dejado de existir.

Samoilov, antiguo diputado de la duma, cuenta cómo la organización de Ivano-Voznesensk, que tan influyente y activa había sido poco antes, se vino abajo a principios de 1910. Tras ella, desaparecieron también los sindicatos. Por otra parte, las bandas de los Cien Negros levantaron la cabeza. En las fábricas textiles se restableció poco a poco el sistema prerrevolucionario: salarios bajos, fuertes multas, despidos, etcétera. "El obrero callaba y toleraba." A pesar de todo, no había vuelta atrás. Lenin citaba en el extranjero cartas de obreros que, relatando las repetidas vejaciones e intimidaciones de los patronos, añadían: "¡Tened paciencia, habrá otro 1905!"

El terror desde arriba se complementó con el terror desde abajo. Durante mucho tiempo, la insurrección aplastada siguió luchando convulsivamente, en forma de explosiones aisladas, atentados guerrilleros, actos de terrorismo individuales o de grupo. Las estadísticas del terror caracterizan el curso de la revolución de forma notablemente clara. En 1905 murieron 233 personas; en 1906, 768; en 1907, 1.231. El número de víctimas varió algo a medida que los terroristas aprendieron a disparar con más precisión. La oleada terrorista alcanzó su punto álgido en 1907. "Hubo días", escribió un observador liberal, "en los que, además de varios casos importantes de terror, se produjeron docenas de atentados a menor escala y asesinatos entre funcionarios menores... Se descubrieron fábricas de bombas en todas las ciudades, y las bombas hacían estallar incluso a quienes las fabricaban, por descuido... etc." La alquimia de Krasin se había democratizado enormemente.

En conjunto, los tres años 1905, 1906 y 1907 son especialmente notables tanto por los actos terroristas como por las huelgas. Pero la diferencia entre estas dos series de cifras es sorprendente: mientras que el número de huelguistas ha ido disminuyendo año tras año, el número de actos terroristas ha ido aumentando al mismo ritmo. La conclusión es clara: el terror individual crece a medida que el movimiento de masas se debilita. Sin embargo, el terror no podía aumentar indefinidamente. El impulso dado por la revolución se agotaría inevitablemente también en este terreno. Si en 1907 hubo 1.231 muertos, en 1908 fueron unos 400 y en 1909 unos 100. El creciente porcentaje de heridos demostraba que ahora era gente de fortuna la que disparaba, sobre todo jóvenes inexpertos.

En el Cáucaso, donde las tradiciones románticas del bandolerismo y la vendetta seguían muy vivas, la guerra de guerrillas encontró intrépidos cuadros a su disposición. Durante los años de la revolución, sólo en el Cáucaso se cometieron más de mil actos terroristas de todo tipo. Las acciones de bandas de boieviki [militantes armados] también

adquirieron grandes proporciones en los Urales, bajo la dirección de los bolcheviques, y en Polonia, bajo la bandera del PSP (Partido Socialista Polaco). El 2 de agosto de 1906 se derramó sangre en las calles de Varsovia y otras ciudades y decenas de policías y soldados resultaron heridos. Según los jefes, el objetivo de estos ataques era "mantener el espíritu revolucionario del proletariado". El líder de estos jefes era Joseph Pilsudski, el futuro "libertador" de Polonia y también su futuro opresor. Refiriéndose a los acontecimientos de Varsovia, Lenin escribió: "Aconsejamos a todos los numerosos grupos de boievikis de nuestro partido que cesen su inactividad y emprendan un cierto número de acciones de guerrilla…" "Y estos llamamientos de los dirigentes bolcheviques", señala el general Spiridovich, "a pesar de la oposición del comité central [menchevique], no quedaron sin resultados."

El dinero, alma de cualquier guerra, incluida la civil, desempeñó un papel fundamental en los sangrientos enfrentamientos de los guerrilleros con la policía. Antes del manifiesto constitucional de 1905, el movimiento revolucionario era financiado principalmente por la burguesía liberal y los intelectuales radicales. Esto era cierto incluso en el caso de los bolcheviques, que entonces eran vistos por la oposición liberal sólo como demócratas revolucionarios más audaces. Tras haber depositado sus esperanzas en la futura duma, la burguesía empezó a ver a los revolucionarios como un obstáculo en el camino hacia un acuerdo con la monarquía. Este cambio de frente afectó duramente a las finanzas de la revolución. Los cierres patronales y el desempleo detuvieron el flujo de dinero procedente de los obreros. Entretanto, las organizaciones revolucionarias habían empezado a desarrollar un gran aparato, con sus propias imprentas, editoriales, cuadros de agitadores y, por último, destacamentos de boeviki que exigían armas. En estas condiciones, la incautación violenta de fondos era la única forma de seguir financiando la revolución. La iniciativa, como casi siempre, vino de abajo. Las primeras expropiaciones se llevaron a cabo de forma bastante pacífica, más de una vez por acuerdo tácito entre los "expropiadores" y los empleados de la institución expropiada. Se cuentan historias de empleados de la compañía de seguros La Esperanza que tranquilizaban a los lívidos boieviki con estas palabras: "¡No os preocupéis, camaradas!" Sin embargo, el periodo idílico no duró mucho. Siguiendo los pasos de la burguesía, los intelectuales, incluidos los empleados de banca, se separaron de la revolución. Se intensificaron las medidas policiales. El número de víctimas aumenta en ambos bandos. Privadas de ayuda y simpatía, las "organizaciones combatientes" se extinguieron o se corrompieron con la misma rapidez.

Una imagen típica del desmoronamiento incluso de los grupos más disciplinados la ofrece en sus memorias Samoilov, ya mencionado, antiguo diputado a la duma elegido por los obreros textiles de Ivano-Voznesensk. El grupo, que en un principio actuaba "bajo la dirección del centro del partido", empezó a "tambalearse" en la segunda mitad de 1906. Cuando el grupo ofreció al partido una fracción del dinero que había sacado de una fábrica (el cajero había muerto en el asunto), el comité se negó en redondo y llamó al orden a los miembros del grupo. Pero habían caído a un nivel muy bajo y pronto descendieron a "actos de bandidaje del tipo delictivo habitual". Constantemente en posesión de grandes sumas de dinero, los boieviki empezaron a darse banquetes y a menudo caían en manos de la policía en esos momentos. Poco a poco, todo el grupo tuvo un final poco glorioso. "Hay que admitir, sin embargo", escribió Samoilov, "que en sus filas había unos cuantos... camaradas supremamente entregados a la causa de la revolución, a veces con un alma tan pura como el cristal..."

El objetivo original de las organizaciones boieviki había sido dirigir a las masas insurgentes, ayudándolas a aprender a manejar las armas y a golpear al enemigo en los puntos más sensibles. El principal, si no el único, teórico en este campo era Lenin. Tras

la derrota del levantamiento de diciembre, surgió la pregunta: ¿qué hacer con estas organizaciones boievikis? En el Congreso de Estocolmo, Lenin había presentado un proyecto de resolución que, caracterizando las acciones de los boieviki como la continuación inevitable del levantamiento de diciembre y la preparación de una nueva gran lucha contra el zarismo, admitía las expropiaciones, como se las llamaba, de fondos "bajo control del partido". Sin embargo, los bolcheviques retiraron su resolución, a raíz de desacuerdos en sus propias filas. Por una mayoría de 64 votos a favor, 4 en contra y 20 abstenciones, se aceptó la resolución de los mencheviques, que prohibía absolutamente la "expropiación" de personas e instituciones privadas y sólo permitía la incautación de fondos públicos en caso de formación de órganos de poder revolucionario en una localidad determinada, es decir, en relación directa con un levantamiento popular. Los 24 delegados que se abstuvieron o votaron en contra formaban la mitad leninista de línea dura de la fracción bolchevique.

En un largo informe publicado en la prensa sobre el congreso de Estocolmo, Lenin omitió por completo la resolución sobre los ataques armados, citando el hecho de que no asistió a los debates. "Y esta cuestión, por supuesto, no es la principal." Es poco probable que la ausencia de Lenin fuera fortuita: simplemente no quería atarse las manos. Exactamente lo mismo ocurrió un año después, en el Congreso de Londres, cuando Lenin, obligado como presidente a asistir a los debates sobre la cuestión de la expropiación, evitó tomar parte en la votación, a pesar de las miradas furibundas que recibió de los bancos mencheviques. La resolución de Londres prohibía categóricamente las expropiaciones y ordenaba la disolución de las "organizaciones combatientes" del partido.

No se trataba, por supuesto, de una cuestión de moral abstracta. Todas las clases y partidos abordaron la cuestión del asesinato, no desde el punto de vista del mandamiento bíblico, sino desde el punto de vista de los intereses históricos que representaban. El Papa y sus cardenales bendijeron las armas de Franco y ninguno de los estadistas conservadores propuso enviarlos a prisión por incitación al asesinato. Los moralistas oficiales rechazan la violencia revolucionaria. Por el contrario, quien lucha contra la opresión de una clase por otra no puede dejar de reconocer la revolución. Los que reconocen la revolución reconocen la guerra civil. Finalmente, "la lucha guerrillera es una forma inevitable de lucha... cuando hay intervalos más o menos largos entre las grandes batallas de una guerra civil" (Lenin). Desde el punto de vista de los principios generales de la lucha de clases, todo esto era absolutamente indiscutible. Los desacuerdos comenzaban cuando había que calibrar las circunstancias históricas concretas. Cuando dos grandes batallas de la guerra civil están separadas entre sí por dos o tres meses, el intervalo es inevitablemente llenado por los guerrilleros asestando golpes al enemigo. Pero cuando el "intermedio" dura años, la guerra de guerrillas deja de ser una preparación para una nueva batalla y es una mera convulsión tras la derrota. Por supuesto, no es fácil determinar el momento en que se produce la ruptura.

Los problemas del boicot y la acción guerrillera están estrechamente relacionados. Las instituciones representativas sólo pueden boicotearse si el movimiento de masas se ha hecho lo suficientemente fuerte como para derrocarlas o superarlas. Por el contrario, cuando las masas retroceden, la táctica del boicot pierde todo sentido revolucionario. Lenin comprendió y explicó todo esto mejor que nadie. Ya en 1906 abandonó el boicot a la duma. Después del golpe de estado del 3 de junio de 1907, libró una lucha resuelta contra los boicoteadores precisamente porque al flujo le había seguido el reflujo. Pero es absolutamente evidente que, en tales condiciones, cuando se trataba de utilizar la arena del "parlamentarismo" zarista para una movilización preparatoria de las masas, las acciones guerrilleras se convertían en puro anarquismo. En el fragor de la guerra civil, complementaron y alimentaron el movimiento de masas; en el período de la reacción,

pretendieron sustituirlo, pero en realidad sólo comprometieron y descompusieron al partido. Olminsky, uno de los camaradas de armas más notables de Lenin, hizo una valoración crítica de este periodo, incluso en la época soviética: "Muchos jóvenes camaradas excelentes [escribió] murieron en la horca, otros se corrompieron y otros perdieron toda esperanza en la revolución. Y el público empezó a confundir a los revolucionarios con delincuentes comunes. Más tarde, cuando comenzó el renacimiento del movimiento obrero revolucionario, este renacimiento fue tanto más lento cuanto que había más entusiasmo por las "ex[propiaciones]" (como ejemplos, citaría Bakú y Sarátov)." Nótese el nombre de Bakú.

El contenido de la labor revolucionaria de Koba en los años de la primera revolución parece tan insignificante que surge involuntariamente la pregunta: ¿eso es todo? En el torbellino de acontecimientos que le pasaron por delante, Koba no podía dejar de buscar medios de acción que le permitieran demostrar lo que valía. La implicación de Koba en los actos terroristas y las expropiaciones es innegable. Sin embargo, no es fácil determinar la naturaleza de esta participación.

"El principal inspirador y director general de las actividades del boieviki fue el propio Lenin, asistido por personas de su confianza y cercanas a él", escribe Spiridovich. ¿Quiénes eran? El antiguo bolchevique Alexinsky, que después de la guerra se convirtió en un especialista en revelaciones sobre los bolcheviques, declaró a la prensa extranjera que en el seno del comité central aún existía "un pequeño comité, cuya existencia se ocultaba no sólo a la policía zarista, sino también a los miembros del partido. Este pequeño comité, del que formaban parte Lenin, Krasin y una tercera persona... se ocupaba especialmente de las finanzas del partido". Para Alexinsky, ocuparse de las finanzas significaba gestionar las expropiaciones. La "tercera persona" anónima era el científico, médico, economista y filósofo Bogdanov, a quien ya hemos mencionado. Alexinsky no tenía ninguna razón para ocultar la participación de Stalin en las operaciones boieviki. Si no dice nada al respecto, es porque no sabe nada. Sin embargo, Alexinsky no sólo estaba cerca del centro bolchevique en aquellos años, sino que también se reunía con Stalin. Por regla general, este observador cuenta más de lo que sabe.

En las notas a las *Obras Completas* de Lenin, Krasin es descrito como: "Jefe del buró técnico del comité central para la lucha armada". Krúpskaya escribe: "Los miembros del partido son ahora conscientes de la gran actividad de Krasin en la época de la revolución de 1905 armando a los boieviki, dirigiendo la preparación de municiones y demás. Todo esto se hizo de forma conspirativa y silenciosa, pero se puso en ello una gran cantidad de energía. Vladimir Ilich sabía más que nadie de las actividades de Krasin, y en aquella época le tenía en gran estima. Voitinsky, que era uno de los principales bolcheviques en la época de la primera revolución, escribió: "Todavía tengo la impresión de que Nikich Krasin era el único hombre de la organización bolchevique por el que Lenin sentía un respeto constante y una confianza plena". Es cierto que Krasin concentró sus esfuerzos principalmente en Petersburgo. Pero si Koba hubiera dirigido operaciones similares en el Cáucaso, Krasin, Lenin y Krúpskaya lo habrían sabido. Sin embargo, Krúpskaya, que, para demostrar su lealtad, trataba de nombrar a Stalin siempre que podía, no dijo absolutamente nada sobre su papel en la actividad del partido en el campo de la lucha armada.

El 3 de julio de 1938, la *Pravda* de Moscú menciona inesperadamente que "en el Cáucaso se había producido un movimiento revolucionario de gran importancia" en 1905, vinculado a "la dirección de las organizaciones más combativas de nuestro partido creadas por primera vez allí, directamente por el camarada Stalin". Pero esta única mención oficial de la participación de Stalin en las "organizaciones más combativas" se refiere a principios de 1905, cuando aún no se había planteado la cuestión de las

expropiaciones; no da ninguna información sobre el papel real de Koba; por último, sigue siendo dudosa en cuanto al fondo, porque la organización bolchevique no apareció en Tiflis hasta el segundo semestre de 1905.

Veamos lo que Iremashvili tiene que decir al respecto. Hablando con indignación de los actos terroristas de las "ex", etc., declara: "Koba fue el iniciador de los crímenes cometidos por los bolcheviques en Georgia, crímenes que sirvieron a la reacción". Tras la muerte de su esposa, cuando Koba había perdido "el último vestigio de sentimiento humano", se convirtió en "el celoso defensor y organizador... del asesinato perverso y sistemático de príncipes, sacerdotes y burgueses". Ya hemos tenido ocasión de convencernos de que los testimonios de Iremashvili son menos fiables cuanto más se alejan de la vida privada y se acercan a la política, cuanto más se alejan de la infancia y la adolescencia y se acercan a la edad madura. El vínculo político entre amigos de juventud se había roto al comienzo de la primera revolución. Sólo por casualidad, el 17 de octubre, día de la publicación del manifiesto constitucional, Iremashvili vio (sólo vio, pero no oyó) a Koba en una calle de Tiflis dando un discurso a la multitud, encaramado a una farola (aquel día todo el mundo se subía a las farolas). Como menchevique, Iremashvili sólo pudo enterarse de la actividad terrorista de Koba de segunda o tercera mano. Por lo tanto, su testimonio es claramente poco fiable. Iremashvili pone dos ejemplos: la conocida expropiación de Tiflis en 1907, de la que hablaremos más adelante, y el asesinato del escritor nacional georgiano príncipe Chavichavadze. Sobre la expropiación, que sitúa erróneamente en 1905, Iremashvili señala: "Koba consiguió engañar de nuevo a la policía aquella vez; ni siquiera tenían información suficiente para sospechar de su iniciativa en este cruel atentado. Sin embargo, el partido socialdemócrata georgiano excluyó a Koba, esta vez oficialmente..." Iremashvili no presenta la menor prueba de la participación de Stalin en el asesinato del príncipe Chavichavadze, limitándose a una observación que no dice nada: "Indirectamente, Koba también estuvo en el asesinato; fue el instigador de todos los crímenes, este agitador lleno de odio". Los recuerdos de Iremashvili sólo nos interesan a este respecto en la medida en que nos informan de la reputación de Koba en las filas de sus adversarios políticos.

El bien informado autor de un artículo en un periódico alemán (*Die Volksstimme*, Mannheim, 2 de septiembre de 1932), probablemente un menchevique georgiano, señala que tanto amigos como enemigos han exagerado enormemente las aventuras terroristas de Koba. "Es cierto que Stalin poseía una capacidad y una inclinación extraordinarias para organizar atentados del tipo mencionado... Sin embargo, en estos actos solía desempeñar el papel de organizador, inspirador, dirigente, pero no de participante directo". Por lo tanto, es una absoluta falsedad que algunos biógrafos lo describan como "corriendo de un lado a otro con bombas y armas, involucrado en las aventuras más insensatas". El relato de la participación directa de Koba en el asesinato del dictador militar de Tiflis, el general Griaznov, el 17 de enero de 1906, es una invención similar. "Este asunto fue llevado a cabo de acuerdo con una decisión del partido socialdemócrata georgiano (mencheviques) por terroristas, miembros del partido especialmente designados para este fin". Stalin, como los bolcheviques en general, no tenía ninguna influencia en Georgia y no tomó parte en el asunto, ni directa ni indirectamente". El testimonio del autor anónimo merece atención. Sin embargo, en su parte positiva, carece casi por completo de contenido: reconociendo la "extraordinaria habilidad e inclinación" de Stalin para las expropiaciones y los asesinatos, no aporta ningún hecho que apoye esta característica.

Un viejo terrorista bolchevique georgiano, Kote Tsintsadze, testigo serio y fiable, cuenta que Stalin, descontento con la lentitud de los mencheviques en el asunto del asesinato del general Griaznov, propuso a Kote que creara un pequeño grupo propio para

este asunto. Sin embargo, los mencheviques pronto lograron resolver de nuevo la tarea. El mismo Kote recuerda cómo, en 1906, se le ocurrió crear una tropa de combate formada exclusivamente por bolcheviques para atacar las oficinas del Tesoro. "Nuestros camaradas avanzados, en particular Koba-Stalin, aprobaron mi iniciativa". Este testimonio es doblemente interesante: en primer lugar, demuestra que Tsintsadze consideraba a Koba un "camarada avanzado", es decir, un dirigente local; en segundo lugar, nos permite sacar la conclusión de que en estos asuntos Koba no iba más allá de aprobar la iniciativa de otros. Hay que señalar de paso que en 1930 Kote murió en la deportación, adonde había sido enviado por el "camarada avanzado" Koba-Stalin.

En noviembre de 1906, contra la oposición directa del comité central menchevique, pero con la participación activa de Lenin, los grupos de combate del partido lograron celebrar su propia conferencia en Tammerfors, entre cuyos principales participantes encontramos los nombres de revolucionarios que llegaron a desempeñar un papel importante o notable en el partido: Krasin, Yaroslavsky, Zemliatchka, Lelaiants, Trilisser, etc. Stalin no estaba entre ellos, aunque en aquel momento se encontraba en libertad en Tiflis. Es cierto que prefirió no arriesgarse a asistir a la conferencia por razones conspirativas. Sin embargo, Krasin, que estaba realmente a cargo de la actividad de los beieviki y, al ser bien conocido, corría un riesgo mucho mayor que cualquier otro, desempeñó el papel principal en la conferencia.

El 18 de marzo de 1918, varios meses después de la instauración del régimen soviético, el líder de los mencheviques, Mártov, escribió en un periódico moscovita: "El hecho de que los bolcheviques del Cáucaso hayan participado en todo tipo de audaces empresas de expropiación debería ser bien conocido por el mismo ciudadano Stalin, que en su tiempo fue expulsado de las organizaciones del partido por haber participado en expropiaciones". Stalin se vio en la necesidad de citar a Mártov ante un tribunal revolucionario: "Nunca en mi vida", dijo en el juicio, ante una sala abarrotada, "he sido juzgado en una organización del partido y nunca he sido expulsado: esto es una calumnia despreciable." De las expropiaciones, sin embargo, Stalin no dijo ni una palabra. "Acusaciones como las de Mártov sólo pueden hacerse con documentos en la mano; echar lodo sobre la base de rumores, sin hechos que lo apoyen, es deshonesto". ¿Cuál era exactamente la razón política de la indignación de Stalin? No era ningún secreto que los bolcheviques en general habían participado en las expropiaciones: Lenin había defendido abiertamente las expropiaciones en la prensa. Por otra parte, la exclusión de las filas de una organización menchevique difícilmente podía ser considerada deshonrosa por los bolcheviques, sobre todo después de diez años. Stalin no tenía, pues, ninguna razón para negar las "acusaciones" de Mártov si correspondían a la realidad. E incluso, en tales condiciones, subir al estrado a un adversario inteligente y sagaz era arriesgarse a asegurar su triunfo. ¿Significa esto que las acusaciones de Mártov eran falsas? Llevado por su temperamento de publicista y su odio a los bolcheviques, Mártov sobrepasó más de una vez los límites dentro de los cuales la indiscutible nobleza de su naturaleza debería haberlo mantenido. Esta vez, sin embargo, fue una prueba. Mártov fue extremadamente categórico en sus afirmaciones. Exigió que se citara a testigos. "En primer lugar, el conocido político socialdemócrata georgiano Isidor Ramichvili, que fue presidente del tribunal revolucionario que estableció la implicación de Stalin en la expropiación del vapor Nicolás I en Bakú; Noé Jordania; el bolchevique Cha'umyan y otros miembros del comité de distrito de Transcaucasia en 1907-1908. En segundo lugar, un grupo de testigos, encabezados por Gukovsky, actual comisario del pueblo para las finanzas, bajo cuya presidencia se examinó el caso del intento de asesinato del obrero Jarinov, que había denunciado ante las organizaciones del partido al comité de Bakú y a su dirigente Stalin por haber participado en expropiaciones." En su respuesta, Stalin no dijo nada ni sobre la

expropiación del vapor ni sobre el atentado contra la vida de Jarinov; por otra parte, siguió insistiendo: "Nunca fui juzgado, si Mártov lo dice, es un despreciable calumniador."

"Excluir" a los expropiadores era, en el sentido jurídico de la palabra, imposible, porque ellos mismos abandonaban el partido de antemano, por prudencia. En cambio, era posible decidir no admitirlos de nuevo en la organización. La exclusión directa sólo podía afectar a los inspiradores que permanecían en las filas del partido. Pero contra Koba, al parecer, no había pruebas directas. Por eso puede que Mártov tuviera razón, hasta cierto punto, cuando dijo que Stalin había sido excluido: "en principio", así era. Pero Stalin también tenía razón: individualmente, no había sido juzgado. No fue fácil para el tribunal encontrar su camino a través de todo esto, especialmente porque no había testigos. Stalin se opuso a su citación, alegando las dificultades y la inseguridad de las comunicaciones con el Cáucaso en aquellos días críticos. El tribunal revolucionario no examinó el fondo del asunto, habiendo declarado que la calumnia en la prensa no era de su competencia, pero impuso una "amonestación pública" a Mártov por insultar al gobierno soviético (el "gobierno Lenin-Trotsky", como ironizaba el informe del juicio en una publicación menchevique). Es imposible no detenerse con preocupación ante la amenaza de atentado contra la vida del obrero Jarinov a causa de su protesta contra la expropiación. Aunque no sabemos nada más de este episodio, no deja de arrojar una luz siniestra sobre el futuro.

En 1925, el menchevique Dan escribió que los expropiadores, como Ordzhonikidze y Stalin en el Cáucaso, habían cubierto las necesidades financieras de la fracción bolchevique; pero esto no es más que una repetición de lo que había dicho Mártov, y ciertamente basándose en las mismas fuentes. Nadie ha aportado nada concreto. Mientras tanto, no han faltado intentos de levantar el velo sobre este periodo romántico de la vida de Koba. Con su característico distanciamiento reverente, Emil Ludwig pidió a Stalin, durante su encuentro en el Kremlin, que le contara "algo" sobre sus aventuras de juventud, como un atraco a un banco. En respuesta, Stalin entregó a su demasiado curioso interlocutor un pequeño folleto que contenía su biografía, en el que, según él, se decía "todo"; en realidad, no se mencionaba ningún robo.

El propio Stalin nunca dijo una palabra sobre sus aventuras boieviki. Es difícil decir por qué. Nunca se distinguió por su modestia autobiográfica. Lo que no considera oportuno contar de sí mismo, hace que lo cuenten otros. Desde el momento de su meteórico ascenso, es muy posible que se guiara por consideraciones de "prestigio" gubernamental. Pero en los primeros años posteriores a la revolución de octubre, tales preocupaciones todavía le eran completamente ajenas. Y nada sobre este tema trascendió en la prensa de la época por parte de los antiguos boieviki, cuando Stalin aún no inspiraba ni controlaba la memoria histórica. Su reputación de organizador de acciones boieviki no está confirmada en ningún documento: ni en los archivos policiales, ni en las deposiciones de traidores y desertores. Es cierto que Stalin mantiene firmemente en sus manos los documentos policiales. Pero si los archivos de la gendarmería hubieran contenido alguna información concreta sobre Dzhugachvili como expropiador, las condenas que hubiera recibido habrían sido incomparablemente más duras.

De todas las hipótesis, sólo una sigue siendo probable. "Stalin no menciona ni permite que se mencionen actos terroristas vinculados de algún modo a su nombre", escribió Souvarine, "porque inevitablemente resultaría que otras personas estaban implicadas en esos actos y que él sólo los dirigía desde la distancia." Además, es muy posible (y esto está muy en la naturaleza de Koba) que, al ocultar ciertas cosas y subrayar otras, se atribuyera cautelosamente, en su caso, méritos que en realidad no poseía. Era imposible verificar sus declaraciones en las condiciones de la conspiración clandestina. De ahí su falta de interés posterior por revelar los detalles. Por otra parte, los verdaderos participantes en las expropiaciones y las personas cercanas a Koba no le mencionan en

sus recuerdos únicamente porque no tienen nada que decir sobre él. Otros lucharon. Stalin los dirigió desde lejos.

"De las resoluciones mencheviques", escribió Ivanovich en el periódico ilegal de Bakú sobre el congreso de Londres, "sólo se aprobó la resolución sobre las acciones de los guerrilleros, y eso por accidente: los bolcheviques, en aquella ocasión, no aceptaron la lucha; más exactamente, no quisieron llevarla hasta el final, simplemente por el deseo de satisfacer a los mencheviques al menos una vez..." La explicación es asombrosa por su ineptitud. "Satisfacer a los mencheviques": una preocupación tan magnánima no estaba en las costumbres políticas de Lenin. En realidad, los bolcheviques "abandonaron la lucha" porque en esta cuestión tenían en contra no sólo a los mencheviques, los bundistas y los letones, sino también a sus aliados más cercanos, los polacos. Sobre todo, entre los propios bolcheviques había fuertes desacuerdos sobre el tema de las expropiaciones. Sería un error, sin embargo, suponer que el autor del artículo simplemente dejó correr su pluma sin ninguna intención particular. De hecho, para él era necesario desacreditar la vergonzosa decisión del congreso a los ojos de los beieviki. Esto, por supuesto, no hace que la explicación en sí sea menos abstrusa. Pero así es ya Stalin: cuando necesita cubrir sus propósitos, no duda en recurrir a los subterfugios más burdos. Y es precisamente por su deliberada crudeza por lo que sus argumentos logran más de una vez su objetivo, liberándole de la necesidad de buscar motivos más profundos. Un miembro serio del partido sólo podía encogerse de hombros con irritación cuando leía que Lenin había abandonado la lucha para hacer un pequeño favor a los mencheviques. Pero el simple guerrillero se contentaba con no tomar en serio la prohibición de la expropiación "aprobada por accidente". Eso bastaba para una nueva expropiación.

El 12 de junio, a las 10,45 horas, en Tiflis, en la plaza de Erivan, se produjo un ataque armado, absolutamente extraordinario por su audacia, contra una escolta de cosacos que acompañaba a un coche que transportaba una saca de dinero. El desarrollo de la operación había sido calculado con la precisión de un reloj. En un orden concreto, se lanzaron varias bombas de fuerza excepcional. No faltaron los disparos de revólver. La saca de dinero (341.000 rublos) desapareció con los revolucionarios. Ni un solo boieviki fue capturado por la policía. Tres miembros de la escolta murieron y unas cincuenta personas resultaron heridas, la mayoría de carácter leve. El principal organizador del asunto, disfrazado con uniforme de oficial, se había paseado por la plaza, observando todos los movimientos de la escolta y de los boieviki, y al mismo tiempo alejando al público del lugar del inminente ataque con hábiles comentarios para evitar víctimas innecesarias. En el momento crítico, cuando parecía que todo estaba perdido, el pseudooficial se apoderó de la saca de dinero con asombrosa compostura y la escondió durante algún tiempo en un sofá de la casa del director del observatorio, la misma persona con la que el joven Koba había trabajado durante algún tiempo como oficinista. Debemos decir aquí unas palabras sobre este jefe, el nativo de Armenia Betyevik Petrossian, conocido como Kamo.

Cuando Petrosian llegó a Tiflis a finales del siglo pasado, cayó en manos de propagandistas, entre ellos Koba. Al no saber casi ruso, Petrosian preguntó una vez a Koba: "Kamo [en lugar de Komu, que significa: a quién] ¿a quién hay que llevar esto? Koba se rio de él: "¡Ah! tú, kamo, kamo..." Esta broma de mal gusto dio lugar a un apodo revolucionario que pasó a la historia. Esto es lo que cuenta Medvedeva, la viuda de Kamo. No dice nada más sobre la relación entre estos dos hombres. Sin embargo, habla del conmovedor apego de Kamo a Lenin, a quien había conocido por primera vez en Finlandia en 1906. "Este intrépido boievik de audacia sin igual y fuerza de voluntad inquebrantable", escribió Krúpskaya, "era al mismo tiempo una persona extremadamente ingenua, un camarada algo ingenuo y tierno. Estaba apasionadamente unido a Ilich,

Krasin y Bogdanov... Se hizo amigo de mi madre y le habló de su tía y sus hermanas. Kamo viajaba a menudo de Finlandia a Petersburgo. Siempre llevaba armas consigo y cada vez mi madre le ataba los revólveres a la espalda con especial cuidado". Cabe señalar que la madre de Krúpskaya era viuda de un funcionario zarista y sólo rompió con la religión a una edad avanzada.

Poco antes de la expropiación de Tiflis, Kamo hizo otra visita al estado mayor finlandés. Medvedeva escribió: "Destituido como oficial, Kamo fue a Finlandia, visitó a Lenin y regresó a Tiflis con armas y explosivos. El viaje tuvo lugar en vísperas del Congreso de Londres o inmediatamente después. Las bombas procedían del laboratorio de Krasin. Químico de profesión, Leonid ya soñaba con bombas del tamaño de una nuez cuando aún era estudiante. 1905 le brindó la oportunidad de desarrollar sus investigaciones en esta dirección. Aunque no pudo alcanzar el tamaño ideal de una nuez, los laboratorios que trabajaban bajo su dirección preparaban bombas de gran fuerza destructiva. En la plaza de Tiflis, no era la primera vez que los boieviki probaban estas bombas.

Tras la expropiación, Kamo se presentó en Berlín. Fue detenido por denuncia del provocador Jitomirsky, que ocupaba un lugar destacado en la organización de los bolcheviques en el extranjero. Durante la detención, la policía prusiana se incautó de una maleta en la que, según se supone, había bombas y revólveres. Según informaciones de los mencheviques (el futuro diplomático Chicherin dirigió la investigación), la dinamita de Kamo estaba destinada a un atentado contra el banco Mendelssohn de Berlín. "No es exacto [dijo el bien informado bolchevique Piatnitsky] que la dinamita estuviera preparada para el Cáucaso. Dejemos el destino de la dinamita bajo un signo interrogativo. Kamo permaneció en la prisión alemana más de un año y medio, durante el cual, por consejo de Krasin, simuló una locura delirante. Como estaba incurablemente enfermo, fue entregado a Rusia y pasó otro año y medio en el castillo Metej de Tiflis, donde fue sometido a las pruebas más duras. Declarado definitivamente demente incurable, Kamo fue trasladado a un hospital psiquiátrico, de donde escapó. "Entonces, ilegalmente, escondido en la bodega de un barco, fue a París para mantener una conversación con Ilich. Esto ocurría en 1911. Kamo sufría terriblemente por la escisión que se había producido entre Lenin, por un lado, y Bogdánov y Krasin, por otro. "Estaba ardientemente unido a los tres", repite Krúpskaya. Entonces llegó un idilio: Kamo pidió que le compraran almendras; se sentó en la cocina que le servía de salón, empezó a comer las almendras como lo había hecho en su Cáucaso natal y relató los terribles años, diciendo cómo había fingido la locura, cómo había domesticado a un gorrión en la cárcel. "Ilich escuchó y se llenó de una profunda lástima por este hombre de audacia sin límites, ingenuo como un niño, con el corazón ardiente, dispuesto a grandes hazañas y sin saber, después de su fuga, qué hacer a continuación.

Detenido de nuevo en Rusia, Kamo fue condenado a muerte. El manifiesto con motivo del tricentenario de la dinastía (1913) propició una inesperada conmutación de la pena de muerte en la horca por cadena perpetua con trabajos forzados. Cuatro años más tarde, la revolución de febrero trajo una liberación inesperada. La revolución de octubre llevó a los bolcheviques al poder, pero expulsó a Kamo de la vida que se había labrado. Era como un pez gordo arrastrado por la corriente. Durante la guerra civil, intenté atraerlo a la lucha guerrillera tras las líneas enemigas. Pero, al parecer, la actividad en el campo de batalla no era su vocación. Kamo se asfixiaba. No había arriesgado su vida, y la de los demás, decenas de veces para convertirse en un buen funcionario. Kote Tsintsadze, otra figura legendaria, murió de tuberculosis en la deportación, adonde le había enviado Stalin. Un destino similar habría corrido seguramente Kamo de no haber muerto accidentalmente atropellado por un coche en una calle de Tiflis en el verano de 1922. En el coche, al

parecer, viajaba un miembro de la nueva burocracia. Kamo circulaba en la oscuridad en una modesta bicicleta: no había hecho carrera. Su propio final fue simbólico.

En referencia a Kamo, Souvarine habla con injustificado desdén de un "misticismo anacrónico" incompatible con el racionalismo de los países avanzados. En realidad, algunos de los rasgos del tipo revolucionario, que no ha desaparecido en absoluto del orden del día en los países de la "civilización occidental", sólo encontraron su expresión más marcada en Kamo. La falta de espíritu revolucionario en el movimiento obrero de Europa ha conducido ya en cierto número de países al triunfo del fascismo, en el que el "misticismo anacrónico" (¡aquí es donde es pertinente la frase!) encuentra su expresión más repugnante. La lucha contra la férrea tiranía del fascismo graba infaliblemente en los combatientes revolucionarios de occidente todos los rasgos que asombran al escéptico filisteo en la figura de Kamo. En su *Talón de Hierro,* Jack London predijo toda una era de Kamo norteamericanos al servicio del socialismo. El proceso histórico es más complejo de lo que el racionalismo superficial nos quiere hacer creer.

La implicación personal de Koba en la expropiación de Tiflis estaba fuera de toda duda desde hacía mucho tiempo en los círculos del partido. El exdiplomático soviético Bessedovsky, que escuchó diversas historias contadas en los salones burocráticos de segundo y tercer orden, escribió que Stalin, "siguiendo instrucciones de Lenin", no tomó parte directa en la expropiación, pero que "más tarde se jactaría de haber sido él quien elaboró el plan de acción con el más mínimo detalle y de haber lanzado él mismo la primera bomba desde el tejado de la casa del príncipe Sumbatov". Es difícil saber si Stalin se jactó realmente en algún momento de su participación o si el propio Bessedovsky se jactó de su información. En cualquier caso, en la época soviética, Stalin no confirmó estos rumores, pero tampoco los refutó. Al parecer, no tenía nada en contra de que el romanticismo trágico de la expropiación estuviera ligado a su nombre en la conciencia de los jóvenes. Ya en 1932, yo mismo no tenía dudas sobre la participación destacada de Stalin en el ataque armado a la plaza Erivan, y mencioné el hecho de pasada en uno de mis artículos. Un estudio más atento de las circunstancias de aquel período me obliga, sin embargo, a revisar la versión tradicional.

En una cronología anexa al duodécimo volumen de las *Obras Completas* de Lenin, el 12 de junio de 1907, leemos: "Expropiación de Tiflis (341.000 rublos), organizada por Kamo Petrosian". Y eso es todo. En una colección dedicada a Krasin, en la que se habla mucho de las famosas imprentas ilegales del Cáucaso y de las actividades de los boieviki del partido, no se menciona ni una sola vez a Stalin. Un viejo boievik, buen conocedor de las actividades de este periodo, escribe: "Los planes para todas las expropiaciones organizadas por este último [Kamo] contra las tesorerías de Kvirili y Duchet y en la plaza de Erivan habían sido preparados y decididos por él junto con Nikitich [Krasin]". Ni una palabra sobre Stalin. Otro antiguo boievik afirma: "Expropiaciones como las de Tiflis y otras se llevaron a cabo bajo la dirección inmediata de Leonid Borisovich [Krasin]". De nuevo, nada sobre Stalin. En el libro de Bibinechvili, en el que se relatan todos los detalles de la preparación y ejecución de la expropiación, no se menciona ni una sola vez el nombre de Stalin. De estas omisiones se deduce incuestionablemente que Koba no entró en contacto directo con los miembros del grupo de combate, no les dio instrucciones, no fue por tanto el organizador del asunto en el verdadero sentido de la palabra, y mucho menos participó directamente. El Congreso de Londres terminó el 27 de abril. La expropiación de Tiflis tuvo lugar el 12 de junio, un mes y medio después. Stalin dispuso de muy poco tiempo entre su regreso del extranjero y el día de la expropiación para dirigir la preparación de una empresa tan complicada. Sin duda, los boieviki ya habían tenido ocasión de estrujarse el cerebro en una serie de peligrosas empresas anteriores. Tal vez esperaban la decisión del congreso. Tal vez algunos de ellos tenían dudas sobre el modo

en que Lenin iba a considerar ahora la expropiación. Los boieviki estaban esperando la señal. Quizás Stalin les dio esa señal. ¿Su participación fue más allá? No sabemos casi nada de la relación entre Kamo y Koba. Kamo sabía relacionarse con la gente. Sin embargo, no hay nada que indique su apego a Koba. El silencio que pesa sobre estas relaciones nos lleva a pensar que no había apego, que más bien había conflictos. El origen podría haber estado en los intentos de Koba de dar órdenes o de tomar para sí lo que no le pertenecía. En su libro sobre Kamo, Bibinechvili relata el siguiente hecho. Ya en la época soviética, apareció en Georgia un "misterioso desconocido" que, con falsos pretextos, se apoderó de la correspondencia y otros valiosos documentos de Kamo. ¿Quién los necesitaba y para qué? Los documentos, al igual que el desconocido, desaparecieron sin dejar rastro. ¿Sería temerario admitir que, a través de su agente, Stalin quitó de las manos de Kamo documentos que, por una u otra razón, le preocupaban? Esto no significa, sin embargo, que estas dos personas no colaboraran estrechamente en junio de 1907. Nada impide admitir que las relaciones se agriaron tras el "asunto" de Tiflis y que Koba pudo haber sido el consejero de Kamo cuando se ultimaban los detalles. El asesor podría haber creado una idea exagerada de su papel en el extranjero. Es más fácil atribuirse el mérito de liderar las expropiaciones que el de dirigir la revolución de octubre. Sin embargo, Stalin ni siquiera se detuvo ahí.

Barbusse cuenta que en 1907 Koba fue a Berlín y permaneció allí un tiempo "para hablar con Lenin". ¿Para hablar de qué exactamente? El autor no lo sabe. El texto del libro de Barbusse consiste principalmente en una acumulación de errores. Pero la mención del viaje a Berlín nos obliga aún más a prestar atención al hecho de que, en su diálogo con Ludwig, Stalin mencionó su estancia en Berlín en 1907. Si Lenin hizo un viaje especial a la capital alemana para esta reunión, no fue ciertamente para "discutir" teoría. La reunión pudo haber tenido lugar inmediatamente antes o, más bien, durante o después del congreso, y casi con toda seguridad estuvo dedicada a la inminente expropiación, los medios de obtener dinero, etc. ¿Por qué las conversaciones tuvieron lugar en Berlín y no en Londres? Es muy probable que Lenin pensara que no era prudente reunirse con Ivanovich en Londres, a la vista de los demás delegados y de los numerosos espías zaristas y de otro tipo atraídos por el congreso. Es posible que en estas conferencias participaran otras personas que no asistían al congreso. De Berlín, Koba regresó a Tiflis, pero algún tiempo después fue a Bakú, desde donde, en palabras de Barbusse, "salió de nuevo al extranjero para ver a Lenin". Uno de los caucasianos mejor informados (Barbusse permaneció en el Cáucaso y allí copió muchas de las historias preparadas por Beria) mencionó obviamente dos encuentros con Lenin en el extranjero para demostrar lo estrecha que era su relación. La cronología de estas entrevistas es muy significativa: una precedió a la expropiación, la otra la siguió inmediatamente. Esto basta para determinar su finalidad. La segunda reunión estaba dedicada, con toda probabilidad, a la cuestión: ¿continuar o detenerse?

Iremashvili escribe: "La amistad de Koba-Stalin con Lenin comenzó así". La palabra "amistad" es claramente inapropiada aquí. La distancia que separaba a estos dos hombres excluía una amistad personal. Pero, al parecer, realmente comenzó un acercamiento en ese momento. Si es correcto suponer que Lenin había acordado de antemano con Koba el plan de expropiación de Tiflis, es muy natural que se sintiera lleno de admiración por el hombre en quien veía al organizador de esta expropiación. Después de leer el telegrama sobre la captura del botín sin una sola víctima en el bando revolucionario, Lenin probablemente se había dicho a sí mismo y tal vez incluso a Krúpskaya: "¡Qué georgiano tan maravilloso!" Estas son las palabras que encontramos más tarde en una de sus cartas a Gorki. El entusiasmo por las personas que mostraban decisión o simplemente llevaban a cabo una operación que se les había encomendado fue

uno de los rasgos sobresalientes de Lenin hasta el final de su vida. Le gustaban especialmente los hombres de acción. Al parecer, la experiencia de las expropiaciones en el Cáucaso le hizo apreciar a Koba como un hombre capaz de llegar hasta el final o de guiar a otros hasta el final. Llegó a la conclusión de que el "maravilloso georgiano" sería muy útil.

Nada bueno salió del botín de Tiflis. Toda la suma incautada estaba en billetes de 500 rublos. Era imposible hacer circular billetes tan grandes. Después de la publicidad que había recibido el desafortunado tropiezo de la plaza Erivan, era inconcebible intentar cambiar los billetes en los bancos rusos. La operación fue transferida al extranjero. Pero el provocador Jitomirsky participó en la organización de las operaciones de cambio de billetes y avisó a tiempo a la policía. El antiguo comisario del pueblo para asuntos exteriores, Litvinov, fue detenido cuando intentaba cambiar billetes en París. Olga Ravich, más tarde esposa de Zinóviev, cayó en manos de la policía en Estocolmo. El antiguo comisario del pueblo para la salud pública, Semachko, fue detenido en Ginebra, al parecer por casualidad. "Yo era uno de los bolcheviques", escribió, "que estaban en contra de la expropiación en aquellos momentos, por razones de principio". Los acontecimientos en torno al cambio de billetes habían aumentado mucho el número de estos bolcheviques. "Los pequeñoburgueses suizos", dice Krúpskaya, "estaban mortalmente asustados. Ya no se hablaba más que de los expropiadores rusos. De eso hablábamos con miedo en la mesa de la pensión donde Ilich y yo comíamos". Nótese que Olga Ravich y Semachko desaparecieron en las últimas "purgas" soviéticas.

La expropiación de Tiflis no podía considerarse en modo alguno como una incursión guerrillera entre dos batallas de la guerra civil. Lenin no podía dejar de ver que la revolución estaba siendo empujada hacia un futuro indeterminado. Su tarea aquella vez había sido simplemente tratar de asegurar fondos para el partido a expensas del enemigo para el oscuro período que se avecinaba. Lenin no pudo resistir la tentación: aprovechó una oportunidad favorable, una feliz "excepción". En este sentido, hay que decirlo sin rodeos, la idea de la expropiación de Tiflis contenía en sí misma una buena dosis de aventurerismo, tan ajeno en general a la política de Lenin. Con Stalin, las cosas eran diferentes. Las consideraciones históricas generales tenían poco valor para él. La resolución del Congreso de Londres no era más que un desagradable trozo de papel, que podía eludirse mediante alguna burda artimaña. El riesgo estaría justificado por el éxito. Souvarine objetó que era injusto hacer recaer la responsabilidad del líder de la fracción sobre una figura secundaria. No se trata de trasladar la responsabilidad. Pero en la fracción bolchevique, la mayoría en aquellos momentos ya estaba en contra de Lenin en la cuestión de las expropiaciones, los bolcheviques que habían entrado en contacto con los grupos boieviki habían hecho observaciones demasiado convincentes para Lenin, una vez más rechazado en la emigración. Sin una corrección desde abajo, incluso el dirigente más brillante cometerá inevitablemente grandes errores. El hecho es que Stalin no fue de los que comprendieron a tiempo que las acciones guerrilleras eran inadmisibles en una situación de declive revolucionario. Y no por casualidad. Para él, el partido era ante todo un aparato. El aparato necesitaba fondos para existir. Los medios financieros podían obtenerse con la ayuda de otro aparato independiente de la vida y la lucha de las masas. Aquí, Stalin estaba en su elemento.

Las consecuencias de esta trágica aventura, que marcó el final de toda una fase en la vida del partido, fueron bastante graves. La lucha concernida por la expropiación de Tiflis agravó durante mucho tiempo las relaciones en el seno del partido y de la propia fracción bolchevique. A partir de entonces, Lenin cambió de frente y se declaró con la mayor resolución contra la táctica de la expropiación, que siguió siendo durante algún tiempo prerrogativa del ala "izquierda" de los bolcheviques. El "asunto" de Tiflis se

discutió oficialmente por última vez en el comité central del partido en enero de 1910, ante la insistencia de los mencheviques. Una resolución condenó severamente las expropiaciones como infracciones inadmisibles de la disciplina del partido, pero reconoció que no había sido intención de los participantes perjudicar al movimiento obrero y que se habían "guiado únicamente por los intereses mal entendidos del partido". No se excluyó a nadie. No se mencionó a nadie por su nombre. Entre otros, Koba fue amnistiado como alguien que se había guiado "por los intereses mal entendidos del partido".

Mientras tanto, la descomposición de las organizaciones revolucionarias avanzaba a buen ritmo. En octubre de 1907, el escritor menchevique Potresov escribió a Axelrod: "Estamos en un estado de ruina total y desmoralización absoluta... No sólo no hay organización, sino que ni siquiera existen los elementos para formar una. Y esta inexistencia se ha establecido incluso como principio..." Establecer la ruina como principio pronto se convirtió en la prerrogativa de la mayoría de los dirigentes mencheviques, incluido el propio Potresov. Declararon que el partido ilegal había sido liquidado de una vez por todas y que los esfuerzos por restablecerlo eran una utopía reaccionaria. Mártov afirmaba que precisamente "las historias escandalosas, como la del intercambio de billetes de Tiflis", obligaban "a los partidos más devotos y a los elementos más activos de la clase obrera" a evitar cualquier contacto con el aparato ilegal. En el espantoso desarrollo de la provocación, los mencheviques, que para entonces habían recibido el sobrenombre de liquidadores, encontraron un nuevo y convincente argumento a favor de la "necesidad" de abandonar la pestilente clandestinidad. Retirándose a los sindicatos, las sociedades educativas y las cajas de seguros, ya no trabajaban como revolucionarios, sino como propagandistas culturales. Para conservar sus puestos en las organizaciones legales, los funcionarios procedentes de las filas de los obreros empezaron a adoptar una postura protectora. Evitaron la huelga para no comprometer a sus sindicatos, apenas tolerados. La legalidad a toda costa significaba en la práctica el abandono total de los métodos revolucionarios.

En los años más oscuros, los liquidadores ocuparon el centro del escenario. "Sufrieron menos la persecución policial", escribe Olminsky. "Tenían muchos escritores con ellos, bastantes conferenciantes y, en general, mucha fuerza intelectual. Se creían los dueños de la situación". Las iniciativas de la fracción bolchevique, cuyas filas se adelgazaban, no de un día para otro, sino de una hora para otra, para mantener su aparato ilegal chocaban a cada paso con condiciones hostiles. El bolchevismo parecía definitivamente condenado. "Todo el desarrollo actual...", escribió Mártov, "hace que la formación de una secta-partido algo estable sea una lamentable utopía reaccionaria". En este pronóstico fundamental, Mártov, y con él el menchevismo ruso, se equivocaron cruelmente. Lo que resultó ser una utopía reaccionaria fueron las perspectivas y consignas de los "liquidadores". No podía haber lugar para un partido obrero legal en el régimen del 3 de junio. Incluso al Partido Liberal se le denegó el registro legal. "Los liquidadores se deshicieron del partido ilegal", escribió Lenin, "pero no cumplieron su compromiso de crear uno legal". Precisamente porque el bolchevismo se mantuvo fiel a las tareas de la revolución en el período de su decadencia y humillación, se preparó para un auge sin precedentes en los años del nuevo ascenso de la revolución.

En el polo opuesto a los liquidadores, en el flanco izquierdo de la fracción bolchevique, se había formado entretanto una agrupación extremista que se negaba obstinadamente a reconocer el cambio de la situación y seguía defendiendo la táctica de la acción directa. Los desacuerdos surgidos en torno a la cuestión del boicot a la duma condujeron, tras las elecciones, a la creación de la fracción "otzovista", que exigía la retirada de los diputados socialdemócratas de la duma. Los otzovistas eran, sin duda, el

complemento simétrico del liquidacionismo. Mientras que los mencheviques, siempre y en todas partes, incluso bajo la irresistible presión de la revolución, consideraban esencial participar en cualquier "parlamento" puramente episódico concedido por el zar, los otzovistas pensaban que, boicoteando el parlamento establecido tras la derrota de la revolución, podrían provocar una nueva presión de las masas. Como las descargas eléctricas van acompañadas de un chasquido, los "intransigentes" intentaron provocar descargas eléctricas mediante un chasquido artificial.

El periodo de los laboratorios de dinamita aún ejercía una fuerte atracción sobre Krasin: este hombre sensato y sagaz se unió a la secta otzovista durante un tiempo, y luego se separó de la propia revolución durante varios años. Otro de los estrechos colaboradores de Lenin en la "troika" bolchevique secreta, Bogdánov, también se pasó a la izquierda. Con el fin del triunvirato secreto, la vieja dirección del bolchevismo se desintegró. Pero Lenin no se acobardó. En el verano de 1907, la mayoría de la fracción estaba a favor del boicot. En la primavera de 1908, los otzovistas eran minoría en Petersburgo y Moscú. El dominio de Lenin era inequívoco. Koba lo reconoció a tiempo. Su experiencia con el programa agrario, cuando había declarado abiertamente su oposición a Lenin, le había vuelto cauteloso. Insensible y silenciosamente, se separó de sus camaradas boicoteadores. Permanecer en la sombra en los momentos cruciales y cambiar discretamente de posición se convirtió en su norma fundamental de conducta.

La incesante fragmentación del partido en pequeños grupos que libraban una lucha despiadada, unos contra otros en un vacío casi total, dio lugar en diversas fracciones a una tendencia a la conciliación, el entendimiento y la unidad a toda costa. Fue precisamente en este periodo cuando otro aspecto del "trotskysmo" pasó a primer plano: no la teoría de la revolución permanente, sino la "reconciliación" dentro del partido. Es necesario mencionar esto brevemente aquí para comprender la lucha posterior entre estalinismo y trotskysmo. A partir de 1904, es decir, desde el momento en que surgieron desacuerdos sobre la valoración de la burguesía liberal, yo había roto con la minoría. En el II Congreso y durante los trece años siguientes me mantuve al margen de las fracciones. Mi posición con respecto a la lucha dentro del partido se reducía a esto: en la medida en que la dirección tanto de los bolcheviques como de los mencheviques pertenece a la intelectualidad revolucionaria, y en la medida en que las dos fracciones no van más allá de la revolución democrático-burguesa, la escisión entre ellas no se justifica en modo alguno; en una nueva revolución, las dos fracciones se verán obligadas, bajo la presión de las masas obreras, a seguir la misma política revolucionaria que en 1905. Algunos críticos del bochevismo siguen considerando mi antiguo conciliacionismo como la voz de la sabiduría. Sin embargo, su profundo error ha sido revelado hace tiempo por la teoría y por la experiencia. La simple conciliación de fracciones sólo es posible en alguna línea "media". Pero, ¿dónde está la garantía de que esta diagonal trazada artificialmente coincida con las necesidades del desarrollo objetivo? La tarea de la política científica es deducir el programa y la táctica del análisis de la lucha de clases, y no del paralelogramo de fuerzas tan secundarias y transitorias como las fracciones políticas. El período de la reacción confinó ciertamente la actividad política de todo el partido a límites muy estrechos. Desde el punto de vista de las necesidades del momento, podría parecer que los desacuerdos tenían una importancia secundaria y eran inflados artificialmente por los dirigentes que habían emigrado al extranjero. Pero precisamente en un periodo de reacción, el partido revolucionario no podía educar a sus cuadros sin una perspectiva amplia. Prepararse para el mañana era el elemento más importante de la política del momento. El conciliacionismo se alimentaba de la esperanza de que el propio curso de los acontecimientos dictaría la táctica necesaria. Pero este optimismo fatalista significaba de hecho renunciar no sólo a la lucha fraccional, sino también a la idea misma de partido.

Porque, si la "marcha de los acontecimientos" es capaz de dictar directamente la política correcta a las masas, ¿qué sentido tiene una unión especial de la vanguardia proletaria, la elaboración de un programa, la selección de una dirección, la educación en un espíritu de disciplina?

Más tarde, en 1911, Lenin señaló que el conciliacionismo estaba indisolublemente ligado a la esencia misma de la tarea histórica que enfrentaba el partido en los años de la contrarrevolución. "Toda una serie de socialdemócratas", escribió, "cayeron en el conciliacionismo en aquella época, partiendo de las premisas más divergentes. El que expresó el conciliacionismo de forma más consecuente fue Trotsky, que fue sin duda el único que intentó establecer una base teórica para esta tendencia". Precisamente porque el conciliacionismo se había convertido en epidemia en aquellos años, Lenin lo veía como el mayor peligro para el desarrollo del partido revolucionario. Veía claramente que los conciliadores partían de "las más diversas premisas", tanto oportunistas como revolucionarias. Pero en la lucha contra esta peligrosa tendencia, se consideraba con derecho a no diferenciar entre las fuentes subjetivas del conciliacionismo. Por el contrario, atacó con redoblada determinación a los conciliadores cuando, por sus posiciones fundamentales, se encontraban cerca del bolchevismo. Evitando una lucha pública con el ala conciliadora de la propia fracción bolchevique, Lenin prefirió librar una polémica contra el "trotskysmo", sobre todo porque éste era el único, como ya sabemos, que intentaba establecer una "base teórica" para el conciliacionismo. Citas tomadas de los escritos de esta feroz polémica harían más tarde a Stalin un servicio para el que ciertamente no estaban destinadas.

El trabajo de Lenin en los años de la reacción, meticuloso y modesto en escala, pero audaz en el alcance de su pensamiento, permanecerá para siempre como una gran escuela de educación revolucionaria. "En la época de la revolución", escribió Lenin en julio de 1909, "aprendimos a hablar francés, es decir, a... aumentar la energía y el alcance de la lucha directa de las masas. Ahora, en una época de estancamiento, de reacción, de descomposición, debemos aprender a 'hablar alemán', es decir, a actuar lentamente... a avanzar palmo a palmo". El líder de los mencheviques, Mártov, escribió en 1911: "Lo que, hace dos o tres años, los militantes del movimiento legal (es decir, los liquidadores) aceptaban sólo en principio, es decir, la necesidad de construir un partido 'al estilo alemán'... ahora se reconoce en todas partes como la tarea cuya solución práctica ya es hora de emprender." Aunque Lenin y Mártov parecían hablar "alemán", en realidad hablaban lenguas diferentes. Para Mártov, hablar "alemán" significaba adaptarse al semiabsolutismo ruso, en el espíritu de "europeizarlo" gradualmente. Para Lenin, la misma expresión significaba utilizar las escasas posibilidades legales para preparar una nueva revolución con la ayuda del partido ilegal. Como demostró la oportuna degeneración posterior de la socialdemocracia alemana, los mencheviques eran un reflejo más fiel del espíritu de la "lengua alemana" en política. Pero Lenin había comprendido de un modo incomparablemente más exacto la marcha del desarrollo objetivo tanto en Rusia como en la propia Alemania: a la era de las reformas pacíficas iba a seguir una era de catástrofes.

En cuanto a Koba, no sabía ni francés ni alemán. Pero todas las características de su naturaleza le empujaban hacia la solución de Lenin. Koba no buscaba una arena pública, como los oradores y periodistas mencheviques, porque en una arena pública salían a relucir más bien sus lados débiles que sus lados fuertes. Sobre todo, necesitaba un aparato centralizado. Pero en las condiciones del régimen contrarrevolucionario, este aparato sólo podía ser ilegal. Aunque Koba tenía un horizonte histórico muy limitado, le sobraba obstinación. En los años de la reacción, no fue una de las decenas de miles de

personas que abandonaron el partido, sino uno de los pocos cientos que permanecieron fieles a él a pesar de todo.

Poco después del Congreso de Londres, el joven Zinóviev, que había sido elegido miembro del comité central, emigró, al igual que Kámenev, que fue incluido en el centro bolchevique. Koba permaneció en Rusia. Más tarde se atribuyó a sí mismo este hecho como un mérito extraordinario. En realidad, fue muy distinto. La elección del lugar y del tipo de trabajo dependía sólo en cierta medida del individuo en cuestión. Si el comité central hubiera visto en Koba a un joven teórico o publicista capaz de ascender a un nivel superior en el extranjero, sin duda le habrían colocado en la emigración y él no habría tenido ni la posibilidad ni el deseo de negarse. Pero nadie le llamó al extranjero. Desde que las altas esferas del partido habían oído hablar de él, lo consideraban un "práctico", es decir, un revolucionario de base, sobre todo apto para el trabajo de organización local. Y el propio Koba, que había medido sus fuerzas en los congresos de Tammerfors, Estocolmo y Londres, tenía pocas ganas de vivir en la emigración, donde se habría visto condenado a desempeñar un papel de tercera categoría. Más tarde, tras la muerte de Lenin, se hizo de la virtud una necesidad y la propia palabra "emigrante" se convirtió en boca de la nueva burocracia en lo que antaño había sido en boca de los conservadores de la época zarista.

Lenin regresó al exilio, según sus propias palabras, igual que se desciende a la tumba. "Estamos terriblemente aislados aquí ahora...", escribió desde París en otoño de 1909. "Los años son realmente infernalmente difíciles..." En la prensa burguesa rusa empezaron a aparecer artículos denigrando la emigración, que parecía encarnar la revolución rota y rechazada por la sociedad culta. En 1912, Lenin respondió a estos escritos difamatorios en la revista de los bolcheviques de Petersburgo: "Sí, hay muchas cosas penosas sobre la emigración... En este medio hay más necesidad y miseria que en el otro. Sobre todo, hay un alto porcentaje de suicidios..." Sin embargo, "es allí, y sólo allí, donde se han planteado y examinado los problemas fundamentales más importantes de toda la democracia rusa en los años de espera e inacción". En las difíciles y agotadoras luchas de los grupos de emigrados se prepararon las ideas rectoras de la revolución de 1917. Koba no participó en esta labor.

Desde el otoño de 1907 hasta marzo de 1908, Koba llevó a cabo sus actividades revolucionarias en Bakú. Es imposible establecer cuándo se fue a vivir allí. Es muy probable que abandonara Tiflis justo cuando Kamo cargaba su última bomba: la prudencia era el rasgo dominante del coraje de Koba. Bakú, ciudad mestiza con más de 100.000 habitantes a principios de siglo, seguía creciendo rápidamente, absorbiendo masas de tártaros azerbaiyanos en la industria petrolera. Las autoridades zaristas habían respondido al movimiento revolucionario de 1905, no sin éxito, incitando a los tártaros contra los armenios, más avanzados. Sin embargo, la revolución arraigó incluso entre los azerbaiyanos más atrasados. Algo más tarde que el resto del país, participaron en masa en las huelgas de 1907.

Koba pasó unos ocho meses en la Ciudad Negra, de los que hay que deducir el tiempo de su viaje a Berlín. "Bajo la dirección del camarada Stalin [escribió el poco inventivo Beria], la organización bolchevique de Bakú creció, se fortaleció y se sumergió en la lucha contra los mencheviques." Koba fue a lugares donde los opositores eran particularmente fuertes. "Bajo la dirección del camarada Stalin, los bolcheviques rompieron la influencia de los mencheviques y de los socialistas-revolucionarios", etc. Poco más sabemos de Alliluyev. El reagrupamiento de las fuerzas bolcheviques después del aplastamiento por la policía tuvo lugar, según sus palabras, "bajo la dirección inmediata y con la participación activa del camarada Stalin... Su capacidad de organización, su auténtico entusiasmo revolucionario, su energía inagotable, su firme

voluntad y su obstinación bolchevique...", etc. Desgraciadamente, las memorias del suegro de Stalin fueron escritas en 1937. La frase "bajo la dirección inmediata y con la participación activa" revela infaliblemente el sello de Beria. El socialista-revolucionario Vereshchak, que entonces dirigía la actividad de su partido en Bakú y que observaba a Koba con ojos de adversario, reconocía sus excepcionales dotes organizativas, pero negaba absolutamente su influencia personal sobre los obreros. "Su exterior", escribió, "causaba una mala impresión a cualquiera que lo viera por primera vez". Koba lo tuvo en cuenta. Nunca aparecía públicamente en las reuniones de masas... La presencia de Koba en tal o cual distrito obrero era siempre conspirativa y sólo podía adivinarse por un recrudecimiento de la actividad por parte de los bolcheviques". Eso se parece más a la verdad. Tendremos otra oportunidad de conocer a Vereshchak.

Las memorias de los bolcheviques escritas antes de la era totalitaria dan un lugar de honor en la organización de Bakú no a Koba, sino a Cha'umyan y Djaparidze, dos notables revolucionarios fusilados por los británicos durante la ocupación de Transcaucasia el 20 de septiembre de 1918. Karinian, biógrafo de Cha'umyan, escribe: "Entre los viejos camaradas de Bakú se encontraban entonces los camaradas A, Lenukidze, Koba (Stalin), Timofei (Spandiarian) y Alyosha (Djaparidze). La organización bolchevique... tenía una amplia base para su actividad: el sindicato de los obreros del petróleo. El verdadero secretario y organizador de todo el trabajo sindical era Alyosha (Djaparidze)". Se nombra a Yenoukidze antes que a Koba, el papel principal se atribuye a Djaparidze. Y más adelante: "Ambos [Cha'umyan y Djaparidze] fueron los dirigentes más queridos del proletariado de Bakú". Karinian, que escribía en 1924, aún no había tenido la idea de incluir a Koba entre los "dirigentes más queridos".

El bolchevique de Bakú Stopani cuenta cómo, en 1907, se sumergió en el trabajo sindical, que era "la actividad más urgente para Bakú en aquellos momentos". El sindicato estaba bajo la dirección de los bolcheviques. En el sindicato, "el papel más destacado lo desempeñaba el insustituible Alyosha Djaparidze y un papel menor el camarada Koba (Djugachili), que dedicaba sus energías más al trabajo del partido, que dirigía..." Stopani no precisa en qué consistía el trabajo del partido, aparte de "la actividad más urgente", que era dirigir el sindicato. Por otra parte, hace una observación muy interesante sobre los desacuerdos entre los bolcheviques de Bakú. Todos estaban de acuerdo en la necesidad de "reforzar" la influencia organizativa del partido en el sindicato. Pero, "sobre el tema del grado y la forma de este fortalecimiento, había desacuerdos, incluso entre nosotros mismos: ya teníamos nuestra 'izquierda' (Koba-Stalin) y nuestra 'derecha' (Alyosha-Djaparidze y otros, entre ellos yo mismo); el desacuerdo no era sobre el fondo, sino sobre la táctica o sobre los medios de lograr esta vinculación". La redacción intencionadamente nebulosa de Stopani (Stalin ya era muy poderoso cuando se escribió esto) da sin embargo una buena idea de la verdadera disposición de la gente. Gracias a la oleada tardía del movimiento huelguístico, el sindicato pasó a primer plano. Los dirigentes sindicales eran naturalmente los que sabían hablar con las masas y orientarlas: Djaparidze y Cha'umyan. Rechazado de nuevo en un segundo plano, Koba se encontró en el comité clandestino. Para él, la lucha por la influencia del partido sobre el sindicato significaba subordinar a los líderes de las masas, Djaparidze y Cha'umyan, a su propio mando. En la lucha por esta especie de "refuerzo" de su poder personal, Koba, como se desprende de las palabras de Stopani, había puesto a todos los bolcheviques dirigentes en su contra. La actividad de las masas no favorecía los planes del obrero entre bastidores.

La rivalidad entre Koba y Cha'umyan se hizo extremadamente aguda. El asunto llegó tan lejos que, tras la detención de Cha'umyan, los obreros, según el testimonio de los mencheviques georgianos, sospecharon que Koba había denunciado a su rival a la policía y exigieron que fuera juzgado por un tribunal del partido. La campaña sólo se

interrumpió con la detención de Koba. Es dudoso que los acusadores tuvieran pruebas serias. Pero las sospechas pueden haberse despertado por una serie de coincidencias inquietantes. Ya es bastante malo, sin embargo, que camaradas del mismo partido hayan podido juzgar a Koba capaz de denunciar a alguien por motivos de irritada ambición. ¡Nunca se ha dicho nada parecido de nadie más!

En cuanto a la financiación del comité de Bakú en la época en que Koba participaba en él, existen relatos coincidentes, pero en modo alguno irrefutables, de expropiaciones a punta de pistola, contribuciones monetarias impuestas a industriales bajo amenaza de muerte o de quemar sus pozos de petróleo, fabricación y circulación de moneda falsa, etc. Es difícil decidir si todas estas fechorías, cuya existencia es indiscutible, se atribuyeron a la iniciativa de Koba incluso en aquellos lejanos años, o si la mayoría de ellas no se vincularon a su nombre hasta mucho más tarde. En cualquier caso, la participación de Koba en empresas tan arriesgadas no pudo ser directa, ya que inevitablemente habría salido a la luz. Al parecer, dirigía este tipo de operaciones del mismo modo que intentaba dirigir el sindicato, es decir, entre bastidores. Desde este punto de vista, cabe señalar que se sabe muy poco sobre el periodo de Bakú en la vida de Koba. Se registran los episodios más insignificantes si sirven para la gloria del "líder". Pero sólo se nos ofrecen frases generales sobre el contenido de su actividad revolucionaria. La amplitud de este silencio no es casual.

Todavía muy joven, el "socialista-revolucionario" Vereshchak fue encarcelado en 1909 en la prisión de Bakú conocida como prisión de Baylov, donde permaneció tres años y medio. Detenido el 25 de marzo, Koba pasó seis meses en la misma prisión, la abandonó para ser deportado, permaneció allí nueve meses, regresó ilegalmente a Bakú, fue detenido de nuevo en marzo de 1910 y permaneció en prisión otros seis meses, durante los cuales estuvo en compañía de Vereshchak. En 1912, los dos compañeros de prisión volvieron a encontrarse en Narym, Siberia. Finalmente, tras la revolución de febrero, como delegado de la guarnición de Tiflis, Vereshchak se reunió con el hombre que había conocido durante tanto tiempo en el Primer Congreso de los Sóviets en Petrogrado. Tras el ascenso político de Stalin, Vershchak relató detalladamente su vida en prisión a la prensa emigrante. Quizá no todo en su relato sea digno de confianza, y no todos sus relatos y juicios son convincentes. Por ejemplo, según Vereshchak, que debió de oírlo de primera mano, el propio Koba admitió que había traicionado a sus compañeros de seminario "con fines revolucionarios"; la inverosimilitud de este relato ya se ha mostrado más arriba. Las consideraciones del autor populista sobre el marxismo de Koba son extremadamente ingenuas. Pero Vereshchak tiene la inestimable ventaja de haber observado a Koba en una situación en la que, de un momento a otro, desaparecen las costumbres y convenciones de una existencia civilizada. Construida para cuatrocientos reclusos, la cárcel de Bakú albergaba entonces a más de mil quinientos. Los presos dormían hacinados en las celdas, en los pasillos y en las escaleras. Bajo tales condiciones de hacinamiento, no podía hablarse de aislamiento. Todas las puertas, excepto las de los calabozos, estaban abiertas de par en par. Los criminales y los presos políticos iban de celda en celda, de edificio en edificio y deambulaban por el patio. "Era imposible sentarse o tumbarse sin chocar con alguien. En estas condiciones, todos los presos se observaban unos a otros, y muchos descubrieron, en sí mismos y en los demás, facetas completamente inesperadas. Incluso personas reservadas y frías revelaron rasgos de carácter que en circunstancias ordinarias habrían logrado ocultar."

"El desarrollo de Koba fue extremadamente unilateral", escribió Vereshchak, "carecía de principios generales y su educación era insuficiente. Por naturaleza, siempre había sido una persona de poca cultura, un hombre tosco. Todo esto se combinaba en él con una astucia muy elaborada tras la cual ni siquiera la persona más perspicaz podía

advertir al principio los rasgos ocultos." Por "principios generales", el autor parece entender principios morales: él mismo, como populista, pertenecía a la escuela del socialismo "ético". La resistencia de Koba asombraba a Vershchak. Había un cruel juego carcelario que consistía en enfurecer al adversario por todos los medios: se llamaba "meterlo en una burbuja". "Nunca pudimos hacerle perder el equilibrio", dice Vereshchak. "Nadie podía molestarle..." Este juego era relativamente inocente comparado con el que practicaban las autoridades. Entre los detenidos había hombres que habían sido condenados a muerte el día anterior o el mismo día, y que esperaban hora tras hora a ser liberados. Los condenados a muerte comían y dormían con todos los demás. Por la noche se los llevaban y los ahorcaban en el patio de la prisión, de modo que en las celdas "se oían los gritos y gemidos de los condenados". La tensión nerviosa se apoderaba de todos los presos. "Koba dormía profundamente", dice Vereshchak, "o estudiaba tranquilamente esperanto (había descubierto que el esperanto era la lengua internacional del futuro)." Sería absurdo creer que Koba permanecía indiferente ante las ejecuciones. Pero tenía nervios de acero. No sentía nada de lo que experimentaban los demás. Esos nervios eran en sí mismos un gran capital.

A pesar del caos, las ejecuciones, las rencillas políticas y personales, la cárcel de Bakú fue una gran escuela revolucionaria. Koba destacaba entre los dirigentes marxistas. No participaba en las disputas privadas, prefería la discusión pública: un signo seguro de que, por su desarrollo y experiencia, Koba sobresalía por encima de la mayoría de los presos. "El aspecto exterior de Koba y su rudeza en las polémicas hacían que sus discursos fueran siempre desagradables. Sus discursos carecían de sal y adoptaban la forma de una exposición seca". Vereshchak recuerda cierta "discusión agraria" en la que Ordzhonikidze, compañero de armas de Koba, golpeó en la cara al oponente, el socialista-revolucionario Hya Kartsevadze, por lo que fue cruelmente golpeado por los socialistas-revolucionarios". Esto no es inventado: el ardiente Ordzhonikidze conservó su afición por las discusiones físicas exageradas incluso cuando se convirtió en un notable dirigente soviético. Lenin incluso propuso una vez expulsarle del partido por ello.

Vereshchak estaba asombrado por la "memoria mecanizada" de Koba, cuya pequeña cabeza "con su frente poco desarrollada" contenía, por así decirlo, todo *El Capital* de Marx. "El marxismo era su elemento, y ahí era invencible... Sabía aplicar la fórmula correspondiente de Marx a cualquier fenómeno. Este hombre causó una fuerte impresión entre los jóvenes miembros del partido con poca educación política". Entre los "poco instruidos" estaba el propio Vereshchak. A este joven populista, formado en la escuela de la verdadera sociología literaria rusa, los antecedentes marxistas de Koba podían parecerle extraordinariamente imponentes. De hecho, era bastante modesta. Koba no tenía verdaderas preocupaciones teóricas, ninguna aplicación, ninguna disciplina de pensamiento. No es correcto hablar de su "memoria mecanizada". Es estrecha, empírica, utilitaria, pero, a pesar de la formación de seminario, en modo alguno mecanizada. Es una memoria campesina, carente de alcance y de síntesis, pero firme y tenaz, sobre todo cuando se trata de resentimiento. Es absolutamente incorrecto decir que la cabeza de Koba estaba llena de citas ya hechas para cada ocasión de la vida. Koba no era ni un gran lector ni un erudito. Del marxismo, por mediación de Plejánov y Lenin, se había apropiado de las proposiciones más elementales sobre la lucha de clases y sobre la importancia subordinada de las ideas en relación con los factores materiales. Habiendo simplificado al extremo estas proposiciones, podía sin embargo utilizarlas con éxito contra los populistas, del mismo modo que un hombre armado con un revólver, incluso primitivo, puede enfrentarse con éxito a un hombre armado con un bumerán. Pero Koba permaneció básicamente indiferente a la doctrina marxista en su conjunto.

Durante su estancia en las cárceles de Batum y Kutais, Koba, como recordamos, intentó penetrar en los misterios de la lengua alemana: la influencia de la socialdemocracia alemana en el partido ruso era entonces extremadamente fuerte. Sin embargo, Koba tuvo aún menos éxito en dominar la lengua de Marx que su doctrina. En la cárcel de Bakú se aficionó al esperanto, la "lengua del futuro". Esto es un claro indicio del nivel intelectual de Koba, que siempre buscaba la línea de menor resistencia en la esfera del conocimiento. A pesar de pasar ocho años en la cárcel o deportado, nunca consiguió dominar ni una sola lengua extranjera, ni siquiera el malogrado esperanto.

Por regla general, los presos políticos procuraban no mezclarse con delincuentes. A Koba, en cambio, "siempre se le veía en compañía de bandoleros, chantajistas y ladrones". Se sentía en pie de igualdad con ellos. "La gente de un verdadero 'asunto' siempre le imponía mucho. Y él veía la política como un 'asunto' que había que saber 'llevar a cabo' o 'perfeccionar'". Es un comentario muy justo. Pero esta observación refuta mejor que ninguna otra cosa las palabras sobre la memoria mecanizada, llena de citas prefabricadas. La compañía de personas con intereses intelectuales superiores a los suyos pesaba mucho sobre Koba. Cuando Lenin estaba en el buró político, Koba se mostraba casi siempre silencioso, malhumorado e irritado. En cambio, se volvía más sociable, más relajado y más humano en medio de personas de mentalidad primitiva, libres de toda predilección por las ideas. Durante la guerra civil, cuando ciertos sectores del ejército, especialmente en la caballería, aflojaban y se entregaban a la violencia y la indecencia, Lenin decía a veces: "¿Por qué no enviar a Stalin? Él sabe cómo hablar con esta gente."

Koba no iniciaba protestas ni manifestaciones en las cárceles, pero siempre apoyaba a quienes lo hacían. "Eso le convertía en un buen camarada a los ojos del público carcelario." Y esta observación es correcta. Koba no era un iniciador de nada, en ningún sitio, nunca. Pero era muy capaz de utilizar la iniciativa de los demás, de empujar a los iniciadores hacia adelante, reservándose la libertad de elegir. Esto no quiere decir que a Koba le faltara valor, pero prefería gastarlo con moderación. El régimen penitenciario era una combinación de laxitud y crueldad. Los reclusos gozaban de relativa libertad dentro de los muros de la prisión. Pero cuando se sobrepasaba cierto límite mal definido, la administración recurría a la fuerza armada. Vereshchak cuenta cómo en 1909 (obviamente, se refiere a 1908), el Domingo de Pascua, una compañía del regimiento de Salyan golpeó a todos los presos políticos sin excepción, obligándoles a pasar entre dos filas de soldados. "Koba caminaba bajo los golpes de las culatas de los fusiles sin bajar la cabeza, sosteniendo un libro en las manos. Y cuando los golpes empezaron a llover por todos lados, Stalin forzó la puerta de su celda con un cubo, a pesar de la amenaza de las bayonetas". Este hombre, normalmente dueño de sí mismo, era capaz, aunque raramente, de entrar en una furia extrema.

El "historiador" moscovita Yaroslavsky corrige a Vereshchak: "Stalin pasó entre las filas de soldados leyendo a Marx..." El nombre de Marx se introduce aquí por la misma razón que se pone una rosa en la mano de la virgen. Toda la historiografía soviética está hecha de rosas de este tipo. Koba con "Marx" bajo las culatas de los fusiles se convirtió en objeto de la ciencia, la prosa y la poesía soviéticas. Sin embargo, tal conducta no era en sí misma excepcional. La brutalidad carcelaria, y por tanto el heroísmo carcelario, estaba a la orden del día. Piatnitsky cuenta que, tras su detención en Vilna en 1902, un policía sugirió enviar al detenido, entonces un obrero muy joven, ante el jefe del distrito, conocido por sus palizas, para obligarle a confesar. Pero un policía de más edad respondió: "Ni siquiera allí dirá nada, pertenece a la organización Iskra". Incluso en aquellos lejanos años, los revolucionarios de la escuela de Lenin tenían fama de no rendirse nunca. Para demostrar que Kamo había perdido efectivamente la sensibilidad,

los médicos le introdujeron agujas bajo las uñas. Y sólo gracias a que Kamo soportó inquebrantablemente tales calvarios durante varios años, se le reconoció finalmente como demente incurable. ¿Qué son unos culatazos de fusil comparados con eso? No hay razón para menospreciar el valor de Koba, pero hay que situarlo dentro de los límites de su entorno y de su época.

La convivencia en la cárcel permitió a Vereshchak observar con facilidad cierto rasgo de Stalin que le permitió pasar desapercibido durante mucho tiempo: "Era su habilidad para incitar a los demás a escondidas y para mantenerse a sí mismo al margen". He aquí dos ejemplos. Una vez, en un pasillo del edificio reservado a los presos políticos, un joven georgiano fue cruelmente golpeado. La ominosa palabra "provocador" circulaba por todo el edificio. Sólo los soldados de guardia detuvieron la paliza. El cuerpo ensangrentado fue trasladado en camilla a la enfermería de la prisión. ¿Era un provocador? Y si lo era, ¿por qué no lo mataron? En la cárcel de Baylov solían matar a los provocadores cuando había pruebas", comenta Vereshchak de pasada. Nadie sabía nada ni entendía nada. Y sólo mucho tiempo después se supo que el rumor había empezado en Koba. No estaba claro si el hombre golpeado era realmente un provocador. Tal vez era simplemente uno de los obreros que se habían opuesto a las expropiaciones o que había acusado a Koba de haber denunciado a Cha'umyan.

Otro caso. En los escalones de la escalera que conducía al edificio de los presos políticos, cierto preso, apodado el Griego, mató a puñaladas a un joven obrero que acababa de ser conducido a la prisión. El propio Griego creía que el hombre asesinado era un espía, aunque nunca lo había conocido personalmente. Este sangriento incidente, que naturalmente conmovió a toda la prisión, permaneció sin explicación durante mucho tiempo. Finalmente, el griego sugirió que había sido engañado. La instigación había venido de Koba.

Los caucásicos se enardecen con facilidad y usan la navaja con la misma facilidad. Al frío y calculador Koba, que conocía la lengua y las costumbres, no le resultó difícil incitarlos unos contra otros. En ambos casos, el motivo era sin duda la venganza. El instigador no necesitaba que las víctimas supieran quién había causado su desgracia. Koba no es proclive a compartir sus sentimientos, incluida la alegría de la venganza satisfecha. Prefiere disfrutarla a solas. Los dos episodios, por horribles que sean, no parecen inverosímiles; los acontecimientos posteriores les confieren cierta persuasión... En la prisión de Baylov se preparan los acontecimientos futuros. Koba gana experiencia. Koba se hace más fuerte. Koba madura. La silueta gris del antiguo seminarista con marcas de viruela en la cara proyecta una sombra cada vez más siniestra.

Vereshchak continúa relatando, pero esta vez habiéndose enterado de oídas, las diversas aventuras arriesgadas emprendidas por Koba durante su actividad en Bakú: organización de una banda de falsificadores, saqueo de tesorerías, etc. "Nunca fue llevado ante la justicia por estos asuntos, aunque falsificadores y expropiadores estuvieron en la cárcel con él". Si hubieran conocido su papel, uno de ellos le habría traicionado inevitablemente. "Esta habilidad para golpear en secreto a manos de otros pasando desapercibido hizo de Koba un astuto intrigante que rehuyó todos los medios y evitó toda rendición de cuentas y responsabilidades".

Así pues, sabemos más de la vida de Koba en la cárcel que de sus actividades en libertad. Pero también aquí se mantuvo fiel a sí mismo. Entre las discusiones con los populistas y las conversaciones con los rateros, no olvidó la organización revolucionaria. Beria nos cuenta que Koba consiguió establecer desde la cárcel vínculos regulares con el comité de Bakú. Esto es muy posible: cuando los presos políticos no están aislados de los delincuentes comunes y ellos mismos no están aislados entre sí, es imposible aislarlos del mundo exterior. Un número de un periódico ilegal se preparó íntegramente en la cárcel.

Aunque debilitado, el pulso de la revolución seguía latiendo. Si la prisión no aumentó el interés de Koba por la teoría, tampoco quebró su disposición a la lucha.

El 20 de septiembre, Koba fue enviado al norte de la provincia de Vologda, a Solvychegodsk. Fue realmente una deportación favorable: durante dos años como máximo, no a Siberia, sino a la Rusia europea; no a un pueblo, sino a una pequeña ciudad de dos mil habitantes, con fáciles vías de escape. Evidentemente, los gendarmes no tenían pruebas serias contra Koba. La extrema baratura de la vida en las regiones lejanas hacía que los deportados pudieran vivir con los pocos rublos que recibían del gobierno cada mes; para necesidades extraordinarias, recibían ayuda de sus amigos y de la Cruz Roja revolucionaria. No sabemos cómo pasó Koba los nueve meses en Solvychegodsk, qué hizo o qué estudió. No se publicó ningún documento: ni escritos, ni periódicos, ni cartas. En un expediente de la policía local, titulado "caso Yossif Djugachvili", bajo el epígrafe "conducta", se anota: "Grosero, insolente, irrespetuoso con las autoridades". Si la "falta de respeto" era un rasgo común entre los revolucionarios, la grosería era un rasgo personal.

En la primavera de 1909, Alliluyev, que ya vivía entonces en Petersburgo, recibió una carta de Koba desde su lugar de deportación pidiéndole que le enviara su dirección. "Y a finales del verano de ese mismo año, Stalin huyó de la deportación para venir a Petersburgo, donde me lo encontré por casualidad en una calle del barrio de Lyteni. Stalin no había encontrado a Alliluyev ni en su casa ni en su lugar de trabajo y había tenido que vagar sin rumbo durante mucho tiempo por las calles. "Cuando me lo encontré por casualidad en la calle, estaba agotado. Alliluyev alojó a Koba en casa del portero de uno de los regimientos de la guardia que simpatizaba con los revolucionarios. "Stalin se quedó allí tranquilamente un rato, vio a algunos miembros de la fracción bolchevique de la tercera duma, luego se marchó al Sur, en Bakú..."

De vuelta a Bakú. Difícilmente fue el patriotismo local lo que le había atraído hasta allí. Más bien hay que suponer que Koba era desconocido en Petersburgo, que los diputados de la duma no mostraban ningún interés por él, que nadie le invitó a quedarse ni le ofreció la ayuda tan necesaria para alguien que se encontraba en una situación ilegal. "De regreso a Bakú, se dedicó enérgicamente a fortalecer las organizaciones bolcheviques... En octubre de 1909, llegó a Tiflis, organizó y dirigió la lucha de la organización bolchevique de Tiflis contra los liquidadores mencheviques". Los lectores reconocerán el estilo de Beria. En la prensa ilegal, Koba publicó algunos artículos que sólo tenían interés porque estaban escritos por el futuro Stalin. A falta de hechos claros a los que agarrarse, la carta escrita por Koba en diciembre de 1908 para su publicación en la prensa del partido en el extranjero adquiere ahora una importancia excepcional. Contrastando el activo centro industrial, Bakú, con el Tiflis atrasado de funcionarios, comerciantes y artesanos, la "Carta desde el Cáucaso" explica el predominio de los mencheviques en esta ciudad de un modo totalmente correcto para la estructura social de Tiflis. Luego vino una polémica contra el líder inamovible de la socialdemocracia georgiana, Jordania, que acababa de proclamar una vez más la necesidad de "unir las fuerzas de la burguesía y del proletariado". Los obreros debían renunciar a cualquier política intransigente, porque, afirmaba Jordania, "cuanto más débil sea la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, mayor será la victoria de la revolución burguesa..." Koba se oponía a esto con la tesis directamente opuesta: "La victoria de la revolución será tanto más completa cuanto más se base la revolución en la lucha de clases del proletariado, llevando tras de sí a los campesinos pobres contra los terratenientes y la burguesía liberal". El fondo de todo esto era absolutamente correcto, pero no contenía ni una sola palabra nueva; desde la primavera de 1905, la misma polémica se había repetido infinidad de veces. Si la correspondencia era valiosa para Lenin, no era porque repitiera

sus propias ideas como los deberes de un escolar, sino como una voz viva procedente de Rusia en un momento en que la mayoría de las voces habían callado. Sin embargo, en 1937, la "Carta del Cáucaso" fue proclamada "modelo clásico de la táctica leninista-estalinista". "En nuestra literatura y en toda nuestra enseñanza", escribió uno de los panegiristas, "aún no se ha arrojado suficiente luz sobre este artículo de excepcional profundidad, riqueza de contenido e importancia histórica".

"En marzo y abril de 1910, nos informa el mismo historiador (un tal Rabichov), lograron por fin crear una sección rusa del comité central. Stalin era miembro de esta sección. Pero la sección fue detenida en su totalidad antes de que pudiera comenzar su trabajo". Si esto es cierto, Koba, al menos formalmente, se unió al comité central ya en 1910. Un hito importante en su biografía. Pero no es cierto. Quince años antes que Rabichov, el viejo bolchevique Guermanov (Frumkin) contó lo siguiente: "En una reunión entre Noguin y el autor de estas líneas, se decidió proponer al comité central que la siguiente lista de cinco miembros fuera confirmada como sección rusa del comité central: Noguin, Dubrovsky, Malinovsky, Stalin y Miliutin". Así que no fue una decisión del comité central, sino un proyecto de dos bolcheviques. "Ambos conocíamos personalmente a Stalin", continuó Guermanov, "como uno de los mejores y más activos militantes de Bakú. Noguin fue a Bakú para hablar con él, pero por diversas razones Stalin no pudo asumir las obligaciones de miembro del comité central." Guermanov no dice exactamente cuál era el obstáculo. Dos años más tarde, el propio Noguin escribió sobre su viaje a Bakú: "Stalin (Koba) estaba recónditamente escondido; en aquella época era muy conocido en el Cáucaso y se vio obligado a ocultarse cuidadosamente en los campos petrolíferos de Balajany". Del relato de Noguin se deduce que ni siquiera llegó a ver a Stalin.

El silencio sobre el carácter de las razones por las que Stalin no pudo entrar en la sección del comité central sugiere algunas deducciones muy interesantes. El año 1910 fue el período del declive más completo del movimiento y del auge más fuerte de las tendencias conciliadoras. En enero se celebró en París una reunión plenaria del comité central, en la que los conciliadores obtuvieron una victoria extremadamente inestable. Se decidió restablecer el comité central en Rusia, con la participación de los liquidadores. Noguin y Guermanov se encontraban entre los conciliadores bolcheviques. El restablecimiento de la sección "rusa", es decir, la actuación ilegal en Rusia, recayó en Noguin. Dada la ausencia de figuras destacadas, se hicieron varios intentos de atraer a provincianos. Entre ellos estaba Koba, a quien Noguin y Guermanov conocían como "uno de los mejores militantes de Bakú". Sin embargo, el proyecto no prosperó. El bien informado autor del artículo alemán antes citado afirma que, aunque "los biógrafos bolcheviques oficiales intentan hacer de la expropiación y la exclusión del partido algo inexistente, sin embargo, los propios bolcheviques se sentían muy avergonzados cuando se trataba de colocar a Stalin en una posición de liderazgo de alguna importancia". Cabe suponer que la razón del fracaso de la misión de Noguin fue la entonces reciente participación de Koba en las "acciones boieviki". La reunión de París había condenado a los expropiadores como personas guiadas "por intereses partidistas mal entendidos". Luchando por la legalidad, los mencheviques no podían en ningún caso aceptar colaborar con un conocido organizador de expropiaciones. Al parecer, Noguin sólo lo comprendió tras mantener conversaciones con destacados mencheviques del Cáucaso. No se creó ninguna sección rusa con la participación de Koba. En cuanto a Noguin, sólo su prematura muerte (en 1924) le libró del destino de Ríkov, Tomsky, Guermanov y sus otros amigos íntimos.

Independientemente de que Koba desempeñara un papel principal, secundario o de tercer orden, su actividad en Bakú tuvo sin duda más éxito que en Tiflis. Pero el intento

de presentar a la organización de Bakú como una ciudadela del bolchevismo única por su invencibilidad pertenece al reino de los mitos. A finales de 1911, el propio Lenin estableció accidentalmente la base de este mito cuando enumeró la organización de Bakú, junto con la de Kiev, entre las "organizaciones ejemplares y avanzadas para Rusia en 1910 y 1911", es decir, para los años de la completa decadencia del partido y el comienzo de su renacimiento. "La organización de Bakú existió sin interrupción durante los difíciles años de la reacción y tomó la parte más activa en todas las manifestaciones del movimiento obrero", dice una de las notas del tomo XV de las *Obras Completas* de Lenin. Estos dos juicios, ahora estrechamente ligados a la actividad de Koba, se revelan completamente erróneos al examinarlos. De hecho, después de cierto auge, Bakú pasó por las mismas etapas de decadencia que los demás centros industriales del país, aunque con cierto retraso, pero en formas aún más graves.

Stopani, a quien ya conocemos, escribió en sus memorias: "A partir de 1910, la vida política y sindical en Bakú se extinguió por completo". Algunos restos de los sindicatos siguieron existiendo durante algún tiempo, principalmente con la participación de los mencheviques. "Nuestra actividad bolchevique pronto se extinguió casi por completo, a causa de los incesantes fracasos, la ausencia de militantes y la inclemencia de los tiempos en general. En 1911, la situación fue de mal en peor. Ordzhonikidze, que visitó Bakú en marzo de 1912, cuando las olas de un nuevo estallido ya se dejaban sentir claramente en todo el país, escribió en una "carta desde el extranjero": "Ayer, por fin, conseguimos reunir a algunos obreros... No hay organización, es decir, ningún centro local; por eso tuvimos que limitarnos a discusiones privadas..." Estos dos testimonios son suficientes. Recordemos, además, el testimonio ya citado de Olminsky: "La reactivación progresó más lentamente en las ciudades donde había habido más entusiasmo por las "ex[propiaciones]" (pondré como ejemplo Bakú y Sarátov)." El error de Lenin al valorar la organización de Bakú es un caso frecuente de incomprensión por parte de un emigrado que tiene que juzgar desde lejos, basándose en informaciones parciales o insuficientes, entre las que bien pueden haberse incluido comunicaciones demasiado optimistas del propio Koba.

En cualquier caso, el panorama general es bastante claro. Koba no participó activamente en el movimiento sindical, que era el principal escenario de lucha en aquella época (Karinian, Stopani). No participaba en las reuniones obreras (Vereshchak), sino que estaba "recónditamente escondido" (Noguin). No pudo "por varias razones" entrar en la sección rusa del comité central (Guermanov). Fue en Bakú donde hubo más entusiasmo por las "ex[propiaciones]" (Olminsky) y el terror individual (Vereshchak). La dirección inmediata de las "acciones boieviki" en Bakú recaía en Koba (Vereshchak, Mártov, etc...). Dicha actividad exigía constantemente el alejamiento de las masas en un "profundo secreto". El botín monetario mantuvo artificialmente la existencia de la organización ilegal durante algún tiempo. Pero la reacción se hizo sentir con más fuerza y el renacimiento se desarrolló más tarde. Esta conclusión es importante no sólo biográfica, sino también teóricamente, porque ayuda a esclarecer ciertas leyes generales del movimiento de masas.

El 24 de marzo de 1910, el capitán de gendarmería Martynov informó de que había detenido a un tal Yossif Djugachvili, conocido como Koba, miembro del comité de Bakú, "el militante político más activo, que desempeñaba un papel destacado" (supongamos que el documento no había sido corregido por la mano de Beria). En relación con esta detención, otro gendarme informó a sus superiores de que "en vistas de la persistente participación" de Djugachvili en la actividad revolucionaria y de su "doble fuga", él, el capitán Galimbatovsky, "propondría tomar la medida suprema de castigo". Sin embargo,

esto no significaba la ejecución: la "medida suprema de castigo" significaba, en términos administrativos, cinco años de deportación a lugares aislados de Siberia.

Mientras tanto, Koba estaba de nuevo en la prisión de Bakú, que conocía bien. La situación política del país y el régimen penitenciario habían sufrido profundos cambios en los dieciocho meses anteriores. Corría el año 1910. La reacción había triunfado en todas partes, y no sólo el movimiento de masas, sino también la expropiación, el terror y los actos de desesperación individual habían caído a su punto más bajo. La prisión se había vuelto más estricta y silenciosa. Ya no se hablaba de discusiones colectivas. Koba tenía suficiente tiempo libre para estudiar esperanto, si no hubiera perdido el entusiasmo por la lengua del futuro. El 27 de agosto, por orden del gobernador del Cáucaso, se prohibió a Djugachvili vivir en Transcaucasia durante cinco años. Pero Petersburgo hizo oídos sordos a las recomendaciones del capitán Galimbatovsky, que evidentemente no pudo presentar ninguna prueba seria: Koba fue enviado de nuevo a la provincia de Vologda para completar sus dos años de deportación inconclusa. Es evidente que las autoridades de Petersburgo aún no habían reconocido la gran importancia de Yossif Djugachvili.

Capítulo quinto. Nuevo ascenso

Durante unos cinco años (1906-1911), Stolypin fue el amo del país. Agotó los recursos de la reacción hasta el final. El "régimen del 3 de junio" encontró la manera de quebrar en todos los terrenos, sobre todo en la cuestión agraria, y Stolypin se vio obligado a pasar de las combinaciones políticas al acoso policial. Y para dejar bien clara la bancarrota del sistema, el asesino de Stolypin salió de las filas de su policía secreta.

En 1910, la recuperación industrial era innegable. La cuestión a la que se enfrentaban los partidos revolucionarios era cómo se reflejaría este cambio en la situación económica en la situación política del país. La mayoría de los socialdemócratas mantenía la posición esquemática según la cual la crisis hacía a las masas más revolucionarias y el auge de la industria las apaciguaba. La prensa de ambas fracciones, bolcheviques y mencheviques, tendía por tanto a disminuir o negar por completo la recuperación ya iniciada. La excepción fue la *Pravda* de Viena, que, con todas sus ilusiones conciliadoras, defendió la idea totalmente correcta de que las consecuencias políticas de una reactivación o de una crisis no son en absoluto automáticas, sino que cada vez vienen determinadas de nuevo por el curso anterior de la lucha y por la situación general del país. Así, después de un auge industrial durante el cual puede haber tenido lugar una lucha huelguística a gran escala, un repentino declive de la economía puede provocar, si se dan otras condiciones necesarias, un auge revolucionario directo. Por otra parte, después de un largo período de ascenso revolucionario que ha terminado en derrota, una crisis industrial, dividiendo y debilitando al proletariado, puede matar definitivamente su espíritu combativo. Por otra parte, un ascenso industrial que se produce tras un largo período de reacción es capaz de regenerar el movimiento obrero, sobre todo en lo que se refiere a la lucha económica, tras lo cual una nueva crisis puede volver a encarrilar la energía de las masas en la política.

La guerra ruso-japonesa y las convulsiones de la revolución habían impedido al capitalismo ruso ocupar su lugar en el auge industrial mundial de 1903-1907. Mientras tanto, las ininterrumpidas luchas revolucionarias, las derrotas y la represión habían agotado las fuerzas de las masas. La crisis industrial mundial que estalló en 1907 prolongó la larga depresión en Rusia durante otros tres años y, lejos de espolear a los obreros a la lucha, dispersó aún más sus filas y los debilitó. Bajo los golpes de los cierres patronales, el paro y la miseria, las masas exhaustas perdieron todo valor. Esta fue la base material de los "éxitos" de la reacción de Stolypin. El proletariado necesitaba la fuente de juventud de un nuevo auge industrial para recobrar fuerzas, cerrar filas, sentirse de nuevo factor indispensable de la producción y lanzarse a una nueva lucha.

A finales de 1910, con motivo de la muerte del liberal Muromtsov, ex presidente de la primera duma, y de León Tolstoi, se produjeron manifestaciones callejeras como no se habían visto en mucho tiempo. El movimiento estudiantil entró en una nueva fase. Superficialmente (y así es como suele verlo el idealismo histórico), parecía que el centro del renacimiento político era una delgada capa de intelectuales que, por la fuerza de su ejemplo, empezaban a atraer tras de sí a las capas superiores de la clase obrera. De hecho, la recuperación no fue de arriba abajo, sino de abajo arriba. Gracias al auge de la industria,

la clase obrera salía poco a poco de su letargo. Sin embargo, antes de que los procesos moleculares de las masas pudieran expresarse abiertamente, dieron cierto vigor a los estudiantes a través de los estratos sociales intermedios. Gracias a que la juventud universitaria se puso en marcha mucho más rápidamente, el renacimiento se manifestó sobre todo en la agitación estudiantil. Sin embargo, para el observador entrenado estaba claro desde el principio que las manifestaciones de los intelectuales no eran más que el síntoma de procesos mucho más profundos e importantes en el proletariado.

De hecho, la curva del movimiento huelguístico empezó pronto a subir. Es cierto que el número de huelguistas no superaba en 1911 los cien mil (el año anterior había sido menos de la mitad): la lentitud del ascenso mostraba el letargo que había que superar. A finales de año, los barrios obreros presentaban un aspecto muy diferente al de principios de año. Tras las buenas cosechas de 1909 y 1910, que impulsaron el auge de la industria, en 1911 se produjo una cosecha desastrosa que, sin frenar el ascenso, condenó al hambre a veinte millones de campesinos. Las fermentaciones que comenzaron a producirse en las aldeas volvieron a poner la cuestión agraria en el orden del día. La conferencia bolchevique de enero de 1912 señaló con razón el "comienzo de un renacimiento político". Sin embargo, no se produjo un cambio brusco hasta la primavera de 1912, después de la famosa masacre de obreros en el Lena. En las profundidades de la taiga, a 7.000 verstas de Petersburgo y a 2.000 verstas del ferrocarril más cercano, las parias de la industria del oro, que cada año reportaba millones de rublos de beneficios a los accionistas ingleses y rusos, exigían una jornada de ocho horas, salarios más altos y la abolición de las multas. Los soldados enviados desde Irkutsk dispararon contra la multitud desarmada. Ciento cincuenta personas murieron y doscientas cincuenta resultaron heridas; sin asistencia médica, los heridos murieron por docenas.

Durante el debate en la duma sobre los sucesos del Lena, el ministro del interior, Makarov, un estúpido funcionario, ni peor ni mejor que los demás, declaró, entre los aplausos de los diputados de derechas: "¡Así fue, así será!" Estas palabras asombrosamente insolentes provocaron una descarga eléctrica. Las noticias sobre resoluciones y huelgas de protesta empezaron a llegar por teléfono y telégrafo, primero de las fábricas de Petersburgo y luego de todos los rincones del país. La respuesta a los sucesos del Lena sólo puede compararse con la ola de indignación que, siete años antes, se había apoderado de las masas trabajadoras tras el Domingo Sangriento. "Tal vez nunca desde 1905", escribió un periódico liberal, "las calles de la capital habían visto tanta agitación."

Stalin se encontraba en Petersburgo durante esos días, entre dos deportaciones. "Los disparos del Lena rompieron el hielo del silencio", escribió en el periódico *Zviezda* [La Estrella], sobre el que tendremos ocasión de volver a escribir, "y el río del movimiento popular se puso en movimiento. Todo lo malo y desastroso del régimen contemporáneo, todo lo que hacía sufrir a la martirizada Rusia, confluyó en un solo acontecimiento, los sucesos del Lena. Precisamente por eso, el tiroteo en el Lena dio la señal para las huelgas y manifestaciones". En las huelgas participaron unos trescientos mil obreros. La huelga del Primero de Mayo movilizó a cuatrocientos mil obreros. Según cifras oficiales, el número total de huelguistas en 1912 era de setecientos veinticinco mil. El número total de obreros había aumentado al menos un 20 % en los años del boom industrial, y el papel económico del proletariado, gracias a la febril concentración de la producción, había crecido aún más. El despertar de la clase obrera se transmitió a todas las demás capas de la población. El pueblo hambriento se agitaba. Había brotes de descontento en el ejército y en la flota. Lenin escribió a Gorki en agosto de 1912: "En Rusia, el ascenso revolucionario es realmente revolucionario."

El nuevo movimiento no era una repetición del anterior, sino su continuación. En 1905, la huelga de enero había ido acompañada de una ingenua petición al zar. En 1912, los obreros lanzaron inmediatamente la consigna de la república democrática. Las ideas, tradiciones y prácticas de 1905, enriquecidas por la dura experiencia de los años de la reacción, dieron sus frutos en esta nueva etapa de la revolución. Desde el principio, el papel dirigente correspondió a los obreros. En las filas de la vanguardia proletaria, la dirección pertenecía a los bolcheviques. Esto anunciaba básicamente el carácter de la futura revolución, aunque los bolcheviques aún no eran claramente conscientes de ello. Tras haber revigorizado al proletariado y haberle dado un papel en la vida económica y política del país, el auge de la industria dio una base más sólida a la perspectiva de la revolución permanente. La limpieza de los establos del viejo régimen sólo podía hacerse con la escoba de la dictadura proletaria. La revolución democrática sólo podía vencer transformándose en revolución socialista y superándose así a sí misma.

Esta siguió siendo la posición del "trotskysmo". Pero tenía su talón de Aquiles: el conciliacionismo, ligado a la esperanza de una regeneración revolucionaria del menchevismo. El nuevo ascenso, que "sí fue revolucionario", le asestó al conciliacionismo un golpe irreparable. El bolchevismo se apoyaba en la vanguardia revolucionaria del proletariado y le enseñaba a atraer tras de sí a los campesinos pobres. El menchevismo se apoyó en la capa de la aristocracia obrera y se volvió hacia la burguesía liberal. En cuanto las masas volvieron a entrar en la arena de la lucha abierta, ya no se podía hablar de "conciliación" entre estas dos fracciones. Los conciliadores tuvieron que ocupar nuevas posiciones: los revolucionarios con los bolcheviques, los oposicionistas con los mencheviques.

Esta vez Koba pasó más de ocho meses deportado. No se sabe casi nada de su vida en Solvychegodsk, de los exiliados con los que estableció contactos, de los libros que leía y de los problemas que le interesaban. Sin embargo, de dos cartas que escribió durante este periodo se desprende que recibía publicaciones impresas en el extranjero y tenía la oportunidad de seguir la vida del partido o, para decirlo con más precisión, la de los emigrados, donde la lucha entre las distintas fracciones había entrado en una fase aguda. Plejánov, con un pequeño grupo de partidarios, había roto una vez más con sus amigos íntimos y había defendido al partido ilegal frente a los liquidadores: era el último brote de radicalismo en este hombre notable, que pronto entró en decadencia. Así surgió el inesperado bloque paradójico y efímero de Lenin y Plejánov. Por otra parte, se había producido un acercamiento entre los liquidadores (Mártov, etc.), los vperiodistas (Bogdánov, Lunacharsky) y los conciliadores (Trotsky). Este segundo bloque, totalmente desprovisto de toda base principista, se formó de una manera que, hasta cierto punto, era inesperada para los propios participantes. Los conciliadores seguían tratando de "conciliar" a bolcheviques y a los mencheviques, pero, como el bolchevismo, en la persona de Lenin, rechazaba implacablemente la idea misma de cualquier acuerdo con los liquidadores, los conciliadores pasaron naturalmente a la posición de una semialianza con los mencheviques y los vperiodistas. La razón de este bloque episódico, como escribió Lenin a Gorki, era "el odio al centro bolchevique por su lucha despiadada por sus ideas". La cuestión de los dos bloques era entonces objeto de vivos debates en las escasas filas del partido.

El 31 de diciembre de 1910, en una carta enviada al extranjero, a París, Stalin escribió: "¡Camarada Simón! A través de camaradas recibí ayer su carta. En primer lugar, saludos cordiales a Lenin, Kámenev y otros." Esta introducción ya no se reimprime debido al nombre de Kámenev. Luego viene una evaluación de la situación en el partido. "En mi opinión, la línea del bloque (Lenin-Plejánov) es la única normal... La mano de Lenin es evidente en el plan del bloque, es un mujik astuto y sabe dónde se esconden los

cangrejos de río. Pero eso no significa que todos los bloques sean buenos. El bloque trotskysta (él diría la "síntesis") es una podrida ausencia de principios... El bloque Lenin-Plejánov está vivo porque está sólidamente construido sobre principios, basado en la unidad de concepciones en la cuestión de cómo regenerar el partido. Pero precisamente porque es un bloque, y no una fusión, los bolcheviques deben tener su propia fracción." Todo esto correspondía a los puntos de vista de Lenin, porque en el fondo era una simple paráfrasis de sus artículos y sólo servía para mostrar una supuesta fidelidad a los principios. Después de proclamar más tarde, como de pasada, que lo "principal" no era la emigración, sino el trabajo práctico en Rusia, Stalin se apresuró ahora a explicar que el trabajo práctico significaba la "aplicación de los principios". Tras reforzar su posición repitiendo la palabra "principio", Koba llega al meollo de la cuestión... "En mi opinión", escribió, "nuestra primera tarea, la que no permite demora, es organizar un grupo (ruso) central que coordine el trabajo ilegal, semilegal y legal... Un grupo así es tan necesario como el aire, como el pan". El plan en sí no tenía nada de nuevo. Lenin había hecho más de un intento de reconstruir el núcleo ruso del comité central desde el Congreso de Londres, pero la descomposición del partido los había condenado hasta entonces al fracaso. Koba propuso convocar una conferencia de militantes del partido. "Es muy posible que esta conferencia encuentre a las personas adecuadas para el grupo central antes mencionado". Tras revelar su deseo de desplazar el centro de gravedad del partido del extranjero a Rusia, Koba se apresuró una vez más a disipar los posibles temores de Lenin. "Debemos actuar con firmeza y sin piedad, sin temer los reproches de los liquidadores, los trotskystas, los vperiodistas..." Con calculada modestia, habló del grupo central que preveía: "Llamadlo como queráis, 'sección rusa del comité central' o 'grupo auxiliar del comité central', da igual". La falsa indiferencia sirvió para encubrir la ambición personal de Koba. "Ahora hablemos de mí. Me quedan seis meses. Después, estoy dispuesto a servir. Si la necesidad de militantes es acuciante, puedo desaparecer inmediatamente". El propósito de la carta es claro: Koba solicita la afiliación. Quería ser por fin miembro del comité central. La ambición de Koba, en absoluto censurable en sí misma, por supuesto, arroja una luz inesperada sobre otra de sus cartas, dirigida a los bolcheviques de Moscú. "Es el caucasiano Sosso quien os escribe", comienza la carta, "recordáis 1904 en Tiflis y Bakú. Ante todo, mis saludos más cordiales a Olga, a ti, a Guermanov. I. M. Golybev, con quien paso mis días de deportación, me ha hablado mucho de ti. Guerrnanov me conoce como K.b.a. (él lo entenderá)". Es curioso que, a estas alturas, en 1911, Koba se vea obligado a recordar a antiguos miembros del partido con la ayuda de indicaciones incidentales e indirectas: todavía es poco conocido o corre peligro de caer en el olvido. Termino [mi condena] en julio [continuó]. Ilich y compañía me han pedido que vaya a uno de los dos centros sin esperar a que termine mi condena. Me gustaría terminarla (una persona legal tiene más libertad)... Pero, si hay una gran necesidad (estoy esperando su respuesta), entonces, por supuesto, desapareceré... Aquí, es asfixiante no hacer nada, estoy literalmente asfixiado".

Desde el punto de vista de la prudencia elemental, esta parte de la carta parece asombrosa. Un deportado, cuyas cartas corren siempre el riesgo de caer en manos de la policía, sin ninguna necesidad práctica aparente, habla a miembros del partido a los que conoce muy poco de su carta conspirativa con Lenin, del hecho de que se le está persuadiendo para que huya y de que, si es necesario, "desaparecerá, por supuesto". Como veremos, la carta cayó en manos de los gendarmes, que no tuvieron ningún problema en establecer la identidad del remitente y de todas las personas que mencionaba. Sólo hay una explicación para esta imprudencia: ¡la vanidad impaciente! El "Sosso del Cáucaso", que tal vez no se había hecho notar lo suficiente en 1904, no pudo resistir la tentación de

hacer saber a los bolcheviques de Moscú que el propio Lenin le había colocado ahora entre los militantes centrales del partido.

Sin embargo, la vanidad sólo desempeña un papel secundario. La clave de esta enigmática carta está en la última parte. "Por supuesto, hemos oído hablar de esta 'tempestad en un vaso de agua' en el extranjero: el bloque Lenin-Plejánov, por un lado, y el bloque Trotsky-Mártov-Bogdánov, por otro. La actitud de los obreros hacia el primer bloque es favorable, que yo sepa. Pero los obreros empiezan a mirar con desdén a la emigración en general: "¡Que pidan la luna todo lo que quieran! Pero nosotros, a quienes nos importan los intereses del movimiento, ¡trabajaremos y lo demás se arreglará! En mi opinión, eso es lo mejor que se puede hacer." ¡Increíbles líneas! Stalin consideraba la lucha de Lenin contra el liquidacionismo y el conciliacionismo como una "tormenta en un vaso de agua". "Los obreros empiezan a mirar con desdén a la emigración" (incluido el estado mayor bolchevique) y Stalin está con ellos. "Nosotros, a quienes nos importan los intereses del movimiento, trabajamos, y el resto se arreglará". Los intereses del movimiento parecen independientes de la lucha teórica que elabora su programa.

Entre ambos documentos, aunque cueste creerlo, ¡no habían transcurrido más de veinticuatro días! En la carta a Lenin, las delimitaciones y reagrupaciones que tienen lugar en el extranjero parecen tener una importancia decisiva para la actividad práctica en Rusia. Esta actividad misma se define modestamente como una "aplicación" de los "principios" desarrollados en la emigración. En la carta dirigida a los prácticos rusos, la lucha de los emigrados en su conjunto no es más que objeto de burla. Si en la primera carta Lenin es calificado de "mujik astuto" que sabe "dónde se esconden los cangrejos de río" (este proverbio ruso no significa en absoluto, por cierto, lo que Stalin quiere decir), en la segunda carta Lenin aparece simplemente como un emigrado maníaco que pide la luna. "La lógica de las cosas sigue, por su propia naturaleza, principios estrictos. Pero la lucha por esta lógica resulta ser una 'tormenta en un vaso de agua'. Si los obreros de Rusia empiezan a mirar con desdén la "emigración", incluida la lucha de Lenin por los principios". Stalin estaba halagando claramente la indiferencia hacia la teoría y el falso sentido de superioridad de los prácticos miopes.

Un año y medio más tarde, cuando, bajo la influencia del renacimiento que ya empezaba a hacerse sentir, la lucha se hizo aún más encarnizada en la emigración, el sentimental medio bolchevique Gorki se quejaba en una carta a Lenin de las "riñas" de la emigración, de la tormenta en el vaso de agua. "En cuanto a las riñas de los socialdemócratas (le respondió Lenin bruscamente), a quienes les gusta gritar sobre ellas es a los burgueses, a los liberales, a los socialistas-revolucionarios, a los que tienen una actitud poco seria ante las grandes cuestiones, a los que siguen a los demás, se dedican a la diplomacia, se contentan con el eclecticismo..." "El asunto de los que han comprendido que las 'riñas' tienen raíces en las ideas...", insiste en una carta posterior, "es ayudar a las masas a descubrir estas raíces y no darles la razón cuando consideran estas disputas como un asunto personal de los generales." Gorki insistió: "Actualmente en Rusia hay muchos jóvenes excelentes entre los obreros, pero se oponen fervientemente a la emigración..." Lenin replicó: "Es cierto, pero no es culpa de los 'dirigentes'. Hay que unir lo que se ha separado, pero insultar a los dirigentes es barato, trivial y de poca utilidad..." Es como si en sus templadas respuestas a Gorki, Lenin polemizara indignado contra Stalin.

Una cuidadosa comparación de las dos cartas, que el autor pensó que nunca se encontrarían, es extremadamente valiosa para comprender el carácter y los procedimientos de Stalin. Su verdadera actitud hacia los "principios" se expresa con mayor precisión en la segunda carta: "Trabajemos, y el resto se hará solo". Estas eran las concepciones básicas de muchos conciliadores que no alcanzaban a ver muy lejos. Stalin utilizó expresiones crudamente despectivas hacia los "emigrados", no sólo porque la

crudeza le es generalmente característica, sino sobre todo porque contaba con la simpatía de los "prácticos", de Guermanov en particular. Conocía bien su estado de ánimo por Golubev, recién deportado de Moscú. El trabajo en Rusia iba mal, la organización clandestina había llegado al punto más bajo de su decadencia y los prácticos estaban siempre dispuestos a descargar su bilis contra los emigrados, que hacían mucho ruido por nimiedades.

Para comprender la finalidad práctica de la duplicidad de Stalin debemos recordar que Guermanov, que unos meses antes había propuesto la candidatura de Koba al comité central, estaba estrechamente vinculado a otros conciliadores influyentes en los niveles más altos del partido. Koba creyó oportuno mostrar a este grupo su solidaridad con él. Pero era demasiado consciente del poder de la influencia de Lenin y por eso empezó con una declaración de lealtad a los "principios". En la carta a París, se adaptaba a la intransigencia de Lenin, a la que temía; en la carta a los bolcheviques de Moscú, les incitaba contra Lenin, que "pedía la luna" indiscriminadamente. La primera carta es una burda repetición de los artículos de Lenin contra los conciliadores. La segunda repetía los argumentos de los conciliadores contra Lenin. Y todo esto con veinticuatro días de diferencia.

Es cierto que la carta al "camarada Simón" contiene una frase prudente: la emigración "no lo es todo y ni siquiera es lo principal. Lo principal es la organización del trabajo en Rusia". Por otra parte, en la carta a los bolcheviques de Moscú, hay una observación aparentemente lanzada por casualidad: la actitud de los obreros hacia el bloque Lenin-Plejánov es, por lo que yo sé, favorable". Pero lo que en una carta es una corrección secundaria se convierte en la siguiente en el punto de partida de un desarrollo de ideas en la dirección opuesta. Reservas imperceptibles, casi mentales, pretenden aparentemente suavizar la contradicción entre las dos cartas. En realidad, sólo traicionan la mala conciencia del autor.

La técnica de la intriga, por primitiva que sea, es suficiente para el propósito. Koba deliberadamente no escribió directamente a Lenin, prefiriendo dirigir su carta a "Simón": esto le permitió hablar de Lenin en un tono de admiración familiar, sin obligarle a profundizar en la cuestión. Al parecer, los verdaderos motivos de Koba no permanecieron en secreto para Lenin. Pero trató el asunto como un político. Un revolucionario profesional que, en el pasado, había demostrado voluntad y decisión, ahora quería ascender dentro del aparato del partido. Lenin tomó nota. Por su parte, Guermanov también tomó nota de que los conciliadores tendrían un aliado en Koba. Así pues, el objetivo se había logrado, al menos por el momento. Después, ya veremos. Koba tenía talento suficiente para convertirse en un miembro destacado del comité central. Su ambición era totalmente legítima. Pero la forma en que el joven revolucionario alcanzó su objetivo fue asombrosa: ¡duplicidad, mentiras y cinismo intelectual!

En la actividad clandestina se destruían las cartas comprometedoras y el contacto personal con los emigrantes era raro: Koba no temía que sus dos cartas pudieran ser comparadas. Si estos dos valiosísimos documentos humanos se han conservado para la posteridad, el mérito debe atribuirse enteramente a los censores de la oficina de correos zarista. El 23 de diciembre de 1925, cuando el régimen totalitario estaba aún muy lejos de alcanzar el automatismo actual, el periódico de Tiflis *Zaria Vostoka* [Amanecer del Este] publicó por descuido la carta de Koba a los bolcheviques de Moscú, que había sido encontrada en los archivos zaristas. No es difícil imaginar la bronca que recibieron los desafortunados redactores. La carta nunca volvió a publicarse y ninguno de los biógrafos oficiales la mencionó jamás.

A pesar de la gran necesidad de militantes, Koba no "desapareció inmediatamente", es decir, no huyó, sino que esperó, esta vez, a que expirara su condena.

Los periódicos publicaban noticias de reuniones estudiantiles y manifestaciones callejeras. No menos de diez mil personas se habían reunido en la Perspectiva Nevsky. Los obreros empezaban a unirse a los estudiantes. "¿No es éste el principio de un cambio?", se preguntaba Lenin en un artículo unas semanas antes de recibir la carta enviada por Koba desde su lugar de deportación. En los primeros meses de 1911, la recuperación se hizo inconfundible. Koba, que ya contaba con tres fugas en su haber, esperaba ahora tranquilamente el final de su condena. El período del nuevo despertar primaveral le dejó prácticamente indiferente. Podría pensarse que, con el recuerdo de la experiencia de 1905, temía la nueva oleada.

Todos los biógrafos, sin excepción, hablan de otra huida de Koba. De hecho, no fue necesaria ninguna fuga: su deportación terminó en julio de 1911. El departamento de policía de Moscú, mencionando de pasada a Yossif Djugachvili, lo describió esta vez como alguien que había "cumplido un plazo de deportación administrativa a la ciudad de Solvychegodsk". La conferencia de los miembros bolcheviques del comité central, que entretanto se había celebrado en el extranjero, nombró una comisión especial para preparar la conferencia del partido, comisión compuesta, al parecer, por Koba y otras cuatro personas. Después de su deportación, fue a Bakú y Tiflis para agitar a los bolcheviques locales y animarlos a participar en la conferencia. En el Cáucaso no había organizaciones bien definidas y era necesario, por así decirlo, empezar de cero. Los bolcheviques de Tiflis aprobaron un llamamiento escrito por Koba sobre la necesidad de un partido revolucionario. "Desgraciadamente, además de los obstáculos políticos, los provocadores y otros canallas, los obreros avanzados, en nuestra propia causa de fortalecer nuestro partido socialdemócrata, debemos tropezar con un nuevo obstáculo en nuestras propias filas, a saber, personas de psicología burguesa". Estos eran los liquidadores. El llamamiento terminaba con una de esas imágenes familiares a nuestro autor: "Las oscuras nubes sangrientas de la negra reacción que se ciernen sobre el país empiezan a disiparse, empiezan a dar paso a las nubes tormentosas de la ira y la revuelta populares. Hay relámpagos sobre el negro telón de fondo de nuestras vidas, y a lo lejos se vislumbran destellos de luz, la tormenta se acerca..." El objetivo del llamamiento era anunciar la formación del grupo de Tiflis y permitir así a los pocos bolcheviques locales participar en la conferencia que iba a celebrarse.

Koba abandonó legalmente la provincia de Vologda. Es dudoso que fuera legalmente del Cáucaso a Petersburgo: a los antiguos deportados se les solía prohibir vivir en los centros del país durante un cierto tiempo. Pero, con o sin permiso, el provinciano llegó finalmente a la capital. El partido acababa de salir de su letargo. Las mejores fuerzas están en la cárcel, deportadas o emigradas. Precisamente por eso se necesitaba a Koba en Petersburgo. Su primera aparición en la arena de la capital fue, sin embargo, episódica. Entre el final de su deportación y su nueva detención no pasaron más de dos meses, de los que hay que deducir dos o tres semanas por el viaje al Cáucaso. No sabemos en absoluto cómo se familiarizó Koba con una situación hasta entonces desconocida para él, ni cómo se puso a trabajar en este nuevo entorno.

La única prueba de este periodo es una brevísima correspondencia enviada al extranjero por Koba, en la que se describe una reunión secreta de cuarenta socialdemócratas del distrito de Vyborg. Según esta correspondencia, la idea principal del informe presentado a la conferencia por un destacado liquidador se apoyaba en estas palabras: "No hay necesidad de organizaciones que se parezcan a un partido", ya que, para la actividad en el ámbito público, bastaba con tener "grupos de iniciativa" que se ocuparan de organizar conferencias públicas y sobre cuestiones jurídicas de seguridad social, política municipal, etc. El plan de los liquidadores para adaptarse a la nueva situación consistía en crear un "grupo del partido" que se encargara de organizar

reuniones públicas. El plan de los liquidadores para adaptarse a la monarquía pseudoconstitucional había encontrado, según la correspondencia, la resistencia unánime de los obreros, incluidos los mencheviques. Al final de la reunión, todos, excepto el ponente, votaron a favor de un partido revolucionario ilegal. Lenin, o Zinóviev, añadió a la carta de Petersburgo una nota editorial que decía: "La correspondencia del camarada merece la mayor atención de todos los que aprecian al partido... Es difícil imaginar una refutación mejor de las concepciones y esperanzas de nuestros conciliadores y pacificadores. ¿Es excepcional el caso descrito por el camarada K.? No, es un caso típico..." Sin embargo, es muy raro que "el partido reciba una información tan precisa, por lo que debemos estar agradecidos al camarada K." A propósito de este epílogo periodístico, la *Enciclopedia Soviética* escribió: "Las cartas y artículos de Stalin expresan la inquebrantable unidad en la lucha y en la orientación política que existía entre Lenin y su brillante compañero de armas". Para llegar a esta apreciación, hubo que publicar varias ediciones de la enciclopedia, una tras otra, exterminando al mismo tiempo a más de uno de los que las habían escrito.

Alliluyev cuenta que, al acercarse a él en los primeros días de septiembre, vio policías en su puerta y encontró a Stalin y a otro bolchevique georgiano en su piso. Cuando Alliluyev mencionó a los "soplones", Stalin soltó una réplica poco cortés: "¿Qué pasa? ¡Los camaradas se están convirtiendo en pequeños burgueses asustadizos y filisteos!" Pero la policía era real: el 9 de septiembre, Koba fue detenido y el 22 de diciembre llegó a su lugar de deportación, esta vez a Vologda, capital de la provincia del mismo nombre, en condiciones más favorables que antes. Es posible que su deportación fuera simplemente un castigo por su estancia ilegal en Petersburgo.

El centro bolchevique en el extranjero siguió enviando emisarios a Rusia para preparar la conferencia. Los vínculos entre los grupos socialdemócratas locales se establecieron lentamente, y a menudo se rompieron. Las provocaciones eran frecuentes y las detenciones se cobraban su precio. Sin embargo, la simpatía que la idea de la conferencia había despertado entre los obreros avanzados demostró de repente, en palabras de Olminsky, que "los obreros sólo habían tolerado a los liquidadores, pero que en el fondo estaban muy lejos de ellos". A pesar de las condiciones extremadamente difíciles, los emisarios consiguieron establecer vínculos con toda una serie de grupos ilegales locales. "Fue como un soplo de aire fresco", escribe Olminsky.

A la conferencia, que se inauguró en Praga el 5 de enero de 1912, asistieron quince delegados enviados por dos docenas de grupos locales, la mayoría de ellos muy débiles. De los informes de los delegados sobre los diversos grupos locales surgió una imagen bastante clara de la situación del partido: las pocas organizaciones locales estaban formadas casi exclusivamente por bolcheviques, con un gran porcentaje de provocadores, que traicionaban al grupo en cuanto levantaba cabeza. La situación era especialmente triste en el Cáucaso. "En Chiatury no hay ninguna organización", dijo Ordzhonikidze refiriéndose al único centro industrial de Georgia. "En Batum, tampoco hay organización. En Tiflis, "el mismo panorama. En los últimos años, no ha habido panfletos ni actividades ilegales. A pesar de la evidente debilidad de los grupos locales, la conferencia sintió un nuevo soplo de optimismo. Las masas se movían, el partido sentía un propicio viento en sus velas.

Las decisiones tomadas en Praga marcaron el rumbo del partido durante mucho tiempo. En primer lugar, la conferencia consideró necesario "crear núcleos socialdemócratas ilegales rodeados de una red lo más amplia posible de sociedades obreras legales de diversos tipos". La mala cosecha, que había condenado al hambre a dos millones de campesinos, confirmó una vez más, en palabras de la conferencia, "la imposibilidad de asegurar un desarrollo burgués algo normal en Rusia mientras su política

esté dirigida... por la clase terrateniente con su mentalidad feudal". "La toma del poder por el proletariado, arrastrando tras de sí al campesinado, sigue siendo la tarea de la revolución democrática en Rusia". La conferencia declaró que la fracción de los liquidadores estaba fuera del partido y llamó a todos los socialdemócratas, "sin distinción de tendencias ni matices", a dirigir la lucha contra el liquidacionismo por la restauración del partido ilegal. Habiendo completado así la ruptura con los mencheviques, la Conferencia de Praga inauguró la era de la existencia propia del Partido Bolchevique, con su propio comité central.

La reciente *Historia* del partido, publicada bajo la dirección de Stalin en 1938, afirma: "Los miembros del nuevo comité central eran Lenin, Stalin, Ordzhonikidze, Sverdlov, Goloshchekin, etc. Stalin y Sverdlov fueron elegidos miembros del comité central en su ausencia, ya que se encontraban en deportación". Sin embargo, en una colección oficial de documentos del partido (1926), leemos: "La conferencia eligió un nuevo comité central, del que formaban parte Lenin, Zinóviev, Ordzhonikidze, Spandarian, Victor (Ordynsky), Malinovsky y Goloshchekin". La historia no incluye a Zinóviev y al provocador Malinovsky en el comité central, pero sí a Stalin, que no figuraba en la antigua lista. La explicación de este enigma puede arrojar luz tanto sobre la situación de Stalin en el partido en aquella época como sobre los métodos actuales de la historiografía moscovita. De hecho, Stalin no fue elegido en la conferencia, sino que entró a formar parte del comité central poco después de la conferencia, mediante lo que se conoció como coaptación. Esto se menciona muy específicamente en el compendio oficial antes citado: "Posteriormente fueron cooptados al comité central los camaradas Koba (Dzhugashvili-Stalin) y Vladimir (Belosfotsky, antiguo obrero de la fábrica Putilov)". Asimismo, según documentos del departamento de policía de Moscú, Dzhugashvili entró en el comité central después de la conferencia "en virtud del derecho de coaptación que tenían los miembros del comité central". Sin excepción, todas las publicaciones periódicas soviéticas hasta finales de 1929, cuando se publicaron las instrucciones de Stalin que pusieron patas arriba la ciencia de la historia, daban exactamente la misma información. En 1937, en una publicación dedicada a la conferencia con motivo de su vigésimo quinto aniversario, leemos: "Stalin no pudo participar en los trabajos de la conferencia de Praga, pues estaba deportado a Solvychkegodsk. En aquel momento Lenin y el partido ya veían a Stalin como un dirigente importante... Por ello, a propuesta de Lenin, los delegados de la conferencia eligieron a Stalin miembro del comité central en su ausencia."

La cuestión de si Koba fue elegido para la conferencia o posteriormente coaptado para formar parte del comité central puede parecer secundaria. En realidad, no lo fue. Stalin quería entrar en el comité central. Lenin pensó que era necesario hacerlo entrar. La elección entre los diversos candidatos posibles era tan limitada que algunas figuras completamente secundarias fueron elegidas para el comité central. Sin embargo, Koba no fue elegido. ¿Por qué no fue elegido? Lenin no era en absoluto un dictador en el partido. ¡Y un partido revolucionario no habría permitido tal dictadura! Al parecer, tras las conversaciones preliminares con los delegados, Lenin consideró más razonable no presentar a Koba como candidato. Dmitriesky escribe: "Cuando Lenin admitió a Stalin en el comité central del partido en 1912, el acto provocó indignación. Nadie se opuso abiertamente. Pero la indignación se expresó en conversaciones privadas". La información de este antiguo diplomático, que en general es poco fiable, tiene sin embargo cierto interés como eco de los recuerdos y cotilleos intercambiados por la burocracia. Lenin, sin duda, se encontró con una seria oposición. Sólo había una opción: esperar a que terminara la conferencia y apelar al estrecho círculo de dirigentes que, o bien se

sometían a la recomendación de Lenin, o bien compartían su valoración del candidato. Así, Stalin entró por primera vez en el comité central por la puerta de atrás.

La historia de la organización interna del comité central sufrió las mismas metamorfosis. "El comité central... a propuesta de Lenin, formó un buró del comité central con Stalin a la cabeza para dirigir la actividad del partido en Rusia. En este buró ruso del comité central estaban, además de Stalin, Sverdlov, Spandarian, Ordzhonikidze, Kalinin". Esto es lo que dice Beria, que en el momento en que trabajamos en este capítulo acaba de ser nombrado jefe de la policía secreta de Stalin: sus méritos "científicos" no han quedado sin recompensa. Sin embargo, sería inútil buscar en los documentos pruebas que apoyen esta versión, que la reciente *Historia* repite. Ante todo, hay que decir que nunca se colocó a nadie "a la cabeza" de las instituciones del partido: tal forma de llevar a cabo las elecciones no existía en absoluto. Según un antiguo manual oficial, el comité central eligió "un buró compuesto por: Ordzhonikidze, Spandarian, Stalin y Goloshchekin". Es la misma lista que figura en las notas a las *Obras Completas* de Lenin. En los documentos del departamento de policía de Moscú, los tres primeros, "Timofei, Sergo y Koba", son nombrados, bajo sus nombres falsos, como miembros del buró ruso del comité central. No deja de ser interesante observar que, en todas las listas antiguas, Stalin ocupa invariablemente el último o penúltimo lugar, lo que evidentemente no habría podido ser el caso si se le hubiera colocado "a la cabeza". Goloshchekin, eliminado a tiempo del aparato por una de las últimas purgas, también se vio apartado del cargo de 1912; su lugar fue ocupado por el afortunado Kalinin. La historia se convirtió en arcilla dócil en manos del alfarero.

El 24 de febrero Ordzhonikidze comunica a Lenin que ha visitado a Ivanovich (Stalin) en Vologda: "He llegado a un acuerdo definitivo con él. Está satisfecho con el resultado del caso". Estas son las decisiones de la conferencia de Praga. Koba se enteró de que finalmente había sido coaptado para el "centro" que acababa de crearse. El 28 de febrero se libra de la deportación con su nuevo título de miembro del comité central. Tras una breve estancia en Bakú, se dirigió a Petersburgo. Dos meses antes había cumplido treinta y dos años.

El paso de Koba del ámbito provincial al nacional coincidió con un nuevo auge del movimiento obrero y el desarrollo relativamente generalizado de la prensa obrera. Bajo la presión de las fuerzas subterráneas, las autoridades zaristas habían perdido su anterior seguridad. La mano del censor se había debilitado. Las posibilidades legales se habían ampliado. El bolchevismo había aparecido en la arena pública, primero con un semanario, luego con un diario. Las posibilidades de influir en los obreros habían crecido de golpe. El partido seguía siendo clandestino, pero las redacciones de sus periódicos eran al mismo tiempo la sede legal de la revolución. El nombre de la *Pravda* de Petersburgo dio color a todo un periodo del movimiento obrero, cuando los bolcheviques eran llamados pravdistas. Durante los dos años y medio de existencia del periódico, el gobierno lo prohibió ocho veces, pero reapareció cada vez con un nombre similar. En las cuestiones más espinosas, *Pravda* se vio obligado a menudo a limitarse a alusiones y a hacerse oír a medias. Pero los agitadores y los llamamientos clandestinos decían por él lo que no podía decir abiertamente. Los obreros avanzados también habían aprendido a leer entre líneas. La tirada de cuarenta mil ejemplares puede parecer modesta para los estándares de Europa occidental o Estados Unidos. Pero con la acústica política de la Rusia zarista en alza, el periódico bolchevique encontró eco entre cientos de miles de personas más allá de sus suscriptores y lectores inmediatos. Así fue como la joven generación revolucionaria se reunió en torno a *Pravda*, bajo el liderazgo de los veteranos que se habían mantenido firmes durante los años de la reacción. "La *Pravda* de 1912 es la piedra angular de la

victoria del bolchevismo en 1917", escribió más tarde Stalin, sin dejar de señalar su participación en esta actividad.

Lenin, que aún no había recibido la noticia de la huida de Stalin, se quejó el 15 de marzo: "Nada de Ivanovich. ¿Qué pasa con él? ¿Dónde está? ¿Cómo está?" Los hombres escaseaban. Ni siquiera había los hombres adecuados en la capital. En la misma carta, Lenin escribió que en Petersburgo había una necesidad "endiablada" de una persona legal, "porque las cosas van mal por allí. Es una guerra furiosa y difícil. No tenemos información, ni dirección, ni control sobre el periódico". La "guerra furiosa y difícil" era la que Lenin libraba contra los redactores de *Zviezda*, que no querían hacer la guerra contra los liquidadores. "Si lucháis más enérgicamente contra el *Zhivoye Dyelo* [La Causa Viva, el periódico de los liquidadores], la victoria está asegurada. Si no, las cosas van mal. No tengáis miedo a la polémica...", insistía Lenin en marzo de 1912. Este fue el leitmotiv de todas sus cartas de ese periodo.

"¿Qué le pasa? ¿Dónde está? ¿Cómo está?" Esto es lo que podríamos repetir con Lenin. El verdadero papel de Stalin, desempeñado como siempre entre bastidores, no es fácil de determinar: se requiere un cuidadoso análisis de los hechos y los documentos. Sus plenos poderes, como miembro del comité central de Petersburgo, es decir, como uno de los dirigentes oficiales del partido, se extendían evidentemente también a la prensa legal. Sin embargo, este hecho estuvo condenado al más completo olvido hasta que llegaron las instrucciones a los "historiadores". La memoria colectiva tiene sus leyes, que no siempre coinciden con los reglamentos del partido. *Zviezda* se había fundado en diciembre de 1910, cuando habían aparecido los primeros signos de recuperación. Lenin, Zinóviev y Kámenev", dice una nota oficial, "participaron intensamente desde el extranjero en la preparación de la publicación y en el trabajo editorial". Los editores de las *Obras Completas* de Lenin nombran a once personas entre los principales colaboradores en Rusia, olvidando incluir a Stalin. Sin embargo, no cabe duda de que colaboró con el periódico y, en virtud de su posición, tuvo influencia sobre él. Encontramos la misma falta de memoria (deberíamos decir ahora: sabotaje de la memoria) en todos los viejos manuales y libros de memoria. Incluso en el número especial que *Pravda* dedicó a su decimoquinto aniversario en 1927, ni un solo artículo, ni siquiera el principal, mencionaba el nombre de Stalin. Cuando se estudian publicaciones antiguas, ¡a veces no puede uno creer lo que ven sus ojos!

La única excepción, hasta cierto punto, son los primeros recuerdos de Olminsky, antiguo colaborador de *Zviezda* y *Pravda*, que caracteriza el papel de Stalin en los siguientes términos: "Stalin y Sverdlov aparecieron en Petersburgo en varias ocasiones tras su huida de la deportación... Su presencia en Petersburgo (hasta su nueva detención) fue breve, pero consiguieron producir un efecto considerable en la actividad del periódico, la facción, etc." Esta simple indicación, hecha no en el texto principal sino en una nota a pie de página, caracteriza probablemente la situación con mayor exactitud. Stalin apareció en Petersburgo durante muy poco tiempo, ejerció presión sobre la organización, sobre la fracción en la duma, sobre el periódico, y volvió a desaparecer. Sus apariciones fueron demasiado episódicas, su influencia demasiado derivada del aparato, sus ideas y artículos demasiado intrascendentes para ser recordados. Cuando los hombres no escriben sus memorias bajo coacción, no recuerdan las funciones oficiales de los burócratas, sino la actividad real de las personas vivas, los hechos claros, las fórmulas precisas, las propuestas originales. Stalin nunca destacó por algo así. No es de extrañar que, junto al brillante original, nadie recordara la copia gris. Por supuesto, Stalin no se limitaba a repetir a Lenin. Estaba obligado a apoyar a los conciliadores, y al mismo tiempo seguía las dos líneas que conocemos por sus cartas de Solvychegodsk: con Lenin contra los liquidadores, y con los conciliadores contra Lenin. Siguió la primera línea abiertamente,

la segunda enmascaradamente. Pero la lucha que libró contra el centro en el extranjero no inspiró a los autores de las memorias, aunque por otra razón: todos ellos participaron, activa o pasivamente, en el "compló" de los conciliadores contra Lenin y posteriormente prefirieron apartarse de esta página del pasado del partido. Sólo después de 1929 la posición oficial de Stalin en 1912, como representante del comité central, se convirtió en la base de una nueva interpretación del período de preguerra.

Stalin no podía poner su sello personal en el periódico, aunque sólo fuera porque, por naturaleza, no era en absoluto un periodista. De abril de 1912 a febrero de 1913, según los cálculos de uno de sus estrechos colaboradores, publicó "no menos de dos docenas de artículos" en la prensa bolchevique, una media de unos dos artículos al mes. Y todo ello en un momento de lo más candente, ¡cuando la vida planteaba cada día nuevas cuestiones! Es cierto que ese año Stalin pasó unos seis meses deportado. Pero contribuir con la *Pravda* desde Solvytdsk o Vologda era mucho más fácil que desde Cracovia, desde donde Lenin y Zinóviev enviaban sus artículos y cartas todos los días. La lentitud y la extrema cautela, la falta de recursos literarios y, finalmente, la extraordinaria indolencia oriental, hicieron improductiva la pluma de Stalin. Sus artículos, de tono más confiado que en los años de la primera revolución, llevan aún la marca indeleble de la mediocridad.

"Después de las manifestaciones obreras por reivindicaciones económicas", escribió en *Zviezda* el 15 de abril, "vinieron sus manifestaciones políticas. Después de las huelgas por salarios más altos vinieron las protestas, las reuniones y las huelgas políticas con motivo de los tiroteos en el Lena... Sin duda, las fuerzas clandestinas del movimiento emancipador estaban trabajando. ¡Salve, primeras golondrinas!" La imagen de las "golondrinas" como símbolo de las "fuerzas clandestinas" es típica del estilo de nuestro autor. Pero al final, lo que quiere decir está claro. Sacando "conclusiones" de las llamadas "jornadas del Lena", Stalin analizó, como siempre, de forma esquemática, sin colores brillantes, la conducta del gobierno y de los partidos políticos, denunció las "lágrimas de cocodrilo" derramadas por la burguesía por las ejecuciones de obreros y terminó con una advertencia: "Ahora que llega la primera ola de la marea ascendente, las fuerzas oscuras que se habían escondido tras los biombos de lágrimas de cocodrilo empiezan a mostrarse de nuevo". A pesar del efecto inesperado de una imagen como "biombos de lágrimas de cocodrilo", que resulta especialmente extraña sobre el fondo gris del texto, el artículo dice en general más o menos lo que hay que decir y lo que podrían haber dicho decenas de otros activistas. Pero es precisamente el "más o menos" de la presentación, no sólo del estilo, sino del propio análisis, lo que hace que la lectura de las obras literarias de Stalin sea tan insoportable como lo es la música discordante para un oído sensible. "... Precisamente hoy, Primero de Mayo", escribió en un llamamiento ilegal, "cuando la naturaleza despierta de su sueño invernal, cuando los campos y las montañas se cubren de verdor, cuando los campos y los prados se adornan con flores, cuando el sol empieza a calentar con más fuerza, el aire se llena de la alegría de la renovación y la naturaleza baila y se regocija, es precisamente en este día cuando los trabajadores han decidido declarar al mundo que traen a la humanidad la primavera y la emancipación de los grilletes del capitalismo... El océano del movimiento obrero se extiende cada vez más... El mar de la cólera proletaria se levanta en altas olas... Y, seguros de su victoria, tranquilos y poderosos, los trabajadores avanzan orgullosos por el camino de la tierra prometida, por el camino del socialismo luminoso." Aquí la revolución de Petersburgo habla el lenguaje de las homilías de Tiflis.

La oleada de huelgas creció y los vínculos con los obreros se multiplicaron. El semanario dejó de satisfacer las necesidades del movimiento. *Zviezda* abrió una suscripción para un diario. "A finales del invierno de 1912", escribió el exdiputado Poletayev, "Stalin, que había escapado de la deportación, apareció en Petersburgo. La

creación del periódico obrero fue más rápida." En el artículo "Sobre el décimo aniversario de *Pravda*" (1922), el propio Stalin cuenta lo siguiente: "Fue a mediados de abril de 1912, una noche, en el alojamiento de Poletayev, cuando dos diputados de la duma (Pokrovsky y Poletayev), dos periodistas (Olminsky y Baturin) y yo, miembro del comité central..., nos pusimos de acuerdo sobre la plataforma de *Pravda* y preparamos el primer número del periódico". La responsabilidad de Stalin en la plataforma de *Pravda* es establecida aquí por él mismo. La esencia de esta plataforma puede resumirse en estas palabras: "Trabajemos, y el resto se hará solo". Por supuesto, el propio Stalin fue arrestado el 22 de abril, el día en que apareció el primer número de *Pravda*. Pero durante casi tres meses, *Pravda* se atuvo obstinadamente a la plataforma elaborada con su participación. La propia palabra "liquidador" fue prohibida en el vocabulario del periódico. "Era necesaria una lucha sin cuartel contra el liquidacionismo", escribió Krúpskaya. "Por eso Vladimir Ilich estaba tan preocupado por el hecho de que al principio *Pravda* eliminara regularmente de sus artículos pasajes polémicos contra los liquidadores. Escribió airadas cartas a *Pravda*. Algunas de ellas (una proporción muy pequeña, al parecer) han visto la luz a veces, aunque raramente", se quejaba más adelante, "incluso los artículos de Ilich desaparecían sin dejar rastro. A veces sus artículos se apartaban y no se publicaban inmediatamente. Ilich se irritaba y escribía airadas cartas a *Pravda*, pero no servía de mucho. La pelea con los editores de *Pravda* fue consecuencia directa de la pelea con los editores de *Zviezda.* "Es imposible, dañino, pernicioso y ridículo ocultar nuestros desacuerdos a los obreros", escribió Lenin el 11 de julio de 1912. Unos días después, exigió al secretario de redacción, Molotov, actual presidente del consejo de comisarios del pueblo, que explicara por qué el periódico "elimina obstinada y sistemáticamente de mis artículos y de los de otros colaboradores cualquier mención a los liquidadores". Mientras tanto, se acercaban las elecciones a la cuarta duma. Lenin lanzó una advertencia: "Las elecciones a la curia obrera en Petersburgo irán acompañadas sin duda de una lucha sin cuartel con los liquidadores. Esta será la cuestión más candente para los obreros avanzados. Y su periódico guardará silencio, evitará la palabra liquidador... Evitar estas cuestiones es un suicidio".

Desde Cracovia, Lenin podía ver claramente el compló silencioso pero obstinado de los dirigentes conciliadores del partido. Sin embargo, estaba demasiado convencido de que tenía razón. El rápido despertar del movimiento obrero estaba destinado a plantear los problemas fundamentales de la revolución de una manera tan tajante, socavando el suelo bajo los pies no sólo de los liquidadores sino también de los conciliadores. La fuerza de Lenin no radicaba en saber construir un "aparato" (sin duda sabía cómo hacerlo), sino en saber en todos los momentos críticos cómo utilizar la energía viva de las masas para superar las concepciones estrechas de miras y el conservadurismo inherentes a cualquier aparato. Esta vez ocurrió lo mismo. Bajo la creciente presión de los obreros y los latigazos de Cracovia, *Pravda* abandonó gradual e implacablemente su posición de neutralidad contemporizadora.

Stalin permaneció en la prisión de Petersburgo algo más de dos meses. El 2 de julio fue deportado de nuevo, esta vez por cuatro años, más allá de los Urales, al norte de la provincia de Tomsk, en la región de Narym, famosa por sus bosques, lagos y pantanos. Vereshchak, a quien ya conocemos, volvió a encontrarse con Koba en el pueblo de Kolpachevo, donde pasó unos días de camino a su destino. Allí estaban Sverdlov, I. Smirnov y Lashévich, viejos bolcheviques de tiempo atrás. No hubiera sido fácil predecir que Lashévich sería deportado por Stalin, que Smirnov sería fusilado por él y que Sverdlov sólo se salvaría gracias a una muerte prematura. "La presencia de Stalin en la región de Narym", dice Vereshchak, "reavivó la actividad de los bolcheviques y estuvo marcada por toda una serie de fugas. Después de varias otras, escapó el propio Stalin: "Se

marchó, casi abiertamente, con el primer vapor de la primavera...” En realidad, Stalin escapó a finales de verano. Fue su cuarta fuga.

A su regreso a Petersburgo, el 12 de septiembre, se encontró con que la situación había cambiado considerablemente. Hay huelgas tumultuosas. Los obreros vuelven a tomar las calles con consignas revolucionarias. La política de los mencheviques está claramente desacreditada. La influencia de *Pravda* ha crecido considerablemente. Se acercan las elecciones a la duma estatal. Ahora es Cracovia quien marca el tono de la agitación electoral. Se toman posiciones. Los bolcheviques participan en la lucha electoral independientemente de los liquidadores y contra ellos. Unir a los obreros bajo la bandera de las tres consignas centrales de la revolución democrática: república, jornada de ocho horas y confiscación de los latifundios; liberar la democracia pequeñoburguesa de la influencia de los liberales; atraer a los campesinos al lado de los obreros: éstas eran las ideas rectoras del programa electoral de Lenin. Combinando una audaz amplitud de pensamiento con una incansable atención a los detalles. Lenin era quizás el único marxista que había estudiado a fondo todos los trucos y trampas de la ley electoral de Stolypin. Después de dar a la campaña electoral su inspiración política, la dirigió prácticamente día a día. Para ayudar a Petersburgo, envió desde el extranjero artículos, instrucciones y emisarios cuidadosamente preparados.

Safarov, que ahora se encuentra entre los desaparecidos, hizo escala en Cracovia en la primavera de 1912 en su viaje de Suiza a Petersburgo, donde se enteró de que Inessa, una destacada activista del partido políticamente cercana a Lenin, también partía para ayudar en la campaña electoral. “Durante dos días, Ilich nos llenó literalmente la cabeza de instrucciones”. Las elecciones para delegados a la curia obrera se fijaron en Petersburgo para el 16 de septiembre. El día 14, Inessa y Safarov fueron detenidos. “Pero la policía aún no sabía”, escribió Krúpskaya, “que Stalin, que había huido de la deportación, había llegado el día 12”. Las elecciones a la curia fueron un gran éxito. Krúpskaya no dice: “Gracias a Stalin”. Simplemente pone dos frases una detrás de otra. Es una medida de autodefensa pasiva. “Stalin, que acababa de huir de Narym, apareció en reuniones no anunciadas celebradas en varias fábricas”, leemos en la nueva edición de las memorias del exdiputado Badayev (esto no estaba en la primera edición). Según Alliluyev, que no escribió sus memorias hasta 1937, Stalin dirigió inmediatamente toda la enorme campaña electoral para la cuarta duma... Viviendo ilegalmente en Petersburgo, sin un asilo permanente claramente definido y no queriendo molestar a ninguno de sus camaradas cercanos hasta muy tarde por la noche, después de una reunión obrera que había durado hasta tarde, impulsado también por consideraciones de conspiración, Stalin pasaba muy a menudo el resto de la noche en alguna taberna, detrás de un vaso de té. Allí conseguía a veces “echar una cabezadita, sentado en la taberna llena de humo de majorka”.

Stalin no podía haber ejercido mucha influencia en el resultado de las elecciones en el primer periodo de la campaña, cuando era necesario entrar en contacto directo con los votantes obreros, no sólo por la debilidad de sus recursos oratorios, sino también porque sólo disponía de cuatro días. Por otra parte, tuvo que desempeñar un papel importante en las últimas etapas de este sistema de sufragio en varias fases, cuando fue necesario mantener unidos a los delegados y guiarlos desde lejos, entre bastidores, apoyándose en el aparato ilegal. En este ambiente, Stalin se encontraba sin duda más a gusto que en ningún otro. Un documento importante de la campaña electoral fueron las *Instrucciones de los obreros petersburgueses a sus diputados*. En la primera edición de sus memorias, Badaev dice que las *Instrucciones* fueron redactadas por el comité central; en la nueva edición, la autoría se atribuye a Stalin personalmente. La explicación más

probable es que fueran el resultado de un esfuerzo colectivo, en el que es posible que Stalin, como representante del comité central, tuviera la última palabra.

"... Creemos [afirman las *Instrucciones*] que Rusia está en vísperas de movimientos de masas, quizá más profundos que en 1905... El iniciador de estos movimientos será, como en 1905, la clase más avanzada de la sociedad, el proletariado ruso. Su aliado sólo puede ser el campesinado, que tanto sufre y que está vitalmente interesado en la emancipación de Rusia". Lenin escribió a los redactores de *Pravda*: "No dejéis de publicar estas *Instrucciones*... en un lugar destacado y con letra grande". El congreso de delegados de las diversas provincias aprobó las instrucciones bolcheviques por abrumadora mayoría. En estos días ardientes Stalin se vuelve más activo, incluso como publicista: encontramos cuatro artículos suyos en *Pravda* en una semana. Los resultados de las elecciones en Petersburgo, como en todos los demás centros industriales, fueron muy favorables. Los candidatos bolcheviques fueron elegidos en seis de las provincias industriales más importantes, en las que se encontraban cerca de cuatro quintas partes de la clase obrera. Siete liquidadores fueron elegidos, principalmente gracias a los votos de la pequeña burguesía urbana. "A diferencia de las elecciones de 1907", escribió Stalin en una corresponsalía para el órgano central publicado en el extranjero, "las elecciones de 1912 coincidieron con el despertar revolucionario de los obreros. Precisamente por eso los obreros, tan ajenos a las tendencias boicoteadoras, lucharon activamente por sus derechos electorales. Una comisión gubernamental intentó invalidar las elecciones en las fábricas más grandes de Petersburgo. Los obreros respondieron con una huelga de protesta unánime y salieron victoriosos. No estará de más señalar [añadió el autor de la corresponsalía] que la iniciativa de las huelgas corresponde al representante del comité central..." Se trataba del propio Stalin. Las conclusiones políticas de la campaña electoral son: "La vitalidad y el poder de la socialdemocracia revolucionaria es la primera conclusión. La bancarrota política de los liquidadores, es la segunda conclusión". Eso era cierto.

Los siete mencheviques, casi todos intelectuales, intentaron poner bajo su control a los seis bolcheviques, obreros sin experiencia política. A finales de noviembre, Lenin escribió personalmente a Stalin ("Vasiliev"): "Si los seis que tenemos proceden de la curia obrera, es imposible someterse en silencio a todos estos siberianos. Los seis deben lanzar la protesta más enérgica si los que tienen la mayoría de votos intentan controlarlos..." La respuesta de Stalin a esta carta, como a muchas otras, permanece oculta bajo siete llaves. Pero el llamamiento de Lenin no encontró ninguna simpatía: los seis mismos antepusieron la unidad con los liquidadores, que habían sido declarados "fuera del partido", a su propia independencia política. En una resolución especial impresa en *Pravda*, la fracción unificada declaró que "la unidad de la socialdemocracia es una necesidad urgente", se declaró a favor de fusionar *Pravda* con el periódico de los liquidadores *Luch* [El Rayo] y, como primer paso en esta dirección, recomendó a todos sus miembros que colaboraran con ambos periódicos. El 18 de diciembre, el menchevique *Luch* publicó triunfalmente los nombres de cuatro diputados bolcheviques (dos de los seis bolcheviques se habían negado) en su lista de colaboradores, y los nombres de los miembros de la fracción menchevique se publicaron al mismo tiempo en la cabecera de *Pravda*. El conciliacionismo había obtenido una nueva victoria, que básicamente invalidaba, en espíritu y en letra, las decisiones de la conferencia de Praga.

Pronto apareció otro nombre en la lista de colaboradores de *Luch*: el de Gorki. Olía a conspiración. "¿Y qué le parece estar en el *Luch*?", escribió Lenin a Gorki con tres signos de interrogación. "¿Sigue usted a los diputados? Sin embargo, simplemente han caído en una trampa..." En el momento del efímero triunfo de los conciliadores, Stalin estaba en Petersburgo y ejercía el control del comité central sobre la fracción y *Pravda*.

No se menciona que protestara contra las decisiones que asestaban un cruel golpe a la política de Lenin: una señal segura de que el propio Stalin estaba entre bastidores, donde se llevaban a cabo las maniobras de los conciliadores. Exculpándose posteriormente de su pecado, el diputado Badaev escribió: "Como en todos los demás casos, nuestra decisión... se ajustaba al estado de ánimo que prevalecía en los círculos dirigentes del partido donde teníamos en aquel momento la posibilidad de discutir nuestra actividad". Este circunloquio se refiere al buró del comité central en Petersburgo y sobre todo a Stalin: Badayev pidió cautelosamente que no se trasladara a los dirigidos la responsabilidad de la falta cometida por los dirigentes.

Hace unos años se observó en la prensa soviética que la historia de la lucha interna entre Lenin, por una parte, y la fracción y la redacción de *Pravda*, por otra, aún no había sido suficientemente aclarada. En los últimos años, se tomaron todas las medidas para dificultar aún más esta aclaración. La correspondencia de Lenin durante este período crítico aún no ha sido publicada en su totalidad. El historiador sólo tiene a su disposición aquellos documentos que, por una razón u otra, fueron retirados de los archivos antes del establecimiento del control totalitario. Sin embargo, incluso de estos fragmentos dispersos surge una imagen clara. La intransigencia de Lenin era sólo la otra cara de su visión realista. Insistió en que la escisión debía producirse a lo largo de la línea que en última instancia se convertiría en la línea divisoria de la guerra civil. El Stalin empírico era orgánicamente incapaz de ver tan lejos. Luchó enérgicamente contra los liquidadores en época de elecciones para conseguir sus propios diputados: éste fue un importante punto de apoyo. Pero una vez resuelta esta tarea organizativa, no consideró necesario levantar otra "tormenta en un vaso de agua", sobre todo teniendo en cuenta que los mencheviques, bajo la influencia de la oleada revolucionaria, estaban bastante inclinados a hablar un nuevo lenguaje. No tenía sentido "pedir la luna". Para Lenin, toda la política se reducía a la educación revolucionaria de las masas. La lucha en el momento de la campaña electoral no tenía sentido para él si la fracción en la duma debía permanecer unida una vez pasadas las elecciones. Había que dar a los obreros la oportunidad de convencerse a cada paso, en cada acto, en cada acontecimiento, de que los bolcheviques se distinguían claramente de las demás agrupaciones políticas en todas las cuestiones fundamentales. Esta era la manzana de la discordia más importante entre Cracovia y Petersburgo.

Las vacilaciones de la fracción en la duma estaban estrechamente ligadas a la política de *Pravda*. En aquellos días", escribió Badayev en 1930, "*Pravda* estaba dirigida por Stalin, que vivía ilegalmente". Esto es también lo que escribió Saveliev, generalmente bien informado: "Mientras vivía ilegalmente, Stalin dirigió realmente el periódico en el otoño de 1912 y el invierno de 1912-1913. En esa época sólo se ausentaba por muy poco tiempo, para ir al extranjero, a Moscú y a otros lugares". Estos testimonios, que concuerdan con todos los hechos conocidos, no pueden ponerse en duda. Sin embargo, no puede decirse que Stalin dirigiera el periódico en el verdadero sentido de la palabra. El verdadero dirigente del periódico era Lenin. Todos los días enviaba artículos, reseñas de libros, propuestas, instrucciones y correcciones. Stalin, con su lentitud de pensamiento, no podía seguir el ritmo de este vivo torrente de ideas y propuestas, nueve décimas partes de las cuales le parecían superfluas o exageradas. La redacción era básicamente defensiva. No tenía ideas políticas propias y sólo trataba de limar las aristas de la política de Cracovia. Sin embargo, Lenin no sólo sabía cómo preservar estos bordes afilados, sino que también sabía cómo hacerlos aún más afilados. En estas condiciones, Stalin se convirtió naturalmente, entre bastidores, en el inspirador de la oposición conciliadora a la actitud ofensiva de Lenin.

Según los editores de las *Obras Completas* de Lenin (Bujarin, Molotov, Savelyev), "surgieron nuevos conflictos como consecuencia de la falta de energía en la polémica

contra los liquidadores una vez terminada la campaña electoral, y también con ocasión de la invitación hecha a los vperiodistas para colaborar con *Pravda*. Las relaciones empeoraron aún más en enero de 1913, después de que Stalin abandonara Petersburgo...” Esta frase cuidadosamente meditada, “empeoraron aún más”, muestra que incluso antes de la partida de Stalin las relaciones de Lenin con la redacción no se distinguían por su afabilidad. Pero Stalin había hecho todo lo posible para evitar convertirse en el “blanco” de los ataques.

Los miembros de la redacción tenían poca influencia en el partido, y algunos de ellos eran incluso figuras del azar. Lenin no habría tenido grandes dificultades para conseguir su sustitución. Pero encontraron apoyo en la actitud de las altas esferas del partido y en la del representante del comité central personalmente. Un conflicto agudo con Stalin, vinculado a la redacción y a la fracción, habría significado una conmoción en el personal del partido. Esto explica la política de Lenin, prudente a pesar de todas sus insistencias. El 13 de noviembre, reprochó a la redacción, “con el mayor disgusto”, no haber dedicado un artículo a la inauguración del Congreso Socialista Internacional de Basilea: “No habría sido nada difícil escribir un artículo así y la redacción de *Pravda* sabía que el congreso se inauguraba el domingo”. Probablemente Stalin estaba realmente sorprendido. ¿Un congreso internacional? ¿En Basilea? Eso estaba muy lejos de él. Pero la principal fuente de conflicto no fueron las meteduras de pata aisladas, aunque repetidas incesantemente, sino una diferencia fundamental en la forma de concebir el desarrollo del partido. La política de Lenin sólo tenía sentido desde el punto de vista de una audaz perspectiva revolucionaria; desde el punto de vista de la circulación del periódico o de la construcción del aparato, sólo podía parecer escandalosa. En el fondo de su alma, Stalin seguía considerando sectario al “emigrado” Lenin.

Merece la pena señalar aquí un incidente que ocurrió en aquella época. Lenin estaba muy necesitado en aquellos años. Cuando se creó *Pravda*, la redacción fijó unos honorarios para su inspirador y principal colaborador que, aunque extremadamente modestos, constituían su principal recurso financiero. Precisamente en el momento de exasperación del conflicto, el dinero dejó de llegar. A pesar de su excepcional delicadeza en asuntos de este tipo, Lenin se vio obligado a exigir. “¿Por qué no envían el dinero debido? El retraso nos está causando una gran vergüenza. Por favor, no pierdan tiempo.” El retraso en el envío del dinero difícilmente puede considerarse una especie de castigo (aunque, más tarde, cuando estuvo en el poder, Stalin no dudó en recurrir a tales procedimientos en todo momento). Pero si se trató siquiera de un simple descuido, arroja suficiente luz sobre las relaciones entre Petersburgo y Cracovia. En realidad, distaban mucho de ser cordiales.

La indignación contra *Pravda* estalló en las cartas de Lenin inmediatamente después de la partida de Stalin a Cracovia, adonde había acudido para participar en la conferencia del estado mayor del partido. No se puede dejar de tener la impresión de que Lenin sólo esperaba esta partida para aplastar el nido del conciliacionismo en Petersburgo, manteniendo abierta la posibilidad de un acuerdo amistoso con Stalin. Tan pronto como su adversario más influyente fue neutralizado, Lenin lanzó un ataque mortal contra la redacción petersburguesa. En una carta fechada el 12 de enero, dirigida a una persona de su confianza en Petersburgo, hablaba de la “imperdonable estupidez” cometida por *Pravda* en relación con un periódico de los obreros del textil, exigía que se corrigiera esa “estupidez”, etc. La carta estaba escrita enteramente de puño y letra de Krúpskaya. Pero se añadió lo siguiente de puño y letra de Lenin: “Hemos recibido una carta estúpida e insolente de la redacción. No responderemos. Debemos deshacernos de ellos... Nos preocupa mucho no tener noticias sobre el plan de reorganización de la redacción... Es sumamente necesaria una reorganización y, mejor aún, la eliminación completa de todos

los implicados en el asunto. Todo el asunto se está llevando de una manera absurda. Alaban al Bund y al *Zeit* [publicación judía oportunista]. No saben cómo luchar contra el *Luch*, su actitud hacia los artículos [es decir, los del propio Lenin] es monstruosa. Realmente se me ha acabado la paciencia...” El tono de la carta muestra que la indignación de Lenin, que sabía contener cuando era necesario, había llegado a un punto extremo. La crítica despiadada del periódico se refiere a todo el período durante el cual la dirección inmediata recayó en Stalin. ¿Quién escribió exactamente la “estúpida e insolente carta de la redacción”? Esto aún no se ha revelado, y obviamente no por casualidad. Probablemente no la escribió Stalin: era demasiado cauto para eso; además, probablemente ya estaba fuera de Petersburgo. Lo más probable es que la carta fuera escrita por Molotov, el secretario oficial de la redacción, que era tan propenso a la grosería como Stalin, pero carecía de la flexibilidad de éste. No es difícil adivinar el carácter de la “estúpida e insolente carta”: “nosotros” somos la redacción, “nosotros” decidimos, vuestras pretensiones de emigrantes son para nosotros una “tormenta en un vaso de agua”, podéis, si queréis, “pedir la luna”, nosotros “trabajaremos”.

Podemos ver en las siguientes líneas de su carta lo resuelto que estaba Lenin esta vez a la hora de abordar el conflicto que se había prolongado durante tanto tiempo. “¿Qué se ha hecho respecto al control del dinero? ¿Quién ha recibido el dinero de las suscripciones? ¿En manos de quién está? ¿De cuánto se trata?” Al parecer, Lenin no descartaba la posibilidad misma de una ruptura y se preocupaba por mantener la base financiera en sus propias manos. Pero no se llegó a la ruptura, los conciliadores, desconcertados, ni siquiera se atrevieron a pensar en ello. Su única arma era la resistencia pasiva. Pero también estaba a punto de serles arrebatada de las manos.

Respondiendo a una carta pesimista de Shklovsky en Berna y mostrándole que la causa bolchevique no iba tan mal, Krúpskaya empezó reconociendo que “obviamente *Pravda* se comporta mal”. Esta frase aparece aquí como un lugar común, fuera de toda discusión. “Ponen a cualquiera en la redacción, la mayoría no sabe ni sostener una pluma... Las protestas de los obreros contra el *Luch* no se publican, para evitar polémicas”. Sin embargo, Krúpskaya anunció “reformas fundamentales” en un futuro próximo. La carta estaba fechada el 19 de enero. Al día siguiente, Lenin envió una carta a Petersburgo, dictada a Krúpskaya, en la que decía: “... debemos crear nuestra propia redacción de *Pravda* y deshacernos de la actual. Las cosas van muy mal en este momento. La ausencia de una campaña por la unidad desde abajo es estúpida y vil... ¿Esta gente son redactores? No son hombres, son patéticos peleles que están arruinando la causa”. Este es el estilo que Lenin utilizaba cuando quería demostrar que estaba dispuesto a llegar hasta el final.

Al mismo tiempo, ya había abierto fuego contra la facción conciliacionista de la duma con baterías cuidadosamente colocadas. Ya el 3 de enero escribió a Petersburgo: “Publiquen completamente la carta de los obreros de Bakú que les hemos enviado...” La carta llamaba a los diputados bolcheviques a romper con el *Luch*. Señalando que durante cinco años los liquidadores “habían repetido en todos los tonos que el partido estaba muerto”, los obreros de Bakú preguntaban: “¿De dónde viene ahora el deseo de unirse a un cadáver?” La pregunta no estaba fuera de lugar. “¿Cuándo se retirarán del *Lunch* los cuatro [diputados]?”, preguntó Lenin con insistencia. “¿Podemos esperar más? ... Incluso desde la lejana Bakú protestan veinte obreros. No sería aventurado suponer que, habiendo fracasado en conseguir que los diputados rompieran con el *Luch* por correspondencia, Lenin, mientras Stalin estaba todavía en Petersburgo, empezó a movilizar cautelosamente las fuerzas de abajo. Ciertamente, la protesta de los obreros de Bakú había sido iniciativa suya, ¡y no había elegido Bakú por casualidad! Es más, la protesta no fue enviada a la redacción de *Pravda*, dirigida por el jefe de Bakú, Koba, sino a Lenin en Cracovia. Los

enredados hilos del conflicto quedaban aquí claramente expuestos. Lenin ataca. Stalin maniobra. A pesar de la resistencia de los conciliadores, pero, por otra parte, no sin la ayuda involuntaria de los liquidadores, que revelaban cada vez más su oportunismo, Lenin consiguió pronto que los diputados bolcheviques se retiraran en señal de protesta del grupo de colaboradores de *Luch*. Pero continuaron como antes sometidos a la disciplina de la mayoría liquidacionista de la fracción en la duma.

Preparado para lo peor, incluso para una ruptura, Lenin, como siempre, tomó medidas para lograr su objetivo político con el menor alboroto posible y el menor número de víctimas. Precisamente por eso llevó primero a Stalin al extranjero y le hizo comprender que sería mejor para él mantenerse alejado de *Pravda* durante la inminente "reforma". Mientras tanto, otro miembro del comité central, Sverdlov, el futuro primer presidente de la república soviética, fue enviado a Petersburgo. Este hecho significativo está atestiguado oficialmente: "Con el fin de reorganizar la redacción", dice una nota en el volumen 16 de las *Obras Completas* de Lenin, "el comité central envió a Sverdlov a Petersburgo". Lenin le escribió: "Hoy nos hemos enterado del comienzo de la reforma de *Pravda*. Mil saludos, felicitaciones y los mejores deseos de éxito... No puede usted imaginarse lo cansados que estábamos de trabajar con una redacción sordamente hostil". Con estas palabras, en las que la amargura acumulada se mezcla con un suspiro de alivio, Lenin marca el balance final de sus relaciones con la redacción a lo largo del período en que, como hemos visto, "Stalin dirigía realmente el periódico".

"El autor de estas líneas recuerda claramente", escribió Zinóviev en 1934, cuando la espada de Damocles pendía ya sobre su cabeza, "qué acontecimiento fue la llegada de Stalin a Cracovia..." Lenin estaba doblemente encantado: en primer lugar, porque ahora podría llevar a cabo una delicada operación en Petersburgo en ausencia de Stalin y, en segundo lugar, porque era probable que el asunto se resolviera sin problemas en el comité central. En su breve y prudente relato de la llegada de Stalin a Cracovia, Krúpskaya señala, como de pasada: "Ilich estaba irritado en aquel momento por *Pravda*. Stalin también estaba irritado. Se pusieron de acuerdo sobre cómo resolver el asunto". Estas líneas tan significativas, a pesar de su vaga intención, son evidentemente el resto de un texto más franco, corregido a petición del censor. Dadas las circunstancias con las que ya estamos familiarizados, no cabe duda de que Lenin y Stalin estaban "irritados" por diferentes razones, cada uno queriendo defender su propia política. Pero la lucha estaba demasiado reñida: Stalin tuvo que ceder.

La conferencia a la que había sido convocado se celebró del 28 de diciembre de 1912 al 1 de enero de 1913 y a ella asistieron once personas: miembros del comité central, de la fracción de la duma y destacados militantes locales. Además de las tareas políticas generales planteadas por el nuevo ascenso revolucionario, la conferencia examinó los agudos problemas de la vida interna del partido: relativos a la fracción de la duma, a la prensa del partido, a las relaciones con los liquidadores y a la consigna de "unidad". Lenin hizo los principales informes. Podemos imaginar que los diputados y su inspirador, Stalin, debieron oír bastantes verdades amargas, aunque expresadas en tono amistoso. Stalin, al parecer, guardó silencio en la conferencia: sólo así se explica que, en la primera edición de sus memorias (1929), el reverencial Badayev se olvide incluso de nombrarlo entre los participantes. Guardar silencio en los momentos críticos era la táctica favorita de Stalin. Las actas y otros documentos de la conferencia "aún no se han encontrado". Lo más probable es que se tomaran medidas especiales para que no lo fueran. En una de las cartas enviadas por Krúpskaya a Rusia en aquella época, se dice: "Los informes hechos en la conferencia sobre los diversos grupos locales fueron muy interesantes. Todos dicen que ahora las masas han crecido... En el momento de las elecciones, se hizo evidente que había organizaciones obreras espontáneas por todas partes. En la mayoría de los casos no

estaban vinculadas al partido, pero en espíritu eran grupos del partido". Lenin a su vez señaló, en una carta a Gorki, que la conferencia "había tenido éxito" y "desempeñaría su papel". Su principal objetivo era enderezar la política del partido.

El departamento de policía informó al oficial encargado de su sección extranjera, no sin ironía, que, contrariamente al último informe de éste, el diputado Poletayev no había asistido a la conferencia y que los presentes habían sido: Lenin, Zinóviev, Krúpskaya, los diputados Malinovsky, Petrovsky y Badayev, Lobov, el obrero Medvedev, el teniente de artillería Troyanovsky (futuro embajador en Estados Unidos), la esposa de Troyanovsky y Koba. El orden de los nombres no carece de interés: Koba ocupa el último lugar en la lista policial. En las notas a las *Obras Completas* de Lenin (1929), figura en quinto lugar, después de Lenin, Zinóviev, Kámenev y Krúpskaya, aunque Zinóviev, Kámenev y Krúpskaya hacía tiempo que habían caído en desgracia. En las listas de la nueva era, Stalin ocupa invariablemente el segundo lugar, inmediatamente después de Lenin. Estos movimientos son un buen indicio del desarrollo de su carrera histórica.

El departamento de policía quería que su carta demostrara que Petersburgo estaba mejor informado que su agente en el extranjero sobre lo que ocurría en Cracovia. No era de extrañar: Malinovsky desempeñó un papel importante en la conferencia. En realidad, era un provocador, un hecho que sólo conocían las más altas esferas del Olimpo policial. Los socialdemócratas que habían entrado en contacto con Malinovsky durante los años de la reacción habían sospechado de él, pero no había pruebas y las sospechas desaparecieron. En enero de 1912, Malinovsky fue delegado por los bolcheviques de Moscú en la conferencia de Praga. Lenin se apoderó de este trabajador capaz y enérgico y organizó su candidatura a las elecciones a la duma. La policía, por su parte, apoyó a su agente deteniendo a todos los posibles competidores. En la fracción de la duma, el representante obrero Moscú adquirió inmediatamente gran autoridad. Al recibir de Lenin discursos parlamentarios ya preparados, Malinovsky envió los manuscritos al director del departamento de policía para que los revisara. Al principio intentó suavizarlos, pero la fracción bolchevique mantuvo la autonomía de un diputado dentro de límites muy estrechos. El resultado fue que, mientras el diputado socialdemócrata era el mejor informador de la Ojrana, el agente de la Ojrana se convirtió en el orador más feroz de la fracción socialdemócrata.

En el verano de 1913, las sospechas sobre Malinovsky volvieron a surgir entre varios bolcheviques destacados, pero a falta de pruebas, una vez más todo siguió como en el pasado. Sin embargo, el propio gobierno comenzó a preocuparse por una posible revelación y por el escándalo político que de ello se derivaría. En mayo de 1914, por orden de sus superiores, Malinovsky presentó una declaración al presidente de la duma renunciando a su mandato como diputado. Los rumores de que era un provocador cobraron nueva fuerza y esta vez aparecieron en la prensa. Malinovsky abandonó Rusia, fue a ver a Lenin y exigió una investigación. Por supuesto, había preparado cuidadosamente su línea de acción con sus superiores. Dos semanas más tarde, el periódico del partido en Petersburgo publicó un telegrama anunciando, en términos velados, que el comité central, habiendo examinado el caso de Malinovsky, estaba convencido de su honradez personal. Pasaron unos días antes de que se publicara una resolución en la que se decía que, al renunciar voluntariamente a su mandato, Malinovsky se había "colocado fuera de las filas de los marxistas organizados": en el lenguaje del periódico legal, esto significaba la exclusión del partido.

Lenin fue objeto de largos y crueles ataques por parte de sus adversarios por haber "encubierto" a Malinovsky. La implicación de un agente de policía en las actividades de la fracción en la duma, y sobre todo del comité central, fue obviamente un gran motivo de preocupación para el partido. Stalin, en particular, fue condenado a su última

deportación por una denuncia de Malinovsky. Pero en aquella época las sospechas, a menudo complicadas por la hostilidad entre fracciones, envenenaban toda la atmósfera de la lucha entre clanes. Nadie presentó pruebas directas contra Malinovsky. Era imposible condenar a un miembro del partido a la muerte política, y tal vez física, sobre la base de vagas sospechas. Y como Malinovsky ocupaba un puesto de responsabilidad y su reputación determinaba en cierta medida la del partido, Lenin se sintió en el deber de defenderlo con la energía que le caracterizaba. El derrocamiento de la monarquía demostró que Malinovsky había servido a la policía. Tras la revolución de octubre, el provocador, que había regresado a Moscú tras ser prisionero de guerra en Alemania, fue condenado a muerte y fusilado.

A pesar de la falta de hombres, Lenin no se apresuró a enviar a Stalin de vuelta a Rusia. Antes de que pudiera regresar, había que completar las "reformas fundamentales" en Petersburgo. Por otra parte, el propio Stalin no estaba ansioso por volver al lugar de su anterior actividad después de la conferencia de Cracovia, que había sido una condena indirecta pero inequívoca de su política. Como siempre, Lenin hizo todo lo posible para permitir a los vencidos una retirada honorable. La venganza le era absolutamente ajena. Para mantener a Stalin en el extranjero durante este período crítico, despertó su interés por trabajar en la cuestión nacional: ¡una combinación totalmente dentro de la mentalidad de Lenin!

Para un nativo del Cáucaso, con docenas de nacionalidades medio civilizadas o primitivas, pero en rápido despertar, no había necesidad de mostrar la importancia de la cuestión nacional. La tradición de independencia nacional vivía en Georgia. Koba había recibido su primer impulso revolucionario precisamente de allí. Incluso su pseudónimo recordaba la lucha nacional. Es cierto que, en los años de la primera revolución, se había vuelto, según Iremashvili, más frío hacia el problema georgiano. "La libertad nacional... ya no significaba nada para él. No quería reconocer límites a su voluntad de poder. Rusia y el mundo entero tenían que estar abiertos a él". Iremashvili se anticipa claramente a hechos y actitudes que no llegarán hasta mucho más tarde. Lo que es indiscutible es que, una vez convertido en bolchevique, Koba puso fin al romanticismo nacional que había tendido a ir de la mano del prolijo socialismo de los mencheviques georgianos. Pero, una vez abandonada la idea de la independencia de Georgia, Koba no podía, como muchos grandes rusos, permanecer indiferente a la cuestión nacional en general: las relaciones entre georgianos, armenios, tártaros, rusos, etc., complicaban a cada paso la labor revolucionaria en el Cáucaso.

Por sus concepciones, Koba se había convertido en internacionalista. ¿Se había convertido también en internacionalista en sus sentimientos? El gran ruso Lenin no podía tolerar ninguna broma o anécdota que pudiera herir los sentimientos de una nación oprimida. Stalin tenía demasiado del campesino de la aldea de Didi-Lilo. En los años anteriores a la revolución, obviamente no se atrevió a jugar con los prejuicios nacionales como hizo más tarde, una vez en el poder. Pero esta disposición ya se manifestaba en él entonces en una serie de detalles. Al mencionar el predominio de los judíos en la fracción menchevique en el Congreso de Londres de 1907, Koba escribió: "A este respecto, uno de los bolcheviques comentó en broma (creo que era el camarada Alexinsky) que los mencheviques eran una fracción judía, mientras que los bolcheviques eran una verdadera fracción rusa y que nosotros bolcheviques tal vez tengamos que hacer un pogromo en el partido." Es imposible no sorprenderse, incluso hoy, de que, en un artículo destinado a los obreros del Cáucaso, donde la atmósfera estaba envenenada por las diferencias nacionales, Stalin creyera posible citar un chiste de tan dudoso gusto. No se trataba en absoluto de una falta de tacto ocasional, sino de un cálculo consciente. En el mismo artículo, como recordamos, el autor "bromeaba" de forma desenfadada sobre la

resolución del congreso sobre las expropiaciones, para disipar las dudas de los boieviki caucásicos. Podemos suponer sin temor a equivocarnos que la fracción menchevique de Bakú estaba dirigida entonces por judíos y que con su "broma" sobre el pogromo el autor quería desacreditar a sus adversarios de fracción a los ojos de los obreros atrasados: era más fácil que convencer y educar, y Stalin siempre buscaba la línea de menor resistencia. Hay que añadir que la "broma" de Alexinsky tampoco había surgido por casualidad: este bolchevique de ultraizquierda llegó a convertirse en un reaccionario y antisemita declarado.

En su actividad política, Koba defendió naturalmente la posición oficial del partido. Sin embargo, antes de su viaje al extranjero, sus artículos sobre estos temas nunca pasaron del nivel de la propaganda cotidiana. Sólo entonces, por iniciativa de Lenin, abordó el problema nacional desde un punto de vista teórico y político más amplio. El conocimiento directo de la enmarañada red de relaciones nacionales en el Cáucaso sin duda le facilitó orientarse en este complejo campo, donde es particularmente peligroso quedarse en el nivel de la teoría abstracta.

En dos países de la Europa de preguerra, la cuestión nacional tuvo una importancia política excepcional: en la Rusia zarista y en la Austria-Hungría de los Habsburgo. En cada uno de estos países, el partido obrero creó su propia escuela. En el terreno de la teoría, la socialdemocracia austriaca, en la persona de Otto Bauer y Karl Renner, consideraba que la nacionalidad era independiente del territorio, la economía y la clase, como una especie de abstracción ligada al llamado "carácter nacional". En el ámbito de la política nacional, como en todos los demás, no fue más allá de algunas correcciones del statu quo. Asustada por la sola idea de desmembrar la monarquía, la socialdemocracia austriaca trató de adaptar su programa nacional a las fronteras de un estado hecho de trozos y pedazos a modo de un mosaico. El programa de la llamada "autonomía nacional-cultural" exigía que los ciudadanos de una misma nacionalidad, independientemente de su dispersión por el territorio de Austria-Hungría y de las divisiones administrativas del estado, se unieran, sobre la base de atributos puramente personales, en una misma comunidad para resolver sus tareas "culturales" (teatro, iglesia, escuela, etc.). Este programa era artificial y utópico porque, en una sociedad desgarrada por las contradicciones sociales, pretendía separar la cultura del territorio y la economía; al mismo tiempo, era reaccionario en la medida en que conducía a la división forzosa de los obreros de distintas nacionalidades en un mismo estado, socavando la fuerza de su clase.

La posición de Lenin era directamente opuesta a esto. Consideraba que la nacionalidad estaba indisolublemente ligada al territorio, la economía y la estructura de clases, y al mismo tiempo se negaba a ver el estado histórico, cuyas fronteras atravesaban el cuerpo vivo de las naciones, como una categoría sagrada e inviolable. Exigió que se reconociera a cada parte nacional del estado el derecho a separarse y a tener una existencia independiente. En la medida en que varias nacionalidades, voluntariamente o por necesidad, viven juntas dentro de las fronteras del mismo estado, sus intereses culturales deben encontrar la mayor satisfacción posible en el marco de una autonomía regional (y por tanto territorial) lo más amplia posible, con garantías bien definidas para los derechos de cada minoría. Al mismo tiempo, Lenin consideraba un deber absoluto de todos los trabajadores de un estado dado, independientemente de su nacionalidad, unirse en las mismas organizaciones de clase.

El problema nacional era especialmente candente en Polonia, dado el destino histórico del país. El llamado Partido Socialista Polaco (PSP), dirigido por Joseph Pilsudski, estaba apasionadamente a favor de la independencia polaca; el "socialismo" del PSP no era más que un vago añadido a su nacionalismo militante. Por el contrario, la socialdemocracia polaca, dirigida por Rosa Luxemburg, oponía a la reivindicación de la

independencia polaca la exigencia de la autonomía del territorio polaco dentro de una Rusia democrática. El punto de partida de Luxemburg era el hecho de que, en la era del imperialismo, la separación de Polonia de Rusia era económicamente inviable y que, en la era del socialismo, carecería de sentido. Para ella, el "derecho a la autodeterminación" era una abstracción vacía. La polémica sobre esta cuestión duró años. Lenin demostró que el imperialismo no dominaba por igual en todos los países, en todas las regiones y en todas las esferas de la vida, que la herencia del pasado representaba una acumulación e interpretación de diferentes periodos históricos; que el capital monopolista se elevaba por encima de todo, pero no lo anulaba; que, a pesar de la dominación del imperialismo, muchos problemas nacionales conservaban toda su fuerza y que, mediante una combinación de circunstancias nacionales y mundiales, Polonia podía llegar a ser independiente, incluso en la era del imperialismo.

El derecho de autodeterminación no era, desde el punto de vista de Lenin, más que la aplicación de los principios de la democracia burguesa en el ámbito de las relaciones nacionales. La democracia completa, real y universal es inalcanzable bajo el capitalismo; en este sentido, la independencia nacional de los pueblos pequeños y débiles también es "inalcanzable". Sin embargo, incluso bajo el imperialismo, la clase obrera no renuncia a la lucha por los derechos democráticos, incluido el derecho de cada nación a una existencia independiente. Es más, para ciertas partes del mundo, es precisamente el imperialismo el que confiere a la consigna de la autodeterminación nacional una agudeza excepcional. Mientras que Europa occidental y central lograron resolver de una forma u otra sus problemas nacionales durante el siglo XIX, en Europa oriental, Asia, África y Sudamérica, la era de los movimientos nacionales democráticos no empezó a abrirse realmente hasta el siglo XX. Negar el derecho de las naciones a la autodeterminación era, de hecho, ayudar a los imperialistas contra sus colonias y contra los pueblos oprimidos en general.

El período de la reacción había exasperado extremadamente la cuestión nacional en Rusia. "La ola de nacionalismo militante que viene de arriba [escribió Stalin], combinada con toda una serie de represiones por parte de los que están en el poder y quieren vengarse de los pueblos vecinos por su amor a la libertad, ha provocado en respuesta una ola de nacionalismo desde abajo, que a veces llega hasta el chovinismo crudo". En esa época se estaba celebrando el juicio por asesinato ritual de Baylis, un judío de Kiev. En retrospectiva, a la luz de los últimos logros de la civilización, especialmente en Alemania y la URSS, este juicio puede parecer hoy casi una experiencia humanitaria. Pero en 1913 sacudió al mundo entero. El veneno del nacionalismo amenazaba incluso a amplios sectores de la clase obrera. Alarmado, Gorki escribió a Lenin sobre la necesidad de oponerse a la barbarie chovinista. "Sobre el tema del nacionalismo", respondió Lenin, "estoy completamente de acuerdo contigo. Tenemos un georgiano maravilloso y está escribiendo un gran artículo para *Prosveshchenie* [Educación], después de haber reunido todo el material, austriaco y de otro tipo. Insistiremos en ello." Se trataba de Stalin. Gorki llevaba mucho tiempo asociado al partido y conocía bien a sus principales figuras. Pero Stalin le era evidentemente completamente desconocido, porque Lenin se vio obligado a utilizar una fórmula, halagadora ciertamente, pero completamente impersonal, como "un georgiano maravilloso". Por cierto, ésta es probablemente la única vez que Lenin utiliza un epíteto nacional para describir a un conocido revolucionario ruso. No pensaba tanto en el georgiano como en el caucásico: el elemento de primitivismo sin duda atraía a Lenin; no en vano tenía una actitud tan tierna hacia Kamo.

Durante su estancia de dos meses en el extranjero, Stalin escribió un estudio breve, pero muy denso, titulado *El marxismo y la cuestión nacional*. Destinado a una revista legal, el artículo utilizaba un vocabulario prudente. Pero sus tendencias revolucionarias

no eran menos evidentes. El autor comienza contrastando la definición de nación dada por el materialismo histórico con la definición dada por la psicología abstracta, en el espíritu de la escuela austriaca. "La nación", escribe, "es una comunidad estable, formada por la historia, de lengua, territorio, vida económica y agitación psicológica, que se manifiesta en una comunidad de cultura". Esta compleja definición, que combina los rasgos psicológicos de la nación con las condiciones geográficas y económicas de su desarrollo, no sólo es teóricamente correcta, sino también fértil en la práctica, porque nos obliga a buscar la respuesta a la cuestión del destino de cada nación en un cambio de las condiciones materiales de su existencia, empezando por su territorio. El bolchevismo nunca tuvo una admiración fetichista por las fronteras estatales. El problema político era reconstruir territorial, política y administrativamente el imperio zarista, la cárcel de los pueblos, según las necesidades y los deseos de los propios pueblos.

El partido del proletariado no prescribe a las diversas nacionalidades si deben o no permanecer dentro de las fronteras del estado: eso es asunto suyo. Pero sí se compromete a ayudar a cada una de ellas a realizar sus verdaderos deseos. La cuestión de si es posible formar un estado separado depende de las circunstancias históricas concretas y de las relaciones de fuerzas. "Nadie puede afirmar [escribió Stalin] que la guerra de los Balcanes sea el final y no el principio de las complicaciones. Es muy posible que surja una combinación de circunstancias internas y externas en la que tal o cual nacionalidad de Rusia se vea en la necesidad de plantear y resolver la cuestión de su independencia. Y, por supuesto, no es asunto de los marxistas erigir obstáculos en tales casos. Pero de ello se deduce que los marxistas rusos no pueden olvidar el derecho de las naciones a la autodeterminación".

Los intereses de las naciones que permanezcan voluntariamente dentro de las fronteras de la Rusia democrática se protegerán mediante "la autonomía de entidades bien definidas, como Polonia, Lituania, Ucrania, el Cáucaso, etc. La autonomía territorial hará posible un mejor aprovechamiento de las riquezas naturales de la región; no dividirá a los ciudadanos según líneas nacionales, lo que les permitirá agruparse en partidos de clase. La autoadministración territorial hará posible un mejor aprovechamiento de las riquezas naturales de la región; no dividirá a los ciudadanos según líneas nacionales, lo que les permitirá agruparse en partidos de clase. La autoadministración territorial de las regiones en todas las esferas de la vida social se opone aquí a la autoadministración extraterritorial, es decir, platónica, de las nacionalidades, únicamente en cuestiones de "cultura".

Sin embargo, la cuestión de las relaciones entre los obreros de diferentes nacionalidades en el mismo estado es de la más inmediata y candente importancia desde el punto de vista de la lucha emancipadora del proletariado. El bolchevismo es partidario de la unión estrecha e indisoluble de los obreros de todas las nacionalidades en el partido y en los sindicatos sobre la base del centralismo democrático. "El tipo de organización no sólo influye en la actividad práctica. Pone su marca indeleble en toda la vida espiritual del obrero. Vive la vida de su organización, crece espiritualmente en ella y se educa en ella... El tipo de organización internacionalista es una escuela de sentimientos de camaradería, es la mejor agitación en favor del internacionalismo."

Uno de los objetivos del programa austriaco de "autonomía cultural" era "preservar y desarrollar las características nacionales de los pueblos". ¿Por qué y con qué fin?, se preguntaba asombrado el bolchevismo. No es tarea nuestra en absoluto separar los diversos fragmentos nacionales de la humanidad. El bolchevismo reivindicaba ciertamente el derecho de secesión de cada nación (el derecho, pero no la obligación) como la garantía última y más real contra la opresión. Pero, al mismo tiempo, la idea de preservar artificialmente las particularidades nacionales le era profundamente hostil. La eliminación de toda opresión y humillación nacional, por enmascarada, por sutil, por casi

"imperceptible" que fuera, no debía servir para separar, sino al contrario, para unir a los obreros de las distintas nacionalidades para la revolución. Dondequiera que hubiera privilegios y agravios nacionales, había que dar a las naciones la oportunidad de separarse, a fin de facilitar tanto más la libre unión de los obreros, en nombre del acercamiento de las naciones, con la lejana perspectiva de su fusión completa. Esta era la tendencia fundamental del bolchevismo, y reveló toda su fuerza en la revolución de octubre.

El programa austriaco no reveló más que su debilidad: no salvó ni al Imperio de los Habsburgo ni a la propia socialdemocracia. Cultivando las particularidades de los grupos nacionales del proletariado y negándose al mismo tiempo a dar una satisfacción real a las nacionalidades oprimidas, el programa austriaco no hacía más que encubrir la situación dominante de alemanes y húngaros y no era, como Stalin tenía razón en decir, más que una "forma sutil de nacionalismo". Sin embargo, es imposible no observar que, al criticar la preocupación por preservar las "particularidades nacionales", el autor ofrece una interpretación deliberadamente simplista del pensamiento de su oponente. "Basta pensar", exclama, "en la preservación de las peculiaridades nacionales de los tártaros de Transcaucasia, ¡como la autoflagelación en el festival de Shajsey Vajsey! ¡Desarrollar las peculiaridades nacionales de Georgia, como la ley del talión!" En realidad, es evidente que los austromarxistas no pretendían mantener lo que eran claramente vestigios reaccionarios. En cuanto a la "peculiaridad nacional de Georgia como la ley del talión", fue precisamente Stalin quien posteriormente la "desarrolló" hasta un punto probablemente nunca alcanzado por nadie más en la historia. Pero ése es otro tema.

La polémica contra el viejo adversario, Noé Jordania, que en los años de la reacción había empezado a inclinarse por el programa austriaco, ocupa un lugar importante en el estudio. A través de diversos ejemplos, Stalin demuestra que la autonomía cultural nacional, "generalmente inútil..., es aún más absurda e inepta desde el punto de vista de las condiciones caucásicas". No menos decisiva es su crítica al Bund judío, organizado no sobre un principio territorial, sino nacional, y que quería imponer este sistema al conjunto de los partidos. "De dos cosas: o el federalismo del Bund, y entonces se reconstruye la socialdemocracia rusa sobre la base de una "segregación" de los obreros por nacionalidades, o la forma de organización no nacionalista, y entonces se reconstruye el Bund sobre la base de la autonomía territorial... No hay término medio: los principios triunfan, y no transigen".

El marxismo y la cuestión nacional es, sin duda, la obra teórica más importante de Stalin, o más bien la única. Sobre la base de este único artículo, que ocupa cuarenta páginas impresas, el autor podría ser considerado un destacado teórico. Lo que resulta incomprensible es por qué, ni antes ni después de esta obra, escribió nada que se acercara siquiera a este nivel. La clave del enigma es que la obra fue enteramente inspirada por Lenin, escrita bajo su dirección inmediata y revisada por él línea por línea.

Dos veces en su vida Lenin rompió con estrechos colaboradores que eran teóricos de gran valor. La primera vez fue en 1903-1904, cuando rompió con todas las viejas autoridades de la socialdemocracia rusa, Plejánov, Axelrod, Zasúlich, y con eminentes jóvenes marxistas como Mártov y Potresov. La segunda vez fue durante los años de la reacción, cuando Bogdanov, Lunacharsky, Pokrovsky y Rojkov, todos ellos escritores altamente cualificados, se separaron de él. Zinóviev y Kámenev, sus más estrechos colaboradores, no eran teóricos. En este sentido, el nuevo auge revolucionario sorprendió a Lenin en su aislamiento. Era natural que estuviera ansioso por aprender de cualquier camarada joven que pudiera participar, en este o aquel campo, en la elaboración del programa del partido.

En aquella ocasión", dice Krúpskaya, "Ilich habló largo rato con Stalin sobre la cuestión nacional, contento como estaba de encontrar a un hombre que se interesaba seriamente por esta cuestión y sabía cómo tratarla. Anteriormente, Stalin había pasado dos meses en Viena, donde se había ocupado de la cuestión nacional y había llegado a conocer muy bien a nuestros amigos vieneses, Bujarin y Troyanovsky". Aquí no se dice todo. "Ilich habló largo rato con Stalin", es decir: le dio las ideas rectoras, aclaró los diversos aspectos, aclaró malentendidos, señaló referencias, revisó los primeros intentos e hizo correcciones... "Recuerdo [continúa Krúpskaya] la actitud de Ilich hacia un autor inexperto. Se fijaba en lo esencial, en lo principal, y trataba de encontrar la manera de ayudar y corregir. Pero lo hacía con mucho cuidado, para que el autor no se diera cuenta de que estaba siendo corregido. E Ilich sabía cómo ayudar a un autor con su trabajo. Si, por ejemplo, quería pedirle a un amigo que escribiera un artículo, pero no sabía exactamente cómo lo escribiría, primero mantenía una larga conversación con él sobre el tema, desarrollaba sus propias ideas, intentaba interesar al amigo, le sondeaba adecuadamente y luego le sugería: '¿No escribirías un artículo sobre este tema?' Y el autor ni siquiera se daba cuenta de lo mucho que le había ayudado la entrevista preliminar con Ilich, no se daba cuenta de que incluso estaba introduciendo en el artículo expresiones y giros de Illich." Obviamente, Krúpskaya no nombra a Stalin. Pero su descripción de Lenin como tutor de jóvenes escritores puede encontrarse en el capítulo de sus memorias en el que habla del trabajo de Stalin sobre la cuestión nacional: Krúpskaya se vio obligada a recurrir a menudo a medios tortuosos para impedir, al menos parcialmente, que se usurparan los derechos intelectuales de Lenin.

Podemos ver con bastante claridad cómo trabajó Stalin en su artículo. Primero, las conversaciones de Lenin en Cracovia mostrando el camino, indicando las ideas rectoras y las referencias necesarias. Después, el viaje de Stalin a Viena, centro de la "escuela austriaca". Stalin no sabía alemán y no podía familiarizarse con el material original por sí solo. Pero Bujarin, que sin duda tenía cabeza para la teoría, conocía el idioma, estaba familiarizado con la literatura existente sobre el tema y podía orientarse en los documentos. Lenin pidió a Bujarin y Troyanovsky que ayudaran al "maravilloso" pero poco instruido georgiano. Fueron ellos, por supuesto, quienes eligieron las citas más importantes. La construcción lógica del artículo, que no carece de pedantería, indica, con toda probabilidad, la influencia de Bujarin, que tenía predilección por los métodos académicos, a diferencia de Lenin, para quien el interés político o polémico determinaba la estructura de la obra. La influencia de Bujarin no fue más allá, porque en la cuestión nacional estaba más cerca de Rosa Luxemburg que de Lenin. Hasta dónde llegó la participación de Troyanovsky, no lo sabemos. Pero fue precisamente en esta época cuando comenzó su relación con Stalin, que, después de muchos años y muchos cambios de circunstancias, aseguró al insignificante e inestable Troyanovsky un importantísimo puesto diplomático.

Desde Viena, Stalin regresó a Cracovia con todo su material. Allí le tocó de nuevo a Lenin supervisar el trabajo incansable y atentamente. La huella de su pensamiento y los trazos de su pluma pueden verse fácilmente en cada página. Ciertas frases, introducidas mecánicamente por el autor, o ciertas líneas, evidentemente escritas por el "maestro", parecen inesperadas o incomprensibles si uno no se remite a las obras correspondientes de Lenin. "No es la cuestión nacional, sino la cuestión agraria la que decidirá el destino del progreso en Rusia", escribió Stalin, sin dar explicaciones; "la cuestión nacional está subordinada a ella". Este pensamiento correcto y profundo sobre el peso específico de la cuestión agraria y la cuestión nacional en el progreso de la revolución rusa pertenecía enteramente a Lenin y había sido desarrollado muchas veces por él durante los años de la reacción. En Italia y Alemania, la lucha por la emancipación y la unificación nacional

había constituido en su tiempo el eje de la revolución burguesa. La situación era diferente en Rusia, donde la nación dominante, los gran rusos, no estaban sometidos a la opresión nacional, sino que, por el contrario, oprimían a otros, aunque la mayoría de estos mismos gran rusos, es decir, los campesinos, vivían bajo la opresión de la servidumbre. Ideas tan complejas y meditadas jamás habrían sido expresadas por su verdadero autor, de pasada, como un lugar común, sin pruebas ni comentarios.

Zinóviev y Kámenev, que vivieron cerca de Lenin durante mucho tiempo, se apropiaron no sólo de sus ideas, sino también de sus expresiones favoritas e incluso de su letra. No se puede decir lo mismo de Stalin. Por supuesto, él también vivió de las ideas de Lenin, pero a cierta distancia, y sólo en la medida en que eran necesarias para sus objetivos inmediatos. Era demasiado firme, demasiado obstinado y demasiado estrecho de miras para adoptar los métodos literarios de su maestro. Por eso las correcciones que Lenin introdujo en su texto parecen, en palabras del poeta, "piezas de colores brillantes cosidas sobre trapos viejos". Demostrar que la escuela austriaca es una "forma sutil de nacionalismo" pertenece sin duda a Lenin, al igual que otras fórmulas sencillas pero precisas. Stalin no escribía así. En cuanto a la definición de nación de Bauer como "comunidad relativa de carácter", leemos en el artículo: "¿En qué se diferencia, pues, la nación de Bauer del 'espíritu nacional' místico y absoluto de los espiritualistas?". Esta frase fue escrita por Lenin. Ni antes ni después Stalin se expresó nunca de este modo. Y más adelante, cuando el artículo, refiriéndose a las eclécticas correcciones de Bauer a su propia definición de la nación, señala: "Así, la teoría cosida con hilos idealistas se refuta a sí misma", es imposible no reconocer inmediatamente la pluma de Lenin. Lo mismo ocurre con la definición de la forma internacionalista de una organización obrera como "escuela de sentimientos de camaradería". Stalin no escribía así. Por otra parte, a lo largo de la obra, a pesar de sus muchas torpezas, no nos encontramos con camaleones que adoptan el color de leones, ni con golondrinas subterráneas, ni con biombos hechos de lágrimas: Lenin eliminó todos estos adornos de seminario. El manuscrito original con todas las correcciones puede, por supuesto, permanecer oculto. Pero es absolutamente imposible ocultar la mano de Lenin, como es imposible ocultar el hecho de que, en sus años de encarcelamiento y deportación, Stalin no creó nada ni remotamente parecido a la obra que escribió en unas pocas semanas en Viena y Cracovia.

El 8 de febrero, cuando Stalin aún estaba en el extranjero, Lenin felicitó a la redacción de *Pravda* "por la enorme mejora en el funcionamiento general del periódico que se ha puesto de manifiesto en los últimos días". La mejora se refería a la actitud hacia los principios y se manifestaba sobre todo en la intensificación de la lucha contra los liquidadores. Según Samoilov, Sverdlov ejercía entonces de redactor jefe, vivía ilegalmente sin abandonar el piso de un diputado "inviolable", y trabajaba todo el día en manuscritos para el periódico. "También era un excelente camarada en todos los asuntos de carácter personal." Eso es cierto. Samoilov no dijo nada parecido de Stalin, con quien estuvo en estrecho contacto y por quien sentía un gran respeto. El 10 de febrero, la policía entró en el piso "inviolable", detuvo a Sverdlov y pronto lo deportó a Siberia, seguramente por denuncia de Malinovsky. A finales de febrero, Stalin regresó del extranjero y se instaló en caso del mismo diputado. "Desempeñó un papel destacado en la vida de nuestra fracción y de *Pravda*", recuerda Samoilov, "y no sólo asistía a todas las conferencias que celebrábamos en el piso, sino que muy a menudo también acudía, con gran riesgo para sí mismo, a las reuniones de la fracción socialdemócrata, donde defendía nuestra posición en las discusiones con los mencheviques o en otras circunstancias, y nos prestó grandes servicios".

Stalin se encontró con que la situación en Petersburgo había cambiado considerablemente. Los obreros avanzados habían apoyado firmemente las reformas de

Sverdlov, inspiradas por Lenin. El estado mayor de *Pravda* había sido renovado y los conciliadores apartados. Stalin ni siquiera pensó en defender las posiciones de las que se había separado dos meses antes. No era su estilo. Ahora le preocupaba salvar las apariencias. El 26 de febrero, escribió en *Pravda* un artículo en el que llamaba a los obreros a "levantar la voz contra los intentos de dividir el partido desde cualquier parte". Básicamente, el artículo formaba parte de una campaña para preparar la escisión de la fracción de la duma culpando al adversario. Pero, atado por su propio pasado, Stalin intentaba encubrir su nuevo plan con las viejas fórmulas. De ahí la equívoca expresión sobre los intentos de escisión "vengan de donde vengan". En cualquier caso, del artículo se desprende claramente que, habiendo pasado por la escuela de Cracovia, el autor intentaba cambiar de posición y adoptar la nueva política lo más abiertamente posible. Sin embargo, no tuvo la oportunidad de trabajar de acuerdo con esta nueva política; pronto fue detenido.

En sus memorias, el antiguo opositor georgiano Kavtaradze cuenta cómo conoció a Stalin en un restaurante de Petersburgo, bajo la atenta mirada de los soplones. Cuando, en la calle, los dos pensaron que habían conseguido perder a quienes les seguían de cerca, Stalin cogió un coche. Pero otro coche, lleno de soplones, le siguió inmediatamente. Kavtaradze, que pensaba que esta vez su compatriota no escaparía a la detención, se quedó estupefacto al saber más tarde que estaba libre. Al pasar por una calle poco iluminada, Stalin se agachó, se deslizó por detrás de la parte trasera del trineo sin hacerse notar y se dejó caer sobre un montón de nieve al borde de la carretera. Tras seguir con la mirada al segundo coche, se levantó, se sacudió y fue a esconderse con un camarada. Tres días después, vestido con uniforme de estudiante, salió de su refugio y "continuó su labor dirigente en el movimiento clandestino de Petersburgo". Con sus memorias, evidentemente estilizadas, Kavtaradze intentó desviar la mano que ya le amenazaba. Pero, como tantos otros, no obtuvo nada por su envilecimiento... Los redactores de una revista histórica oficial pretendieron no darse cuenta de que, en 1911, año en el que Kavtaradze sitúa este episodio, Stalin sólo estaba en Petersburgo durante los meses de verano, cuando no había nieve en las calles. Si tomamos la historia al pie de la letra, podría haber ocurrido a finales de 1912 o principios de 1913, cuando Stalin, tras su regreso del extranjero, permaneció en libertad durante dos o tres semanas.

En marzo, la organización bolchevique, bajo la égida de *Pravda*, organizó un concierto nocturno. Stalin "quería ir", dice Samoilov, pues veía allí a muchos camaradas. Pidió consejo a Malinovsky: ¿merecía la pena ir? ¿no era peligroso? El pérfido consejero respondió que, en su opinión, no había peligro. Sin embargo, el peligro lo había preparado el propio Malinovsky. Cuando Stalin llegó, la sala se llenó de repente de policías. Intentaron sacarle por la entrada de los artistas, habiéndole vestido con una capa de mujer. Pero fue detenido de todos modos. Esta vez, desaparecería de la circulación durante exactamente cuatro años. Dos meses después de su detención, Lenin escribió en *Pravda*: "Les felicito calurosamente por su éxito... La mejora es enorme y significativa, y debemos esperar que sea permanente y definitiva... ¡Ojalá no tengamos mala suerte!" En aras de la exhaustividad, deberíamos citar también la carta que Lenin envió a Petersburgo en octubre de 1913, cuando Stalin ya había sido deportado muy lejos y Kámenev estaba a la cabeza de la redacción: "Aquí todo el mundo está contento con el periódico y con su redactor jefe: en todos estos años no he pronunciado ni una sola palabra en su contra... Todo el mundo está contento, y yo en particular, porque resultó que era un profeta. ¿Se acuerda?" Y al final de la carta: "¡Querido amigo! Toda la atención se centra ahora en la lucha de los seis por sus derechos políticos. Le ruego que la apoye con todas tus fuerzas y que no permita que el periódico o la opinión pública marxista vacilen ni un momento." De todos los datos aquí expuestos podemos sacar conclusiones absolutamente

irrefutables: el periódico, en opinión de Lenin, iba muy mal cuando lo dirigía Stalin. La fracción de la duma empezó a recuperarse políticamente después de que Sverdlov, en ausencia de Stalin, llevara a cabo "reformas fundamentales". El periódico mejoró y llegó a ser satisfactorio cuando Kámenev estuvo a su cabeza. Bajo su dirección, los diputados bolcheviques de la duma establecieron su independencia política.

Durante la escisión de la fracción, Malinovsky desempeñó un papel activo, incluso dos papeles a la vez. El general de gendarmería Spiridovisch escribió al respecto: "Malinovsky, que siguió las instrucciones de Lenin y del departamento de policía, consiguió que en octubre de 1913... los 'siete' y los 'seis' se separaran definitivamente". Los mencheviques, por su parte, se mostraron sarcásticos ante la "coincidencia" de la política de Lenin con la del departamento de policía. Ahora, cuando los acontecimientos han arrojado su veredicto, la vieja disputa ha perdido todo su sentido. El departamento de policía esperaba que la escisión de la socialdemocracia debilitaría al movimiento obrero. Lenin, por su parte, creía que sólo la escisión proporcionaría a los obreros la necesaria dirección revolucionaria. Los Mashiavels de la policía cometieron claramente un error de cálculo. Los mencheviques estaban condenados a la insignificancia. El bolchevismo triunfó en todos los aspectos.

Stalin dedicó más de seis meses antes de su última detención a un intenso trabajo en Petersburgo y en el extranjero. Ayudó a dirigir la campaña electoral para la duma, editó *Pravda*, participó en una importante conferencia del estado mayor del partido en el extranjero y escribió su obra sobre la cuestión nacional. Estos seis meses fueron sin duda de gran importancia para su desarrollo personal. Por primera vez tuvo la responsabilidad del trabajo en la capital, se enfrentó a la política más importante y entró en estrecho contacto con Lenin. Su propio falso sentido de superioridad, que él consideraba el de un "práctico" realista, no podía sino verse sacudido por su contacto personal con el gran emigrado. Su autoevaluación tuvo que volverse más crítica y sobria, su ambición más reservada e inquieta. Herido, su provinciana satisfacción consigo mismo tuvo que teñirse inevitablemente de envidia, que sólo la prudencia contuvo. Stalin entró en la deportación con los dientes apretados.

Capítulo sexto. Guerra y deportación

León Tolstoi vio a un hombre agazapado en la calle haciendo gestos misteriosos y decidió que era un loco; se acercó al hombre y vio que estaba haciendo algo útil, afilando un cuchillo en una piedra. A Lenin le gustaba citar este ejemplo. Para un observador externo, los incesantes debates, las luchas de fracciones, las escisiones entre bolcheviques y mencheviques, las disputas y escisiones entre los propios bolcheviques parecían actos de locos. La prueba de los acontecimientos demostró que esta gente estaba haciendo un trabajo útil: la lucha no se libraba sobre sutilezas escolásticas, como podrían creer los diletantes, sino sobre las cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario.

Una vez aclaradas cuidadosamente sus ideas y trazadas las líneas de demarcación política, sólo Lenin y sus seguidores estaban preparados para hacer frente al nuevo estallido revolucionario. De ahí la serie ininterrumpida de éxitos que en poco tiempo aseguró a los "pravdistas" el predominio completo en el movimiento obrero. En los años de la reacción, la mayoría de la vieja generación se había retirado de la lucha. "Lenin sólo tiene muchachitos", decían desdeñosamente los liquidadores. Pero Lenin veía en ello una gran ventaja para su partido: la revolución, como la guerra, carga inevitablemente la mayor parte de su peso sobre las espaldas de la juventud. El que estaba desesperado era el partido socialista, incapaz de atraer a los "muchachitos".

La policía zarista, que se encontró cara a cara con los partidos revolucionarios, no ahorró halagos a los bolcheviques en su correspondencia secreta: "En los últimos diez años [escribía el director del departamento de policía en 1913] el elemento más enérgico y vigoroso, el más capaz de librar una lucha incansable, de resistir y organizarse consecuentemente, han sido las organizaciones y los individuos agrupados en torno a Lenin... El alma que organiza constantemente todas las empresas un tanto serias del partido es Lenin.... La fracción leninista está siempre mejor organizada que las demás, es más fuerte en su unanimidad, más inventiva en la propagación de sus ideas entre los obreros... Cuando, en los dos últimos años, el movimiento obrero empezó a fortalecerse, Lenin, con sus seguidores, se encontró más cerca de los obreros que los demás y fue el primero en proclamar consignas puramente revolucionarias... Ahora hay círculos, células y organizaciones bolcheviques en todas las ciudades. Se ha establecido una correspondencia y contactos permanentes con casi todos los centros industriales. El comité central funciona casi regularmente y está enteramente en manos de Lenin... En vistas de lo que acabamos de decir, no es sorprendente que en la actualidad todo el partido clandestino se reúna en torno a las organizaciones bolcheviques y que éstas representen de hecho al Partido Obrero Socialdemócrata Ruso". No hay casi nada que añadir a esto.

La correspondencia del estado mayor en el extranjero adquirió un nuevo tono, ahora optimista. Krúpskaya escribió a Shklovsky a principios de 1913: "... Todas las conexiones son muy diferentes de lo que solían ser. Uno siente más que está tratando con compañeros de ideas... La causa del bolchevismo va mejor que nunca." Los liquidadores, que presumían de su realismo y que ayer mismo habían declarado a Lenin líder de una secta degenerada, se encontraron de repente marginados y aislados. Desde Cracovia, Lenin seguía incansablemente todas las manifestaciones del movimiento obrero,

registrando y clasificando todos los hechos que le permitían tomar el pulso al proletariado. Siguiendo meticulosos cálculos hechos en Cracovia sobre las colectas de dinero para la prensa obrera, resulta que en Petersburgo el 86 % de los lectores obreros están del lado de *Pravda* y sólo el 14 % de los liquidadores; en Moscú la proporción es casi la misma, en la provincia más atrasada la situación es algo más favorable a los liquidadores, pero en conjunto las cuatro quintas partes de los obreros avanzados están del lado de *Pravda.* ¿Qué valor podían tener los llamamientos abstractos a la unidad de las fracciones y tendencias si la política justa, oponiéndose a estas "fracciones y tendencias", había conseguido en tres años reunir en torno al bolchevismo a la inmensa mayoría de los obreros avanzados? En el momento de las elecciones a la cuarta duma, cuando ya no se trataba de los socialdemócratas sino de los electores en general, el 67 % de la clase obrera votó a los bolcheviques.

En el momento del conflicto entre las dos partes de la fracción en la duma, los diputados bolcheviques en Petersburgo tenían cinco mil votos y los mencheviques seiscientos veintiuno. En la capital, los liquidadores fueron completamente aplastados. En el movimiento sindical, la proporción era la misma: de los trece sindicatos de Moscú, ni uno solo estaba con los liquidadores; de los veinte sindicatos de Petersburgo, sólo cuatro, los menos proletarios y los menos importantes, estaban total o parcialmente en manos de los mencheviques. A principios de 1914, durante la elección de los representantes obreros en las cajas del seguro de enfermedad, sus listas de partidarios de *Pravda* triunfaron completamente en Petersburgo. Todos los grupos hostiles al bolchevismo, liquidadores, otzovistas, conciliadores de diversos colores, se vieron absolutamente incapaces de hacerse un hueco en la clase obrera. Lenin llegó a la siguiente conclusión: "Sólo luchando contra estos grupos puede unirse y se unirá el verdadero partido obrero socialdemócrata de Rusia".

En la primavera de 1914, Emile Vandervelde, entonces presidente de la Segunda Internacional, visitó Petersburgo para familiarizarse con la lucha entre fracciones de la clase obrera. El escéptico oportunista midió las disputas de los bárbaros rusos con el rasero del parlamentarismo belga. "Los mencheviques", anunció a su regreso, "quieren organizarse legalmente y exigir el derecho de coalición; los bolcheviques quieren ir directamente a la proclamación de la república y a la expropiación de tierras". Vandervelde encontró estos desacuerdos "bastante infantiles". Lenin sólo pudo sonreír amargamente ante todo esto. Pronto llegaron los acontecimientos que fueron una prueba infalible para los hombres y las ideas. Los "pueriles" desacuerdos entre marxistas y oposicionistas se extendieron gradualmente por todo el movimiento obrero mundial.

"La guerra de Austria con Rusia", escribió Lenin a Gorki a principios de 1913, "sería un asunto muy favorable para la revolución (en toda Europa del este), pero es poco probable que Francisco-José y el padrecito Nicolas nos den este placer". Lo hicieron, pero es cierto que fue menos de un año y medio después.

Mientras tanto, la economía industrial ya había alcanzado su cénit. Comenzaban a sentirse los primeros temblores subterráneos de la crisis. Pero no habían frenado las huelgas. Al contrario, les habían dado un carácter más ofensivo. Poco más de seis meses antes del estallido de la guerra, había casi un millón y medio de huelguistas. El último estallido importante se produjo en vísperas de la movilización. El 3 de julio, la policía de Petersburgo disparó contra un grupo de obreros. A la llamada de un comité de bolcheviques, las fábricas más grandes cerraron en señal de protesta. El número de huelguistas alcanzó los doscientos mil. Hubo reuniones y manifestaciones por todas partes. Se intentó levantar barricadas. En medio de estos acontecimientos, que tenían lugar en el corazón de la capital, transformada en un campo atrincherado, el presidente de la República Francesa, Poincaré, llegó para las últimas conversaciones con su "amigo"

coronado y tuvo ocasión de echar un vistazo al funcionamiento de la revolución rusa. Pero pocos días después, el gobierno aprovechó la declaración de guerra para borrar de la faz de la tierra las organizaciones y la prensa obreras. La primera víctima fue *Pravda*. Sofocar la revolución con la guerra fue la brillante idea del gobierno zarista.

Afirmar, como hacen algunos biógrafos, que Stalin fue el autor de la teoría del "derrotismo" o de la fórmula de "transformar la guerra imperialista en guerra civil" es una pura invención y demuestra una total incomprensión de la fisonomía intelectual y política de Stalin. Más que nada, carecía de espíritu de innovación y de audacia teórica. Nunca anticipó nada, nunca tomó la iniciativa. Empírico, siempre temió las conclusiones a priori, prefiriendo medir diez veces antes de cortar la tela. Este revolucionario fue siempre un burócrata conservador. La Segunda Internacional era un aparato poderoso. Stalin nunca habría roto con él por iniciativa propia. La elaboración de la doctrina bolchevique de la guerra pertenece enteramente a la biografía de Lenin. Stalin no aportó ni una sola palabra a ella, ni a la doctrina de la revolución. Sin embargo, para comprender la actitud de Stalin durante sus años de deportación y especialmente en las críticas semanas inmediatamente posteriores a la revolución de febrero, así como su posterior ruptura con todos los principios del bolchevismo, es necesario esbozar aquí brevemente el sistema de concepciones que Lenin elaboró desde el comienzo de la guerra y al que condujo gradualmente al partido.

La primera cuestión que planteó la catástrofe europea fue si los socialistas debían asumir la "defensa de la patria". El problema no era decidir si los socialistas individuales debían cumplir con sus obligaciones militares: no tenían elección, porque la deserción no era una política revolucionaria. El problema era saber si un partido socialista debía apoyar políticamente la guerra: votar a favor del presupuesto militar, renunciar a la lucha contra el gobierno, dirigir una agitación por la "defensa de la patria". Lenin respondió: no, no debe hacerlo, no tiene derecho a hacerlo; no porque sea una *guerra*, sino porque es una guerra *reaccionaria*, una sangrienta reyerta entre amos esclavistas para volver a repartirse el mundo.

La formación de estados nacionales en el continente europeo llenó una época que comenzó, más o menos, con la Revolución Francesa y terminó con la Paz de Versalles de 1871. Las guerras para la creación o la defensa de un estado nacional, condición necesaria para el desarrollo de las fuerzas productivas y de la cultura, tuvieron en aquella época un carácter histórico progresista. Los revolucionarios no sólo podían, sino que debían, apoyar políticamente las guerras nacionales. De 1871 a 1914, el capitalismo europeo, habiendo alcanzado su pleno potencial sobre la base de los estados nacionales, sobrevivió, convirtiéndose en monopolista o imperialista. "El imperialismo es un estado del capitalismo en el que, habiendo alcanzado todo lo que puede, se dirige hacia su decadencia". La causa de esta decadencia es que las fuerzas productivas están cada vez más encorsetadas tanto en el marco de la propiedad privada como dentro de las fronteras del estado nacional. En busca de una salida, el imperialismo se esfuerza por dividir y redividir el mundo. A las guerras nacionales suceden las guerras imperialistas. Tienen un carácter completamente reaccionario y reflejan el bloqueo histórico, el estancamiento y la putrefacción del capitalismo monopolista.

El imperialismo sólo puede existir porque en nuestro planeta hay naciones atrasadas, países coloniales y semicoloniales. La lucha de estos pueblos oprimidos por su unidad nacional y su independencia tiene un carácter doblemente progresista, ya que, por una parte, prepara condiciones más favorables para el desarrollo de estos mismos pueblos y, por otra, asesta un golpe al imperialismo. De ello se desprende, en particular, que en una guerra entre una república democrática imperialista civilizada y la monarquía bárbara

y atrasada de un país colonial, los socialistas estarán totalmente del lado del país oprimido, a pesar de su monarquía, y contra el opresor, a pesar de su "democracia".

El imperialismo encubre sus objetivos de saqueo, de robo de colonias, de mercados, de fuentes de materias primas, de esferas de influencia, con ideas como la "defensa de la paz contra los agresores", la "defensa de la patria", la "defensa de la democracia", etc. Estas ideas son completamente falsas. "La cuestión de qué grupo dio el primer golpe o declaró la guerra", escribió Lenin en marzo de 1915, "no tiene sentido cuando se trata de definir la táctica socialista. Las frases sobre la defensa de la patria, sobre la resistencia a la invasión enemiga, sobre la guerra defensiva, etc., son por ambas partes puro engaño al pueblo." "... Durante décadas", explicó Lenin, "tres bandidos (la burguesía y los gobiernos de Inglaterra, Rusia y Francia) se armaron para robar a Alemania. ¿No es de extrañar que dos bandidos atacaran antes de que los tres pudieran recibir los nuevos cuchillos que habían encargado?" Lo decisivo para el proletariado es el significado histórico objetivo de la guerra: ¿qué clase la libra y con qué fin? No los trucos de la diplomacia, que siempre consiguen presentar al enemigo como el agresor.

Los imperialistas también invocan falsamente los intereses de la democracia y la cultura. "La burguesía alemana... engaña a la clase obrera y a las masas trabajadoras afirmando que hace la guerra... por la emancipación de los pueblos oprimidos por el zarismo... La burguesía inglesa y francesa... engaña a la clase obrera y a las masas trabajadoras afirmando que hace la guerra... contra el militarismo y el despotismo de Alemania". Ninguna forma de estado puede cambiar la base económica reaccionaria del imperialismo. El carácter de una guerra está totalmente determinado por esta base. "Hoy en día... la sola idea de una burguesía progresista, de un movimiento burgués progresista, sería ridícula. La vieja democracia burguesa... se ha vuelto reaccionaria". Esta evaluación de la "democracia" imperialista constituye la piedra angular de toda la concepción de Lenin.

Puesto que la guerra no se libra por ninguno de los dos bandos en defensa de la patria, la democracia y la cultura, sino por el reparto del mundo y la esclavización de las colonias, un socialista no tiene derecho a preferir un bando imperialista al otro. Sería completamente inútil intentar "decir, desde el punto de vista del proletariado internacional, la derrota de cuál de los dos grupos de naciones beligerantes sería el mal menor para el socialismo". Sacrificar la independencia política del proletariado en nombre de este supuesto "mal menor" sería traicionar el futuro de la humanidad.

La política de "unidad nacional" en tiempos de guerra, incluso más que en tiempos de paz, significa apoyar a la reacción y perpetuar la barbarie imperialista. Rechazar este apoyo, que es el deber elemental de un socialista, es sin embargo sólo un aspecto negativo o pasivo del internacionalismo. No es suficiente. La tarea del partido del proletariado es "realizar una propaganda general, que se extienda al ejército y al teatro de operaciones militares, a favor de la revolución socialista y de la necesidad de dirigir las armas, no contra los hermanos, esclavos mercenarios de otros países, sino contra los gobiernos y partidos reaccionarios y burgueses de todos los países".

Pero, ¿no puede la lucha revolucionaria en tiempos de guerra conducir a la derrota del gobierno? A Lenin no le asustaba esta conclusión. "En cada país, la lucha contra el gobierno que libra una guerra imperialista no debe detenerse ante la posibilidad de la derrota de ese país como resultado de la agitación revolucionaria". Aquí radica la esencia de lo que llegó a conocerse como la teoría del "derrotismo". Los opositores de mala fe tratan de interpretarla como si Lenin aceptara la colaboración de los internacionalistas con el imperialismo extranjero para derrotar a la reacción en su propio país. En realidad, era la lucha común del proletariado mundial contra el imperialismo mundial mediante la lucha simultánea del proletariado de cada país contra su propio imperialismo, el enemigo

inmediato y principal. “Para nosotros, los rusos, desde el punto de vista de los intereses de las masas obreras y de la clase obrera de Rusia [escribía Lenin a Chliapnikov en octubre de 1914], no puede caber la menor duda, absolutamente ninguna duda, de que el menor mal sería ahora e inmediatamente la derrota del zarismo en la guerra real...”

Es imposible luchar contra la guerra imperialista anhelando la paz, como los pacifistas. “Una de las formas de engaño a la clase obrera es el pacifismo y la predicación abstracta de la paz. Bajo el capitalismo, y especialmente en su fase imperialista, las guerras son inevitables”. Una paz concluida por los imperialistas será simplemente una pausa antes de una nueva guerra. Sólo la lucha revolucionaria de las masas contra la guerra y el imperialismo que la engendra puede garantizar una paz real. “Sin una serie de revoluciones, una supuesta paz democrática es una utopía filistea.”

La lucha contra las ilusiones del pacifismo forma una parte importante de la doctrina de Lenin. Con un odio muy particular rechaza la demanda de “desarme” por ser manifiestamente utópica bajo el capitalismo y sólo susceptible de distraer a los obreros de la necesidad de armarse. “Una clase oprimida que no se esforzara por aprender a manejar las armas, a tener armas, sólo merecería ser tratada como esclava”. Y más adelante: “Nuestra consigna debe ser: armar al proletariado para derrotar, expropiar y desarmar a la burguesía... Sólo después de que el proletariado haya desarmado a la burguesía podrá arrojar todas las armas sin traicionar su tarea histórica universal...” Lenin rechazó la consigna pura y simple de “paz”, oponiéndole la de “transformar la guerra imperialista en guerra civil”.

Durante la guerra, la mayoría de los dirigentes de los partidos obreros se pusieron del lado de su burguesía. Lenin llamó a esta tendencia *socialchovinismo*: socialismo de palabra, chovinismo de hecho. Sin embargo, la traición al internacionalismo no surgió de la nada, sino que fue la continuación y el desarrollo inevitables de la política reformista de adaptación al estado capitalista. “El oportunismo y el socialchovinismo contienen las mismas ideas políticas: colaboración entre las clases en lugar de su lucha mutua, abandono de los medios de lucha revolucionarios, apoyo al gobierno en una situación difícil para él en lugar de utilizar sus dificultades para la revolución.”

El último periodo de desarrollo capitalista antes de la guerra (1909-1913) vinculó a la capa superior del proletariado de forma particularmente estrecha con el imperialismo. Una buena parte de los beneficios excedentarios que la burguesía recibía de las colonias y de los países atrasados en general iba a parar a la aristocracia y la burocracia obreras. Así pues, su patriotismo estaba dictado por un interés inmediato en la política del imperialismo. Durante una guerra que puso al desnudo todas las relaciones sociales, “la alianza de los oportunistas y chovinistas con la burguesía, los gobiernos y los estados mayores les dio una fuerza enorme.” Los oportunistas se pasaron definitivamente al campo del enemigo de clase.

La tendencia intermedia y probablemente más extendida en el socialismo, el llamado centro (Kautsky y otros), que había vacilado en tiempos de paz entre el reformismo y el marxismo, se convirtió casi por completo en prisionera de los socialchovinistas, al tiempo que se cubría con frases pacifistas. En cuanto a las masas, se encontraron desprevenidas y engañadas por los dirigentes de sus propias organizaciones, que habían construido durante las décadas anteriores. Tras haber hecho un balance sociológico y político de la burocracia obrera de la Segunda Internacional, Lenin no se quedó a medio camino. “La unidad con los oportunistas es la alianza de los obreros con ‘su’ burguesía nacional y la escisión de la clase obrera revolucionaria internacional”. De esto concluyó que era necesario romper de una vez por todas todos los lazos con los socialchovinistas. “Es imposible cumplir las tareas del socialismo en la época actual, es imposible lograr un auténtico movimiento obrero internacional, sin romper resueltamente

con el oportunismo", así como con el centrismo, "esa tendencia burguesa en el socialismo". Hay que cambiar el nombre mismo del partido. "¿No sería mejor abandonar el nombre, ensuciado y degradado por ellos, de "socialdemócratas" y volver al viejo nombre marxista de comunistas?" Es hora de romper con la Segunda Internacional y construir la Tercera.

A esto habían conducido los desacuerdos que Emile Vandervelde encontraba "pueriles" no más de dos o tres meses antes de la guerra. Entretanto, el propio presidente de la Segunda Internacional se había convertido en ministro patriótico de su rey.

El Partido Bolchevique era el más revolucionario de todas las secciones de la Segunda Internacional, de hecho, el único partido revolucionario. Pero ni siquiera él pudo abrirse camino en el laberinto de la guerra de un solo golpe. En general, la confusión fue más profunda y duró más tiempo en los partidos que estaban en contacto directo con la opinión pública burguesa. La fracción bolchevique de la duma dio inmediatamente un brusco giro a la derecha, uniéndose a los mencheviques para hacer una declaración equívoca. El documento, hecho público el 26 de julio en la duma, se separaba ciertamente del "falso patriotismo al amparo del cual las clases dominantes prosiguen su política de pillaje", pero al mismo tiempo prometía que el proletariado "defendería los bienes culturales del pueblo contra todos los ataques, vengan de donde vengan, de fuera o de dentro". La fracción había ocupado la posición patriótica, bajo el pretexto de "defender la cultura".

Las tesis de Lenin sobre la guerra no llegaron a Petersburgo hasta principios de septiembre, y de ningún modo contaron con la aprobación general del partido. Las objeciones se dirigían sobre todo contra la consigna del "derrotismo", que, según Shliapnikov, causaba "perplejidad". La fracción en la duma, dirigida por Kámenev, intentó una vez más suavizar los bordes afilados de las fórmulas de Lenin. En Moscú y en las provincias, la situación no era diferente. "La guerra cogió a los 'leninistas' por sorpresa", escribió la sección moscovita del Ojrana, "y durante mucho tiempo... fueron incapaces de ponerse de acuerdo sobre su actitud ante la guerra..." Los bolcheviques de Moscú escribieron a Lenin desde Estocolmo, en lenguaje convenido, que "con el debido respeto hacia él, su famoso consejo de vender la casa [la consigna del 'derrotismo'] no había encontrado respuesta". En Sarátov, según el dirigente local Antónov, "los militantes de las tendencias bolchevique, menchevique y socialista-revolucionaria no comparten la opinión derrotista. Es más... son (con algunas excepciones) derrotistas convencidos". Entre los obreros avanzados, la situación era más favorable. En Petersburgo aparecieron inscripciones en las fábricas: "Si Rusia triunfa, nuestra suerte no será mejor, nos oprimirán aún más". "Los camaradas de Ivanovo-Voznesensk", escribió Samoilov, "con el instinto de clase de los proletarios, encontraron... el camino correcto y se embarcaron resueltamente en él desde los primeros meses de la guerra."

Sin embargo, sólo algunos individuos aislados, quizá unas pocas docenas, consiguieron expresar su opinión. Las detenciones masivas destruyeron las organizaciones socialdemócratas. La destrucción de la prensa había aislado a los obreros. El papel de la fracción en la duma se hizo aún más importante. Tras recuperarse del pánico inicial, los diputados bolcheviques empezaron a realizar serias actividades ilegales. Pero el 4 de noviembre fueron detenidos. La principal prueba eran los documentos del estado mayor bolchevique en el extranjero. Las autoridades acusaron a los diputados detenidos de traición. Durante el juicio, Kámenev y los diputados, a excepción de Muranov, repudiaron las tesis de Lenin. En el juicio, que tuvo lugar el 10 de febrero, los acusados mantuvieron la misma actitud. La declaración de Kámenev de que los documentos que se le habían presentado "contradecían claramente sus puntos de vista sobre la guerra actual" no sólo estaba dictada por el deseo de salvarse a sí mismo, sino que también expresaba la

actitud negativa de toda la cúpula del partido hacia el derrotismo. Para gran indignación de Lenin, la táctica puramente negativa de los acusados disminuyó enormemente el valor del juicio para la agitación. La defensa legal podría muy bien haber ido de la mano de una ofensiva política. Pero Kámenev, un político sensato y bien informado, no había nacido para situaciones extraordinarias. Por su parte, los abogados hicieron todo lo que pudieron. Dejando a un lado la acusación de traición, uno de ellos, Pereverzev, dijo que la lealtad de los diputados obreros a su clase quedaría grabada para siempre en la memoria de la posteridad, mientras que sus debilidades, su falta de preparación, su dependencia de los intelectuales que les aconsejaban, etc., "todo ello desaparecería como cáscaras, con la calumniosa acusación de traición". Por uno de esos sádicos caprichos de los que nunca se cansa la historia, le tocó precisamente a Perereverzev, que llegó a ser ministro de justicia en el gobierno de Kerensky, acusar a todos los dirigentes bolcheviques de alta traición y espionaje, utilizando para ello documentos legales falsificados que un fiscal zarista jamás se habría decidido a utilizar. Sólo Vychinsky, el fiscal de Stalin, ha superado al ministro de justicia del gobierno democrático en este aspecto.

A pesar del comportamiento evasivo de los acusados, el hecho mismo del juicio a los diputados obreros asestó un golpe irreparable a la leyenda de la "paz civil" y sacudió a la capa de obreros que habían pasado por la escuela revolucionaria. "Unos cuarenta mil obreros compraron *Pravda*", escribió Lenin en marzo de 1915, "muchos más la leyeron... Esta capa no puede ser aniquilada. Está viva... Está aislada en las masas populares y se encuentra en sus profundidades, donde predica el internacionalismo de los obreros, los explotados y los oprimidos". Las masas pronto empezaron a recuperar la sobriedad, pero sólo lentamente. Los obreros estaban obligados a hacer el servicio militar, estaban atados de pies y manos. Cualquier infracción de la disciplina podía acarrear el envío inmediato al frente, con una nota especial de la policía que equivalía casi a una sentencia de muerte. Esto tuvo su efecto, especialmente en Petersburgo, donde la vigilancia era doblemente severa.

Mientras tanto, las derrotas del ejército zarista hacían mella. La hipnosis del patriotismo y el miedo se disipaba poco a poco. En la segunda mitad de 1915 estallaron huelgas esporádicas debido al alto coste de la vida en los centros textiles de Moscú, pero no llegaron muy lejos. Las masas estaban descontentas, pero callaron. En mayo de 1916 estallaron disturbios en las provincias entre los reclutas. Los disturbios provocados por la falta de alimentos aparecieron en el sur de Francia e inmediatamente tuvieron eco en Kronstadt, la fortaleza que vigilaba las afueras de la capital. A finales de diciembre le llegó por fin el turno a Petrogrado. Una huelga política abrazó de repente a doscientos mil obreros, con la participación definitiva de la organización bolchevique. Se había roto el hielo. En febrero estallaron una serie de huelgas y violentos disturbios que desembocaron en una insurrección y culminaron con la guarnición de la capital del lado de los obreros. La "vía alemana al desarrollo" en la que liberales y mencheviques habían depositado sus esperanzas no se había materializado. Stalin estaba condenado a enterarse de la victoria de la insurrección y de la abdicación del zar en un lejano lugar de deportación.

Dispersa en un área de 45.000 kilómetros cuadrados, la población del territorio de Turujansk, en el norte de la provincia de Yeniseisk, comprendía unas diez mil almas, tanto rusas como no rusas. Pequeños asentamientos de dos a diez hogares, rara vez más, estaban separados por cientos de verstas. Con un invierno que dura ocho meses, no hay agricultura. Los habitantes pescan y cazan. Abundan la pesca y la caza. Stalin llegó a esta inhóspita región a mediados de 1913 y se reunió con Sverdlov, que ya estaba allí. Alliluyev no tardó en recibir una carta en la que Stalin le pedía que instara al diputado Badayev a que le enviara el dinero enviado por Lenin desde el extranjero. "... Stalin

explicó detalladamente que necesitaba el dinero rápidamente para comprar provisiones esenciales, petróleo y otras cosas antes de que llegara el duro invierno polar."

El 25 de agosto, el departamento de policía advirtió a la gendarmería de Yeniseisk de la posibilidad de un intento de fuga por parte de los deportados Sverdlov y Dzhugashvili. El 18 de diciembre, el departamento envió un telegrama al gobernador de la provincia de Yeniseisk pidiéndole que tomara medidas para impedir una fuga. En enero, el departamento telegrafió a la gendarmería de Yeniseisk que Sverdlov y Dzhugashvili, además de los cien rublos que ya habían recibido, iban a recibir otros cincuenta rublos para organizar su fuga. En marzo, los agentes de la Ojrana llegaron a saber que Sverdlov había sido visto en Moscú. El gobernador de la provincia de Yeniseisk se apresuró a informar de que los dos deportados "están aquí y que se han tomado medidas para impedir su fuga". En vano Stalin había escrito a Alliluyev que el dinero enviado por Lenin era para petróleo y otras cosas. El departamento sabía por una fuente fiable, el propio Malinovsky, que se estaba preparando una fuga.

En febrero de 1914, Sverdlov escribió a su hermana: "Yossif Dzhugashvili y yo hemos sido trasladados 100 verstas más al norte, 80 verstas al norte del Círculo Polar Ártico. Se ha intensificado la vigilancia; ya no hay correo: las cartas nos llegan una vez al mes, a través de un "mensajero" que a menudo llega tarde. En la práctica, el correo sólo llega ocho o nueve veces al año..." El lugar que les han asignado ahora es la remota aldea de Kureika. Pero no es suficiente. "Por recibir dinero, Dzhugashvili estuvo privado de su asignación durante cuatro meses. Él y yo necesitamos dinero. Pero es imposible enviarlo a nuestro nombre."

En su primera carta desde Kureika, Sverdlov describió claramente su vida con Stalin. "Mi instalación en el nuevo lugar es mucho peor. En primer lugar, ya no tengo una habitación propia. Somos dos. Conmigo está el georgiano Dzhugashvili, un viejo conocido, con el que ya había estado durante otra deportación. Es un buen tipo, pero demasiado individualista en la vida cotidiana. Estoy a favor de un mínimo de orden. A veces me irrito. Pero no es tan importante. Mucho peor es estar en contacto directo con la familia de nuestro casero. Nuestra habitación está al lado de la suya y no tiene entrada independiente. Tienen hijos. Naturalmente, pasan horas con nosotros. A veces estorban. También hay adultos del pueblo. Vienen, se sientan, se quedan media hora en silencio y de repente se levantan: '¡Vale, tenemos que irnos, adiós!' En cuanto se van, llega otro y se repite lo mismo. Llegan precisamente en el mejor momento para estudiar, por la tarde. Es comprensible: durante el día, trabajan. Hemos tenido que renunciar a nuestra antigua organización y organizar nuestro día de otra manera. Hemos tenido que abandonar la costumbre de sentarnos con un libro hasta bien entrada la noche. No hay absolutamente nada de aceite. Nos iluminamos con velas. Esto da a mis ojos muy poca luz. Así que he tenido que estudiar durante el día. Además, no hago mucho. Apenas hay libros..." Así era la vida del futuro primer presidente de la república soviética y futuro dictador de la Rusia postsoviética.

Lo que más nos interesa de esta carta es la forma reservada en que describe a Stalin: "Es un buen muchacho, pero demasiado individualista en la vida cotidiana". La primera parte del juicio pretende claramente suavizar la segunda. Un "individualista en la vida cotidiana" significa aquí un hombre que, obligado a vivir codo con codo con otro, no tiene en cuenta los hábitos o intereses de este último. El "mínimo de orden" que Sverdlov exigía en vano requería cierta autodisciplina para respetar los intereses de su compañero de piso. El carácter de Sverdlov era muy delicado. Samoilov hablaba de él como de un "excelente camarada" en las relaciones personales. No había ni sombra de delicadeza en Stalin. Es más, es posible que su conducta contuviera un cierto elemento de venganza: no olvidemos que fue Sverdlov quien había sido encargado específicamente

de liquidar la redacción de *Pravda*, en la que Stalin se había apoyado contra Lenin. Stalin no perdonaba cosas así, no perdonaba nada. La publicación de toda la correspondencia de Sverdlov durante su estancia en Turujansk, prometida en 1924, nunca llegó: al parecer, contenía la historia de una exacerbación posterior de las relaciones.

Schweitzer, la esposa de Spandarian, el tercer miembro del comité central que llegó a Kureika en vísperas de la guerra, cuando Sverdlov ya había sido trasladado a otro lugar, informa de que en la habitación de Stalin "la mesa estaba cubierta de libros y grandes fajos de periódicos, y en un rincón, de una cuerda, colgaban varios utensilios de pesca y caza de su propia cosecha". Al parecer, la queja de Sverdlov sobre la falta de libros había surtido efecto: los amigos habían llenado la biblioteca de Kureika. Los artefactos "de su propia cosecha" no podían ser, por supuesto, armas de fuego. Eran redes para peces, trampas para liebres y otros animales. Incluso en sus últimos años, Stalin nunca se convirtió en un buen tirador o cazador. Por su aspecto general, es más fácil imaginárselo poniendo una trampa por la noche que disparando a un pájaro al vuelo.

El socialista-revolucionario Karganov, más tarde cantante de ópera, sitúa su encuentro con Stalin durante la deportación a Turujansk en 1911, en lugar de 1913; los errores cronológicos son habituales en casos similares. Entre otras cosas, Karganov cuenta cómo Stalin, defendiendo a un deportado de derecho común apodado Chaika, que había robado a un campesino, demostró que era imposible condenar a Chaika, que había que atraerlo a la causa, que gente así era necesaria para la lucha futura. Ya hemos oído a Vereshchak mencionar la afición de Koba por los criminales. Un día, durante una discusión, Stalin se reveló antisemita, utilizando crudas expresiones georgianas para dirigirse a los judíos. Violando todas las tradiciones de los deportados, entabló relaciones amistosas con un oficial de policía osetio, Kibirov, según Karganov. A los reproches de sus camaradas respondió declarando que las relaciones amistosas no le impedirían, si fuera necesario, exterminar al oficial como enemigo político. Según el mismo Karganov, Stalin asombraba a los deportados "por su completa falta de principios, su excepcional astucia y crueldad... Su extraordinaria ambición se manifestaba incluso en los detalles". Es difícil decidir dónde acaba la verdad y dónde empieza la invención en todo esto. Pero, en general, el relato de Karganov es bastante similar a las observaciones de Vereshchak en la prisión de Bakú.

Para las relaciones postales y de otro tipo, Kureika dependía del pueblo de Monastyrskoye, desde donde los hilos iban a Yenisseisk y, desde allí, a Krasnoyarsk. El antiguo deportado Gaven, que ahora pertenece a la categoría de los desaparecidos, afirma que la comunidad de Yeniseisk estaba al corriente de la vida política, tanto legal como clandestina. Estaba en contacto con las demás regiones de deportación y con Krasnoyarsk, que a su vez estaba en contacto con los comités bolcheviques de Petrogrado y Moscú y proporcionaba a los deportados documentos clandestinos. Incluso bajo el Círculo Polar Ártico, la gente intentaba seguir la vida del partido, dividiéndose en grupos y discutiendo hasta el odio feroz. De hecho, los deportados no empezaron a separarse por principio hasta mediados de 1914, tras la llegada al territorio de Turujansk del tercer miembro del comité central, el impetuoso Spandarian.

En cuanto a Stalin, era muy reservado. Según Chumyatsky, más tarde director del cine soviético, "Stalin... era muy reservado. Ocupado en la pesca y la caza, vivía en un aislamiento casi total... Casi no necesitaba la simpatía de los demás y sólo en contadas ocasiones iba a ver a su amiga Suren Spandarian al pueblo de Monastyrskoye, para regresar unos días después a su guarida de ermitaño. Hacía algunos comentarios aislados sobre tal o cual tema cuando asistía por casualidad a las reuniones de los deportados". Estas líneas, suavizadas y embellecidas en una versión posterior ("guarida" se sustituye, por alguna razón, por "laboratorio"), deben entenderse en el sentido de que Stalin había

cesado toda relación personal con la mayoría de los deportados y los evitaba. No es de extrañar que su relación con Sverdlov se hubiera roto: en la monotonía de la deportación, incluso las personas sociables no podían evitar enemistarse. "El ambiente moral...", escribió cautelosamente Sverdlov en una de las cartas que han logrado publicarse, "no es muy favorable... Un cierto número de dificultades (conflictos personales) que sólo son posibles en la cárcel y en la deportación, con toda su mezquindad, nos están poniendo realmente de los nervios..." Debido a estas "dificultades", Sverdlov fue trasladado a otra colonia. Otros dos bolcheviques, Goloshchekin y Medvedev, que ahora se encuentran entre los desaparecidos, también abandonaron Kureika a toda prisa. Stalin era un hombre irascible, grosero y ambicioso, y no era un vecino agradable.

Los biógrafos exageran claramente cuando afirman que esta vez la fuga era físicamente imposible; pero, sin duda, tropezó con serias dificultades. Las anteriores fugas de Stalin no habían sido fugas en el sentido estricto de la palabra, sino simplemente salidas ilegales del lugar de deportación. Escapar de Solvychkegodsk, de Vologda, incluso de Narym, no era ningún problema; sólo había que decidirse a dejar de ser "legal". En el territorio de Turujansk era otra cosa: allí había que hacer un viaje difícil, bien con ciervos o perros, bien en canoa en verano, bien escondiéndose cuidadosamente bajo los tablones de la bodega de un vapor cuyo capitán tuviera buena disposición hacia los deportados políticos; en resumen, escapar presentaba esta vez un grave riesgo. Sin embargo, las dificultades no eran insuperables; la prueba es que varios deportados consiguieron escapar del territorio de Turujansk en aquellos años. Es cierto que después de que el departamento de policía se enterara del plan de fuga, Sverdlov y Stalin fueron sometidos a una vigilancia especial. Pero los "guardias" perezosos y dispuestos a beber vino bajo el Círculo Polar Ártico aún no habían impedido que nadie escapara. Los deportados de Turujansk gozaban de bastante libertad de movimientos. "Stalin iba a menudo al pueblo de Monastyrskoye", escribió Schweitzer, "donde se reunían los deportados. Para ello utilizaba todos los medios ilegales, así como todos los pretextos legales." La vigilancia no podía ser muy eficaz en las ilimitadas soledades del norte. Durante el primer año, Stalin, al parecer, se limitó a observar y a hacer sus preparativos, sin prisas: era prudente. Pero en julio del año siguiente estalló la guerra. A las dificultades físicas y policiales se sumaron los peligros de vivir ilegalmente en condiciones de guerra. Fue precisamente este mayor riesgo lo que impidió a Stalin escapar, junto con muchos otros.

"Esta vez", escribe Schweitzer, "Stalin decidió quedarse en la deportación. Allí continuó su trabajo sobre la cuestión nacional, terminó la segunda parte de su libro". Chumiatsky también menciona que Stalin trabajó sobre este tema. Stalin sí escribió un artículo sobre la cuestión nacional en sus primeros meses de deportación: tenemos el testimonio categórico de Alliluyev al respecto. "Ese mismo año [1913], a principios del invierno", escribió, "recibí una segunda carta de Stalin... En el sobre había también un artículo sobre la cuestión nacional, que Stalin me pidió que enviara a Lenin al extranjero." Evidentemente, el trabajo no era muy voluminoso si podía meterse en el sobre de una carta. Pero, ¿qué pasó con el artículo? A lo largo de 1913 Lenin continuó desarrollando y aclarando el programa nacional; no podía dejar de abalanzarse ávidamente sobre el nuevo trabajo de Stalin. El silencio sobre el destino del artículo muestra simplemente que fue considerado no apto para su publicación. El intento de desarrollar independientemente las ideas que le habían sido sugeridas en Cracovia llevó aparentemente a Stalin por un camino tan equivocado que Lenin ni siquiera consideró posible corregir el artículo. Sólo así se explica el asombroso hecho de que en los tres años y medio de deportación que siguieron, Stalin, ofendido, no hiciera un solo intento de publicar nada en la prensa bolchevique.

En la deportación, como en la cárcel, los grandes acontecimientos parecían bastante inverosímiles. Según Chumiatsky, "las noticias de la guerra aturdieron a nuestro

público y algunos se volvieron completamente locos". "Las tendencias defensivas eran fuertes entre los deportados, y todo el mundo estaba desorientado", escribió Gaven. No es de extrañar: incluso en Petersburgo, ahora llamada Petrogrado, los revolucionarios estaban confusos. "Pero la autoridad de Stalin era tan grande entre los bolcheviques", dice Schweitzer, "que su primera carta a los deportados puso fin a las dudas y fortaleció a los indecisos". ¿Qué pasó con esta carta? Los documentos de este tipo se copiaban a mano y circulaban entre las colonias de deportados en numerosos ejemplares. No todas las copias podían perderse; las que caían en manos de la policía había que buscarlas en sus archivos. Si la histórica "carta" de Stalin no se ha conservado, es sólo porque nunca llegó a escribirse. A pesar de su banalidad, el testimonio de Schweitzer es un trágico documento humano. Escribió sus memorias en 1937, un cuarto de siglo después de los hechos, como una tarea impuesta. El mérito político que se vio obligada a atribuir a Stalin se debía en realidad, aunque a una escala más modesta, a su marido, el indomable Spandarian, que murió deportado en 1916. Schweitzer, por supuesto, sabe muy bien cómo sucedieron las cosas. Pero la máquina de la falsificación funciona automáticamente.

Más cercanas a la realidad son las reminiscencias de Chumyatsky, publicadas trece años antes del artículo de Schweitzer. Chumyatsky atribuye el papel principal en la lucha contra los patriotas a Spandarian. "Uno de los primeros, adoptó una posición intransigente de 'derrotismo' y, en las raras reuniones de camaradas, colmó de sarcasmos a los socialpatriotas..." E incluso en una variante posterior Chumiatsky, mostrando la confusión general que reinaba en las ideas, deja la frase: "El difunto Spandarian juzgó la situación con claridad y precisión..." Los demás, por supuesto, juzgaron la situación con menos claridad. Chumiatsky, que nunca visitó Kureika, se apresuró a añadir que "Stalin, completamente aislado en su guarida, adoptó inmediatamente la línea derrotista sin vacilar", y que las cartas de Stalin "apoyaban a Suren en su lucha contra sus adversarios". Pero la fuerza persuasiva de esta inserción, que intenta asegurar el segundo lugar de Stalin entre los "derrotistas", se ve extremadamente debilitada por el propio Chumiatsky. "Sólo a finales de 1914 y principios de 1915 [escribe más adelante], cuando Stalin consiguió llegar a Monastyrskoye y apoyar a Spandarian, éste dejó de ser el blanco de los ataques de los grupos de oposición." Es evidente que Stalin no adoptó abiertamente la posición internacionalista hasta después de su encuentro con Spandarian y no al comienzo de la guerra. En un intento de ocultar el prolongado silencio de Stalin, y de hecho sólo para subrayarlo más claramente, Chumiatsky elimina de la nueva edición de sus memorias la referencia al hecho de que Stalin visitó Monastyrskoye "sólo a finales de 1914 y principios de 1915". En realidad, el viaje tuvo lugar a finales de febrero de 1915, cuando, gracias a la experiencia de la guerra, ya habían conseguido volver a la realidad no sólo los indecisos, sino incluso muchos "patriotas" activos. En realidad, no podía haber sido de otra manera. Los dirigentes bolcheviques de Petersburgo, Moscú y provincias habían recibido las tesis de Lenin con desconcierto y alarma. Nadie las aceptaba completamente por lo que eran. Así que no había la menor razón para esperar que el lento y conservador pensamiento de Stalin llegara por sí mismo a conclusiones que significaran todo un vuelco en el movimiento obrero.

De todo el periodo de deportación de Stalin, sólo se conocen dos documentos que reflejan su postura ante la guerra: una carta personal a Lenin y su firma al pie de una declaración colectiva de un grupo de bolcheviques. La carta personal, escrita el 27 de febrero desde la aldea de Monastyrskoye, es la primera y, al parecer, la única comunicación de Stalin a Lenin durante la guerra. La citamos íntegramente: "Mis saludos para usted, querido Ilich, saludos cordiales y sinceros. Saludos a Zinóviev, saludos a Nadejda Constantinovna. ¿Cómo vive? ¿Cómo está usted? Vivo como antes, llevo una vida tranquila y monótona, estoy a mitad de mi condena. Aquí es aburrido, pero no hay

nada que hacer. ¿Y cómo van todos sus pequeños asuntos? Hace poco leí los artículos de Kropotkin, el viejo loco, ha perdido completamente la cabeza. También leí el pequeño artículo de Plejánov en *Riech*, es un viejo charlatán incorregible. ¡Vaya, vaya! ¡Y los liquidadores con sus diputados que son agentes de la sociedad económica libre! ¡No hay nadie para pegarles, que me parta un rayo! ¿Van a quedar impunes? Háganos el favor de avisarnos de que pronto habrá un órgano en el que se les abofeteará, como debe ser, sin cansarse. Si piensa escribir, hágalo a esta dirección: Territorio de Turujansk, Provincia de Yeniseisk, Pueblo de Monastyrskoye, Spandarian Suren. Su Koba. Timofei [Spandarian] me pide que transmita sus irónicos saludos a Guesde, Sembat y Vandervelde por sus gloriosos (¡jajaja!) puestos ministeriales."

Esta carta, obviamente inspirada en conversaciones con Spandarian, ofrece básicamente muy poco para definir la posición política de Stalin. El viejo Kropotkin, teórico de la anarquía pura, se había convertido en un chovinista rabioso desde el comienzo de la guerra. Plejánov, a quien incluso los mencheviques habían repudiado por completo, no era mejor. Vandervelde, Guesde y Sembat, ahora ministros burgueses, eran un blanco demasiado fácil. La carta de Stalin no contiene la menor observación sobre los nuevos problemas que ocupaban entonces el pensamiento de los marxistas revolucionarios. La actitud a tomar frente al pacifismo, las consignas de "derrotismo" y de "transformación de la guerra imperialista en guerra civil", el problema de la nueva Internacional, estaban entonces en el centro de innumerables debates. Las ideas de Lenin estaban aún lejos de ser generalmente aceptadas. ¿Qué podía ser más natural, por parte de Stalin, que indicar a Lenin su solidaridad con él, si tal solidaridad había existido? Según Schweitzer, fue precisamente en el lugar donde estaba escribiendo su carta, en Monastyrskoye, donde Stalin tuvo conocimiento de las tesis de Lenin. "Es difícil decir", escribió en el estilo de Beria, "con qué sentimiento de alegría, convicción y triunfo leyó Stalin las tesis de Lenin, que confirmaban sus ideas..." ¿Por qué no dijo ni una palabra sobre estas tesis en su carta? Si hubiera trabajado independientemente sobre los problemas de la nueva internacional, no habría podido dejar de comunicar sus conclusiones a su maestro, aunque sólo fuera en pocas palabras, y de consultarle sobre las cuestiones más espinosas. Nada de eso. Stalin tomó de las ideas de Lenin lo que correspondía a su propio horizonte. El resto le parecía una dudosa música del futuro, cuando no una "tormenta en un vaso de agua" en el extranjero. Con estos puntos de vista abordó más tarde la revolución de febrero.

La carta de Monastyrskoye, pobre en contenido, con su falsa impetuosidad ("¡que el diablo me lleve!", "¡jajaja!", etc.) dice más de lo que el autor hubiera querido. "Aquí nos aburrimos, pero no hay nada que hacer. Así no escribe un hombre capaz de llevar una vida intelectual intensa. "Si cree que puede escribir, escriba a esta dirección..." Así no escribe un hombre que aprecia el intercambio de ideas teóricas. La carta lleva siempre el mismo triple sello: astucia, estrechez de miras y vulgaridad. No hubo correspondencia regular con Lenin durante los cuatro años de deportación, aunque Lenin era muy aficionado a mantener relaciones epistolares con sus colegas pensadores y sabía cómo mantenerlas. En otoño de 1915, Lenin escribió al emigrado Karpinsky: "Debo pedirle un gran favor: por favor, trate de averiguar... cuál es el apellido de Koba - (Yossif Dj ...? Lo hemos olvidado). Es muy importante". Karpinsky respondió: "Yossif Djuzhachvili." ¿Qué era? ¿Una nueva transferencia de dinero? ¿Una carta? El hecho de que Lenin necesitara preguntar el nombre de familia de Koba demuestra, en cualquier caso, que no existía una correspondencia regular.

El otro documento que lleva la firma de Stalin es una declaración dirigida por un grupo de deportados a los editores de una revista legal dedicada al seguro social. "Que la revista *Voprosy Strajovaniya* [Problemas de seguros] dedique todos sus esfuerzos a esta

causa: asegurar a la clase obrera de nuestro país contra los sermones profundamente corruptores, antiproletarios y, en el fondo, contrarios a los principios internacionalistas, de los señores Potresov, Levitsky y Plejánov". Se trataba, sin duda, de un acto contra el socialpatriotismo, pero, esta vez también, dentro de los límites de las ideas compartidas por los bolcheviques y el ala izquierda de los mencheviques. A juzgar por su estilo, la carta fue escrita por Kámenev y fechada el 12 de marzo de 1916, es decir, fue escrita en un momento en que la presión revolucionaria había aumentado mucho y la presión patriótica se había debilitado extremadamente.

Kámenev y los diputados condenados llegaron al territorio de Turujansk en el verano de 1915. La conducta de los diputados en el juicio siguió provocando acalorados debates en las filas del partido. Unos dieciocho bolcheviques, entre ellos cuatro miembros del comité central: Spandarian, Sverdlov, Stalin y Kámenev, se reunieron en Monastyrskoye. Petrovsky presentó un informe sobre el juicio y Kámenev lo completó. "Los participantes en los debates", dice Samoilov, "señalaron las faltas cometidas por nosotros en el juicio: Spandarian lo hizo con particular amargura, todos los demás se expresaron más moderadamente". Samoilov no atribuye en absoluto a Stalin un papel especial en los debates. Por otra parte, la viuda de Spandarian se vio obligada una vez más a atribuir a Stalin lo que de hecho había hecho su marido. "Tras el debate", continúa Samoilov, "se adoptó una resolución que, en conjunto, aprobaba... la conducta de la fracción en el proceso". Esta indulgencia distaba mucho de la intransigencia de Lenin, que declaró en la prensa que la condena de Kámenev era "indigna de un socialdemócrata revolucionario". A petición de Lenin, Shklovski escribió a Samoilov en Monastyrskoye, en el idioma acordado: "Me alegro mucho de que no tengas intención de pelearte con mi familia, ¡pero qué inconvenientes nos ha causado [Kámenev] (y no sólo él)!... Cualquiera puede equivocarse o cometer una estupidez, pero debe corregir su error, aunque sólo sea mediante una disculpa pública, si mi honor y el de mis padres le son queridos a él y a sus amigos." "Con las palabras 'mi familia' y 'mis padres' [explicó Samoilov] me refiero al comité central del partido". La carta sonaba a ultimátum. Sin embargo, ni Kámenev ni los diputados hicieron la declaración que Lenin les exigía. Y no hay razón para creer que Stalin apoyara esta exigencia, a pesar de que la carta de Shklovsky había llegado a Monastyrskoye poco antes de la reunión.

La indulgencia de Stalin con la conducta de los diputados fue básicamente una prudente expresión de solidaridad. Ante un tribunal que podía dictar duras sentencias, las fórmulas mordaces de Lenin debían de parecer doblemente fuera de lugar: ¿qué sentido tiene sacrificarse en nombre de lo que se juzga erróneo? El propio Stalin no había mostrado en el pasado ninguna inclinación a utilizar el banquillo de los acusados como plataforma revolucionaria: cuando se preparaba el proceso de los manifestantes de Bakú, utilizó una dudosa artimaña para separarse de los demás acusados. Consideraba la táctica de Kámenev en el juicio más como un ardid bélico que desde el punto de vista de la agitación política. En cualquier caso, sus relaciones con Kámenev se mantuvieron estrechas hasta el final de su deportación, así como durante la revolución. En una fotografía de un grupo de deportados tomada en Monastyrskoye, aparecen uno al lado del otro. Sólo doce años después, Stalin reprochó a Kámenev su conducta en el juicio y la convirtió en una de las acusaciones más graves. Ya no se trataba de defender principios, sino de una lucha personal por el poder... La carta de Shklovsky, sin embargo, por su tono, debía mostrar a Stalin que la cuestión era mucho más aguda de lo que había imaginado, y que era imposible mantener por más tiempo una posición dilatoria. Por eso fue precisamente en aquellos días cuando escribió a Lenin la carta citada, cuya forma inconexa trata de ocultar su carácter evasivo en el plano político.

En 1915, Lenin intentó que se publicara en Moscú una antología marxista legal para hacer oír, al menos a medias, las opiniones del partido bolchevique sobre la guerra. La colección fue prohibida por la censura, pero los artículos fueron conservados y redescubiertos después de la revolución. Además de Lenin, entre los autores figuraban el escritor Stepanov, Olminsky, a quien ya conocemos, el relativamente nuevo bolchevique Miliutin y el conciliador Noguin; ninguno de ellos había emigrado. Finalmente, Sverdlov envió un artículo titulado "Sobre la escisión de la socialdemocracia alemana". Sin embargo, Stalin, que estaba deportado en las mismas condiciones que Sverdlov, no aportó nada a la colección. Esto puede explicarse bien por el miedo a hacer una nota falsa, o bien por su irritación ante el fracaso de su artículo sobre la cuestión nacional: la susceptibilidad y el capricho son tan inherentes a él como la prudencia.

Chumiatsky menciona que Stalin fue llamado al servicio militar durante su deportación, al parecer en 1916, cuando la movilización llegó a las clases de más edad (Stalin tenía treinta años), pero que no fue admitido en el ejército porque no podía doblar el brazo izquierdo. Permaneció pacientemente bajo el Círculo Polar Ártico, pescando, poniendo trampas para liebres, leyendo y quizá incluso escribiendo. "Esto es aburrido, pero no hay nada que hacer". Encerrado, taciturno, hosco, no era en absoluto una figura central entre los deportados. "Más claramente que muchos otros", escribió Chumiatsky, más tarde partidario de Stalin, "es la monumental figura de Suren Spandarian..., indomable revolucionario marxista y excelente organizador, la que está grabada en la memoria de los deportados de Turujansk". Spandarian llegó a la región de Turujansk en vísperas de la guerra, un año después de Stalin. "Qué paz y qué dicha tenéis aquí", dijo sarcásticamente, "todo el mundo está de acuerdo con todo el mundo: socialistas-revolucionarios, bolcheviques, mencheviques, anarquistas... ¿No sabéis que el proletariado de Petersburgo escucha la voz de los deportados?" Suren fue el primero en adoptar una postura antipatriótica y supo hacerse oír. En términos de influencia personal sobre los camaradas, Sverdlov ocupaba el primer lugar. "Lleno de vida y muy sociable", orgánicamente incapaz de replegarse sobre sí mismo. Sverdlov siempre estaba colaborando con los demás, recopilando noticias importantes y difundiéndolas por las colonias, organizando una cooperativa para deportados y haciendo observaciones en la estación meteorológica. Las relaciones entre Spandarian y Sverdlov se volvieron bastante tensas. Los demás deportados se agruparon en torno a uno u otro. Los dos grupos lucharon juntos contra la administración, pero la competencia "por las esferas de influencia", en palabras de Chumiatsky, no cesó. Hoy no es fácil aclarar las causas de la lucha en términos de principios. Stalin, ahora hostil a Sverdlov, apoyó cautelosamente a Spandarian, aunque manteniendo sus diferencias.

En la primera edición de sus memorias, Chumiatsky escribió: "La administración territorial consideraba que Suren Spandarian era el militante revolucionario más activo y lo consideraba el líder". En la siguiente edición, esta misma frase se aplica a dos personas: Spandarian y Sverdlov. El oficial Kibirov, con quien Stalin había entablado una relación un tanto amistosa, mantenía a Spandarian y Sverdlov bajo una férrea vigilancia, pues los consideraba los "líderes de todos los deportados". Perdiendo por un momento el hilo oficial, Chumiatsky olvida por completo nombrar aquí a Stalin. No es difícil comprender por qué. El nivel general de los deportados de Turujansk era considerablemente superior a la media. Entre ellos se encontraban los que formaban el corazón mismo del "centro" ruso: Kámenev, Stalin, Spandarian, Sverdlov, Goloshchekin y muchos otros destacados bolcheviques. En la deportación, no había "aparato" oficial del partido y era imposible mandar anónimamente, moviendo los hilos entre bastidores. Todos se encontraban bajo la mirada de los demás, tal como eran. Para convencer o ganarse a estos hombres con su caudal de experiencia, no bastaba con la astucia, la firmeza y la tenacidad: había que tener

conocimientos, independencia de pensamiento y habilidad en el debate. Spandarian, al parecer, destacaba por su audacia de pensamiento; Kámenev, que era muy leído, por sus amplios horizontes; Sverdlov por su capacidad de asimilación, su iniciativa y su flexibilidad. Precisamente por eso Stalin "se replegaba sobre sí mismo", distinguiéndose por observaciones monosilábicas, que Chumiatsky sólo pensó en calificar de "hábiles" en la nueva edición de su relato.

¿Estudió el propio Stalin en la deportación, y qué exactamente? Hacía tiempo que había superado la edad en que uno se conforma con lecturas inconexas y desorganizadas. Sólo podía progresar estudiando cuestiones concretas, tomando notas e intentando formular sus conclusiones por escrito. Sin embargo, aparte de mencionar el artículo sobre la cuestión nacional, nadie dice nada sobre la vida intelectual de Stalin durante estos cuatro años. Sverdlov, que no era ni teórico ni escritor, escribió una serie de artículos durante sus años de deportación, mantuvo correspondencia con extranjeros y colaboró en la prensa siberiana. "Desde este punto de vista, mis asuntos no van mal", escribió con optimismo a uno de sus amigos. Tras la muerte de Ordzhonikidze, que carecía totalmente de las cualidades de un teórico, su esposa dijo lo siguiente sobre los años que pasó el difunto en la cárcel: "Trabajaba y leía, leía sin parar. En el gran cuaderno de tela encerada que la administración penitenciaria había regalado a Sergo, había largos extractos de los libros que leyó durante ese periodo." Todos los revolucionarios se llevaban de la cárcel o de la deportación estos cuadernos forrados de hule. Por supuesto, muchas cosas se perdieron durante las fugas y los registros. Pero en su última deportación, Stalin pudo llevarse todo lo que quiso, en las mejores condiciones posibles, y a partir de entonces no fue sometido a ningún registro; al contrario, fue él quien empezó a hacer que registraran a los demás. Sin embargo, sería en vano buscar rastros de su vida intelectual a lo largo de este periodo de soledad y ocio. Durante cuatro años (y estos cuatro años vieron el nuevo ascenso del movimiento revolucionario en Rusia, la guerra mundial, el hundimiento de la socialdemocracia internacional, una encarnizada lucha de ideas en el socialismo, la preparación de la nueva internacional) es imposible que Stalin no tomara la pluma. Pero de todo lo que escribió, no parece haber sobrevivido ni una sola línea que pudiera utilizarse para mejorar su reputación posterior. Los años de la guerra y la preparación de la revolución de octubre forman una página en blanco en la biografía intelectual de Stalin.

El internacionalismo revolucionario encontró su máxima expresión en la pluma del "emigrado" Lenin. El ámbito de un país aislado, especialmente la atrasada Rusia, era demasiado limitado para permitir una apreciación adecuada de la perspectiva mundial. Al igual que el emigrado Marx había necesitado Londres, entonces la metrópoli del capitalismo, para vincular la filosofía alemana y la revolución francesa con la economía inglesa, Lenin necesitaba, durante la guerra, el foco de los acontecimientos europeos y mundiales para extraer conclusiones revolucionarias extremas de las premisas del marxismo, escribió en 1928 Manuilsky, que, después de Bujarin y antes de Dimitrov, fue jefe oficial de la Internacional Comunista: "... El *Sotsial-Democrat*, publicado en Suiza por Lenin y Zinóviev, el *Golos* (*Nache Slovo*) de París, dirigido por Trotsky, serán para el futuro historiador de la Tercera Internacional los elementos principales de los que surgirá la nueva ideología revolucionaria del proletariado internacional. Admitimos de buen grado que Manuilsky exagera aquí el papel de Trotsky. Pero no aprovecha la ocasión para nombrar a Stalin. Unos años más tarde, haría todo lo posible por corregir este olvido.

Adormecidos en los ritmos monótonos de las soledades nevadas, los deportados no habían esperado los acontecimientos que se desencadenaron en febrero de 1917. A todos les pilló desprevenidos, a pesar de que siempre habían creído en la inevitabilidad de la revolución. "Al principio", escribió Samoilov, "de alguna manera olvidamos todos nuestros desacuerdos... Las rencillas políticas y las antipatías mutuas parecían haber

desaparecido de repente...” Esta interesante admisión se ve confirmada por todas las publicaciones, discursos y medidas prácticas adoptadas en aquella época. Las divisiones entre bolcheviques y mencheviques, entre internacionalistas y patriotas, quedaron anuladas. Un espíritu de conciliación, que lo veía todo de color de rosa, pero miope y verborreico, se extendió por todo el país. La gente hacía gárgaras con las frases patéticas que constituyeron el elemento principal de la revolución de febrero, sobre todo en las primeras semanas. De todos los rincones de Siberia se reunían grupos de deportados que navegaban hacia occidente en un ambiente de embriaguez extática.

En una de las reuniones celebradas en Siberia, Kámenev, que ocupaba la presidencia con liberales, populistas y mencheviques, añadió su firma, según se informó más tarde, a un telegrama saludando al gran duque Miguel Románov porque se había negado a subir al trono antes de la decisión de la asamblea constituyente, aparentemente por magnanimidad, pero en realidad por cobardía. Es posible que, en este ambiente sentimental, Kámenev decidiera no disgustar a sus colegas de la presidencia con una negativa descortés. En la gran confusión de aquellos días, nadie llamó la atención sobre este hecho, y Stalin, que ni siquiera había sido considerado para la presidencia, sólo protestó contra el nuevo pecado de Kámenev cuando estalló una feroz pelea entre ellos.

El primer centro importante de la ruta, con un número considerable de obreros, fue Krasnoyarsk. Allí había incluso un sóviet de diputados. Los bolcheviques locales, que se habían organizado conjuntamente con los mencheviques, esperaban las instrucciones de los dirigentes a su paso por la ciudad. Completamente arrastrados por la ola de unificación, los dirigentes ni siquiera exigieron la creación de una organización bolchevique independiente. ¿Qué sentido tenía? Al igual que los mencheviques, los bolcheviques eran partidarios de apoyar al gobierno provisional presidido por el príncipe liberal Lvov. En la cuestión de la guerra, los desacuerdos también habían desaparecido: ¡había que defender a la Rusia revolucionaria! Con este estado de ánimo, Stalin, Kámenev y los demás se acercaron a Petrogrado. “El camino a lo largo del ferrocarril”, dice Samoilov en sus memorias, “tenía un aspecto extraordinario, era tumultuoso, con muchas reuniones, mítines, etc.” En la mayoría de las estaciones, los deportados eran recibidos por multitudes entusiastas, con bandas militares que tocaban la *Marsellesa*: aún no había llegado el momento de la *Internacional*. En las estaciones más importantes se celebran banquetes solemnes. Los diputados amnistiados tenían que “hablar, hablar y hablar”. Muchos de ellos perdieron la voz, estaban muertos de cansancio, se negaron a abandonar sus carruajes, “pero ni siquiera en los vagones nos dejaron en paz”.

Stalin no perdió la voz, porque no pronunció ningún discurso. Había muchos otros oradores más hábiles, incluido el enclenque Sverdlov con su potente voz de bajo. Stalin permaneció al margen, retraído, alarmado por este desbordamiento de aguas vernales y, como siempre, malévolo. Personas de menor calibre intentaban una vez más derrocarle. Y eso que ya tenía a sus espaldas casi veinte años de actividad revolucionaria, interrumpida por las inevitables detenciones y reanudada tras las fugas. Habían pasado casi diez años desde que Koba había abandonado el “pantano estancado” de Tiflis para dirigirse al centro industrial de Bakú. Durante ocho meses había trabajado en la capital del petróleo; había pasado unos siete meses en la cárcel de Bakú y unos nueve meses deportado a Vologda. Un mes de actividad ilegal se pagaba con dos meses de castigo. Tras su fuga, pasó otros nueve meses en la clandestinidad, seis meses en prisión y nueve meses de deportación, lo que da un resultado algo más favorable. Tras su deportación, menos de dos meses de actividad ilegal, unos tres meses en prisión, unos dos meses en la provincia de Vologda: dos meses y medio de castigo por un mes de actividad. Otros dos meses en la clandestinidad, unos cuatro meses de prisión y exilio. Otra fuga. Algo más de seis meses de actividad revolucionaria, luego prisión y deportación, esta vez hasta la revolución de

febrero, es decir, durante cuatro años. En total, de diecinueve años de participación en el movimiento revolucionario, dos y tres cuartas partes transcurrieron en la cárcel y cinco y tres cuartas partes en la deportación. Esta proporción puede considerarse favorable: la mayoría de los revolucionarios profesionales pasaron períodos considerablemente más largos en la cárcel.

En esos diecinueve años, Stalin no emergió como una figura destacada, ni siquiera de segunda fila. Era un desconocido. En 1911, el jefe de la sección de Tiflis de la Ojrana escribió un detallado informe sobre Yossif Dzhugashvili sobre la carta enviada por Koba desde Solvyshevodsk a Moscú e interceptada por la policía, que no contenía ni hechos destacables ni rasgos claros, salvo la mención de que "Sosso", alias "Koba", había iniciado su actividad como menchevique. Sin embargo, sobre el tema de Gurgen (Tsjakaya), mencionado de pasada en la misma carta, el gendarme señalaba que "había sido durante mucho tiempo uno de los principales militantes revolucionarios..." Según el informe, Gurgen había sido detenido "al mismo tiempo que el conocido militante revolucionario Bogdan Knuniants". No se menciona que el propio Dzhugashvili fuera "muy conocido", aunque Knuniants no sólo era del mismo país que Koba, sino que también tenía la misma edad.

Dos años más tarde, al describir detalladamente la estructura del Partido Bolchevique y su estado mayor, el director del departamento de policía señalaba de pasada que, por cooptación, Sverdlov y "un *tal* Yossif Dzhugashvili" habían entrado a formar parte del comité central. La expresión "un tal" demuestra que el nombre de Dzhugashvili todavía no significaba nada para el jefe de policía en 1913, aunque tenía a su disposición una excelente fuente de información: Malinovsky. Hasta marzo de 1917, la biografía revolucionaria de Stalin fue muy irregular. Docenas, si no cientos, de revolucionarios profesionales habían hecho el mismo trabajo, algunos mejor, otros peor.

Esmerados investigadores moscovitas han calculado que en los tres años que van de 1906 a 1909 Koba escribió sesenta y siete llamamientos y artículos periodísticos, algo menos de dos al mes. Ni uno solo de estos artículos, que no eran más que paráfrasis de ideas ajenas para el público caucásico, fue traducido del georgiano o reproducido en los órganos centrales del partido o de la fracción. No encontramos ningún artículo de Stalin, ni siquiera una mención de su nombre, en ninguna de las listas de colaboradores de publicaciones, periódicos, revistas, recopilaciones tácticas, publicadas legal o ilegalmente en Petersburgo, Moscú o el extranjero en ese periodo. Se le siguió considerando, no como un escritor marxista, sino como un propagandista y organizador local.

A partir de 1912, cuando sus artículos empezaron a aparecer con más o menos regularidad en la prensa bolchevique de Petersburgo, Koba adoptó el pseudónimo de Stalin, que viene de la palabra acero, igual que antes Rosenfeld había adoptado el pseudónimo de Kámenev, que viene de la palabra piedra: entre los jóvenes bolcheviques, la moda eran los pseudónimos duros... Los artículos de Stalin firmados con este nombre no llamaban la atención de nadie: carecían de carácter propio, si prescindimos de la tosquedad de la presentación. Dentro de los confines del estrecho círculo de dirigentes bolcheviques, nadie sabía quién era el autor de los artículos y pocos preguntaban. En enero de 1913, Lenin escribió una nota cuidadosamente meditada sobre el bolchevismo para el famoso diccionario bibliográfico de Rubakin: "Los principales escritores bolcheviques son: G. Zinóviev, V. Ilin, Yu. Kamenev, P. Orlovsky, etc." A Lenin no se le ocurrió nombrar a Stalin entre los "principales escritores" del bolchevismo, a pesar de que en aquel momento se encontraba en el extranjero, trabajando en su artículo sobre la cuestión nacional.

Piatnistsky, estrechamente relacionado con toda la historia del partido, con su estado mayor en la emigración, así como con su organización clandestina en Rusia, con

sus escritores así como con sus agentes que transportaban literatura ilegal, en sus cuidadosamente escritas y, en general, concienzudas memorias, que cubren el periodo de 1896 a 1917, habla de todos los bolcheviques algo conocidos, pero no menciona a Stalin ni una sola vez: su nombre ni siquiera aparece en el índice añadido al libro. Es aún más notable que Piatnitsky no sea en absoluto hostil a Stalin; al contrario, ahora es su segundo. En una gran colección de documentos de la sección moscovita de la Ojrana, que abarca la historia del bolchevismo desde 1903 hasta 1917, Stalin es mencionado tres veces: en relación con su cooptación al comité central, su nombramiento al buró del comité central y su participación en la conferencia de Cracovia. Nada sobre su obra, ni una palabra para juzgarle, ¡ni un solo rasgo individual!

Stalin entra en el campo de visión de la policía, así como en el del partido, no como personalidad, sino como miembro del centro bolchevique. En los informes de los gendarmes, así como en las memorias de los revolucionarios, nunca se le menciona personalmente como dirigente, iniciador, escritor, por sus propias ideas y sus propias acciones, sino siempre como un elemento del aparato, como miembro de un comité local, miembro del comité central, colaborador de un periódico, uno de los participantes en una conferencia, uno de los deportados, entre otros, en una lista de nombres, nunca en primer lugar. No fue casualidad que entrara en el comité central mucho después que otros militantes de su edad, y además sin ser elegido, sino por cooptación.

Desde Perm se envió el siguiente telegrama a Lenin en Suiza: “Saludos fraternales. Salimos hoy para Petrogrado. Kámenev, Muranov, Stalin.” La idea de enviar un telegrama fue sin duda de Kámenev. Stalin firmó el último. Los tres sentían un vínculo de solidaridad. La amnistía había liberado a las mejores fuerzas del partido, y Stalin estaba preocupado por la capital en revolución. Necesitaba la relativa popularidad de Kámenev y el título de diputado de Muranov. Y así llegaron los tres a Petrogrado en revolución. “Su nombre”, escribió Ch. Windecke, uno de sus biógrafos alemanes, “sólo era conocido entonces en los estrechos círculos del partido. No fue recibido, como Lenin un mes después, por una multitud entusiasta con banderas rojas y música. No fue recibido, como Trotsky dos meses después, que había regresado precipitadamente de Norteamérica, por un comité de recepción que lo llevó a hombros. Llegó sin fanfarria y se puso a trabajar... Fuera de las fronteras de Rusia, nadie tenía la menor idea de su existencia”.

Capítulo séptimo. El año 1917

Fue el año más importante en la vida del país y, sobre todo, en la de la generación de revolucionarios profesionales a la que pertenecía Yossif Dzhugashvili. Como una piedra de toque, ese año puso a prueba ideas, partidos y personas.[4]

Stalin encontró en Petersburgo, cuyo nombre se había convertido en Petrogrado, una situación que no había esperado ni previsto. En vísperas de la guerra, el bolchevismo predominaba en el movimiento obrero, especialmente en la capital. En marzo de 1917, los bolcheviques formaban una ínfima minoría en los sóviets. ¿Cómo pudo ocurrir esto? Grandes masas habían participado en el movimiento de 1911-1914, pero seguían representando sólo una pequeña parte de la clase obrera. La revolución no había levantado cientos de miles, sino millones de hombres. Es más, la composición de la clase obrera había cambiado en casi un 40 % como resultado de la movilización. En el frente, los obreros avanzados habían actuado como fermento revolucionario, pero en las fábricas su lugar había sido ocupado por recién llegados, campesinos sin formación recién llegados de sus pueblos, mujeres y adolescentes. Estos nuevos estratos iban a repetir, aunque sólo fuera de forma abreviada, la experiencia política adquirida por la vanguardia en el periodo anterior. La insurrección de febrero en Petrogrado fue dirigida por obreros avanzados, en su mayoría bolcheviques, pero no por el Partido Bolchevique. La dirección de la insurrección por los bolcheviques de base había asegurado su victoria, pero no la conquista del poder político. En las provincias, la situación era aún menos favorable. La ola de ilusiones exuberantes y de confraternización general, combinada con el analfabetismo político de las masas despertadas por primera vez, había creado las condiciones naturales para el predominio de los socialistas pequeñoburgueses: mencheviques y populistas. Los obreros y, tras ellos, los soldados, habían elegido para el sóviet a quienes estaban, al menos de palabra, no sólo contra la monarquía, sino también contra la burguesía. Los mencheviques y los populistas, entre cuyas filas se encontraba casi toda la intelectualidad, contaban con innumerables agitadores que llamaban a la unidad, a la fraternidad y a otras atractivas virtudes cívicas. En nombre del ejército, sobre todo, hablaban los socialistas-revolucionarios, como guardianes profesionales del campesinado, hecho que no podía dejar de aumentar la autoridad de este partido a los ojos de las nuevas capas del proletariado. En consecuencia, el predominio de los partidos conciliadores parecía inquebrantable, al menos a sus ojos.

Lo peor, sin embargo, era que el Partido Bolchevique había sido cogido desprevenido por los acontecimientos. En Petrogrado no había dirigentes con experiencia y autoridad. El buró del comité central estaba formado por dos obreros, Shliapnikov y Zalutsky, y el estudiante Molotov (los dos primeros fueron más tarde víctimas de las purgas, el último llegó a ser jefe del gobierno). En el *Manifiesto* publicado por ellos tras la victoria de febrero en nombre del comité central, se afirmaba que "los obreros de las fábricas y plantas industriales, así como las tropas insurgentes, deben elegir

[4] Es difícil no cortar la lectura con la referencia a la obra de Trotsky *1917, El año de la revolución*, en estas mismas OELT-EIS.

inmediatamente a sus representantes en el Gobierno Revolucionario Provisional". Pero los propios autores del manifiesto no daban a su consigna ninguna importancia práctica. No tenían intención de lanzar una lucha independiente por el poder, sino que estaban dispuestos a desempeñar el papel de oposición de izquierdas durante todo un período.

Desde el principio, las masas se negaron resueltamente a confiar en la burguesía liberal, sin separarla de la nobleza y la burocracia. Quedaba descartado, por ejemplo, que los obreros o los soldados votaran a un kadete. El poder estaba enteramente en manos de los socialistas conciliadores, detrás de los cuales estaba el pueblo armado. Pero, faltos de confianza en sí mismos, los conciliadores entregaron voluntariamente el poder a la burguesía, odiada por las masas y políticamente aislada. Todo el régimen se basaba en un malentendido. Los obreros, y no sólo los bolcheviques, consideraban al gobierno provisional como un enemigo. En las reuniones de fábrica, las resoluciones a favor del régimen soviético se adoptaban casi por unanimidad. El bolchevique Dingelstedt, que participó activamente en esta agitación (más tarde fue víctima de las purgas), da testimonio de ello: "No hubo una sola reunión obrera que rechazara una resolución propuesta por nosotros en este sentido..." Pero el comité de Petrogrado, bajo la presión de los conciliadores, puso fin a esta campaña. Con todas sus fuerzas, los obreros avanzados intentaron rechazar la tutela de las direcciones oportunistas, pero no supieron rechazar los eruditos argumentos que invocaban el carácter burgués de la revolución. Los diferentes matices dentro del bolchevismo entraron en conflicto entre sí, sin por ello llevar sus ideas al límite. El partido estaba sumido en una profunda confusión. "Cuáles eran las consignas de los bolcheviques", recordaría más tarde Antonov, un destacado bolchevique de Sarátov, "nadie lo sabía... Era un panorama muy desagradable..."

Los veintidós días transcurridos entre la llegada de Stalin de regreso de Siberia (12 de marzo) y el regreso de Lenin de Suiza (3 de abril) tienen una importancia excepcional para juzgar la fisonomía política de Stalin. De repente se abrió ante él un vasto escenario. Ni Lenin ni Zinóviev están en Petrogrado. Estaba Kámenev, conocido por sus tendencias oportunistas y comprometido por su actitud en el juicio. Estaba el joven Sverdlov, poco conocido por el partido, más organizador que político. El tempestuoso Spandarian no estaba: había muerto en Siberia. Al igual que en 1912, Stalin fue durante algún tiempo, si no la única, al menos una de las dos principales figuras bolcheviques de Petrogrado. El partido en desorden esperaba palabras claras; era imposible permanecer en silencio. Stalin se vio obligado a dar respuestas a las preguntas más candentes: sobre los sóviets, el poder, la guerra, la tierra. Las respuestas están impresas y hablan por sí solas.

Nada más llegar a Petrogrado, que en aquellos días no era más que una vasta reunión, Stalin se dirigió al cuartel general bolchevique. Los tres miembros del buró del comité central, en colaboración con unos pocos militantes que sabían sostener una pluma, habían determinado el rostro de *Pravda*. Habían avanzado a tientas, pero la dirección del partido estaba en sus manos. Que se fueran los demás a gritar hasta quedarse roncos en las reuniones de obreros y soldados, Stalin se retiraría al cuartel general. Más de cuatro años antes, tras la conferencia de Praga, había sido cooptado para formar parte del comité central. Desde entonces había corrido mucha agua. Pero el hombre que había sido deportado de Kureika sabía apoyarse en el aparato y seguía considerando que su mandato seguía siendo válido. Con la ayuda de Kámenev y Muranov, su primer acto fue apartar de la dirección al buró del comité central, demasiado "izquierdista", y a la redacción de *Pravda*. Lo hizo de forma bastante brutal, sin temer ninguna oposición y deseoso de mostrar mano dura.

"Los camaradas que acababan de llegar", escribió Chliapnikov más tarde, "tenían una actitud crítica y negativa". Lo que veían como su defecto no era su indecisión y falta

de carácter, sino sus persistentes esfuerzos por delimitarse de los conciliadores. Stalin, al igual que Kámenev, estaba mucho más cerca de la mayoría que dominaba los sóviets. Ya el 15 de marzo, *Pravda*, que había pasado a manos de los nuevos redactores, declaraba que los bolcheviques apoyarían resueltamente al Gobierno Provisional, "en la medida en que luche contra la reacción o la contrarrevolución". La paradoja de esta declaración era que el único estado mayor contrarrevolucionario serio era precisamente el propio Gobierno Provisional. La respuesta al problema de la guerra era similar: mientras el ejército alemán obedezca a su emperador, el soldado ruso debe "mantenerse firme en su puesto, respondiendo a las balas con balas y a los obuses con obuses". ¡Como si el problema del imperialismo pudiera reducirse a un emperador! El artículo era de Kámenev, pero Stalin no se opuso a él desde ningún otro punto de vista. En aquel momento, sólo difería de Kámenev en una actitud más evasiva. "Todo derrotismo", escribió *Pravda*, "más exactamente lo que la prensa deshonesta, al amparo de la censura zarista, calumniaba con ese nombre, murió en el momento en que el primer regimiento revolucionario salió a las calles de Petrogrado". Esto se apartaba abiertamente de Lenin, que había predicado el derrotismo más allá del alcance de la censura zarista, y era una confirmación de las declaraciones de Kámenev en el juicio de la fracción bolchevique de la duma; esta vez salía de la pluma del propio Stalin. En cuanto al "primer regimiento revolucionario", su desaparición sólo significó un paso de la barbarie bizantina a la civilización imperialista.

"El día en que apareció el *Pravda* transformado...", dice Shliapnikov, "fue un día de fiebre defensiva. Desde los hombres de negocios del Comité de la Duma del Imperio hasta el corazón mismo de la democracia revolucionaria, el Comité Ejecutivo, todo el palacio Táurida se llenó de una noticia: la victoria de los bolcheviques prudentes y moderados sobre los bolcheviques extremistas. En el propio Comité Ejecutivo fuimos recibidos con sonrisas venenosas... Cuando este número de *Pravda* llegó a las fábricas, causó completa perplejidad entre los miembros de nuestro partido y los que simpatizaban con nosotros, y manifiesta satisfacción entre nuestros adversarios... Hubo enorme indignación en los barrios obreros, y cuando los proletarios se enteraron de que *Pravda* había sido monopolizado por tres antiguos dirigentes de *Pravda* que habían regresado de Siberia, exigieron su expulsión del partido." Chliapnikov escribió su relato en un momento en que ya tenía que suavizarlo, bajo la presión de Stalin, Kámenev y Zinóviev, en 1925, cuando este trío dominaba el partido. Pero sigue pintando un cuadro bastante claro de los primeros pasos de Stalin en la arena revolucionaria y de la reacción de los obreros avanzados. La enérgica protesta de los obreros de Vyborg, que Pravda pronto tuvo que publicar en sus columnas, obligó a los editores a ser más cautos en su redacción, pero no a cambiar de dirección.

La política soviética estaba completamente impregnada de un espíritu de convenciones y equívocos. Por encima de todo, las masas necesitaban a alguien que llamara a las cosas por su nombre: en eso consiste la política revolucionaria. Pero nadie lo hizo, por miedo a sacudir el frágil edificio del poder dual. Las mayores mentiras se amontonaron en torno a la cuestión de la guerra. El 14 de marzo, el Comité Ejecutivo presentó al sóviet un proyecto de manifiesto dirigido "A los pueblos del mundo entero". Este documento llamaba a los obreros de Alemania y Austria-Hungría a negarse a "servir de instrumento de conquista y violencia en manos de reyes, terratenientes y banqueros". Sin embargo, los propios dirigentes del sóviet no estaban de humor para romper con los reyes de Gran Bretaña y Bélgica, con el emperador de Japón, con los terratenientes y banqueros, tanto los suyos como los de todos los países de la Entente. El periódico del ministro de asuntos exteriores Miliukov escribió con satisfacción que "el llamamiento se desarrolla en términos de la ideología que nosotros y todos nuestros aliados tenemos en

común". Esto era absolutamente cierto: precisamente en este espíritu habían actuado los ministros socialistas franceses desde el comienzo de la guerra. Casi al mismo tiempo, Lenin envió una carta a Petrogrado vía Estocolmo indicando que el peligro que amenazaba a la revolución era encubrir la vieja política imperialista con nuevas frases revolucionarias: "Preferiría proponer una escisión con cualquiera de nuestro partido antes que ceder al social-patriotismo..." Pero las ideas de Lenin no encontraron defensores en aquellos días.

La aprobación unánime del manifiesto por el Sóviet de Petrogrado significó no sólo el triunfo del imperialista Miliukov sobre la democracia pequeñoburguesa, sino también el triunfo de Stalin y Kámenev sobre los bolcheviques de izquierda. Todos se inclinaron ante la disciplina de la mentira patriótica. "Es imposible no saludar [escribió Stalin en *Pravda*] el llamamiento adoptado ayer por el sóviet... Este llamamiento, si llega a las amplias masas, sin duda hará que cientos y miles de obreros se vuelvan hacia la consigna olvidada: ¡Proletarios de todos los países, uníos!" De hecho, llamamientos similares no habían faltado en occidente y sólo habían ayudado a las clases dominantes a mantener el espejismo de la guerra por la democracia. El artículo de Stalin sobre el *Manifiesto* es el más característico no sólo de su posición sobre una cuestión concreta, sino también de su método de pensamiento en general. Su oportunismo orgánico, obligado por las condiciones del entorno y de la época a tratar de cubrirse temporalmente con principios revolucionarios abstractos, de hecho, los trata sin miramientos. Al principio del artículo, el autor repite casi palabra por palabra el razonamiento de Lenin de que, incluso después del derrocamiento del zarismo, la guerra por parte de Rusia sigue teniendo carácter imperialista. Sin embargo, pasando a las conclusiones prácticas, no sólo acoge, con reservas equívocas, el manifiesto social-patriótico, sino que repudia, siguiendo a Kámenev, la movilización revolucionaria de las masas contra la guerra. "En primer lugar", escribió, "no cabe duda de que la consigna 'Abajo la guerra' es absolutamente inadecuada como planteamiento práctico..." A la pregunta: ¿cuál es la salida? respondió: "Presionar al Gobierno Provisional exigiéndole que se decida a iniciar inmediatamente conversaciones de paz..." Con la ayuda de una "presión" amistosa sobre la burguesía, para la que todo el sentido de la guerra está en las conquistas, Stalin quiere obtener una paz "sobre los principios de la autodeterminación de los pueblos". Lenin había dirigido sus golpes más fuertes, desde el comienzo de la guerra, contra ese utopismo filisteo. Es imposible, mediante la "presión", hacer que la burguesía deje de ser burguesía: hay que derrocarla. Pero Stalin no llegó a esta conclusión por miedo, al igual que los conciliadores.

No menos notable es el artículo de Stalin Sobre la abolición de la opresión nacional (*Pravda*, 25 de marzo). La idea fundamental del autor, tomada de los panfletos de propaganda cuando aún estaba en el seminario de Tiflis, es que la opresión nacional es una reliquia de la Edad Media. El imperialismo, como dominación de las grandes naciones sobre las débiles, es totalmente ignorado. "La base social de la opresión nacional", escribe, "la fuerza que la inspira, es la aristocracia terrateniente que sobrevive... En Inglaterra, donde la aristocracia terrateniente comparte el poder con la burguesía... la opresión nacional es más suave, menos inhumana, si, por supuesto, pasamos por alto el hecho de que durante la guerra y cuando el poder pasó a manos de los terratenientes, la opresión nacional se reforzó considerablemente (persecución de los irlandeses, de los hindúes)." Las extravagantes afirmaciones que llenan el artículo (que en las democracias la igualdad nacional y racial está asegurada; que en Inglaterra el poder pasó a manos de los terratenientes en la época de la guerra; que la liquidación de la aristocracia feudal significó la abolición de la opresión nacional) están totalmente impregnadas de un espíritu de democracia vulgar y provincialismo de miras estrechas. No se dice ni una palabra sobre el hecho de que el imperialismo ha llevado la opresión

nacional hasta un punto en que el feudalismo, aunque sólo fuera por su carácter perezoso y provinciano, era absolutamente incapaz de llevarla. El autor no ha hecho ningún progreso en el campo de la teoría desde principios de siglo; es más, parece haber olvidado por completo su propio trabajo sobre la cuestión nacional, escrito a principios de 1913 al dictado de Lenin.

"En la medida en que la revolución rusa ha triunfado", concluye el artículo, "ha creado ya las condiciones prácticas de la libertad nacional, al haber derrocado el poder feudal basado en la servidumbre..." Para nuestro autor, la revolución ha quedado completamente atrás. En su opinión, fue, totalmente en el espíritu de Miliukov y Tseretelli, la "definición de los derechos" y "su consolidación definitiva". Sin embargo, no sólo se mantuvo intacta la explotación capitalista, en cuyo derrocamiento Stalin ni siquiera pensó, sino también la propiedad terrateniente, que él mismo declaró base de la opresión nacional. Terratenientes rusos como Rodzianko o el príncipe Lvov estaban en el poder. Tal era (¡es difícil de creer incluso hoy en día!) la concepción histórica y política de Stalin diez días antes de que Lenin proclamara el paso a la revolución socialista.

El 28 de marzo, al mismo tiempo que la conferencia de los presidentes de los principales sóviets de Rusia, se inauguró en Petrogrado la conferencia panrusa de los bolcheviques, convocada por el buró del comité central. A pesar del mes que había transcurrido desde la insurrección, existía una completa desorganización en el partido, desorganización que la dirección de las dos últimas semanas no había hecho sino profundizar. Todavía no se había producido ninguna delimitación de tendencias. En la deportación, había sido necesaria la llegada de Spandarian para lograrlo; ahora el partido tenía que esperar a Lenin. Los patriotas extremistas, como Voitinsky, Eliava y otros, seguían llamándose bolcheviques y participaban en la conferencia del partido junto a los que se consideraban internacionalistas. Los patriotas se presentaron con mucha más resolución y audacia que los semipatriotas, que retrocedieron y se justificaron. La mayoría de los delegados pertenecían al pantano y, naturalmente, encontraron en Stalin a su portavoz. "La actitud de todos hacia el Gobierno Provisional es la misma", dijo el delegado de Sarátov, Vasiliev. "No hay desacuerdo entre Stalin y Votinsky sobre las acciones prácticas", confirmó Krestinsky con satisfacción. Al día siguiente, Votinsky se unió a las filas de los mencheviques y, siete meses después, dirigía un destacamento de cosacos contra los bolcheviques.

Parece que la conducta de Kámenev en el juicio no estaba olvidada. También es posible que, entre los delegados, se hablara del telegrama secreto al Gran Duque. Tal vez Stalin, a su astuta manera, recordó estos errores de su amigo. En cualquier caso, el principal informe político sobre la actitud hacia el gobierno prosoviético no fue confiado a Kámenev, sino al menos conocido Stalin. Las actas del informe han sobrevivido y representan un documento inestimable para el historiador y el biógrafo: tratan del problema central de la revolución, la relación entre los sóviets, que se apoyan directamente en los obreros y soldados armados, y el gobierno burgués, que sólo se apoya en el servilismo de los dirigentes soviéticos. "De hecho, el sóviet ha tomado la iniciativa en las transformaciones revolucionarias, el sóviet es el dirigente revolucionario del pueblo insurrecto, el órgano que controla al Gobierno Provisional. El Gobierno Provisional asumió el papel de consolidador de las conquistas del pueblo revolucionario. El sóviet movilizó y controló las fuerzas. El Gobierno Provisional, con vacilación y confusión, asumió el papel de consolidador de las conquistas que el pueblo ya había realizado de hecho". Esta cita vale por todo un programa.

El ponente presenta las relaciones entre las dos clases fundamentales de la sociedad como una división del trabajo entre dos "órganos": los sóviets, es decir, los obreros y los soldados, hacen la revolución; el gobierno, es decir, los capitalistas y los

terratenientes liberales, la "consolida". En los años 1905-1907, el propio Stalin había escrito más de una vez, repitiendo a Lenin: "La burguesía rusa es antirrevolucionaria, no puede ser ni la fuerza motriz ni mucho menos la dirigente de la revolución, y es necesario librar una lucha tenaz contra ella". Esta idea política rectora del bolchevismo no había sido refutada en absoluto por el desarrollo de la revolución de febrero. Miliukov, el líder de la burguesía liberal, había declarado en una conferencia de su partido pocos días antes de la insurrección: "Estamos sobre un volcán... Cualquiera que sea el poder (bueno o malo) necesitamos ahora más que nunca un poder firme". Una vez estallada la insurrección, a pesar de la oposición de la burguesía, a los liberales sólo les quedaba posicionarse en el terreno preparado por su victoria. Fue precisamente Miliukov quien, tras declarar la víspera que incluso una monarquía rasputiniana era mejor que una erupción volcánica, dirigía ahora el Gobierno Provisional, que, según Stalin, debía "consolidar" las conquistas de la revuelta, pero en realidad sólo buscaba estrangularla. Para las masas insurgentes, la revolución significaba la abolición de las viejas formas de propiedad, las mismas que defendía el Gobierno Provisional. La implacable lucha de clases, que, a pesar de los esfuerzos de los conciliadores, tendía cada día a convertirse en guerra civil, Stalin la representaba como una simple división del trabajo entre dos aparatos. El menchevique de izquierda Mártov no fue tan lejos. De hecho, era, en su expresión más vulgar, la teoría de Tseretelli, oráculo de los conciliadores: en la arena de la democracia actúan fuerzas "moderadas" y fuerzas más "decididas" que se reparten el trabajo: las primeras conquistan, las segundas consolidan. Aquí tenemos ante nosotros, en su forma completa, el esbozo de la futura política estalinista en China (1924-1927), en España (1934-1939), y en todos los desafortunados "frentes populares" en general.

"Ahora no nos conviene forzar los acontecimientos", continuaba el ponente, "acelerando el proceso de separación de las capas burguesas… Nos hace falta ganar tiempo, frenando la separación de las capas de la burguesía media, para prepararnos para la lucha contra del Gobierno Provisional." Los delegados escucharon estos argumentos con vaga preocupación. "No asustar a la burguesía" había sido siempre la consigna de Plejánov y, en el Cáucaso, de Jordania. El bolchevismo había surgido de una lucha encarnizada contra esta corriente de ideas. "Frenar la separación de la burguesía sólo puede hacerse frenando la lucha de clases del proletariado." En 1913, poco antes de su detención decía el mismo Stalin: "Cuando hablábamos de no asustar a la burguesía..., no hacíamos más que esbozar una sonrisa, pues era evidente que la socialdemocracia se disponía no sólo a "asustar", sino también a rechazar desde sus posiciones a esa misma burguesía, en la persona de sus abogados, los kadetes." Resulta incluso difícil comprender cómo un viejo bolchevique pudo olvidar hasta tal punto los catorce años de historia de su fracción que, en el momento más crítico, recurrió a las fórmulas más dañinas del menchevismo. La explicación es que el pensamiento de Stalin no es sensible a las ideas generales y su memoria no las retiene. Las utiliza según sus necesidades, de ocasión en ocasión, y las rechaza sin remordimientos, casi automáticamente. En el artículo de 1913, el tema eran las elecciones a la duma. "Desalojar a la burguesía de sus posiciones" significaba simplemente quitar mandatos a los liberales. Ahora significaba el derrocamiento revolucionario de la burguesía. Stalin había descartado esta tarea como algo para un futuro lejano. Ahora, al igual que los mencheviques, consideraba necesario "no asustar a la burguesía".

Tras presentar la resolución del comité central, elaborada con su participación, Stalin declaró inesperadamente que "no está de acuerdo en absoluto con ella y se suma en su lugar a la resolución del Sóviet de Krasnoyarsk". No está claro qué ocurrió entre bastidores durante esta maniobra. Es posible que el propio Stalin participara en la redacción de la resolución del Sóviet de Krasnoyarsk, por el que había pasado de regreso

de Siberia. Es posible que, habiendo comprobado ahora el estado de ánimo de los delegados, intentara separarse ligeramente de Kámenev. Sin embargo, la resolución de Krasnoyarsk está a un nivel aún más bajo que el documento de Petersburgo. "...Explicar de la manera más completa posible que la única fuente del poder y la autoridad del Gobierno Provisional es la voluntad del pueblo, al que el Gobierno Provisional está obligado a obedecer completamente, y apoyar al Gobierno Provisional... sólo en la medida en que emprenda la satisfacción de las demandas de la clase obrera y el campesinado revolucionarios." El secreto traído de Siberia era muy simple: la burguesía estaba "obligada a obedecer completamente" al pueblo y "emprenda la satisfacción de las demandas" de los obreros y a los campesinos. En pocas semanas, la fórmula del apoyo de la burguesía "en la medida en que..." se convertiría en objeto de burla general entre los bolcheviques. Sin embargo, algunos delegados ya protestaron contra el apoyo al gobierno del príncipe Lvov: la idea iba demasiado lejos contra toda la tradición del bolchevismo. Al día siguiente, el socialdemócrata Steklov, partidario él mismo de la fórmula "en la medida en que...", pero, como miembro de la "comisión de contacto", bien informado de lo que ocurría en los círculos derechistas, pintó imprudentemente en la conferencia de los sóviets un cuadro tal de la actividad del Gobierno Provisional (oposición a las reformas sociales, lucha por la monarquía, lucha por las anexiones) que la conferencia bolchevique, alarmada, se apartó de la fórmula de apoyo. "Es evidente que ahora la cuestión no debe ser de apoyo [declaró el moderado Noguin expresando así el estado de ánimo de muchos delegados], sino de oposición". La misma idea expresó el delegado Skrypnik, perteneciente al ala izquierda: "Desde del informe hecho ayer por Stalin muchas cosas han cambiado... El Gobierno Provisional conspira contra el pueblo y la revolución..., y la resolución habla de apoyo". Desalentado, Stalin, cuya perspectiva no había durado ni veinticuatro horas, propuso "ordenar a la comisión que cambie el pasaje sobre el apoyo". La conferencia fue más lejos: "La mayoría, con cuatro votos en contra, decidió excluir de la resolución la cláusula sobre el apoyo".

Se podría haber pensado que todo el esquema del ponente sobre la división del trabajo entre el proletariado y la burguesía estaba condenado al olvido. De hecho, sólo se eliminó una frase de la resolución, pero no la idea. Se mantuvo el temor a "asustar a la burguesía". La esencia de la resolución se redujo a un llamamiento a incitar al Gobierno Provisional "a la lucha más enérgica por la liquidación completa del antiguo régimen", mientras que el Gobierno Provisional dirigía "la lucha más enérgica" por la restauración de la monarquía. La conferencia no fue más allá de ejercer una presión amistosa sobre los liberales. No se habló de una lucha independiente por el poder, aunque sólo fuera en nombre de las tareas democráticas. Como para revelar aún más claramente el verdadero espíritu de las decisiones tomadas, Kámenev dijo a la conferencia de los sóviets, que se celebraba al mismo tiempo, que, en la cuestión del poder, estaba "contento" de añadir los votos de los bolcheviques a la resolución oficial, presentada y defendida por el líder de los mencheviques de derechas, Dan. La escisión de 1903, profundizada en la conferencia de Praga de 1913, debió parecer, a la luz de estos hechos, ¡un simple malentendido!

Así que no fue casualidad que, al día siguiente, la conferencia bolchevique examinara la propuesta de unificar los dos partidos presentada por el líder de los mencheviques de derechas, Tseretelli. Stalin adoptó la actitud más comprensiva hacia la propuesta: "Debemos aceptar. Debemos determinar nuestras propuestas en cuanto a la línea de unificación. La unificación es posible a lo largo de la línea Zimmerwald-Kienthal". Esta "línea" era la de las dos conferencias socialistas celebradas en Suiza con predominio de pacifistas moderados... Molotov, que dos semanas antes había sido castigado por situarse demasiado a la izquierda, presentó algunas tímidas objeciones: "Tseretelli quiere unificar elementos heterogéneos... La unificación según esta línea es

incorrecta...” Zalutsky, una de las futuras víctimas de las purgas, protestó más resueltamente: “Partiendo del simple deseo de unificación, un soñador puede hacerlo, pero no un socialdemócrata... Es imposible unificar sobre la base de una adhesión superficial a Zimmerwald- Kienthal... Es necesario presentar una plataforma determinada.” Pero Stalin, tildado de soñador, se mantuvo firme: “No debemos anticipar ni adelantarnos a los desacuerdos. Sin desacuerdos, no hay vida en un partido. Dentro del partido, resolveremos los pequeños desacuerdos”. Es difícil creer lo que ve uno: los desacuerdos con Tseretelli, inspirador del bloque soviético de derechas, Stalin los declara desacuerdos menores que pueden “resolverse” dentro del mismo partido. Los debates tuvieron lugar el 1 de abril. Tres días después, Lenin declaró la guerra a muerte a Tseretelli. Dos meses más tarde, Tseretelli desarma y detiene a los bolcheviques.

La conferencia de marzo de 1917 es extremadamente importante para apreciar el estado de ánimo de los estratos superiores del partido bolchevique inmediatamente después de la revolución de febrero y, en particular, de Stalin a su regreso de Siberia, donde durante cuatro años había tenido que pensar por sí mismo. Emergiendo de las páginas de las escasas actas, aparece ante nosotros como un demócrata plebeyo y un provinciano de miras estrechas a quien las condiciones de la época obligaron a adquirir una coloración marxista. Sus artículos y discursos durante esas semanas arrojan una luz infalible sobre su posición durante los años de la guerra: si en Siberia se hubiera acercado remotamente a las ideas de Lenin, como afirman las memorias escritas veinte años más tarde, no podría haberse hundido tan irremediablemente en el oportunismo en marzo de 1917. La ausencia de Lenin y la influencia de Kámenev le permitieron revelar sus rasgos más orgánicos en los albores de la revolución: falta de confianza en las masas, falta de imaginación, miopía, inclinación a seguir la línea de menor resistencia. Estas características de Stalin las veremos más tarde en todos los grandes acontecimientos en los que iba a desempeñar un papel dirigente. No es de extrañar que la conferencia de marzo, en la que el político Stalin se reveló por completo, haya sido ahora borrada de la historia del partido y sus actas guardadas bajo siete llaves. En 1923, se prepararon en secreto tres copias para los miembros de la troika: Stalin, Zinóviev y Kámenev. Sólo en 1926, cuando Zinóviev y Kámenev se pasaron a la oposición contra Stalin, recibí de ellos este notable documento, que más tarde tuve la oportunidad de publicar en el extranjero.

Pero, después de todo, las actas no difieren en nada esencial de los artículos de *Pravda*; simplemente los complementan. No hay ni una sola declaración, propuesta o protesta de aquellos días en la que Stalin articulara de algún modo el punto de vista bolchevique contra la política de la democracia pequeñoburguesa. Uno de los historiadores de este periodo, el menchevique de izquierda Sujánov, autor del manifiesto mencionado anteriormente, “A los trabajadores de todo el mundo”, dice en sus insustituibles *Notas sobre la revolución*: “Entre los bolcheviques, en aquella época, había, además de Kámenev, Stalin, que figuraba en el comité ejecutivo... Durante el período de su modesta actividad... (él) producía (y no sólo en mí) la impresión de una mancha gris, que aparecía y desaparecía de manera insulsa y sin dejar huella. Realmente no hay nada más que decir de él. Sujánov pagó con su vida su negativa a decir más.

El 3 de abril, después de atravesar la Alemania enemiga, Lenin, Krúpskaya, Zinóviev y otros llegaron a Petrogrado, a la estación finlandesa... Un grupo de bolcheviques, encabezados por Kámenev, partió al encuentro de Lenin en Finlandia. Stalin no estaba entre ellos, y este pequeño hecho demuestra mejor que cualquier otra cosa que no había nada que pudiera parecerse a una intimidad personal entre él y Lenin. “Apenas entró y se sentó en un sofá”, cuenta Raskolnikov, oficial de la flota y futuro diplomático soviético, “Vladimir Ilich le dijo inmediatamente a Kámenev: ‘¿Qué diablos estás publicando en *Pravda*? Hemos visto algunos números y nos hemos puesto furiosos

contigo...” Después de años de trabajar juntos en el extranjero, Kámenev estaba bastante acostumbrado a tales duchas de agua tan fría, y no le impidieron no sólo amar a Lenin, sino adorarlo, adorar su pasión, su profundidad, su sencillez, sus dichos, de los que se reía de antemano, y su escritura, que imitaba involuntariamente. Muchos años después, alguien recordó que Lenin había preguntado por Stalin durante el viaje. Esta pregunta natural (Lenin preguntó ciertamente por todos los miembros del antiguo estado mayor bolchevique) fue utilizada más tarde como tema de una película soviética.

Comentando el primer discurso de Lenin en la conferencia bolchevique, un atento y concienzudo cronista de la revolución escribió: “No he olvidado ese estruendoso discurso, que me conmocionó y asombró, y no sólo a mí, un hereje que había venido por casualidad, sino también a todos los ortodoxos. Puedo asegurar que nadie esperaba algo así.” No estamos hablando de golpes oratorios, de los que Lenin era tacaño, sino de toda la dirección de su pensamiento. “¡No necesitamos ninguna república parlamentaria, no necesitamos ninguna democracia burguesa, no necesitamos ningún gobierno que no sean los sóviets de los diputados de los obreros, soldados y campesinos pobres!” Lenin no veía más que traición al pueblo en la coalición de los socialistas con la burguesía liberal, es decir, en el “frente popular” de la época. Se burlaba de la fórmula habitual de una “democracia revolucionaria” que uniría a los obreros y a la pequeña burguesía, a los populistas, a los mencheviques y a los bolcheviques. En los partidos conciliadores, que predominaban en los sóviets, no veía aliados, sino adversarios irreconciliables. “Sólo eso”, observó Sujánov, “¡ya era suficiente para marear en aquellos días!”

Lenin no sorprendió al partido menos de lo que lo había hecho la revolución de febrero. Los criterios, las consignas, las formas de hablar, que se habían formado en las cinco semanas de revolución, cayeron por tierra. Raskolnikov escribió: “Atacó resueltamente la táctica que los grupos dirigentes del partido y los diversos camaradas habían seguido antes de su llegada.” Estos eran principalmente Stalin y Kámenev. “Los militantes más responsables del partido estaban presentes. Pero incluso para ellos, el discurso de Ilich fue una revelación constante. Abrió una brecha entre las tácticas de ayer y las de hoy”. No hubo debate. Todo el mundo estaba demasiado aturdido. Nadie quería exponerse a los golpes de este furioso líder. Entre ellos, en los rincones, se murmuraba que Ilich había permanecido demasiado tiempo en el extranjero, que se había aislado de Rusia, que no conocía la situación y, peor aún, que se había pasado a la posición trotskysta. Stalin, ponente ayer en la conferencia del partido, guardó silencio. Se dio cuenta de que había cometido una tremenda metedura de pata, mucho más grave que en el Congreso de Estocolmo, cuando había defendido el reparto de tierras, o que un año después, cuando se había declarado fuera de lugar a favor del boicot. No, ahora era mejor permanecer en la sombra. Nadie preguntó a Stalin qué pensaba de la cuestión. Nadie recuerda en sus memorias cómo se comportó en las semanas siguientes.

Mientras tanto, Lenin no permaneció inactivo: examinó la situación con su mirada penetrante, asaltó a sus amigos con preguntas y sintió el pulso de los obreros. Al día siguiente, presentó al partido un breve resumen de sus puntos de vista, que se convirtió en el documento más importante de la revolución bajo el nombre de “Tesis del 4 de abril”. Lenin no temía asustar no sólo a los liberales, sino también a los miembros del comité central bolchevique. No estaba jugando al escondite con los pretenciosos dirigentes de los partidos soviéticos, sino exponiendo la lógica del movimiento de clase. Tras descartar la educada e impotente fórmula “en la medida en que...”, mostró al partido cuál era su tarea: conquistar el poder. Pero primero era necesario determinar quién era el verdadero enemigo. Los monárquicos de los Cien Negros, atrincherados en sus agujeros, no tienen ninguna importancia. El cuartel general de la contrarrevolución burguesa es el comité central del partido de los kadetes y el Gobierno Provisional inspirado en él. Pero este

último sólo existe gracias a la confianza depositada en él por los socialistas-revolucionarios y los mencheviques, quienes, a su vez, se sustentan en la credulidad de las masas populares. En estas condiciones, no se puede recurrir a la violencia revolucionaria. Primero hay que ganarse a las masas. No para unirse y no para confraternizar con los populistas y mencheviques, sino para denunciarlos ante los obreros, soldados y campesinos como agentes de la burguesía. "El verdadero gobierno es el sóviet de diputados obreros... Nuestro partido está en minoría en el sóviet... No hay nada que hacer sino explicar paciente, obstinada y sistemáticamente a las masas el error de su táctica. Mientras estemos en minoría, proseguiremos el trabajo de crítica para iluminar a las masas". Todo era sencillo y seguro en este programa y cada clavo estaba bien clavado. Bajo las tesis había una sola firma: Lenin. Ni el comité central ni la redacción de *Pravda* hicieron caso de este explosivo documento.

Ese mismo día, 4 de abril, Lenin compareció en la conferencia del partido en la que Stalin había expuesto su teoría de la división pacífica del trabajo entre el Gobierno Provisional y los sóviets. El contraste era cruel. Para suavizarlo, Lenin, contrariamente a su costumbre, no analizó las resoluciones ya adoptadas, sino que simplemente les dio la espalda. Elevó la conferencia a un nivel superior y la obligó a ver nuevas perspectivas, que los dirigentes provisionales nunca habían sospechado. "¿Por qué no tomamos el poder?", preguntó el nuevo ponente, y enumeró las explicaciones habituales: la revolución burguesa, que sólo atravesaba su primera etapa, la guerra creaba dificultades especiales, etc. "¡Todo eso son tonterías! El hecho es que el proletariado no es suficientemente consciente y no está suficientemente organizado. Hay que reconocerlo. La fuerza material está en manos del proletariado, pero la burguesía se ha mostrado consciente y preparada." De la esfera de la pseudoobjetividad, donde Stalin, Kámenev y los demás trataban de eludir las tareas de la revolución, Lenin transportó la cuestión a la esfera de la conciencia y la acción. El proletariado no tomó el poder en febrero, no porque se lo prohibiera la sociología, sino porque permitió que los conciliadores lo engañaran en interés de la burguesía. ¡Nada más! "Incluso nuestros bolcheviques", continuó, sin nombrar todavía a nadie, "muestran credulidad hacia el gobierno. Esto sólo puede explicarse por el vértigo creado por la revolución. Esta es la ruina del socialismo... Si es así, no estamos siguiendo el mismo camino. Preferiría permanecer en minoría. Stalin y Kámenev se reconocieron fácilmente. Toda la conferencia comprendió quiénes eran. Los delegados no dudaban de que Lenin no bromeaba cuando amenazaba con una escisión. Qué lejos estaba todo esto del "en la medida en que..." y, en general, ¡de la política realista de los días anteriores!

En cuanto a la guerra, el foco de la cuestión se desplazó con no menos resolución. Nicolás Romanov fue derrocado. El Gobierno Provisional proclamó a medias la república. Pero, ¿cambió esto la naturaleza de la guerra? En Francia la república existía desde hacía mucho tiempo, y no por primera vez; la guerra que libraba ese país no era menos imperialista. Es la naturaleza de la clase dominante la que determina la naturaleza de la guerra. "Cuando las masas declaran que no quieren conquistas, yo les creo. Cuando Guchov y Lvov dicen que no quieren conquistas, son unos mentirosos". Este sencillo criterio es a la vez profundamente científico y accesible a todo soldado en las trincheras. Aquí Lenin da un golpe directo, llamando a *Pravda* por su nombre. "Exigir que el gobierno de los capitalistas renuncie a las anexiones es un disparate, es una burla evidente..." Estas palabras iban dirigidas directamente a Stalin. "Poner fin a la guerra con una paz no basada en la violencia es imposible sin derrocar al capital". Sin embargo, los conciliadores apoyan al capital y *Pravda* apoya a los conciliadores. "El llamamiento del sóviet no contiene ni una palabra impregnada de conciencia de clase. Son sólo frases". Este es el mismo manifiesto que Stalin había aclamado como la voz del

internacionalismo. Las frases pacifistas, cuando permanecen las viejas alianzas, los viejos tratados, los viejos objetivos de guerra, son sólo un medio de engañar a las masas. "Lo que es peculiar de Rusia es una transición extremadamente rápida de la violencia salvaje al engaño más sutil". Tres días antes Stalin se había declarado dispuesto a la unidad con el partido de Tseretelli. "Oigo decir [declaró Lenin] que en Rusia hay una tendencia unitaria; la unificación con los defensistas es una traición al socialismo. Creo que es mejor permanecer solo, como Liebknecht. ¡Uno contra 110! Es incluso inaceptable seguir manteniendo el mismo nombre que los mencheviques, el de socialdemocracia. Yo personalmente propongo cambiar el nombre del partido y llamarlo Partido Comunista." Ni un solo participante en la conferencia, ni siquiera Zinóviev, que había llegado con Lenin, apoyó esta propuesta, que parecía una ruptura sacrílega con su propio pasado.

Pravda, que Kámenev y Stalin seguían dirigiendo, declaró que las tesis de Lenin eran su opinión personal, que el buró del comité central no las había aceptado y que el propio *Pravda* se mantenía en sus viejas posiciones. La declaración había sido redactada por Kámenev. Stalin guardó silencio. A partir de entonces tuvo que guardar silencio durante mucho tiempo. Las ideas de Lenin le parecían las fantasías de un emigrado. Pero esperó la reacción del aparato del partido. "Hay que reconocer abiertamente", escribió el bolchevique Angarsky, que pasó por la misma evolución que los demás, "que un gran número de viejos bolcheviques... sobre la cuestión del carácter de la revolución de 1917 conservaban las viejas concepciones bolcheviques de 1905 y que abandonar estas concepciones, reconocerlas como anticuadas, no era tan fácil". De hecho, no se trataba de "un número muy grande de viejos bolcheviques", sino de todos ellos sin excepción. En la conferencia de marzo, donde se habían reunido cuadros del partido de todo el país, no se había alzado ni una sola voz a favor de la lucha por el poder soviético. Todos tenían que rearmarse. De los dieciséis miembros del comité de Petrogrado sólo dos se adhirieron a las tesis, y no todos a la vez. "Muchos camaradas señalaron [relata Tsijon] que Lenin se había apartado de Rusia, que no tenía en cuenta el momento presente, etc." Un bolchevique de provincias, Lebedev, cuenta cómo la agitación de Lenin fue al principio reprochada por los bolcheviques; "resultó ser utópica y se explicó por su larga separación de la vida rusa". Uno de los inspiradores de estos juicios fue sin duda Stalin, que siempre había despreciado a los "extranjeros". Unos años más tarde, Raskolnikov recordaba. "La llegada de Vladimir Ilich provocó un giro completo en la táctica de nuestro partido. Hay que admitir que antes de su llegada había bastante confusión en el partido... La tarea de tomar el poder se pintaba en forma de un ideal lejano... Se consideraba suficiente hacer tales o cuales reservas apoyando al Gobierno Provisional... El partido no tenía un líder con autoridad que pudiera aglutinarlo en un bloque y atraerlo tras de sí." En 1922, a Raskolnikov no se le habría ocurrido ver a Stalin como un "líder con autoridad". "Nuestros dirigentes", escribió un obrero de los Urales, Markov, a quien la revolución había encontrado trabajando en el torno, "iban a ciegas ante la llegada de Vladimir Illitch..., la posición de nuestro partido empezó a aclararse con la publicación de sus fervientes tesis". "Recordad cómo fueron recibidas las Tesis de Abril de Vladimir Ilich", dijo Bujarin poco después de la muerte de Lenin, "cuando una parte de nuestra propia organización las consideraba poco menos que una traición a la ideología marxista comúnmente aceptada". Esta "parte de nuestra propia organización" había sido toda su dirección, sin excepción. "Con la llegada de Lenin a Rusia en 1917", escribió Molotov en 1924, "nuestro partido sintió el suelo bajo sus pies... Antes de eso, el partido se había limitado a avanzar a tientas, con debilidad e indecisión... Al partido le faltaba la claridad y la resolución que exigían las circunstancias revolucionarias..." Fue Ludmila Stahl la primera en describir con mayor precisión y claridad el cambio que se produjo: "Antes de la llegada de Lenin, todos los camaradas vagaban en la oscuridad", dijo el 14 de abril de

1917, en el momento más grave de la crisis del partido. "Viendo la iniciativa creadora del pueblo, no sabíamos cómo tenerla en cuenta... Nuestros camaradas se limitaban simplemente a la preparación de la asamblea constituyente por métodos parlamentarios y no habían estudiado en absoluto las posibilidades de ir más lejos. Ahora, habiendo aceptado la consigna de Lenin, vamos a hacer lo que la vida misma nos dicta."

Para Stalin personalmente, el rearme del partido en abril fue extremadamente humillante. Había llegado de Siberia con la autoridad de un viejo bolchevique, el título de miembro del comité central y el apoyo de Kámenev y Muranov. También él había comenzado con un "rearme" propio, tras rechazar la política de los dirigentes locales por considerarla demasiado radical y comprometerse personalmente mediante una serie de artículos en *Pravda*, un informe a la conferencia y la resolución del Sóviet de Krasnoyarsk. En el mismo fragor de esta actividad, que por su propia naturaleza era la de un dirigente, apareció Lenin. Llegó a la conferencia de la misma manera que un inspector llega a un aula y, habiendo captado unas cuantas frases al vuelo, da la espalda al profesor y, con un manotazo de su esponja, borra de la pizarra todos los garabatos inútiles del profesor. Los sentimientos de asombro e indignación de los delegados se convierten en admiración. En el caso de Stalin, no había admiración, sino una cruel afrenta, un sentimiento de impotencia y envidia. Había sido humillado ante todo el partido con mucha más dureza que ante la pequeña conferencia de Cracovia, después de su desafortunado periodo como editor de *Pravda.* Luchar habría sido inútil: él también podía ver ahora nuevos horizontes que nunca antes había imaginado. Lo único que podía hacer era apretar los dientes y callar. El recuerdo de la conmoción provocada por Lenin en abril de 1917 penetró en su conciencia como una espina amarga. Más tarde se apoderó de las actas de la conferencia de marzo y trató de ocultarlas al partido y a la historia. Pero eso no lo resolvió todo. Las bibliotecas aún conservaban colecciones de *Pravda* de 1917. El periódico pronto se reimprimió en forma de libro: los artículos de Stalin hablaban por sí solos. En los primeros años de la revolución, numerosas memorias de la crisis de abril llenaron las revistas históricas y los números de aniversario de los periódicos. Poco a poco, todo esto tuvo que ser retirado de la circulación, falsificado y sustituido. La propia palabra "rearme" del partido, utilizada por mí de pasada en 1922, se convirtió posteriormente en objeto de ataques cada vez más feroces por parte de Stalin y sus historiadores.

Ciertamente, en 1924, el propio Stalin consideraba aún más prudente reconocer, con toda la indulgencia que creía poder concederse, el error de su posición al comienzo de la revolución. "El partido...", escribió, "había aceptado la política según la cual los sóviets debían presionar al Gobierno Provisional en la cuestión de la paz y no se decidió de repente a dar un paso adelante... hasta la nueva consigna del poder soviético... Era una posición profundamente errónea, porque sembraba ilusiones pacifistas, añadía agua al molino del defensismo y obstaculizaba la educación revolucionaria de las masas. Yo compartía entonces esta posición errónea con otros camaradas del partido, y no rompí completamente con ella hasta mediados de abril, cuando acepté las tesis de Lenin". Esta confesión pública, necesaria para cubrir sus huellas en la lucha que entonces se iniciaba contra el trotskysmo, ya se había vuelto embarazosa dos años más tarde. En 1926, Stalin negó categóricamente el carácter oportunista de su política de marzo de 1917: "No es cierto, camaradas, son habladurías", y sólo admitió que había tenido "ciertas vacilaciones […] Pero, ¿quién de nosotros no ha tenido nunca un momento de vacilación pasajera?" Cuatro años más tarde, Yaroslavsky, que como historiador había mencionado el hecho de que Stalin había ocupado una "posición equivocada" al comienzo de la revolución, fue objeto de una feroz persecución por todas partes. Ya era imposible pronunciar una palabra sobre "vacilaciones pasajeras". Finalmente, en la *Historia del partido* publicada por él

mismo, Stalin se atribuyó la posición de Lenin y sus propias concepciones se convirtieron en el lote de sus enemigos. "Kámenev y algunos militantes de la organización de Moscú, por ejemplo Ríkov, Bubnov, Noguin", dice esta insólita *Historia*, "estaban en la posición semimenchevista de apoyar al Gobierno Provisional y la política de los defensistas. Stalin, que acababa de regresar de la deportación, Molotov y otros, junto con la mayoría del partido, defendieron la política de no confiar en el Gobierno Provisional, e intervinieron contra el desfensismo", y así sucesivamente. Así, mediante sucesivas transiciones de la realidad a la ficción, se pasó del negro al blanco. Este método, que Kámenev denominó "dosificación de la mentira", se mantuvo a lo largo de toda la vida de Stalin y encontró su máxima expresión, pero también su colapso, en los procesos de Moscú.

Analizando las concepciones de las dos fracciones de la socialdemocracia en 1909, el autor de este libro escribía: "los aspectos antirrevolucionarios del menchevismo se revelan ya con toda su fuerza; los rasgos revolucionarios del bolchevismo amenazan con convertirse en un enorme peligro sólo en caso de victoria revolucionaria". En marzo de 1917, tras el derrocamiento del zarismo, los viejos cuadros del partido extremaron estos rasgos antirrevolucionarios del bolchevismo: incluso la línea divisoria entre bolchevismo y menchevismo parecía haber desaparecido. Lo que se necesitaba era un rearme radical del partido, que Lenin (el único que estaba a la altura de la tarea) llevó a cabo en abril. Stalin, al parecer, no intervino ni una sola vez públicamente contra Lenin, pero tampoco a su favor. Se separó discretamente de Kámenev, como diez años antes se había separado de los boicoteadores, como en la Conferencia de Cracovia había abandonado discretamente a su suerte a los conciliadores. No era su costumbre defender una idea si no prometía un éxito inmediato. Del 14 al 22 de abril se celebró la conferencia organizativa de Petrogrado. La influencia de Lenin ya era fuerte, pero los debates seguían siendo animados en ocasiones. Entre los participantes estaban Zinóviev, Kámenev, Tomsky, Molotov y otros conocidos bolcheviques. Stalin no apareció en ningún momento. Parece que quería ser olvidado por un tiempo.

El 24 de abril se inauguró en Petrogrado la Conferencia Panrusa del Partido Bolchevique, que pretendía poner fin al legado de la Conferencia de Marzo. Unos ciento cincuenta delegados representaban a 79.000 miembros del partido, de los cuales 15.000 se encontraban en la capital. Para un partido antipatriótico, apenas salido de la clandestinidad, esto no estaba nada mal. La victoria de Lenin se hizo evidente en la elección del buró de cinco miembros, que no incluía a Kámenev ni a Stalin, responsables de la política oportunista de marzo. Kámenev encontró en sí mismo el valor suficiente para pedir presentar un informe conjunto a la conferencia. "Reconociendo que, formalmente y de hecho, el vestigio clásico del feudalismo, la gran propiedad terrateniente, aún no ha sido liquidado... es prematuro decir que la democracia burguesa ha agotado todas sus posibilidades". Esta era la idea fundamental de Kámenev y sus compañeros ideológicos: Ríkov, Noguin, Dzerzhinsky, Angarsky y otros. "El impulso hacia la revolución social [decía Ríkov] debe venir de occidente. La revolución burguesa no ha terminado", insistían los oradores de la oposición, siguiendo a Kámenev. Esto era cierto. Sin embargo, la misión del Gobierno Provisional no era completarla, sino hacerla retroceder. Precisamente por eso sólo era posible completar la revolución democrática mediante la dominación de la clase obrera. Los debates adquirieron un carácter vivo, pero se mantuvieron moderados, porque, en el fondo, la cuestión estaba decidida y Lenin hizo todo lo posible para facilitar la retirada de sus adversarios.

Stalin intervino en estos debates dando una breve respuesta a su aliado del día anterior. Si no pedimos el derrocamiento inmediato del Gobierno Provisional, había dicho Kámenev en su informe conjunto, debemos exigir su control; de lo contrario, las masas no nos entenderían. Lenin replicó que el "control" del proletariado sobre un gobierno

burgués, especialmente en circunstancias revolucionarias, era ficticio o se reducía a colaborar con él. Stalin consideró oportuno declarar su desacuerdo con Kámenev. Para dar la apariencia de una explicación de su cambio de posición, utilizó una nota publicada el 19 de abril por el ministro de asuntos exteriores, Miliukov, quien, con la excesiva franqueza de su imperialismo, sacó a los soldados a la calle y creó una crisis de gobierno. La concepción leninista de la revolución no era el resultado de una nota diplomática aislada, apenas distinguible de los demás actos del gobierno, sino de las relaciones entre las clases. En cuanto a Stalin, no le interesaba ninguna concepción general; necesitaba alguna oportunidad externa para cambiar de posición con el menor daño posible para su autoestima. "Dosificó" su retirada. En el primer período de la revolución, según sus palabras, "el sóviet elaboraba el programa, pero ahora es el Gobierno Provisional el que lo elabora". Tras la nota de Miliukov, "el gobierno pasó a la ofensiva contra el sóviet, el sóviet retrocedió. Hablar de control a partir de entonces es hablar en vano". Todo sonaba artificial y falso. Pero el objetivo inmediato se logró: Stalin consiguió separarse a tiempo de la oposición, que no obtuvo más de siete votos en las votaciones.

En el informe que presentó sobre la cuestión nacional, hizo todo lo posible por tender un puente entre su informe de marzo, que veía la fuente de la opresión nacional exclusivamente en la aristocracia terrateniente, y la nueva posición que el partido había adoptado ahora. "La opresión nacional", dijo, forzado como estaba a argumentar contra sí mismo, "no es mantenida únicamente por la aristocracia terrateniente. Junto a ella, existe otra fuerza, los grupos imperialistas, que trasplantan al interior de sus propios países los métodos de esclavización de las nacionalidades que han hecho suyos en las colonias..." Es más, la gran burguesía arrastra tras de sí "a la pequeña burguesía, a una parte de la intelectualidad, a una parte de las capas superiores de la clase obrera, que también disfrutan de los frutos del saqueo". Este era el tema que Lenin había desarrollado insistentemente durante los años de la guerra. "Así", continuó el ponente, "se forma todo un coro de fuerzas sociales que apoyan la opresión nacional." Para acabar con la opresión, este coro debía ser "eliminado de la escena política". Al haber colocado a la burguesía imperialista en el poder, la Revolución de Febrero aún no había creado las condiciones para la libertad nacional. Por eso el Gobierno Provisional se opuso con todas sus fuerzas a la simple ampliación de la autonomía de Finlandia. "¿De qué lado debemos estar? Evidentemente, del lado del pueblo finlandés..." El ucraniano Piatakov y el polaco Dzerzhinsky se pronunciaron contra el programa de autodeterminación nacional, declarándolo utópico y reaccionario. "No debemos plantear la cuestión nacional", dijo ingenuamente Dzerzhinsky, "porque eso retrasaría el momento de la revolución social. Por eso propongo retirar de la resolución la cuestión de la independencia polaca." "La socialdemocracia, en la medida en que mantiene su orientación hacia la revolución socialista, debe apoyar el movimiento revolucionario de los pueblos contra el imperialismo", replicó el ponente. Por primera vez en su vida, Stalin mencionó aquí "la orientación hacia la revolución socialista". El folleto del calendario juliano llevaba la fecha del 29 de abril de 1917.

Habiéndose dado a sí misma los poderes de un congreso, la conferencia eligió un nuevo comité central, que incluía a Lenin, Zinóviev, Kámenev, Miliutin, Noguin, Sverdlov, Smilgá, Stalin, Fedorov y, como suplentes, a Teodorovich, Bubnov, Glebov-Avilov y Pravdin. De los 133 delegados con derecho a voto, sólo 109, por una razón u otra, participaron en la votación secreta; tal vez algunos de ellos se habían marchado. Lenin recibió 104 votos (¿fue Stalin uno de los cinco delegados que se negaron a votar por Lenin?), Zinóviev 101, Stalin 97, Kámenev 95. Por primera vez Stalin fue elegido miembro del comité central por un órgano normal del partido. Estaba a punto de cumplir

38 años. Ríkov, Zinóviev y Kámenev tenían 23 o 24 años cuando fueron elegidos por primera vez miembros del estado mayor bolchevique.

En la conferencia se intentó apartar a Sverdlov del comité central. Lenin relató el incidente tras la muerte del primer presidente de la república soviética, diciendo que había sido un error flagrante por su parte: "Afortunadamente", añadió, "nos corrigieron desde abajo". El propio Lenin no tenía motivos para oponerse a la candidatura de Sverdlov, a quien conocía por correspondencia como un revolucionario profesional incansable. Lo más probable es que la oposición proviniera de Stalin, que no había olvidado cómo Sverdlov había venido a restablecer el orden después de él en Petersburgo reorganizando *Pravda*; la convivencia en Kurika no había hecho sino reforzar su hostilidad hacia Sverdlov. Stalin no perdonaba. En la conferencia, aparentemente intentó vengarse y consiguió el apoyo de Lenin de un modo sobre el que sólo podemos especular. Sin embargo, su intento no tuvo éxito. Si, en 1912, Lenin se encontró con la oposición de los delegados cuando intentó meter a Stalin en el comité central, ahora se encontró con no menos resistencia cuando intentó mantener fuera a Sverdlov. De los miembros del comité central elegidos en la conferencia de abril, Sverdlov y Lenin consiguieron morir a tiempo. Todos los demás (con la excepción, por supuesto, del propio Stalin) y los cuatro diputados cayeron posteriormente en desgracia y fueron fusilados oficialmente o desaparecieron misteriosamente de la vista de todos.

Sin Lenin, nadie era capaz de encontrarse en una nueva situación, todos seguían prisioneros de las viejas fórmulas. Por otra parte, limitarse ahora a la consigna de la dictadura democrática significaba, como escribió Lenin, "pasar de hecho a la pequeña burguesía". La ventaja de Stalin sobre los demás era, sin duda, que no temía esta transición y que avanzaba hacia un acercamiento con los conciliadores y la fusión con los mencheviques. No se guiaba en absoluto por el respeto a las viejas fórmulas. El fetichismo de las ideas le era ajeno: así es como renunció fácilmente a la idea común del papel contrarrevolucionario de la burguesía rusa. Como siempre, actuaba empíricamente, bajo la influencia de su oportunismo orgánico, que le llevaba siempre a buscar la línea de menor resistencia. Pero no estaba solo; durante tres semanas expresó las tendencias secretas de toda la capa de "viejos bolcheviques".

No hay que olvidar que el aparato del Partido Bolchevique estaba dominado por la intelectualidad, pequeñoburguesa por origen y condiciones de vida, marxista por ideas y vínculos con el proletariado. Los obreros que se convirtieron en revolucionarios profesionales entraron con entusiasmo en este medio y pronto fueron indistinguibles de él. La particular composición social del aparato y su autoridad sobre el proletariado (ambas no producto de la casualidad, sino de una férrea necesidad histórica) fueron más de una vez la causa de vacilaciones en el partido y, en última instancia, se convirtieron en la fuente de su degeneración. La doctrina marxista en la que se basaba el partido expresaba los intereses históricos del proletariado en su conjunto; pero los hombres del aparato sólo se apropiaban de trozos de ella según su experiencia personal, que siempre era relativamente limitada. Muy a menudo, como se quejaba Lenin, se limitaban a adoptar fórmulas prefabricadas y hacían la vista gorda ante la evolución de la situación. En la mayoría de los casos, carecían tanto de una comprensión del proceso histórico como de un vínculo cotidiano inmediato con las masas obreras. Por ello, permanecieron sometidos a la influencia de las otras clases. Durante la guerra, la atmósfera de reconciliación procedente de los círculos burgueses se apoderó en gran medida de las altas esferas del partido, a diferencia de los obreros bolcheviques de base, que se encontraron mucho más estables frente a la ola patriótica.

Habiendo abierto un vasto campo de acción para la democracia, la revolución dio a los "revolucionarios profesionales" de todos los partidos infinitamente más

satisfacciones que a los soldados en las trincheras, a los campesinos en los pueblos y a los obreros en las fábricas de guerra. Los militantes clandestinos de ayer se encontraron de repente desempeñando un papel importante. Para ellos, los sóviets sustituyeron a los parlamentos, donde podían debatir libremente y tomar decisiones. En su conciencia, las contradicciones fundamentales entre las clases, que habían dado lugar a la revolución, empezaron, por así decirlo, a fundirse bajo los rayos del sol democrático. El resultado fue que bolcheviques y mencheviques se unieron en casi todo el país, y allí donde permanecieron divididos, como en Petersburgo, se expresó con fuerza una tendencia a la unidad en ambas organizaciones. Sin embargo, en las trincheras, en los pueblos y en las fábricas, los inveterados antagonismos adquirieron un carácter cada vez más agudo y feroz, presagiando, no la unidad, sino la guerra civil. El movimiento de clase y los intereses de los aparatos del partido estaban, como tantas veces, en aguda contradicción. Incluso los cuadros del partido bolchevique, que habían adquirido un temperamento revolucionario excepcional, revelaron tras el derrocamiento de la monarquía una tendencia evidente a separarse de las masas y a confundir sus propios intereses con los de la clase obrera. ¿Qué ocurrirá cuando estos cuadros se conviertan en la todopoderosa burocracia estatal? A Stalin no le preocupaba todo esto. Él era la carne del aparato y el más fuerte de sus huesos.

Sin embargo, ¿qué milagro hizo que Lenin lograra en pocas semanas dar un nuevo rumbo al partido? Debemos buscar la respuesta al enigma en dos direcciones a la vez: en las cualidades personales de Lenin y en la situación objetiva. Lenin era fuerte, no sólo porque comprendía las leyes de la lucha de clases, sino también porque sabía escuchar a las masas vivas. No representaba al aparato, sino a la vanguardia del proletariado. Estaba convencido de antemano de que en el estrato de la clase obrera que había prestado su apoyo al partido ilegal, habría miles de obreros que le apoyarían a él, a Lenin. Las masas eran ahora más revolucionarias que el partido; el partido más revolucionario que el aparato. Ya en marzo, los verdaderos sentimientos y puntos de vista de los obreros y soldados habían logrado en muchas ocasiones abrirse paso impetuosamente y aparecer a la luz pública, en flagrante desacuerdo con las instrucciones de los partidos, incluido el bolchevique. La autoridad de Lenin no era absoluta, pero era grande, porque se basaba en toda la experiencia del pasado. Por otra parte, la autoridad del aparato, así como su conservadurismo, acababan de formarse. El violento ataque de Lenin no fue un acto individual de su temperamento; expresaba la presión de la clase sobre el partido, del partido sobre el aparato. Cualquiera que intentara oponerse a él en estas condiciones sentía rápidamente que el suelo desaparecía bajo sus pies. Los vacilantes se alinearon con los más avanzados, los más cautelosos con la mayoría. De este modo, Lenin consiguió, a costa de pérdidas relativamente pequeñas, cambiar a tiempo la orientación del partido y prepararlo para una nueva revolución.

Pero aquí surge otra dificultad. Abandonada a su suerte la dirección bolchevique, sin Lenin, cometió errores continuamente, la mayoría de las veces de derecha. Lenin aparece, como un deus ex machina, para mostrar el camino correcto. ¿Significa esto que en el Partido Bolchevique Lenin lo es todo y el resto nada? Este punto de vista, bastante extendido en los círculos democráticos, es extremadamente unilateral y, por tanto, falso. Lo mismo podría decirse de la ciencia: la mecánica sin Newton y la biología sin Darwin no fueron nada durante muchos años. Esto es a la vez cierto y falso. Fue necesario el trabajo de miles de científicos de base para reunir los hechos, agruparlos, plantear los problemas y preparar el terreno para la respuesta sintética de Newton o Darwin. Esta respuesta, a su vez, dejó su huella indeleble en otros miles de investigadores de base. Los genios no crean la ciencia por sí solos; se limitan a acelerar el movimiento del pensamiento colectivo. El Partido Bolchevique tenía un líder genial. No fue por

casualidad. Un revolucionario del calibre y la talla de Lenin sólo podía ser el líder del partido más intrépido, un partido que llevara sus pensamientos y acciones al límite. Sin embargo, el genio en sí es una de las excepciones más raras. El líder genial se mueve con más rapidez, penetra más profundamente en la situación, ve más lejos. Entre el líder genial y sus colaboradores cercanos había inevitablemente una gran distancia. Incluso puede decirse que el poderoso pensamiento de Lenin frenó hasta cierto punto el desarrollo independiente de sus colaboradores. Esto no significa, sin embargo, que Lenin lo fuera "todo" y que sin Lenin el partido no fuera nada. Sin el partido, Lenin habría sido impotente, igual que Newton y Darwin habrían sido impotentes sin la actividad científica colectiva. Por consiguiente, no se trata de vicios propios del bolchevismo, producidos, según se afirma, por la centralización, la disciplina, etc., sino del problema del genio en el proceso histórico. Los escritores que tratan de denigrar al bolchevismo porque el Partido Bolchevique tuvo la suerte de contar con un líder genial no hacen más que revelar su vulgaridad intelectual.

Sin Lenin, la dirección bolchevique sólo habría encontrado el camino correcto gradualmente, a costa de disensiones y luchas internas. Los conflictos entre las clases habrían continuado, desacreditando y desechando las consignas inconsistentes de los "viejos bolcheviques". Stalin, Kámenev y otras figuras de segunda fila habrían tenido que dar expresión articulada a las tendencias de la vanguardia proletaria, o simplemente pasarse al otro lado de la barricada... No olvidemos que Shliapnikov, Zalutsky y Molotov habían intentado incluso adoptar una línea más izquierdista al principio.

Pero esto no significa que el camino correcto se hubiera encontrado de todos modos. El factor tiempo desempeña un papel decisivo en política, especialmente durante una revolución. El curso de la lucha de clases no da en absoluto a una dirección política un tiempo ilimitado para encontrar la dirección correcta. La importancia de un dirigente brillante es precisamente que, acortando las lecciones de la propia experiencia, ofrece al partido la posibilidad de intervenir en los acontecimientos en el momento oportuno. Si Lenin no hubiera podido llegar a principios de abril, el partido seguramente habría encontrado por ensayo y error el camino que Lenin indicaba en sus "tesis". Sin embargo, ¿habrían podido otros dirigentes sustituir a Lenin hasta el punto de poder preparar al partido a tiempo para el desenlace de octubre? Es imposible dar una respuesta categórica a esta pregunta. Una cosa puede decirse con certeza: en este trabajo, que exigía la audacia de oponer las ideas y las masas vivas al aparato osificado, Stalin no habría podido mostrar ninguna iniciativa creadora y habría sido más un freno que una fuerza motriz. Su fuerza comienza en el momento en que las masas pueden ser controladas con la ayuda del aparato.

Durante los dos meses siguientes, es difícil seguir la actividad de Stalin. De repente se vio relegado a un tercer plano. Ahora era Lenin quien dirigía la redacción de *Pravda*, no desde lejos, como antes de la guerra, sino directamente, día a día. Y es *Pravda* quien marca el tono del partido. En el campo de la agitación, predomina Zinóviev. Stalin no aparece en las reuniones más que antes. Kamenev, medio reconciliado con la nueva política, representa al partido en el Comité Ejecutivo Central y en el sóviet. Stalin desaparece casi por completo de la escena soviética y hace pocas apariciones en Smolny. La dirección del trabajo organizativo se concentra en manos de Sverdlov: asigna plazas a los militantes, recibe a los que llegan de provincias y resuelve los conflictos. Aparte de su trabajo rutinario en *Pravda* y de su participación en las reuniones del comité central, Stalin sólo tenía tareas ocasionales de carácter administrativo, técnico o diplomático. No son numerosas. Stalin es perezoso por naturaleza. Sólo era capaz de trabajar asiduamente cuando sus intereses personales estaban directamente en juego. De lo contrario, prefiere fumar en pipa y esperar a que la situación cambie. En aquel momento, atravesaba un

periodo de extrema inquietud. Hombres más importantes y con más talento le habían desbancado en todas partes. Marzo y abril habían dejado una marca punzante en su autoestima. Reconstruyó poco a poco sus pensamientos, pero al final sólo consiguió cambiar su rumbo a medias.

Durante los tumultuosos "días de abril", cuando los soldados se lanzaron a la calle para protestar contra la nota imperialista de Miliukov, los conciliadores se ocuparon, como siempre, de ruegos al gobierno y exhortaciones a las masas. El día 21, el Comité Ejecutivo Central envió a Kronstadt y a las demás guarniciones uno de sus telegramas-sermón, firmado por Chkheidze: sí, la nota belicosa de Miliukov no merece ser aprobada; pero "se han iniciado conversaciones entre el Comité Ejecutivo y el Gobierno Provisional, que aún no han concluido" (estas conversaciones, por su propia naturaleza, nunca concluyeron); "reconociendo el daño causado por todas estas manifestaciones dispersas y desorganizadas, el Comité Ejecutivo os pide que os abstengáis", etcétera. En las actas oficiales vemos, no sin sorpresa, que el texto del telegrama fue redactado por una comisión formada por dos conciliadores y un bolchevique, y que este bolchevique era Stalin. El episodio es pequeño (no solemos encontrar episodios importantes en este periodo), pero característico. El telegrama exhortatorio era el modelo clásico del "control" que formaba parte necesaria del mecanismo de poder dual. Lenin fue particularmente enérgico al denunciar cualquier implicación bolchevique en esta política de impotencia. Si la manifestación de los marineros de Kronstadt era inoportuna, había que decírselo en nombre del partido, hablando el lenguaje del partido, pero sin asumir ninguna responsabilidad en las "conversaciones" entre Chkheidze y el príncipe Lvov. Los conciliadores incluyeron a Stalin en la comisión porque sólo los bolcheviques tenían alguna autoridad en Kronstadt. Razón de más para negarse. Pero Stalin no se negó. Tres días después del telegrama exhortatorio habló en la conferencia del partido contra Kámenev y señaló el conflicto sobre la nota de Miliukov como una prueba particularmente clara de lo absurdo del "control". Las contradicciones lógicas nunca desconcertaron a este empirista.

En la conferencia de la organización militar bolchevique de junio, tras los discursos sobre política general de Lenin y Zinóviev, Stalin presentó un informe sobre el "movimiento nacional y los regimientos nacionales". Bajo la influencia del despertar de las nacionalidades oprimidas, las unidades del ejército en activo habían comenzado espontáneamente a agruparse según su nacionalidad: habían aparecido regimientos ucranianos, musulmanes, polacos, etc. También en este caso, los bolcheviques salieron en defensa de las nacionalidades oprimidas. El discurso de Stalin no se ha conservado. Además, es dudoso que contuviera algo nuevo.

El Primer Congreso Panruso de los Sóviets se inauguró el 3 de junio y duró casi tres semanas. Unas docenas de delegados bolcheviques de las provincias, ahogados en la masa de conciliadores, formaban un grupo bastante heterogéneo, todavía muy lejos de liberarse del estado de ánimo que había prevalecido en marzo. No era fácil dirigirlos. Fue precisamente en ese momento cuando se produjo una interesante observación de un populista ya conocido por nosotros, que en una ocasión había observado a Koba en la prisión de Bakú. "Quería a toda costa comprender el papel de Stalin y Sverdlov en el Partido Bolchevique", escribió Vereshchak en 1928. "Mientras Kámenev, Zinóviev, Noguin y Krylenko se sentaban a la mesa del buró del congreso y Lenin, Zinóviev y Kámenev hablaban, Sverdlov y Stalin dirigían en silencio la fracción bolchevique. Era una fuerza táctica. Fue allí donde sentí por primera vez la importancia de estos hombres. Vereshchak no se equivocaba. Stalin fue muy valioso al trabajar entre bastidores para preparar a la fracción para la votación. No siempre utilizaba argumentos principistas, pero sabía cómo persuadir a los dirigentes medios, a los de provincias. Sin embargo, incluso

en este trabajo, Sverdlov, el presidente permanente de la fracción bolchevique en el congreso, ocupó el primer lugar.

Mientras tanto, en el ejército se llevaba a cabo la preparación "moral" de la ofensiva, preparación que irritaba a las masas, tanto en la retaguardia como en el frente. La fracción bolchevique protestó resueltamente contra la aventura militar, pronosticando una catástrofe. La mayoría del congreso apoyó a Kerensky. Los bolcheviques intentaron responder con una manifestación callejera. Cuando se discutió la cuestión, surgieron desacuerdos. Volodarsky, la fuerza principal del comité de Petrogrado, no estaba convencido de que los obreros salieran a la calle. Los presidentes de la organización militar dijeron que los soldados no saldrían desarmados. Stalin pensaba que "la fermentación entre los soldados es un hecho; entre los obreros no existe un estado de ánimo tan marcado", pero, no obstante, creía que era necesario ofrecer resistencia al gobierno. Al final, la manifestación se fijó para el domingo 10 de junio. Los conciliadores se alarmaron y, en nombre del congreso, prohibieron la manifestación. Los bolcheviques se sometieron. Pero, asustados por la impresión causada en las masas por esta prohibición, el propio congreso decidió una manifestación general para el 18 de junio. El resultado fue inesperado: todas las fábricas y todos los regimientos aparecieron con pancartas bolcheviques. Se asestó un golpe irreparable a la autoridad del congreso. Los obreros y soldados de la capital sintieron su fuerza. Dos semanas más tarde, intentaron ponerla a prueba. Así surgieron las "jornadas de julio", la línea divisoria más importante entre las dos revoluciones.

El 4 de mayo, Stalin escribió en *Pravda*: "La revolución crece en amplitud y profundidad... Las provincias encabezan el movimiento. Si en los primeros días de la revolución Petrogrado estaba a la cabeza, ahora empieza a ser superada". Exactamente dos meses después, las "jornadas de julio" revelaron que la provincia estaba muy por detrás de Petrogrado. En su evaluación, Stalin no miraba a las masas, sino a las organizaciones. "Los sóviets de la capital", había señalado ya Lenin en la conferencia de abril, "dependen políticamente más del poder burgués central que los de las provincias". Mientras el Comité Ejecutivo Central intentaba con todas sus fuerzas concentrar el poder en manos del gobierno, en las provincias los sóviets, mencheviques o socialistas-revolucionarios por su composición, se habían hecho con el poder, por así decirlo, muy a pesar suyo e incluso intentaban regular la vida económica. Pero el "retraso" de las instituciones soviéticas en la capital procedía precisamente del hecho de que el proletariado de Petrogrado estaba ya muy adelantado y había asustado a la democracia pequeñoburguesa por el radicalismo de sus reivindicaciones. Cuando se discutió en el comité central la cuestión de la manifestación de julio, Stalin pensó que los obreros tenían pocas ganas de luchar. Las jornadas de julio refutaron también esta afirmación: a pesar de la prohibición de los conciliadores e incluso a pesar de las advertencias del Partido Bolchevique, el proletariado irrumpió en las calles, mano a mano con la guarnición. Los dos errores de Stalin fueron suyos: no respiraba el ambiente de las reuniones obreras, no estaba vinculado a las masas y no confiaba en ellas. La información de que disponía le llegaba a través del aparato. Sin embargo, las masas eran incomparablemente más revolucionarias que el partido, que a su vez era más revolucionario que los miembros de sus comités. Como en otras circunstancias, Stalin expresaba la tendencia conservadora del aparato, no la fuerza dinámica de las masas.

A principios de julio, Petrogrado ya estaba completamente del lado de los bolcheviques. Para familiarizar al nuevo embajador francés con la situación en la capital, el periodista Claude Anet le mostró el distrito de Vyborg, al otro lado del Neva, donde se concentraban las fábricas más grandes: "Lenin y Trotsky reinan allí con supremacía". Los regimientos de guarnición eran bolcheviques o se inclinaban por los bolcheviques. "Si

Lenin y Trotsky quieren tomar Petrogrado, ¿quién va a impedírselo?" Esta era una caracterización exacta de la situación. Pero seguía siendo imposible tomar el poder porque, a pesar de lo que Stalin había escrito en mayo, la provincia marchaba considerablemente por detrás de la capital.

El 2 de julio, en la conferencia bolchevique de Petrogrado, en la que Stalin representaba al comité central, aparecieron dos ametralladores excitados con una declaración en la que decían que su regimiento había decidido salir inmediatamente a la calle armas en mano. La conferencia recomendó que se abandonara la manifestación. En nombre del comité central, Stalin confirma la decisión de la conferencia. Pestkovsky, uno de los colaboradores de Stalin y opositor arrepentido, recordó esta conferencia trece años después: "Fue allí donde vi a Stalin por primera vez. La sala en la que se celebraba la conferencia no podía acoger a todos los participantes: una parte del público seguía el acto en un pasillo, a través de una puerta abierta. Yo estaba en esta parte del público y por eso no podía oír bien los informes... Stalin habló en nombre del comité central. Como no hablaba muy alto, no pude entender mucho desde el pasillo. Sólo presté atención a un punto: cada una de las frases de Stalin era nítida y bien marcada, las declaraciones se distinguían por la claridad de las fórmulas..." Los miembros de la conferencia se dispersaron por los regimientos y las fábricas para evitar que las masas se manifestaran. "A las cinco [informó Stalin después del acontecimiento, en la reunión del Comité Ejecutivo Central] declaré oficialmente, en nombre del comité central y de la conferencia, que habíamos decidido no manifestarnos. Sin embargo, a las seis de la tarde la manifestación iba en aumento. "Como partido del proletariado, debíamos participar en la manifestación y darle un carácter pacífico y organizado, sin tener como objetivo la toma armada del poder". Algún tiempo después, Stalin habló en el congreso del partido sobre las jornadas de julio: "El partido no quería una manifestación, el partido quería esperar hasta que la política de la ofensiva en el frente hubiera sido desacreditada. Sin embargo, se produjo una manifestación espontánea, provocada por el desorden del país, las órdenes de Kerensky y el envío de unidades desde el frente". El comité central decidió dar a la manifestación un carácter pacífico. "A la pregunta formulada por los soldados sobre si era imposible salir armados, el comité central respondió que no era necesario salir armados. Los soldados, sin embargo, dijeron que era imposible salir sin armas..., que sólo llevarían armas consigo para defenderse." Aquí, sin embargo, nos encontramos con el enigmático testimonio de Demian Biedny. En un tono muy prudente, el poeta laureado relató, en 1929, cómo, en la oficina de *Pravda*, llamaron por teléfono a Stalin desde Kronstadt y cómo, a la pregunta de si debían salir con o sin armas, Stalin respondió: "¿Fusiles? ... Vosotros lo sabéis mejor que nosotros, camaradas... Los escritores siempre llevamos nuestras armas, nuestros lápices, con nosotros... Y en cuanto a vuestras armas, ¡vosotros debéis saberlo mejor que nosotros!". La historia parece haber sido estilizada. Pero hay algo de verdad en ella. En general, Stalin tendía a subestimar la voluntad de lucha de los obreros y soldados, y siempre desconfiaba de las masas. Pero, allí donde comenzaba la lucha, ya fuera en una plaza de Tiflis, en la cárcel de Bakú o en las calles de Petrogrado, siempre intentaba darle el carácter más vivo. ¿La decisión del comité central? Siempre podía darle la vuelta cuidadosamente con una historia sobre lápices. Sin embargo, no hay que exagerar la importancia de este episodio: al parecer, la pregunta procedía del comité del partido en Kronstadt: en cuanto a los marineros, habrían salido con sus armas de todos modos. Sin llegar a la insurrección, las jornadas de julio rebasaron el marco de una manifestación. Hubo disparos de provocadores, desde ventanas o tejados, hubo conflictos armados, sin plan ni objetivo claro, pero con muchos muertos y heridos, hubo la toma ocasional de la fortaleza de Pedro y Pablo por los marineros de Kronstadt, hubo el asedio del palacio de Táurida. Los bolcheviques se encontraron dueños absolutos

en las calles, pero se apartaron conscientemente de la insurrección como si fuera una aventura. "Podríamos haber tomado el poder los días 3 y 4 de julio [dijo Stalin en la conferencia de Petrogrado], pero el frente, las provincias, los sóviets se habrían levantado contra nosotros. Un gobierno que no contara con el apoyo de las provincias se habría encontrado sin pies ni manos. Privado de todo objetivo inmediato, el movimiento comenzó a retroceder. Los obreros volvieron a las fábricas, los soldados a los cuarteles. Quedaba la cuestión de la fortaleza de Pedro y Pablo, donde todavía estaban los marineros de Kronstadt. "El comité central me delegó en la fortaleza Pedro y Pablo", relató Stalin, "donde conseguí convencer a los marineros de que no aceptaran la batalla... Como representante del Comité Ejecutivo Central, fui con [el menchevique] Bogdanov a ver a [el comandante de las tropas] Kozmin. Lo había preparado todo para la lucha... Le convencimos de que no recurriera a la fuerza armada... Era evidente para mí que la derecha quería sangre, dar una 'lección' a los obreros, soldados y marineros. Les impedimos realizar sus deseos." El éxito de la delicada misión de Stalin sólo fue posible porque no era una figura odiada por los conciliadores: su odio se volvió contra otras personas. Además, es innegable que supo mejor que nadie adoptar en estas conversaciones el tono de un bolchevique maduro y moderado, evitando los excesos e inclinado a la conciliación. En cualquier caso, no mencionó su consejo a los marineros con la historia de los "lápices".

Contra toda evidencia, los conciliadores declararon que la manifestación de julio había sido una insurrección armada y acusaron a los bolcheviques de conspiración. Una vez terminado el movimiento, las tropas reaccionarias llegaron del frente. La prensa publicó un informe que, citando "documentos" del ministro de justicia, Perereverzev, decía que Lenin y sus colaboradores eran agentes probados del estado mayor alemán. Luego vinieron días de calumnias, persecuciones y confusión. Las oficinas de *Pravda* fueron saqueadas. Las autoridades emitieron órdenes de arresto contra Lenin, Zinóviev y otros bolcheviques culpables de "insurrección". La burguesía y la prensa conciliadora exigieron que los culpables fueran llevados ante la justicia. Se celebraron conferencias en el comité central bolchevique: ¿debía Lenin presentarse ante las autoridades para librar una batalla pública contra las mentiras, o debía esconderse? No faltaron las vacilaciones inevitables en un cambio de situación tan repentino. La cuestión polémica era si el caso iría a juicio público. En la literatura soviética, la cuestión de quién "salvó" a Lenin y quién quería "perderlo" no ocupa mucho espacio. Demian Biedny contó una vez cómo se apresuró a ver a Lenin con un coche y le instó a no imitar a Cristo, que "se había entregado en manos de sus enemigos". Bonch-Brúyevich, antiguo alto funcionario de asuntos exteriores, desmintió directamente a sus amigos, diciendo a la prensa que Demian Biedny pasó las horas críticas en su villa de Finlandia. La muy significativa indicación de que el honor de haber convencido a Lenin "recayó en otros camaradas" mostraba claramente que Bonch se vio obligado a enemistarse con su íntimo amigo para satisfacer a alguien más influyente. En sus memorias, Krúpskaya relata lo siguiente: "El día 7 fui a ver a Ilich al piso de Alliluyev con Maria Ilinichna [hermana de Lenin]. Era precisamente el momento en que Lenin vacilaba. Argumentaba la necesidad de comparecer ante el tribunal. Maria Ilinichna le respondió cordialmente. 'Gregorio [Zinóviev] y yo hemos decidido comparecer ante el tribunal, ve y díselo a Kámenev', me dijo Ilich. Me apresuré a marcharme. 'Despidámonos', dijo Vladimir Ilich, deteniéndome, 'tal vez no volvamos a vernos'. Nos besamos. Fui a ver a Kámenev y le entregué el encargo de Vladimir Ilich. Aquella noche, Stalin y otros persuadieron a Ilich para que no compareciera ante el tribunal, salvándole así la vida." Antes que Krúpskaya, Ordzhonikidze había descrito con más detalle aquellas horas febriles: "Comenzó una furiosa persecución de nuestros dirigentes... Algunos de nuestros camaradas consideraban que Lenin no podía esconderse,

que tenía que comparecer... Esta era la opinión de muchos bolcheviques destacados. Me encontré con Stalin en el Palacio Táurida. Fuimos juntos a ver a Lenin...” Lo primero que llama la atención es que en el momento de la “enfurecida persecución de nuestros dirigentes”, Ordzhonikidze y Stalin se reunieron tranquilamente en el palacio Táurida, cuartel general del enemigo, y se marcharon sin ser molestados. En el piso de Alliluyev se reanudó la misma discusión: ¿rendirse o esconderse? Lenin supuso que no habría proceso público. El que se oponía más categóricamente a que Lenin se dejase hacer prisionero era Stalin: “Los junkers no te dejarían ir a la cárcel, te matarían por el camino...” En ese momento apareció Stasova, trayendo consigo el nuevo rumor de que Lenin, según documentos del departamento de policía, era un provocador. “Estas palabras causaron una impresión increíblemente fuerte en Ilich. Un tic nervioso cruzó su rostro y declaró con la mayor resolución que tenía que ir a la cárcel”. Ordzhonikidze y Noguin fueron enviados al palacio Táurida para obtener garantías de los partidos dirigentes “de que Ilich no sería linchado... por los junkers”. Pero los asustados mencheviques buscaron garantías para sí mismos. Stalin declaró en un informe a la conferencia de Petrogrado: “Planteé la cuestión personalmente a Lieber y Anisimov [mencheviques, miembros del Comité Ejecutivo Central] y me respondieron que no podían dar ninguna garantía”. Tras este reconocimiento del campo enemigo, se decidió que Lenin abandonaría Petrogrado y se ocultaría clandestinamente. “Stalin se encargó de organizar la partida de Lenin.”

Hasta qué punto tenían razón los que se oponían al sometimiento voluntario de Lenin a las autoridades lo reveló más tarde el relato del comandante de las tropas, el general Polovtsev. “El oficial que partía hacia Terioki [Finlandia] con la esperanza de atrapar a Lenin me preguntó si lo quería entero o en pedazos... Le respondí con una sonrisa que los arrestados a veces intentan escapar.” Para los organizadores de la farsa judicial, no se trataba de impartir “justicia”, sino de atrapar y matar a Lenin, igual que Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg fueron asesinados dos años después en Alemania. La idea de la inevitabilidad de una ejecución sumaria arraigó en la mente de Stalin más firmemente que en la de cualquier otro: tal desenlace estaba totalmente en consonancia con su propio carácter. Es más, tenía muy poca inclinación a preocuparse por lo que diría la “opinión pública”. Otros, incluidos Lenin y Zinóviev, dudaron. En el transcurso del día, Noguin y Lunacharsky pasaron de partidarios a oponentes de la entrega voluntaria. Stalin fue el más firme y tenía razón.

Veamos ahora lo que la historiografía soviética moderna ha hecho de este dramático episodio. “Los mencheviques, los socialistas-revolucionarios y Trotsky, que más tarde se convirtió en un bandido fascista”, escribió una publicación oficial en 1938, “exigieron la comparecencia voluntaria de Lenin ante el tribunal. Los mercenarios fascistas Kámenev y Ríkov, ahora desenmascarados como enemigos del pueblo, eran partidarios de la entrega voluntaria de Lenin. Stalin les ofreció una fuerte resistencia”, etc. En realidad, yo mismo no participé en las conferencias, pues me vi obligado a pasar a la clandestinidad en aquellos momentos. El 10 de julio envié al gobierno de mencheviques y socialistas-revolucionarios una declaración escrita de total solidaridad con Lenin, Zinóviev y Kámenev, y fui detenido el 22 de julio. En una carta a la conferencia de Petrogrado, Lenin consideró necesario señalar en particular que Trotsky “estuvo a la altura de su tarea en los difíciles días de julio”. Stalin no fue detenido y ni siquiera fue implicado formalmente en el asunto por la buena razón de que no existía políticamente ni para las autoridades ni para la opinión pública. En la campaña contra Lenin, Zinóviev, Kámenev, Trotsky y otros, Stalin apenas fue mencionado en la prensa, a pesar de que era redactor jefe de *Pravda* y firmaba sus artículos con su nombre. Nadie había reparado en esos artículos ni se había interesado por su autor.

Lenin se escondió primero en el piso de Alliluyev, luego partió hacia Sestroretsk, para alojarse con el obrero Emelianov, en quien tenía absoluta confianza y a quien, sin nombrarlo, hace una respetuosa referencia en uno de sus artículos. "Cuando Vladimir Ilich partió para Sestroretsk (era la tarde del 11 de julio), el camarada Stalin y yo [relata Alliluyev] acompañamos a Ilich hasta la estación de Sestroretsk. Durante su estancia en una cabaña de Razliv y luego en Finlandia, Vladimir Ilich enviaba notas a Stalin de vez en cuando a través de mí; las traían a mi piso y, como había que contestarlas inmediatamente, en agosto Stalin vino a vivir conmigo... y se instaló en la habitación donde Vladimir Ilich había estado escondido durante los días de julio". Allí, al parecer, conoció a su futura esposa, la hija de Alliluyev, Nadezhda, que entonces era todavía una niña muy pequeña. Otro obrero bolchevique del aparato, Rajia, un finlandés rusificado, relató en la prensa cómo Lenin le pidió una vez que "trajera a Stalin la noche siguiente". Debía encontrar a Stalin en la redacción de *Pravda*... Mantuvieron una conversación muy larga, Vladimir Ilich le pedía detalles de todo; Stalin era, en este período, con Krúpskaya, un importante enlace entre el comité central y Lenin, que tenía absoluta confianza en él como prudente conspirador. Además, todas las circunstancias llevaban naturalmente a Stalin a desempeñar este papel. Zinóviev estaba huido, Kámenev y Trotsky estaban en la cárcel, Sverdlov estaba en el centro del trabajo organizativo, Stalin era más libre y estaba menos vigilado por la policía. En el periodo de reacción que siguió a las jornadas de julio, el papel de Stalin en general aumentó considerablemente. Pestkovsky, a quien ya conocemos, escribe en sus memorias apologéticas sobre la actividad de Stalin en el verano de 1917: "Las amplias masas obreras de Petrogrado sabían poco de Stalin en aquella época. No buscaba la popularidad. No tenía talento para la oratoria y evitaba aparecer en las reuniones. Pero ninguna conferencia del partido, ninguna asamblea importante dedicada a cuestiones organizativas se celebraba sin una intervención política suya. Los militantes del partido le conocían bien. Cuando se planteó la cuestión de los candidatos bolcheviques de Petrogrado para la asamblea constituyente, la candidatura de Stalin ocupó uno de los primeros lugares por iniciativa de los militantes del partido". En 1930 todavía se consideraba necesario explicar la falta de popularidad de Stalin por su falta de "talento oratorio". Hoy tal afirmación sería absolutamente imposible: Stalin es proclamado el ídolo de los obreros de Petrogrado y un clásico del arte de la oratoria. Pero es cierto que, sin aparecer ante las masas, Stalin, junto con Sverdlov, llevó a cabo en julio y agosto un trabajo de enorme responsabilidad en el aparato: en asambleas, conferencias, en las relaciones con el comité de Petrogrado, etc. El trabajo de Stalin en el aparato fue muy importante.

Sobre la dirección del partido en este periodo, Lunacharsky escribió en 1923: "Antes de las jornadas de julio, Sverdlov era, por así decirlo, el estado mayor bolchevique, dirigiendo todos los acontecimientos con Lenin, Zinóviev y Stalin. En las jornadas de julio, pasó a primer plano". Así es. En medio de los crueles estragos que asolaban al partido, este hombrecillo moreno con unos quevedos se comportaba como si no ocurriera nada especial: como siempre, asignaba a los militantes sus tareas, animaba a los que necesitaban aliento, daba consejos y, si era necesario, órdenes. Era el verdadero "secretario general" en el año de la revolución, aunque no tenía ese título. Pero era el secretario de un partido cuyo líder político indiscutible, Lenin, estaba en la clandestinidad. Desde Finlandia le llegaban artículos, cartas y proyectos de resolución sobre todas las cuestiones fundamentales de la política. Aunque la distancia le hizo cometer errores tácticos en más de una ocasión, le permitió determinar con mayor seguridad la estrategia del partido. La dirección cotidiana recaía en Sverdlov y Stalin, que eran los miembros más influyentes del comité central que quedaban en libertad. Mientras tanto, el movimiento de masas se había debilitado considerablemente. El partido era medio ilegal.

El peso específico del aparato había aumentado en consecuencia. Dentro del aparato, el papel de Stalin había crecido automáticamente. Esta ley puede observarse invariablemente a lo largo de toda su biografía política, de la que constituye, por así decirlo, el resorte principal.

La derrota de julio fue directamente la de los obreros y soldados de Petrogrado, cuyo levantamiento había chocado con el relativo atraso de las provincias. Por eso el desánimo de las masas fue más profundo en la capital que en otras partes; pero sólo duró unas semanas. La agitación pública se reanudó el 20 de julio, cuando tres valientes revolucionarios aparecieron en modestas reuniones en diferentes partes de la ciudad: Slutsky, asesinado más tarde por los blancos en Crimea, Volodarsky, asesinado por los socialistas-revolucionarios en Petrogrado, y Yevdokimov, asesinado por Stalin en 1936. Tras perder a algunos compañeros de viaje ocasionales, a finales de mes el partido hizo nuevos reclutamientos.

Los días 21 y 22 de julio se celebró en Petrogrado una conferencia de excepcional importancia, pero fue ignorada por las autoridades y la prensa. Tras el trágico fracaso de la ofensiva militar, los delegados del frente comenzaron a llegar a la capital con creciente frecuencia, trayendo protestas contra la asfixia de las libertades en el ejército y contra la continuación de la guerra. No fueron recibidos por el Comité Ejecutivo porque los conciliadores no tenían nada que decirles. Los recién llegados del frente se conocieron en los pasillos y vestíbulos de pasos perdidos y pronunciaron enérgicas palabras de soldados sobre los grandes señores del Comité Ejecutivo Central. Los bolcheviques, que sabían penetrar en todas partes, aconsejaron a los delegados, desconcertados e irritados, que intercambiaran ideas con los obreros, soldados y marineros de la capital. A la conferencia que así surgió asistieron representantes de veintinueve regimientos del frente, de noventa fábricas de Petrogrado, de los marinos de Kronstadt y de las guarniciones circundantes. Los del frente hablaron de la absurda ofensiva, de la carnicería y de la colaboración de los comisarios conciliadores con los oficiales reaccionarios, que volvían a levantar cabeza. Aunque la mayoría de los que estaban en el frente seguían, al parecer, considerándose socialistas-revolucionarios, la resolución bolchevique, aunque acerba, fue adoptada por unanimidad. Desde Petrogrado, los delegados regresaron a las trincheras, convertidos en insustituibles agitadores de la revolución obrera y campesina. Parece que Sverdlov y Stalin desempeñaron el papel principal en la organización de esta notable conferencia.

La conferencia de Petrogrado, que había intentado en vano impedir que las masas se manifestaran, se prolongó, tras una larga interrupción, hasta la noche del 20 de julio. El desarrollo de sus trabajos es muy instructivo para comprender el papel de Stalin y su lugar en el partido. Las cuestiones organizativas fueron dirigidas en nombre del comité central por Sverdlov, pero en el terreno de la teoría y de los grandes problemas de la política cedió el paso a otros, sin excesivas pretensiones ni falsa modestia. El tema principal de la conferencia fue la evaluación de la situación política tal como se había desarrollado tras la derrota de julio. Volodarsky, miembro destacado del comité de Petrogrado, declaró nada más empezar: “En el momento actual, sólo Zinóviev puede ser ponente... Nos gustaría oír a Lenin...” Nadie mencionó el nombre de Stalin. Pero la conferencia, interrumpida por el movimiento de masas, no se reanudó hasta el 16 de julio. Zinóviev y Lenin estaban escondidos, y el informe político principal recayó en Stalin, que habló como ponente sustituto. “Para mí está claro”, dijo, “que en el momento actual la contrarrevolución nos ha derrotado, nos ha aislado, nos traicionan los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, nos calumnian...” El punto de partida del ponente era la victoria de la contrarrevolución burguesa. Sin embargo, esta victoria era inestable; mientras no se hubiera superado el descalabro económico, mientras no se hubiera dado la

tierra a los campesinos, "habría inevitablemente crisis, las masas saldrían a la calle más de una vez, habría batallas cada vez más decisivas. Se acabó el período pacífico de la revolución..." Así que la consigna "Todo el poder a los sóviets" había perdido todo su contenido real. Los sóviets, en manos de los conciliadores, ayudaban a la contrarrevolución militar burguesa a aplastar a los bolcheviques y a desarmar a los obreros y soldados, privándose así de todo poder real. Sólo el día anterior habían podido destituir al Gobierno Provisional mediante un simple decreto, y en el seno de los sóviets los bolcheviques habían podido obtener la preeminencia mediante simples reelecciones. Ahora, eso ya era imposible. Con la ayuda de los conciliadores, la contrarrevolución se ha impuesto. Los propios sóviets se han convertido en una mera tapadera de la contrarrevolución... ¡Era ridículo exigir el poder para estos soviets! "No se trata de las instituciones en sí, sino de la clase de la que estas instituciones hacen política. Ya no se puede hablar de la conquista pacífica del poder. Sólo queda preparar la insurrección armada, que será posible cuando las capas más bajas del pueblo y, con ellas, el frente, se pasen al bando de los obreros. Esta audaz perspectiva estratégica iba acompañada de directivas tácticas muy prudentes para el periodo inmediato. "Nuestra tarea consiste en reunir fuerzas, consolidar las organizaciones existentes e impedir que las masas pasen a la ofensiva prematuramente... Esta es la línea táctica general del comité central".

De forma muy rudimentaria, el informe ofrecía una sagaz valoración de una situación que había cambiado en el espacio de unos pocos días. Los debates añadieron relativamente poco a lo dicho por el ponente. Quienes prepararon las actas para su publicación en 1927 señalaron: "Las propuestas fundamentales de este informe habían sido adoptadas de acuerdo con Lenin, y eran coherentes con el artículo de Lenin 'Tres crisis', que aún no había sido publicado. Los delegados también sabían, con toda probabilidad por Krúpskaya, que Lenin había escrito tesis especiales para el ponente. Un grupo de participantes en la conferencia", dicen las actas, "pidió que las tesis de Lenin fueran comunicadas a la conferencia. Stalin declaró que no las tenía consigo..." La petición de los delegados era muy fácil de entender: el cambio de dirección era tan radical que querían oír la propia voz de Lenin. Por otro lado, la respuesta de Stalin era incomprensible: si simplemente hubiera enviado las tesis por telegrama a su casa, podrían haber estado disponibles en la siguiente reunión. Sin embargo, las tesis no fueron llevadas. Uno tiene la impresión de que le fueron escondidas a la conferencia. Aún más asombroso es el hecho de que las "tesis de julio", a diferencia de todos los documentos escritos ilegalmente por Lenin, no hayan llegado hasta nosotros. Puesto que Stalin tenía la única copia, sólo podemos suponer que la perdió. Sin embargo, el propio Stalin no menciona ninguna pérdida. Quienes redactaron las actas expresan la suposición de que las tesis fueron escritas por Lenin en el espíritu de sus artículos "Tres crisis" y "Sobre las consignas", escritos antes de la conferencia, pero publicados después de ella en Kronstadt, donde se había mantenido la libertad de prensa. De hecho, una comparación de los textos muestra que el informe de Stalin era una simple exposición de estos dos artículos, sin una sola palabra original introducida por él. Stalin no había leído los artículos en sí y, evidentemente, no sospechaba de su existencia, pero se basó en las tesis, que eran idénticas a los artículos en cuanto al desarrollo de las ideas. Y esta circunstancia explica bastante bien por qué el ponente "olvidó" llevar las tesis de Lenin a la conferencia y por qué no se conservó este documento. El carácter de Stalin no sólo hace admisible esta hipótesis, sino que directamente la impone. En la comisión de la conferencia, donde aparentemente hubo una lucha acalorada, Volodarsky, que se negaba a reconocer que la contrarrevolución había obtenido una victoria completa en julio, tenía la mayoría. La resolución que salió de la comisión no fue defendida ante la conferencia por Stalin, sino por Volodarsky. Stalin no pidió presentar un informe conjunto y no participó en los

debates. Reinó la confusión entre los delegados. La resolución de Volodarsky fue finalmente aprobada por veintiocho delegados a favor, tres en contra y veintiocho abstenciones. El grupo de delegados de Vyborg justificó su abstención afirmando que "las tesis de Lenin no se han hecho públicas y el ponente no ha defendido la resolución". La alusión a la ocultación indebida de las tesis era demasiado clara. Stalin guardó silencio y sufrió una doble derrota: provocó el descontento al ocultar las tesis y no consiguió reunir una mayoría a favor de ellas.

En cuanto a Volodarsky, siguió defendiendo básicamente el plan bolchevique de la revolución de 1905: primero la dictadura democrática, luego la ruptura inevitable con el campesinado y, en caso de victoria proletaria en occidente, la lucha por una dictadura socialista. Stalin, con el apoyo de Molotov y algunos otros, defendió la nueva concepción de Lenin: sólo la dictadura del proletariado, apoyándose en los campesinos más pobres, garantizaría el cumplimiento de las tareas de la revolución democrática y, al mismo tiempo, abriría la era de las transformaciones socialistas. Stalin tenía razón sobre Volodarsky, pero no sabía cómo demostrarlo. Por otra parte, al negarse a reconocer que la contrarrevolución burguesa había obtenido una victoria completa, Volodarsky tenía razón frente a Stalin y Lenin. Volveríamos a encontrarnos con este argumento en el congreso del partido unos días más tarde. La conferencia terminó con la adopción de un llamamiento escrito por Stalin "¡A todos los obreros!", que decía entre otras cosas: "... Los mercenarios vendidos y los calumniadores cobardes se atreven a acusar abiertamente de 'traición' a los dirigentes de nuestro partido... ¡Nunca los nombres de nuestros dirigentes han sido tan queridos por la clase obrera como ahora, cuando la insolente canalla burguesa los cubre de fango!" Aparte de Lenin, las principales víctimas de la calumnia y la persecución fueron Zinóviev, Kámenev y Trotsky. Sus nombres eran particularmente caros a Stalin cuando la "escoria burguesa" los cubrió de barro.

La conferencia de Petrogrado había sido, por así decirlo, el ensayo general del congreso del partido, que se inauguró el 26 de julio. Para entonces, casi todos los sóviets de distrito de Petrogrado estaban ya en manos de los bolcheviques. En los comités de fábrica y en las direcciones sindicales la influencia de los bolcheviques se había hecho predominante. La preparación de las cuestiones organizativas estaba concentrada en manos de Sverdlov. Pero era Lenin quien dirigía la preparación política desde su clandestinidad. En cartas al comité central y en la prensa bolchevique, que había empezado a reaparecer, aclaraba los diversos aspectos de la situación política. Fue él quien redactó los borradores de todas las resoluciones principales para el congreso y, además, los argumentos que se utilizarían fueron cuidadosamente sopesados en reuniones secretas con los futuros ponentes.

El congreso se llamó de "unificación" porque debía marcar la entrada en la organización interdistrital de Petrogrado a la que pertenecían Trotsky, Yofé, Uritsky, Riazánov, Lunacharsky, Pokrovsky, Manuilsky, Yurenev, Karaján y otros revolucionarios que tienen todos ellos su lugar en la historia de la revolución soviética. "En los años de la guerra", dice una nota de las *Obras Completas* de Lenin, "los interdistritales estaban cerca del comité bolchevique de Petrogrado". En el momento del congreso, la organización contaba con unos cuatro mil obreros. La información sobre el congreso, que se celebraba semilegalmente en dos distritos obreros, se filtró a la prensa; en círculos gubernamentales se habló de dispersar el congreso, pero al final Kerensky pensó que era más seguro no meter las narices en el distrito de Vyborg. La opinión pública general era que el congreso estaba dirigido desde el anonimato. Entre los bolcheviques, participaron en el congreso Sverdlov, Bujarin, Stalin, Molotov, Voroshilov, Ordzhonikidze, Lurenev, Manouilsky... En el buró estaban Sverdlov, Olminsky, Lomov, Yurenev y Stalin. Incluso en ausencia de las figuras más destacadas del bolchevismo, el nombre de Stalin ocupaba el último lugar.

El congreso decidió enviar un saludo a "Lenin, Trotsky, Zinóviev, Lunacharsky, Kámenev, Kollontai y todos los demás camaradas detenidos y perseguidos". Fueron elegidos miembros de un consejo de honor. La edición de 1938 sólo menciona la elección de Lenin.

Sverdlov informó sobre el trabajo organizativo del comité central. Desde la conferencia de abril, el partido había pasado de 80.000 a 240.000 miembros, es decir, se había triplicado. El crecimiento bajo los golpes de julio fue saludable. La tirada de toda la prensa bolchevique era asombrosamente insignificante: ¡320.000 ejemplares para un país inmenso! Pero el medio revolucionario era un buen conductor: las ideas del bolchevismo se abrieron paso en la conciencia de millones de hombres.

Stalin repitió sus dos informes, sobre la actividad política del comité central y sobre la situación del país. A propósito de las elecciones municipales, en las que los bolcheviques habían obtenido el 20 % de los votos en la capital, Stalin declaró: "El comité central... reunió todas sus fuerzas para combatir tanto a los kadetes, fuerza principal de la contrarrevolución, como a los mencheviques y a los socialistas-revolucionarios, que, a discreción, les siguen". Había corrido mucha agua desde la conferencia de marzo, cuando Stalin contó a los mencheviques y a los socialistas-revolucionarios entre la "democracia revolucionaria" y confió a los kadetes la misión de "consolidar" las conquistas de la revolución.

La cuestión de la guerra, del socialpatriotismo, del hundimiento de la Segunda Internacional y de las tendencias del socialismo mundial fue, a pesar de la tradición, apartada del informe político y entregada a Bujarin, porque en el terreno internacional Stalin estaba sencillamente perdido. Bujarin demostró que la campaña por la paz mediante la "presión" sobre el Gobierno Provisional y los demás gobiernos de la Entente había fracasado completamente y que sólo el derrocamiento del Gobierno Provisional podía acercar la liquidación democrática de la guerra. Inmediatamente después de Bujarin, Stalin informó sobre las tareas del partido. Ambos informes fueron debatidos al mismo tiempo, aunque resultó que no había un acuerdo total entre los dos ponentes.

"Algunos camaradas", dijo Stalin, "dicen que es utópico plantear la cuestión de la revolución socialista, el capitalismo está débilmente desarrollado aquí. Tendrían razón si no hubiera guerra, si no hubiera desorganización, si no se sacudieran los cimientos de la economía nacional. Pero estas cuestiones de intervención en la esfera económica se plantean en todos los estados como cuestiones inevitables... Además, en ninguna parte el proletariado ha tenido organizaciones tan amplias como los sóviets... Todo esto ha descartado la posibilidad de que las masas obreras intervengan en la vida económica. Esta es la verdadera base para plantear la cuestión de la revolución socialista en Rusia". El argumento principal asombra por su evidente ineptitud: si el débil desarrollo del capitalismo hace utópico el programa de la revolución socialista, entonces la destrucción de las fuerzas productivas causada por la guerra no debería adelantar la era del socialismo, sino más bien alejarla aún más. De hecho, la tendencia a transformar la revolución democrática en una revolución socialista no residía en la destrucción de las fuerzas productivas por la guerra, sino en la estructura social del capitalismo ruso. Esta tendencia podía descubrirse (y se descubrió) antes de la guerra e independientemente de ella. Ciertamente, la guerra hizo infinitamente más rápido el desarrollo revolucionario de las masas, pero en modo alguno cambió el contenido social de la revolución. Hay que decir, además, que Stalin había tomado prestada su argumentación de algunas observaciones aisladas y poco desarrolladas de Lenin, cuyo objetivo había sido hacer aceptar a los viejos cuadros la necesidad de rearmar el partido.

En los debates, Bujarin intentó defender parte del viejo esquema bolchevique: en la primera revolución el proletariado ruso marchó de la mano del campesinado en nombre

de la democracia, en la segunda revolución de la mano del proletariado europeo en nombre del socialismo. "¿Cuál es la perspectiva de Bujarin?", respondió Stalin. "En su opinión, en la primera etapa vamos a la revolución campesina. Pero no puede dejar de... coincidir con la revolución obrera. Es imposible que la clase obrera, que constituye la vanguardia de la revolución, no luche al mismo tiempo por sus propias reivindicaciones. Por eso considero que el esquema de Bujarin es irreflexivo". Tenía toda la razón. La revolución campesina sólo podía triunfar llevando al proletariado al poder. El proletariado no podía permanecer en el poder sin iniciar la revolución socialista. Stalin repitió contra Bujarin consideraciones que habían sido expuestas por primera vez a principios de 1905 y que, hasta abril de 1917, habían sido calificadas de "utópicas". Unos años más tarde, sin embargo, Stalin olvidó los argumentos que había repetido en el Cuarto Congreso y, junto con Bujarin, resucitó la fórmula de la "dictadura democrática", que ocuparía un lugar importante en el programa de la Internacional Comunista y desempeñaría un papel fatal en el movimiento revolucionario de China y otros países.

La principal tarea del congreso era sustituir la consigna de la transición pacífica del poder a los sóviets por la de la preparación de la insurrección armada. Para ello, era necesario ante todo comprender el cambio que acababa de producirse en la correlación de fuerzas. La dirección general de este movimiento era evidente: del pueblo a la burguesía. Pero era mucho más difícil determinar su importancia: sólo un nuevo conflicto armado entre las clases podía medir el nuevo equilibrio de fuerzas. Esto se verificó a finales de agosto con la revuelta del general Kornílov, que reveló de un solo golpe que la burguesía seguía sin tener apoyo entre el pueblo ni en el ejército. El cambio que se produjo en julio fue, por tanto, superficial y episódico, pero no por ello dejó de ser muy real: por eso era absurdo hablar de una transferencia pacífica del poder a los sóviets. La principal preocupación de Lenin al formular la nueva orientación era que el partido se enfrentara lo más resueltamente posible a la nueva correlación de fuerzas. En cierto sentido, recurrió a la exageración deliberada: subestimar la fuerza del enemigo es más peligroso que sobrestimarla. Pero la evaluación exagerada provocó una reacción en el congreso, como había ocurrido antes en la conferencia de Petrogrado, tanto más cuanto que Stalin dio a las ideas de Lenin una expresión simplificada.

"La situación es clara", dijo Stalin, "ahora nadie habla de doble poder. Si antes los sóviets representaban una fuerza real, ahora no son más que órganos de reunión de las masas, pero sin ningún poder." Algunos delegados replicaron con razón que en julio la reacción había triunfado temporalmente, pero que la contrarrevolución no había vencido y que el doble poder no había sido liquidado aún a favor de la burguesía. A estos argumentos, Stalin respondió, como en la conferencia, con una frase axiomática: "En tiempos de revolución, la reacción no existe". De hecho, la órbita de cualquier revolución está formada por segmentos de curvas ascendentes y descendentes. La reacción proviene de los contragolpes provocados por el enemigo o por el atraso de las propias masas, contragolpes que acercan el régimen a las necesidades de la clase contrarrevolucionaria, pero que aún no cambian el eje del poder. La victoria de la contrarrevolución es algo muy distinto: es inconcebible sin la transferencia del poder a manos de otra clase. En julio aún no se había producido esa transferencia decisiva. Incluso hoy, los historiadores y comentaristas soviéticos siguen copiando las fórmulas de Stalin de libro en libro, sin pensar ni por un momento en plantearse esta pregunta: si el poder pasó a manos de la burguesía en julio, ¿por qué la burguesía tuvo que recurrir a la insurrección en agosto? Antes de los acontecimientos de julio, al régimen en el que el Gobierno Provisional no era más que un fantasma, mientras que la fuerza real se concentraba en los sóviets, se le llamaba poder dual. Después de los sucesos de julio, parte del poder real pasó de los

sóviets a la burguesía, pero sólo parte: el poder dual no desapareció. Fue precisamente esto lo que determinó posteriormente el carácter de la insurrección de octubre.

"Si los contrarrevolucionarios consiguen resistir uno o dos meses [dice Stalin un poco más adelante] es sólo porque el principio de la coalición no ha desaparecido. Pero, a medida que se desarrollen las fuerzas de la revolución, se producirán explosiones y llegará un momento en que los obreros se sublevarán y reunirán a su alrededor a las capas pobres del campesinado, levantarán la bandera de la revolución obrera y abrirán la era de la revolución socialista en occidente". No lo olvidemos: la misión del proletariado ruso es abrir "la era de la revolución socialista en occidente". Esta sería la fórmula del partido en los años siguientes. Básicamente, el informe de Stalin ofrece una evaluación correcta de la situación y un pronóstico acertado: son los de Lenin. Sin embargo, es imposible no notar que el informe de Stalin carece, como siempre, de secuencia de ideas. El orador afirma, proclama, pero no prueba. No han pasado por el laboratorio del pensamiento analítico y no se ha establecido entre ellas ese vínculo orgánico que, por sí mismo, genera los argumentos, analogías e ilustraciones necesarios. Las polémicas de Stalin consisten en repetir ideas ya expresadas, a veces en forma de aforismo que da por demostrado precisamente lo que hay que demostrar. A menudo los argumentos están aderezados con cierta tosquedad, sobre todo en la conclusión, cuando ya no hay motivos para temer la réplica del adversario.

En una publicación de 1928 dedicada al Sexto Congreso, leemos: "Lenin, Stalin, Sverdlov, Dzerzhinsky y otros fueron elegidos miembros del comité central". Aparte de Stalin, sólo se nombra a tres miembros fallecidos. Sin embargo, las actas del congreso nos informan de que veintiún miembros y diez suplentes fueron elegidos miembros del comité central. Dada la situación semilegal del partido, los nombres de los elegidos por votación secreta no se hicieron públicos en el congreso, a excepción de los cuatro que habían recibido más votos: Lenin con 133 votos de 134, Zinóviev 132, Kámenev 131, Trotsky 131. Junto a ellos fueron elegidos: Noguin, Stalin, Sverdlov, Ríkov, Bujarin, Uriitsky, Miliutin, Berzin, Bubnov, Dzerzhinsky, Krestinsky, Muranov, Smilgá, Sokolnikov, Chaumyan. Los nombres figuran en la lista según el número de votos recibidos. Entre los suplentes, se han podido establecer los nombres de ocho: Lomov, Yofé, Stasova, Lakovleva, Djaparidze, Kiselev, Preobrazhensky, Skrypnik. De los veintinueve miembros y suplentes, sólo cuatro (Lenin, Sverdlov, Dzerzhinsky y Noguin) murieron de muerte natural, siendo Noguin clasificado como enemigo del pueblo después de su muerte; trece fueron condenados oficialmente a muerte o desaparecieron sin dejar rastro, dos (Yofé y Skrypnik) fueron empujados al suicidio por la persecución; tres, Uritsky, Chaoumyan y Djaparidze, no fueron fusilados sólo por Stalin porque ya habían sido asesinados por enemigos de clase; uno, Artem, fue víctima de un accidente; el destino de cuatro nos es desconocido. En total, casi dos tercios del comité central que debía dirigir el levantamiento de octubre estaba formado por "traidores", incluso si dejamos abierta la cuestión de cómo habrían acabado Lenin, Sverdlov y Dzerzhinsky.

El congreso terminó el 3 de agosto. Al día siguiente, Kámenev salió de la cárcel. A partir de entonces, no sólo apareció sistemáticamente en las instituciones soviéticas, sino que ejerció una influencia incuestionable en la política general del partido y en Stalin personalmente. Ambos, aunque en grados diferentes, se habían adaptado a la nueva dirección. Pero no les fue tan fácil liberarse de sus hábitos de pensamiento. Cuando pudo, Kámenev redondeó los bordes de la política de Lenin. Stalin no tenía nada en contra, sólo que no quería presentarse. Surge un conflicto abierto en torno a la Conferencia Socialista de Estocolmo, iniciada por los socialdemócratas alemanes. Los conciliadores patriotas rusos, siempre dispuestos a agarrarse a un clavo ardiendo, veían la conferencia como un importante medio para "luchar por la paz". En cambio, Lenin, acusado de tener vínculos

con el estado mayor alemán, se opuso resueltamente a cualquier participación en una empresa que, como sabíamos, contaba con el apoyo del gobierno alemán. En la reunión del Comité Ejecutivo Central del 6 de agosto, Kámenev se pronunció claramente a favor de la participación en la conferencia. Stalin ni siquiera pensó en defender la posición del partido en *Proletarii* (como se llamaba entonces *Pravda*). Al contrario, un violento artículo de Lenin contra Kámenev fue contestado por Stalin y sólo apareció en la prensa diez días después, tras las persistentes quejas del autor y su llamamiento a otros miembros del comité central. A pesar de ello, Stalin no apoyó abiertamente a Kámenev.

Inmediatamente después de la liberación de Kámenev, el ministerio de justicia democrático difundió en la prensa el rumor de que había tenido tratos con la policía secreta zarista. Kámenev exigió una investigación. El comité central encargó a Stalin que "hablara con Gotz [uno de los dirigentes socialistas-revolucionarios] acerca de una comisión sobre el asunto Kámenev". Ya hemos visto misiones de este tipo: "hablar" con el menchevique Bogdanov sobre los marineros de Cronstadt, "hablar" con el menchevique Anisimov sobre garantías para Lenin. Manteniéndose entre bastidores, Stalin era más adecuado que la mayoría para este tipo de delicadas misiones. Es más, el comité central siempre estuvo seguro de que, en las conversaciones con los adversarios, Stalin no se dejaría engañar.

"El siseo reptiliano de la contrarrevolución", escribió Stalin el 13 de agosto sobre las calumnias contra Kámenev, "vuelve a oírse con más fuerza. Desde su rincón, la horrible hidra de la reacción lanza su venenoso aguijón. Aguijoneará y volverá a esconderse en su oscura guarida", etc. Esto es al estilo de los "camaleones" de Tiflis. Pero el artículo no sólo es interesante por su estilo. "La espantosa persecución, la bacanal de mentiras y calumnias, el impúdico engaño, el bajo fraude y la falsificación [continúa el autor] están adquiriendo proporciones hasta ahora inauditas en la historia... Primero trataron de hacer pasar por espías alemanes a miembros probados de la revolución; cuando eso fracasó, trataron de convertirlos en espías zaristas. Así, hombres que habían dedicado toda su vida consciente a la causa de la lucha revolucionaria contra el régimen zarista, ahora intentaban hacerlos pasar por... servidores del zar... El significado político de todo esto es obvio: los amos de la contrarrevolución deben eliminar y arruinar a toda costa a Kámenev como uno de los dirigentes reconocidos del proletariado revolucionario." Desgraciadamente, este artículo no apareció en las pruebas del fiscal Vychinsky en el proceso de Kámenev en 1936.

El 30 de agosto, sin previo aviso de la redacción, Stalin publicó un artículo sin firma de Zinóviev titulado "Lo que no hay que hacer", claramente dirigido contra la preparación de la insurrección. "Debemos afrontar la verdad: ahora existen en Petrogrado muchas condiciones que favorecen el surgimiento de una insurrección del tipo de la Comuna de París de 1871." Sin nombrar a Zinóviev, Lenin escribió el 3 de septiembre: "La alusión a la Comuna es muy superficial e incluso estúpida... La Comuna no podía ofrecer al pueblo de golpe lo que los bolcheviques pueden ofrecerle si toman el poder, es decir, tierra para los campesinos y propuestas inmediatas de paz". El golpe contra Zinóviev tuvo repercusiones en el director del periódico. Pero Stalin permaneció en silencio. Estaba dispuesto a apoyar anónimamente un ataque a Lenin desde la derecha. Pero tuvo cuidado de no intervenir él mismo. A la primera señal de peligro, se hizo a un lado.

No hay casi nada que decir sobre la actividad periodística del propio Stalin en este periodo. Fue redactor jefe del órgano central, no porque fuera un escritor dotado, sino porque no era un orador y, en general, era incapaz de intervenir en la arena pública. No escribió ni un solo artículo que llamara la atención sobre sí mismo; no planteó ni un solo problema nuevo que debatir; no propuso ninguna consigna. Comentaba los

acontecimientos en un lenguaje impersonal en el marco de las concepciones establecidas por el partido. Era más un funcionario responsable del partido en las redacciones de los periódicos que un publicista revolucionario.

El auge del movimiento de masas y la reanudación de la actividad de los miembros del comité central, que habían sido temporalmente inmovilizados, apartaron naturalmente a Stalin de la posición prominente que había ocupado durante el período del congreso de julio. Su actividad se desarrolló en el vacío, ignorada por las masas y desapercibida para sus enemigos. En 1924, la Comisión de Historia del Partido publicó una copiosa crónica de la revolución en varios volúmenes. Las 422 páginas del tomo IV, dedicado a agosto y septiembre, recogen todos los acontecimientos, episodios, conflictos, resoluciones, discursos y artículos que merecen atención. Sverdlov, todavía poco conocido en aquella época, es mencionado tres veces en este volumen; Kámenev 46 veces; Trotsky, que pasó agosto y principios de septiembre en la cárcel, 31 veces; Lenin, que se encontró en una situación ilegal, 16 veces; Zinóviev, que compartió la suerte de Lenin, 6 veces. A Stalin no se le menciona ni una sola vez. En el índice, que contiene unos quinientos nombres, el de Stalin no aparece. Esto significa que durante esos dos meses la prensa no señaló ni uno solo de sus actos, ni uno solo de sus discursos, y que ninguno de los que desempeñaron un papel más destacado en los acontecimientos lo nombró ni una sola vez.

Afortunadamente, a través de las actas del comité central, que se conservaron, aunque no en su totalidad, durante siete meses (agosto de 1917 - febrero de 1918), es posible seguir bastante de cerca el papel de Stalin en la vida del partido o, para ser más precisos, el de su estado mayor. En ausencia de dirigentes políticos, Miliutin, Smilgá y Glebov eran delegados en conferencias y congresos de todo tipo, figuras poco influyentes pero más propensas a intervenir públicamente. El nombre de Stalin no se mencionaba a menudo en las decisiones. Uritsky, Sokolnikov y Stalin son encargados de organizar una comisión para las elecciones a la asamblea constituyente. Los mismos tres reciben el encargo de redactar una resolución sobre la Conferencia de Estocolmo. Se encarga a Stalin que mantenga conversaciones con una imprenta para el restablecimiento del órgano central. Otra comisión para redactar una resolución, etc. Tras el congreso de julio, se adoptó la propuesta de Stalin de organizar el trabajo del comité central según los principios de una "estricta división de funciones". Sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo: el curso de los acontecimientos seguiría confundiendo funciones e invirtiendo decisiones durante mucho tiempo. El 2 de septiembre, el comité central nombra los consejos de redacción de las revistas semanal y mensual, ambos con la participación de Stalin. El 6 de septiembre, tras la liberación de Trotsky, Stalin y Riazánov son sustituidos como redactores de la revista teórica por Trotsky y Kámenev. Pero incluso esta decisión sólo consta en las actas. De hecho, las dos revistas sólo aparecieron una vez y, además, los comités de redacción reales no coincidían en absoluto con los designados.

El 5 de octubre, el comité central creó una comisión encargada de preparar un proyecto de programa del partido para el próximo congreso. La comisión estaba formada por Lenin, Bujarin, Trotsky, Kámenev, Sokolnikov y Kollontai. Stalin no era miembro. No porque hubiera oposición a su candidatura, sino simplemente porque nadie pensaba en él cuando se trataba de redactar el documento teórico más importante del partido. Sin embargo, la comisión de programa nunca se reunió: el orden del día tenía tareas muy distintas. El partido dirigió el levantamiento y tomó el poder sin un programa completo. Así, incluso en los asuntos puramente internos del partido, los acontecimientos no siempre dispusieron a los hombres de acuerdo con las opiniones y los planes de la jerarquía del partido. El comité central creó consejos de redacción, comisiones, comités de tres, cinco y siete miembros, que no se reunían cuando surgían nuevos

acontecimientos, y todos olvidaban las decisiones del día anterior. Es más, por razones de conspiración, las actas se ocultaban cuidadosamente y nadie las consultaba.

Cabe destacar las ausencias relativamente frecuentes de Stalin. De las veinticuatro reuniones del comité central en agosto, septiembre y la primera semana de octubre, estuvo ausente seis veces; en las otras seis reuniones falta la lista de los presentes. Esta irregularidad es tanto más difícil de explicar cuanto que Stalin no participaba en los trabajos del sóviet y del Comité Ejecutivo Central y no asistía a las reuniones. Evidentemente, él mismo no atribuía a su participación en las reuniones del comité central la importancia que ahora le atribuye. En un cierto número de ocasiones, su ausencia se explicaba sin duda por alguna afrenta que había recibido y por la irritación que sentía: cuando no podía imponer su voluntad, prefería no presentarse y soñar melancólicamente con la venganza.

Resulta interesante el orden en que aparecen en las actas los miembros presentes del comité central. 13 de septiembre: Trotsky, Kámenev, Stalin, Sverdlov y otros. 15 de septiembre: Trotsky, Kámenev, Ríkov, Noguin, Stalin, Sverdlov y otros. 20 de septiembre: Trotsky, Uritsky, Bubnov, Bujarin y otros (Stalin y Kámenev están ausentes). 21 de septiembre: Trotsky, Kámenev, Stalin, Sokolnikov y otros. 23 de septiembre: Trotsky, Kámenev, Zinóviev, etc. (Stalin está ausente.) El orden de los nombres, obviamente, no estaba regulado y a veces se cambiaba. Pero, a pesar de todo, no era casual, sobre todo si tenemos en cuenta que, en el periodo anterior, cuando Trotsky, Kámenev y Zinóviev estaban ausentes, el nombre de Stalin aparece en primer lugar en algunas actas. Se trata, por supuesto, de detalles, pero no encontramos nada más importante y, además, la vida cotidiana del comité central, así como el lugar que ocupa Stalin en ella, se reflejan imparcialmente en estos detalles.

Cuanto mayor es el alcance del movimiento, menor es el lugar de Stalin y más difícil le resulta destacar entre los miembros ordinarios del comité central. En octubre, mes decisivo de un año decisivo, Stalin se hace notar menos que nunca. El propio comité central truncado, única base de apoyo de Stalin, carece de confianza en estos meses. Sus decisiones fueron anuladas con demasiada frecuencia por una iniciativa procedente de fuera de sus filas. El aparato del partido en general no se sentía confiado en la agitación revolucionaria. Cuanto más se extiende y profundiza la influencia de las consignas bolcheviques, más difícil resulta para los miembros del comité controlar el movimiento. Cuanto más caían los sóviets bajo la influencia del partido, menos espacio quedaba para el aparato del partido. Esta es una de las paradojas de la revolución.

Muchos historiadores, incluso los más concienzudos, aplazan hasta 1917 condiciones que no surgieron hasta mucho después, cuando las aguas habían vuelto a su cauce, y presentan las cosas como si el comité central hubiera dirigido directamente la política del Sóviet de Petrogrado, que se había hecho bolchevique desde principios de septiembre. De hecho, no fue así. Las actas muestran sin lugar a dudas que, con excepción de algunas sesiones plenarias a las que asistieron Lenin, Trotsky y Zinóviev, el comité central no desempeñó ningún papel político. No tomó la iniciativa en ninguna cuestión importante. Muchas de las decisiones del comité central en este período quedaron en el aire, porque chocaban con decisiones del sóviet. Las decisiones más importantes del sóviet se aplicaron antes de que el comité central tuviera la oportunidad de examinarlas. Sólo tras la conquista del poder, el final de la guerra civil y el establecimiento de un régimen regular, el comité central concentró gradualmente la dirección de la actividad soviética en sus propias manos. Fue entonces cuando le llegó el turno a Stalin.

El 8 de agosto, el comité central inició una campaña contra la Conferencia Estatal convocada en Moscú por Kerensky y amañada descaradamente a favor de la burguesía. La conferencia se inauguró el 12 de agosto en medio de una huelga general de protesta

de los obreros de Moscú. La fuerza de los bolcheviques, a quienes se les había negado la entrada a la conferencia, había encontrado una expresión más real. La burguesía estaba aterrorizada y furiosa. Tras haber entregado Riga a los alemanes el día 21, el comandante en jefe Kornílov inició, el día 25, su marcha sobre Petrogrado, con la intención de establecer su dictadura personal. Kerensky, que se había equivocado en sus cálculos sobre Kornílov, declaró al comandante en jefe "traidor a la patria". Incluso en ese momento decisivo, el 27 de agosto, Stalin no se presenta ante el Comité Ejecutivo Central. Es Sokolnikov quien interviene en nombre de los bolcheviques. Anuncia que los bolcheviques están dispuestos a ponerse de acuerdo con los órganos de la mayoría soviética sobre las medidas militares que deben adoptarse. Los mencheviques y los socialistas-revolucionarios aceptan la propuesta con gratitud y a regañadientes, ya que los soldados y los obreros están del lado de los bolcheviques. La rápida y pacífica represión de la rebelión de Kornílov devuelve por completo a los sóviets el poder que habían perdido parcialmente en julio. Los bolcheviques retoman la consigna: "¡Todo el poder a los soviets!" En la prensa, Lenin propone un compromiso a los conciliadores: que los sóviets asuman el poder y garanticen plena libertad de propaganda, y los bolcheviques se mantendrán íntegramente dentro del marco de la legalidad soviética. Los conciliadores rechazan con altivez el compromiso ofrecido por la izquierda; buscan, ante todo, aliados en la derecha.

La altiva negativa de los conciliadores no hace más que fortalecer a los bolcheviques. Al igual que en 1905, la preponderancia que la primera oleada de la revolución había otorgado a los mencheviques desaparece rápidamente en un ambiente de lucha de clases cada vez más encarnizada. Pero, a diferencia de la primera revolución, el crecimiento del bolchevismo coincide, no con el declive del movimiento de masas, sino con su auge. En el campo, un proceso, que es el mismo en el fondo, adopta otra forma: del partido que predomina entre el campesinado, el de los socialistas-revolucionarios, se desprende un ala izquierda que intenta alinearse con los bolcheviques. Las guarniciones de las grandes ciudades están casi en su totalidad del lado de los obreros. "Sí, los bolcheviques trabajaron con ahínco e incansablemente", testifica Sujánov, menchevique de izquierda. "Estaban con las masas, en la fábrica, a diario, constantemente… Las masas vivían y respiraban con los bolcheviques. Estaban en manos del partido de Lenin y de Trotsky." En manos del partido, pero no en las de su aparato.

El 31 de agosto, el Sóviet de Petrogrado aprobó por primera vez una resolución política de los bolcheviques. Negándose a admitir su derrota, los conciliadores decidieron medir fuerzas una vez más. El 9 de septiembre, el conflicto se planteó claramente ante el sóviet. Hubo 414 votos a favor de la antigua mesa y la política de coalición, 519 en contra y 67 abstenciones. Los mencheviques y los socialistas-revolucionarios cosecharon el fruto de su política de conciliación con la burguesía. El sóviet dio la bienvenida al nuevo gobierno de coalición con una resolución presentada por el nuevo presidente, Trotsky: "El nuevo gobierno… pasará a la historia de la revolución como un gobierno de guerra civil… El Congreso Panruso de los Sóviets creará un poder verdaderamente revolucionario". Se trataba de una declaración de guerra abierta a los conciliadores, que habían rechazado el "compromiso".

El 14 de septiembre se inauguró en Petrogrado lo que se denominó la Conferencia Democrática, creada por el Comité Ejecutivo Central aparentemente para contrarrestar la Conferencia Estatal, pero en realidad siempre con el fin de ratificar la misma coalición, ya en plena descomposición. Los conciliadores estaban enfurecidos. Unos días antes, Krúpskaya había ido en secreto a ver a Lenin a Finlandia. En el vagón lleno de soldados no se hablaba de coalición, sino de insurrección. "Cuando le transmití a Ilich esas palabras de los soldados, su rostro se volvió pensativo y, más tarde, aunque hablaba de otra cosa,

esa expresión pensativa no había desaparecido de su rostro. Estaba claro que hablaba de una cosa, pero pensaba en otra; pensaba en la insurrección, en la mejor manera de prepararla."

El día de la inauguración de la Conferencia Democrática (el más vacío de todos los pseudoparlamentos de la democracia), Lenin envía al comité central sus famosas cartas: "Los bolcheviques deben tomar el poder" y "Marxismo e insurrección". Esta vez exigía medidas inmediatas: el levantamiento de los regimientos y las fábricas, la detención del gobierno y de la Conferencia Democrática, la toma del poder. El plan seguía siendo evidentemente irrealizable, pero marcaba una nueva dirección para el pensamiento y la actividad del comité central. Kámenev pide al comité que rechace categóricamente la propuesta de Lenin, por considerarla desastrosa. Temiendo que las cartas lleguen al partido sin pasar por el comité central, Kámenev reúne seis votos a favor de la destrucción de todos los ejemplares, salvo uno destinado a los archivos. Stalin propone "enviar las cartas a las organizaciones más importantes y sugerirles que las debatan". Un comentario escrito mucho más tarde afirma que la propuesta de Stalin "tenía por objeto organizar la influencia de los comités locales del partido sobre el comité central e incitarlo a seguir las directrices de Lenin". Si hubiera sido así, Stalin se habría levantado para defender las propuestas de Lenin y habría opuesto a la resolución de Kámenev la suya propia. Pero estaba lejos de pensar así. En las provincias, los comités locales eran, en su mayoría, más de derechas que el comité central. Enviarles las cartas de Lenin sin que el comité central las hubiera aprobado significaba pronunciarse en contra de ellas. Con su propuesta, Stalin simplemente quería ganar tiempo y, en caso de conflicto, tener la posibilidad de alegar la resistencia de los comités. Las vacilaciones paralizaban al comité central. Se decidió aplazar la cuestión de las cartas de Lenin hasta la siguiente sesión. Lenin esperaba la respuesta con extrema impaciencia. Sin embargo, en la siguiente sesión, que no se celebró hasta cinco días después, Stalin ni siquiera apareció y la cuestión de las cartas ni siquiera se incluyó en el orden del día. Cuanto más tensa es la atmósfera, más fríamente maniobra Stalin.

La Conferencia Democrática había decidido crear, de acuerdo con la burguesía, una especie de institución representativa, a la que Kerensky había prometido conceder derechos consultivos. La actitud que había que adoptar ante el Consejo de la República, o Preparlamento, se convirtió inmediatamente para los bolcheviques en un espinoso problema táctico: ¿había que participar en él o dejarlo de lado mientras se avanzaba hacia la insurrección? Como ponente del comité central ante la fracción bolchevique de la Conferencia Democrática, Trotsky defendió la idea del boicot. El comité central, dividido casi por igual sobre esta cuestión controvertida (9 votos a favor del boicot, 8 en contra), dejó en manos de la fracción la resolución del debate. Para presentar los puntos de vista opuestos, "se propusieron dos informes: uno de Trotsky y otro de Ríkov". "De hecho [insistía Stalin en 1925], hubo cuatro ponentes: dos a favor del boicot al Preparlamento (Trotsky y Stalin) y dos a favor de la participación (Kámenev y Noguin)". Esto es casi cierto: cuando la fracción decidió poner fin a los debates, dejó que interviniera únicamente un representante de cada postura: Stalin por los partidarios del boicot y Kámenev (y no Noguin) por los partidarios de la participación. Ríkov y Kámenev obtuvieron 77 votos; Trotsky y Stalin, 50. La derrota de la táctica del boicot fue obra de la provincia, que, en muchos lugares, se había separado de los mencheviques hacía muy poco.

A primera vista, podría parecer que los desacuerdos tenían un carácter secundario. De hecho, la cuestión era saber si el partido se disponía a desempeñar el papel de oposición en el marco de la república burguesa o si se fijaría como tarea la toma del poder. Dada la importancia que este episodio ha adquirido en la historiografía oficial, Stalin

presentó los hechos como si él hubiera sido el ponente. Un redactor complaciente añadió por su cuenta que Trotsky se había pronunciado a favor de "una posición intermedia". En ediciones posteriores, el nombre de Trotsky desapareció por completo. La nueva *Historia* afirma: "Stalin intervino con firmeza en contra de la participación en el Preparlamento". Sin embargo, además del testimonio de las actas, también se ha conservado el de Lenin: "Hay que boicotear el Preparlamento", escribía el 23 de septiembre. "Hay que acudir… a las masas. Hay que darles una consigna justa y clara: expulsar a la banda bonapartista de Kerensky con su falso Preparlamento". A continuación, una nota: "¡Trotsky está a favor del boicot! ¡Bravo, ¡camarada Trotsky!". Por supuesto, el Kremlin ordenó oficialmente eliminar de la nueva edición de las *Obras completas* de Lenin cualquier desliz de este tipo.

El 7 de octubre, la fracción bolchevique abandonó ostentosamente el Preparlamento. "Nos dirigimos al pueblo. ¡Todo el poder a los sóviets!" Esto equivalía a un llamamiento a la insurrección. Ese mismo día se decidió, en la sesión del comité central, crear una "oficina de información para la lucha contra la contrarrevolución". Este nombre, deliberadamente ambiguo, encubría una tarea muy concreta: estudiar y preparar la insurrección. La organización de esta oficina se encomendó a Trotsky, Sverdlov y Bubnov. Dada la brevedad del acta y la ausencia de otros documentos, el autor se ve obligado aquí a recurrir a su propia memoria. Stalin se negó a formar parte de la oficina, proponiendo en su lugar a Bubnov, de escasa autoridad. Su actitud era reservada, por no decir escéptica, respecto a la propia idea de la oficina. Estaba a favor de la insurrección, pero no creía que los obreros y los soldados estuvieran preparados para la acción. Vivía al margen, no solo de las masas, sino también de sus representantes en los sóviets, y se contentaba con impresiones filtradas a través del aparato del partido. La experiencia de julio no había pasado sin dejar huella en las masas. Ya no se trataba realmente de una presión ciega; había surgido la cautela. Por otra parte, la confianza en los bolcheviques se había teñido de cierta inquietud: ¿sabrían cumplir lo que prometían? Los agitadores bolcheviques se quejaban a veces de toparse con la indiferencia de las masas. En realidad, estas estaban cansadas de la espera, de la indecisión, de las palabras. Pero en el aparato, ese cansancio se interpretaba con bastante frecuencia como una "falta de voluntad de lucha". De ahí un cierto escepticismo entre muchos miembros de los comités bolcheviques. Además, incluso los hombres más valientes sienten un cierto escalofrío en la boca del estómago antes de una insurrección, como antes de cualquier combate. No siempre lo reconocen, pero no por ello deja de existir. El estado de ánimo del propio Stalin se caracterizaba por su ambigüedad. No había olvidado abril, cuando su sabiduría de "práctico" había sido tan cruelmente pisoteada. Por otra parte, tenía incomparablemente más confianza en el aparato que en las masas. En todos los casos importantes, se aseguraba contra cualquier eventualidad votando con Lenin. Pero no mostraba ninguna iniciativa en el sentido de las decisiones tomadas, se negaba a participar directamente en las acciones decididas, defendía los puentes que habrían permitido una retirada, ejercía una influencia moderadora sobre los demás y, en definitiva, pasó de largo ante la insurrección de octubre.

Es cierto que de la oficina para la lucha contra la contrarrevolución no salió nada, pero en absoluto fue por culpa de las masas. El día 9 surgió un nuevo conflicto, muy agudo, entre Smolny y el gobierno, que había decidido retirar las tropas revolucionarias de la capital para enviarlas al frente. La guarnición se unió más estrechamente a su defensor, el sóviet. La preparación de la insurrección contó inmediatamente con una base concreta. Quien el día anterior había tomado la iniciativa de formar la "oficina" centró toda su atención en la creación de un estado mayor militar dependiente del propio sóviet. El primer paso se dio ese mismo día, el 9 de octubre. "Para resistir los intentos del estado

mayor de retirar las tropas revolucionarias de Petrogrado", el Comité Ejecutivo decidió crear un Comité Militar Revolucionario. Así, por la lógica de las cosas, sin ningún debate en el comité central, casi de improviso, la insurrección comenzó a prepararse en el seno del sóviet y empezó a construir su propio estado mayor, mucho más real que la "oficina" del 7 de octubre.

La siguiente sesión del comité central, en la que Lenin participó con una peluca, se celebró el 10 de octubre y adquirió una importancia histórica. En el centro del debate se encontraba la resolución de Lenin, que proponía la insurrección armada como tarea práctica inmediata. Lo más difícil, incluso para los partidarios más convencidos de la insurrección, era, sin embargo, la cuestión de los plazos. Bajo la presión de los bolcheviques, el Comité Ejecutivo Central, en manos de los conciliadores, había convocado, coincidiendo con los días de la Asamblea Democrática, el congreso de los sóviets para el 20 de octubre. Ahora era absolutamente seguro que el congreso daría la mayoría a los bolcheviques. La insurrección, al menos en Petrogrado, debía llevarse a cabo a toda costa antes del 20; de lo contrario, el congreso no solo no podría hacerse con el poder, sino que corría el riesgo de ser disuelto. En la sesión del comité central se decidió, sin ponerlo por escrito, iniciar la insurrección en Petrogrado hacia el día 15. Quedaban así unos cinco días para los preparativos. Todos sentían que era poco tiempo. Pero el partido se veía atrapado por la fecha que él mismo, en otras circunstancias, había impuesto a los conciliadores. La información aportada por Trotsky de que el Comité Ejecutivo había decidido crear su propio estado mayor militar no causó gran impresión, ya que se trataba más bien de un proyecto que de un hecho. Toda la atención se centraba en la polémica con Zinóviev y Kámenev, que se oponían rotundamente a la insurrección. Al parecer, Stalin no intervino en absoluto en esa sesión o se limitó a una breve réplica; en cualquier caso, no quedó constancia de su intervención en las actas. La resolución fue aprobada por diez votos contra dos. Pero las dudas sobre la fecha causaban inquietud entre todos los participantes.

Hacia el final mismo de la sesión, que se prolongó hasta bien pasada la medianoche, se decidió, por iniciativa más bien fortuita de Dzerzhinsky, lo siguiente: "Constituir, para la dirección política de la insurrección, una oficina compuesta por Lenin, Zinóviev, Kámenev, Trotsky, Stalin, Sokolnikov y Bubnov". Sin embargo, esta importante decisión no tuvo continuidad: Lenin y Zinóviev seguían en la clandestinidad, y Zinóviev y Kámenev se oponían implacablemente a la decisión del 10 de octubre. El "Comité para la dirección política de la insurrección" no se reunió ni una sola vez. Solo se ha conservado su nombre en una nota escrita a pluma, añadida al acta, muy fragmentaria, redactada a lápiz. Bajo la denominación abreviada de "Los Siete", esta oficina fantasma pasó a la historia oficial.

Los trabajos para la creación del Comité Militar Revolucionario adscrito al sóviet seguían su curso. Sin embargo, el pesado mecanismo de la democracia soviética no admitía un salto demasiado brusco. Y quedaba poco tiempo antes del congreso. No en vano Lenin temía los retrasos. A petición suya, el 16 de octubre se celebró una nueva sesión del comité central, con la participación de los militantes más responsables de Petrogrado. Zinóviev y Kámenev seguían en la oposición. Desde un punto de vista formal, su posición se había reforzado incluso: habían pasado seis días y la insurrección no había comenzado. Zinóviev pidió que se aplazara la decisión hasta el congreso de los sóviets, para poder "ponerse de acuerdo" con los delegados de provincia: en el fondo, contaba con su apoyo. Los debates adquirieron un carácter apasionado. Stalin participó en ellos por primera vez. "El día de la insurrección [dijo] debe ser el que impongan las circunstancias. Ese es el único sentido de la resolución… Lo que proponen Kámenev y Zinóviev conduce objetivamente a dar a la contrarrevolución la posibilidad de organizarse; vamos a ceder

sin fin y a perder toda la revolución. ¿Por qué no dejarnos la posibilidad de elegir el día y las circunstancias, para no dar a la contrarrevolución la posibilidad de organizarse?" El orador defendía el derecho abstracto del partido a elegir el momento de actuar, cuando se trataba de fijar un plazo concreto. El congreso bolchevique de los sóviets, de haber resultado incapaz de tomar el poder de inmediato, no habría hecho más que desacreditar la consigna "¡El poder a los sóviets!", convirtiéndola en una frase vacía. Zinóviev insistió: "Debemos decirnos sin rodeos que en los próximos cinco días no intentaremos ninguna insurrección". Kámenev insistió en lo mismo. Stalin no dio ninguna respuesta directa a todo ello, pero concluyó con estas palabras inesperadas: "El Sóviet de Petrogrado ya ha emprendido el camino de la insurrección al negarse a autorizar la retirada de las tropas". Simplemente repetía aquí, sin relación alguna con el discurso abstracto que había pronunciado, la fórmula que los dirigentes del Comité Militar Revolucionario habían utilizado en su propaganda durante los días anteriores. Pero, ¿qué significaba "emprender el camino de la insurrección"? ¿Se trataba de días o de semanas? Stalin se abstuvo prudentemente de precisarlo. La situación distaba mucho de estar clara para él.

Durante los debates, el presidente del comité de Petrogrado, Daletsky (futuro jefe de la agencia telegráfica soviética, que más tarde desapareció en una de las purgas), esgrimió el siguiente argumento en contra del paso inmediato a la ofensiva: "Ni siquiera tenemos un centro. Nos dirigimos, casi inconscientemente, hacia la derrota". Al parecer, Daletsky aún no sabía de la formación del "centro" soviético o no le concedía la importancia suficiente. En cualquier caso, su observación sirvió de impulso para una nueva improvisación. Tras retirarse a un rincón con otros miembros del comité central, Lenin redactó, con el papel sobre las rodillas, la siguiente resolución: "El comité central organiza un centro militar revolucionario compuesto por Sverdlov, Stalin, Bubnov, Uritsky y Dzerzhinsky. Este centro se incorporará al comité revolucionario del sóviet." Sin duda fue Sverdlov quien recordó el Comité Militar Revolucionario. Pero nadie sabía aún con exactitud el nombre del estado mayor soviético. Trotsky se encontraba en esos momentos en la sesión del sóviet en la que el Comité Militar Revolucionario quedó definitivamente puesto en marcha.

La resolución del 10 de octubre se había aprobado por una mayoría de veinte votos a favor, dos en contra y tres abstenciones. Sin embargo, nadie había respondido a la siguiente pregunta: ¿seguía siendo válida la decisión de que la insurrección tuviera lugar en Petrogrado antes del 20 de octubre? Sin duda, era difícil encontrar una respuesta. Políticamente, la decisión de pasar a la insurrección antes del congreso era la única acertada. Pero quedaba muy poco tiempo para llevarla a cabo. Por ello, la sesión del 16 de octubre no logró salir de esa contradicción. Pero fue aquí donde los conciliadores acudieron al rescate: al día siguiente, decidieron, por motivos propios, aplazar la apertura del congreso (que ya de antemano detestaban) hasta el 25 de octubre. Los bolcheviques acogieron este respiro inesperado con una protesta pública y una gratitud secreta. Cinco días adicionales sacaban por completo al Comité Militar Revolucionario de su aprieto.

Las actas del comité central y los números de la *Pravda* de las semanas previas al 25 de octubre dibujan con bastante claridad la fisonomía política de Stalin en el contexto de la insurrección. Al igual que antes de la guerra, cuando aparentemente se alineaba con Lenin, aunque buscaba el apoyo de los conciliadores contra el emigrado que "pedía la luna", ahora se encontraba en la mayoría oficial del comité central, aunque apoyaba a la oposición de derecha. Como siempre, actuaba con prudencia, sin embargo, la magnitud de los acontecimientos y la intensidad de los conflictos le obligaron con bastante frecuencia a ir más lejos de lo que hubiera deseado.

El 11 de octubre, Zinóviev y Kámenev publicaron en el periódico de Máximo Gorki una carta contra la insurrección. La situación en las altas esferas del partido

adquirió inmediatamente un carácter extremadamente tenso. Lenin se enfureció y se desquició en su refugio clandestino. Para tener las manos libres para dirigir la agitación contra la insurrección, Kámenev presentó su dimisión del comité central. La cuestión se debatió en la sesión del 20 de octubre. Sverdlov dio a conocer una carta de Lenin en la que tildaba a Zinóviev y Kámenev de rompehuelgas y exigía su expulsión del partido. La crisis se había complicado repentinamente debido a que, esa misma mañana, la *Pravda* había publicado una declaración de la redacción en defensa de Zinóviev y Kámenev: "La dureza del tono del artículo del camarada Lenin no cambia el hecho de que, en el fondo, unos y otros compartimos las mismas ideas." El órgano central había considerado necesario condenar, no la intervención pública de los dos miembros del comité central contra la decisión del partido sobre la insurrección, sino la "dureza" de la protesta de Lenin; es más, se solidarizaba con Zinóviev y Kámenev en cuanto al "fondo". ¡Como si, en ese momento, hubiera una cuestión más fundamental que la de la insurrección! Los miembros del comité central se frotaron los ojos, atónitos.

Además de Stalin, en la redacción se encontraba Sokolnikov, futuro diplomático soviético y futura víctima de una purga. Pero Sokolnikov declaró que no había participado en absoluto en la elaboración del ataque de la redacción contra Lenin y que lo consideraba erróneo. Así pues, resultó que solo Stalin, en contra del comité central y de su propio colega de la redacción, había apoyado a Kámenev y a Zinóviev cuatro días antes de la insurrección. El comité central solo contuvo su indignación por temor a agravar la crisis.

Sin dejar de maniobrar entre los partidarios y los detractores de la insurrección, Stalin se pronunció en contra de aceptar la dimisión de Kámenev, señalando que "toda nuestra situación es contradictoria". Por cinco votos contra tres (el de Stalin y otros dos), se aceptó la dimisión de Kámenev. Por seis votos, de nuevo en contra del de Stalin, se tomó la decisión de prohibir a Kámenev y a Zinóviev liderar la lucha contra el comité central. El acta dice: "Stalin declara que se retira de la redacción." Esto significaba, para él, el abandono del único cargo que era capaz de ocupar en un período revolucionario. Pero el comité central rechazó la dimisión de Stalin, y esta nueva fisura no fue más allá.

La conducta de Stalin puede parecer inexplicable a la luz de la leyenda creada en torno a él; de hecho, se ajusta plenamente a su forma de pensar. La falta de confianza en las masas y su prudencia recelosa le obligan, en los momentos de decisiones históricas, a mantenerse en la sombra, esperar y, si es posible, asegurarse por ambos bandos contra cualquier eventualidad. No defendió en absoluto a Zinóviev y a Kámenev por consideraciones sentimentales. En abril, Stalin había cambiado su postura oficial, pero no su forma de pensar. Si bien en las votaciones se situaba del lado de Lenin, por su forma de pensar se sentía más cercano a Kámenev. Además, el descontento que le provocaba su papel le empujaba naturalmente hacia los demás descontentos, aunque no estuviera en pleno acuerdo político con ellos.

Durante toda la semana previa al levantamiento, Stalin maniobró entre Lenin, Trotsky y Sverdlov, por un lado, y Kámenev y Zinóviev, por otro. En la sesión del comité central del 21 de octubre, restableció el equilibrio roto la víspera, proponiendo que se encomendara a Lenin la preparación de las tesis para el próximo congreso de los sóviets y que se encargara a Trotsky la elaboración del informe político. Ambas propuestas fueron aprobadas por unanimidad. Cabe señalar de paso que, si en aquel momento hubiera existido entre Trotsky y el comité central los desacuerdos que se inventaron unos años más tarde, ¿cómo habría podido ese comité central, por iniciativa de Stalin, confiar a Trotsky el informe más importante en el momento más crítico? Tras haberse protegido así contra cualquier eventualidad procedente de la izquierda, Stalin volvió a pasar a un segundo plano y esperó.

Sobre la participación de Stalin en la insurrección de octubre, el biógrafo, por mucho que lo intente, no tiene gran cosa que decir. Nadie menciona jamás su nombre: ni en los documentos, ni en las numerosas memorias. Para colmar en cierta medida este enorme vacío, la historiografía oficial vincula el papel de Stalin en la insurrección con el misterioso "centro" del partido designado para preparar dicha insurrección. Sin embargo, nadie nos dice nada sobre la actividad de este centro, el lugar y las fechas de sus sesiones, ni los medios que empleó para dirigir la insurrección. Y no es de extrañar: ese "centro" nunca existió. La historia de esta leyenda merece nuestra atención.

Durante una conferencia del comité central en la que participaron varios militantes destacados de Petrogrado, el 16 de octubre, se decidió, como ya sabemos, organizar un "centro militar revolucionario", formado por cinco miembros del comité central. "Este centro", decía una resolución redactada apresuradamente por Lenin en un rincón de la sala, "se incorporará al comité revolucionario soviético". Así pues, según el sentido literal de la decisión, el "centro" no estaba destinado a dirigir la insurrección de forma independiente, sino a complementar el estado mayor soviético. Pero, al igual que muchas otras improvisaciones de aquellos días febriles, este proyecto no llegaría a materializarse. En el mismo momento en que el comité central, en ausencia de Trotsky, creaba en un trozo de papel el nuevo "centro ", el Sóviet de Petrogrado, bajo la presidencia de Trotsky, constituía definitivamente el Comité Militar Revolucionario, que, desde su creación, concentró en sus manos todo el trabajo de preparación. Sverdlov, cuyo nombre figura en primer lugar en la lista de miembros del "centro" (y no el de Stalin, como afirman falsamente las nuevas publicaciones soviéticas), trabajó antes y después de la decisión del 16 de octubre en estrecha colaboración con el presidente del Comité Militar Revolucionario. Otros tres miembros del "centro", Uritsky, Dzerzhinsky y Bubnov, no se involucraron en la labor del comité hasta el 24 de octubre y cada uno de forma individual, como si la decisión del 16 de octubre nunca se hubiera tomado. En cuanto a Stalin, en consonancia con toda su línea de conducta en aquel período, se negó obstinadamente a formar parte tanto del Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado como del Comité Militar Revolucionario, y no se presentó ni una sola vez a sus sesiones. Todos estos hechos se pueden comprobar fácilmente a partir de las actas publicadas oficialmente.

En la sesión del comité central del 20 de octubre, el "centro", creado cuatro días antes, al parecer debería haber presentado un informe sobre su actividad o, al menos, haber mencionado que había comenzado a actuar: solo quedaban cinco días para el Congreso de los Sóviets y la insurrección debía preceder a la apertura del congreso. Es cierto que Stalin tenía otras cosas que hacer: tras haber defendido a Zinóviev y a Kámenev, presentó en esa sesión su dimisión de la redacción de la *Pravda*. Pero entre los demás miembros del "centro" que asistían a la sesión, ni Sverdlov, ni Dzerzhinsky, ni Uritsky dijeron ni una palabra sobre ese "centro". Al parecer, el acta del 16 de octubre había sido cuidadosamente ocultada para borrar las huellas de la participación "ilegal" de Lenin en la sesión y, durante los cuatro dramáticos días que siguieron a dicha sesión, el "centro" había caído aún más en el olvido, ya que la intensa actividad del Comité Militar Revolucionario excluía cualquier necesidad de una institución adicional.

En la siguiente sesión, el 21 de octubre, en la que participaron Stalin, Sverdlov y Dzerzhinsky, una vez más nadie informó sobre el "centro" ni lo mencionó. El comité central llevó a cabo su labor como si nunca se hubiera tomado ninguna decisión sobre el "centro". En esa sesión se decidió, entre otras cosas, incorporar al Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado, para mejorar su labor, a diez bolcheviques destacados, entre los que se encontraba Stalin. Pero incluso esa decisión se quedó en el papel.

Los preparativos para la insurrección se intensificaban, pero por una vía diferente. El verdadero dueño de la guarnición de la capital, el Comité Militar Revolucionario,

buscaba una excusa para romper con el gobierno. El 22 de octubre, el comandante de las tropas del distrito se la proporcionó al negarse a someter a su estado mayor al control de los comisarios del comité. Había que aprovechar la oportunidad mientras durara. La mesa del Comité Militar Revolucionario, con la participación de Trotsky y Sverdlov, tomó la siguiente decisión: reconocer la ruptura con el estado mayor como un hecho consumado y pasar a la ofensiva. Stalin no estaba presente en esa reunión. A nadie se le ocurrió llamarlo. Cuando llegó el momento de quemar todos los puentes, nadie recordó la existencia del supuesto "centro".

La mañana del 24 de octubre, en Smolny, convertido en fortaleza, se celebró la sesión del comité central que desencadenó la insurrección. Desde el principio se aprobó una resolución de Kámenev, que había vuelto a formar parte del comité central: "Hoy ningún miembro del comité central puede salir de Smolny sin un permiso especial". En el orden del día figuraba un informe del Comité Militar Revolucionario. En el mismo momento en que comenzó la insurrección, ni una palabra del supuesto "centro". El acta dice: "Trotsky propone poner a disposición del comité a dos miembros del comité central para que sirvan de enlace con los empleados de correos, telégrafos y ferrocarriles, y a un tercer miembro para observar lo que hace el Gobierno Provisional." Se decidió delegar a Dzerzhinsky en Correos y Telégrafos, y a Bubnov en los ferrocarriles. A Sverdlov se le encomendó observar al Gobierno Provisional. "Trotsky propone [leemos más adelante] establecer un estado mayor de reserva en la fortaleza de San Pedro y San Pablo y asignar allí a un miembro del comité central". Se decidió "encargar a Sverdlov de mantener un contacto constante con la fortaleza". Así, tres miembros del "centro" se encontraban aquí, por primera vez, a disposición inmediata del Comité Militar Revolucionario. Esto no habría sido necesario, por supuesto, si el centro hubiera existido y se hubiera ocupado de preparar la insurrección. Las actas señalan que Uritsky, el cuarto miembro del "centro", hizo algunas sugerencias prácticas. Pero ¿dónde estaba entonces el quinto miembro, Stalin?

Lo más sorprendente es que no asistiera a esa sesión decisiva. Los miembros del comité central tenían la obligación de no salir de Smolny. Pero él ni siquiera se encontraba allí. Las actas publicadas en 1929 lo demuestran sin lugar a dudas. Stalin ni siquiera explicó su ausencia, ni verbalmente ni por escrito. Nadie le preguntó al respecto, evidentemente para no provocar una nueva crisis. Todas las decisiones más importantes relativas a la dirección de la insurrección se tomaron en su ausencia, sin que él participara en absoluto. A la hora de repartir las funciones, nadie lo nombró ni propuso asignarle ninguna tarea. Simplemente se había quedado al margen. Sin embargo, ¿quizás dirigía el "centro" desde algún lugar modesto? Pero todos los miembros de ese "centro", excepto él, se encontraban continuamente en Smolny.

En las horas en que la insurrección ya había comenzado, Lenin, ardiendo de impaciencia en su aislamiento, lanzó un llamamiento a los dirigentes de los distritos: "¡Camaradas! Escribo estas líneas la noche del 24… Os aseguro con todas mis fuerzas, camaradas, que ahora todo pende de un hilo, que tenemos ante nosotros cuestiones que no se deciden ni en asambleas ni en congresos (ni siquiera en congresos de sóviets), sino exclusivamente mediante la lucha de las masas armadas…" De la carta se desprendía claramente que, antes de la noche del 24 de octubre, Lenin no sabía que el Comité Militar Revolucionario había dado paso a la insurrección. El contacto con Lenin se mantenía sobre todo a través de Stalin, que era la persona que menos interesaba a la policía. La conclusión se impone por sí sola: Stalin, al estar ausente de la sesión matutina del comité central y haber evitado mostrarse en Smolny, no supo hasta la noche que la insurrección ya estaba en pleno apogeo. No se puede hablar de cobardía personal (no hay motivo para acusarle de ello), sino de duplicidad política. El prudente intrigante prefería, en el

momento decisivo, mantenerse al margen. Se mostraba evasivo y esperaba el desenlace de la insurrección para definir su postura. En caso de fracaso, estaba dispuesto a decirles a Lenin, a Trotsky y a sus compañeros: "¡Es culpa vuestra!". Hay que imaginarse claramente la atmósfera candente de aquellos días para apreciar como se merece esa fría reserva o, si se quiere, esa perfidia.

No, Stalin no dirigió la insurrección, ni personalmente ni a través del "centro". En las actas, las memorias, los innumerables documentos, las recopilaciones y los libros de historia publicados en vida de Lenin e incluso más tarde, el famoso "centro" no se menciona ni una sola vez y Stalin, el dirigente del "centro", no es mencionado en ningún sitio por nadie, ni siquiera como participante en la insurrección. La memoria del partido lo había olvidado. No fue hasta 1924 cuando la Comisión de Historia del Partido, que se ocupaba de recopilar material, encontró el acta cuidadosamente oculta de la sesión del 16 de octubre con el texto de la decisión de crear el "centro". La lucha que se libraba en aquel momento contra la "oposición de izquierda" y contra mí personalmente exigía una nueva versión de la historia del partido y de la revolución. Recuerdo que Serebriakov, que tenía amigos y contactos por todas partes, me contó un día que en la secretaría de Stalin cundía un gran júbilo con motivo del descubrimiento del "centro". "¿Qué importancia puede tener eso?", le pregunté con asombro. "Se están preparando para tejer algo en torno a ese asunto", respondió Serebriakov. Y, a pesar de todo, en aquel momento, el asunto no fue más allá de una nueva publicación del acta y de vagas alusiones al "centro". Los acontecimientos de 1917 aún estaban demasiado frescos en la memoria, los participantes en la insurrección aún no habían sido exterminados, y Dzerzhinsky y Bubnov, que figuraban en la lista del "centro", seguían con vida. En su fanatismo fraccional, Dzerzhinsky podía muy bien aceptar atribuir a Stalin méritos que este no tenía, pero no podía atribuirse tales méritos a sí mismo: eso estaba por encima de sus fuerzas. Dzerzhinsky murió a tiempo. Una de las causas de la caída y el fin de Bubnov fue sin duda su negativa a prestar falso testimonio. Nadie podía recordar nada sobre el "centro". Una vez fuera del acta, el fantasma siguió llevando una existencia de acta: sin huesos ni carne, sin orejas ni ojos.

Sin embargo, eso no le impidió servir de eje para una nueva versión de la insurrección de octubre. "Es sorprendente [dijo Stalin en 1925] que el "inspirador", la "figura principal", el "único dirigente" de la insurrección, el camarada Trotsky, no formara parte del centro llamado a dirigir la insurrección. ¿Cómo conciliar esto con la opinión generalizada sobre el papel especial del camarada Trotsky?" El argumento, evidentemente, no se sostenía: el "centro", según el sentido exacto de la decisión, debía formar parte del mismo Comité Militar Revolucionario, del que Trotsky era presidente. Pero eso no importaba: Stalin había revelado claramente su intención de "tejer" una nueva versión de la revolución en torno al acta. Solo que no explicaba de dónde procedía la "opinión generalizada sobre un papel especial de Trotsky". Sin embargo, la cuestión no carecía de importancia.

En las notas de la primera edición de las *Obras completas* de Lenin, se dice, bajo el nombre de Trotsky: "Después de que el Sóviet de San Petersburgo pasara a manos de los bolcheviques, fue elegido presidente y, como tal, organizó y dirigió la insurrección del 25 de octubre." La "leyenda" encontró su lugar en las *Obras completas* de Lenin ya en vida del autor. A nadie se le ocurrió ponerla en duda antes de 1925. Pero hay más: el propio Stalin rindió en su momento un homenaje que distaba mucho de ser de poca importancia a la "opinión generalizada ". En un artículo conmemorativo de 1918, escribió: "Toda la actividad relativa a la organización práctica de la insurrección se llevó a cabo bajo la dirección inmediata del presidente del Sóviet de Petrogrado, el camarada Trotsky. Se puede afirmar con certeza que el rápido paso de la guarnición al bando del

sóviet y la audaz ejecución de la labor del Comité Militar Revolucionario, el partido se las debe, ante todo y sobre todo, al camarada Trotsky. Los camaradas Antonov y Podvoisky fueron los principales colaboradores del camarada Trotsky". Estas palabras parecen ahora un panegírico. De hecho, la intención subyacente del autor había sido recordar al partido que, en los días de la insurrección, además de Trotsky, también había estado presente el comité central, del que formaba parte Stalin. Pero, obligado a dar a su artículo una apariencia de objetividad, en 1918 Stalin no podía dejar de decir lo que dijo. En cualquier caso, con motivo del primer aniversario del poder soviético, atribuía la "organización práctica de la insurrección" a Trotsky. ¿En qué consistía, pues, en ese caso, el papel del misterioso "centro"? Stalin ni siquiera lo mencionaba; solo tras el transcurso de seis años se descubrió el acta del 16 de octubre.

Ya en 1920, Stalin, sin nombrar a Trotsky, oponía al comité central a Lenin, quien, según él, habría sido el autor de un plan de insurrección erróneo. En 1922, hace lo mismo, sustituyendo, sin embargo, a Lenin por "una parte de los camaradas" y dando a entender con cautela que, si la insurrección no tuvo que seguir el plan erróneo, fue en parte gracias a él, Stalin. Dos años más tarde, ya se demostraba que el plan erróneo de Lenin había sido una pérfida invención de Trotsky; además, el propio Trotsky había propuesto un plan erróneo, que afortunadamente fue rechazado por el comité central. Por último, la *Historia* del partido publicada en 1938 presenta a Trotsky como el adversario declarado de la insurrección de octubre, dirigida por Stalin. Paralelamente se llevó a cabo una movilización de todas las formas artísticas: la poesía, la pintura, el teatro y el cine fueron llamados a insuflar vida al mítico "centro", del que ni siquiera los historiadores más celosos habían podido descubrir rastro alguno, por mucho que lo buscaran lupa en mano. Ahora se muestra a Stalin en todas las pantallas del mundo (por no hablar de las publicaciones del Komintern) como el líder de la insurrección de octubre.

Se llevó a cabo una revisión de la historia del mismo tipo, aunque quizá no tan clara, en lo que respecta a todos los viejos bolcheviques; no de un solo golpe, claro está, sino según los cambios en las alianzas políticas. En 1917, Stalin salió en defensa de Zinóviev y Kámenev, esforzándose en utilizarlos contra Lenin y contra mí, y preparando así el futuro "triunvirato". En 1924, cuando el "triunvirato" ya tenía el aparato en sus manos, Stalin demostró en la prensa que los desacuerdos con Zinóviev y Kámenev, en vísperas de octubre, habían tenido un carácter efímero y secundario. "Los desacuerdos duraron, como mucho, unos días porque, y únicamente porque, teníamos en Kámenev y Zinóviev a leninistas, a bolcheviques". Tras la desintegración del "triunvirato", la conducta de Zinóviev y Kámenev en 1917 se convirtió, durante varios años, en el principal motivo de reproche contra ellos, convirtiéndolos en "agentes de la burguesía", para acabar finalmente formando parte del auto de acusación que los llevó a ambos ante el cañón del Mauser.

Es imposible no quedarse atónito ante esa obstinación fría, paciente y, al mismo tiempo, feroz, orientada hacia un único objetivo, que es invariablemente personal. Al igual que antaño en Batum el joven Koba había llevado a cabo una labor de desprestigio contra los miembros del comité de Tiflis que estaban por encima de él, al igual que en la cárcel y durante el exilio incitaba a los simples contra sus adversarios, ahora, en Petrogrado, urdía incansablemente intrigas con las personas y las circunstancias para desplazar, menospreciar, desprestigiar a cualquiera que, de una forma u otra, le eclipsara y le impidiera destacar.

La insurrección de octubre, origen del nuevo régimen, ocupó naturalmente un lugar central en la ideología de la nueva capa dirigente. ¿Cómo había sucedido todo aquello? ¿Quién había dirigido en el centro y en la periferia? Stalin tardó unos veinte años en imponer al país una visión histórica en la que se había situado a sí mismo en el lugar

de los verdaderos organizadores de la insurrección y había atribuido a estos últimos el papel de traidores a la revolución. Sería erróneo pensar que, desde el principio, tuviera ya un plan bien definido para luchar por establecer su dominio personal. Fueron necesarias circunstancias históricas excepcionales para dotar a su ambición de una envergadura que ni él mismo esperaba. Pero, en un aspecto, se mantuvo invariablemente fiel a sí mismo: dejando de lado cualquier otra consideración, aprovechó cada situación para afianzar su posición en detrimento de los demás. Paso a paso, piedra a piedra, con paciencia, sin precipitaciones, ¡pero también sin piedad! Es en ese tejido ininterrumpido de intrigas, en esa mezcla prudente de mentira y verdad, en ese ritmo regular de falsificaciones donde Stalin se revela mejor, tanto como personalidad humana como líder de la nueva clase privilegiada que, en su conjunto, tuvo que crearse una nueva biografía.

Tras un mal comienzo en marzo y tras quedar desacreditado en abril, Stalin pasó todo el año de la revolución entre bastidores del aparato. No sabía establecer relaciones directas con las masas y ni una sola vez se sintió responsable del destino de la revolución. En algunos momentos fue jefe de estado mayor, pero nunca comandante en jefe. Prefiriendo guardar silencio, esperaba las iniciativas de los demás, tomaba nota de sus errores y puntos débiles, y siempre iba por detrás de los acontecimientos. Para tener éxito, necesitaba cierta estabilidad en las circunstancias y libertad para disponer de su tiempo. La revolución le negaba ambas cosas.

Al no verse obligado a reflexionar sobre las tareas de la revolución con esa tensión intelectual que solo genera el sentido de la responsabilidad inmediata, Stalin nunca comprendió del todo la lógica interna de la insurrección de octubre. Por eso sus recuerdos son tan empíricos, inconexos y discordantes, sus juicios posteriores sobre la estrategia de la insurrección tan contradictorios, y sus errores en una serie de revoluciones posteriores (Alemania, China, España) tan monstruosos. En verdad, la revolución no forma parte de la esencia de este antiguo "revolucionario profesional".

Y, sin embargo, 1917 supuso una etapa muy importante en la formación del futuro dictador. Él mismo declaró más tarde que en Tiflis había sido un aprendiz, que en Bakú se había convertido en compañero y que en Petrogrado había pasado a ser "maestro". Tras cuatro años de letargo político e intelectual en Siberia, donde se había rebajado al nivel de los mencheviques de "izquierda", el año de la revolución, bajo la dirección inmediata de Lenin y rodeado de compañeros altamente cualificados, fue de enorme importancia para su desarrollo político. Por primera vez tuvo la oportunidad de familiarizarse con muchas cosas que, hasta entonces, habían quedado completamente fuera de su ámbito de observación. Escuchaba y observaba con recelo, pero también con atención y perspicacia. En el centro de la vida política se encontraba el problema del poder. El Gobierno Provisional, en el que participaban mencheviques y populistas (hasta ayer compañeros de la ilegalidad, la cárcel y la deportación), le permitía observar de cerca aquel misterioso laboratorio, donde, como todo el mundo sabe, no son los dioses quienes mueven los hilos sino los simples mortales. La inmensa distancia que, bajo el zarismo, separaba al revolucionario clandestino del gobierno, desapareció de repente. El poder se había convertido en un concepto cercano, familiar. Koba se liberó en gran medida de su provincialismo, si no en sus hábitos y costumbres, al menos en la amplitud de su pensamiento político. Sentía (y eso le resultaba una viva afrenta) que le faltaba algo a nivel personal, pero, al mismo tiempo, había valorado la fuerza de un grupo muy unido de revolucionarios dotados y experimentados, dispuestos a llegar hasta el final. Se había convertido en un miembro reconocido del estado mayor del partido que las masas llevaban al poder. Había dejado de ser Koba; se había convertido definitivamente en Stalin.

Capítulo octavo. Comisario del pueblo

Los bolcheviques habían llevado a cabo tan a la perfección la tarea previa esencial de ganarse a las fuerzas armadas del país que su victoria final, el 7 de noviembre, se logró prácticamente sin lucha. La insurrección de octubre fue, en palabras del propio Lenin, "más fácil que levantar una pluma". El occidente democrático, que entonces entraba en su cuarto año de guerra, se negaba a creer en lo que era un hecho consumado, y Kerensky afirmaba ante un mundo sorprendido que el bolchevismo "como fuerza organizada… ya no existe, ni siquiera en Petrogrado".

Inmediatamente después de la insurrección, ante la insistencia del ala derecha bolchevique (Zinóviev, Kámenev, Ríkov, Lunacharsky y otros), se iniciaron negociaciones con los mencheviques y los populistas para la formación de un gobierno de coalición. Entre sus condiciones, los partidos derrocados por el levantamiento exigían una mayoría para sí mismos y, por encima de todo y, ante todo, la eliminación del gobierno de Lenin y Trotsky, considerados responsables de la "aventura" de octubre. Los miembros de la derecha del comité central estaban dispuestos a aceptar esta exigencia. La cuestión se debatió ante el comité central en su sesión del 1 (14) de noviembre. Esto es lo que dice el acta: "En cuanto a la petición de expulsar a Lenin y a Trotsky, se trata de una propuesta para decapitar a nuestro partido, no la aceptamos." La actitud de los derechistas, que llegaba hasta una auténtica renuncia al poder, fue condenada por el comité central como un "miedo de la mayoría del sóviet a utilizar su propia mayoría". Los bolcheviques no se negaban a compartir el poder con los demás partidos, pero solo consentían en compartirlo sobre la base de las relaciones de fuerza en los sóviets.

La moción que presenté para poner fin a las negociaciones fue aprobada. Stalin no participó en el debate, pero votó con la mayoría. En señal de protesta contra esta decisión, los representantes del ala derecha dimitieron del comité central y del gobierno. La mayoría del comité central dejó claro a la minoría que debía someterse incondicionalmente a la decisión del partido. El ultimátum llevaba la firma de diez miembros, titulares o suplentes, del comité central: Lenin, Trotsky, Stalin, Sverdlov, etc. Sobre el origen de este documento, uno de los miembros del comité central, Bubnov, declara: "Tras redactarlo, él [Lenin] llamó uno por uno a cada uno de los miembros a su despacho, les presentó el texto y les pidió que lo firmaran". La historia resulta interesante en la medida en que nos permite evaluar correctamente el significado del orden de las firmas. En primer lugar, Lenin me hizo llegar el texto que acababa de redactar y, tras obtener mi firma, llamó a los demás, empezando por Stalin. Siempre era así, o casi siempre. Si no se hubiera tratado de un documento dirigido contra Zinóviev y Kámenev, sus firmas probablemente habrían precedido a la de Stalin.

Pestkovsky relata que, durante los días de octubre, "fue necesario elegir, entre los miembros del comité central, a quienes dirigirían la insurrección. Fueron designados: Lenin, Stalin y Trotsky". Al asignar la dirección a estos tres hombres, cabe señalar, de paso, que el colaborador de Stalin entierra definitivamente el "centro" práctico, del que ni Lenin ni yo habíamos formado parte. En el testimonio de Pestkovsky hay un fondo de verdad. No durante los días del levantamiento, sino tras su victoria en los principales

centros, y antes del establecimiento de cualquier régimen estable, era necesario crear un equipo directivo sólido del partido capaz de hacer cumplir localmente todas las decisiones importantes. Tal y como recoge el acta, el 29 de noviembre (12 de diciembre) de 1917, el comité central designó, para la resolución de cuestiones urgentes, una mesa de cuatro miembros: Stalin, Lenin, Trotsky y Sverdlov. "Esta mesa tendría poder de decisión sobre todos los asuntos extraordinarios, pero con la condición de contar en cada ocasión con la participación de los demás miembros del comité central entonces presentes en Smolny." Zinóviev, Kámenev y Ríkov, debido a su profundo desacuerdo con la mayoría, habían dimitido del comité central. Esto explica la composición de dicha mesa. Sverdlov, absorto en la secretaría del partido, las reuniones y la resolución de conflictos, rara vez se encontraba en Smolny. De hecho, los "cuatro" solían quedar reducidos a tres.

En la noche del 19 al 20 de febrero de 1918, la coalición de bolcheviques y socialistas revolucionarios del Consejo de Comisarios del Pueblo eligió un Comité Ejecutivo, compuesto por Lenin, Trotsky, Stalin, Profian y Karelin, cuya tarea consistía en garantizar el trabajo cotidiano entre las sesiones del consejo. Este Comité Ejecutivo del Gobierno estaba compuesto, por tanto, por tres bolcheviques y dos socialistas-revolucionarios. Sin embargo, sería totalmente erróneo imaginar que los tres bolcheviques constituían un "triunvirato". El comité central se reunía con frecuencia y era él quien se pronunciaba sobre todas las cuestiones importantes, sobre todo cuando daban lugar a debates, pero el "trío" era necesario para las decisiones prácticas que había que tomar de inmediato: en lo relativo al desarrollo del levantamiento en las provincias, a los intentos de Kerensky de entrar en Petrogrado, al abastecimiento de la capital, etc. Permaneció en funciones, al menos nominalmente, hasta el traslado del gobierno a Moscú.

En sus virulentos ataques contra la política de los bolcheviques después de 1917, Iremashvili escribe: "El triunvirato, presa de un insaciable espíritu de venganza, comenzó por exterminar, con una crueldad inhumana, todo lo que se le ponía por delante, vivos y muertos", y así sucesivamente, en el mismo tono. Iremashvili incluye en el triunvirato a Lenin, Trotsky y Stalin. Se puede afirmar con toda seguridad que esta concepción de un triunvirato no se le ocurrió a Iremashvili hasta mucho más tarde, después de que Stalin se hubiera convertido en una figura de primer orden. Sin embargo, hay una parte de verdad (o, en cualquier caso, una apariencia de verdad) en estas palabras.

En relación con las negociaciones de Brest-Litovsk, se repite constantemente la frase de Lenin: "Voy a consultar con Stalin y les daré una respuesta". El hecho es que tal "trío" existió realmente en ciertos momentos, aunque no siempre con la participación de Stalin. Dmitrievsky también habla de este "trío", aunque en un tono algo diferente. Escribe: "En aquella época, Lenin necesitaba tanto a Stalin que, cuando llegaban comunicaciones de Trotsky (que entonces se encontraba en Brest) y había que tomar una decisión inmediata, si Stalin no estaba en Moscú, Lenin telegrafiaba a Trotsky: "Me gustaría consultar primero a Stalin antes de responder a sus preguntas". Y solo tres días después, Lenin telegrafiaba: "Stalin acaba de llegar. Voy a examinar la cuestión con él y le enviaremos de inmediato nuestra respuesta conjunta".

Las decisiones más importantes de ese período las tomaba con bastante frecuencia Lenin de acuerdo conmigo. Pero cuando no existía tal acuerdo, era necesaria la intervención de un tercer miembro. Zinóviev estaba en Petrogrado. Kámenev no siempre estaba allí, ya que, al igual que los demás miembros del buró político y del comité central, dedicaba gran parte de su tiempo a la agitación. Stalin disponía de más tiempo libre que los demás miembros del buró político; por eso, antes de su partida hacia Tsaritsin, solía desempeñar las funciones del "tercero". Lenin daba mucha importancia al respeto de las formas, y era natural que no quisiera asumir la responsabilidad de responder en su propio

nombre. En los escritos recientes, las frecuentes observaciones sobre la forma en que Lenin dirigía, mandaba, etc., se inspiran únicamente en una analogía con el régimen estalinista. De hecho, tal situación no existía en absoluto. Se daban instrucciones, se comunicaban decisiones, pero solo a través del buró político y, si no estaban presentes todos sus miembros, a través de un "trío" que constituía el quórum. Cuando Stalin estaba ausente, Lenin consultaba a Krestinsky, entonces secretario del comité central, con el mismo rigor, y en los archivos del partido se pueden encontrar numerosas referencias a tales consultas.

Pero, de hecho, en aquella época se hablaba mucho más de un "duunvirato". Durante la guerra civil, el "poeta laureado" soviético, Demian Biédny, le dedicó varios de sus poemas, que se publicaban en los periódicos. Nadie hablaba entonces de un triunvirato. En cualquier caso, quienquiera que hubiera empleado ese término habría elegido, como tercero, no a Stalin, sino a Sverdlov, que era el muy popular presidente del Comité Ejecutivo Central de los Sóviets y, como tal, firmaba los decretos más importantes. Recuerdo haberle señalado, en varias ocasiones, la insuficiente autoridad de algunas de nuestras instrucciones a las provincias. En una de esas conversaciones, me respondió: "A nivel local, solo se aceptan tres firmas: la de Lenin, la tuya y también, en cierta medida, la mía." [Sverdlov tenía una prodigiosa capacidad de trabajo.] "Nadie era capaz, en la misma medida, de llevar a cabo al mismo tiempo el trabajo político y las tareas de organización [declaró Lenin en el congreso del partido, en 1920], y para intentar sustituirlo tuvimos que crear una oficina compuesta por varias personas".

Cuando llegué a Petrogrado, a principios de mayo, apenas recordaba el nombre de Stalin. Probablemente lo había visto en los periódicos, al pie de artículos que apenas me llamaban la atención. Mis primeros contactos fueron con Kámenev, Lenin y Zinóviev. Juntos llevamos a cabo las negociaciones para la fusión. No me encontré con Stalin ni en las sesiones de los sóviets, ni en el Comité Ejecutivo Central, ni en las numerosas reuniones que me ocupaban gran parte de mi tiempo. Desde mi llegada, debido a mi trabajo en el Comité Ejecutivo Central, mantuve contacto con todos los dirigentes, pero no me fijé en Stalin, ni siquiera entre los hombres de segundo plano como Bubnov, Miliutin o Noguin. [Tras la fusión con los bolcheviques, Stalin seguía siendo una figura desconocida.] Según las actas del comité central del partido, "Trotsky y Kámenev representaron a los bolcheviques en la mesa de la Pre-Asamblea". Cuando llegó el momento de designar a los candidatos a la Asamblea Constituyente, se encargó a Stalin que los presentara. En las actas figuran estas palabras de Stalin: "Camaradas, propongo como candidatos a la Asamblea Constituyente a los camaradas Lenin, Zinóviev, Kollontai, Trotsky y Lunacharsky." Esos eran los cinco candidatos presentados por el partido en su conjunto. Recordemos que [según la historiografía oficial] apenas dos semanas antes, habría exigido, de acuerdo con los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, que Lenin compareciera ante un tribunal.

En la lista completa de delegados bolcheviques a la constituyente, encabezada por Lenin, Stalin ocupa el octavo lugar. Los veinticinco bolcheviques designados eran los candidatos oficiales del comité central. La lista había sido elaborada por una comisión dirigida por tres miembros del comité central: Uritsky, Sokolnikov y Stalin. Lenin criticó duramente su composición: demasiados intelectuales dudosos y muy pocos obreros de confianza. "Es indispensable [dijo] revisarla y corregirla… Es evidente que, entre los nuevos miembros procedentes de las organizaciones "interdistritales", a nadie se le ocurriría cuestionar, por ejemplo, una candidatura como la de L. D. Trotsky, pues, en primer lugar, la postura de Trotsky desde su llegada ha sido la de los internacionalistas; en segundo lugar, luchó por la fusión; y, por último, durante los difíciles días de julio, se mostró a la altura de las tareas que exigían las circunstancias, comportándose como un

dirigente leal del partido del proletariado revolucionario. Está claro que no se puede decir lo mismo de muchos de los antiguos afiliados cuyos nombres figuran en la lista".

Tras la toma del poder, Stalin se sintió más seguro de sí mismo, aunque siguió siendo una figura de segundo plano. Pronto me di cuenta de que Lenin le "animaba", ya que valoraba en él la firmeza, el coraje, la tenacidad y, en cierta medida, la astucia, como atributos necesarios para la lucha. Nunca esperaba de él ideas originales, iniciativa política ni imaginación creativa. Stalin actuaba con lentitud y prudencia; siempre que podía, se mantenía al margen. Las victorias de los bolcheviques en Petrogrado y, más tarde, en Moscú le dieron confianza. Empezó a acostumbrarse al poder. "Después de octubre [escribe Alliluyev], Stalin se instaló en Smolny, en dos pequeñas habitaciones de la planta baja". [Era comisario para las nacionalidades.] La primera sesión del gobierno bolchevique tuvo lugar en Smolny, en el despacho de Lenin; los secretarios estaban aislados por un tabique de madera. Stalin y yo habíamos llegado los primeros. Desde detrás del tabique, oímos la voz grave de Dybenko. Hablaba por teléfono con Finlandia, y la conversación tenía un tono bastante afectuoso. El marinero de veintinueve años, un gigante jovial y barbudo, se había convertido recientemente en el íntimo de Alexandra Kollontai, y en ciertos círculos del partido no dejaban de comentarlo. Stalin, con quien hasta entonces no había mantenido ninguna conversación personal, se acercó a mí con aire jovial y, asomando el codo hacia la mampara, dijo con aire coqueteo: "¡Es él con Kollontai! ¡Con Kollontai!". Su actitud y su risa, tan inesperadas, me parecieron fuera de lugar e insoportablemente vulgares, sobre todo en aquella ocasión y en aquel lugar. No recuerdo si me limité a apartar la cabeza o si respondí secamente: "Es asunto suyo". Pero Stalin se dio cuenta de que había metido la pata. La expresión de su rostro cambió de repente, y en sus ojos amarillos apareció ese mismo destello malicioso que ya había notado en Viena.

A finales de enero de 1918, Stalin participó, como representante del partido, en una conferencia de delegados de varios partidos socialistas de izquierda extranjeros, que decidió, al término de sus trabajos, que "deberá convocarse un congreso socialista internacional… bajo las siguientes condiciones: en primer lugar, que los partidos y organizaciones se comprometan a llevar a cabo una lucha revolucionaria contra 'su propio gobierno' por la paz inmediata; en segundo lugar, que apoyen con todas sus fuerzas la revolución de octubre y al gobierno soviético".

En la época de las negociaciones de Brest-Litovsk, la Asamblea Constituyente había sido disuelta. La iniciativa partió de Lenin. Al mismo tiempo se publicó la "Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado". En el texto de este documento histórico, Bujarin y Stalin introdujeron correcciones; "la mayoría de estas correcciones se referían únicamente a puntos secundarios", según una nota incluida en las *Obras* de Lenin.

Los cargos que ocupó Stalin durante los primeros años de la revolución y las tareas que se le asignaron fueron extremadamente variadas. Pero esa era la suerte de los dirigentes del partido en aquella época. Directa o indirectamente, todos ellos estaban inmersos en la guerra civil, y el trabajo de oficina se confiaba a los colaboradores más cercanos. Stalin era, nominalmente, miembro del comité de dirección del órgano central del partido, pero en realidad no tenía nada que ver con la *Pravda*; su labor más sistemática se desarrollaba en el comisariado de nacionalidades. El estado soviético se encontraba entonces en fase de formación y no era fácil determinar las relaciones recíprocas entre las diversas nacionalidades. Lenin había creado ese departamento, cuya dirección general estaba enteramente en sus manos. Después de la cuestión agraria, nada le había parecido, en ningún momento, más importante que el problema de las nacionalidades. La agenda de su secretaría muestra que recibía con frecuencia todo tipo de delegaciones nacionales,

manteniéndose en contacto con ellas y enviando encuestas e instrucciones sobre tal o cual cuestión nacional. Las medidas principales debían pasar por el buró político; al comisariado de nacionalidades le correspondía simplemente la tarea técnica de aplicar las decisiones tomadas.

Se puede encontrar información sobre la labor de este comisariado en las memorias de Pestkovski, publicadas en 1922 y en 1930. Fue el colaborador más cercano de Stalin durante los primeros veinte meses del régimen soviético. Viejo revolucionario polaco, había sido condenado a trabajos forzados en Siberia; participó en la insurrección de octubre y ocupó diversos cargos tras la victoria, entre ellos el de embajador soviético en México entre 1924 y 1926. Perteneció durante mucho tiempo a uno de los grupos de la oposición, pero maniobró para arrepentirse a tiempo. El rastro de un arrepentimiento reciente aparece en la segunda edición de sus memorias, pero no les resta por ello ni frescura ni interés.

La iniciativa de esta colaboración partió de Pestkovski. Había llamado a varias puertas, buscando en vano un empleo en el que pudiera aprovechar sus modestos talentos. Así relata su éxito ante Stalin:

"Camarada Stalin [le dije], ¿es usted el comisario del pueblo para los asuntos de las nacionalidades?

—Sí.

—Pero ¿tiene usted una comisaría?

—No.

—Pues bien, yo le crearé una.

—Muy bien, pero ¿qué necesitará para ello?

– Por ahora, solo una orden de pago.

Acto seguido, Stalin, que detestaba las palabras innecesarias, se dirigió a la oficina del Consejo de Comisarios del Pueblo y, unos minutos más tarde, regresó con un mandato".

En una de las salas de Smolny, Pestkovski encontró una mesa que no se utilizaba, la colocó contra la pared, fijó encima una hoja de papel con la inscripción: "Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades", y completó el montaje con dos sillas. El relato continúa así:

"—Camarada Stalin [dije], no tenemos ni un céntimo a nuestro nombre. (El nuevo gobierno aún no se había hecho cargo del Banco Estatal.)

—¿Necesitáis mucho? —preguntó Stalin.

—Para empezar, mil rublos bastarán.

—Vuelve dentro de una hora.

A mi regreso, una hora más tarde, Stalin me encargó que pidiera prestados 3.000 rublos a Trotsky. "Tiene dinero", me dijo; "lo ha encontrado en el ministerio de asuntos exteriores". Fui a ver a Trotsky y le firmé un recibo por 3.000 rublos. Por lo que sé, el comisariado de nacionalidades aún no ha devuelto esa suma al camarada Trotsky".

Stalin estaba con Lenin el 9 (22) de noviembre de 1917, de las dos a las cuatro y media de la madrugada, cuando Lenin, mientras negociaba con el comandante en jefe, el general Dujonin, por línea directa, dio la orden de iniciar negociaciones con todas las naciones en guerra. Ante la negativa de Dujonin, redactó en ese mismo instante la orden de destitución y el nombramiento de N. V. Krylenko como comandante en jefe. [En relación con incidentes de este tipo] Pestkovski afirma que Stalin se convirtió en "el adjunto de Lenin en la dirección de las batallas revolucionarias. Debía supervisar las operaciones militares en curso en el Don, en Ucrania y en otras partes de Rusia". El término "adjunto" no es el adecuado; sería más correcto decir "asistente técnico". Dado que las instrucciones debían transmitirse por un cable especial, Stalin se encargaba de ello

porque su comisariado le dejaba más tiempo libre que al resto de miembros del comité central.

Estas comunicaciones telegráficas de Stalin eran esencialmente de carácter semitécnico y semipolítico; transmitía instrucciones. Resulta sumamente interesante una de esas conversaciones iniciales, la del 17 (30) de noviembre de 1917 con el representante de la Rada ucraniana, Porche. La Rada ucraniana se parecía mucho al gobierno de Kerensky. Se apoyaba en las capas superiores de la pequeña burguesía y, por supuesto, contaba también con el respaldo de la gran burguesía y de los Aliados contra los bolcheviques. Al mismo tiempo, los sóviets ucranianos caían bajo la creciente influencia de los bolcheviques y se encontraban así en oposición directa con la Rada. Era inevitable un conflicto entre la Rada y los sóviets, sobre todo tras los éxitos de la insurrección en Petrogrado y Moscú. Porche, en nombre de la Rada, preguntó cuál era la postura del gobierno de Petrogrado sobre la cuestión nacional en general y, en particular, sobre el destino de Ucrania en lo que respecta a su propio régimen. Stalin respondió con generalidades: "En Ucrania, al igual que en las demás regiones [dijo], el poder debería pertenecer al conjunto de los delegados de los obreros, los campesinos y los soldados, incluida también la organización de la Rada. En este ámbito, existe una amplia base de acuerdo entre la Rada y el Consejo de Comisarios del Pueblo." Esa era precisamente la combinación que los mencheviques y los socialistas-revolucionarios habían querido imponer tras la revolución de octubre, y fue en esta cuestión donde fracasaron las negociaciones, dirigidas por Kámenev.

Al otro extremo de la línea, en Kiev, junto al ministro ucraniano Porche, se encontraba un bolchevique, Serguei Babinski, que también planteaba preguntas; se controlaban mutuamente ya que Babinski representaba a los sóviets. Declaró que la Rada Central no consideraba posible transferir el poder, a nivel local, a los sóviets. Stalin le respondió que, si la Rada Central se negaba a convocar un congreso con los bolcheviques, entonces "convocadlo sin la Rada. Además, el gobierno de los sóviets debe ser aceptado por cada región. Se trata de un mandato revolucionario que no podemos rechazar y no podemos entender que la Rada Central de Ucrania pueda oponerse a un axioma fundamental".

Un cuarto de hora antes, Stalin había declarado posible combinar los sóviets con las organizaciones democráticas de la Rada; ahora afirmaba que el gobierno de los sóviets, sin combinación de ningún tipo, era un axioma. ¿Cómo explicar esta contradicción? Aunque no disponemos de ningún documento, es fácil, no obstante, imaginar lo que ocurrió tras esta conversación. Stalin envió un informe a Lenin sobre su entrevista con Porche; tan pronto como Lenin tuvo conocimiento de él, respondió con una crítica implacable. Entonces Stalin no discute y, en la segunda parte de la conversación, da instrucciones contrarias a las que acababa de comunicar.

Como miembro del buró político, Stalin formó parte de la delegación del partido comunista ruso en el congreso del partido socialista finlandés. Su participación fue meramente nominal, ya que no intervino en los debates. "Cuando, a finales de diciembre de 1917, se reunió el congreso del partido socialista finlandés [escribe Pestkovski], la cuestión principal era saber qué camino iba a tomar la clase obrera de Finlandia. El comité central de los bolcheviques envió a este congreso a su representante, Stalin". Ni Lenin, ni Sverdlov, ni yo podíamos salir de Petrogrado; por otra parte, Zinóviev y Kámenev no eran los más indicados en aquel momento para la tarea de desencadenar un movimiento insurreccional en Finlandia. Stalin quedaba como único candidato posible. Fue en ese congreso donde conoció por primera vez a Tanner, con quien, veintidós años más tarde, mantendría negociaciones en vísperas de la guerra ruso-finlandesa.

El mismo Pestkovski destaca la estrecha colaboración entre Lenin y Stalin: "Lenin no podía prescindir de Stalin ni siquiera un solo día. Probablemente por eso nuestra oficina, en Smolny, estaba 'bajo el ala' de Lenin". A lo largo del día, Lenin solía enviar a buscar a Stalin con frecuencia y, a veces, iba a buscarlo él mismo. Stalin pasaba gran parte del día con Lenin, en su despacho. No sé qué hacían allí, pero una vez, al entrar en ese despacho, me encontré con una escena interesante. En la pared había desplegado un gran mapa de Rusia y, frente al mapa, dos sillas en las que estaban sentados Lenin y Stalin; sus dedos se desplazaban en dirección norte, sin duda atravesando Finlandia".

"Por la noche, cuando el ajetreo habitual se había calmado un poco, Stalin se sentaba al teléfono y pasaba horas hablando. Desde allí dirigía importantes negociaciones, ya fuera con nuestros jefes militares (Antonov, Pavlunovsky, Muraviov y otros) o con nuestros enemigos, como el ministro de guerra de la Rada ucraniana, Porche. A veces, cuando una tarea urgente le llamaba a otro lugar, me pedía que le sustituyera al teléfono". Los hechos se relatan aquí más o menos correctamente; la interpretación es parcial. Es cierto que, en aquel periodo, Lenin necesitaba mucho a Stalin. Zinóviev y Kámenev acababan de oponerse a él en cuestiones fundamentales; yo estaba ocupado con mítines y con las negociaciones de Brest-Litovsk; Sverdlov tenía la abrumadora carga del trabajo de organización de todo el partido. Stalin, por su parte, no tenía tareas concretas y el comisariado de nacionalidades, sobre todo al principio, apenas le exigía tiempo. Así fue como desempeñó el papel de jefe de estado mayor, o de encargado de misión, bajo la dirección de Lenin. Las conversaciones telefónicas eran esencialmente técnicas, aunque, naturalmente, muy importantes, y Lenin solo podía confiárselas a un hombre con experiencia y al corriente de todas las cuestiones que se debatían en Smolny.

Incluso tras el traslado del gobierno de Petrogrado a Moscú, Lenin siguió rigurosamente lo que, a su juicio, era una regla esencial: no dar nunca órdenes personales. Tres años más tarde, el 24 de septiembre de 1920, Ordzhonikidze solicitó, desde Bakú, mediante un telegrama, autorización para enviar un torpedero a Enzeli (Persia). Lenin escribió al margen del telegrama: "Voy a consultar a Trotsky y a Krestinsky". De hecho, hay innumerables anotaciones similares al margen de telegramas, cartas e informes. Lenin nunca decidía por su cuenta; siempre remitía el asunto al buró político. Dos o tres de sus miembros, a veces solo dos, solían estar en Moscú. De esos cientos de anotaciones relativas a la consulta a otros miembros del buró político, solo se han extraído aquellas que dicen: "Consultaré a Stalin", para intentar demostrar que Lenin no decidía nada sin Stalin.

En lo que respecta a las negociaciones de Brest-Litovsk, los historiógrafos de Stalin perdieron toda moderación. [Disponían de documentos auténticos, procedentes de los archivos del comisariado de asuntos exteriores, presidido entonces por Trotsky. Sin embargo, en 1935, un tal Zorin escribió:]

"En una carta a Lenin, desde Brest, Trotsky proponía un plan peligrosamente fantasioso: no firmar una paz anexionista, pero tampoco continuar la guerra, mientras se desmovilizaba al ejército. El 15 (2) de enero, en una conversación telefónica con Trotsky, quien pedía una respuesta inmediata, Vladimir Ilich calificó el plan de Trotsky de 'discutible' y aplazó su respuesta hasta la llegada de Stalin, que en aquel momento no se encontraba en Petrogrado y a quien Lenin quería consultar. Citamos el texto íntegro de estas conversaciones:

15 (2) de enero. — La siguiente conversación tuvo lugar por teléfono entre Trotsky y Lenin: Trotsky pregunta a Lenin si ha recibido la carta que le hizo entregar un soldado letón. Trotsky necesita una respuesta inmediata a dicha carta. La respuesta debería expresarse en términos de acuerdo o desacuerdo.

Lenin al teléfono: "Acabo de recibir su carta especial. Stalin no está aquí y aún no he podido enseñársela. Su plan me parece discutible. ¿No sería posible aplazar la decisión definitiva hasta una sesión especial del Comité Ejecutivo Central? En cuanto regrese Stalin, le haré llegar su carta. – LENIN".

"Intentaremos aplazar la decisión el mayor tiempo posible, a la espera de su comunicación. Pero convendría darse prisa. La delegación de la Rada está llevando a cabo una política de traición. El debate de mi propuesta ante el comité central me parece peligroso, ya que podría provocar una reacción antes de que el plan se lleve a cabo. – TROTSKY".

Respuesta a Trotsky: "En primer lugar, quisiera consultar a Stalin antes de responder a su pregunta. Hoy, una delegación del Comité Ejecutivo Central de Ucrania de Járkov, que afirma que la Rada de Kiev está al límite de sus fuerzas, acaba de partir para reunirse con usted. – LENIN".

Cuando las negociaciones del 18 (5) de enero entraron en una fase crítica, L. D. Trotsky solicitó que se le dieran instrucciones por teléfono y recibió sucesivamente las dos notas siguientes:

'1.º A Trotsky: Stalin acaba de llegar. Voy a examinar la cuestión con él y le daré nuestra respuesta conjunta. – LENIN.

2. Informar a Trotsky de que debe tomarse unos días libres y venir a Petrogrado. —LENIN, STALIN'.

[La Historia oficial del Partido Bolchevique, publicada en 1939, ignora por completo estos hechos. Afirma:]

"El 10 de febrero de 1918 se interrumpieron las negociaciones de paz de Brest-Litovsk. Aunque Lenin y Stalin, en nombre del comité central del partido, habían insistido en que se firmara la paz, Trotsky, que era el presidente de la delegación soviética en Brest, violó traicioneramente las directrices explícitas del partido. Declaró que la república soviética se negaba a firmar la paz sobre la base de las condiciones propuestas por Alemania y, al mismo tiempo, informó a los alemanes de que la república soviética no continuaría la guerra y seguiría desmovilizando al ejército.

Era algo atroz. Los imperialistas alemanes no podían pedir más a ese traidor a los intereses de la patria soviética."

[Si nos remitimos a las páginas 207 y 208 del mismo libro, encontramos el siguiente relato:]

"Lenin calificó esta declaración de "extraña y monstruosa".

En aquella época, el partido aún no veía con claridad cuál era la verdadera razón de la actitud antipartidista de Trotsky y de los "comunistas de izquierda". Pero, tal y como se ha demostrado recientemente en el proceso contra el 'bloque antisoviético de los derechistas y los trotskystas' (a principios de 1938), Bujarin y el grupo de comunistas de izquierda, dirigido por él, junto con Trotsky y los socialistas-revolucionarios de izquierda, ya estaban entonces involucrados en una conspiración secreta contra el gobierno soviético. Bujarin, Trotsky y los demás conspiradores habían tramado, tal y como se ha demostrado, denunciar el Tratado de Brest, detener a V. I. Lenin, J. V. Stalin y Ya. M. Sverdlov, asesinarlos y formar un nuevo gobierno compuesto por bujarinistas, trotskystas y socialistas-revolucionarios de izquierda."

[Examinemos ahora las actas. En la conferencia del 21 (8) de enero de 1918 estuvieron presentes sesenta y tres bolcheviques, de los cuales la mayoría absoluta (treinta y dos) votó a favor de una guerra revolucionaria. La posición de Trotsky (ni guerra ni paz) obtuvo dieciséis votos; la de Lenin (paz con la Alemania imperial) quince votos. La cuestión volvió a debatirse tres días más tarde ante el comité central del partido. El acta de la sesión del 24 (11) de enero de 1918 menciona:]

"El camarada Trotsky propone que se someta a votación la siguiente fórmula: 'Ponemos fin a la guerra, no firmamos la paz, desmovilizamos al ejército'". La votación arrojó el siguiente resultado: a favor, 9; en contra, 7.

A continuación, se sometió a votación la propuesta de Lenin: "Retrasamos la firma de la paz por todos los medios" (a favor, 12; en contra, 1). L. D. Trotsky planteó la pregunta: "¿Proponemos lanzar un llamamiento a favor de una guerra revolucionaria?" (a favor, 2; en contra, 11; abstenciones, 1), y "ponemos fin a la guerra, no firmamos la paz, desmovilizamos al ejército" (a favor, 9; en contra, 7).

En esa sesión, Stalin fundamentó la necesidad de firmar una paz separada con este argumento: "No hay ningún movimiento revolucionario en occidente, ningún hecho, sino solo posibilidades, y no podemos tener en cuenta las posibilidades." —"¿No tenerlas en cuenta?". Lenin rechazó de inmediato el apoyo que Stalin pretendía brindarle; es cierto que la revolución aún no ha comenzado en occidente; "sin embargo, si modificamos nuestra táctica por eso, seríamos traidores al socialismo internacional".

Al día siguiente, el 25 (12) de enero, se debatió la cuestión de la paz en una sesión conjunta de los comités centrales de los bolcheviques y los socialistas-revolucionarios de izquierda. Por mayoría de votos, se decidió presentar al Congreso de los Sóviets la fórmula: "No continuar la guerra, no firmar la paz".

¿Cuál fue la actitud de Stalin respecto a esta fórmula? Esto es lo que declaró Stalin una semana después de la sesión en la que la fórmula había sido aceptada por nueve votos contra siete: "Sesión del 1 de febrero (19 de enero) de 1918: Camarada Stalin: 'La salida a esta difícil situación la proporcionó el punto de vista intermedio: la posición de Trotsky'".

Esta declaración de Stalin cobra todo su sentido si se tiene en cuenta que, durante todo ese período crítico, la mayoría de las organizaciones del partido y de los sóviets estaban a favor de una guerra revolucionaria y que, por consiguiente, el punto de vista de Lenin solo habría podido imponerse mediante una revolución en el partido y en el estado (lo cual, naturalmente, no estaba en cuestión). Así pues, lejos de equivocarse, Stalin reconocía un hecho indiscutible cuando decía que mi postura en aquella época era, para el partido, la única salida a la situación. El 10 de febrero, la delegación soviética en la conferencia de paz de Brest-Litovsk hizo pública la declaración oficial en la que el gobierno soviético se negaba a firmar la paz anexionista y a poner fin a la guerra con las potencias de la Cuádruple Alianza. Dos días más tarde se publicó la orden del comandante en jefe, N. V. Krylenko, de cese de las operaciones militares contra dichas potencias y de desmovilización del ejército ruso.

[Sobre estos acontecimientos, Lenin escribió un año más tarde:]

"¿Cómo fue posible que ni una sola corriente, ni una sola dirección, ni una sola organización de nuestro partido se opusiera a esa desmovilización? ¿En qué consistía todo esto para nosotros? ¿Habíamos perdido por completo la cabeza? Ni por asomo. Los oficiales, y no los bolcheviques, ya decían incluso antes de octubre que el ejército no podía luchar, que solo podría mantenerse en el frente durante unas pocas semanas más. Tras el octubre, esto se hizo evidente, totalmente evidente para quienes querían afrontar los hechos, quienes querían ver la desagradable y amarga realidad, y no cerrar los ojos ni conformarse con frases vacías. No había ejército, era imposible apoyarse en él. Lo mejor que se podía hacer era desmovilizar lo que quedaba de él lo antes posible.

Ese era el punto débil de la estructura del estado ruso, que ya no podía soportar por más tiempo la carga de la guerra. Cuanto antes desmovilizáramos, antes se incorporarían los restos del ejército a las partes aún sanas, y antes estaría el país preparado para sus nuevas y difíciles tareas. Eso era lo que sentíamos cuando, por unanimidad y sin la más mínima protesta, votamos a favor de la resolución de desmovilización (una

decisión que, a primera vista, parecía absurda). Era exactamente lo que había que hacer. Mantener el ejército habría sido una ilusión frívola. Cuanto antes la desmovilizáramos, antes comenzaría la convalecencia del organismo social en su conjunto. Por eso, frases revolucionarias como: "Los alemanes no podrán avanzar", de la que se derivaba esta otra: "No podemos declarar que el estado de guerra ha terminado, ni guerra ni firma de la paz", eran un profundo error, una sobreestimación de los acontecimientos. Pero, ¿y si los alemanes avanzaran? 'No, serán incapaces de avanzar'."

De hecho, el avance de las tropas alemanas duró catorce días, del 18 de febrero al 3 de marzo. El comité central dedicó toda la jornada del 18 de febrero a la cuestión de cómo responder al avance alemán que acababa de comenzar.

Tras la ruptura de las negociaciones en Brest, el 10 de febrero, y la publicación de la declaración en la que se especificaba que se consideraba la guerra terminada, pero se rechazaba firmar la paz con Alemania, el "partido militar" (el partido de los anexionistas fanáticos) había acabado imponiéndose. En una conferencia celebrada en Hamburgo el 13 de febrero, presidida por el emperador Guillermo, se aceptó la siguiente declaración propuesta por él: "La negativa de Trotsky a firmar el tratado de paz pone fin, automáticamente, al armisticio." El 16 de febrero, el alto mando militar alemán informó al gobierno soviético de que el armisticio finalizaría el 18 de febrero a mediodía, violando así el acuerdo que estipulaba que la notificación del fin del armisticio debía darse siete días antes del inicio de la acción militar.

La cuestión de nuestra respuesta al avance alemán se examinó en primer lugar en la sesión del comité central del partido, celebrada la tarde del 17 de febrero. Una propuesta para entablar nuevas negociaciones con Alemania con vistas a la firma de la paz fue rechazada por seis votos contra cinco. Por otra parte, nadie votó "a favor de una guerra revolucionaria", mientras que N. I. Bujarin, G. Y. Lomov y A. A. Yofé "se negaron a votar sobre una cuestión planteada de ese modo". Se aprobó por mayoría una resolución para "aplazar la reanudación de las negociaciones de paz hasta que el avance haya alcanzado un desarrollo suficiente y hasta que su efecto sobre el movimiento obrero se haya hecho evidente". Salvo tres abstenciones, se tomó por unanimidad la siguiente decisión: "Si, en el momento en que se desarrolle el avance alemán, no se manifiesta ningún movimiento revolucionario en Alemania y en Austria, entonces firmaremos la paz".

El 18 de febrero, una vez iniciado el avance alemán, el comité central del partido se reunió durante todo el día, salvo breves interrupciones. En la primera sesión, tras los discursos de Lenin y Zinóviev a favor de la firma de la paz, y los míos y de N. I. Bujarin en contra, la moción: "Presentar inmediatamente una propuesta para reanudar las negociaciones de paz" fue rechazada por siete votos contra seis. En la segunda sesión, por la tarde, tras los discursos de Lenin, Stalin, Sverdlov y Krestinsky a favor de la reanudación de las negociaciones de paz, los de Uritsky y Bujarin en contra, y un discurso mío en el que proponía que no reanudáramos las negociaciones, sino que pidiéramos a los alemanes que formularan sus propuestas, se sometió a votación la siguiente cuestión: "¿Debe enviarse al gobierno alemán una propuesta para concluir la paz de inmediato?". Siete votos se pronunciaron a favor (Lenin, Smilgá, Stalin, Sverdlov, Sokolnikov, Trotsky, Zinóviev), cinco en contra (Uritsky, Lomov, Bujarin, Yofé, Krestinsky) y una abstención (Stasova). Inmediatamente se decidió redactar un texto preciso de la decisión adoptada y remitirlo al gobierno alemán. La propuesta de Lenin sobre el contenido del telegrama se sometió a una nueva votación. Todos los miembros, salvo dos, votaron a favor de tomar nota del carácter violento de las condiciones de paz; y a favor de aceptar firmar la paz en las condiciones ya presentadas, con la indicación de que no se rechazaría consentir condiciones peores: a favor, 7; en contra, 4; abstenciones, 2. La tarea de redactar el texto se nos encomendó a Lenin y a mí. El radiograma fue redactado en ese mismo momento

por Lenin y, tras las correcciones que yo le introduje, aprobado en la sesión conjunta de los comités centrales de los bolcheviques y de los socialistas-revolucionarios de izquierda; posteriormente, provisto de las firmas del Consejo de Comisarios del Pueblo, fue enviado a Berlín el 19 de febrero.

En la reunión de los comisarios del pueblo del 20 de febrero, los representantes de los socialistas-revolucionarios de izquierda votaron en contra de utilizar una posible ayuda de la Entente para frenar el avance alemán. Las negociaciones con los Aliados sobre la ayuda militar y técnica habían comenzado inmediatamente después de la revolución de octubre. Las llevábamos a cabo Lenin y yo con los generales Lavergne y Niessel y el capitán Jacques Sadoul, en representación de los franceses, y con el coronel Raymond Robbins, en representación de los estadounidenses. El 21 de febrero, ante el continuo avance de los alemanes, el embajador francés Noulens me telegrafió: "En su resistencia contra Alemania, pueden contar con la cooperación militar y financiera de Francia". La distinción que hacíamos entre el militarismo alemán y el francés no era, naturalmente, para nosotros una cuestión de principios. No era más que un medio para garantizar la necesaria neutralización de ciertas fuerzas hostiles con el fin de salvar al gobierno soviético. [Pero el gobierno francés no cumplió su palabra.] Clemenceau proclamó la guerra santa contra los bolcheviques. Nos vimos entonces obligados a firmar el Tratado de Brest-Litovsk.

La respuesta al radiograma soviético en el que se indicaban las condiciones de paz alemanas se recibió en Petrogrado a las diez y media de la mañana del 23 de febrero. En comparación con las condiciones presentadas el 10 de febrero, estas eran notablemente más duras. Livonia y Estonia debían ser evacuadas inmediatamente por el Ejército Rojo, mientras que la policía alemana las ocuparía; Rusia se comprometía a firmar la paz con los gobiernos burgueses de Ucrania y Finlandia; y otras disposiciones draconianas. La cuestión de la aceptación de estas nuevas condiciones se debatió ese mismo día, primero en la sesión del Comité Central del Partido Bolchevique, luego en la sesión conjunta de nuestro comité central y del comité central de los socialistas-revolucionarios de izquierda, y finalmente en la sesión plenaria del propio Comité Ejecutivo Central Panruso.

En la sesión del Comité Central del Partido Bolchevique, Lenin, Zinóviev, Sverdlov y Sokolnikov se pronunciaron a favor de la aceptación de estas condiciones. Bujarin, Dzerzhinsky, Uritsky y Lomov se pronunciaron en contra. Declaré que "si fuéramos unánimes, podríamos asumir la tarea de organizar la defensa. Podríamos haberlo hecho… pero eso exigía la máxima unidad. Puesto que faltaba ese elemento indispensable, no quería asumir la responsabilidad de votar a favor de la guerra". El comité central decidió, por siete votos contra cuatro y cuatro abstenciones, aceptar inmediatamente la propuesta alemana, prepararse para una guerra revolucionaria y (por unanimidad, menos tres abstenciones) someter la cuestión a los electores de los sóviets de Petrogrado y Moscú, con el fin de conocer con exactitud la actitud de las masas respecto a la celebración de la paz.

En esa sesión del comité central del 23 de febrero, Stalin declaró: "No necesitamos firmar, pero debemos iniciar negociaciones de paz". A lo que Lenin replicó: "Stalin se equivoca al decir que no necesitamos firmar. Estas condiciones deben firmarse. Si no las firmamos, estaremos firmando la sentencia de muerte del gobierno soviético en tres semanas". Y el acta añade: "El camarada Uritsky le señaló a Stalin que las condiciones debían aceptarse o rechazarse, pero que ya no era posible negociar".

Para todos aquellos que conocían bien la situación, resultaba evidente que la resistencia no tenía ninguna esperanza. La declaración de Stalin revelaba una total incomprensión. El ejército alemán ya había tomado Dvinsk el 18 de febrero. Su avance se desarrollaba a un ritmo extremadamente rápido. Los esfuerzos por contenerlo se habían

agotado por completo. Sin embargo, cinco días después, el 23 de febrero, Stalin propuso no firmar la paz, sino… iniciar negociaciones.

Stalin intervino por segunda vez en la sesión del 23 de febrero, esta vez a favor de la necesidad de firmar el tratado de paz. Aprovechó la ocasión para rectificar su anterior declaración sobre la cuestión de la revolución internacional: "Nosotros también [dijo] apostamos por la revolución, pero vosotros contáis en semanas, mientras que nosotros contamos en meses." Este era el estado de ánimo general en aquellos días, que también expresaban estas palabras de Sergueiev (Artem) en la sesión del 24 de enero de 1918: que todos los miembros del comité central estaban de acuerdo en un punto: que sin la victoria de la revolución internacional en el plazo más breve posible (según Stalin, en los próximos meses), la república soviética perecería. Así pues, en aquella época, el "trotskysmo" prevalecía de forma unánime en el comité central del partido.

En el difícil periodo de las negociaciones de Brest, Stalin no tuvo, en realidad, ninguna postura personal; dudaba, se tomaba su tiempo, se callaba… y maniobraba. "El Viejo sigue contando con la paz [me dijo, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Lenin], pero no tendrá paz de ningún tipo." Luego, muy probablemente, acudía a Lenin y hacía el mismo tipo de comentarios sobre mí. Stalin nunca se comprometió abiertamente. Es cierto que nadie se interesaba especialmente ni por sus opiniones ni por sus contradicciones. Estoy convencido de que mi objetivo principal, que era hacer que nuestra postura sobre la cuestión de la paz resultara lo más comprensible posible para el proletariado mundial, era para Stalin una consideración secundaria. Le interesaba "la paz en un solo país", exactamente igual que más tarde se interesaría por el "socialismo en un solo país". En las votaciones decisivas, siguió a Lenin. No fue hasta varios años más tarde, en su lucha contra el trotskysmo, cuando se tomó la molestia de establecer para sí mismo una especie de "punto de vista" sobre los acontecimientos de Brest. [Comparemos su actitud con la de Lenin, quien, al intervenir en el séptimo congreso del partido, el 8 de marzo, inmediatamente después de la encarnizada batalla entre las fracciones, declaró:]

"Debo decir unas palabras sobre la postura del camarada Trotsky. Es necesario distinguir dos aspectos de su actividad; cuando inició las negociaciones en Brest, aprovechándolas admirablemente para la agitación, todos estábamos de acuerdo con él… Posteriormente, la táctica de Trotsky, en la medida en que tenía por objeto alargar las cosas, fue correcta. Se convirtió en errónea cuando propuso declarar la guerra terminada, pero sin firmar la paz… Pero, dado que la historia ha relegado eso a un segundo plano, no vale la pena recordarlo".

Evidentemente, había una gran diferencia entre la política de Lenin durante la crisis de Brest-Litovsk y la de Stalin, quien se mostraba mucho más cercano a Zinóviev. Hay que decir que solo Zinóviev tuvo el valor de pedir la firma inmediata de la paz, afirmando que alargar las negociaciones no tendría más efecto que agravar la severidad de las condiciones de paz. Ninguno de nosotros dudaba de que, desde el punto de vista "patriótico", habría sido más ventajoso firmar el tratado sin demora, pero Lenin pensaba que la prolongación de las negociaciones de paz permitía la agitación revolucionaria y que las tareas de la revolución internacional tenían prioridad sobre las consideraciones patrióticas (por encima de las condiciones territoriales y de otro tipo del tratado). Para Lenin, se trataba de asegurarnos un respiro provechoso en la lucha por la revolución internacional. Stalin admitía que la revolución internacional era un "potencial" que debíamos tener en cuenta. Más tarde, es cierto, modificó sus declaraciones, sobre todo para oponerse a otros; pero, en esencia, la revolución internacional en aquella época, al igual que mucho tiempo después, seguía siendo para él una fórmula sin vida que no sabía cómo aplicar en la política cotidiana.

Fue precisamente en la época de esta crisis cuando quedó claro que los factores de la política mundial eran para Stalin magnitudes totalmente desconocidas. Los ignoraba por completo y no le interesaban. En la clase obrera alemana se libraban acalorados debates entre los elementos más avanzados, en los que se planteaba la cuestión de por qué los bolcheviques habían iniciado negociaciones y se preparaban para firmar la paz. No faltaban entre ellos quienes pensaban que los bolcheviques y el gobierno de los Hohenzollern estaban representando una farsa amañada de antemano. La lucha por la revolución exigía, por tanto, que dejáramos claro a los obreros que no podíamos actuar de otra manera, que los enemigos nos pisoteaban por todas partes y que nos veíamos obligados a firmar el tratado de paz. Precisamente por esta razón, el avance alemán era nuestra mejor prueba de esa obligación de firmar. Un ultimátum de Alemania no habría sido suficiente; se podría haber creído que también formaba parte de la farsa. La situación era muy diferente con el avance de las tropas alemanas, la toma de las grandes ciudades y el equipamiento militar: perdíamos grandes riquezas, pero ganábamos la confianza política de la clase obrera de todo el mundo. Ese era el sentido fundamental de la divergencia.

Según el texto de la Constitución, un comisariado del pueblo estaba compuesto por el presidente (el comisario) y un "colegio" de media docena y, a veces, una docena de miembros. Dirigirlo no era tarea fácil. Según Pestkovsky, "todos los miembros del colegio del comisariado de nacionalidades se oponían a Stalin en la cuestión nacional y era frecuente que Stalin se encontrara en minoría". El autor arrepentido se apresura a añadir: "Stalin se propuso reeducarnos. En esta tarea, hizo gala de mucho sentido común y sabiduría". Lamentablemente, Pestkovsky no nos da detalles al respecto. En cambio, nos informa bien sobre la original forma en que Stalin ponía fin a los conflictos con sus colegas. "A veces perdía la paciencia [escribe Pestkovsky], pero no lo demostraba en las sesiones. En esas ocasiones, cuando, como consecuencia de nuestras interminables discusiones, se le agotaba la paciencia, se escabullía de repente, con una habilidad notable, 'solo un momento', y desaparecía de la sala, yendo a esconderse en uno de los recovecos de Smolny y, más tarde, del Kremlin. Era imposible entonces localizarlo. Al principio esperábamos a que volviera, pero, al final, teníamos que aplazar la reunión. Me quedaba solo en nuestra oficina común, esperando pacientemente su regreso, pero en vano. A veces, en semejantes situaciones, sonaba el teléfono y Lenin preguntaba por Stalin. Cuando le respondía que Stalin había desaparecido, me decía invariablemente: 'Encuéntralo enseguida'. No era fácil. Tenía que correr por los largos pasillos de Smolny o del Kremlin en busca de Stalin. Lo encontraba en los lugares más insospechados; dos veces, por ejemplo, en la vivienda de un marinero, el camarada Vorontsov; estaba en la cocina, tumbado en un sofá, fumando su pipa y rumiando sus tesis".

Dado que las mejores fuerzas del partido se habían visto absorbidas por tareas militares o económicas, la oficina del comisariado de nacionalidades estaba compuesta por hombres de segundo plano. Sin embargo, a menudo le sucedía que le llevaban la contraria a Stalin y le planteaban preguntas a las que él era incapaz de responder. Tenía el poder; pero ese poder era insuficiente para obligar, tenía que convencer. Stalin no estaba a la altura de la situación. Las contradicciones entre su naturaleza tiránica y sus insuficientes recursos intelectuales lo colocaban en una situación insoportable. No tenía autoridad en su propio departamento. Cuando se le agotaba la paciencia, simplemente se iba a esconder "en los lugares más insospechados". Cabe dudar de que, en la cocina del comandante, reflexionara sobre sus tesis. Es más probable que estuviese curándose su herida interior, pensando que todo iría mucho mejor si quienes no estaban de acuerdo con él no se atrevieran a decirlo. Pero en aquella época ni siquiera se le pasaba por la cabeza

que llegaría un día en el que solo tendría que dar órdenes y todos los demás obedecerían en silencio.

No menos pintoresca es la descripción que hace Pestkovsky de la búsqueda de oficinas para el comisariado en Moscú, adonde el gobierno se trasladó en el mes de marzo. Los servicios se enzarzaban en una encarnizada lucha por los locales disponibles. Al principio, el comisariado de nacionalidades no tenía absolutamente nada. "Pero insistí ante Stalin y pronto el comisariado se hizo con varias casas particulares. La oficina central de Rusia Blanca se instaló en la Povarskaya, los letones y los estonios en la Nikitskaya, los polacos en el Arbat, los judíos en la Prechistenka, mientras que los tártaros estaban en algún lugar de un muelle del Moscova. Aparte de eso, Stalin y yo teníamos oficinas en el Kremlin. A Stalin le resultaba muy incómoda esta situación. "Es totalmente imposible teneros a todos bajo control. Habría que encontrar un edificio lo suficientemente grande como para alojar a todo el mundo". Esa idea no se le quitaba de la cabeza ni un solo instante. Unos días más tarde, me dijo: "Nos han cedido el Gran Hotel de Siberia, pero el Consejo Supremo de Economía Nacional ya se ha apoderado de él. Sin embargo, no vamos a dar marcha atrás. Dile a Alliluyeva que escriba estas palabras a máquina en varias hojas de papel. Esas oficinas están ocupadas por el comisariado de las nacionalidades. Y llévate contigo unas cuantas chinchetas".

Alliluyeva, futura esposa de Stalin, era mecanógrafa en el comisariado. Provistos de los mágicos trozos de papel y de las chinchetas, Stalin y su adjunto se dirigieron en coche al Gran Hotel de Siberia. "Ya había caído la noche. La puerta principal del hotel estaba cerrada. Estaba adornada con un trozo de papel en el que se leía: "Este edificio está ocupado por el Consejo Supremo". Stalin lo arrancó y colocamos el nuestro en su lugar". "Lo único que tenemos que hacer ahora [dijo entonces Stalin] es entrar en el recinto". No fue fácil. Con gran dificultad, descubrimos una pequeña entrada por la parte trasera. Por alguna razón inexplicable, no había electricidad. Iluminamos nuestro camino con cerillas; en la segunda planta, tropezamos con un largo pasillo. Allí colocamos nuestros carteles en algunas puertas, al azar. Cuando llegó el momento de retirarnos, ya no nos quedaban cerillas. Al bajar las escaleras en la oscuridad total, llegamos al sótano después de haber estado a punto de rompernos el cuello. Por fin conseguimos, con gran dificultad, encontrar la salida y nuestro coche".

Sin duda, hay que hacer un esfuerzo de imaginación para visualizarse a un miembro del gobierno colándose, al amparo de la noche, en un edificio ocupado por otro comisariado, arrancando notas y pegando otras. Se puede afirmar con certeza que ningún otro comisario o miembro del comité central habría sido capaz de una hazaña semejante. En ello reconocemos al Koba de la época de la prisión de Bakú. Stalin no podía ignorar que la decisión final sobre la asignación de un edificio correspondía al Consejo de Comisarios o al buró político, y habría sido más sencillo dirigirse a uno u otro. Pero Stalin tenía sin duda razones para suponer que el conflicto no se resolvería a su favor y lo que quería era poner al consejo ante un hecho consumado. Su maniobra fracasó: el edificio fue asignado al Consejo Supremo de Economía, que era un organismo mucho más importante que el comisariado de Stalin. Otro motivo de rencor contra Lenin que Stalin tuvo que reprimir.

Según lo que relata Pestkovsky, la mayoría del colegio del comisariado de nacionalidades razonaba de la siguiente manera: "Toda opresión nacional no es más que una de las manifestaciones de la opresión de clase. La revolución de octubre destruyó la base de la opresión de clase; por consiguiente, no es necesario organizar en Rusia repúblicas nacionales ni regiones autónomas. La división territorial debe realizarse exclusivamente según las fronteras económicas". Por extraño que pudiera parecer a primera vista, la oposición a la política de Lenin era especialmente fuerte entre los

bolcheviques no rusos (letones, ucranianos, armenios, judíos y otros). Los bolcheviques de las regiones fronterizas que sufrían opresión luchaban junto a los partidos nacionalistas locales y se mostraban dispuestos a rechazar, no solo el veneno del chovinismo, sino incluso cualquier medida de carácter progresista. El colegio del comisariado de nacionalidades estaba compuesto por esos no rusos rusificados, que oponían su nacionalismo abstracto a las necesidades reales del desarrollo de las nacionalidades oprimidas. De hecho, esta política mantenía la vieja tradición de la rusificación y constituía en sí misma un peligro especial en las condiciones de la guerra civil.

El Comisariado de Nacionalidades se había creado para organizar a todos los pueblos de Rusia oprimidos por el zarismo, mediante comisariados nacionales. Tenía como tarea específica desarrollar la educación de las nacionalidades sobre una base soviética. Publicaba un semanario en ruso, *La vida de las nacionalidades*, y varias publicaciones en las distintas lenguas nacionales. Pero su tarea esencial seguía siendo la organización de las regiones y las repúblicas nacionales; debía encontrar los cuadros necesarios entre los propios nacionales y servir de guía tanto para las entidades territoriales recién organizadas como para las minorías nacionales que vivían fuera de su propio territorio. A los ojos de las nacionalidades atrasadas, a las que la revolución llamaba por primera vez a llevar una existencia nacional independiente, el comisariado de nacionalidades gozaba de una autoridad indiscutible. Les abría las puertas hacia la independencia en el marco del régimen soviético. En este ámbito, Stalin era para Lenin un adjunto insustituible. Conocía a fondo la vida de los pueblos autóctonos del Cáucaso, como solo un nativo podía hacerlo. Llevaba ese conocimiento en la sangre. Le gustaba la compañía de la gente sencilla, encontraba con ellos un lenguaje común, no tenía que temer que le superaran en nada y, por consiguiente, mantenía con ellos relaciones amistosas y democráticas. Lenin apreciaba estos rasgos de Stalin, que no eran habituales en el partido, y, por todos los medios, se esforzaba por realzar la autoridad de Stalin ante las delegaciones nacionales. "Hablad con Stalin. Él conoce bien este asunto. Conoce la situación, discutid el tema con él." Repetía recomendaciones de este tipo cientos de veces. Cuando Stalin tenía conflictos importantes con delegados nacionales o con sus colegas del colegio, el asunto se llevaba ante el buró político, donde todas las decisiones se tomaban invariablemente a favor de Stalin. Esto debería haber reforzado su autoridad ante los círculos dirigentes de las nacionalidades atrasadas: en el Cáucaso, en el Volga y en Asia. La nueva burocracia de las minorías nacionales se convirtió más tarde en un apoyo nada desdeñable para él.

El 27 de noviembre de 1919 se celebró en Moscú el segundo congreso panruso de las organizaciones comunistas musulmanas y de los pueblos de oriente. El congreso fue inaugurado por Stalin, en nombre del comité central del partido. Se nombraron cuatro presidentes de honor: Lenin, Trotsky, Zinóviev y Stalin. El presidente del congreso, Sultan-Galiyev, propuso al congreso saludar a Stalin como "uno de esos combatientes a quienes inflama el odio al imperialismo internacional". Sin embargo, resulta muy revelador de la importancia que se concedía a los dirigentes en aquella época que, incluso en este congreso, el informe de Sultan-Galiyev sobre la situación política general concluyera con estas palabras: "¡Viva el Partido Comunista Ruso! ¡Vivan sus dirigentes, los camaradas Lenin y Trotsky!" Incluso en ese congreso de los pueblos de oriente, que se celebraba bajo la dirección personal de Stalin, no parecía necesario incluir a Stalin entre los dirigentes del partido.

Stalin fue comisario de nacionalidades desde el inicio de la revolución hasta la supresión del comisariado en 1923, provocada por la creación de la Unión Soviética y del Consejo de Nacionalidades del Comité Ejecutivo Central de la URSS. Se puede considerar un hecho bien establecido que, hasta mayo de 1919, Stalin no se ocupaba

mucho de los asuntos del comisariado. Al principio, Stalin no escribía los editoriales de *La vida de las nacionalidades*, pero más tarde, cuando el periódico adoptó un formato más amplio, aparecían editoriales suyos en cada número. Sin embargo, la producción literaria de Stalin seguía siendo muy limitada y fue disminuyendo año tras año. En 1920-1921, solo encontramos dos o tres artículos suyos; en 1922, ni uno solo. En esa fecha, Stalin quedó completamente absorto en sus maquinaciones políticas.

En 1922, el comité de dirección del periódico declaraba: "Al inicio de la publicación de *La vida de las nacionalidades*, el camarada Stalin, comisario de nacionalidades, participó activamente en ella. Durante ese periodo escribió no solo los editoriales, sino también, con frecuencia, una sección de noticias, notas sobre la vida del partido, etc." Si releemos estas contribuciones, volvemos a encontrar al antiguo redactor de las publicaciones de Tiflis y al de la *Pravda* de San Petersburgo de 1913.

Con bastante frecuencia se veía llevado a centrar su atención en oriente. Era una de las ideas maestras de Lenin; la encontramos en muchos de sus artículos y discursos; sin duda, el interés que Stalin concedía a oriente era, en gran medida, personal. Él mismo era originario de allí; si, ante los representantes de occidente (al no estar familiarizado ni con la vida de occidente ni con sus lenguas), siempre se sentía completamente perdido, se mostraba incomparablemente más seguro y en terreno más firme con los representantes de las naciones atrasadas de oriente; era él el comisario que, en gran medida, decidía su destino. Pero en el caso de Lenin, las perspectivas relativas a oriente y occidente estaban estrechamente vinculadas. En 1918, eran los problemas de occidente los que ocupaban un primer plano; la guerra estaba a punto de terminar, había levantamientos en todos los países, revoluciones en Alemania, en Austria-Hungría y en otros lugares. El artículo de Stalin titulado "No olvidéis oriente" apareció en el número del 24 de noviembre de 1918, precisamente en la época de la revolución en Austria-Hungría y en Alemania. Todos considerábamos esas revoluciones como las precursoras de las revoluciones socialistas en Europa. Y fue entonces cuando Stalin escribió que "sin un movimiento revolucionario en oriente, es inútil siquiera pensar en el triunfo del socialismo"; en otras palabras, Stalin consideraba imposible el triunfo definitivo del socialismo, no solo en Rusia, sino incluso en Europa, sin un despertar revolucionario de oriente. Era una repetición de la idea rectora de Lenin. Sin embargo, en esa repetición de la idea había, no solo una división del trabajo, sino también de intereses. Stalin no tenía absolutamente nada que decir sobre las revoluciones en occidente. No conocía Alemania, ni su vida, ni su lengua; se centraba en oriente.

El 1 de diciembre de 1918, Stalin escribió en *La vida de las nacionalidades* un artículo titulado "Ucrania está liberada". Era siempre la misma retórica del antiguo seminarista; en él solo se encuentran repeticiones: "No dudamos de que el gobierno soviético ucraniano será capaz de resistir victoriosamente a los nuevos huéspedes indeseables, los esclavistas de Inglaterra y Francia. No dudamos de que el gobierno soviético ucraniano sabrá desenmascarar su papel reaccionario", y así sucesivamente hasta la saciedad. En un artículo de la misma revista, el 22 de diciembre de 1918, Stalin escribía: "Con la ayuda de las mejores fuerzas comunistas, se ha restablecido el aparato de estado soviético (en Ucrania). Los miembros del Comité Central de los Sóviets de Ucrania están encabezados por el camarada Piatakov… Las mejores fuerzas comunistas que componían el gobierno de Ucrania eran: Piatakov, Voroshílov, Sergueiev (Artem), Kviring, Zatonsky y Kotsubinsky. "De todos ellos, solo Voroshílov sigue vivo y ha llegado a mariscal. Sergueiev (Artem) murió en un accidente; todos los demás fueron ejecutados o desaparecieron sin dejar rastro. Tal fue el destino de las "mejores fuerzas comunistas".

El 23 de febrero, Stalin publicó un editorial titulado "Dos bandos", en el que se leía: "El mundo se ha dividido de forma decidida e irrevocable en dos bandos: el bando del imperialismo y el bando del socialismo… Las olas de la revolución socialista se elevan sin cesar para asaltar las fortalezas del imperialismo. Su eco resuena en los países de los pueblos oprimidos… El suelo se inflama bajo los pies del imperialismo…" A pesar de las oleadas, las imágenes son clichés que apenas encajan entre sí; en esta prosa, bajo el patetismo burocrático, hay un innegable tono de falta de sinceridad. El 9 de marzo de 1919, otro artículo titulado "Después de dos años", cuya conclusión es la siguiente: "La experiencia de la lucha del proletariado durante estos dos años ha confirmado plenamente lo que el bolchevismo había previsto… la inevitabilidad de la revolución proletaria mundial…" En aquellos días, las perspectivas del bolchevismo no se habían reducido al socialismo en un solo país… Todos los demás artículos eran del mismo estilo, totalmente carentes de originalidad de pensamiento y de atractivo en la forma.

El primer congreso de los comunistas chuvasios tuvo lugar en abril de 1920, es decir, más de dos años después de la instauración del gobierno soviético. Los presidentes de honor eran los mismos que anteriormente: Lenin, Trotsky, Zinóviev y Stalin. Al describir la inauguración del congreso, el periódico del comisariado de nacionalidades señalaba que las paredes estaban adornadas con los retratos de los líderes de la revolución mundial: Karl Marx, Lenin, Trotsky y Zinóviev. En aquella época aún no había ningún retrato de Stalin; sin embargo, este congreso se inscribía plenamente en su ámbito de actividad.

El 7 de noviembre (es decir, en el tercer aniversario de la revolución de octubre) encontramos a Stalin en Bakú, donde tomó la palabra en la sesión solemne de los sóviets, exponiendo un informe titulado "Tres años de dictadura proletaria". En el congreso de los pueblos de Daguestán, el 13 de noviembre, proclamó la autonomía de Daguestán. "El discurso del camarada Stalin [escribía el periódico del comisariado de nacionalidades] fue interrumpido en varias ocasiones por estruendosos aplausos y por el canto de *La Internacional*, y terminó con una ovación delirante." El 17 de noviembre, en el congreso popular del territorio del Terek, en Vladikavkaz, Stalin "proclamó la autonomía soviética del pueblo guriano". Entre el 18 y el 21 de diciembre de 1920 tuvo lugar la primera conferencia panrusa de representantes de las repúblicas, territorios y regiones autónomas. Kaminsky la inauguró en nombre de Stalin, quien no pudo asistir por enfermedad. Se aprobó por unanimidad un mensaje de felicitación a Stalin. Pero en el Congreso de los Pueblos del Este, el acta recoge: "Fueron elegidos presidentes de honor del congreso: los camaradas Lenin, Zinóviev y Trotsky (tormenta de aplausos)… Miembros de honor de la mesa… el último nombre es el de Dzhugashvili Stalin".

En Viena, bajo la dirección de Lenin, Stalin había escrito un buen trabajo sobre el problema nacional, pero su intento de continuar solo esa labor en Siberia tuvo tal resultado que Lenin consideró incluso imposible publicar su artículo. En la conferencia de marzo de 1917, Stalin expresó la opinión de que la opresión nacional es producto del feudalismo, perdiendo por completo de vista el imperialismo como factor principal de la opresión nacional en nuestra época. En 1923, equiparaba el nacionalismo granruso (que contaba con largas tradiciones a sus espaldas y con la opresión de las naciones pequeñas) con el nacionalismo defensivo de estas últimas. Estos graves errores, errores estalinistas, considerados en su conjunto, se explican, como ya hemos demostrado, por el hecho de que su autor nunca alcanza una concepción sistemática. Utiliza proposiciones aisladas del marxismo según sus necesidades del momento, eligiéndolas como se eligen los zapatos, según la talla, en una zapatería. Por eso se contradice con tanta facilidad cada vez que la situación evoluciona bruscamente. Así, incluso en el problema nacional, que era su ámbito propio, Stalin no pudo llegar a una concepción global correcta.

"El reconocimiento del derecho a la secesión no significa que se recomiende la separación", escribía en la *Pravda* del 10 de octubre de 1920. "La secesión de las regiones fronterizas habría socavado el poder revolucionario de la Rusia central, que impulsaba el movimiento de liberación tanto en el oeste como en el este. Esas regiones, aisladas por la secesión, habrían caído evidentemente bajo el yugo del imperialismo internacional. Basta con fijarse en lo que ocurrió en Georgia, Armenia, Polonia, Finlandia, etc., que se separaron de Rusia para tener solo una apariencia de independencia, mientras que, en realidad, se convertían en simples vasallos de la Entente. Basta con recordar la historia reciente de Ucrania y Azerbaiyán (la primera sometida al capitalismo alemán, la segunda a la Entente) para comprender plenamente el carácter contrarrevolucionario de la demanda de secesión de un país fronterizo en las condiciones internacionales actuales".

"La ola revolucionaria procedente del norte [escribía Stalin con motivo del primer aniversario de la revolución de octubre] se extendió por toda Rusia, alcanzando una frontera tras otra. Pero allí se topa con un dique en forma de "consejos nacionales" y de "gobiernos" territoriales (Don, Kubán, Siberia) que se constituyeron incluso antes de octubre. De naturaleza burguesa, no desean en absoluto la destrucción del viejo mundo burgués. Al contrario, consideran que es su deber defenderlo con todas sus fuerzas. Se convirtieron, naturalmente, en focos de reacción, reuniendo a su alrededor a todo lo que era contrarrevolucionario en Rusia. Pero la lucha de los "gobiernos nacionales" (contra el centro soviético) fue una lucha desigual. Atacados por dos frentes a la vez, desde el exterior por el gobierno soviético y desde el interior por sus propios obreros y campesinos, los "gobiernos nacionales" se vieron obligados a replegarse tras la primera batalla… En plena derrota, los "gobiernos nacionales" recurrieron a los imperialistas occidentales para solicitar su ayuda contra sus propios obreros y campesinos".

Así se desarrollaron las intervenciones extranjeras y la ocupación de los países limítrofes, poblados sobre todo por nacionalidades no rusas, que no podían sino odiar a Kolchak, Denikin, Wrangel y su política imperialista de rusificación.

Tras la proclamación de la República Autónoma de los Baskires en noviembre de 1917, la simpatía por el régimen soviético se extendió entre las masas. El gobierno de este pueblo estaba en manos de elementos nacionalistas liderados por Zak-Validov, que representaban los intereses del sector burgués-kulak de la población. Poco a poco, este grupo degeneró en un bastión de la actividad antisoviética y estableció contactos con Dutov y Kolchak. Sin embargo, bajo la presión de las masas y tras la supresión de la autonomía por parte de Kolchak, Zak-Validov se vio obligado a entablar negociaciones con el gobierno soviético. En febrero de 1919, tras la derrota de Kolchak, el gobierno baskir se unió al gobierno soviético y, hacia finales de ese mismo mes, en Simbirsk, en el cuartel general del frente oriental, sus delegados firmaron un acuerdo preliminar que garantizaba la autonomía del pueblo baskir a condición de que formara un gobierno basado en la constitución soviética, preparara una acción conjunta de los destacamentos baskires con el Ejército Rojo contra los blancos, etc.

A principios de marzo de 1919, Stalin inició en Moscú las negociaciones con la delegación baskir para la formación de la República Soviética de Baskiria. A raíz de los reveses militares que habíamos sufrido cerca de Ufa, me vi obligado a abandonar Moscú en los primeros días de marzo, por lo que no pude participar en el octavo congreso del partido. Stalin permaneció tranquilamente en Moscú, en el congreso, y hasta el 20 de marzo prosiguió las negociaciones con los delegados. Sin embargo, los historiadores contemporáneos de Baskiria apenas mencionan el nombre de Stalin en relación con este asunto. [Las dos citas que figuran a continuación, la primera de Antagulov y la segunda de Samoilov, son representativas a este respecto:]

"1. – La lucha entre los rusos y los baskires se agravó: el caos había alcanzado su punto álgido. En una región, se detenía a los rusos por orden del gobierno baskirio; en otra, eran los baskirios quienes eran detenidos por orden del gobierno local. El viaje del camarada Trotsky a Ufa coincidió con este movimiento (marzo de 1920). Se celebraron conversaciones entre los representantes baskirios y el gobierno soviético, representado por el camarada Trotsky, que dieron lugar a una base de acuerdo.

2. – Según una información recibida desde Baskiria, el centro seguía de cerca la cuestión baskir. A mediados de marzo, el camarada Trotsky, que había llegado a Ufa con poderes especiales, convocó una conferencia. Los baskires estaban representados por Validov, Tujvatulin, Rajarnatuvin y Kaspransky; Dudnik, Samoilov, Sergueiev (Artem) y Preobrazhensky representaban al comité territorial y al centro; también asistió el presidente del Comité Ejecutivo Provisional de Ufa, Elstin."

Durante los primeros años del régimen soviético, el bolchevismo en Ucrania era débil. La causa de esta debilidad hay que buscarla en las estructuras nacionales y sociales de este país. Las ciudades, cuya población estaba compuesta por grandes rusos, judíos, polacos y una escasa proporción de ucranianos, tenían en gran medida un carácter colonial. Entre los obreros industriales de Ucrania, un porcentaje considerable era de granrusos. Entre la ciudad y el campo existía un abismo, casi un precipicio insuperable. Aquellos intelectuales ucranianos que se interesaban sobre todo por el pueblo, la cultura y la lengua ucranianas eran mirados con cierta ironía por los ciudadanos, lo que tenía como efecto empujarlos hacia el chovinismo. Los grupos socialistas no ucranianos de las ciudades no sentían ninguna simpatía por las masas rurales. En las ciudades ucranianas, representaban la cultura de los gran rusos, con la que, sin embargo, la mayoría de ellos (en particular los intelectuales judíos) no estaban demasiado familiarizados; de ahí, en gran parte, el carácter exótico del bolchevismo ucraniano, su ausencia en el momento en que podría haberse arraigado firmemente en suelo ucraniano, su gran independencia y, por último, los múltiples conflictos, disputas y luchas fraccionales permanentes.

Era deber de Stalin, en su calidad de comisario de nacionalidades, seguir con atención el desarrollo del movimiento nacionalista en Ucrania. Por su cargo, estaba más estrechamente vinculado que otros al partido bolchevique ucraniano. Este estrecho vínculo se remontaba a 1917, inmediatamente después de la revolución de octubre, y se mantuvo durante varios años. En Ucrania, Stalin representaba al comité central ruso de los bolcheviques. Por otra parte, en algunos congresos del partido representaba a las organizaciones ucranianas, lo cual era habitual en aquella época. Participó en las conferencias del Partido Comunista Ucraniano como uno de sus propios dirigentes y, dado que la vida de la organización ucraniana transcurría sobre todo entre conflictos, disputas incesantes y agrupaciones facciosas, Stalin se sentía allí como pez en el agua.

Su etapa ucraniana estuvo plagada de fracasos, pero, sin embargo, quedó completamente ignorada. [Las historias estalinistas oficiales, obligadas a relatar uno tras otro esos fracasos, evitan cuidadosamente mencionar su nombre. No dicen que, en el informe final, "los errores sobre las cuestiones campesinas y nacionales cometidos en Ucrania en 1919 y que contribuyeron a la caída del gobierno de los sóviets" se debieron a la total incompetencia de Stalin a la hora de defender la política elaborada por el Comité Central del Partido Comunista Ruso. Al señalar esta insuficiencia, Lenin dijo: "Una parte muy pequeña de las granjas bien organizadas debería haberse transformado en granjas soviéticas; de lo contrario, no habría sido posible formar un bloque con el campesinado… Era necesaria entonces una política similar a la seguida a finales de 1917 y durante gran parte de 1918… Por lo tanto, ahora nos vemos obligados a proceder a un reparto general de las tierras que dependen de un gran número de granjas soviéticas".]

[En la cuarta conferencia del partido ucraniano, celebrada el 10 de marzo de 1920, Stalin, en calidad de representante del comité central encargado de defender allí la resolución del comité sobre la cuestión ucraniana, se encontró frente a una oposición compuesta por diversos elementos, entre los que destacaban por su agresividad los miembros de la corriente del "centralismo democrático" de Sapronov, que había sido derrotada en la conferencia del partido panruso, celebrada en diciembre. Los argumentos de esta oposición eran, por tanto, conocidos de antemano, y el Comisariado de Nacionalidades publicó la refutación, redactada para él por Trotsky, a quien el buró político había asignado esa tarea. No obstante, Stalin se vio en un callejón sin salida en la conferencia ucraniana. El comité central tuvo que intervenir decretando la disolución del comité ucraniano y retirando de Ucrania a un gran número de funcionarios contagiados por el chovinismo gran ruso. La parte esencial de la resolución del comité central aprobada en diciembre de 1919 estaba redactada así:]

"Teniendo en cuenta que la cultura ucraniana… ha sido oprimida durante siglos por el zarismo y las clases explotadoras de Rusia, el Comité Central del Partido Comunista Ruso obliga a todos los miembros del partido a contribuir por todos los medios a derribar los obstáculos que entorpecen el libre desarrollo de la cultura y la lengua ucranianas. Como consecuencia de siglos de opresión, existen tendencias nacionalistas entre los sectores más atrasados de las masas ucranianas, por lo que es deber de los miembros del partido mostrarse tolerantes y pacientes con ellos, subrayando, mediante una explicación amistosa, la identidad de intereses entre las masas trabajadoras de Ucrania y Rusia. Los miembros del partido deben hacer valer el derecho de las masas trabajadoras a estudiar en lengua ucraniana y a utilizarla en todas las instituciones soviéticas."

Se trataba de una tesis extremadamente fácil de defender. Aunque se sabía que Stalin no era un brillante orador en los debates, resulta bastante difícil explicar su derrota, dada la relación de fuerzas en la conferencia. Es muy posible que, al constatar que el ambiente de la conferencia era desfavorable para su tesis, Stalin decidiera jugar a "quien pierde, gana", dando a entender, a través de intermediarios, que defendía una tesis que no se ajustaba a su convicción personal, sino únicamente por disciplina. Podía esperar así matar dos pájaros de un tiro: ganarse la simpatía de los delegados ucranianos y achacarme a mí la responsabilidad de la derrota, como autor de la tesis. ¡Una intriga así encajaba perfectamente con el carácter del hombre!

La socialdemocracia georgiana no limitaba sus ambiciones al campesinado empobrecido de la pequeña Georgia; también aspiraba, y no sin cierto éxito, a la dirección del movimiento "de la democracia revolucionaria de toda Rusia". Durante los primeros meses de la revolución, los círculos dirigentes de la intelectualidad georgiana consideraban a Georgia, no como una patria nacional, sino como una Gironda, una provincia meridional elegida para proporcionar dirigentes a todos los países. Pero esta mentalidad solo pudo persistir mientras existió la esperanza de mantener la revolución dentro del marco de una democracia burguesa. Cuando se hizo evidente el peligro de una victoria del bolchevismo, la socialdemocracia georgiana rompió inmediatamente sus vínculos con los conciliadores rusos y se unió a los elementos reaccionarios de la propia Georgia. Cuando los sóviets se impusieron, los defensores georgianos de una Rusia única e indivisible se convirtieron también en ardientes defensores del separatismo…

[Los siguientes documentos arrojan nueva luz sobre la sovietización de Georgia:]

"1.

Al Comité Revolucionario de Guerra del frente del Cáucaso.

A Ordzhonikidze.

He recibido su carta de recriminaciones. Se equivoca al considerar mi investigación, que es mi deber, como una falta de confianza. Espero que, antes de nuestro encuentro, abandone ese tono injurioso e inapropiado.

3 de abril de 1920. Lenin."

"2.

A Bakú, vía Rostov.

Al miembro del Consejo Revolucionario de Guerra del frente del Cáucaso, Ordzhonikidze.

El comité central le ordena que retire todas las unidades del territorio de Georgia, que las lleve de vuelta hasta la frontera y que impida cualquier incursión en Georgia. Tras las negociaciones con Tiflis, queda claro que no se descarta la paz con Georgia.

Envíe inmediatamente la información más precisa sobre los rebeldes.

5 de mayo de 1920.

Por orden del buró político, Lenin, Stalin"

[Carta mecanografiada de los servicios del comandante en jefe a todas las fuerzas armadas de la república, fechada en Moscú el 17 de febrero de 1921, con la indicación: "secreto, personal", dirigida al vicepresidente del Comité Revolucionario de Guerra de la República. A continuación, la parte esencial de su texto:]

"Por iniciativa del comandante del II Ejército, nos encontramos ante un hecho consumado: una incursión en Georgia; se han franqueado las fronteras de Georgia y el Ejército Rojo ya ha entrado en contacto con el ejército georgiano.

El comandante en jefe: S. KAMENEV.

El comisario militar: S. DANILOV.

El jefe del Estado Mayor: P. LEBEDEV."

"4.

Ekaterimburgo.

Secreto.

A Moscú. A Skliansky.

Por favor, envíeme un breve informe sobre la cuestión de las operaciones militares contra Georgia: cuándo comenzaron dichas operaciones, bajo qué órdenes, y todo lo demás. Necesito ese informe para la sesión plenaria.

TROTSKY.

21 de febrero de 1921."

"5.

[Escrito por Lenin; copia de un documento secreto:]

"El comité central estaba dispuesto a permitir que el II Ejército apoyara activamente el levantamiento en Georgia y la ocupación de Tiflis, respetando siempre las normas internacionales y con la condición de que todos los miembros del comité de guerra del II Ejército, tras un examen riguroso de la situación estuvieran convencidos del éxito. Les advertimos de que aquí nos encontramos sin pan, debido a la falta de medios de transporte, y que, por consiguiente, no podremos proporcionarles ni un tren ni un solo camión. Nos vemos obligados a esperar del Cáucaso únicamente trigo y petróleo. Exigimos una respuesta inmediata firmada por todos los miembros del Comité Revolucionario de Guerra, así como por Smilgá, Sytine, Trifonov y Frumkin. Hasta que respondamos a los telegramas de todas estas personas, no emprendan ninguna acción de carácter decisivo.

POR ORDEN DEL COMITÉ CENTRAL,

KRESTINSKY, SKLIANSKY."

"6.

El camarada Skliansky, en nuestra presencia, cifró inmediatamente este texto, tras fotografiar el original, y lo envió a Smilgá, encargado de descifrarlo personalmente. Informen al comandante en jefe sin mostrarle el telegrama. Stalin avisará él mismo a Ordhzonikidze. Bajo su responsabilidad.

LENIN.

14 de febrero de 1921.

(ESCRITO A MANO POR CAMARADA LENIN.)"

La Georgia menchevique era incapaz de resistir. Eso estaba claro para todos nosotros. Sin embargo, no estábamos de acuerdo en cuanto al movimiento y los métodos de sovietización. Por mi parte, era partidario de un cierto período de trabajo preparatorio en el interior del país, con el fin de seguir el desarrollo del levantamiento y acudir más tarde en su ayuda. Consideré que, tras la firma de la paz con Polonia y la derrota de Wrangel, Georgia no podía suponer un peligro inmediato y que el desenlace podía aplazarse. Ordzhonikidze, respaldado por Stalin, insistía en que el Ejército Rojo invadiera Georgia, dando por hecho que el levantamiento estaba maduro. Lenin se inclinaba por compartir el punto de vista de los dos miembros georgianos del comité central. La cuestión fue zanjada por el buró político el 14 de febrero de 1921, mientras yo me encontraba en los Urales.

La intervención militar se desarrolló con éxito y no provocó ninguna complicación internacional, si se hace caso omiso de la frenética campaña de la burguesía y de la Segunda Internacional. Sin embargo, el método de sovietización de Georgia revistió una importancia extrema durante los años que le siguieron inmediatamente. En las regiones donde las masas trabajadoras ya se habían pasado al bolchevismo antes de la revolución, aceptaban los sufrimientos y las dificultades subsiguientes como parte de su propia causa. No ocurría lo mismo en las regiones menos avanzadas, donde la sovietización la llevaba a cabo el ejército. Allí, las masas trabajadoras consideraban que sus privaciones eran consecuencia de un régimen impuesto desde fuera. En Georgia, la sovietización prematura fortaleció a los mencheviques durante un tiempo y condujo a la importante insurrección de masas de 1924, cuando, según la propia confesión de Stalin, Georgia tuvo que ser "arada de nuevo".

Capítulo noveno. La guerra civil

Cuando se repasan las publicaciones históricas habituales que tratan sobre este periodo, se observa que surge un nuevo conflicto a cada momento: en Brest-Litovsk, Trotsky no se ajustó a las instrucciones de Lenin; en el frente del sur, Trotsky fue en contra de las directrices de Lenin; en el frente del este, Trotsky actuó en contra de las órdenes de Lenin, y así sucesivamente. Cabe señalar, en primer lugar, que Lenin no podía, en ningún caso, darme instrucciones personales. Las relaciones dentro del partido no eran así en aquella época. Ambos éramos miembros del comité central, cuya misión era zanjar las divergencias de opinión. Cada vez que surgía un desacuerdo entre Lenin y yo (y eso ocurrió más de una vez), la cuestión se sometía automáticamente al buró político del comité central, que tomaba la decisión. Por lo tanto, estrictamente hablando, no podía darse el caso de que yo no siguiera las directrices de Lenin. Pero eso no es más que un aspecto del asunto: el lado formal. Si se analiza el fondo de la cuestión, no se puede evitar preguntarse: ¿cómo se habrían podido cumplir las directrices de Lenin cuando él había puesto al frente del departamento de guerra a un hombre que no hacía más que cometer errores y crímenes, y al frente de la economía nacional a Ríkov, un partidario declarado, según su propia confesión, de la restauración del capitalismo y futuro agente del fascismo; al frente de la Internacional Comunista, a ese futuro fascista y traidor Zinóviev; y al frente del periódico oficial del partido y entre los dirigentes de la Internacional Comunista, a ese futuro bandido fascista, Bujarin?

Todos los grandes jefes del Ejército Rojo[5] durante el período estalinista: Tujachevsky, Legorov, Blücher, Budionni, Lakyr, Uborevich, Gamarnik, Dybenko, Fed'ko [Kork, Putna, Feldman, Alksnis, Eidemanii, Primakov y muchos otros] fueron nombrados, cada uno en su momento, para altos cargos militares cuando yo estaba al frente del departamento de guerra; en la mayoría de los casos, los ascendí yo mismo durante mis viajes al frente y tras observar directamente su trabajo. Así pues, por muy detestable que pudiera haber sido mi dirección, al parecer fue lo suficientemente buena como para haber elegido a los mejores jefes, ya que, durante un lapso de diez años, Stalin no pudo encontrar a otros que los sustituyeran. Es cierto que casi todos los jefes militares de la guerra civil, todos aquellos que construyeron nuestro ejército, fueron declarados más tarde "traidores" y "espías". Pero eso no cambia nada. Fueron ellos quienes defendieron la revolución y el país. Dado que en 1933 se decidió que había sido Stalin, y nadie más, quien había construido el Ejército Rojo, habría que concluir que la responsabilidad de la elección de tal equipo de comandantes debería recaer sobre él. Los historiadores oficiales no salen de esta contradicción sin cierta dificultad, pero lo hacen, no obstante, con aplomo. La responsabilidad del nombramiento de los traidores para puestos de mando recae sobre mí, mientras que el honor de las victorias logradas por esos mismos traidores pertenece indiscutiblemente a Stalin. Hoy en día, esta única división de

[5] También aquí nos cuesta mucho no interrumpir la lectura para señalar la pertinencia en este capítulo de la obra de Trotsky *Escritos militares. Cómo se armó la revolución. (En tres volúmenes)*, en estas mismas OELT-EIS y primera edición en castellano completa.

la función histórica se enseña a todos los escolares, según una *Historia* editada por el propio Stalin.

La labor militar en la época de la guerra civil revistió dos aspectos. Uno consistía en seleccionar a los hombres, aprovechar adecuadamente sus capacidades, establecer la vigilancia necesaria, detectar a los sospechosos y castigar. Todas estas actividades del aparato administrativo se adaptaban a la perfección a los talentos de Stalin. Pero había algo más: la necesidad de improvisar un ejército partiendo de la nada, de despertar el espíritu de los soldados y los comandantes, de sacar a relucir lo mejor que había en ellos e inspirarles confianza en sus nuevos jefes. Stalin era totalmente incapaz de llevar a cabo esa labor creativa. Es imposible, por ejemplo, imaginarlo ante un regimiento para arengarlo, pues para eso no tenía ninguna aptitud. Ni siquiera se dirigió jamás a las tropas mediante discursos escritos de antemano, sin duda porque no confiaba en su retórica de seminarista. Su influencia en los sectores del frente donde trabajó era insignificante; se mantenía impersonal, burocrático y policial.

Recuerdo haberle preguntado, durante la guerra civil, a un miembro del comité central, Serebriakov, que en aquella época se encontraba con Stalin en el frente del sur, si no podría actuar sin Stalin para ahorrar fuerzas. Serebriakov respondió: "No, yo no sé, como Stalin, 'ejercer presión'; no es mi especialidad." Cuanto más capaz era la maquinaria estatal de "ejercer presión", más se alejaba de ella el espíritu revolucionario y más seguro se sentía Stalin.

Si bien el frente atraía a Stalin, también lo repelía. La maquinaria militar garantiza la posibilidad de dar órdenes; pero Stalin no era el dueño de esa maquinaria. Al principio, solo dirigía uno de los veinte ejércitos; más tarde estuvo al frente de uno de los cinco o seis frentes. Impuso una disciplina severa, mantuvo firmemente en sus manos todas las riendas y no toleró la más mínima desobediencia. Al mismo tiempo, mientras dirigía un ejército, empujaba sistemáticamente a otros jefes a ignorar las órdenes del frente. Al mando del Frente del Sur o del Suroeste, infringió las instrucciones del comandante en jefe. En el ejército zarista, además de la subordinación militar habitual, existía una subordinación no escrita: los grandes duques, que ocupaban altos cargos administrativos, solían ignorar a sus oficiales superiores y provocaban el desorden en la administración del ejército y la marina. Recuerdo haberle señalado a Lenin que Stalin, aprovechándose indebidamente de su condición de miembro del comité central del partido, estaba introduciendo el régimen de los grandes duques en nuestro ejército. [Diez años más tarde], Voroshílov [admitía en su ensayo sobre] Stalin y el Ejército Rojo que "Stalin siempre estaba dispuesto a rebelarse contra cualquier norma, cualquier subordinación". Los gendarmes se reclutan entre los cazadores furtivos.

Los conflictos entre las órdenes de abajo y las de arriba están en la naturaleza de las cosas. El ejército casi siempre está descontento con el frente, y el frente siempre se rebela contra el estado mayor, sobre todo cuando las cosas no van bien. Lo que caracterizaba el papel de Stalin en el frente era que explotaba sistemáticamente estas fricciones, provocando así amargas disputas. Al involucrar a sus colaboradores en conflictos peligrosos, los unía sólidamente en una casta, sometiéndolos así a su total dependencia. En dos ocasiones fue llamado a retirarse del frente por orden directa del comité central. Pero, con cada nuevo giro de los acontecimientos, se le enviaba de nuevo allí. A pesar de las repetidas oportunidades, no logró ganarse ningún prestigio entre el ejército. Sin embargo, aquellos de sus colaboradores militares que estaban bajo su mando, una vez arrastrados a la lucha contra el centro, a partir de entonces le fueron estrechamente fieles. El grupo de Tsaritsin se convirtió en el núcleo de la facción estalinista.

El papel de Stalin en la guerra civil puede evaluarse sin duda mejor por el hecho de que, al final de la guerra, su autoridad personal no había aumentado en absoluto. A

nadie se le habría ocurrido, en aquella época, decir o escribir que Stalin había "salvado" el Frente del Sur, o que había desempeñado un papel importante en el frente oriental, o incluso que había impedido la caída de Tsaritsin. En numerosos documentos, memorias y antologías dedicados a la guerra civil, el nombre de Stalin no aparece mencionado en absoluto, o se menciona entre muchos otros. Además, la guerra contra Polonia dejó en su reputación (al menos en los círculos bien informados del partido) una mancha indestructible. No participó en la campaña contra Wrangel, ya fuera porque estaba enfermo o por otras razones: hoy en día es difícil saberlo. En cualquier caso, salió de la guerra civil tan desconocido y ajeno a las masas como lo había estado desde la revolución de octubre.

"En ese difícil período, 1918-1920 [escriben los historiadores más recientes], el camarada Stalin fue trasladado de un frente a otro, a los puntos donde la revolución corría mayor peligro." En 1922, el comisariado de educación publicó una "Antología de los cinco años", compuesta por quince artículos, entre los que se encuentra uno sobre "la creación del Ejército Rojo" y otro titulado "Dos años en Ucrania", ambos dedicados a la guerra civil. Ni en uno ni en otro se encuentra una sola palabra sobre Stalin. Al año siguiente se publicó una antología en dos volúmenes, titulada *La guerra civil.* Consistía en documentos y otros materiales sobre la historia del Ejército Rojo. En aquella época, a nadie le interesaba dar un carácter tendencioso a una antología de este tipo. En toda la obra, ni una sola palabra sobre Stalin. Ese mismo año 1923, el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets publicó un volumen de 400 páginas titulado "Cultura soviética". En la sección dedicada al ejército, hay numerosos retratos bajo el título general "Los creadores del Ejército Rojo". Stalin no figura entre ellos. En la sección titulada "Las fuerzas armadas de la revolución durante los siete primeros años de octubre", ni siquiera se menciona el nombre de Stalin. Sin embargo, esta sección está ilustrada; no solo aparecen mi retrato y los de Budenny y Blucher, sino incluso el de Voroshílov. Y entre los líderes de la guerra civil se nombra no solo a Antónov-Ovseyenko, Dibenko, Yegorov, Tujachevsky, Uborevich, Putna y Sharangovich, sino a muchos otros, de los cuales casi todos serían posteriormente declarados enemigos del pueblo y fusilados. Dos de ellos, Frunze y S. Kámenev, murieron de muerte natural, aunque sigue habiendo incertidumbre sobre las circunstancias de la muerte de Frunze. Entre los hombres mencionados en este volumen figura Raskolnikov, comandante de las flotas del Báltico y del mar Caspio durante la guerra civil. [Se negó a regresar a Moscú cuando fue destituido del cargo que ocupaba en 1938 como embajador de los sóviets en Bulgaria, en la época de la purga del cuerpo diplomático. Tras escribir una carta de acusación contra Stalin, murió repentinamente, en circunstancias misteriosas, al parecer envenenado.]

En varias publicaciones oficiales se menciona de pasada, basándose en algún tipo de prueba existente en los archivos, que Stalin perteneció durante un tiempo al Comité Revolucionario de Guerra de la República. No se ofrece ninguna referencia precisa sobre el período de su participación en el órgano militar supremo. En una monografía especializada, "El Comité Revolucionario de Guerra de la URSS durante diez años", escrita por tres autores en 1928, cuando todo el poder ya estaba concentrado en manos de Stalin, se puede leer:

"El 2 de diciembre de 1919, el camarada Gusiev fue incorporado al Comité Revolucionario de Guerra. Posteriormente, durante la guerra civil, los camaradas Stalin, Podvoisky, Okulov, Antonov-Ovseienko y Serebriakov fueron nombrados miembros de dicho comité en diferentes momentos".

Una historia del partido comunista publicada por N. L. Meshcheriakov en 1934, tras repetir la mentira de que Stalin "pasó el período de la guerra civil principalmente en el frente", afirma que Stalin "fue miembro del Comité Revolucionario de Guerra de la

República de 1920 a 1923". En el número conmemorativo del Ejército Rojo de la *Pravda* de 1931, se encuentran tres "documentos inéditos": telegramas que datan de 1920. A juzgar por estos documentos, única prueba publicada hasta la fecha, parecería que Stalin fue realmente miembro del Comité Militar Revolucionario, al menos del 3 al 25 de junio, es decir, durante algo más de tres semanas, en 1920. No se encuentra nada antes ni después de estas dos fechas. ¿Por qué? Hay que recordar que los cinco volúmenes publicados por el ministerio de guerra, en los que se recopilaban mis órdenes, llamamientos y discursos, no solo fueron confiscados y destruidos, sino que cualquier referencia a estos textos, cualquier cita, está absolutamente prohibida. Sin embargo, *La revolución proletaria*, órgano histórico del partido, escribía en su número de octubre de 1924 sobre esta obra, que no contiene más que documentos de la guerra civil: "Los historiadores de nuestra revolución encontrarán en estos volúmenes una gran cantidad de material documental extremadamente valioso".

Pero, en los archivos del ministerio de guerra, siguen existiendo las actas taquigráficas de las sesiones del Comité de Guerra. ¿Por qué no se citan para determinar el período durante el cual Stalin fue miembro del comité? La respuesta es sencilla: porque en esas actas no se menciona a Stalin entre los miembros presentes, salvo en una o dos ocasiones, pero en esos casos únicamente como alguien que planteaba al comité cuestiones de carácter secundario. Sin embargo, Stalin fue nombrado miembro de este organismo por decisión del comité central del partido en la primavera de 1920.

La explicación de estas circunstancias enigmáticas, por lo que puedo recordar, es muy reveladora del carácter de Stalin. Durante la guerra civil, cada vez que surgía un conflicto con Stalin, me esforzaba por obligarle a expresar sus opiniones sobre los problemas militares de forma clara y precisa. Intentaba transformar su oposición hosca y solapada en una oposición abierta, u obligarle a participar en un órgano militar de dirección. De acuerdo con Lenin y Krestinsky, que apoyaban plenamente mi política militar, logré finalmente que Stalin fuera nombrado miembro del Comité de Guerra. Stalin se vio obligado a aceptar. Pero enseguida encontró una forma de eludirlo: con el pretexto de que estaba sobrecargado de trabajo, no acudió a ninguna sesión del comité.

Puede parecer extraño que nadie, durante los primeros doce años del régimen soviético, hablara jamás del supuesto papel de "líder" que habría desempeñado Stalin en los asuntos militares, ni siquiera de su "activa" participación en la guerra civil. Pero esto se explica fácilmente por el simple hecho de que, en aquella época, aún existían miles de hombres que sabían *lo que realmente había sucedido y cómo*.

Incluso en ese número especial de la *Pravda* de 1931, todavía no se afirmaba que Stalin hubiera sido el principal organizador del Ejército Rojo, sino solo el organizador de la Caballería Roja. Ocho años antes, el 3 de febrero de 1922, la misma *Pravda* había publicado un relato algo diferente sobre la formación de la Caballería Roja en un artículo sobre la guerra civil. En él se leían estas líneas:

"Mamontov ocupó Kozlov y Tambov durante un tiempo, causando grandes daños. '¡Proletarios, a caballo!' Esta consigna del camarada Trotsky para la formación de unidades a caballo fue acogida con entusiasmo, y ya el 19 de octubre el ejército de Budionny asestaba duros golpes a las fuerzas de Mamontov, cerca de Vorónezh".

Aún en 1926, no solo tras mi alejamiento del departamento de guerra, sino cuando ya era objeto de persecuciones despiadadas, el comisariado de guerra publicó una obra de investigación histórica titulada *Cómo se armó la revolución*, en la que los autores, estalinistas de reconocido prestigio, escribían: "La consigna del camarada Trotsky: '¡Proletarios, a caballo!', fue el elemento decisivo que permitió llevar a cabo la organización del Ejército Rojo en este ámbito". Es decir, en relación con la creación de

la Caballería Roja. Así pues, en 1926, Stalin aún no se presentaba como el organizador de la caballería.

De hecho, la campaña para la creación de la Caballería Roja dominó todo mi trabajo durante muchos meses en 1919. El Ejército Rojo se basaba en el obrero, quien a su vez había movilizado al campesino. El obrero tenía una ventaja sobre el campesino, no solo por su nivel cultural, sino sobre todo por su capacidad para manejar las armas que proporcionaban las nuevas técnicas. Esto le aseguraba una doble ventaja en el ejército. En el caso de la caballería, la situación era muy diferente. La parte de los jinetes correspondía a las estepas rusas. Los mejores eran los cosacos, seguidos de los hijos de los campesinos ricos de las estepas que poseían caballos y sabían manejarlos. La caballería era el arma más reaccionaria del antiguo ejército; defendió el régimen zarista durante más tiempo que cualquier otra rama del servicio. Por consiguiente, resultaba doblemente difícil formar un ejército a caballo. En primer lugar, había que acostumbrar al obrero al caballo; era necesario que los proletarios de Petrogrado y Moscú aprendieran a montar a caballo, aunque solo fuera para poder desempeñar su función de comisario o de soldado de a pie. Su tarea consistía en crear núcleos revolucionarios sólidos y seguros en los escuadrones y regimientos de caballería. Ese era el sentido de mi lema "¡Proletarios, a caballo!". Todo el país, todos los centros industriales, se llenaron de carteles con este lema. Uno de mis secretarios, Poznansky, se encargó personalmente de la formación de unidades de la Caballería Roja. Solo esta participación de los proletarios convertidos en jinetes transformó los destacamentos de guerrilleros en unidades de caballería bien entrenadas.

Tres primeros años del régimen soviético estuvieron marcados por la guerra civil. El departamento de guerra determinaba la labor gubernamental de todo el país. Todas las demás actividades gubernamentales estaban subordinadas a él. El Comisariado de Abastecimiento ocupaba el segundo lugar en importancia. La industria trabajaba principalmente para la guerra. Todos los hombres en edad de trabajar y valientes podían ser movilizados. Los miembros del comité central, los comisarios del pueblo y todos los dirigentes del partido pasaban la mayor parte de su tiempo en el frente, como miembros de comités revolucionarios de guerra y, en ocasiones, como comandantes del ejército. La guerra en sí misma fue una dura escuela de disciplina gubernamental para un partido revolucionario que hacía solo unos meses que había salido de la clandestinidad. La guerra, con sus exigencias implacables, separó el trigo de la paja, tanto dentro del partido como en los organismos del estado. Muy pocos miembros del comité central permanecían en Moscú: Lenin, que era el centro político; Sverdlov, que era presidente del Comité Ejecutivo Central y también secretario general del partido; y Bujarin, como director de *Pravda*. Zinóviev, a quien todos, incluido él mismo, consideraban incapaz para los asuntos militares, permanecía en Petrogrado, de la que era el líder político. Kámenev estaba al frente del Sóviet de Moscú; acudió varias veces al frente, aunque él también era, por naturaleza, decididamente un civil. Lashévich, Smilgá, I. N. Smirnov, Sokolnikov y Serebriakov, todos ellos miembros destacados del comité central, se encontraban casi constantemente en el frente.

Nos llevaría demasiado lejos si tuviéramos que relatar, aunque fuera brevemente, la actividad en la clandestinidad revolucionaria, en octubre y durante la guerra civil, de estos hombres y de muchos otros militantes. Muchos de ellos no eran en absoluto inferiores a Stalin, y no faltaban quienes le superaban en aquellos valores que más aprecian los revolucionarios: la clarividencia política, el valor moral, la capacidad para la agitación, la propaganda y la organización. Basta recordar que, cuando se creó el Ejército Rojo, se consideró que otros hombres estaban mejor cualificados que Stalin para esa tarea. El Comité Supremo de Guerra, constituido el 4 de marzo de 1918, estaba compuesto por

Trotsky como presidente, Podvoisky, Skliansky y Danichevsky como miembros; Bonch-Bruyevich era el secretario general, y contaba con un equipo de oficiales zaristas en calidad de especialistas.

Cuando se reorganizó, el 12 de septiembre de 1918, como Comité Revolucionario de Guerra de la República, quedó compuesto por Trotsky como presidente, Vatsetis como comandante en jefe de las fuerzas armadas y los siguientes miembros: Iván Smirnov, Rosenholtz, Raskolnikov, Skliansky, Muralov y Yurenov. Cuando, el 8 de julio de 1919, se decidió contar con un equipo más reducido y compacto, Trotsky siguió como presidente; Skliansky fue nombrado vicepresidente, y Ríkov, Smilgá y Gusiev, miembros, siendo S. Kámenev el comandante en jefe en aquel momento. Al igual que otros, Stalin encontró su lugar en el ejército, y el Ejército Rojo supo aprovechar al máximo sus talentos. Lo que contradice los hechos es la reciente pretensión de atribuir a Stalin un papel destacado en la organización del Ejército Rojo y en la conducción de la guerra civil.

El ejército se forjó en medio del fuego; los métodos aplicados, en los que predominaba la improvisación, se sometían a una verificación inmediata en la acción. Para resolver cada nuevo problema que planteaban las operaciones militares, era necesario organizar nuevos regimientos y nuevas divisiones, siempre partiendo de cero. El ejército, que crecía caóticamente a saltos, fue construido por el obrero, quien movilizó al campesino y atrajo a antiguos oficiales a la causa, pero sometiéndolos a su control. No fue una tarea fácil. Las condiciones materiales eran extremadamente desfavorables, la industria y el transporte estaban completamente desorganizados, no había reservas de suministros, ni economía agrícola, y el proceso de desintegración industrial se agravaba constantemente. Bajo tales condiciones, no podía hablarse de servicio militar obligatorio ni de movilización forzosa. Al menos temporalmente, había que recurrir al sistema de voluntariado.

Los que tenían formación militar estaban cansados del combate en las trincheras, y para ellos la revolución significaba la liberación de la guerra. Por eso no era fácil movilizarlos de nuevo para otra guerra. Era más fácil movilizar a los jóvenes, pero estos no sabían nada de la guerra, había que instruirlos, y el enemigo no nos concedía tiempo suficiente. El número de nuestros propios oficiales, vinculados de una u otra forma a nuestro partido y absolutamente fiables, era insignificante. Desempeñaban en el ejército un papel político extremadamente importante; lamentablemente, sus concepciones militares eran limitadas y, cuando sus conocimientos resultaban insuficientes, recurrían con demasiada frecuencia a su autoridad política y revolucionaria, complicando así la tarea esencial de la construcción del ejército. Al propio partido le resultó difícil, tras la brillante victoria de octubre, adaptarse a la idea de que la guerra civil aún estaba por delante. Por todas estas razones, se acumulaban inmensas dificultades en el camino hacia la formación de un nuevo ejército. A veces parecía que las discusiones absorbían toda la energía invertida. *¿Seremos capaces o no de crear un ejército?* El destino de la revolución dependía de esta cuestión.

La transición de la lucha revolucionaria contra el antiguo estado a la creación de un nuevo estado, de la destrucción del ejército zarista a la creación de un Ejército Rojo, vinieron acompañadas de una crisis en el seno del partido, o más bien de una serie de crisis. En cada etapa, las viejas formas de pensar y los viejos hábitos chocaban con las nuevas tareas. El rearme del partido era indispensable. Dado que el ejército era la más necesaria de todas las instituciones del estado y que, durante los primeros años del régimen soviético, la atención se centraba en la defensa de la revolución, no es de extrañar que todas las discusiones y todos los conflictos en el seno del partido giraran en torno a la cuestión del ejército. Casi desde el momento en que hicimos nuestros primeros esfuerzos por pasar de destacamentos armados dispersos a un ejército centralizado, surgió

una oposición. La mayoría del partido y del comité central apoyaba, en última instancia, a la dirección militar, ya que las victorias sucesivas hablaban a su favor. Sin embargo, no faltaban los ataques ni las vacilaciones. El partido gozaba de plena libertad de crítica y de oposición en los momentos más duros de la guerra civil. Incluso en el frente, en reuniones privadas del partido, los comunistas sometían con frecuencia la política del mando militar a ataques implacables. A nadie se le ocurría, en aquella época, perseguir a los opositores. Los castigos en el frente eran muy severos (y los comunistas no se libraban de ellos), pero se imponían únicamente por incumplimientos de los deberes militares. Dentro del comité central, la oposición era infinitamente menos intensa porque allí yo podía contar con el apoyo de Lenin. En general, hay que decir que cada vez que Lenin y yo estábamos de acuerdo (y lo estábamos en la mayoría de los casos), los demás miembros del comité central nos apoyaban, casi siempre por unanimidad; la experiencia de la revolución de octubre se había incorporado a la vida del partido como una lección poderosa y decisiva.

Hay que añadir, sin embargo, que el apoyo de Lenin no era incondicional. Lenin se mostró indeciso en más de una ocasión y, en algunos casos, cometió graves errores. Mi ventaja sobre él radicaba en que yo viajaba sin cesar a lo largo de los distintos frentes y entraba en contacto con una extraordinaria diversidad de personas: desde campesinos, prisioneros de guerra y desertores hasta los dirigentes del ejército y del partido que se encontraban entonces en el frente. Este conjunto de impresiones variadas tenía un valor inestimable. Lenin, por el contrario, nunca salía de Moscú; y todos los hilos estaban en sus manos. Tenía que pronunciarse sobre cuestiones militares, nuevas para todos nosotros, basándose en informaciones que, en su mayoría, procedían de dirigentes del partido. Nadie era más capaz que él de comprender las voces individuales que venían de abajo, pero estas solo le llegaban en ocasiones excepcionales.

En agosto de 1919, cuando yo me encontraba en el frente cerca de Svyajsk, Lenin me pidió mi opinión sobre una propuesta, formulada por un miembro destacado del partido, de sustituir a todos los oficiales del estado mayor por comunistas. Respondí rotundamente que no. "Es cierto [telegrafié desde Svyajsk al Kremlin el 23 de agosto de 1918] que entre los oficiales no faltan los traidores. Pero, por otra parte, está demostrado que se cometen actos de sabotaje en los ferrocarriles durante los movimientos de tropas; sin embargo, nadie propone sustituir a los ingenieros por comunistas. Considero que la propuesta de Larin carece de todo valor. Estamos creando las condiciones en las que podremos llevar a cabo una selección drástica entre los oficiales: por un lado, los campos de concentración; por otro, la campaña en el frente oriental. Medidas catastróficas como las que propone Larin están dictadas por el pánico… Las victorias en el frente nos permitirán mejorar nuestras selecciones actuales y nos proporcionarán los cuadros de un estado mayor general fiable… Los que más protestan contra el uso de los oficiales son o bien alarmistas, o bien hombres alejados del trabajo militar, o incluso miembros del partido movilizados que son ellos mismos peores que cualquier saboteador, los que no están a la altura de su tarea se comportan como sátrapas, no hacen nada por sí mismos y, cuando su fracaso es evidente, echan la culpa al oficial del estado mayor".

Lenin no insistió. Sin embargo, las victorias se alternaban con las derrotas. Las victorias reforzaban la confianza en mi política militar; los reveses, inevitablemente, multiplicaban el número de traiciones y provocaban una nueva ola de críticas y protestas en el partido. En marzo de 1919, en la sesión vespertina del Consejo de Comisarios del Pueblo, a raíz de un telegrama que anunciaba la traición de ciertos comandantes del ejército, Lenin me hizo pasar esta nota: "¿No sería mejor que echáramos a todos los especialistas y nombráramos a Lashévich comandante en jefe?" Comprendí de inmediato que los adversarios de la política del departamento de guerra, y en particular Stalin, habían presionado a Lenin durante los días anteriores y habían logrado infundirle ciertas dudas.

Escribí mi respuesta en el reverso de su pregunta: "¡Infantil!" Al parecer, esta seca réplica causó impresión. A Lenin le gustaban las frases contundentes. Al día siguiente, con el informe del estado mayor en el bolsillo, fui al despacho de Lenin en el Kremlin y le pregunté:

"¿Sabe cuántos oficiales zaristas tenemos en el ejército?"

—No, no lo sé —dijo, interesado.

—¿Aproximadamente?

—No lo sé. (Se negaba rotundamente a dar una cifra.)

—¡No menos de treinta mil! (Esa simple cifra le sorprendió.) Busque ahora el porcentaje de traidores y desertores entre ellos, y verá que es muy bajo. No olvidemos que hemos construido un ejército partiendo de cero; y ese ejército crece sin cesar y se hace más fuerte".

Unos días más tarde, durante un mitin en Petrogrado, Lenin hizo balance, en estos términos, de sus propias dudas sobre la cuestión de la política militar. "Cuando recientemente el camarada Trotsky me dijo que el número de oficiales ascendía a varias decenas de mil, comprendí hasta qué punto habíamos tenido razón al valernos de nuestro enemigo; al obligar a los adversarios del comunismo a construirlo, al aprender a edificar el comunismo con ladrillos arrebatados a los capitalistas para emplearlos contra ellos; no teníamos otros".

Las ideas rígidas y el pedantismo nos eran ajenos. Recurríamos a todo tipo de combinaciones y expedientes en nuestra búsqueda del éxito. Un ejército estaba al mando de un antiguo suboficial con un general como jefe de estado mayor; otro estaba al mando de un antiguo general con un combatiente de guerrilla como segundo al mando. Una división estaba al mando de un antiguo soldado de segunda clase, mientras que la división vecina lo estaba de un coronel del estado mayor. Este "eclecticismo" nos lo imponían las circunstancias. Sin embargo, el porcentaje de oficiales instruidos ejerció una influencia extremadamente favorable sobre el nivel general del mando. Los comandantes "aficionados" aprendieron sobre la marcha y muchos de ellos se convirtieron en oficiales de primer orden. En 1918, el 76 % del conjunto del mando y la administración del Ejército Rojo estaba compuesto por antiguos oficiales del ejército zarista, y solo el 12,8 % lo constituían los comandantes rojos de promoción muy reciente, que, naturalmente, solo ocupaban puestos subordinados. Al final de la guerra civil, el estado mayor del mando estaba formado por obreros y campesinos sin otra instrucción militar que la que habían adquirido directamente en el campo de batalla, ascendidos desde la base durante la guerra civil; por antiguos soldados y suboficiales del antiguo ejército; jóvenes comandantes que habían realizado un breve periodo de formación en las escuelas militares soviéticas y, por último, oficiales de los cuadros del ejército zarista de tiempos de guerra. Más del 43 % de los comandantes no había recibido formación militar, el 13 % eran antiguos suboficiales, el 10 % había pasado por las escuelas militares soviéticas y el 34 % eran oficiales del ejército zarista.

Entre los antiguos oficiales que se incorporaron al Ejército Rojo había elementos progresistas que comprendían el significado de la nueva época (se trataba de una pequeña minoría); un grupo más amplio estaba formado por elementos pasivos y poco capaces que solo se alistaban en el ejército porque no podían hacer otra cosa; y, por último, contrarrevolucionarios activos que, por su parte, solo esperaban el momento propicio para traicionarnos. Los suboficiales del antiguo ejército eran reclutados mediante una movilización especial. De entre ellos surgieron varios comandantes militares excepcionales, siendo el más famoso de ellos el sargento mayor de caballería Simeón Budienny. Pero tampoco ellos eran del todo fiables, ya que, antes de la revolución, la mayoría de esos suboficiales eran hijos de campesinos ricos y de la burguesía urbana.

Entre ellos hubo un número nada desdeñable de desertores que desempeñaron un papel activo en los levantamientos contrarrevolucionarios y en el ejército blanco. A cada comandante se le asignaba un comisario, normalmente un obrero bolchevique con experiencia en la Guerra Mundial. Nuestra principal preocupación era la preparación de un cuerpo de oficiales de confianza.

"La institución de los comisarios [declaré cuando estaba al frente del ministerio de guerra, en diciembre de 1919], debe servir de estructura provisional. Poco a poco, seremos capaces de eliminarla". En aquella época, nadie habría podido prever que, veinte años más tarde, se restablecería la institución de los comisarios, pero esta vez con un propósito opuesto. Los comisarios de la revolución eran los representantes de un proletariado victorioso que supervisaba a unos comandantes que, en su mayoría, procedían de la burguesía; los de hoy son los representantes de la casta burocrática encargada de supervisar a unos oficiales que, en su mayoría, proceden de la base.

Entre los oficiales, había muchos, quizá una gran mayoría, que ya no sabían ni ellos mismos en qué situación se encontraban. Los reaccionarios decididos habían huido desde el principio mismo, y los más activos de entre ellos se dirigieron hacia la periferia, donde los blancos intentaban organizar su frente. Los demás dudaban, no se decidían a abandonar a sus familias y, por inercia, se encontraban en los mandos o en la administración del Ejército Rojo. La conducta posterior de muchos de ellos quedó determinada por la forma en que fueron tratados. Los comisarios enérgicos, sensatos y con tacto (que eran la minoría) se ganaron inmediatamente a los oficiales; estos, que por fuerza de la costumbre se sentían inclinados a inclinarse ante los comisarios, se vieron sorprendidos por su resolución, su audacia y su formación política. Esas relaciones entre comandantes y comisarios solían ser duraderas y muy estables. Cuando el comisario era ignorante, grosero y acosaba al especialista militar, comprometiendo así su autoridad ante los soldados del Ejército Rojo, la cordialidad quedaba descartada, y el oficial indeciso acababa siendo empujado hacia los enemigos del nuevo régimen.

El ambiente de Tsaritsyn, con su desorden administrativo, su mentalidad de guerrilla, su falta de respeto hacia el centro y la grosería provocadora hacia los especialistas militares, no era propicio para ganarse su buena disposición ni para convertirlos en leales servidores del nuevo régimen. Sin embargo, sería un error creer que Tsaritsyn carecía de especialistas militares. Cada uno de los comandantes improvisados debía contar a su lado con un oficial que conociera la rutina de los asuntos militares. Pero el tipo de especialistas que allí se encontraban había sido reclutado entre la escoria de los oficiales: hombres que habían perdido todo rastro de dignidad humana, hombres sin orgullo que se arrastraban ante sus nuevos amos, los adulaban y se abstenían de contradecirlos jamás. El jefe de estado mayor de Voroshílov pertenecía precisamente a este tipo de especialistas. Con el fin de ascender a los comandantes más cercanos al régimen soviético, se había llevado a cabo esa movilización especial de suboficiales del antiguo ejército a la que se ha hecho referencia anteriormente. La mayoría de ellos se había ganado sus galones durante la última etapa de la guerra, por lo que sus conocimientos en materia militar eran muy limitados. Sin embargo, estos suboficiales, especialmente en la artillería y la caballería, tenían una excelente comprensión de las cuestiones militares y, de hecho, estaban mejor informados y tenían más experiencia que los oficiales bajo cuyas órdenes servían. A esta categoría pertenecían hombres como Budionni, Blücher y Dybenko. En general, asumían su mando con acierto, pero no estaban dispuestos a tolerar la autoridad de los oficiales superiores, ni tampoco a reconocer la del partido comunista; se rebelaban contra su disciplina, pero simpatizaban con sus objetivos, especialmente en el ámbito de las cuestiones agrarias.

Quien no esté familiarizado con los hechos en sí y no pueda acceder hoy a los archivos, difícilmente podrá imaginar hasta qué punto se han tergiversado estos hechos y su carácter. El mundo entero ha oído hablar de la defensa de Tsaritsyn, del viaje de Stalin al frente de Perm y del debate sobre los sindicatos. Estos episodios constituyen hoy en día los puntos culminantes de la cadena histórica de acontecimientos, pero han sido fabricados artificialmente. De la extraordinaria cantidad de documentos encerrados en los archivos, solo se han extraído unos pocos que han servido de pretexto para imponentes desarrollos históricos. Las sucesivas obras de la historiografía oficial acumulan distorsiones y exageraciones, a las que se añaden aquí y allá puras y simples invenciones. El efecto general es el resultado de una manipulación deliberada más que de la verdad histórica. De hecho, nunca se hace referencia a documentos. La prensa extranjera, incluso la de historiadores eruditos, ha llegado a tomar estas falsificaciones por fuentes auténticas. En diversos países se pueden encontrar ahora especialistas en historia que conocen detalles minúsculos de la defensa de Tsaritsyn o del debate sobre los sindicatos, pero ignoran por completo hechos infinitamente más importantes y significativos. La falsificación ha alcanzado proporciones de avalancha. Pero resulta extraño que se hayan publicado tan pocos documentos y materiales auténticos sobre la actividad de Stalin en el frente, sobre todo durante el período de la guerra civil.

En los relatos publicados durante los años de la guerra civil, la historia de Tsaritsyn figuraba entre aquellas en las que se ignoraba por completo el nombre de Stalin. El papel que desempeñó entre bastidores fue muy breve; solo lo conocían unos pocos y no ofrecía absolutamente nada para largas disertaciones. En el artículo conmemorativo del décimo aniversario del Décimo Ejército (el que defendió Tsaritsyn), escrito por Ordzhonikidze, viejo camarada de Stalin que le permaneció fiel hasta su suicidio, ni siquiera se menciona a Stalin. Lo mismo ocurre en muchos otros artículos. El bolchevique Minin, alcalde de Tsaritsyn en aquella época y posteriormente miembro del Comité Revolucionario de Guerra del Décimo Ejército, escribió en 1925 una obra dramática heroica titulada *La ciudad sitiada*, en la que las referencias a Stalin son tan escasas que Minin acabó siendo tildado de "enemigo del pueblo". El péndulo de la historia tuvo que recorrer un largo camino para que Stalin pudiera ser elevado al papel de héroe en la epopeya de Tsaritsyn.

En los últimos años se ha impuesto una tradición que presenta los hechos como si, en la primavera de 1918, Tsaritsyn tuviera una gran importancia estratégica y Stalin fuera enviado allí para salvar la situación. No fue nada de eso; se trataba únicamente de una cuestión de abastecimiento. En una sesión del Consejo de Comisarios del Pueblo, celebrada el 28 de mayo de 1918, Lenin examinó con Tsuriupa, encargado entonces del abastecimiento, los métodos extraordinarios adoptados para abastecer a las capitales y los centros industriales. Al término de la reunión, Lenin escribió a Tsuriupa: "Póngase inmediatamente en contacto con Trotsky por teléfono para asegurarle que se hará lo necesario a partir de mañana." Además, en la misma comunicación, Lenin informaba a Tsuriupa de la decisión tomada por el consejo, en virtud de la cual el comisario Shliapnikov debía partir inmediatamente hacia el Kubán para coordinar los servicios en el sur, con el fin de garantizar el abastecimiento de las regiones industriales. Tsuriupa respondió: "Stalin está de acuerdo en ir al Cáucaso del Norte. Envíenlo. Conoce las condiciones de la región y será de utilidad para Shliapnikov". Lenin aceptó: "Envíenlos a los dos hoy mismo". Finalmente, tal y como se indica en las *Obras* de Lenin, "Stalin fue enviado al Cáucaso del Norte y a Tsaritsyn como director general de abastecimiento en el sur de Rusia". No se hace mención alguna a ninguna tarea militar.

Lo que le sucedía a Stalin en casos como este era el destino de muchos otros dirigentes soviéticos; se les enviaba a las provincias para la recolección de trigo. Una vez allí, a veces se veían envueltos en levantamientos de las fuerzas blancas. Ante tal

situación, sus destacamentos de abastecimiento se transformaban de inmediato en destacamentos militares. Muchos miembros de los comisariados de educación, agricultura u otros departamentos se veían así arrastrados por la vorágine de la guerra civil, enviados a regiones remotas, obligados, por así decirlo, a cambiar sus ocupaciones habituales por el oficio de las armas. L. Kámenev, que, junto con Zinóviev, era el menos militar de los miembros del comité central, fue enviado a Ucrania en abril de 1919 para acelerar las operaciones de abastecimiento a Moscú. Constata que Lugansk había sido rodeada y que el peligro amenazaba toda la cuenca del Don; además, la situación en la Ucrania recientemente liberada se estaba volviendo claramente menos favorable. Exactamente igual que le había ocurrido a Stalin en Tsaritsyn, Kámenev, en Ucrania, se vio envuelto en operaciones militares. Lenin le envió un telegrama: "Es absolutamente necesario que usted, personalmente, no se limite a las tareas de inspección, sino que dirija usted mismo los refuerzos hacia Lugansk y la cuenca del Don; de lo contrario, no cabe duda de que la catástrofe será terrible y difícilmente reparable; correremos un peligro mortal si no liberamos la cuenca del Don muy rápidamente." Ese era el estilo habitual de Lenin en aquellos días. A partir de citas como estas, se podría demostrar que Lenin consideraba que el destino de la revolución rusa dependía de la actividad militar de Kámenev en el sur. En diferentes épocas, el mismo Kámenev desempeñó un papel destacado en diversos frentes.

Bajo un régimen de concentración totalitaria de todos los medios de propaganda oral y escrita, es posible crear una leyenda tanto para una ciudad como para un hombre. Hoy en día, muchos episodios de la guerra civil han caído en el olvido. Apenas se recuerdan las ciudades en las que Stalin no desempeñó ningún papel, mientras que el mero nombre de Tsaritsyn ha adquirido un significado místico. Para interpretar correctamente los hechos de la guerra civil, es necesario tener presente que nuestra posición central y la disposición del enemigo en el borde de un gran círculo nos permitían maniobrar en las líneas interiores y reducían nuestra estrategia a una idea sencilla: la liquidación sucesiva de los frentes según su importancia relativa. En esta guerra extremadamente móvil, ciertas regiones del país adquirían en determinados momentos una importancia excepcional que luego podían perder. Sin embargo, la lucha por Tsaritsyn nunca pudo alcanzar la misma importancia que, por ejemplo, la de Kazán, donde se abría la ruta hacia Moscú, o la lucha por Orel, desde donde se podía llegar a Moscú pasando por Tula, o la lucha por Petrogrado, cuya pérdida habría supuesto un golpe terrible en sí misma y habría abierto la ruta hacia Moscú por el norte. Además, a pesar de las afirmaciones de los historiadores actuales, según las cuales Tsaritsyn "fue el embrión de la Escuela de Guerra donde se formaron los mandos para otros frentes, mandos que hoy están al frente de las unidades fundamentales del ejército", la verdad es que la mayoría de los organizadores competentes y de los jefes del ejército no procedían de Tsaritsyn. Y no me refiero aquí únicamente a figuras centrales, como Skliansky, el auténtico Carnot del Ejército Rojo; o Frunze, un jefe militar de gran talento que más tarde fue puesto al frente del Ejército Rojo; o Tujachevsky, futuro reorganizador del ejército; Yegorov, futuro jefe del estado mayor; ni a Lakir, ni a Uborevich, ni a Kork, sino a muchos, muchos otros. Cada uno de ellos se había instruido y formado en otros ejércitos y en otros frentes. Todos juzgaban con gran severidad a Tsaritsyn, su pretenciosa ignorancia, su chantaje permanente; en sus labios, la propia palabra "tsaritsinista" adquiría un sentido peyorativo.

El 23 de mayo de 1918, Sergo Ordzhonikidze telegrafió a Lenin: "La situación aquí es mala. Hay que tomar medidas enérgicas… los camaradas locales son demasiado blandos. Cualquier intento de ayudarles se considera una intromisión en sus propios asuntos. Seis trenes de cereales listos para partir hacia Moscú permanecen en la estación… Repito que hay que tomar las medidas más enérgicas".

Stalin llegó a Tsaritsyn en junio de 1918, con un destacamento de guardias rojos, dos trenes blindados y poderes ilimitados, para garantizar el abastecimiento de los centros industriales que padecían hambre. Inmediatamente después de su llegada, varios regimientos de cosacos rodearon Tsaritsyn. Los cosacos de los pueblos del Don y del Kubán se habían levantado contra el gobierno soviético. El Ejército Blanco, que operaba a través de las estepas del Kuban, había ganado fuerza. El ejército del Sóviet del Cáucaso del Norte (único granero de la república soviética en aquella época) había sufrido mucho bajo sus ataques.

No pensábamos que Stalin se quedaría en Tsaritsyn. Su misión consistía en organizar el envío de suministros a Moscú y, a continuación, dirigirse al Cáucaso. Pero una semana después de su llegada a Tsaritsyn, el 13 de junio, informaba, mediante un telegrama, de que la situación "había cambiado bruscamente, debido a que un destacamento de cosacos había flanqueado a nuestras fuerzas en un punto situado a unas cuarenta verstas de Tsaritsyn". Según su telegrama, quedaba claro que Lenin contaba con que se dirigiera a Novorosisk para supervisar la evolución de la situación derivada del hundimiento de la flota del mar Negro. Durante las dos semanas siguientes, se siguió pensando que Stalin iría a Novorosisk. En su discurso del 28 de junio de 1918, en la cuarta conferencia de sindicatos y comités de fábrica de Moscú, Lenin declaró:

"Camaradas, voy a responder ahora a la pregunta relativa a la flota del mar Negro. El camarada Raskolnikov vendrá aquí en persona y os explicará por qué insistió en que decidimos destruir la flota en lugar de permitir que las tropas alemanas la utilizaran contra Novorosisk. Tal era la situación, y los comisarios del pueblo, Stalin, Shlyapnikov y Raskolnikov, estarán pronto en Moscú y os ofrecerán un relato detallado de los acontecimientos".

[Sin embargo, en lugar de ir al Cáucaso o a Novorosisk], Stalin permaneció en Tsaritsyn hasta el momento en que la ciudad fue rodeada, en julio, por los blancos.

Stalin había esperado pocos problemas y mucha gloria de la expedición de millones de quintales de cereales a Moscú y otros centros. Pero todo lo que logró enviar, a pesar de su habitual brutalidad, fue un cargamento de tres barcazas al que alude en su telegrama del 26 de junio. Si hubiera enviado más, hace tiempo que se habrían publicado y comentado otros telegramas. Por el contrario, en sus propios informes se encuentran confesiones muy involuntarias de su fracaso como recaudador de cereales, confirmadas el 4 de agosto por su declaración de que era inútil esperar más envíos de víveres desde Tsaritsyn. Incapaz de cumplir su fanfarronada promesa de abastecer al centro, Stalin pasó del "frente de abastecimiento" al "frente militar". Se convirtió en dictador de Tsaritsyn y del frente del Cáucaso septentrional. Disponía de poderes extremadamente amplios, y prácticamente ilimitados, como representante del partido y del gobierno. Tenía derecho a llevar a cabo una movilización local, a requisar propiedades, a militarizar las fábricas, a detener y juzgar, a nombrar y destituir. Stalin ejercía su autoridad con mano dura. Todos los esfuerzos se centraban en la tarea de la defensa. Todas las organizaciones locales, obreras y del partido se movilizaron y recibieron refuerzos; se equipó a las guerrillas de merodeadores. Toda la vida de la ciudad quedó repentinamente sometida a una dictadura implacable. "En las calles y en cada cruce había patrullas del Ejército Rojo [escribe Tarásov-Rodionov] y, en medio del Volga, fondeado y elevando su masa negra sobre las aguas, había un gran barco que un policía observaba de reojo, murmurando misteriosamente a las ancianitas que se encontraban en el muelle: "¡Es la Cheka!" Pero no era la Cheka, solo era su prisión flotante. La Cheka tenía su sede en el centro de la ciudad, junto al cuartel general del ejército. Trabajaba… a toda máquina. No pasaba un solo día sin que se descubrieran todo tipo de conspiraciones urdidas en lo que parecían ser los lugares más seguros y respetables".

El 7 de julio, aproximadamente un mes después de su llegada a Tsaritsyn, Stalin le escribió a Lenin:

"La línea sur de Tsaritsyn aún no se ha restablecido; estoy presionando a todo el mundo y espero que se restablezca pronto. Puede estar seguro de que no voy a perdonar a nadie, ni a mí mismo ni a los demás. Pero conseguiremos el grano. Si nuestros "especialistas" militares (¡esos zapateros!) no estuvieran dormidos, la línea no se habría roto y, si se restablece, no será gracias a los militares, sino a pesar de ellos".

El 11 de julio, Stalin volvió a enviar un telegrama a Lenin:

"La situación se complica por el hecho de que el estado mayor de la región militar del Cáucaso del Norte ha sido totalmente incapaz de adaptarse a las condiciones de la lucha contra la contrarrevolución. No es solo que nuestros especialistas sean psicológicamente incapaces de luchar con determinación contra la contrarrevolución, sino también porque, al ser oficiales de estado mayor que solo saben hacer planes, se muestran totalmente indiferentes ante las operaciones sobre el terreno… y, en general, se consideran meros observadores… No creo que tenga derecho a permanecer indiferente ante esto, cuando el frente de Kaledin ha quedado aislado de las zonas de abastecimiento y el norte, de la región del trigo. Seguiré corrigiendo estas deficiencias y muchas otras; cada vez que las detecte, tomaré una serie de medidas y seguiré haciéndolo, aunque tenga que destituir a todos los comandantes que nos son hostiles, a pesar de las dificultades reglamentarias que sortearé cuando sea necesario. Que quede bien claro que asumo toda la responsabilidad ante las más altas instituciones".

[El 4 de agosto, Stalin escribía desde Tsaritsyn "a Lenin, Trotsky y Tsuriupa":]

"La situación en el sur no es de las mejores. El Comité de Guerra ha heredado un caos extremo, debido en parte a la inercia del anterior jefe militar y en parte a la conspiración de personas colocadas por dicho jefe militar en los distintos departamentos de la región. Tuvimos que empezar de cero… Eliminamos lo que yo llamaría el antiguo estado de cosas criminal, y solo después de eso pudimos avanzar…"

En aquellos días llegaban comunicaciones de este tipo desde todas las partes del país, porque el caos reinaba por doquier. Lo que puede sorprender son las palabras "herencia de extremo desorden". Las regiones militares se habían establecido en abril y apenas habían comenzado a abordar sus tareas, por lo que era, como mínimo, prematuro hablar de una "herencia de extremo desorden".

La tarea de garantizar el abastecimiento a gran escala era prácticamente insuperable debido a la situación militar. "Se han interrumpido los contactos con el sur y con sus suministros [escribió Stalin el 4 de agosto], y la propia región de Tsaritsyn, que une el centro con el Cáucaso septentrional, está a su vez aislada, o prácticamente aislada, del centro". Stalin veía la causa del grave empeoramiento de la situación militar, por un lado, en el cambio de postura del campesino acomodado, "que luchó en octubre por el gobierno soviético y ahora está en su contra (odia con todo su corazón el monopolio del grano, los precios impuestos, la requisa); por otro lado, en las malas condiciones de nuestras tropas… Hay que decir que, hasta que hayamos restablecido el contacto con el Cáucaso septentrional, no podremos contar… con el sector de Tsaritsyn para nuestro abastecimiento".

Moscú había confirmado el nombramiento de Stalin como jefe de todas las fuerzas militares en el frente. El telegrama del Comité Revolucionario de Guerra (en el que se indicaba que se enviaba de acuerdo con Lenin) delegaba expresamente en Stalin "la tarea de restablecer el orden, unir los destacamentos en una formación regular y crear un mando adecuado tras expulsar a todos los culpables de insubordinación". Así pues, las facultades otorgadas a Stalin estaban firmadas y, por lo que puedo juzgar a partir del texto, incluso habían sido redactadas por mí. Nuestra tarea común en aquella época consistía en

subordinar las provincias al centro, instaurar la disciplina y poner las diversas unidades de voluntarios y guerrilleros bajo la autoridad del ejército en el frente. Por desgracia, la actividad de Stalin en Tsaritsyn tomó un rumbo totalmente distinto. Por entonces ignoraba que Stalin había escrito en uno de mis telegramas: "No tenerlo en cuenta", ya que no había tenido el valor suficiente para llevar el asunto ante el centro. Mi impresión era que Stalin no luchaba con suficiente determinación contra las costumbres locales, las guerrillas y la insubordinación general de la región. Le acusaba de ser demasiado complaciente con la política errónea de Voroshílov y otros, pero nunca se me pasó por la cabeza que él fuera el verdadero instigador de esa política. Esto solo se hizo evidente más tarde, a partir de sus propios telegramas y de las confesiones de Voroshílov y otros.

Stalin pasó varios meses en Tsaritsyn. Su trabajo solapado contra mí, que ya era una parte esencial de su actividad, fue de la mano de la oposición descarada de Voroshílov, que era su colaborador más cercano. Stalin se comportó de tal manera que pudiera desentenderse en cualquier momento, sin dejar rastro de sus maniobras. Lenin conocía a Stalin mejor que yo y, al parecer, podía sospechar que la obstinación de los "tsaritsinistas" se explicaba por la actividad de Stalin entre bastidores. Decidí aclarar la situación. Tras un nuevo enfrentamiento con el mando allí, decidí llamar a Stalin. Sverdlov se encargó personalmente de notificar mi decisión al interesado. Lenin quería reducir el conflicto al mínimo, en lo cual tenía razón.

En aquella época, mientras que el Ejército Rojo ya había obtenido grandes victorias en el frente oriental y había liberado casi por completo el Volga, las cosas seguían yendo mal en el sur, donde reinaba el caos por todas partes debido a que no se acataban las órdenes. El 5 de octubre, en Kozlov, firmé un decreto relativo a la unificación de todos los ejércitos y grupos del Frente del Sur, bajo el mando del Comité Revolucionario de Guerra del Frente del Sur, compuesto por el exgeneral Sytin y tres bolcheviques: Shliapnikov, Mejonochin y Lazimir: "Todas las órdenes e instrucciones del comité deben ejecutarse de inmediato y sin condiciones". A quienes no las cumplieran se les amenazaba con castigos severos. A continuación, envié un telegrama a Lenin:

"Insisto categóricamente en que se retire a Stalin. Las cosas van mal en el frente de Tsaritsyn a pesar de contar con fuerzas más que suficientes. Voroshílov es capaz de comandar un regimiento, pero no un ejército de 50.000 hombres. No obstante, lo dejaré al mando del X Ejército, en Tsaritsyn, con la condición de que se ponga bajo las órdenes del comandante del Ejército del Sur, Sytin. Hasta ahora, Tsaritsyn ni siquiera ha enviado un informe sobre las operaciones a Kozlov. He pedido que se envíen informes sobre los reconocimientos y las operaciones dos veces al día. Si esto no se cumple mañana, someteré a Voroshílov y a Minin a un consejo de guerra y mi decisión se publicará en los *Decretos del Ejército*. Según los reglamentos del Comité Revolucionario de Guerra, Stalin y Minin, mientras permanezcan en Tsaritsyn, no son más que miembros del Comité Revolucionario del X Ejército. Solo disponemos de poco tiempo para pasar a la ofensiva antes de que llegue el barro del otoño, cuando las carreteras se volverán intransitables para la infantería y las tropas a caballo. No será posible ninguna acción sin coordinación con Tsaritsyn. No hay tiempo que perder en negociaciones diplomáticas. Tsaritsyn debe someterse o aceptar las consecuencias. Allí contamos con una superioridad de fuerzas colosal, pero en la cúpula reina una anarquía total. Puedo ponerle fin en veinticuatro horas, siempre que cuente con su apoyo firme y claramente expresado. Esa es, en cualquier caso, la única solución que puedo plantearme."

[Otro telegrama a Lenin, al día siguiente:]

"Acabo de recibir este telegrama: La orden militar número 118 adoptada por Stalin debe ser anulada. He dado instrucciones completas al comandante del Frente Sur, Sytin.

Las actividades de Stalin socavan todos mis planes. —Vatsetis, comandante en jefe; Danichevsky, miembro del Comité Revolucionario de Guerra".

[Stalin fue llamado de vuelta desde Tsaritsyn en la segunda quincena de octubre.] Esto es lo que escribió entonces en la *Pravda* (30 de octubre de 1918):

"El enemigo ha dirigido su ataque más potente contra Tsaritsyn. Esto es comprensible, ya que la toma de esta ciudad y la interrupción de las comunicaciones con el sur garantizarían al enemigo el cumplimiento de todos sus objetivos. Permitiría unir a los contrarrevolucionarios del Don con las clases altas de los cosacos de Astracán y con los ejércitos de los Urales, creando así un frente unido de la contrarrevolución desde el Don hasta los checoslovacos. Entregaría el sur y el mar Caspio a los contrarrevolucionarios, tanto en el plano interno como en el externo. Dejaría a las tropas soviéticas del Cáucaso septentrional en un completo abandono".

¿Stalin "confesaba" que era culpable de haber agravado la situación con sus intrigas y su insubordinación? Ni mucho menos. Sin embargo, al regresar a Moscú, Sverdlov me preguntó con cautela por mis intenciones y me propuso mantener una conversación con Stalin, que se comprometió de inmediato, allí mismo en el tren: "¿De verdad quiere destituirlos a todos? —me preguntó Stalin en un tono de subordinación exagerada—. Son buenos chicos. —Esos buenos chicos arruinarían la revolución, que no puede permitirse esperar a que maduren lo suficiente —respondí—. Lo único que quiero es devolver Tsaritsyn a la Rusia soviética".

A partir de entonces, cada vez que me ocurría pisotear preferencias personales, amistades o vanidades, Stalin se apresuraba a reunir a todos aquellos a quienes yo pudiera haber pisoteado ocasionalmente. Tenía todo el tiempo del mundo para ello, ya que solo perseguía fines personales. Los dirigentes incompetentes de Tsaritsyn se convirtieron desde entonces en sus principales instrumentos. Apenas Lenin cayó enfermo, Stalin comenzó a intrigar, movilizando a sus secuaces, para que Tsaritsyn se convirtiera en Stalingrado.

Tras visitar el Frente Sur, incluida Tsaritsyn, declaré en el Sexto Congreso de los Sóviets, el 9 de noviembre de 1918: "No todos los militantes soviéticos han comprendido aún que nuestra administración se ha centralizado y que hay que acatar todas las decisiones del centro… Seremos implacables con quienes se obstinen en no comprenderlo; los trasladaremos, los expulsaremos de nuestras filas y, cuando sea necesario, los castigaremos." Esto iba dirigido a Stalin mucho más que a Voroshílov, contra quien aparentemente iban dirigidas estas palabras. Stalin, que estaba presente en el congreso, no se inmutó. Se había mantenido en silencio en la sesión anterior del buró político, al no poder defender su conducta abiertamente. El resentimiento que guardaba en su interior no hacía más que crecer. Fue en aquellos días, tras su destitución de Tsaritsyn, cuando, movido por el espíritu de venganza, escribió su artículo sobre el primer aniversario de la revolución. El objetivo de dicho artículo era, ante todo, socavar mi prestigio enfrentándome a la autoridad del comité central. En ese artículo, dictado por una ira contenida, Stalin se vio, sin embargo, obligado a escribir:

"Todo el trabajo de organización práctica de la insurrección se llevó a cabo bajo la dirección inmediata del presidente del Sóviet de Petrogrado, el camarada Trotsky. Se puede afirmar con certeza que el rápido paso de la guarnición al bando del sóviet y la audaz ejecución de la labor del Comité Militar Revolucionario se deben, principalmente y ante todo, al camarada Trotsky".

El 30 de noviembre, a propuesta del Comisariado de Guerra, el Comité Ejecutivo Central Panruso (que anteriormente había proclamado la república de los sóviets como "campamento militar") aprobó una resolución en la que se solicitaba la convocatoria del Consejo de Defensa, compuesto por Lenin, Trotsky, Krasin (entonces comisario de

comunicaciones) y el presidente del Comité Ejecutivo, Sverdlov. De acuerdo con Lenin, propuse que se incluyera a Stalin. Lenin deseaba dar alguna satisfacción a Stalin al día siguiente de su destitución de Tsaritsyn; por mi parte, quería, como siempre, dar a Stalin la oportunidad de formular abiertamente sus críticas y propuestas, en lugar de intrigar contra el departamento de guerra. La primera sesión del consejo, en la que se fijaron las tareas generales, tuvo lugar durante el día 1 de diciembre. La dirección del trabajo, tanto en lo que se refiere a los detalles como a los problemas importantes, estaba concentrada en manos de Lenin. A Stalin se le encargó redactar una tesis sobre la lucha contra el regionalismo y otra sobre los medios para defenderse de la burocracia. No hay el más mínimo indicio de que ninguna de estas tesis se haya presentado jamás al consejo. Además, para evitar cualquier pérdida de tiempo, se decidió que "los decretos de la comisión designada por el consejo, firmados por Lenin, Stalin y el representante del departamento correspondiente, tendrían fuerza de decreto del propio consejo". En lo que a Stalin se refería, para él no supuso más que un título adicional, pero ningún trabajo real.

[A pesar de estas concesiones, Stalin no dejó de apoyar en secreto a la oposición de Tsaritsyn, frustrando así los esfuerzos del ministerio de guerra por imponer el orden y la disciplina en ese sector. En Tsaritsyn, su principal instrumento seguía siendo Voroshílov; en Moscú, Stalin ejercía toda la presión que podía sobre Lenin. Por lo tanto, se hizo necesario enviar el siguiente telegrama desde Kursk, el 14 de diciembre:]

"Al presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Lenin.

La cuestión de la destitución de Okulov no puede resolverse de forma aislada. Okulov fue nombrado para contrarrestar a Voroshílov y como garantía de que se acatarían las órdenes militares. Es imposible mantener a Voroshílov cuando ha frustrado todos los intentos de compromiso. Tsaritsyn debe contar con un nuevo comité revolucionario de guerra, con un nuevo comandante, y Voroshílov debe ir a Ucrania.

El presidente del Comité Revolucionario de Guerra de la República,

TROTSK"."

[Voroshílov fue entonces enviado a Ucrania. La capacidad de combate del X Ejército aumentó considerablemente. No solo el nuevo comandante, sino también el sucesor de Stalin en el Comité de Guerra, Shlyapnikov, demostraron ser incomparablemente más eficaces, y la situación militar en Tsaritsyn mejoró rápidamente.]

[Varios días después del traslado de Voroshílov, Stalin tuvo otra oportunidad de ir al frente, esta vez durante dos semanas. La aprovechó para organizar una nueva intriga contra Trotsky. El incidente comenzó con un intercambio de telegramas entre Lenin y Trotsky:]

"1.

Telegrama cifrado al camarada Trotsky en Kursk:

Moscú, 13 de diciembre de 1918.

Noticias extremadamente alarmantes de la región de Perm. Está en peligro. Me temo que nos hemos olvidado de los Urales. ¿Se han enviado con la suficiente energía los refuerzos hacia Perm y los Urales? Lashévich le dijo a Zinóviev que solo deberían enviarse unidades que ya hubieran combatido.

LENIN."

"2.

A Trotsky, a Kozlov.

Moscú, 31 de diciembre de 1918.

Varios informes del partido procedentes de la región de Perm sobre la situación catastrófica del ejército y sobre la embriaguez. Se los envío. Se pide que vengan ustedes. Se podría, creo, enviar a Stalin. Me temo que Smilgá sea demasiado indulgente con

Lashévich, quien, según se dice, también bebe y es incapaz de restablecer el orden. Envíe su opinión por telégrafo.

LENIN."

"Por línea directa a Moscú, cifrado, para el Presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, Lenin.

Voronej, 1 de enero de 1919.

De los informes sobre las operaciones del III Ejército, saco la conclusión de que la dirección allí se encuentra en gran desorden y propuse un cambio de mando. La decisión quedó aplazada. Ahora creo que debe aplicarse sin demora.

Comparto plenamente su valoración sobre la excesiva timidez del camarada enviado allí. Estoy de acuerdo en enviar a Stalin con poderes tanto del partido como del Comité Revolucionario de Guerra para restablecer el orden, depurar el equipo de comisarios y castigar severamente a los culpables. El nuevo comandante será designado tras llegar a un acuerdo con Serpujov. Propongo que Lashévich sea nombrado miembro del Comité Revolucionario de Guerra del frente septentrional, donde no contamos con ningún militante del partido, y que, sin embargo, este frente puede adquirir pronto la mayor importancia.

Trotsky, Presidente del Comité Revolucionario de Guerra."

[El asunto se llevó entonces ante el comité central, que decidió]: "Nombrar una comisión de investigación integrada por Stalin y Dzerzhinsky para llevar a cabo una investigación sobre la rendición de Perm y las recientes derrotas en el frente de los Urales, así como para esclarecer las circunstancias que rodean estos hechos".

[Al mismo tiempo, en Ucrania, Voroshílov, valiéndose de sus prerrogativas políticas y de su condición de comandante del ejército, seguía obstaculizando la labor de los especialistas militares, paralizando el trabajo del estado mayor e interfiriendo en las directrices del cuartel general. Se hizo necesario enviar un telegrama:]

"A Moscú.

Al presidente del Comité Ejecutivo Central, Sverdlov.

Debo declarar categóricamente que la política de Tsaritsyn, que ha conducido a la desintegración total del ejército de Tsaritsyn, no puede tolerarse en Ucrania… Okulov parte hacia Moscú. Propongo que usted y el camarada Lenin presten la máxima atención a su informe sobre la labor de Voroshílov. La actitud de Stalin, Voroshílov y Rujimovich supone la ruina de todo lo que emprendemos.

TROTSKY."

Lenin consideraba necesario que llegara a un acuerdo con Stalin:

"A Stalin le gustaría mucho trabajar en el Frente Sur", me escribía. "Espera que, una vez allí, consiga convencerle de la corrección de sus puntos de vista… Al transmitirle estas declaraciones de Stalin, le ruego que las examine con seriedad y me responda: en primer lugar, si aceptas que Stalin discuta el asunto con usted y, en segundo lugar, si considera posible, sobre la base de ciertas condiciones concretas, resolver el conflicto anterior y tomar las medidas necesarias para que puedan trabajar juntos, lo cual es el deseo más ferviente de Stalin. Por mi parte, creo que es necesario hacer todo lo posible para lograr una colaboración con Stalin.

LENIN."

Esta carta se había escrito, evidentemente, a instancias de Stalin. Stalin buscaba el acuerdo, la conciliación, para nuevas tareas militares, incluso a costa de una capitulación temporal y sin sinceridad. El frente le atraía, porque era allí donde, por primera vez, podía trabajar con el más perfeccionado de todos los aparatos administrativos: el aparato militar. Como miembro del Comité Revolucionario de Guerra, dependiente del comité central del partido, era inevitablemente la figura dominante en

cada comité de guerra, en cada ejército, en cada frente. Cuando otros dudaban, él decidía. Podía mandar, y cada una de sus decisiones iba seguida de una ejecución prácticamente automática, a diferencia de lo que ocurría en el comisariado de nacionalidades, donde, como hemos visto, tenía que huir de sus antagonistas y esconderse en la cocina del comandante.

El 11 de enero, le respondí a Lenin:

"Por supuesto que es necesario un compromiso, pero no un compromiso podrido. El quid de la cuestión es que todos los tsaritsinistas se encuentran ahora reunidos en Járkov. Puede hacerse una idea de cómo son a partir del informe de Okulov (que solo relata hechos innegables) y de los informes de los comisarios. Considero que el apoyo de Stalin a la corriente de Tsaritsyn es una lacra peligrosa, peor que cualquier traición de los especialistas militares… Rujimovich no es más que otro nombre para Voroshílov. Dentro de un mes, volveremos a tener ante nosotros la cuestión de Tsaritsyn, solo que esta vez no tendremos solo a los cosacos en nuestra contra, sino también a los ingleses y a los franceses. Rujimovich no es un caso aislado. Están firmemente unidos entre sí, elevando la ignorancia a la categoría de principio. Voroshílov + las guerrillas ucranianas + el bajo nivel cultural de la población + la demagogia: no podemos tolerar esto bajo ningún concepto. Que se nombre a Artem, pero ni a Voroshílov ni a Rujimovich… Una vez más insisto en que se examine seriamente el informe de Okulov sobre el ejército de Tsaritsyn y cómo Voroshílov lo desmoralizó con la colaboración de Stalin.

4 de febrero de 1919."

Sobre el primer periodo de la estancia de Stalin en el Frente Sur no se ha publicado nada. El hecho es que no duró mucho y terminó tristemente para él. Es una gran lástima que no pueda basarme en ningún documento para completar mis recuerdos de este episodio, ya que no dejó rastro alguno en mis archivos personales. Los archivos oficiales, naturalmente, permanecieron en el Comisariado de Guerra.

En el Comité Revolucionario de Guerra del Frente Sur, bajo el mando de Yegorov, se encontraban Stalin y Berzin (este último se dedicó posteriormente por completo al trabajo militar y desempeñó un papel destacado, si no protagonista, en las operaciones militares de la guerra civil española). Una noche (lamento no poder dar la fecha exacta) Berzin me llamó por teléfono y me preguntó si estaba "obligado a firmar una orden del comandante del frente, Yegorov". Según el reglamento, la firma del comisario o del miembro político del comité de guerra en una orden de operaciones significaba simplemente que dicha orden no tenía un significado contrarrevolucionario oculto. En cuanto al carácter militar de la orden, este quedaba íntegramente bajo la responsabilidad del comandante. En este caso concreto, se trataba únicamente de transmitir una orden del comandante en jefe y explicársela al ejército bajo su mando. Stalin afirmaba que la orden de Yegorov no era reglamentaria y que no la firmaría. Tras esta negativa por parte de un miembro del comité central, Berzin ya no se atrevía a estampar su firma. Pero una orden firmada únicamente por el comandante carecía de fuerza.

¿Qué argumento esgrimía Stalin para no firmar? Ninguno; simplemente decía que no firmaría. Le habría sido perfectamente posible preguntarme y darme sus razones o, si lo prefería, ponerse en contacto con Lenin. Pero, exactamente igual que en Tsaritsyn, a Stalin le gustaba más actuar de otra manera. Se negaba a firmar para hacer alarde de su importancia ante sus colaboradores y subordinados. Le respondí a Berzin: "La orden del comandante en jefe certificada por un comisario es obligatoria para usted. Firme inmediatamente; de lo contrario, tendrá que dar explicaciones ante un tribunal".

Pero el asunto no terminó ahí, sino que llegó ante el buró político. Lenin dijo, no sin cierta incomodidad: "¿Qué podemos hacer? Stalin ha vuelto a ser sorprendido in fraganti". Se decidió llamar a Stalin para que regresara del Frente Sur. Fue su segundo

fracaso importante. Recuerdo que regresó con aire avergonzado, pero aparentemente sin rencor. Al contrario, llegó incluso a decir que había cumplido su misión y que deseaba llamar nuestra atención sobre las relaciones anómalas existentes entre el comandante en jefe y el comandante del frente, pues, aunque la orden del comandante en jefe no contenía nada que pudiera levantar sospechas, se había dictado sin consultar previamente la opinión del Frente Sur, lo cual era un error. Eso fue lo que había motivado su protesta. Parecía plenamente satisfecho de sí mismo. Mi impresión fue que había apuntado demasiado alto y que, atrapado en la trampa de una jactancia imprudente, había sido incapaz de salir del paso. En cualquier caso, era perfectamente evidente que estaba haciendo todo lo posible por borrar sus huellas y hacer creer que no había pasado nada. [Para ayudarle a salir de ese aprieto, se le propuso, probablemente por iniciativa de Lenin, trasladarlo al frente del suroeste. Pero él respondió:]

"Al Comité Central del Partido.

A los camaradas Lenin y Trotsky.

Estoy profundamente convencido de que mi presencia en el frente no supondría ningún cambio en la situación.

4 de febrero de 1919.

Estalin"

La oposición militar estaba formada por dos grupos. Por un lado, numerosos militantes que, tras haber luchado en la clandestinidad, veían con malos ojos a los advenedizos de todo tipo (y no faltaban en los puestos importantes). Pero también había muchos obreros avanzados, elementos combativos que contaban con una nueva reserva de energía, a quienes les alarmaba ver a ingenieros, oficiales y profesores de antaño, una vez más en puestos de mando. Esta oposición obrera reflejaba, en última instancia, una falta de confianza en su propia capacidad y la duda de que la nueva clase que acababa de tomar el poder fuera capaz de dominar y controlar a los amplios círculos de la vieja intelectualidad.

Durante el primer período, cuando la revolución se extendía desde los centros industriales hacia la periferia, se organizaban destacamentos armados con obreros, marineros y antiguos soldados para instaurar el régimen soviético en las distintas regiones. Estos destacamentos se veían frecuentemente envueltos en pequeñas guerras; al gozar de las simpatías de la población, obtenían fáciles victorias. Esto les proporcionó cierta euforia y a sus líderes, cierta autoridad. Pero no existía una conexión real entre estos destacamentos; sus tácticas tenían carácter de incursiones y de guerrilla y, durante un tiempo, eso fue suficiente. Sin embargo, las clases privilegiadas derrocadas, animadas y ayudadas por sus protectores extranjeros, comenzaron a organizar sus propios ejércitos. Bien equipados y bien dirigidos, pasaron a la ofensiva. Acostumbrados a vencer con facilidad, los destacamentos guerrilleros mostraron sus deficiencias; carecían de servicios de inteligencia, no tenían comunicación entre ellos; tampoco eran capaces de ejecutar una maniobra complicada. Como consecuencia (en distintos momentos y en diversas partes del país), las guerrillas sufrieron desastres.

No era tarea fácil integrar esos destacamentos aislados en un sistema centralizado. La capacidad militar de sus comandantes no era gran cosa y se mostraban hostiles hacia los antiguos oficiales, en parte porque estos no les inspiraban confianza y en parte por falta de confianza en sí mismos. Aún en julio de 1918, en el Quinto Congreso de los Sóviets, los socialistas revolucionarios de izquierda insistían en que nuestra defensa siguiera basándose en los destacamentos de guerrilla, alegando que no necesitábamos un ejército centralizado. "Esto equivale a decir [les respondí] que no necesitamos ferrocarriles y que podemos conformarnos con carros tirados por caballos para el transporte".

Nuestros frentes tendían a formar un círculo de 8.000 kilómetros de circunferencia. Nuestros enemigos establecían una base en la periferia, recibían refuerzos del extranjero y lanzaban un ataque en dirección al centro. La ventaja de nuestra situación consistía en que ocupábamos una posición central y operábamos en líneas interiores. Tan pronto como el enemigo precisaba la dirección de su ataque, éramos capaces de prepararnos para el contraataque. Podíamos agrupar nuestras fuerzas y concentrarlas para la ofensiva en las direcciones más importantes en cada momento dado. Pero esta ventaja solo se nos garantizaba con la única condición de una centralización completa de la organización y del mando. Para sacrificar temporalmente ciertos sectores poco importantes o demasiado alejados con el fin de salvar otros más cercanos e importantes, debíamos ser capaces de dar órdenes que debían ser obedecidas sin discusiones previas. Todo esto es demasiado elemental como para que sea necesario insistir en ello. La incomprensión con la que nos topábamos se debía a esas tendencias centrífugas que la revolución había despertado, al provincialismo de las vastas extensiones de comunidades aisladas, al espíritu elemental de independencia que aún no había tenido tiempo ni posibilidad de madurar. Baste decir que, al principio, no solo las provincias, sino incluso las regiones, tenían cada una su propio consejo de comisarios del pueblo, con su propio comisario de guerra. Los éxitos de la organización regular llevaron a esos destacamentos dispersos a adaptarse a ciertas normas y condiciones, a consolidarse en regimientos y divisiones. Pero el espíritu y el método, en muchas ocasiones, no habían cambiado. Un jefe de división poco seguro de sí mismo se mostraba muy indulgente con sus coroneles. Voroshílov, como comandante de ejército, era muy tolerante con sus comandantes de división. Pero tanto más vengativa era su actitud hacia el centro, que no se daba por satisfecho con su transformación externa de destacamentos de guerrilla en regimientos y divisiones, sino que insistía en las exigencias fundamentales de la organización militar. En una discusión con un partidario de la guerrilla, escribí en enero de 1919:

"En uno de nuestros ejércitos, hasta hace poco, se consideraba un signo del más alto "revolucionarismo" burlarse de forma vulgar y estúpida de los "especialistas militares", es decir, de aquellos que habían estudiado en las academias militares; y en ese mismo ejército no se realizaba ningún trabajo político: la actitud general era no menos hostil, quizá incluso más, hacia los comisarios comunistas que hacia los especialistas. ¿Quién había provocado esa hostilidad? La peor clase de nuevos comandantes: los ignorantes, a medio camino entre guerrilleros y hombres del partido, que no querían tener a nadie a su alrededor, ya fueran militantes del partido o militares serios… Muchos de ellos, al encontrarse finalmente en un caos sin esperanza, acabaron simplemente rebelándose contra el gobierno soviético."

En un momento de grave peligro, el segundo regimiento de Petrogrado, que ocupaba un sector decisivo, abandonó el frente por iniciativa propia y, con los comandantes y comisarios a la cabeza, los hombres se apoderaron de un barco y bajaron por el Volga, desde las cercanías de Kazán en dirección a Nizhni Nóvgorod. El barco fue detenido por orden mía y los desertores fueron llevados ante un tribunal. El comandante y el comisario del regimiento fueron fusilados. Fue el primer caso de ejecución de un comunista, el comisario Panteleiev, por incumplimiento del deber militar. Se debatió mucho en el partido sobre este penoso asunto. En diciembre de 1918, *Pravda* publicó un artículo que, sin mencionarme por mi nombre, se refería claramente a mí, al hablar de la ejecución de los "mejores camaradas sin juicio". El autor del artículo, A. Kamensky, una figura de poca importancia en sí mismo, no era, evidentemente, más que un peón en aquellas circunstancias. Parecía incomprensible que un artículo que contenía acusaciones tan graves pudiera aparecer en el órgano central del partido. Su director era Bujarin, comunista de izquierda y, por lo tanto, contrario al empleo de "generales" en el ejército.

Pero, especialmente en aquella época, era totalmente incapaz de intrigas. Encontré la clave del enigma cuando descubrí, tras investigar, que el autor del artículo (o, mejor dicho, el hombre que lo había firmado), A. Kamensky, pertenecía al Estado Mayor del X Ejército y en aquellos momentos se encontraba bajo la influencia directa de Stalin. No cabe duda de que Stalin había conseguido, mediante engaño, la publicación del artículo. La propia terminología de la acusación, la descarada referencia a la ejecución de "los mejores" camaradas y, además, "sin juicio", resultaba desconcertante tanto por lo monstruoso de la alegación como por su inherente absurdo. Pero fue precisamente esa burda exageración de la acusación la que delató a Stalin, el organizador de los "procesos de Moscú". El comité central zanjó el asunto, Kamensky y el comité de redacción fueron amonestados, pero la mano intrigante de Stalin permaneció invisible.

El octavo congreso del partido se celebró del 18 al 23 de marzo de 1919 en Moscú. Justo en vísperas del congreso, los blancos nos asestaron un duro golpe cerca de Ufa. Decidí, a pesar del congreso, dirigirme inmediatamente al frente oriental. Tras sugerir el regreso inmediato al frente de todos los delegados militares, me preparé para partir. Una parte de los delegados estaba descontenta, ya que habían acudido a la capital para disfrutar de unos días de permiso y no querían marcharse. Algunos difundieron el rumor de que yo quería evitar un debate sobre la política militar. Esa mentira me sorprendió. Presenté una propuesta al comité central el 16 de marzo de 1919 para anular mi sugerencia de que los delegados militares regresaran de inmediato, encargué a Sokolnikov la defensa de nuestra política militar y partí de inmediato. El debate de esta cuestión en el octavo congreso, y a pesar de la presencia de una oposición totalmente decidida, no me detuvo; la situación en el frente me parecía mucho más importante que las elecciones al congreso, sobre todo porque no tenía ninguna duda de que la política que yo consideraba la única justa triunfaría por sus propios méritos. El comité central aprobó la tesis que yo había redactado previamente y designó a Sokolnikov como su ponente oficial. El informe de la oposición debía ser presentado por V. M. Smirnov, un viejo bolchevique y antiguo oficial de artillería durante la Guerra Mundial. Smirnov era uno de los líderes de los comunistas de izquierda que habían sido adversarios decididos de la paz de Brest-Litovsk y habían exigido el inicio de una guerra de guerrillas contra el ejército regular alemán. Esto seguía siendo la base de su programa, incluso en 1919, aunque con el tiempo se había vuelto menos firme. La formación de un ejército regular y centralizado era imposible sin especialistas militares y sin sustituir la improvisación por una dirección adecuada y sistemática. Los comunistas de izquierda (que se habían moderado en cierta medida intentaban adaptar sus antiguas ideas al crecimiento del aparato estatal y a las necesidades del ejército regular, pero que solo retrocedían paso a paso, utilizando todo lo que podían de su antiguo bagaje y camuflando sus tendencias a favor de la guerrilla bajo nuevas fórmulas.

Al comienzo del congreso se produjo un incidente secundario, pero muy característico, en torno a la composición de la mesa. Este incidente indicaba, en cierta medida, la tendencia del congreso, incluso en los prolegómenos de los debates. Lenin no ignoraba que, en la cuestión militar, era de hecho Stalin quien, entre bastidores, maniobraba a la oposición; había llegado a un acuerdo con la delegación de Petrogrado sobre la composición de la mesa. Los opositores propusieron a varios candidatos más, bajo diversos pretextos, y no únicamente a opositores; por ejemplo, designaron a Sokolnikov, el principal orador desde el punto de vista oficial. Sin embargo, Bujarin, Stasova, Oborin, Ríkov y Sokolnikov se negaron a presentarse como candidatos, al considerar que era una obligación personal cumplir el acuerdo alcanzado sobre la mesa. Pero Stalin no cedió. Esto revelaba de manera flagrante su carácter de opositor. Había realizado grandes esfuerzos para llenar el congreso de sus partidarios y había presionado

a los delegados. Lenin estaba al corriente de estas maniobras, pero para evitar una situación embarazosa, hizo todo lo que pudo para ahorrarle a Stalin la prueba de una votación a favor o en su contra. A través de un delegado, Lenin planteó la pregunta preliminar: "¿Es necesario añadir otros candidatos a la lista que se les ha presentado?" Sin intentar que se diera una respuesta negativa a esta pregunta, Stalin asumió la derrota que Lenin había hecho tan impersonal e inofensiva como era humanamente posible. Hoy en día, la versión oficial es que Stalin secundó la postura de Lenin sobre la cuestión militar en el octavo congreso. ¿Por qué, entonces, no se publica el acta ahora que ya no hay secretos militares que guardar?

En la conferencia ucraniana, celebrada en marzo de 1920, Stalin me defendió formalmente, en mi calidad de ponente en representación del comité central; al mismo tiempo, se esforzó, a través de sus hombres de confianza, en garantizar el fracaso de las tesis del comité. En el octavo congreso del partido, tal maniobra resultaba difícil, ya que todo transcurría bajo la observación directa de Lenin, de varios otros miembros del comité central y de destacados militares. Pero, en el fondo, Stalin desempeñó allí también exactamente el mismo papel que en la conferencia ucraniana. Como miembro del comité central, o bien se expresó de manera ambigua en defensa de la política militar oficial, o bien se mantuvo al margen; pero a través de sus amigos más cercanos (Voroshílov, Rujimovich y otros tsaritsinistas que constituían el núcleo duro de la oposición en el congreso), siguió socavando, no tanto la política militar, es cierto, como a su principal representante; incitó a esos delegados a atacar de forma ruin y personal a Sokolnikov, quien había asumido la defensa del Comisariado de Guerra sin ninguna reserva. El núcleo de la oposición era el grupo de Tsaritsyn y, sobre todo, Voroshílov. Durante los días previos al congreso habían estado en contacto constante con Stalin, quien les daba instrucciones, impidiendo sus intervenciones prematuras y, al mismo tiempo, centrando la intriga contra el departamento de guerra. Tal fue el resumen y la esencia de su actividad en el octavo congreso.

El portavoz de la oposición, Smirnov, respondiendo directamente a este pasaje del discurso de Sokolnikov ("unos estaban a favor de un ejército de guerrilleros y otros de un ejército regular"), afirmó que, en lo que respecta al uso de especialistas militares, "no hay desacuerdo entre nosotros sobre el carácter esencial de nuestra política militar". El desacuerdo fundamental sigue siendo la necesidad de ampliar las funciones de los comisarios y de los miembros del Comité Revolucionario de Guerra, con el fin de garantizar su mayor participación en la administración del ejército y en las decisiones relativas a las operaciones y, de este modo, reducir el papel de los comandantes militares. Se decidió continuar con el reclutamiento de especialistas militares, pero, por otra parte, se subrayó enérgicamente la necesidad de formar nuevos estados mayores, que fueran instrumentos absolutamente fiables del régimen soviético. El hecho de que estas y otras decisiones se adoptaran por unanimidad, salvo una única abstención, se explica porque la oposición se había visto obligada a repudiar la mayor parte de sus prejuicios. Incapaz de oponer su propia línea a la de la mayoría del partido, se vio obligada a hacer suya la conclusión general del debate. No obstante, algunos de los rasgos del período anterior siguieron manifestándose a lo largo de 1919, especialmente en el sur (en Ucrania, el Cáucaso y Transcaucasia), donde la eliminación de la tendencia proguerrillera tropezó con grandes dificultades.

En 1920, un hombre bien cualificado para juzgar las operaciones militares escribía: "A pesar de todo el ruido y todas las protestas contra nuestra política, en lo que respecta al reclutamiento de especialistas y otras medidas, hay que reconocer que el hombre al que hemos puesto al frente del ministerio de guerra, el camarada Trotsky, ha acertado. Ha llevado a cabo con la mayor energía la política militar adoptada, haciendo

caso omiso de las amenazas… Las victorias del Ejército Rojo en todos los frentes son la prueba de lo acertado de esta política". Sin embargo, aún hoy, en innumerables artículos y libros, vuelven a aparecer sin cesar los viejos chismes sobre la traición de los "generales" nombrados por mí. Estas acusaciones resultan especialmente absurdas si se tiene en cuenta que, veinte años después de la revolución de octubre, Stalin acusó de traición y exterminó a la casi totalidad del estado mayor nombrado por él mismo. Cabe añadir que Sokolnikov, el ponente del comité central en el congreso, y V. M. Smirnov, el coponente de la oposición (ambos participantes activos en la guerra civil), fueron posteriormente víctimas de las purgas estalinistas.

Durante el congreso se celebró una conferencia militar; las actas de la misma nunca se publicaron. El objetivo de esta conferencia era permitir que todos los participantes, especialmente los descontentos de la oposición, se expresaran libre, plena y francamente. Lenin pronunció un enérgico discurso a favor de nuestra política militar. ¿Qué dijo Stalin? ¿Intervino para defender la posición del comité central? Es difícil responder de forma categórica. Lo que no ofrece ninguna duda es que actuó como de costumbre, entre bastidores, incitando a ciertos opositores contra el Comisariado de Guerra: así lo confirman los recuerdos precisos de los delegados. Una prueba flagrante reside en el hecho mismo de que las actas de la conferencia aún no se han publicado, ya sea porque Stalin no intervino en ellas o porque su intervención le resultaría embarazosa hoy en día.

Capítulo décimo. La guerra civil (continuación)

En la primavera de 1919, el "ejército voluntario" del noroeste, bajo el mando del general Yudénich, pasó inesperadamente a la ofensiva y amenazó Petrogrado. Al mismo tiempo, la flota británica maniobraba en el golfo de Finlandia. El coronel Bulak-Balajovitch, al frente de su unidad, dirigía el avance contra Pskov y, por su parte, las unidades estonias entraban en acción a lo largo del frente. El 14 de mayo, el cuerpo de ejército del general Rodzyanko rompió el frente del VII Ejército (que se había visto considerablemente debilitado por las bajas destinadas a frentes más activos), ocupó Yamburgo y Pskov, y emprendió simultáneamente un avance hacia Gachina, Petrogrado y Luga. El comandante del VII Ejército, acuartelado en los alrededores de Petrogrado, se puso en contacto con Yudénich y organizó una conspiración entre las guarniciones que rodeaban la capital de la revolución de octubre: Kronstadt, Oranienbaum, Krasnaya Gorka, Sieraya Lochad y Krasnoye Selo. Los conspiradores, de acuerdo con Yudénich, realizaban preparativos para ocupar la capital simultáneamente con las tropas de su ejército. Esperaban encontrar apoyo entre los marineros descontentos y, sobre todo, la ayuda activa de la flota. Pero los marineros de los dos acorazados soviéticos no secundaron la insurrección, y la flota inglesa se limitó entonces a una vigilancia expectante. La empresa fracasó, pero, el 12 de junio de 1919, Krasnaya Gorka y Sieraya Lochad seguían en manos de los conspiradores y, durante cuatro días, no se hizo ningún intento por recuperarlas. Finalmente, tras un duelo de artillería con Kronstadt, Krasnaya Gorka fue ocupado, el día 16, por un destacamento de marineros rojos.

Stalin llegó a Petrogrado en los últimos días de mayo de 1919, dotado de poderes excepcionales otorgados por el comité central del partido y el gobierno. Dos semanas más tarde, enviaba un telegrama a Lenin:

"Tras Krasnaya Gorka, Sieraya Lochad también ha sido eliminada. Los cañones están en perfecto estado. La limpieza y el refuerzo de los fuertes y fortalezas continúan activamente. Los especialistas de la marina aseguran que la toma de Krasnaya Gorka por mar es contraria a todas las reglas de la ciencia naval. Lo único que puedo decir al respecto es que hay que barrer esa supuesta ciencia. La rápida toma de Gorka se explica por la intervención más brutal por mi parte y por parte de otros civiles en las operaciones militares, que llegó hasta el punto de revocar órdenes dadas en tierra y en el mar, e imponer las nuestras. Considero mi deber declarar que, en el futuro, actuaré de la misma manera, a pesar de todo mi respeto por la ciencia."

Este tono provocador y fanfarrón disgustó a Lenin. Desde Petrogrado era posible comunicarse en cualquier momento con el Kremlin y sustituir a los comandantes incompetentes o poco fiables, reforzar el mando, es decir, hacer simplemente lo que hacían, en un frente u otro, los militantes del partido, sin violar las normas elementales de una actitud decente, indispensable para mantener relaciones cordiales, y sin socavar la autoridad del mando y del estado mayor. Todo eso estaba bien para otros, pero no para Stalin. Solo podía hacer sentir su superioridad sobre los demás insultándolos. Solo podía obtener satisfacción de su trabajo expresando de forma grosera su desdén hacia todos aquellos que estaban subordinados a él. Al no disponer de otros medios, veía en su

brutalidad una oportunidad para hacer alarde de su genio especial, para despreciar a las instituciones y a los hombres que gozaban de la estima y el respeto de todos. Su telegrama terminaba con estas palabras: "Enviad rápidamente dos millones de cartuchos a mi disposición para seis divisiones".

Esta posdata típicamente estalinista revela todo un sistema. El ejército contaba, naturalmente, con su propio director de municiones. Los proyectiles siempre eran insuficientes y había que distribuirlos teniendo en cuenta las reservas disponibles y la importancia relativa de los frentes y los ejércitos. Pero Stalin pasaba por alto todas estas consideraciones. Haciendo caso omiso de la dirección de municiones, solicitaba cartuchos a través de Lenin, y no para ponerlos a disposición del mando del ejército, sino para su uso personal, con el fin de poder presentarlos como un regalo a un comandante concreto al que quería impresionar con su importancia.

[Diez años más tarde, esa breve estancia en Petrogrado en la primavera de 1919 fue utilizada por Voroshílov para fabricar una nueva falsificación de la historia que hoy se ha convertido en uno de los mitos más extraordinarios de la leyenda estalinista: "Stalin, salvador de Petrogrado". De hecho, Yudénich intentó en dos ocasiones tomar Petrogrado en 1919: en mayo y de nuevo en octubre.

La primera incursión de Yudénich, llevada a cabo con fuerzas insignificantes, no fue más que un simple reconocimiento, y pasó prácticamente desapercibida para el partido, cuya atención se centraba por completo en los frentes del este y del sur. En los meses siguientes, Yudénich, al amparo de Estonia y con la ayuda intensificada de Inglaterra, formó un nuevo ejército ampliamente dotado de oficiales y equipamiento. Este segundo intento fue la verdadera campaña contra Petrogrado. Al considerar que no nos sería posible defender todos los frentes a la vez, Lenin propuso abandonar Petrogrado. Me opuse. La mayoría del buró político, incluido Stalin, me apoyó. Yo ya me encontraba en Petrogrado cuando Lenin me escribió, el 17 de octubre de 1919:

"Pasé la noche en el Consejo de Defensa. Le envío el decreto aprobado. Como puede ver, se ha adoptado su plan. Pero, naturalmente, no se ha mencionado la evacuación de los obreros de Petrogrado (se dice que usted la defendió en una conversación con Krasin y Ríkov). Adjunto un llamamiento que el consejo me ha encargado redactar. Tenía prisa, ha quedado mal redactado. Será mejor que ponga mi firma debajo de la suya. Saludos.

LENIN."

La lucha por Petrogrado adquirió un carácter extremadamente dramático. El enemigo llegó a las afueras de la capital, que se preparaba para un combate callejero. No dudaba de que el Ejército Blanco, con veinticinco mil combatientes, aunque lograra invadir una ciudad de más de un millón de habitantes, se abocaría a su propia ruina si se topaba con una resistencia seria y bien organizada. Además, consideraba indispensable, sobre todo en caso de que Estonia y Finlandia entraran en campaña, preparar un plan de retirada del ejército y de los obreros hacia el sureste: era la única forma de salvar a la élite de la clase obrera de Petrogrado, amenazada de exterminio.

El día 21 de octubre fue decisivo; el 22, el Ejército Rojo pasó a la ofensiva. Yudénich había tenido tiempo de hacer avanzar sus reservas y reforzar sus filas. Los combates se tornaron encarnizados. A la noche del 23, tomamos Dietskoye Selo y Pavlovsk.

Mientras tanto, el XV Ejército, nuestro vecino, comenzaba a ejercer presión por el flanco sur, amenazando cada vez más la retaguardia y el flanco derecho de los blancos. Se produjo un giro en la situación. Aquellas de nuestras tropas que habían sido sorprendidas por la ofensiva, y a las que una serie de reveses había enfurecido, rivalizaron en abnegación y heroísmo. Pensando en la ferocidad de los combates, el 24 de octubre

lancé una orden del día que decía: "¡Ay del soldado indigno que levante su arma contra un prisionero!" Y, después de que tres de nuestros torpederos se hundieran al chocar contra minas, repetí mi advertencia: "… Pero incluso ahora, mientras luchamos con ahínco contra el mercenario de Inglaterra, Yudénich, os pido que no olvidéis jamás que existen dos Inglaterras. Junto a la Inglaterra de los beneficios y la corrupción, existe una Inglaterra del trabajo, llena de poder espiritual, dedicada al ideal de la solidaridad internacional. Tenemos en contra a la Inglaterra de los especuladores bursátiles. La Inglaterra trabajadora, el pueblo, está con nosotros". La noble tarea de la educación socialista estaba estrechamente vinculada, para nosotros, a la de la guerra.

Hoy en día resulta difícil evocar, e incluso recordar, la explosión de entusiasmo que provocó la victoria obtenida en Petrogrado. Zinóviev me hizo llegar el siguiente documento:

"Defender el Petrogrado rojo era prestar un servicio inestimable al proletariado mundial y, por consiguiente, a la Internacional Comunista. El primer puesto en la defensa de Petrogrado le corresponde a usted, por supuesto, querido camarada Trotsky. En nombre del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, le envío unas banderas que le ruego entregue a los elementos más meritorios del glorioso Ejército Rojo que usted dirige.

ZINÓVIEV."

Recibí documentos similares del Sóviet de Petrogrado, de los sindicatos y de otras organizaciones; entregué las banderas a distintos regimientos y mis secretarios archivaron los documentos. Sin embargo, la historia oficial estalinista enseña hoy que Petrogrado fue salvada por Stalin.

Durante los primeros meses de 1919, el Ejército Rojo asestó un golpe decisivo a la contrarrevolución en el sur, donde su principal apoyo era el ejército de los cosacos del Don, bajo el mando del general Krasnov. Pero detrás de Krasnov, en el Kubán y el Cáucaso septentrional, Denikin reunía a su ejército. A mediados de mayo, nuestro ejército proseguía su avance, pero, agotado por las penurias de la campaña, se topó con las tropas frescas de Denikin y comenzó a retroceder. Finalmente perdimos todo lo que habíamos ganado, sobre todo toda Ucrania, que habíamos liberado recientemente. Por otra parte, en el frente oriental, donde mandaba el excoronel Kámenev, con Smilgá y Lashévich como miembros del comité de guerra, la situación había mejorado hasta tal punto que consideré innecesario desplazarme hasta allí. Embriagados por sus éxitos, Smilgá, Lashévich y Gusiev alzaron a su comandante sobre sus hombros y enviaron a Moscú informes entusiastas sobre él. Cuando el comandante en jefe, Vatzetis (que en principio estaba de acuerdo conmigo), sugirió que el frente oriental permaneciera en los Urales durante el invierno para poder trasladar varias divisiones al frente sur, donde la situación se estaba volviendo amenazante, Kámenev, respaldado por Smilgá y Lashévich, opuso una fuerte resistencia.

Stalin se abalanzó sobre este conflicto entre el frente oriental y el comandante en jefe, quien había condenado abiertamente su intervención en cuestiones estratégicas. Trataba a Vatzetis con hostilidad y solo esperaba una ocasión para vengarse de él. Ahora esa oportunidad se presentaba por sí sola. Lashévich y Gusiev, evidentemente de acuerdo con Stalin, propusieron que Kámenev fuera nombrado comandante en jefe. Los éxitos obtenidos en el frente oriental permitieron convencer a Lenin de estas ideas y quebraron mi resistencia. Kámenev fue nombrado comandante en jefe el 3 de julio de 1919 y el comité central reconstituyó así el Comité Revolucionario de Guerra: Trotsky, Skliansky, Gusiev, Smilgá, Ríkov y el comandante en jefe, S. Kámenev.

La primera tarea del nuevo comandante en jefe consistía en elaborar un plan que permitiera agrupar nuestras fuerzas en el Frente Sur. Kámenev se distinguía por su optimismo y una viva imaginación estratégica. Pero su visión seguía siendo bastante

limitada. Los factores sociales del Frente Sur (los obreros, los campesinos ucranianos, los cosacos) no representaban para él nada concreto. Abordaba el frente meridional desde la perspectiva de un comandante del frente oriental. Lo más adecuado, a su juicio, era concentrar las divisiones retiradas del este a lo largo del Volga y dirigir el ataque contra el Kuban, donde se encontraba el cuartel general de Denikin.

En materia de estrategia, siempre había dejado la última palabra al comandante en jefe. Sin embargo, mi conocimiento del Frente Sur me llevó rápidamente a considerar que ese plan era fundamentalmente erróneo. Denikin había logrado trasladar su base del Kuban a Ucrania. Avanzar ahora contra los cosacos no podía sino empujarlos inevitablemente hacia Denikin. Para mí estaba claro que el ataque principal debía lanzarse a lo largo de la línea de separación entre Denikin y los cosacos, en la región donde la población estaba totalmente en contra de los cosacos, en contra de Denikin y a nuestro favor. Pero mi oposición al plan de Kámenev se interpretó como la continuación del conflicto entre el Comité de Guerra y el frente oriental. Smilgá y Gusiev, siempre con la colaboración de Stalin, afirmaron que yo me oponía al plan porque, por principios generales, no confiaba en el nuevo comandante en jefe. Al parecer, Lenin compartía ese temor. Pero esas suposiciones eran totalmente erróneas. Yo no sobreestimaba a Vatzetis. Había recibido a Kámenev de manera totalmente amistosa y me esforzaba por facilitarle su tarea en todos los sentidos. Pero el error del plan me parecía tan evidente que, cuando fue confirmado por el buró político (donde todos, incluido Stalin, votaron en mi contra), decidí presentar mi dimisión. El 5 de julio, el comité central me respondió con la siguiente decisión:

"El Buró de Organización y el Buró Político del Comité Central, tras examinar y debatir en todos sus aspectos la declaración del camarada Trotsky, han llegado por unanimidad a la conclusión de que no pueden en modo alguno aceptar la dimisión del camarada Trotsky ni acceder a su petición. el buró de organización y el buró político harán todo lo que esté en sus manos para facilitar al camarada Trotsky (y hacer que resulte lo más provechoso posible para la república) el trabajo en el Frente Sur, el más penoso, el más peligroso y el más importante en la actualidad, que ha sido elegido por el propio camarada Trotsky. En su calidad de comisario del pueblo para la guerra y presidente del Comité Revolucionario de Guerra, el camarada Trotsky puede perfectamente actuar también como miembro del Comité de Guerra del Frente Sur junto con el comité del frente que él mismo ha designado y que el comité central ha aceptado. El buró de organización y el buró político del comité central dejan al camarada Trotsky plena libertad para conseguir, por todos los medios, lo que él considere una corrección de la línea general en la cuestión militar y, si así lo desea, se esforzarán por acelerar la convocatoria del congreso del partido.

LENIN, KAMENEV, KRESTINSKY, KALININ, SEREBRIAKOV, STALIN, STASSOVA."

Se observa que esta decisión también lleva la firma de Stalin. Aunque urdía su intriga entre bastidores y acusaba a Lenin de carecer de valor y constancia, Stalin no se decidía, sin embargo, a oponerse abiertamente al comité central.

Retiré mi dimisión y partí inmediatamente hacia el Frente Sur.

Los preparativos de la ofensiva en el Frente Sur se desarrollaron en medio de graves dificultades. A finales de la primera semana de agosto (es decir, aproximadamente una semana después del inicio de la ofensiva), el buró político se enfrentó a varios problemas de gran importancia. Estaba perfectamente claro que Denikin iba a dirigir su asalto contra Ucrania, en lugar de hacia el este, con el fin de establecer contacto con Rumanía y Polonia, y trasladar su base de Ekaterinodar a Odesa y Sebastopol. Aparte de las medidas adoptadas por el comandante en jefe para hacer frente a este peligro, que era el más grave en aquellos momentos, era necesario decidir de inmediato qué había que

hacer respecto a la batalla inminente en Ucrania. Ante todo, era indispensable establecer una conexión entre el XII y el XIV ejército, que, debido a la falta de comunicaciones telegráficas, se encontraban aislados del Frente Sur. No solo se habían fusionado ya las retaguardias de ambos ejércitos, sino que, además, se veían cada vez más obligados a actuar contra un mismo enemigo, Denikin. En consecuencia, propuse retirar del XIV Ejército la jurisdicción del Frente Sur, fusionar los mandos de ambos ejércitos en la persona del comandante del XIV Ejército, Legorov, y su estado mayor, denominando a esta nueva agrupación "Frente Suroeste", cuyo cuartel general estaría en Konotop, y ponerlo directamente bajo la jurisdicción del comandante en jefe y del Estado Mayor General. Para no reducir la capacidad de combate de este frente por debajo del mínimo imprescindible, era necesario, en primer lugar, realizar, con la ayuda de unidades comunistas trasladadas temporalmente desde sectores más seguros, un esfuerzo excepcional para poner fin al bandolerismo y a la destrucción de las vías férreas. Todos los oficiales rojos disponibles fueron enviados inmediatamente a Ucrania en trenes especiales. Todos los militantes políticos destinados a otros ejércitos también fueron enviados allí con todo el equipamiento que se pudo reunir. El XII Ejército carecía de munición. Los comités de guerra de ambos ejércitos eran débiles. De acuerdo con el Consejo de Defensa de Ucrania y los comités de guerra de ambos ejércitos, Voroshílov fue designado para dirigir la lucha contra la rebelión en la retaguardia de los ejércitos.

[Dificultades similares, aunque de diversa índole según las regiones, surgían por todas partes y a cada momento. Lenin comenzó a inquietarse. Justo al inicio de la ofensiva, escribió a Skliansky:]

"Estoy enfermo. Debo guardar cama. Responda, pues, por mensajero. El retraso de la ofensiva en dirección a Voronez (¡del 1 al 10 de agosto!) es monstruoso. El éxito de Denikin es alarmante.

¿Qué está pasando? Sokolnikov dice que nuestras fuerzas allí eran cuatro veces superiores a las del enemigo.

¿Qué está pasando, pues? ¿Cómo hemos podido desperdiciar la oportunidad hasta tal punto?

Dígale al comandante en jefe que las cosas no pueden seguir así; debe prestarles *toda* su atención.

Lenin, Presidente del Consejo de Defensa."

La ofensiva en el Frente Sur, según el plan de S. Kámenev, comenzó a mediados de agosto. Seis semanas más tarde, a finales de septiembre, escribí al buró político, que había rechazado mi plan: "La ofensiva iniciada a lo largo de la línea de mayor resistencia ha resultado ser totalmente ventajosa para Denikin, tal y como se había previsto… Nuestra situación en el Frente Sur es peor de lo que era cuando el estado mayor comenzó a aplicar su plan a priori. Sería infantil negarse a verlo". En ese momento, el error fatal del plan había quedado claro para muchos de sus antiguos defensores, incluido Lashévich, que había sido trasladado del Frente Este al Frente Sur. Tres semanas antes, el 6 de septiembre, había enviado un telegrama desde el frente al comandante en jefe y al comité central en el que señalaba que "el punto crítico de la lucha en el Frente Sur se ha desplazado hacia Kursk-Voronez, donde no hay reservas". También llamaba su atención sobre los siguientes problemas:

"Los esfuerzos por eliminar a Mamontov no han dado prácticamente ningún resultado hasta ahora. No se han constituido las unidades de ametralladores motorizados porque no se han recibido ametralladoras, ni siquiera un pequeño número de automóviles. Mamontov busca evidentemente agrupar sus propias tropas en el frente de Kursk. Nuestras unidades de infantería, débiles y dispersas, apenas le suponen un obstáculo. El mando de Lashévich se encuentra paralizado por la falta de comunicaciones. Se hace

evidente el peligro de una ruptura del frente en el sector de Kursk-Voronez. La próxima tarea de Lashévich será perseguir al enemigo para intentar tapar esa brecha".

Además, proponía ciertas reagrupaciones de ejércitos que equivalían a una liquidación del plan que acababa de fracasar. Serebriakov y Lashévich firmaron el telegrama junto a mí. Pero el nuevo comandante en jefe estaba tan empeñado en el error como su predecesor y el buró político mantuvo resueltamente su apoyo. Ese mismo día, 6 de septiembre, recibí esta respuesta en Orel: "El buró político del comité central, tras examinar el telegrama de Trotsky, Serebriakov y Lashévich, ha confirmado la respuesta del comandante en jefe y expresa su sorpresa por los esfuerzos que se están realizando para poner en tela de juicio el plan estratégico adoptado. —LENIN".

El desarrollo de las operaciones militares durante los dos meses transcurridos había dejado obsoleto el plan original; es más, durante esos dos meses de continuas batallas infructuosas, muchas carreteras habían quedado completamente destruidas y la concentración de las reservas se había vuelto incomparablemente más difícil que en junio y julio. Por lo tanto, la reorganización de las fuerzas era aún más necesaria. Sugerí que el cuerpo de caballería de Budienny fuera enviado en marchas forzadas hacia el noreste y que varias otras unidades fueran trasladadas en esa dirección. [Pero el buró político, incluido, naturalmente, Stalin, siguió rechazando durante todo ese período estas y otras sugerencias, y aprobó sistemáticamente] las instrucciones del comandante en jefe, [quien insistía en repetir] que "el plan fundamental del avance a lo largo del sur permanece inalterado; en otras palabras, el ataque principal debe ser lanzado por el grupo especial de Shorin, cuya tarea consiste en destruir al enemigo en el Don y el Kuban". Sin embargo, la ofensiva se había estancado por completo. La situación en el Kuban, adonde se habían enviado las mejores tropas, se volvió extremadamente grave, mientras Denikin avanzaba hacia el norte.

"Para valorar el plan de operaciones [escribía a finales de septiembre], no está de más considerar sus resultados. El Frente Sur recibió más fuerzas que ningún otro frente había tenido jamás; al comienzo de la ofensiva, contaba con no menos de ciento ochenta mil bayonetas y sables, y un número correspondiente de cañones y ametralladoras. Tras un mes y medio de combates, nos encontramos terriblemente estancados en la mitad oriental, mientras que en la mitad occidental sufrimos una retirada difícil, la pérdida de unidades y la destrucción de la organización… La causa del fracaso debe buscarse exclusivamente en el plan de operaciones… Se enviaron unidades de escaso valor a localidades pobladas en su totalidad por cosacos que no nos amenazaban, sino que defendían sus pueblos y sus hogares. El ambiente de una guerra nacional del Don ejerció una influencia desmoralizadora sobre nuestras unidades. En esas condiciones, los tanques de Denikin, maniobrando hábilmente, le proporcionaron una enorme superioridad".

Pronto ya no se habló del plan, sino de sus desastrosas consecuencias, tanto materiales como psicológicas. El comandante en jefe, siguiendo en esto la máxima de Napoleón, al parecer había esperado que, al persistir en su error, sacaría de él todas las ventajas posibles y, finalmente, obtendría la victoria. El buró político, aunque perdía confianza, mantenía no obstante su propia decisión. El 21 de septiembre, nuestras tropas abandonaron Kursk. El 13 de octubre, Denikin tomó Orel, lo que le abría la ruta hacia Tula, donde se concentraban las fábricas más importantes, y más allá de la cual se encontraba Moscú. Planteé al buró político la siguiente alternativa: o bien modificábamos nuestra estrategia, o bien evacuábamos Tula, destruyendo allí las industrias de guerra, y organizábamos la resistencia ante la amenaza directa sobre Moscú. En ese momento, la obstinación del comandante en jefe (que ya había eliminado por su cuenta varias partes de su plan) y el apoyo que le había brindado el buró político estaban fuera de discusión. A mediados de octubre, se había completado la concentración de nuestras fuerzas para el

contraataque. Un grupo se concentró al noreste de Orel para actuar contra la línea ferroviaria Kursk-Orel. Otro grupo, al este de Voronej, estaba encabezado por el cuerpo de caballería de Budionny. Esto equivalía, de hecho, al plan por el que yo había insistido en vano. [En relación con estos acontecimientos, resulta instructivo examinar los relatos recientes de este periodo elaborados por los historiógrafos estalinistas. En uno de ellos se lee:]

"Durante el mes de septiembre y a principios de octubre, Denikin logró un éxito considerable en el Frente Sur. Tomó Orel el 13 de octubre. Para remediar la situación extremadamente difícil y peligrosa que se derivaba de los prolongados reveses en el Frente Sur, el comité central del partido envió al camarada Stalin al comité de guerra del frente. El camarada Stalin elaboró un nuevo plan estratégico para la lucha contra Denikin, que fue ratificado por Lenin y por el comité central del partido. La ejecución de este plan supuso la derrota total y la desbandada de Denikin."

[Las propias versiones de Stalin varían según las épocas en lo que respecta al autor del plan de victoria que había sido rechazado en un primer momento, y al responsable de aquel que nos había costado tan caro. En 1923, Stalin hizo una reseña histórica del Frente Sur, ostensiblemente para demostrar el valor de ciertos principios, pero en realidad para servir a sus propias maniobras políticas:]

"Se podría establecer fácilmente una analogía entre estos principios de estrategia política y los principios de estrategia militar; por ejemplo…, la lucha contra Denikin. Todos recuerdan finales de 1919, cuando Denikin se acercaba a Tula. En aquella época, se produjeron interesantes debates entre los militares sobre la cuestión de desde dónde debía asestarse el golpe decisivo contra los ejércitos de Denikin. Algunos jefes militares proponían… la línea Tsaritsyn-Novorosisk… otros… la línea Voronej-Rostov… La primera no resultaba ventajosa porque suponía nuestro avance por el centro de regiones hostiles al gobierno soviético y, por lo tanto, exigía grandes sacrificios; además, era peligrosa porque abría a los ejércitos de Denikin la ruta hacia Moscú a través de Tula y Serpujov. El segundo plan era el único correcto, ya que implicaba el desplazamiento de nuestros grupos de base por regiones que simpatizaban con el gobierno y, por lo tanto, no exigía sacrificios excepcionales; además, desorganizaba la acción del cuerpo principal de las tropas de Denikin que avanzaban hacia Moscú. La mayoría de los jefes militares se pronunció a favor del segundo plan. Y así quedó definitivamente zanjado el destino de la guerra contra Denikin."

Stalin pretendía utilizar este relato simplemente como una ilustración ocasional de ciertas concepciones en el ámbito de la táctica política. De hecho, la ilustración no era en absoluto casual. Corría el año 1923; Stalin esperaba un terrible ataque por parte de Lenin; por lo tanto, intentaba, de forma sistemática, socavar la autoridad de Lenin. En los círculos dirigentes del partido se sabía muy bien que, detrás de aquel plan erróneo y costoso, no estaban solo "ciertos jefes militares", sino la mayoría del buró político, con Lenin a la cabeza. Sin embargo, prefería hablar de desacuerdo entre los "militares", sin mencionar la lucha en el seno del buró político. Sabía que los dirigentes del partido recordaban demasiado bien que el segundo plan era el mío, el plan que yo había defendido ya en julio, y que él no apoyó hasta finales de octubre o principios de noviembre, después de que el propio comandante en jefe hubiera repudiado en la práctica por completo su propio proyecto. Pero, el 19 de noviembre de 1924, diez meses después de la muerte de Lenin, Stalin fue más allá. Entonces realizó el primer intento de ofrecer una versión deliberadamente falsa de la lucha en el Frente Sur y de dirigirla contra mí:

"Era el otoño de 1919. La ofensiva contra Denikin había fracasado… Denikin toma Kursk. Denikin avanza hacia Orel. El camarada Trotsky es llamado desde el Frente Sur para participar en una sesión del comité central. El comité central considera que la

situación es alarmante y decide enviar nuevos ayudantes militares al Frente Sur y llamar de vuelta al camarada Trotsky. Estos nuevos asesores exigieron la "no intervención" del camarada Trotsky en los asuntos del Frente Sur. El camarada Trotsky dejó de participar directamente en los asuntos del Frente Sur. Las operaciones en este frente continuaron hasta que capturamos Rostov del Don y Odesa, lo cual tuvo lugar sin la presencia del camarada Trotsky. ¡Que intenten negar estos hechos!"

Es cierto que abandoné el Frente Sur hacia el 10 de octubre para dirigirme a Petrogrado. Nuestra contraofensiva en el Frente Sur debía haber comenzado en esa fecha. Todo estaba preparado; la concentración de las unidades para el ataque estaba casi completada, y mi presencia era mucho más necesaria en Petrogrado, que en ese mismo momento corría un gran peligro de ser capturada por Yudénich. Al repasar los tres años de guerra civil y examinar las agendas y la correspondencia de mis viajes a los distintos frentes, constato que casi nunca tuve ocasión de acompañar a un ejército victorioso, de participar en un ataque, de compartir sus victorias con él. Mis viajes, naturalmente, no se parecían en nada a unos paseos. Solo me dirigía a los sectores en apuros, cuando el enemigo había perforado nuestro frente. Mi tarea consistía en detener a los regimientos que huían y llevarlos de vuelta al frente para el ataque. Me retiraba con las tropas, pero nunca avanzaba con ellas. Tan pronto como las divisiones en desbandada recuperaban la confianza y el comandante daba la señal de avanzar, me despedía del ejército y me dirigía a otro sector en dificultades, o regresaba durante varios días a Moscú para resolver los problemas que se habían acumulado allí. Así, durante tres años, no tuve ni una sola vez la ocasión de ver los rostros de los soldados felices tras la victoria ni de entrar con ellos en las ciudades conquistadas. No visité ni una sola vez el Frente Sur durante todo el período de nuestra ofensiva victoriosa. La falsificación de Stalin consiste, pues, en dar a un hecho innegable un significado completamente falso.

[Pero aún no hay ningún indicio de que Trotsky fuera el autor del plan responsable del fracaso de la ofensiva de julio-septiembre contra Denikin.] En aquellos momentos se limitaban a una vaga afirmación sobre nuevas ayudas militares que habrían exigido (¿a quién?) la "no intervención" del camarada Trotsky. De hecho, los trece decretos aprobados por el comité central el 15 de octubre habían sido propuestos por mí por escrito y aprobados por unanimidad por todos los miembros, incluidos Stalin, Lenin, Kámenev y Krestinsky; dichos decretos se referían a la comisión que, de acuerdo con mi propuesta, se encargaba de enviar nuevos militantes al Frente Sur para sustituir a los antiguos, a quienes las constantes derrotas habían agotado y desanimado. Stalin no formaba parte de ella. Stalin no aclara cuál de esos nuevos militantes habría solicitado mí no intervención ni a quién.

[En 1929, Voroshílov añadía lo siguiente:]

"Stalin formuló ante el comité central tres condiciones esenciales: 1) Trotsky no debe intervenir en los asuntos del Frente Sur ni debe traspasar la línea de demarcación; 2) Deben ser retirados inmediatamente grupos enteros de militantes que Stalin considera incapaces de restablecer la situación entre las tropas; y 3) Se enviarán de inmediato a este frente nuevos trabajadores elegidos por Stalin, que sean capaces de llevar a cabo esta tarea. Estas condiciones fueron aceptadas en su totalidad."

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién? Ni Stalin ni su satélite respondieron a estas preguntas. Sin embargo, aunque atribuía a Stalin la revisión del plan erróneo, Voroshílov aún no se atrevía, en 1929, a afirmar que el plan erróneo era mío. Con su silencio al respecto, admitía tácitamente que yo había sido un adversario de ese plan. Sin embargo, esta omisión se ha subsanado en la historiografía más reciente. [Ahora se nos dice, según la autoridad de Zinaida Ordzhonikidze, que:]

"Stalin… rechazó categóricamente el antiguo plan de aniquilación de Denikin elaborado por el cuartel general dirigido por Trotsky…"

"'Este proyecto insensato de una marcha a través de un territorio hostil sin carreteras nos amenaza con un colapso total', escribía Stalin en una nota a Lenin… En lugar del plan ya rechazado por la propia vida, Stalin elaboró uno para el avance de los rojos, a través de la proletaria Járkov y la cuenca del Donetz, hacia Rostov… La estrategia del gran Stalin aseguró la victoria de la revolución."

Stalin repite aquí palabra por palabra esos argumentos contra el plan de julio-septiembre que yo, en aquel momento, había expuesto tanto oralmente como por escrito, y que él había rechazado entonces, junto con la mayoría del buró político. Dado que todos los miembros del buró político estaban al corriente de la evolución de la cuestión, en aquel momento no se les podía pasar por la cabeza la idea de Stalin de atribuirme la responsabilidad de aquel desastroso plan. Por el contrario, Stalin culpaba al comandante en jefe y al "joven estratega prodigio" que le acompañaba, ese mismo Gusiev con el que había contado en julio, cuando se había sustituido al comandante.

[El 4 de diciembre de 1919, Iván Smirnov escribía desde el frente oriental que] "Kolchak ha perdido su ejército… Ya no habrá más combates… El ritmo de la persecución es tal que, el 20 de diciembre, Barnal y Novonikolaievsk estarán en nuestras manos." [Yudénich había sido completamente derrotado en el noreste. Denikin huía hacia el sur. Frustrado en sus esfuerzos por ganarse el apoyo del campesinado mediante "reformas agrarias" ambiguas, y privado del respaldo de los grandes terratenientes como consecuencia de la derrota que le había infligido el Ejército Rojo, Denikin perdió la confianza de los blancos. El 26 de marzo de 1920, cedió su cargo de comandante en jefe a Wrangel, quien había logrado reorganizar las filas dispersas de la Guardia Blanca en Crimea.

[Los blancos seguían hostigando a la caballería roja y a las unidades de infantería en el frente del Cáucaso, donde las filas de nuestro ejército se habían visto mermadas, no solo por las bajas en los combates, sino también por una epidemia de tifus. Los refuerzos y los suministros esperados no llegaban debido al mal estado de las vías férreas. Era necesario adoptar medidas enérgicas. Lenin y Trotsky enviaron a Stalin, que se encontraba entonces en el comité de guerra del Frente Suroeste, el siguiente telegrama:

"El comité central considera necesario que se dirija inmediatamente al ala derecha del frente del Cáucaso. Deberá tomar las medidas indispensables para el traslado de refuerzos considerables de obreros procedentes del Frente Suroeste.

3 de febrero de 1920, LENIN, TROTSKY."

[No se dispone del texto de la respuesta de Stalin, pero al parecer planteó objeciones que le valieron esta réplica:]

"El comité central no insiste en su viaje, siempre y cuando durante las próximas semanas concentre toda su atención y toda su energía en la ayuda que debe prestarse al frente del Cáucaso, con preferencia sobre las necesidades del Frente Suroeste.

4 de febrero de 1920.

LENIN, TROTSKY."

[Nuevo telegrama de Lenin del 20 de febrero:]

"La situación en el Cáucaso se agrava cada vez más. A juzgar por las noticias de ayer, no se descarta la posibilidad de perder Rostov y Novocherkask, ni tampoco el intento del enemigo de ampliar su avance hacia el norte, amenazando el territorio del Don. Tomen las medidas indispensables para el traslado de la 42.ª división y de la división letona, y para reforzar su capacidad de combate. Confío en que, teniendo en cuenta la situación general, emplearán toda su energía y obtendrán resultados impresionantes.

LENIN."

Stalin responde:

"Lenin, Kremlin, Moscú.

Copia para el Comité Central del Partido.

No tengo claro por qué se me imponen a mí las tareas relativas al frente del Cáucaso. Normalmente, la responsabilidad de reforzar el frente del Cáucaso recae íntegramente en el Comité Revolucionario de Guerra, cuyos miembros, según mis informaciones, gozan de excelente salud, y no en Stalin, que, por otra parte, está sobrecargado de trabajo.

20 de febrero de 1920.

ESTALIN."

[Respuesta de Lenin:]

"Se le ha impuesto la tarea de enviar refuerzos del frente del suroeste al del Cáucaso. Por lo general, se procura ayudar de todas las formas posibles y no discutir sobre las respectivas atribuciones.

20 de febrero de 1920.

LENIN."

[La República de Polonia se mostró hostil, desde el principio, hacia el gobierno soviético. Tras apoderarse de Vilna, desafiando a la Sociedad de Naciones, los polacos invadieron el territorio de la Rusia Blanca y, en otoño, ocupaban Minsk y partes considerables de Volinia y Podolia. Ante los éxitos de Denikin, permanecieron inactivos, temiendo que la victoria de los ejércitos blancos tuviera consecuencias nefastas para sus ambiciones territoriales. Pero, tan pronto como el Ejército Rojo comenzó a asestar golpes decisivos contra Denikin, el ejército polaco reanudó su marcha. Con el apoyo de las tropas de la República de Letonia, el ejército polaco ocupó Dvinsk en enero de 1920, obligó al Ejército Rojo a abandonar Latgalia, tomó Mozyr en marzo y, bajo el mando personal de Pilsudski, lanzó una vigorosa ofensiva contra Ucrania en abril, conjuntamente con las fuerzas del ya desaparecido gobierno de Petliura. De este modo, se había impuesto la guerra al Ejército Rojo, por lo que el gobierno soviético se propuso no solo repeler el ataque, sino también llevar la revolución a Polonia.]

El 30 de abril, en relación con esta ofensiva polaca, escribí al comité central del partido: "Precisamente porque se trata de una lucha decisiva, será extremadamente dura". De ahí la necesidad de "considerar la guerra con Polonia, no solo como la tarea del frente occidental, sino como la tarea principal para toda la Rusia obrera y campesina". El 2 de mayo, lancé a través de la prensa una advertencia general contra el optimismo excesivo respecto a la esperanza de una revolución en Polonia: "Que la guerra *termine* en la revolución obrera en Polonia, de eso no hay duda; pero, por otra parte, nada permite suponer que la guerra *comenzará* con tal revolución… Sería una gran imprudencia creer que la victoria… nos caerá simplemente en los brazos". El 5 de mayo, en un informe ante la sesión conjunta de todas las instituciones soviéticas, decía: "Sería un grave error creer que la historia comenzará, para facilitarnos la tarea, con la revolución de los obreros polacos y, por consiguiente, nos liberará de la necesidad de librar una lucha armada." Y concluía: "Camaradas, ante todo quisiera que de esta reunión se llevaran la convicción de que la lucha que tenemos por delante será dura e intensa". Todas mis declaraciones públicas y mis instrucciones militares de aquella época estaban impregnadas de esta idea. "Hoy en día, el frente occidental es el más importante de la república", decía una proclama del 9 de mayo, firmada por mí en Smolensk. "Los organismos de abastecimiento deben estar preparados, no para una campaña fácil y breve, sino para una lucha prolongada y encarnizada." Me oponía a la marcha sobre Varsovia porque, dada la debilidad de nuestras fuerzas y nuestros recursos, solo podría culminar con éxito si se producía una insurrección

inmediata en la propia Polonia, y de eso no teníamos absolutamente ninguna garantía. Expuse la esencia de este conflicto, en términos muy generales, en mi autobiografía.

El principal instigador de la campaña fue Lenin. Contaba con el apoyo, en mi contra, de Zinóviev, Stalin e incluso del prudente Kámenev. Ríkov era uno de los miembros del comité central que compartía mi punto de vista, pero aún no formaba parte del buró político. Rádek también se mostraba hostil a la aventura polaca. Todos los documentos secretos de aquella época están a disposición de los actuales dirigentes del Kremlin y, si hubiera una sola línea en esos documentos que confirmara las versiones inventadas hoy en día, hace tiempo que se habría publicado. Es precisamente el carácter de estas versiones, desprovistas de todo respaldo documental, y, además, las contradicciones radicales entre ellas mismas, lo que demuestra que también en este caso nos encontramos ante la misma mitología termidoriana.

Una de las razones por las que la catástrofe cerca de Varsovia alcanzó proporciones tan extraordinarias fue la actuación del mando del grupo occidental de los ejércitos del sur, dirigido contra Lvov (Lemberg). La figura política principal de este grupo era Stalin. Quería entrar a toda costa en Lvov al mismo tiempo que Smilgá y Tujachevsky entraran en Varsovia. El rápido avance de nuestros ejércitos hacia el Vístula había obligado al gobierno polaco a concentrar todos sus esfuerzos y, con la ayuda de la misión militar francesa, a enviar reservas considerables a las regiones de Varsovia y Lublin. En ese momento decisivo, la línea de operaciones en el frente suroeste se desviaba en ángulo recto de la línea de operaciones en el frente principal, el frente occidental: Stalin libraba su propia guerra. Cuando se hizo evidente el peligro que amenazaba al ejército de Tujachevsky y el comandante en jefe ordenó al frente del suroeste que avanzara decididamente hacia Zamostye-Tomachev, con el fin de atacar el flanco de las tropas polacas cerca de Varsovia, el comandante del frente del suroeste, animado por Stalin, siguió dirigiéndose hacia el oeste: ¿no era más importante apoderarse de la propia Lvov que ayudar a "otros" a tomar Varsovia? Durante tres o cuatro días, nuestro Estado Mayor General no consiguió que se ejecutara su orden. Solo tras reiteradas peticiones, respaldadas por amenazas, el comandante del suroeste modificó la dirección de sus tropas, pero para entonces el retraso de varios días ya había desempeñado su funesto papel. El 16 de agosto, los polacos lanzaron una contraofensiva y obligaron a nuestras tropas a retroceder.

Durante los debates secretos sobre la guerra de Polonia, en una sesión del décimo congreso del partido, Stalin intentó salir del paso con una declaración asombrosa, a la vez pérfida y mentirosa, en la que afirmaba, entre otras cosas, que Smilgá, miembro dirigente del Comité de Guerra del frente occidental, había "engañado al comité central" al "prometer" tomar Varsovia en una fecha concreta y que había incumplido su "promesa". Las operaciones del frente del suroeste, es decir, las del propio Stalin, habrían estado determinadas por la "promesa" de Smilgá, sobre quien, por consiguiente, recaía la responsabilidad de la catástrofe. El congreso escuchó en un silencio hostil al orador hosco, cuyos ojos brillaban con un resplandor amarillento. Con ese discurso, Stalin no hizo más que perjudicarse a sí mismo. Ni un solo voto lo apoyó. Inmediatamente alcé mi voz en protesta contra esa insinuación aterradora: la "promesa" de Smilgá no significaba más que la esperanza de tomar Varsovia; pero esa esperanza no podía eliminar el elemento de imprevisto inherente a todas las guerras y, en cualquier caso, no podía dar a nadie el derecho a actuar basándose en una especulación a priori en lugar de tener en cuenta el desarrollo real de las operaciones. Lenin, consternado por estas desavenencias, intervino en la discusión: "No debíamos [dijo] culpar personalmente a nadie". ¿Por qué no publica Stalin el acta taquigráfica de este debate?

En 1929, A. Yegorov, [comandante del frente del suroeste durante la campaña de Polonia, realizó el primer intento público de justificar su conducta en una monografía especial titulada "Lvov-Varsovia", en la que se vio obligado a admitir:]

"… Es precisamente en este sentido en el que todos nuestros historiadores han criticado la campaña del frente del suroeste; nadie que haya estudiado esta campaña basándose en los escritos existentes consideró un secreto que la explicación del fracaso de las operaciones en el oeste estuviera directamente relacionada con las operaciones emprendidas en el frente del suroeste. Las acusaciones formuladas en este sentido contra el comandante del frente se reducen esencialmente a que el frente del suroeste actuó de manera completamente independiente, sin tener en cuenta ni la situación general en todo el frente polaco ni la acción del vecino frente occidental; y que, en ese momento decisivo, no prestó a este último la cooperación necesaria… Tal es, a grandes rasgos, la versión que se encuentra en todas las obras dedicadas, en mayor o menor medida, a la cuestión de la acción conjunta en el frente en 1920, sin excluir las más recientes… Encontramos, por ejemplo, en el interesante y serio trabajo del Sr. Movchin, una referencia directa a "el incumplimiento por parte del frente del suroeste de las instrucciones categóricas del comandante en jefe relativas al avance del primer ejército hacia Zamostye-Tomachev". Los graduados de nuestra escuela de guerra han estudiado la historia de la campaña de Polonia basándose en estos textos y otros similares, y siguen difundiéndolos entre las filas de nuestro ejército. En resumen, la leyenda del desastroso papel del frente del suroeste en 1920 no suscita, al parecer, ninguna duda en la actualidad y se considera un hecho que la futura generación de tácticos y estrategas debe estudiar."

No es en absoluto sorprendente que Yegorov, quien, como comandante en jefe del frente del suroeste, tiene una gran responsabilidad en la estrategia personal de Stalin, intente minimizar la gravedad de su error ofreciendo una interpretación de los acontecimientos militares de 1920 que le resulte menos desfavorable. Sin embargo, enseguida surgen sospechas, ya que Yegorov no se defiende hasta nueve años después de los hechos, cuando "la leyenda del papel desastroso del frente del suroeste" ya ha logrado, según sus propias palabras, encontrar una confirmación definitiva e incluso pasar a formar parte de la historia militar. Este retraso se explica por el hecho de que el ejército y el país, que habían sufrido terriblemente a raíz del fracaso de la campaña de Polonia, se habrían indignado ante cualquier falsificación, especialmente por parte de los responsables del desastre. Tenía que esperar y mantenerse al margen.

Por mi parte, guiado por mi preocupación por el necesario prestigio del gobierno y por el deseo de no avivar las disputas en el seno del ejército, que ya estaba lo suficientemente desmoralizado, no mencioné, ni siquiera con una sola palabra, el agudo conflicto que había precedido a la campaña. Yegorov tuvo que esperar a la instauración de un régimen totalitario antes de poder contraatacar. El prudente Yegorov, cuya falta de independencia es bien conocida, escribió, sin duda alguna por orden directa de Stalin, aunque este nombre, por increíble que parezca, no se mencione ni una sola vez en el libro. Recordemos que 1929 marca el inicio del primer periodo de revisión sistemática del pasado.

Pero, si bien Yegorov intentaba indirectamente minimizar la culpabilidad de Stalin, al mismo tiempo que la suya propia, no intentaba echar la culpa a otros. Voroshílov tampoco lo hacía en el artículo apologético firmado por él, titulado "Stalin y el Ejército Rojo", publicado durante ese mismo año de 1929. "Solo el fracaso de nuestras tropas cerca de Varsovia [declara vagamente], interrumpió el avance del ejército de caballería, que estaba listo para atacar Lvov, a solo 10 kilómetros de distancia". Sin embargo, el asunto no podía quedarse en esa simple justificación de sí mismo. En cuestiones como esta, Stalin nunca se detiene a mitad de camino. Finalmente, llegó el momento en que la

responsabilidad de la derrota pudo atribuirse a quienes habían intervenido en relación con la marcha sobre Lvov. [En 1935, el profesor rojo S. Rabinovich escribía en su *Historia de la guerra civil*:]

"El I Ejército, que participó en la batalla por Lvov, no podía ayudar directamente al frente occidental sin tomar Lvov… A pesar de ello, Trotsky exigió categóricamente al I Ejército de Caballería que se retirara de Lvov y se concentrara cerca de Lublin, para asestar un golpe en la retaguardia de los ejércitos polacos que avanzaban por el flanco de las tropas del frente occidental… Como consecuencia de la petición profundamente errónea de Trotsky, el I Ejército de Caballería tuvo que renunciar a tomar Lvov, sin poder, por otra parte, prestar ayuda a los ejércitos del frente occidental."

Resulta totalmente imposible comprender cómo la toma de Lvov, situada a 300 kilómetros del teatro principal de operaciones, habría podido permitir atacar la "retaguardia" de las formaciones de choque polacas que, entretanto, ya habían perseguido al Ejército Rojo hasta 100 kilómetros al este de Varsovia. Para intentar asestar un golpe a los polacos, en su "retaguardia", habría sido necesario, en primer lugar, perseguirlos y, por lo tanto, ante todo, abandonar Lvov. ¿Por qué habría sido necesario ocuparla? La toma de Lvov, que en sí misma no carecía de importancia militar, solo habría podido adquirir un significado revolucionario mediante el desencadenamiento de una insurrección de los gallegos de los Cárpatos contra el gobierno polaco. Pero eso requería tiempo. El ritmo de las tareas militares y revolucionarias no coincidía. En el momento en que se hizo evidente el peligro de un contraataque decisivo cerca de Varsovia, la continuación del avance hacia Lvov se volvió no solo inútil, sino absolutamente criminal. Sin embargo, fue entonces cuando intervino la rivalidad entre los dos frentes. Se sabe que Stalin, según las propias declaraciones de Voroshílov, nunca dudaba en infringir los reglamentos y las órdenes.

"Nuestra situación parecía completamente desesperada", escribió Pilsudski. "Veía el único rayo de esperanza en el sombrío horizonte en el fracaso de Budionny a la hora de lanzar su ataque contra mi retaguardia… en la debilidad que mostraba el XII Ejército", es decir, el ejército que, bajo las órdenes del comisario Stalin, había negado su ayuda al ejército de Tujachevsky y se había mantenido alejado de él. [Años más tarde, en un intento por justificar la conducta de Stalin, *Estrella Roja* exclamaba con indignación:] "Al revelar sus repugnantes maniobras derrotistas, el traidor Trotsky, de forma deliberada y consciente, llevó a cabo el traslado del ejército de caballería al norte, probablemente para ayudar al frente occidental." Por desgracia (podría añadir), conseguí ese traslado demasiado tarde. Si Stalin y Voroshílov, y el analfabeto Budyonny, no hubieran librado "su propia guerra" en Galitzia, si la Caballería Roja hubiera llegado a Lublin a tiempo, el Ejército Rojo no habría sufrido el desastre que nos obligó a firmar el Tratado de Riga, el cual, al aislarnos de Alemania, ejerció una influencia decisiva en el desarrollo de ambos países. Tras las esperanzas despertadas por el rápido avance hacia Varsovia, la derrota actuó como un terremoto en todo el partido, alterando su equilibrio.

[En un artículo publicado *Pravda* el 23 de febrero de 1930, el historiador del partido, N. Topov, reconociendo que el avance sobre Varsovia había sido un error del buró político, declaraba que:] "Trotsky… se oponía a este avance, como un revolucionario pequeñoburgués que consideraba inadmisible introducir la revolución en Polonia desde el exterior. Por las mismas razones, Trotsky se opuso a que el Ejército Rojo ayudara a los rebeldes en Georgia, en febrero de 1921. El razonamiento kautskysta y antibolchevique de Trotsky fue rechazado rotundamente por el comité central en julio de 1920, en el caso de Polonia, y en febrero de 1921, en el caso del gobierno menchevique de Georgia." Cinco años más tarde, Rabinovich, en su *Historia de la guerra civil*, atribuía los errores de Trotsky en la guerra polaca al hecho fundamental de que "por nuestra parte, la guerra debía estimular y acelerar la revolución en Polonia, llevar la revolución a Europa a punta

de bayoneta del Ejército Rojo… de lo contrario, la victoria del socialismo en Rusia es imposible. Por eso Trotsky, en oposición a los argumentos de Lenin o y Stalin, declaraba que el frente polaco era el frente de vida o muerte de la república soviética". La antigua acusación se veía ahora invertida: aún en 1930 se reconocía que yo me había mostrado hostil a la marcha sobre Varsovia, y el delito del que se me acusaba entonces era mi aversión a introducir el socialismo a punta de bayoneta. Pero, en 1935, se proclamaba que yo había abogado por la marcha sobre Varsovia, guiado por mi determinación de llevar el socialismo a Polonia a punta de bayoneta.

Así, poco a poco, Stalin resolvía el problema según su método particular. Me atribuía la responsabilidad de la campaña de Varsovia. Pero era un hecho que yo me había opuesto a esa campaña. La responsabilidad de la derrota del Ejército Rojo, predeterminada por la ausencia de un levantamiento en el país y agravada por su propia estrategia independiente, también me la atribuía a mí. Echarle la culpa, punto por punto, a su adversario es para Stalin el principio dominante de la lucha política; este principio alcanzaría su máximo desarrollo con los "procesos de Moscú". Cabe señalar de paso que Stalin no contribuyó a la guerra de Polonia con ningún esfuerzo constructivo que pareciera digno de mención. Las cartas y los telegramas de la época muestran con quién tuve ocasión de mantener correspondencia en la elaboración de la política relacionada con la guerra de Polonia: Lenin, Chicherin, Karajan, Krestinsky, Kámenev y Rádek. De estas seis personas, solo Lenin logró morir prematuramente; Chicherin acabó en desgracia, completamente aislado; Rádek está en prisión; Karajan, Krestinsky y Kámenev fueron ejecutados.

El final de la campaña polaca nos permitió concentrar nuestras fuerzas contra Wrangel, quien, en primavera, salió de la península de Crimea y, al amenazar la cuenca del Donetz, puso en peligro las reservas de carbón de la república. Varios ataques decisivos, en Nikopol y en Stajovka, desbancaron a las unidades de Wrangel de sus posiciones, y el Ejército Rojo prosiguió su avance, demoliendo, en el punto álgido de la campaña, las fortificaciones de Perekop. Crimea volvió a ser soviética. [Como era de esperar, "la idea estratégica fundamental en las operaciones decisivas fue concebida por el camarada Stalin personalmente". Yegorov escribió en *Pravda*, el 14 de noviembre de 1935, con motivo del decimoquinto aniversario de la derrota de Wrangel:]

"Trotsky sostenía la peligrosa opinión de que el frente de Wrangel no era más que un sector aislado de mínima importancia. Contra esta visión de lo más peligrosa, el camarada Stalin se vio obligado a oponerse con la mayor firmeza. El comité central, con Lenin a la cabeza, apoyó plenamente a Stalin".

Baste con decir que S. Gusiev, que por entonces era uno de los agentes de Stalin en el Ejército Rojo, no consideró necesario, en un artículo titulado "La derrota de Wrangel", publicado en 1925, mencionar ni una sola vez el nombre de Stalin.

Durante toda la guerra civil, Stalin siguió siendo una figura de tercer orden, no solo en el ejército, sino también en el ámbito político. Presidía el congreso del colegio del comisariado de nacionalidades y los congresos de algunas nacionalidades. Dirigió las negociaciones con Finlandia, con Ucrania y con los bashkirios; es decir, llevaba a cabo misiones esenciales, aunque secundarias. Se mantenía al margen de los problemas políticos fundamentales que se debatían en los congresos del partido, de los sóviets o de la Tercera Internacional. En la XI Conferencia del Partido Comunista Ruso, celebrada en diciembre de 1921, Yaroslavsky, en nombre del comité organizador, propuso los siguientes nombres para la mesa: Lenin, Zinóviev, Trotsky, Kámenev, Petrovski, Ordzhonikidze, Voroshílov, Yaroslavsky, Sulimov, Komarov, Rudzutak, I. N. Smirnov y Rujimovich. La lista resulta interesante tanto por su composición como por el orden de los nombres. A excepción de los cuatro primeros, los demás, todos ellos viejos

bolcheviques, eran líderes regionales. No había sitio para Stalin en esta lista, aunque el calendario indicaba que estábamos a finales de 1921. La guerra civil ya era cosa del pasado. No había convertido a Stalin en un líder.

Capítulo undécimo. De la oscuridad al triunvirato

[El fin de la guerra civil dejó a Stalin políticamente en la sombra. Los dirigentes del partido lo conocían, pero no lo consideraban uno de los principales líderes. Para el militante de a pie, era uno de los miembros menos conocidos del comité central, a pesar de formar parte del buró político. En las provincias apenas se había oído hablar de él. El mundo no soviético ni siquiera sospechaba de su existencia. Y, sin embargo, en menos de dos años, su control sobre el aparato del partido se había vuelto tan formidable, y Lenin consideraba su influencia tan peligrosa, que a principios de marzo de 1923 rompió toda "relación de camaradería" con él. Transcurrieron otros dos años, y Trotsky, solo superado en importancia por Lenin en la dirección de la revolución de octubre y del gobierno soviético, había sido relegado por la maquinaria de Stalin a una posición política precaria. Stalin no solo se convirtió en miembro del triunvirato que sustituyó al enfermo Lenin al frente del partido, sino en el más poderoso de los tres. Además, con el paso de los años, adquirió un poder infinitamente mayor que el que Lenin había disfrutado jamás; de hecho, una autoridad más absoluta que la de cualquier zar en la larga historia del régimen absolutista.

¿Cómo ocurrió esto? ¿Cuáles fueron las causas y las etapas del paso de Stalin de la oscuridad política a la preeminencia?]

Cada fase del desarrollo, incluso una fase catastrófica como la revolución y la contrarrevolución, es producto de la fase anterior, tiene sus raíces en ella y se le asemeja. Tras la victoria de octubre, hubo escritores que afirmaron que la dictadura del proletariado no era más que una nueva versión del zarismo, negándose, al estilo del avestruz, a tener en cuenta la abolición de la monarquía y la nobleza, la aniquilación del capitalismo y la introducción de una economía planificada, la abolición de la iglesia del estado y la educación de las masas en los principios del ateísmo, la supresión de la gran propiedad terrateniente y la distribución de las tierras a los verdaderos trabajadores de la tierra. Del mismo modo, tras el triunfo de Stalin sobre el bolchevismo, la mayoría de esos mismos escritores (como los Webb, los Wells y los Laski, que anteriormente habían sido críticos acérrimos del bolchevismo y se habían convertido en compañeros de camino del estalinismo), hicieron la vista gorda ante el hecho dominante y obstinado de que, a pesar de las medidas de represión a las que había sido necesario recurrir bajo la presión de circunstancias extraordinarias, la revolución de octubre había provocado un cambio radical en las relaciones sociales en beneficio de las masas trabajadoras, mientras que la contrarrevolución estalinista había desencadenado trastornos sociales que están transformando el orden social soviético en beneficio de una minoría privilegiada de burócratas de termidorianos. Igualmente incapaces de comprender los hechos elementales son ciertos renegados del comunismo, muchos de ellos antiguos secuaces de Stalin, que, con la cabeza hundida en la arena de su amarga desilusión, se niegan a ver que, a pesar de las similitudes superficiales, la contrarrevolución dirigida por Stalin se diferencia en ciertos puntos esenciales de las contrarrevoluciones de los líderes fascistas; se niegan a ver que esta diferencia tiene sus raíces en la disimilitud entre la base social de la contrarrevolución de Stalin y la base social de los movimientos reaccionarios dirigidos

por Mussolini y Hitler, y que se desarrolla en paralelo a la diferencia entre la dictadura del proletariado (por muy deformada que esté por el burocratismo termidoriano) y la dictadura de la burguesía, a la diferencia entre un estado obrero y un estado capitalista.

Además, esta diferencia fundamental queda ilustrada (y, en cierto sentido, atenuada) por el carácter único de la trayectoria de Stalin en comparación con la de los otros dos dictadores, Mussolini y Hitler, cada uno de ellos impulsor de un movimiento y, al mismo tiempo, agitador excepcional y tribuno popular. Su ascenso político, por fantástico que pueda parecer, se desarrolló por su propia cuenta, a la vista de todos, en relación indisoluble con el crecimiento de los movimientos que dirigieron desde sus inicios. La naturaleza del ascenso de Stalin es totalmente diferente. No se puede comparar con nada del pasado. Parece no tener prehistoria alguna. El proceso de su ascenso tuvo lugar en algún lugar, tras un telón político impenetrable. En un momento dado, su imagen, revestida de la armadura del poder, traspasó de repente los muros del Kremlin y, por primera vez, el mundo conoció a Stalin como un dictador "ya formado". Por eso es aún más vivo el interés con el que las mentes curiosas examinan la naturaleza de Stalin, tanto personal como política. Buscan en los rasgos de su personalidad la clave de su destino político.

Es imposible comprender a Stalin y sus recientes éxitos si no se conoce primero el gran motor de su personalidad: el amor al poder, la ambición, la envidia (una envidia activa) hacia todos aquellos más dotados, más poderosos y de rango superior al suyo. Con su habitual fanfarronería, Mussolini le dijo un día a uno de sus amigos: "Nunca he conocido a nadie a mi altura". Stalin nunca habría podido pronunciar esa frase, ni siquiera ante sus amigos más íntimos, porque habría parecido demasiado absurda y ridícula. Solo en el estado mayor bolchevique había muchos que superaban a Stalin en todos los aspectos salvo uno: su ambición concentrada. Lenin apreciaba enormemente el poder como instrumento para la acción, pero el amor al poder por sí mismo le resultaba totalmente ajeno. No ocurre lo mismo con Stalin. Psicológicamente, el poder siempre fue para él algo ajeno a los fines a los que se supone que debe servir. El deseo de ejercer su voluntad, del mismo modo que el atleta ejercita sus músculos para imponerse a los demás, era el motor fundamental de su personalidad. Su voluntad adquirió así una concentración de fuerza cada vez mayor, que se hinchaba en agresividad, en actividad, en alcance, sin detenerse ante nada. Cuantas más veces tuvo Stalin la ocasión de convencerse a sí mismo de que carecía de las cualidades necesarias para la conquista del poder, con mayor intensidad se esforzaba por compensar cada deficiencia y, de forma más sutil, transformaba cada carencia en una ventaja bajo ciertas condiciones.

La comparación oficial habitual que sitúa a Stalin al mismo nivel que a Lenin es sencillamente indecente. Si la base de la comparación es el propio individuo, resulta imposible situar a Stalin ni siquiera al lado de Mussolini o de Hitler. Por muy escasas que fueran las "ideas" del fascismo, los dos líderes victoriosos de la reacción, el italiano y el alemán, desplegaron, desde el mismo inicio de sus respectivos movimientos, iniciativa, arrastraron a las masas a la acción y abrieron nuevos caminos a través de la jungla política. De Stalin no se puede decir nada parecido. El Partido Bolchevique fue creado por Lenin. Stalin surgió del aparato del partido y sigue siendo inseparable de él. Solo ve a las masas o los acontecimientos a través de los despachos. En la primera etapa de su ascenso al poder, su propio éxito le pilló por sorpresa. Avanzaba, inseguro, mirando a la derecha, a la izquierda, por encima del hombro, siempre dispuesto a escabullirse y ponerse a cubierto. Utilizado contra mí como contrapeso, fue impulsado y animado por Zinóviev y Kámenev y, en menor medida, por Ríkov, Bujarin y Tomsky. Ninguno de ellos pensaba entonces que Stalin les superaría en unos días. En el primer triunvirato, Zinóviev se mostraba protector y cauteloso con Stalin; Kámenev lo trataba con un toque de ironía.

Las relaciones de Lenin con Stalin se caracterizan oficialmente como una estrecha amistad. De hecho, un abismo separaba a estos dos hombres, consecuencia no solo de una diferencia de edad de diez años, sino de la propia dimensión de su personalidad. Entre ellos no podía existir un sentimiento propio de la amistad. Sin duda, Lenin llegó a apreciar en Stalin la capacidad que este demostró como organizador práctico durante la difícil época de la reacción de 1907-1913. Pero durante los primeros años del régimen soviético, la grosería de Stalin le resultaba cada vez más intolerable e impedía una colaboración basada en la confianza y la igualdad. En gran parte por eso, Stalin persistió en su oposición solapada a Lenin. Envidioso y ambicioso, Stalin no podía evitar volverse más obstinado al sentir en todo momento la abrumadora superioridad intelectual y moral de Lenin. Estas relaciones persistieron hasta el momento en que Lenin cayó gravemente enfermo; entonces se transformaron en una lucha sin cuartel que culminó con la ruptura definitiva.

Ya en la primavera de 1920, con motivo del quincuagésimo aniversario de Lenin, Stalin se atrevió a pronunciar un discurso sobre los "errores" de Lenin. Es difícil imaginar qué le llevó a hacerlo. En cualquier caso, el discurso les pareció a todos tan fuera de lugar que, al día siguiente, el 24 de abril, en su crónica de la ceremonia, *Pravda* e *Izvestia* se limitaron a relatar que "el camarada Stalin evocó diversos episodios de su trabajo conjunto antes de la revolución", y nada más.

Por esas mismas fechas, en un artículo escrito para la misma ocasión bajo el título "Lenin como organizador y dirigente del Partido Comunista Ruso", Stalin pretendió mostrar "lo que había aprendido y quería aprender de Lenin". No valdría la pena examinar este texto por su interés teórico o literario. Bastará con decir que el artículo comienza con estas palabras: "Mientras que en occidente (en Francia, en Alemania), el partido obrero surgió de los sindicatos en condiciones que permitían la existencia de sindicatos y de partidos…, en Rusia, por el contrario, la formación de un partido proletario tuvo lugar bajo el absolutismo más cruel".

Esta afirmación es, sin duda, cierta en el caso de Inglaterra, que él no menciona como ejemplo, mientras que no lo es en el de Francia y resulta totalmente errónea en el de Alemania, donde fue el partido el que construyó los sindicatos partiendo prácticamente de la nada. Hoy, al igual que en 1920, la historia del movimiento obrero europeo es para Stalin un libro cerrado y por eso siempre es inútil esperar de él una aportación teórica en este ámbito.

Sin embargo, el artículo reviste cierto interés por que, no solo en su título sino también en su contenido, Stalin ensalza a Lenin primero como organizador y solo después como líder político. "La contribución más importante que hay que atribuir al camarada Lenin fue su feroz ataque contra la ausencia de cualquier principio de organización entre los mencheviques". Este mérito se le atribuye a Lenin por su plan de organización, ya que "generalizó, como un maestro, la experiencia del trabajo organizativo de los mejores trabajadores prácticos". Y más adelante: "Solo gracias a esa política organizativa pudo el partido alcanzar esa unidad interna, esa asombrosa solidaridad que le permitió salir sin esfuerzo de la crisis de julio y de Kerensky, llevar sobre sus hombros la revolución de octubre, superar el período de la crisis de Brest-Litovsk sin desintegrarse y organizar la victoria sobre la Entente."

Solo tras este pasaje añade Stalin: "Pero el valor organizativo del Partido Comunista Ruso no representa más que una cara de la cuestión", y pasa entonces al contenido político de la labor del partido, a su programa y a su táctica. Ciertamente, no es exagerado afirmar que ningún otro marxista (en cualquier caso, ningún otro marxista ruso) habría construido así un elogio de Lenin. Es evidente, en efecto, que las cuestiones organizativas no constituyen la base de la política, sino más bien deducciones que se

derivan de la cristalización de la teoría, el programa y la práctica. Pero Stalin no considerara por casualidad esencial la palanca de la organización; todo lo relativo al programa y a la política no era para él más que un adorno de la organización fundamental.

En el mismo artículo, Stalin formulaba, por última vez, de forma más o menos correcta, la concepción bolchevique (bastante novedosa en aquella época) del papel del partido proletario en el contexto de las revoluciones democráticas burguesas de nuestro tiempo. Ridiculizando a los mencheviques, Stalin escribía que a todos aquellos que no habían asimilado bien la historia de las revoluciones anteriores les parecía que:

"El proletariado no puede aspirar a la hegemonía en la revolución rusa; la dirección debe recaer en la burguesía rusa, esa misma burguesía que se oponía a la revolución. El campesinado debe, asimismo, quedar bajo el patrocinio de la burguesía, mientras que el proletariado quedaría relegado al papel de una oposición de extrema izquierda. Estos repugnantes ecos del odioso liberalismo eran propuestos por los mencheviques como la última palabra del verdadero marxismo."

Es notable que, tres años más tarde, Stalin aplicara la propia concepción de los mencheviques, palabra por palabra, letra por letra, a la revolución democrática burguesa china y, más tarde, con un cinismo infinitamente mayor, a la revolución española de 1936-1939. Un cambio tan radical habría sido totalmente imposible si Stalin se hubiera asimilado de verdad y hubiera comprendido plenamente la concepción leninista de la revolución. Pero lo que Stalin asimiló fue simplemente la concepción leninista del aparato de un partido centralizado. En cuanto se dio cuenta de ello, olvidó que dicha concepción se derivaba de consideraciones teóricas; su base programática dejó de tener importancia para él y, en consonancia con su propio pasado, su origen social y su educación, se inclinó de forma natural hacia una concepción pequeñoburguesa, hacia el oportunismo y hacia el compromiso. En 1917 no había logrado llevar a cabo la fusión con los mencheviques únicamente porque Lenin no se lo había permitido; en la revolución china, puso en práctica la concepción menchevique bajo la bandera del bolchevismo; aplicaba estrictamente el programa menchevique, pero con métodos bolcheviques, es decir, mediante un aparato político centralizado que, para él, es la esencia del bolchevismo. De forma mucho más hábil, y con una eficacia perfecta y finalmente letal, llevó a cabo la misma política en la revolución española.

Así pues, si el artículo de Stalin sobre Lenin, que se ha reimpreso a menudo y en todos los idiomas, no fuera más que un análisis banal de su tema, nos ofrece la clave de la naturaleza política de su autor. Contiene incluso frases que, en cierto sentido, son autobiográficas: "Ocurrió más de una vez que nuestros propios camaradas (no solo los mencheviques) acusaron al camarada Lenin de ser excesivamente propenso a las polémicas y a las escisiones en su lucha irreconciliable contra los conciliadores… No hay duda de que unas y otras tuvieron lugar en su momento." En 1920, Stalin seguía considerando a Lenin excesivamente propenso a las polémicas y a las escisiones, tal y como pensaba en 1913. Además, justificaba esta tendencia de Lenin sin demostrar la falsedad de las acusaciones vertidas contra él.

[Cuando Lenin sufrió su primer ataque, se indujo al público, incluido el de la Rusia de los sóviets, a creer que su enfermedad no era grave y que pronto podría reanudar su trabajo: tenía la tenacidad de un mastín y acababa de cumplir los cincuenta años. Al principio, los miembros del buró político compartían sinceramente esa convicción. No se preocuparon por desengañar al público, ni siquiera a los obreros y campesinos soviéticos o a los militantes de base, cuando, más tarde, quedó claro que no era más que una vana esperanza y que la enfermedad era grave. Con Lenin temporalmente apartado por la enfermedad, se daba por sentado que el buró político debía continuar con su labor. Aunque para el público en general Trotsky parecía ser el sucesor ideal de Lenin, y aunque los

miembros más jóvenes del partido compartían esta opinión, los dirigentes del aparato no veían al sucesor ni en Trotsky ni en ningún otro miembro del buró político. Lo único concebible, pensaban, era la constitución de un directorio formado por los dirigentes del partido, los miembros titulares y suplentes del buró político.

[Pero, en realidad, se introdujo una variante en este programa. La sucesión recayó en un triunvirato encabezado por Zinóviev, con Kámenev como segundo y Stalin en último lugar. Zinóviev se convirtió así, de hecho, en el sucesor de Lenin; contaba con el firme apoyo de Kámenev y Bujarin, con el de Stalin (otorgado a regañadientes) y con el respaldo pasivo de Tomsky.

[¿A quién favorecería Lenin como su sucesor? Hasta el segundo ataque, que tuvo lugar el 16 de diciembre de 1922, cuando aún albergaba la esperanza de recuperarse y poder retomar el mando, no había considerado seriamente esta cuestión. Su testamento, escrito unos días más tarde, era evidentemente una advertencia al comité central sobre los peligros de ruptura que podrían surgir, más que una imposición de su decisión. Precisamente debido al poder que le confería su excepcional prestigio, le repugnaba imponer su voluntad. Por ello, se limitó a expresar su opinión sobre los dirigentes más destacados y a formular recomendaciones, de las cuales la más apremiante se refería a la destitución de Stalin del cargo de secretario general debido a su "brutalidad" y su "deslealtad". Sin embargo, en los dos meses siguientes, consideró necesario tomar una decisión irrevocable: la ruptura definitiva de las relaciones de camaradería con uno solo de sus lugartenientes, Stalin. Esta ruptura tuvo lugar durante la preparación del XII Congreso del Partido, en el que Lenin, postrado por un tercer infarto, no pudo participar. Era el primer congreso sin Lenin y, algo nuevo, el primero repleto de delegados elegidos por el secretario general. Marcó el principio del fin del régimen de Lenin y el amanecer del estalinismo como nueva orientación política.

[La ruptura entre Lenin y Stalin no se consumó hasta después de que Lenin hubiera realizado vanos esfuerzos por evitarla.] Cuando, en el XI Congreso, a finales de marzo de 1922, Zinóviev y sus aliados más cercanos apoyaron la candidatura de Stalin al cargo de secretario general con la esperanza de utilizar la hostilidad de este último hacia mí para sus propios fines, Lenin se mantuvo reservado y vacilante. "Este cocinero solo nos preparará platos picantes", dijo durante una conversación privada. Temía una recaída de la enfermedad y estaba ansioso por aprovechar el respiro que le quedaba hasta un posible ataque (que podría ser fatal) para establecer de común acuerdo una dirección colectiva armoniosa del partido.

La única obra de literatura marxista seria que Stalin había aportado jamás al arsenal de la teoría bolchevique estaba dedicada a la cuestión nacional. Se remontaba a 1913 y expresaba sin duda la síntesis de sus propias observaciones en el Cáucaso, los resultados del trabajo revolucionario práctico y ciertas generalizaciones históricas que, como ya hemos dicho, había tomado prestadas de Lenin. Stalin las había hecho suyas, adaptándolas a sus propias conclusiones, pero sin asimilarlas por completo y, desde luego, sin comprenderlas bien.

Esto quedó totalmente claro durante el régimen soviético, cuando los problemas resueltos sobre el papel reaparecieron en forma de tareas administrativas de la máxima importancia. Fue entonces cuando el tan alabado acuerdo de Stalin con Lenin en todo, especialmente en la cuestión nacional (y del que este ensayo de 1913 era garantía), se reveló en gran medida imaginario.

En el décimo congreso, en marzo de 1921, Stalin volvió a leer su inevitable informe sobre la cuestión nacional. Como solía ocurrir con él, debido a su empirismo, extraía sus generalizaciones no del material vivo, ni de la experiencia soviética, sino de abstracciones inconexas y mal coordinadas. En 1921, al igual que en 1917, seguía

repitiendo el argumento de carácter general de que las naciones burguesas no podían resolver sus cuestiones nacionales, mientras que el país de los sóviets disponía de todos los medios para hacerlo. El informe dejó una impresión de incomodidad y descontento. Durante el debate que siguió, los delegados más interesados en la cuestión, sobre todo los representantes de los partidos de las minorías nacionales, formularon críticas. Incluso Mikoyán, que ya era uno de los aliados políticos más cercanos a Stalin y que más tarde se convertiría en uno de sus servidores más devotos, señaló que el partido necesitaba instrucciones sobre "los cambios que deberían introducirse en el régimen, y qué tipo de régimen soviético debería establecerse en los países fronterizos… el camarada Stalin no nos lo ha dicho".

Los principios nunca le importaron a Stalin, y en la cuestión nacional quizá menos que en cualquier otra. Las tareas administrativas inmediatas le parecían siempre más importantes que todas las leyes de la historia. En 1905, solo se percató del creciente movimiento de las masas con el permiso del comité de su partido. En los momentos de reacción, defendió el movimiento clandestino porque, por su propia naturaleza, exigía un aparato político centralizado. Tras la revolución de febrero, cuando ese aparato fue destruido al mismo tiempo que la ilegalidad, Stalin perdió de vista la diferencia entre el menchevismo y el bolchevismo, y estaba dispuesto a unirse al partido de Tsereteli. Por último, tras la conquista del poder en 1917, todas las tareas, todos los problemas y todas las perspectivas quedaron subordinadas a las necesidades de ese aparato de los aparatos: el estado. Como comisario de nacionalidades, Stalin ya no abordaba la cuestión nacional desde el punto de vista de las leyes de la historia, a las que había rendido homenaje en 1913, sino desde el punto de vista de la conveniencia administrativa. Por ello, se vio necesariamente envuelto en un conflicto agudo con las necesidades de las nacionalidades atrasadas y oprimidas, al tiempo que concedía ventajas excesivas al imperialismo burocrático granruso.

El pueblo georgiano, compuesto casi en su totalidad por campesinos o pequeños burgueses, se resistió enérgicamente a la sovietización de su país. Pero las grandes dificultades que ello acarreaba se vieron considerablemente agravadas por la arbitrariedad militarista, sus procedimientos y sus métodos, a los que se vio sometida Georgia. En estas condiciones, el partido gobernante debía ser el doble de prudente con respecto a las masas georgianas. Es precisamente ahí donde hay que buscar la causa del profundo desacuerdo que se desarrolló entre Lenin (que insistía en una política extremadamente flexible, prudente y paciente con respecto a Georgia y, en particular, a la Transcaucasia) y Stalin, quien consideraba que, dado que el aparato del estado estaba en sus manos, nuestra posición estaba asegurada. El agente de Stalin en el Cáucaso era Ordzhonikidze, el impaciente conquistador de Georgia, que consideraba cualquier atisbo de resistencia como una afrenta personal. Stalin parecía haber olvidado que no hacía tanto tiempo que habíamos reconocido la independencia de Georgia y habíamos firmado un tratado con ella. Fue el 7 de mayo de 1920. Pero el 11 de febrero de 1921, destacamentos del Ejército Rojo habían invadido Georgia, bajo las órdenes de Stalin, y nos habían puesto ante un hecho consumado. El amigo de la infancia de Stalin, Iremashvili, escribe al respecto:

"Stalin se oponía al tratado. No quería que su país natal permaneciera al margen del estado ruso y viviera bajo el gobierno libre de los mencheviques, a quienes detestaba. Su ambición le empujó a dominar Georgia, donde la población pacífica y sensible se resistía a su propaganda destructiva con fría obstinación… El espíritu de venganza hacia los dirigentes mencheviques, que siempre se habían negado a aprobar sus planes utópicos y lo habían expulsado de sus filas, no le daba tregua. En contra de la voluntad de Lenin, por su propia y vanidosa iniciativa, Stalin completó la bolchevización, o estalinización,

de su tierra natal… Stalin organizó desde Moscú la expedición a Georgia y la dirigió desde allí. A mediados de junio de 1921, entró en Tiflis como conquistador."

Stalin visitó Georgia en 1921; lo hizo con una fuerza muy diferente a la que se estaba acostumbrado en su país, cuando era Sosso y, más tarde, Koba. Ahora era el representante del gobierno, del omnipotente buró político y del comité central. Sin embargo, nadie en Georgia lo veía como un líder, especialmente en el tercio superior del partido, donde no se le recibía como a Stalin, sino como a un miembro de la máxima instancia del partido, es decir, no en virtud de su personalidad, sino en base a su cargo. Sus antiguos compañeros en la actividad clandestina se consideraban al menos tan competentes como él en los asuntos de Georgia; expresaban libremente sus desacuerdos con él y, cuando se veían obligados a someterse, lo hacían a regañadientes, sin escatimar críticas mordaces y amenazando con solicitar al buró político que volviera a examinar todo el problema. Stalin aún no era un dirigente, ni siquiera en su propio país. Esto le afectaba profundamente. Se consideraba mejor informado que todos los demás miembros del comité central sobre las cuestiones que afectaban a Georgia. Si bien en Moscú basaba su autoridad en el hecho de ser un georgiano familiarizado con las condiciones locales, en Georgia, donde se presentaba como el representante de Moscú libre de prejuicios nacionales y de simpatías locales, intentaba comportarse como si no fuera un georgiano, sino un bolchevique delegado por Moscú, el comisario para las nacionalidades, y como si, para él, los georgianos fueran simplemente una de las minorías nacionales. Adoptaba una actitud de ignorancia respecto a las particularidades nacionales de Georgia, a modo de compensación por los fuertes sentimientos nacionalistas de su propia juventud. [Se comportaba como un gran ruso, pisoteando los derechos de su propio pueblo como nación.] Eso era lo que Lenin entendía por "extranjeros rusificadores", lo cual se refería tanto a Stalin como a Dzerzhinsky, un polaco convertido en "rusificador". Según Iremashvili, que evidentemente exagera: "Los bolcheviques georgianos que, al principio, participaron en la invasión rusa estalinista, consideraban como su objetivo la independencia de una república soviética de Georgia, que no tendría nada en común con Rusia, salvo las ideas bolcheviques y la amistad política. Quedaban georgianos para quienes la independencia de su país era más importante que cualquier otra cosa… Pero entonces llegó la declaración de guerra de Stalin, que encontró un apoyo leal entre los guardias rojos rusos y la Cheka que envió a Georgia".

Iremashvili nos cuenta a continuación que Stalin se topó con una hostilidad generalizada en Tiflis. Durante un mitin en el teatro convocado por los socialistas de Tiflis, Stalin fue objeto de una manifestación hostil. Parece verosímil que el viejo menchevique Iremashvili dominara el mitin y acusara abiertamente a Stalin. También se nos dice que otros oradores atacaron a Stalin de la misma manera. Lamentablemente, no se ha conservado ninguna transcripción taquigráfica de esos discursos y no hay por qué tomarse demasiado al pie de la letra esta parte de las memorias de Iremashvili: "Durante horas, Stalin se vio obligado a escuchar en silencio a sus adversarios y a soportar sus acusaciones. Nunca antes ni nunca después se vio Stalin obligado a soportar una indignación tan abierta y valiente".

[Los acontecimientos posteriores pueden resumirse brevemente.] Stalin volvió a traicionar la confianza de Lenin. Con el fin de crearse un sólido apoyo político en Georgia, provocó allí, a espaldas de Lenin y del comité central, con la ayuda de Orzhonikidze y no sin el respaldo de Dzerzhinsky, una auténtica "revolución" contra los mejores miembros del partido, amparándose indebidamente en la autoridad del comité central. Aprovechándose de que Lenin no tenía acceso a las reuniones con los camaradas georgianos, Stalin se esforzó en engañarlo mediante información falsa. Lenin sospechó algo y pidió a su secretario personal que recopilara documentación completa sobre la

cuestión georgiana; y, tras estudiarla, decidió emprender abiertamente la lucha. Es difícil decir qué le escandalizó más: la deslealtad personal de Stalin o su incapacidad crónica para captar la esencia de la política bolchevique sobre la cuestión nacional; probablemente una mezcla de ambas cosas.

[Avanzando a tientas hacia la verdad, Lenin, postrado en cama, se dispuso a dictar, en forma de carta, un programa que estableciera su posición fundamental sobre la cuestión nacional, para que no hubiera malentendidos entre sus camaradas en cuanto a su propia postura sobre los temas que se estaban debatiendo. El 30 de diciembre, dictó la siguiente nota:]

"Creo que la impulsividad administrativa y brutal de Stalin desempeñó un papel nefasto, al igual que su desprecio por el 'nacionalismo social'. Por lo general, el desprecio desempeña, en política, el papel más detestable".

[Y al día siguiente, añadía estas palabras a la carta programática:] "Es necesario, naturalmente, considerar a Stalin y a Dzerzhinsky responsables de toda esta campaña nacionalista granrusa".

[Lenin iba por buen camino. Aunque era plenamente consciente de la gravedad de la situación, la caracterización atenuada que ofrecía resultaba singular, pues lo que ocurría a sus espaldas, como señaló Trotsky ocho años más tarde, era que] la facción de Stalin aplastó a la facción de Lenin en el Cáucaso. Fue la primera victoria de los reaccionarios en el partido. Abrió el segundo capítulo de la revolución: la contrarrevolución estalinista.

[Lenin se vio finalmente obligado a escribir a los opositores georgianos, el 6 de marzo de 1923:]

"A los camaradas Mdivani, Majaradze y otros, (copia a los camaradas Trotsky y Kaménev).

Queridos camaradas: Estoy con vosotros en este asunto de todo corazón. Me indigna la arrogancia de Ordzhonikidze y la connivencia de Stalin y Dzerzhinsky. Estoy preparando unas notas y un discurso a vuestro favor.

Lenin."

El día anterior, había dictado para mí la siguiente nota:

"Estimado camarada Trotsky,

Le ruego encarecidamente que se encargue de la defensa del asunto georgiano ante el comité central del partido. Ahora está siendo "delegada" en Stalin y Dzerzhinsky, por lo que no puedo contar con su imparcialidad. ¡En realidad, es todo lo contrario! Si acepta encargarse de esta defensa, estaré tranquilo. Si por alguna razón no aceptara, le ruego que me devuelva el expediente. Lo consideraré como una muestra de su desacuerdo. Con mis mejores saludos de camarada.

LENIN."

[A continuación, Lenin envió a dos de sus secretarias personales, Glasser y Fótieva, a entregarle a Trotsky una nota en la que le pedía, entre otras cosas, que siguiera de cerca la cuestión georgiana en el XII Congreso del partido que estaba a punto de celebrarse.] Glasser añadió: "Cuando Vladímir Ilich leyó nuestra correspondencia con usted, se le iluminó el rostro. ¡Pues bien! ¡Ahora la cosa cambia! Y me ha encargado que le entregue todos los manuscritos que iban a formar parte de la elaboración de su "bomba" para el duodécimo congreso." Kámenev me había informado de que Lenin acababa de escribir una carta en la que rompía toda relación de camaradería con Stalin, por lo que sugerí que, dado que Kámenev debía partir ese mismo día hacia Georgia para asistir a una conferencia del partido, sería conveniente mostrarle la carta sobre la cuestión nacional para que pudiera hacer lo necesario. Fótieva respondió: "No lo sé. Vladimir Ilich no me ha encargado que entregue la carta al camarada Kámenev, pero puedo preguntárselo." Unos minutos más tarde, regresó y dijo: "De ninguna manera. Lenin dice que Kámenev

le mostraría la carta a Stalin, quien entonces intentaría llegar a un compromiso podrido para engañarnos más adelante. —¿Así pues, las cosas han llegado tan lejos que Lenin ya no considera posible llegar a un compromiso con Stalin ni siquiera sobre una línea correcta? Sí, Ilich no confía en Stalin; quiere pronunciarse abiertamente en su contra ante todo el partido. Está preparando una bomba".

Las intenciones de Lenin quedaban perfectamente claras. Tomando como ejemplo la política de Stalin, quería denunciar ante el partido (y hacerlo sin miramientos) el peligro de la transformación burocrática de la dictadura. Fótieva regresó poco después con otro mensaje de Vladimir Ilich quien, según ella, había decidido actuar de inmediato y había escrito la nota (citada anteriormente) a Mdivani y Majaradze.

—¿Cómo explica este cambio? —le pregunté a Fótieva.

—Su estado empeora hora a hora —respondió ella—, y está impaciente por seguir haciendo todo lo que pueda.

[Dos días después, Lenin sufrió su tercer ataque.]

En su intervención en el congreso del partido, el 23 de abril, Stalin declaró en su conclusión sobre la cuestión nacional: "Se ha hablado mucho aquí de las notas y los artículos de Vladímir Ilich. No quisiera citar a mi maestro, el camarada Lenin, ya que no está aquí, pues temería correr el riesgo de referirme a él de forma incorrecta o inexacta…"

Sin duda, se trata de un ejemplo del jesuitismo más extraordinario. Stalin sabía muy bien hasta qué punto Lenin estaba indignado con su política nacional y cómo, únicamente, una grave enfermedad impidió que su "maestro" se deshiciera de este "discípulo" precisamente en relación con esta cuestión nacional.

Capítulo duodécimo. El camino hacia el poder

En el intervalo entre su primera y su segunda crisis, Lenin solo pudo trabajar con la mitad de la energía que solía tener. Su sistema circulatorio sufría constantemente sacudidas, aparentemente leves, pero amenazadoras. En una de las sesiones del buró político, al levantarse para enviarle una nota a alguien, se tambaleó ligeramente. Me di cuenta de ello únicamente porque, al instante, su rostro se desvaneció. Era otra de las numerosas señales de alarma que le enviaban sus órganos vitales.

Lenin no se hacía ilusiones. Su principal preocupación por entonces era el futuro del partido: ¿cómo seguiría el trabajo sin él y después de él? Por aquella época ya se estaba gestando en su mente el documento que, más adelante, se conocería como su Testamento.

En ese mismo periodo, unas semanas antes de la segunda crisis, mantuve con él una larga conversación. Debido a la importancia política de la charla, se la conté de inmediato a varios de mis amigos; esa es una de las razones por las que conservo un recuerdo muy preciso de las palabras de Lenin.

Lenin me había pedido que fuera a verle a su habitación del Kremlin. Al reincorporarse al trabajo, había constatado un crecimiento desmesurado del burocratismo en nuestro aparato soviético; era urgente ponerle freno. Sugería la creación de una comisión especial del comité central y me pedía que participara activamente en ella. Le respondí: "Vladimir Ilich, estoy convencido de que, en la lucha contra el burocratismo del aparato soviético, no debemos perder de vista el fenómeno general que domina la situación: se lleva a cabo una selección especial de funcionarios y especialistas, de miembros del partido y de personas ajenas al mismo, tanto en el centro como en las provincias, incluso en las oficinas locales del partido, basada en la lealtad hacia determinadas personalidades dominantes del partido y ciertos grupos dentro del propio comité central. Cada vez que ataca usted a un secretario de bajo rango, tropieza con un dirigente importante del partido… Por lo tanto, en las circunstancias actuales, no podría trabajar con la comisión de la que habla".

Lenin se mostró preocupado por un momento y (cito textualmente sus palabras) me dijo: "En otras palabras, ¿yo le propongo una campaña contra el burocratismo del aparato soviético y usted me propone ampliarla añadiendo el burocratismo del Buró de Organización del Partido?".

Me eché a reír, de lo inesperado que me resultó el comentario: "Supongamos que sea así".

"¡Pues bien! Entonces —prosiguió Lenin—, le propongo un bloque.

—Siempre es agradable formar un bloque con un hombre honrado —dije.

Acordamos que Lenin se encargaría de la propuesta para crear esa comisión del comité central que debería emprender la lucha contra el burocratismo "en general", y en el buró de organización en particular. Nos despedimos tras ello. Pasaron dos semanas. La salud de Lenin empeoró. Fue entonces cuando sus secretarios me trajeron sus notas y su carta sobre la cuestión nacional. A continuación, durante meses, quedó paralizado por la arteriosclerosis, y no se pudo hacer nada en relación con nuestro bloque contra el

burocratismo del partido. Es evidente que el plan de Lenin iba dirigido ante todo contra Stalin, aunque no se mencionara su nombre; esto se correspondía con la línea de pensamiento y las preocupaciones que Lenin formuló explícitamente en su Testamento.

[Si bien en aquella época Stalin controlaba la Comisión Central de Control, el buró de organización y la secretaría del partido, Zinóviev contaba con la mayoría en el buró político y en el comité central, lo que contribuía a asegurarle el primer puesto en el triunvirato. La lucha entre él y Stalin, encubierta, pero, sin embargo, muy intensa, tenía como objetivo la conquista de la mayoría en el congreso del partido. Zinóviev controlaba por completo la organización de Petrogrado, y su compañero Kámenev, la de Moscú. Los dos centros más importantes del partido solo necesitaban, por tanto, el apoyo de algunos otros para obtener la mayoría en el congreso. Esta mayoría era necesaria para la elección de un comité central y la ratificación de resoluciones favorables a Zinóviev. Pero este no logró obtener la mayoría; la mayoría de las organizaciones del partido fuera de Petrogrado y Moscú permanecieron bajo el firme control del secretario general.

[Sin embargo, Zinóviev insistía en ocupar el lugar de Lenin en el XII Congreso y asumir así abiertamente el papel de sucesor de Lenin, presentando el informe político ya en la sesión inaugural. Durante los preparativos del congreso, la cuestión más espinosa era quién pronunciaría ese discurso clave; desde la fundación del partido, siempre había sido prerrogativa de Lenin. Cuando el asunto se planteó ante el buró político, Stalin fue el primero en decir: "El informe político deberá presentarlo, naturalmente, el camarada Trotsky".

No podía aceptarlo, pues a mi juicio eso habría dado a entender que pensaba sustituir a Lenin en un momento en que él luchaba contra la enfermedad. Respondí más o menos así: "Se trata de una situación provisional; esperamos que Lenin se recupere pronto. Mientras tanto, el informe debe presentarlo el secretario general; ello se deriva de su cargo y eliminará cualquier pretexto para especulaciones infundadas. Por otra parte, entre usted y yo existen serias divergencias, sobre todo en cuestiones económicas, y yo me encuentro en minoría. —Pero ¿y si no hubiera divergencias? —preguntó Stalin, dando a entender así que estaba dispuesto a hacer concesiones, es decir, a llegar a un compromiso podrido.

Kalinin intervino en ese diálogo: "¿Qué divergencias?", me preguntó. "Sus propuestas siempre son aprobadas por el buró político". Yo seguía insistiendo en que Stalin presentara el informe. "De ninguna manera [replicó con una modestia fingida]. El partido no lo entendería. El informe debe presentarlo el miembro más popular del comité central".

[La cuestión se zanjó finalmente en el comité central, donde Zinóviev obtuvo la mayoría. Entonces quedó claro para los miembros del partido que Zinóviev ocupaba el lugar de Lenin al frente del partido. Pero el secretario general se apresuró a maniobrar contra su cotriunviro, ¡Zinóviev no fue recibido con los aplausos habituales; reinó un silencio opresivo mientras pronunciaba su discurso. El veredicto de los delegados fue claro: en su nuevo cargo, Zinóviev era considerado un usurpador.

[El duodécimo congreso del partido, que duró una semana, del 17 al 25 de abril de 1923, elevó a Stalin de un puesto subordinado al primer lugar del triunvirato. La mayoría de Zinóviev en el comité central y en el buró político fue derrocada; Stalin se hizo con el control de ambos. Pero su logro más importante afectaba a la Comisión Central de Control y a la red de comisiones de control provinciales. En el XI Congreso, Stalin se había convertido en el amo oculto de la Comisión Central de Control; la mayoría de sus miembros eran hombres suyos. Pero las comisiones provinciales o locales, muchas de ellas elegidas antes de que él se convirtiera en secretario general, escapaban a su control. Stalin abordó el problema a su manera habitual. Bajo cualquier pretexto, los

asuntos sometidos a la jurisdicción de comisiones hostiles se transferían simplemente a la comisión central cuando afectaban a los intereses de la secretaría; además, siempre que se podía hacer sin llamar la atención, las comisiones eran simplemente abolidas por decisión de la comisión central.

[Tras haber sido derrotado en el duodécimo congreso, Zinóviev intentó restablecer su posición política mediante un regateo. Dudó entre dos planes: 1) reducir la secretaría a su antigua condición de dependencia respecto al buró político, privándola de todos los poderes que se había atribuido a sí misma, y 2) introducir en ella un colegio especial de tres miembros que constituyera su máxima autoridad, debiendo ser esos tres Stalin, Trotsky y, o bien Kámenev, o bien Bujarin o Zinóviev. Pensaba que alguna combinación de este tipo era indispensable para contrarrestar la influencia excesiva de Stalin.

[Inició estas negociaciones en Kislovodsk, en septiembre de 1923. Voroshílov, que se encontraba entonces en Rostov, recibió una invitación por telégrafo. Lo mismo ocurrió con el amigo de Stalin, Ordzhonikidze. Los demás dirigentes presentes eran Zinóviev, Bujarin, Lashévich y Evdokímov. Zinóviev, que redactó un resumen de esta conferencia, relataba que "el camarada Stalin respondió con un telegrama de tono brusco pero amistoso… Llegó poco después y mantuvimos varias conversaciones. Finalmente se decidió que no tocaríamos la secretaría, pero que, con el fin de coordinar el trabajo de organización con las actividades políticas, enviaríamos a tres miembros del buró político al buró de organización. Esta sugerencia poco práctica la hizo el camarada Stalin y la aceptamos… Los tres miembros del buró político éramos Trotsky, Bujarin y yo. Asistí a las sesiones del buró de organización una o dos veces, creo; Bujarin y Trotsky no acudieron ni una sola vez. De ese intento no salió nada".

[Durante ese período, la situación revolucionaria en Alemania había entrado en una fase aguda. Sin embargo, los tres líderes estaban demasiado ocupados con su lucha contra Trotsky y con sus propias rivalidades como para prestar a este problema capital (que entonces prevalecía sobre todos los demás) la atención que merecía. En el Comité Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista, que Zinóviev convocó en Moscú del 12 al 24 de junio para trazar las líneas generales de la acción y fijar el papel que cada sección de la Internacional Comunista debía desempeñar en ella, los debates y las conclusiones fueron tan confusos que a los propios participantes les resultaba difícil indicar las decisiones adoptadas, y las interpretaciones que daban de ellas eran a veces claramente divergentes. Por lo demás, no hacían más que reflejar las divergencias existentes entre los tres, como se supo más tarde cuando se hizo pública la siguiente carta que Stalin escribió con fecha del 7 de agosto de 1923:

"¿Debemos nosotros, los comunistas, intentar (en la fase actual) hacernos con el poder sin los socialdemócratas? ¿Estamos lo suficientemente maduros para ello? En mi opinión, ahí está la clave. Al tomar el poder, en Rusia contábamos con recursos como: a) el pan, b) la tierra para los campesinos, c) el apoyo de la inmensa mayoría de la clase obrera, d) la simpatía de los campesinos. Los comunistas alemanes no disponen en este momento de nada parecido. Es cierto que tienen cerca a la nación soviética, algo que nosotros no teníamos, pero ¿qué podemos ofrecerles en estos momentos? Si hoy, en Alemania, el poder cayera, por así decirlo, y los comunistas se hicieran con él, fracasarían estrepitosamente. Y eso en el 'mejor' de los casos. Y en el peor de los casos, los harían pedazos y los harían retroceder. La cuestión no es solo que Brandler quiera 'educar a las masas', sino que la burguesía, junto con los socialdemócratas de derecha, convertirían sin duda la manifestación en una batalla general (en este momento todas las posibilidades están de su lado) y los aplastarían. Es cierto que los fascistas no duermen, pero nos conviene que ataquen los primeros: eso agrupará a toda la clase obrera en torno a los comunistas (Alemania no es Bulgaria). Por lo demás, según toda la información

disponible, los fascistas son débiles en Alemania. En mi opinión, hay que frenar a los alemanes y no estimularlos."

[Este lamentable documento, en el que se hace patente una crasa ignorancia en cada línea, marca los inicios de Stalin en la participación en los trabajos de la Internacional Comunista; no había asistido a ninguno de sus congresos, y se puede entender por qué la dirección del Partido Comunista Ruso lo mantenía al margen.

[No es de extrañar que un movimiento revolucionario que se desarrolló en tales condiciones acabara en una debacle. Sin embargo, los triunviros que asumían toda la responsabilidad no tuvieron más preocupación que encontrar un chivo expiatorio y desviar hacia él sus críticas; denunciaron al hombre que entonces estaba al frente del Partido Comunista Alemán, Brandler, como "derechista" y lograron que fuera condenado por todas las secciones de la Internacional Comunista en las que el "monolitismo" comenzaba a afianzarse.

[La derrota alemana tuvo una repercusión inmediata en el seno del partido comunista de la Unión Soviética. Los bolcheviques sinceros estaban consternados; muchos de ellos insistían en obtener algo más que un informe meramente formal sobre la actitud de los dirigentes del partido en aquellas circunstancias. Querían que los problemas planteados se discutieran en un debate público. Su primera reivindicación era, por tanto, el restablecimiento del derecho a formar fracciones dentro del partido, derecho que había sido abolido por el décimo congreso en 1921. El descontento manifestado en el seno del partido hacia el triunvirato se había ido gestando desde el duodécimo congreso; no se limitaba a los miembros del triunvirato, sino que iba dirigida contra el comité central en su conjunto. Cuarenta y seis bolcheviques destacados, entre los que se encontraban Piatakov, Sapronov, Serebriakov, Preobrazhensky, Osinsky, Drobnis, Alsky y V. M. Smirnov, publicaron una declaración en la que afirmaban, entre otras cosas:

"El régimen que se ha establecido en el partido es absolutamente intolerable. Aniquila toda iniciativa en el seno del partido. Sustituye al partido por el aparato… que funciona bastante bien cuando todo va bien, pero que, inevitablemente, se resquebraja en los períodos de crisis y amenaza con quebrar por completo cuando se enfrente a los graves acontecimientos que se avecinan. La situación actual se debe a que el régimen de una dictadura fraccional, que se desarrolló tras el décimo congreso, ha sobrevivido a su utilidad.

[Los cuarenta y seis se declaraban insatisfechos con las medidas vacías de contenido de la sesión plenaria de septiembre destinada a "ampliar la democracia" en el partido. Se organizaban mítines de protesta, y la agitación pública contra el régimen burocrático no solo se manifestaba en el seno de las instituciones soviéticas, sino incluso en las organizaciones del partido. En un intento por desarticular este creciente movimiento de protesta, que amenazaba con convertirse en una oposición unida de la izquierda, Zinóviev, en nombre del triunvirato, publicó un artículo en la edición del 7 de noviembre de *Pravda* (sexto aniversario de la revolución bolchevique) en el que autorizaba el debate, afirmando además que en el partido existía una "democracia obrera". Al mismo tiempo, los debates entre los dirigentes culminaron finalmente en una resolución que el comité central hizo suya el 5 de diciembre de 1923, en la que se condenaban la burocracia, los privilegios especiales, etc., y se prometía solemnemente la restauración del derecho a la crítica, así como elecciones sinceras en todos los ámbitos. Trotsky, enfermo desde principios de noviembre y, por lo tanto, incapaz de participar en la discusión general, añadió su firma a la de los demás miembros del comité central.

[La lucha interna se había desarrollado con tal secretismo que el partido en su conjunto la desconocía por completo y todos sus miembros, salvo un puñado de iniciados, consideraban a Trotsky un defensor del régimen vigente. Por ello, tras firmar la resolución

del 5 de diciembre, decidió publicar una declaración en la que precisaba su propia posición, en la que explicaba con franqueza sus temores respecto al peligro burocrático y a la posibilidad de una degeneración del movimiento bolchevique, y llamaba a la juventud a rechazar la obediencia pasiva, el arribismo y el servilismo.

[Esta carta provocó una tormenta de indignación entre los dirigentes. El más furioso de todos era Zinóviev quien, como revelaría Bujarin cuatro años más tarde, insistió en que se detuviera a Trotsky y se le acusara de traición. Además, aunque el debate había sido autorizado oficialmente, la Comisión Central de Control se reunió sin descanso. La decimotercera conferencia del partido, celebrada del 16 al 19 de enero de 1924 para preparar el decimotercer congreso que debía tener lugar en mayo, aprobó, basándose en un informe de Stalin, una resolución que condenaba el debate sobre la democracia dentro del partido y el papel de Trotsky en los siguientes términos:

["La oposición dirigida por Trotsky plantea la consigna: "Hay que destruir el aparato del partido", e intenta trasladar el centro de gravedad de la lucha contra la burocracia en el aparato del estado a la lucha contra la "burocracia" del aparato del partido. Una crítica así, carente de todo fundamento, y el intento directo de desacreditar al aparato del partido no pueden, objetivamente hablando, conducir a otra cosa que a sustraer al aparato del estado de la influencia del partido".

[Finalmente, el buró político ordenó a Trotsky, que aún estaba enfermo, que se fuera a hacer una cura al Cáucaso. Fue durante ese viaje cuando recibió un telegrama de Stalin en el que le comunicaba que Lenin, cuya salud había mejorado recientemente, había fallecido repentinamente.]

Políticamente, Stalin y yo hemos estado durante mucho tiempo en bandos opuestos e irreconciliables. Pero en ciertos círculos se ha convertido en norma hablar de mi "odio" hacia Stalin y dar por sentado a priori que todo lo que escribo, no solo sobre el dictador de Moscú, sino también sobre la Unión Soviética, está inspirado por ese sentimiento. Durante los diez años de mi actual exilio, los agentes literarios del Kremlin se han librado sistemáticamente de la necesidad de responder de forma pertinente a lo que escribo sobre la URSS mediante alusiones demasiado convenientes a mi "odio" hacia Stalin. Freud desaprobaba rotundamente esta variedad de psicoanálisis de pacotilla. El odio es, al fin y al cabo, una especie de vínculo personal. Sin embargo, a Stalin y a mí nos han separado unos acontecimientos que han aniquilado y reducido a cenizas todo lo que pudiera haber de personal entre nosotros, sin dejar ningún residuo de ningún tipo. Hay un elemento de envidia en el odio. Pero para mí, en mi mente y en mis sentimientos, el ascenso sin precedentes de Stalin representa la caída más profunda. Stalin es mi enemigo. Pero Hitler también es mi enemigo, y lo mismo Mussolini, y muchos otros. Hoy en día, siento tan poco odio hacia Stalin como hacia Hitler, Franco o el Mikado. Ante todo, me esfuerzo por comprenderlos, para estar mejor preparado para combatirlos. En general, en cuestiones de importancia histórica, el odio personal es un sentimiento mediocre y despreciable. No solo es degradante, sino que ciega. ¡Pues bien! A la luz de los acontecimientos que han tenido lugar recientemente en el mundo, así como en la Unión Soviética, muchos de mis propios adversarios se han convencido de que no estaba tan ciego: aquellas de mis predicciones que parecían menos plausibles han resultado acertadas.

Estas líneas introductorias *pro domo sua* son tanto más necesarias cuanto que voy a abordar ahora un tema particularmente penoso. Me he esforzado en destacar las características generales de Stalin basándome en una observación atenta y un estudio minucioso de su biografía. No niego que el retrato resultante sea sombrío e incluso siniestro. Pero reto a cualquiera a que intente sustituirlo por otro, a que encuentre una figura más humana tras esos hechos que han conmocionado la imaginación de los

hombres durante los últimos años: las purgas masivas, las acusaciones sin parangón, los procesos fantásticos, el exterminio de toda una generación de revolucionarios y, por último, las recientes maquinaciones en el ámbito internacional.

Ahora voy a exponer unos hechos bastante excepcionales, así como las reflexiones y sospechas que se derivan de ellos, sobre este tema: cómo un revolucionario provincial se convirtió en el dictador de un gran país. Estas reflexiones y sospechas no me surgieron de repente. Han madurado lentamente, y cada vez que me venían a la mente en el pasado, las rechazaba como fruto de una desconfianza excesiva. Pero los "procesos de Moscú" (que revelaron un enjambre diabólico de intrigas, falsedades, falsificaciones, envenenamientos y asesinatos, originado por el dictador del Kremlin) han arrojado una luz siniestra sobre los años anteriores. Empecé entonces a preguntarme con creciente insistencia: "¿Cuál fue el papel real de Stalin durante la enfermedad de Lenin? ¿No hizo nada el "discípulo" para acelerar la muerte de su "maestro"?

Soy más consciente que nadie de lo monstruoso que resulta tal sospecha. Pero ¿qué se le va a hacer, cuando se deriva de las circunstancias, de los hechos y del propio carácter de Stalin? En 1922, la aprensión de Lenin le había llevado a lanzar esta advertencia: "Este cocinero solo nos preparará platos picantes." Resultaron ser no solo picantes, sino envenenados, y no solo en sentido figurado, sino literalmente. En 1937, puse por escrito, por primera vez, unos hechos que, en su momento (1923- 1924), solo conocieron siete u ocho personas, y aun así solo parcialmente. De entre ellos, aparte de mí mismo, solo Stalin y Molotov siguen con vida. Pero estos dos últimos (suponiendo que Molotov estuviera entre los iniciados, cosa de la que no estoy seguro) no tienen ningún motivo para confesar lo que voy a exponer ahora. Debo añadir que cada hecho mencionado por mí, cada referencia y cita, puede confirmarse, ya sea mediante publicaciones oficiales soviéticas, ya sea mediante documentos conservados en mis archivos. Tuve ocasión de ofrecer explicaciones orales y escritas ante la comisión de investigación sobre los "procesos de Moscú", presidida por John Dewey, y ni uno solo de los centenares de referencias y citas que presenté fue jamás cuestionada.

La iconografía, abundante en cantidad (por no hablar de su calidad), recopilada durante los últimos años, muestra invariablemente a Lenin en compañía de Stalin. Están sentados uno al lado del otro, se aconsejan mutuamente, se miran amistosamente. Este motivo recurrente, presente en la pintura, la escultura y la pantalla, viene dictado por el deseo de hacer olvidar que el último período de la vida de Lenin estuvo marcado por un violento conflicto entre él y Stalin, conflicto que culminó en una ruptura total. Como siempre, no había absolutamente nada de personal en la hostilidad de Lenin hacia Stalin. Es cierto que apreciaba mucho ciertos rasgos de Stalin, su firmeza de carácter, su tenacidad, incluso su dureza y su astucia, atributos indispensables en las batallas y, por lo tanto, útiles para el cuartel general del partido. Pero, con el tiempo, Stalin aprovechó cada vez más las oportunidades que le ofrecía su cargo para reclutar a hombres leales a él personalmente y para vengarse de sus adversarios. Tras asumir en 1919 la dirección del Comisariado de Inspección Obrera y Campesina, Stalin lo transformó progresivamente en un instrumento de favoritismo e intrigas. Convirtió la secretaría general del partido en una fuente inagotable de favores y prebendas. Del mismo modo, con fines personales, había abusado de su cargo como miembro del buró de organización y del buró político. En todas sus acciones se podía discernir un motivo personal. Poco a poco, Lenin se fue convenciendo de que ciertos rasgos de Stalin, potenciados por el aparato del partido, resultaban directamente perjudiciales. Así fue como maduró su decisión de apartar a Stalin del aparato y devolverlo a la condición de simple miembro del comité central del partido. Las cartas de Lenin de aquella época son lo más inaccesible que hay en la Unión

Soviética actual. Afortunadamente, en mis archivos conservo copias mecanografiadas y fotocopias de algunas de ellas; ya he publicado algunas.

La salud de Lenin se deterioró repentinamente a finales de 1921. El primer ataque le sobrevino en mayo del año siguiente. Durante dos meses, fue incapaz de moverse, hablar o escribir. A principios de julio comenzó lentamente su convalecencia. Cuando pudo regresar al Kremlin, en octubre, y reanudar su trabajo, se sintió literalmente aterrorizado por el desarrollo de la burocracia, la arbitrariedad y las intrigas en las instituciones del partido y del gobierno. En diciembre, arremetió contra Stalin por las persecuciones ejercidas contra las nacionalidades, especialmente contra la política que imponía en Georgia, donde se desafiaba abiertamente la autoridad del secretario general. Atacó a Stalin por la cuestión del monopolio del comercio exterior, y preparaba para el próximo congreso del partido un discurso que sus secretarios, citando sus propias palabras, calificaban de "una bomba contra Stalin". El 23 de enero, para gran consternación del secretario general, presentó un proyecto para la creación de una comisión obrera de control que pusiera fin a la omnipotencia de la a burocracia. "Hablemos con franqueza [escribía Lenin el 2 de marzo], el Comisariado de Inspección Obrera y Campesina no goza hoy ni de la más mínima autoridad… No hay peor institución, entre nosotros, que nuestro comisariado de inspección". Ahora bien, Stalin estaba al frente de dicha inspección. Comprendió lo que significaban unas palabras así.

A mediados de diciembre de 1922, la salud de Lenin volvió a empeorar. Tuvo que abstenerse de asistir a las conferencias, aunque se mantuvo en contacto con el comité central mediante notas y mensajes telefónicos. Stalin actuó de inmediato para sacar partido de la situación, ocultándole a Lenin gran parte de la información centralizada en la secretaría del partido. Se esforzaba por aislarlo, por apartar a quienes más cerca estaban de él, mientras que Krúpskaya hacía todo lo posible por defender al enfermo frente a esas maniobras hostiles. Pero Lenin era capaz de reconstruir una visión general de la situación a partir de indicios fortuitos y apenas perceptibles. "Protéjanlo de cualquier preocupación", insistían los médicos. Era más fácil decirlo que hacerlo. Inmovilizado en su cama, aislado del mundo exterior, Lenin estaba presa de la inquietud y la indignación. La causa principal era Stalin, cuya conducta se volvía más descarada a medida que los informes médicos se volvían menos favorables. En aquellos días, Stalin se mostraba sombrío, con la pipa apretada entre los dientes, un brillo siniestro en sus ojos amarillos, gruñendo en lugar de responder. Su destino estaba en juego. Estaba decidido a superar todos los obstáculos. Fue entonces cuando se produjo la ruptura definitiva entre él y Lenin.

El antiguo diplomático Dmitrievsky, siempre muy amistoso con Stalin, relata lo que se decía en el entorno del secretario general sobre este dramático episodio: "Como Krúpskaya, cuyos constantes tormentos le irritaban, le volvió a llamar por teléfono para obtener alguna información, Stalin… le respondió con un lenguaje insultante. Krúpskaya, entre lágrimas, acudió inmediatamente a quejarse a Lenin. Este, cuyos nervios ya estaban al límite debido a las intrigas, no pudo contenerse por más tiempo. Krúpskaya envió de inmediato la carta de ruptura a Stalin… "Pero ya conoces a Vladimir Ilich [dijo triunfalmente Krúpskaya a Kámenev], nunca habría llegado al extremo de romper las relaciones personales si no hubiera considerado necesario aplastar políticamente a Stalin".

Krúpskaya dijo realmente lo que aquí se relata, pero en absoluto en tono triunfal; al contrario, aquella mujer, siempre sincera y sensible, estaba llena de aprensión y preocupación. No es cierto que se "quejara" de Stalin; siempre estaba dispuesta, en la medida de lo posible, a desempeñar el papel de mediadora. Pero, en respuesta a las insistentes preguntas de Lenin, no podía decirle más de lo que la secretaría estaba

dispuesta a comunicarle, y Stalin ocultaba la información más importante. La carta de ruptura, o más bien la nota de unas pocas líneas dictada el 6 de marzo a una taquígrafa de confianza, anunciaba secamente la ruptura de toda "relación personal y de camaradería con Stalin". Esta nota, el último texto de Lenin, supone al mismo tiempo el punto y final definitivo de sus relaciones con Stalin. Entonces se produjo el ataque más severo de todos y, con él, la pérdida del habla.

Un año más tarde, cuando Lenin ya yacía embalsamado en su mausoleo, la responsabilidad de la ruptura, como se desprende claramente del relato de Dmitrievsky, se atribuía abiertamente a Krúpskaya. Stalin la acusaba de "intrigas" en su contra. Yaroslavsky, que solía encargarse de los asuntos dudosos de Stalin, dijo en julio de 1926, en una sesión del comité central: "Cayeron tan bajo que se atrevieron a atormentar al enfermo Lenin con sus lamentos, quejándose de haber sido heridos por Stalin. ¡Qué vergüenza haber mezclado asuntos personales con cuestiones políticas de la mayor importancia!" — "Ellos" se refería a Krúpskaya. De este modo se vengaban de ella por las afrentas que Stalin había tenido que sufrir por parte de Lenin. Por su parte, Krúpskaya me habló en varias ocasiones de la profunda desconfianza de Lenin hacia Stalin durante los últimos meses de su vida. "Volodya me decía: "Él" (Krúpskaya no lo nombraba por su nombre, sino que inclinaba la cabeza en dirección al piso de Stalin) carece de la honestidad más elemental, de la más simple honestidad humana…"

El "Testamento" de Lenin (es decir, sus últimos consejos sobre la organización de la dirección del partido) se redactó en dos ocasiones durante su segunda enfermedad: el 25 de diciembre de 1922 y el 4 de enero de 1923. "Stalin, al convertirse en secretario general [declara el Testamento], ha concentrado en sus manos un poder inmenso y no estoy convencido de que siempre pueda ejercerlo con la suficiente prudencia". Diez días más tarde, esta formulación comedida le pareció insuficiente a Lenin, y añadió una posdata: "Propongo a los camaradas que reflexionen sobre la forma de apartar a Stalin de este cargo y nombrar en su lugar a un hombre que, en todos los aspectos, se distinga del camarada Stalin por su superioridad, es decir, que sea más paciente, más leal, más educado y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc." Lenin se esforzaba por expresar su valoración de Stalin en términos lo menos ofensivos posible, pero insistía en la necesidad de apartarlo del único cargo que podía otorgarle su excepcional poder.

Tras lo ocurrido durante los meses anteriores, el "Testamento" no podía ser una sorpresa para Stalin. No obstante, lo sintió como un golpe cruel. Cuando leyó el texto por primera vez (Krúpskaya se lo había hecho llegar para el congreso del partido que estaba a punto de celebrarse), en presencia de su secretario, Mejlis, que más tarde sería jefe político del Ejército Rojo, y del dirigente soviético Syrtsov, que desde entonces ha desaparecido de la escena, estalló en exclamaciones groseras y vulgares que dejaban patente la verdadera medida de sus sentimientos hacia su "amo". Bayanov, otro exsecretario de Stalin, describió la sesión del comité central en la que Kámenev leyó el "Testamento": "Un silencio sepulcral paralizó a todos los presentes. Stalin, sentado en los escalones de la tribuna, se sentía pequeño y miserable. Lo observé atentamente; a pesar de su sangre fría y de su fingida calma, era evidente que sentía que su destino estaba en juego…" Rádek, sentado a mi lado en aquella memorable sesión, se inclinó hacia mí y me dijo: "Ahora ya no se atreverán a hacer nada contra ti." Pensaba en dos pasajes del Testamento: uno que me caracterizaba como "el hombre más capaz del actual comité central", y otro que pedía la destitución de Stalin de su cargo de secretario debido a su grosería, su deslealtad y su tendencia a abusar del poder. Le respondí a Rádek: "Al contrario, ahora querrán llegar hasta el final y lo más rápido posible." De hecho, el Testamento no solo no logró poner fin a la lucha interna (como había querido Lenin), sino que la intensificó al máximo. Stalin ya no podía dudar de que el regreso de Lenin a la

actividad significaría la muerte política del secretario general. Y, a la inversa, solo la muerte de Lenin podía dejar el camino libre para Stalin.

Durante la segunda enfermedad de Lenin, hacia finales de febrero de 1923, en una reunión del buró político a la que asistían Zinóviev, Kámenev y el autor de estas líneas, Stalin nos informó, tras la salida del secretario, de que Lenin le había llamado de improviso y le había pedido veneno. Lenin había vuelto a perder el habla; consideraba que su estado era desesperado, preveía que se avecinaba un nuevo ataque y no confiaba en sus médicos, cuyas contradicciones había observado. Su mente estaba perfectamente lúcida, pero sus sufrimientos eran insoportables. Pude seguir la evolución de la enfermedad de Lenin día a día gracias al doctor Guétier, nuestro médico común, que también era amigo de nuestra familia.

"¿Es posible que sea el final, Fiódor Aleksándrovich?", le preguntábamos con ansiedad.

—Es absolutamente imposible saberlo. Aún puede salir adelante, tiene una constitución muy fuerte.

—¿Y sus facultades mentales?

—En esencia, permanecerán intactas. Quizá cada nota no tenga la pureza de antes, pero el virtuoso seguirá siendo un virtuoso".

Seguíamos teniendo esperanzas y, de repente, me encontré inesperadamente ante la revelación de que Lenin, la encarnación misma de la voluntad de vivir, buscaba veneno para sí mismo. ¡Por qué luchas internas habría tenido que pasar!

Recuerdo lo extraordinaria, enigmática y poco acorde con las circunstancias que me pareció la expresión del rostro de Stalin. La petición que nos transmitía era trágica; sin embargo, una sonrisa malsana se dibujaba en su rostro como si fuera una máscara. No ignorábamos la contradicción que podía existir entre sus rasgos y sus palabras. Pero, esta vez, era absolutamente insoportable; lo odioso del asunto se veía acentuado por el hecho de que Stalin se abstenía de expresar su opinión, como si esperara a saber qué dirían los demás: ¿quería ver primero cuál sería nuestra reacción, sin comprometerse él mismo? ¿O tenía algún pensamiento oculto, propio? … Veo ante mí a Kámenev, pálido y silencioso; él quería sinceramente a Lenin, y a Zinóviev, desorientado como siempre en los momentos difíciles. ¿Sabían algo antes de la sesión? ¿O es que Stalin lanzaba su siniestra información como una sorpresa tanto para sus aliados del triunvirato como para mí?

—¡Por supuesto, ni siquiera podemos plantearnos aceptar esa petición! [exclamé]. Guétier no ha perdido la esperanza. Lenin aún puede recuperarse.

—Ya le he dicho todo eso [respondió Stalin, no sin mostrar cierto fastidio], pero no quiso escuchar nada. El Viejo sufre. Debe de tener el veneno al alcance de la mano… Solo lo utilizaría cuando estuviera convencido de que su estado es desesperado.

—En cualquier caso, eso está totalmente fuera de cuestión [insistí, y creo que, esta vez, Zinóviev me respaldó]. Podría sucumbir a una crisis pasajera y tomar la decisión irrevocable.

—"El Viejo está sufriendo", repitió Stalin, con la mirada perdida, más allá de nosotros y, como antes, sin pronunciarse ni a favor ni en contra. Su pensamiento seguía visiblemente una línea paralela a la conversación, pero no del todo en consonancia con ella.

Es posible, sin duda, que acontecimientos posteriores hayan influido en ciertos detalles de mis recuerdos, aunque, en general, sé que puedo confiar en mi memoria. Sin embargo, esta escena es de las que han dejado en mí una huella indeleble. Al regresar a casa, se la describí con detalle a mi mujer. Y desde entonces, cada vez que la vuelvo a ver en mi mente, no puedo evitar decirme: la conducta de Stalin, toda su actitud, resultaban desconcertantes y siniestras. ¿Qué quería aquel hombre? ¿Y por qué mantenía siempre

esa sonrisa insidiosa en el rostro? … No se decidió nada, ya que se trataba de una conversación privada fuera de la sesión, pero nos despedimos con el acuerdo implícito de que ni siquiera podíamos considerar la idea de enviar veneno a Lenin.

Aquí, naturalmente, surge una pregunta: ¿cómo y por qué Lenin, que en aquellos momentos desconfiaba enormemente de Stalin, acudió a él con una petición de tal calado, que en sí misma presuponía el más alto grado de confianza personal? Un mes antes, Lenin había escrito la despiadada posdata de su testamento. Y fue unos días después cuando rompió toda relación personal con él. Stalin no pudo evitar preguntarse: ¿por qué se dirige Lenin precisamente a mí? La respuesta es sencilla: Lenin veía en Stalin al único hombre capaz de proporcionarle veneno porque tenía un interés directo en hacerlo. Con su instinto infalible, el enfermo intuía lo que ocurría en el Kremlin y fuera de sus muros, y conocía los verdaderos sentimientos de Stalin hacia él. Lenin ni siquiera necesitaba consultar a sus camaradas más cercanos para convencerse de que ninguno, salvo Stalin, estaría dispuesto a concederle ese "favor". Al mismo tiempo, es posible que quisiera poner a prueba a Stalin: ¿hasta qué punto ese "cocinero de platos picantes" estaría ansioso por aprovechar esa oportunidad? En aquellos días, Lenin no solo pensaba en su muerte, sino en el destino del partido; su espíritu revolucionario era, sin duda, lo último en rendirse.

Cuando aún era un joven, en la cárcel, Koba incitaba hipócritamente a los fogosos caucásicos contra sus adversarios: eso solía acabar en una pelea, y una vez incluso en un asesinato. Con el tiempo, perfeccionó su técnica. El todopoderoso aparato del partido, combinado con la maquinaria totalitaria del estado, le abrió posibilidades que ni siquiera algunos de sus predecesores, como César Borgia, habrían podido imaginar. La oficina en la que los jueces de instrucción de la GPU llevan a cabo sus interrogatorios inquisitoriales está conectada mediante un micrófono con el despacho de Stalin. El invisible Yosif Dzhugashvili, con la pipa entre los dientes, sigue con avidez el diálogo que él mismo ha preparado, se frota las manos y se ríe en silencio. Más de diez años antes de los ahora famosos "procesos de Moscú", había confesado a Kámenev y a Dzerzhinsky, en una breve conversación una noche de verano, durante las vacaciones, que su mayor alegría en la vida era elegir a un enemigo, prepararlo todo minuciosamente, saciar una venganza implacable y, después, irse a dormir. ¡Más tarde se vengaría de toda una generación de bolcheviques! No tiene sentido volver aquí sobre las conspiraciones policiales y judiciales de Moscú; el juicio que se les dictó en su momento fue a la vez autorizado y definitivo. Pero para comprender al verdadero Stalin y su conducta durante los días de la enfermedad y la muerte de Lenin, es necesario arrojar luz sobre ciertos episodios del último de esos grandes procesos, montado en marzo de 1938.

En el banquillo de los acusados ocupaba un lugar especial Henri Yagoda, quien había trabajado en la Cheka y en la GPU durante dieciséis años, primero como subdirector y luego como director, siempre en estrecho contacto con el secretario general, quien encontró en él a su más fiel colaborador en la lucha contra la oposición. El sistema de confesión de delitos nunca cometidos es obra de Yagoda, aunque la idea no fuera suya. En 1933, Stalin le recompensó condecorándole con la Orden de Lenin y, en 1935, le ascendió al rango de Comisario General de Defensa del Estado, es decir, mariscal de la policía política, tan solo dos días después de que el brillante Tujachevsky hubiera sido ascendido al rango de mariscal del Ejército Rojo. En la persona de Yagoda, se había premiado a un mediocre, conocido por todos como tal y despreciado por todos; los viejos revolucionarios debieron entonces intercambiar miradas de indignación. Incluso en el seno del dócil buró político se intentó oponerse a ello. Pero Stalin estaba vinculado a Yagoda por algunos secretos y, al parecer, para siempre. Sin embargo, ese vínculo misterioso se había roto misteriosamente. Durante la gran purga, Stalin decidió liquidar al mismo tiempo a su cómplice: sabía demasiado. En abril de 1937, Yagoda fue detenido.

Como siempre, Stalin se aseguraba así varios beneficios adicionales: a cambio de la promesa de un perdón, Yagoda asumió en el proceso la responsabilidad personal de crímenes que los rumores públicos habían atribuido a Stalin. Naturalmente, la promesa no se cumplió: Yagoda fue ejecutado para dar la mejor prueba de la incompatibilidad fundamental entre Stalin y la moral. Pero en ese proceso se hicieron públicas unas circunstancias sumamente reveladoras. Según el testimonio de su secretario y confidente, Bulanov, Yagoda tenía un armario especial para venenos, del que, cuando era necesario, sacaba valiosos frascos y se los entregaba a sus agentes con las instrucciones pertinentes. El jefe de la GPU, que precisamente era farmacéutico de profesión, mostraba un interés excepcional por los venenos; tenía a su disposición a varios toxicólogos para los que había organizado un laboratorio especial, con medios excepcionales, ilimitados y sin control. Naturalmente, está fuera de toda duda que Yagoda pudiera haber puesto en marcha tal empresa únicamente para sus necesidades personales. Ni mucho menos; en este caso, como en los demás, ejercía sus funciones oficiales. Como envenenador, no era más que un *instrumentum regni*, al igual que Locusta, la anciana envenenadora de la corte de Nerón, con la diferencia de que superaba con creces a su ignorante predecesora en materia de técnica.

Junto a Yagoda, en el banquillo de los acusados, había cuatro médicos del Kremlin, acusados del asesinato de Máximo Gorki y de dos ministros soviéticos. "Confieso que… receté medicamentos contraindicados para una enfermedad concreta… Por lo tanto, fui responsable de la muerte prematura de Máximo Gorki y de Kulbychev". Durante los días del juicio, cuyo fondo consistía en mentiras, tanto las acusaciones como las confesiones de haber envenenado al escritor anciano y enfermo, todo aquello me pareció inverosímil. Informaciones posteriores y un análisis más atento de las circunstancias me obligaron a modificar ese juicio. No todo era mentira en esos procesos. Había, efectivamente, envenenados y envenenadores, y no todos los envenenadores estaban en el banquillo de los acusados. El principal dirigía el proceso por teléfono.

Gorki no era ni un conspirador ni un político; era un anciano tierno, un defensor de los débiles, un protestante sentimental. Ese había sido su papel en los primeros días de la revolución de octubre. Durante la hambruna del primer y segundo plan quinquenal, el descontento era extremo y las represiones sobrepasaron todo límite. Los cortesanos protestaban. Incluso la esposa de Stalin, Alliluyeva, protestó. En un ambiente así, Gorki representaba un grave peligro. Mantenía correspondencia con escritores europeos, recibía visitas de extranjeros, las víctimas acudían a él, moldeaba la opinión pública. Pero lo que prevalecía por encima de todo era que le habría resultado imposible consentir el exterminio (que preparaba Stalin) de los viejos bolcheviques, a quienes había conocido íntimamente durante muchos años. Una protesta pública de Gorki contra las "conspiraciones" policiales habría roto inmediatamente el "encanto" de la justicia de Stalin a los ojos del mundo entero.

Reducirlo entonces al silencio era impensable; detenerlo, exiliarlo, por no hablar de ejecutarlo, era aún menos concebible. La idea de acelerar su fin por o a través de Yagoda, "sin derramar sangre", debió de parecerle al dictador del Kremlin la única salida posible dadas las circunstancias. La mentalidad de Stalin es tal que esas decisiones le vienen impuestas por la fuerza de simples reflejos. Una vez aceptada la tarea, Yagoda recurrió a sus "propios" médicos. No corría ningún riesgo. Una negativa, según las propias palabras del Dr. Levin, "suponía la ruina para mí y para mi familia. Además, era completamente imposible escapar de Yagoda. Es un hombre que no se detiene ante nada, te encontraría incluso si te escondieras bajo tierra".

Pero, ¿por qué los médicos autorizados y respetados del Kremlin no se quejaban ante los miembros del gobierno, a quienes conocían muy bien, ya que eran sus propios

pacientes? Solo en la lista del doctor Levin figuraban veinticuatro altos cargos, entre los que se encontraban miembros del buró político y del Consejo de Comisarios del Pueblo. La respuesta es que el doctor Levin sabía perfectamente (como cualquier persona cercana al Kremlin) de quién era agente Yagoda. El doctor Levin se sometía a Yagoda porque se sentía impotente ante Stalin.

En cuanto al descontento de Gorki, a sus esfuerzos por viajar al extranjero y a la negativa de Stalin a concederle un pasaporte, todo ello se sabía y se comentaba en voz baja. Inmediatamente tras la muerte del gran escritor, se planteó la cuestión de si Stalin no habría contribuido en cierta medida a las fuerzas destructoras de la naturaleza. Una de las razones del proceso contra Yagoda era exonerar claramente a Stalin de esa sospecha. De ahí las repetidas declaraciones de Yagoda, de los médicos y de los demás acusados de que Gorki era "un amigo íntimo de Stalin", "un amigo de confianza", "un estalinista", que aprobaba plenamente la política del "líder" y hablaba "con un entusiasmo excepcional" del papel de Stalin. Si tan solo la mitad de esto hubiera sido cierto, Yagoda no se habría tomado la libertad de asesinar a Gorki y, mucho menos, se habría atrevido a encargar tal operación a un médico del Kremlin que podría haberse deshecho de él con solo llamar por teléfono a Stalin.

Se trata de un simple "detalle" extraído de un único proceso. Hubo muchos procesos y múltiples "detalles". Todos llevan la huella indeleble de Stalin. La obra es, en esencia, suya. Yendo y viniendo por su despacho, estudia minuciosamente diversos planes mediante los cuales podrá reducir a cualquiera que le desagrade al grado más bajo de humillación, a las denuncias falsas de sus amigos más queridos, a la más horrible traición a sí mismo. Para quien resiste a pesar de todo, siempre hay un frasquito. Solo ha desaparecido Yagoda; su armario de venenos sigue ahí.

En el proceso de 1938, Stalin acusó a Bujarin, como de pasada, de haber preparado en 1918 un atentado contra la vida de Lenin. El ingenuo y ardiente Bujarin veneraba a Lenin, lo amaba con el amor de un niño por su madre y, cuando polemizaba con él, siempre mantenía la actitud deferente de un discípulo. Bujarin, "maleable como la cera", por retomar la expresión de Lenin, no tenía ni podía haber tenido ambiciosas aspiraciones personales. Si, antes de la era estalinista, alguien hubiera predicho que llegaría un día en que a Bujarin se le acusaría de un atentado contra la vida de Lenin, todos nosotros, y Lenin más que nadie, nos habríamos echado a reír y habríamos aconsejado enviar a tal profeta a un manicomio. ¿Por qué, entonces, recurre Stalin a una acusación tan evidentemente absurda? La hipótesis más verosímil es que esa fue su respuesta a las sospechas de Bujarin, expresadas imprudentemente, en referencia al propio Stalin. En general, todas las acusaciones siguen este patrón. Los elementos esenciales de las conspiraciones policiales de Stalin no son producto de la pura fantasía; están tomados de la realidad en la mayoría de los casos, de los actos o de los designios del propio "cocinero". El mismo "reflejo estalinista" de defensa-ataque, que se puso de manifiesto con tanta claridad en el caso de la muerte de Gorki, se manifiesta también con toda su fuerza en el caso de la muerte de Lenin. En el primer caso, Yagoda pagó con su vida; en el segundo, Bujarin.

Me imagino que las cosas sucedieron más o menos así. Lenin pidió veneno a finales de febrero de 1923. A principios de marzo, seguía paralizado. El diagnóstico médico era, en ese momento, prudentemente desfavorable. Sintiéndose más seguro de sí mismo, Stalin comenzó a actuar como si Lenin ya estuviera muerto. Pero el enfermo le engañó; su poderoso organismo, respaldado por su voluntad inflexible, se impuso. Hacia el invierno, el estado de Lenin comenzó a mejorar lentamente, lo que le permitió moverse con mayor libertad, escuchar lecturas y leer por sí mismo; recuperaba el habla. Las observaciones de los médicos se volvieron progresivamente más alentadoras. La

recuperación de Lenin no habría podido, naturalmente, impedir que la reacción burocrática suplantara a la revolución; Krúpskaya tenía buenas razones para decir, en 1926: "Si Volodya estuviera vivo, ahora estaría en la cárcel".

Para Stalin, no se trataba del rumbo general de la revolución, sino más bien de su propio destino: o bien maniobraba de inmediato, ese mismo día, para convertirse en el dueño del aparato político y, con ello, del partido y del país, o bien quedaría relegado a un papel secundario para el resto de su vida. Stalin quería el poder, todo el poder, pasara lo que pasara. Ya lo tenía en sus manos con firmeza; el objetivo estaba cerca, pero el peligro que emanaba de Lenin estaba aún más cerca. En aquellos días, Stalin debió de tomar la resolución de que era imperativo actuar sin demora. Tenía cómplices por todas partes cuyo destino estaba totalmente ligado al suyo. A su lado estaba el farmacéutico Yagoda. Si Stalin envió el veneno a Lenin después de que los médicos dejaran entrever con insinuaciones que ya no había esperanza, o si recurrió a medios más directos, lo ignoro. Pero estoy firmemente convencido de que Stalin no habría podido esperar pasivamente cuando su destino estaba en juego y la decisión dependía de un pequeño, un muy pequeño movimiento de su mano.

Unos días después de mediados de enero de 1924, partí hacia Sujum, en el Cáucaso, para intentar librarme de una misteriosa y persistente infección, cuya naturaleza siguió siendo un misterio para mis médicos. La noticia de la muerte de Lenin me llegó durante el viaje. Según una versión muy extendida, perdí el poder porque no estuve presente en el funeral de Lenin. Esta explicación difícilmente puede tomarse en serio. Pero el hecho de mi ausencia en esas ceremonias provocó en muchos de mis amigos graves presentimientos. En la carta de mi hijo mayor (que estaba a punto de cumplir dieciocho años) había un tono de desesperación juvenil: ¡debería haber ido a toda costa! Esas eran, en efecto, mis intenciones. El telegrama cifrado que anunciaba la muerte de Lenin nos encontró a mi mujer y a mí en la estación de Tiflis. Envié inmediatamente una nota cifrada al Kremlin: "Considero necesario regresar a Moscú. ¿Cuándo tendrá lugar el funeral?" La respuesta de Moscú me llegó una hora más tarde: "El funeral tendrá lugar el sábado; no podría volver a tiempo. El buró político considera que, debido a su estado de salud, debe continuar su viaje a Sujum. -Stalin".

No creí que debiera pedir el aplazamiento del funeral únicamente por mi propia comodidad. No fue hasta llegar a Sujum, envuelto en mantas bajo la terraza de un sanatorio, cuando supe que el funeral se había aplazado hasta el domingo. Las circunstancias relacionadas con la organización del funeral y el posterior cambio de su fecha son tan complicadas que no pueden aclararse en unas pocas líneas. Stalin maniobró, no solo engañándome a mí, sino, al parecer, también a sus aliados del triunvirato. A diferencia de Zinóviev, que consideraba cada cuestión desde el punto de vista de su eficacia inmediata para la agitación, Stalin se guiaba en sus arriesgadas maniobras por consideraciones más tangibles. Es posible que temiera que yo relacionara la muerte de Lenin con la conversación del año pasado sobre el veneno, que interrogara a los médicos para saber si podía tratarse de un envenenamiento y que solicitara una autopsia especial. Por lo tanto, era más seguro, desde todos los puntos de vista, mantenerme alejado hasta después del embalsamamiento del cadáver y la incineración de las vísceras, momento en el que ya no sería posible realizar una autopsia.

Cuando más tarde pregunté a los médicos, en Moscú, sobre la causa inmediata de la muerte de Lenin (lo cual les pilló por sorpresa), no supieron qué responder al respecto. No quise atormentar a Krúpskaya, que me había escrito una carta muy cariñosa a Sujum, con preguntas sobre este tema. No retomé las relaciones personales con Zinóviev y Kámenev hasta dos años más tarde, después de que rompieran con Stalin. Evitaban ostensiblemente cualquier discusión sobre las circunstancias de la muerte de Lenin,

respondiendo con monosílabos y evitando mi mirada. ¿Sabían algo o solo tenían sospechas? En cualquier caso, habían estado tan íntimamente vinculados a Stalin durante los tres años anteriores que no podían evitar sentirse inquietos, temiendo que la sombra de la sospecha cayera también sobre ellos.

Ante el ataúd de Lenin, Stalin leyó, escrito en una hoja de papel, su juramento de fidelidad a los mandamientos de su maestro, redactado al estilo de las homilías que había estudiado en el seminario teológico de Tiflis. Este juramento pasó, en su momento, prácticamente desapercibido; hoy en día figura en todos los libros de texto, habiendo sustituido a los Diez Mandamientos.

Los nombres de Nerón y César Borgia se han mencionado más de una vez con motivo de los "procesos de Moscú" y de los recientes acontecimientos en la escena internacional. Puesto que se ha evocado a estos antiguos fantasmas, me parece oportuno hablar a partir de ahora de un "super-Nerón" y de un "super-Borgia", ya que los crímenes de aquellas épocas nos parecen hoy tan modestos y casi ingenuos en comparación con las hazañas de nuestro tiempo. Sin embargo, es posible discernir un significado histórico más profundo en estas analogías puramente personales. Las costumbres del Imperio Romano en su declive se establecieron durante la transición de la esclavitud al feudalismo, del paganismo al cristianismo. La época del Renacimiento marcó la transición de la sociedad feudal a la sociedad burguesa, del catolicismo al protestantismo y al liberalismo. En ambos casos, la antigua moral se había desvanecido antes de que se formara la nueva.

Vivimos de nuevo en plena transición de un sistema a otro, en una época de crisis social excepcional que, como siempre, va acompañada de una crisis en el ámbito de la moral. La antigua se ha visto sacudida hasta sus cimientos. La nueva apenas empieza a surgir. Cuando el techo se ha derrumbado y las puertas y ventanas se han salido de sus goznes, la casa está triste y la vida en ella es dura. Hoy en día, las ráfagas azotan todo el planeta. Todos los principios tradicionales de la moralidad se ven cada vez más degradados, y no solo aquellos que pisotean las prácticas estalinistas.

Pero una explicación histórica no es una justificación. Nerón, también él, fue un producto de su época. Sin embargo, tras su desaparición, sus estatuas fueron destrozadas y su nombre borrado por doquier. La venganza de la historia es más terrible que la del secretario general más poderoso. Me atrevo a pensar que eso es un consuelo.

Primer suplemento. La reacción termidoriana

Tras el prodigioso esfuerzo de la revolución y la guerra civil se produjo una reacción política. [Se diferenciaba esencialmente de los fenómenos sociales que se desarrollaron paralelamente en las regiones no soviéticas.] Se trataba de una reacción contra la guerra imperialista y contra quienes la habían dirigido. En Inglaterra, se dirigió contra Lloyd George y lo aisló políticamente hasta el final de su vida. Clemenceau, en Francia, corrió una suerte similar.

Los prodigiosos cambios que se observaban en los sentimientos de las masas tras una guerra imperialista y una guerra civil eran perfectamente explicables. En Rusia, los obreros y los campesinos estaban profundamente convencidos de que eran sus propios intereses los que estaban en juego y de que la guerra que se les había impuesto era realmente la suya. Tras la victoria sobre los blancos y la Entente, la satisfacción fue inmensa, y grande la popularidad de quienes habían contribuido a conseguirla.

Pero los tres años de guerra civil dejaron una huella indeleble en el propio gobierno soviético, debido a que un gran número de nuevos administradores se habían acostumbrado a mandar y a exigir una sumisión absoluta a sus órdenes. Los teóricos que intentan demostrar que el actual régimen totalitario de la URSS no se debe a unas condiciones históricas concretas, sino a la propia naturaleza del bolchevismo, olvidan que la guerra civil no se derivó de la naturaleza del bolchevismo, sino de los esfuerzos de la burguesía rusa y de la burguesía internacional por derrocar el régimen soviético.

No cabe duda de que Stalin, como muchos otros, fue moldeado por el entorno y las circunstancias de la guerra civil, al igual que todo el grupo que más tarde le ayudaría a establecer su dictadura personal (Ordzhonikidze, Voroshílov, Kaganovich) y toda una capa de obreros y campesinos ascendidos a la condición de comandantes y administradores.

[Además, en los cinco años que siguieron a la revolución de octubre, más del 97 % de los afiliados al partido eran miembros que se habían adherido tras la victoria de la revolución. Cinco años más tarde, y] la inmensa mayoría del millón de miembros del partido solo tenía una vaga idea de lo que había sido el partido en el primer período de la revolución, por no hablar de la clandestinidad prerrevolucionaria.

Baste decir que, por entonces, al menos tres cuartas partes del partido estaban compuestas por miembros que se habían afiliado únicamente después de 1923. El número de miembros del partido afiliados antes de la revolución (es decir, los revolucionarios del período ilegal) era inferior al uno por ciento. En 1923, el partido se había visto invadido por masas jóvenes e inexpertas [rápidamente moldeadas y formadas] para desempeñar el papel de figurantes impetuosos bajo el acicate de los profesionales del aparato. Esta reducción extrema del núcleo revolucionario del partido era una condición previa para las victorias del aparato sobre el "trotskysmo".

En 1923, la situación comenzó a estabilizarse. La guerra civil, al igual que la guerra con Polonia, había concluido definitivamente. Se habían superado las consecuencias más horribles de la hambruna, y la NEP había dado un impulso impetuoso al resurgimiento de la economía nacional. El constante traslado de comunistas de un

puesto a otro, de un ámbito de actividad a otro, pronto se convirtió en la excepción más que en la regla; los comunistas comenzaron a establecerse en puestos fijos y a dirigir de manera metódica las áreas o ámbitos de la vida económica y política confiados a su discreción administrativa. El nombramiento para los puestos se vinculó cada vez más a cuestiones relacionadas con la vida personal y familiar del funcionario, así como con su carrera.

Fue entonces cuando Stalin se erigió, con una preeminencia cada vez mayor, como el organizador, el repartidor de tareas, el dispensador de puestos, el educador y el amo de la burocracia. Elegía a sus hombres en función de su hostilidad o indiferencia hacia sus adversarios personales, y especialmente hacia aquel a quien consideraba su principal adversario, el mayor obstáculo en el camino hacia su ascenso al poder absoluto. Stalin generalizó y clasificó su propia experiencia administrativa (sobre todo la experiencia de las maniobras llevadas a cabo con perseverancia entre bastidores) y la puso al alcance de quienes estaban más estrechamente vinculados a él. Les enseñó a organizar sus aparatos políticos locales siguiendo el modelo de su propio aparato: cómo reclutar colaboradores, cómo aprovechar sus debilidades, cómo enfrentar a unos camaradas contra otros, cómo hacer funcionar la maquinaria.

A medida que la vida de la burocracia ganaba en estabilidad, surgía una necesidad cada vez mayor de comodidades. Stalin se puso al frente de este movimiento espontáneo, guiándolo y dotándolo según sus propios designios. Recompensaba a aquellos en quienes confiaba concediéndoles puestos agradables y ventajosos. Seleccionó a los miembros de la comisión de control, inculcándoles la necesidad de perseguir sin piedad a todos aquellos que se desviaran de la línea política oficial. Al mismo tiempo, les invitaba a fijar su mirada en el estilo de vida excepcional y extravagante de aquellos funcionarios que le eran fieles. Y es que Stalin relacionaba cada situación, cada circunstancia política, cada uso que se hacía de los individuos con él mismo, con su lucha por el poder, con su necesidad desmesurada de dominar a los demás. Cualquier otra consideración le resultaba totalmente ajena. Enfrentaba entre sí a sus rivales más peligrosos; de su talento para aprovechar los antagonismos personales y de grupo hizo un arte, un arte inimitable porque no había hecho más que desarrollar su instinto casi infalible para este tipo de maniobras. En cualquier situación nueva, lo primero y más importante que veía era cómo podría sacar provecho de ella personalmente. Cada vez que el interés de la Unión Soviética entraba en conflicto con su interés personal, nunca dudaba en sacrificarlo. En todas las ocasiones y, fuera cual fuera el resultado, hacía todo lo que estaba en sus manos para crear dificultades a quienes, según él, amenazaban su omnipotencia. Con la misma constancia, se esforzaba en recompensar cada acto de lealtad personal. Al principio en secreto, y luego más abiertamente, se erigió en defensor de la desigualdad, en defensor de los privilegios especiales para las altas esferas de la burocracia.

En esta desmoralización deliberada, Stalin nunca se preocupó por las perspectivas a largo plazo. Tampoco profundizaba en el significado social del proceso en el que desempeñaba el papel principal. Actuaba entonces, al igual que ahora, como el empirista que siempre fue. Elige a quienes le son leales y los recompensa, les ayuda a asegurarse situaciones privilegiadas, les exige que renuncien a sus objetivos políticos personales. Les enseña a crear, para su propio uso, el aparato necesario para influir en las masas y someterlas. No piensa ni por un instante que esta política vaya directamente en contra de la lucha que más le interesó a Lenin durante el último año de su vida: la lucha contra la burocracia. De vez en cuando, él mismo habla de burocracia, pero siempre en los términos más abstractos y alejados de la realidad. Solo piensa en las cosas sin importancia: la falta de atención, el formalismo, las oficinas desordenadas, etc., pero es sordo y ciego ante la formación de toda una casta de privilegiados unidos entre sí por un juramento de honor

(como los ladrones), por su interés común y por su alejamiento cada vez mayor del pueblo trabajador. Sin darse cuenta, Stalin está organizando no solo una nueva maquinaria política, sino una nueva casta.

Solo aborda las cuestiones desde el punto de vista de la selección de los cuadros, de mejorar el aparato, de asegurar su control personal sobre él y de su propio poder. En la medida en que se preocupa por cuestiones de carácter general, le parece indudable que su aparato dotará al gobierno de mayor fuerza y estabilidad, y garantizará así los nuevos avances del "socialismo en el país". En el ámbito de las generalizaciones, no se aventura más allá. Que la cristalización de una nueva capa dirigente de funcionarios instalados en una situación privilegiada, camuflada a los ojos de las masas por la idea del socialismo; que la formación de esta nueva capa dirigente archiprivilegiada y archipoderosa cambie la estructura social del estado y, en una medida cada vez más considerable, la descomposición social de la nueva sociedad, es una consideración que se niega a contemplar, y cada vez que se le sugiere, la descarta con el brazo o con su revólver.

Así, Stalin, el empírico, sin romper formalmente con la tradición revolucionaria, sin repudiar el bolchevismo, se convierte en el destructor más eficaz de ambos, traicionándolos a los dos.

En la época del debate en el partido, en el otoño de 1923, la organización de Moscú estaba dividida aproximadamente por mitades, con un cierto predominio de la oposición al principio. Sin embargo, las dos mitades no tenían la misma fuerza en cuanto a su potencial social. La juventud y una parte considerable de los militantes de base estaban con la oposición, pero del lado de Stalin y del comité central se encontraban, ante todo, aquellos políticos especialmente formados y disciplinados que estaban estrechamente vinculados al aparato del secretario general. Mi enfermedad, y mi consiguiente ausencia de la lucha, fue, debo reconocerlo, un factor de cierta importancia, aunque no hay que exagerar dicha importancia. Al fin y al cabo, no fue más que un simple episodio. Mucho más importante fue el hecho de que los obreros estaban cansados. Quienes apoyaban a la oposición no se veían animados por la esperanza de cambios grandes y profundos, mientras que la burocracia luchaba con una ferocidad extraordinaria. Es cierto que hubo al menos un período de gran confusión en aquella época, pero entonces lo ignorábamos; este hecho no nos lo reveló hasta más tarde Zinóviev. Un día, al llegar a Moscú, se encontró con que el comité central y los dirigentes de Moscú estaban sumidos en un pánico extremo. Se había hecho evidente que Stalin estaba tramando una maniobra cuyo objetivo era hacer las paces con la oposición a costa de sus aliados, Zinóviev y Kámenev; era muy propio de él.

En aquella época, las reuniones del buró político se celebraban en mi casa debido a mi enfermedad. Stalin me hizo insinuaciones ostensibles, mostrando un interés por mi salud totalmente inesperado. Zinóviev, según su relato, puso fin a esta situación equívoca (al parecer, en Moscú) y se volcó hacia Petrogrado para reforzar allí su influencia. Formó un equipo ilegal de agitadores y de tropas de choque que iban en coche de una fábrica a otra para difundir mentiras y calumnias. Sin romper con sus aliados, naturalmente, Stalin buscaba asegurarse una vía de retirada hacia la oposición, por si esta acabara imponiéndose. Zinóviev era más temerario porque era más aventurero e irresponsable. Stalin era prudente; aún no se daba cuenta del alcance de los cambios que se habían producido en las altas esferas del partido, y especialmente en el aparato soviético. No se apoyaba en su fuerza personal; avanzaba a tientas, tanteando cada resistencia, teniendo en cuenta cada apoyo. Dejaba que Zinóviev y Kámenev se comprometieran, mientras él conservaba su plena libertad de maniobra.

Fue durante ese mismo debate cuando se fijó definitivamente la estrategia del aparato en su lucha contra la oposición y se puso a prueba en la práctica. Era imposible

admitir que, en ningún caso, el aparato pudiera ser desmantelado bajo la presión de las bases; el aparato debía permanecer a toda costa. El propio partido podía modificarse, reformarse o reestructurarse. Se podía expulsar o comprometer a algunos miembros, otros podían tener miedo. Por último, era posible manipular los hechos y las cifras. Los hombres del aparato iban de fábrica en fábrica; las comisiones de control, que se habían creado precisamente con el objetivo de combatir esa usurpación del poder por parte del aparato, se convirtieron en meros engranajes de la máquina. En las reuniones del partido, hombres de confianza de esas comisiones tomaban nota del nombre de cualquier orador sospechoso de simpatizar con la oposición y, a continuación, llevaban a cabo investigaciones minuciosas sobre su pasado. Siempre, o casi siempre, no resultaba demasiado difícil encontrar alguna falta o simplemente un origen social desfavorable para justificar una acusación de violación de la disciplina del partido, o para provocarla. Entonces era posible expulsar, trasladar, silenciar, e incluso llegar a un acuerdo con el simpatizante de la oposición.

Esta parte del trabajo, Stalin la asumió bajo su propia dirección. En la Comisión Central de Control, contaba con su propia camarilla, encabezada por Soltz, Yaroslavsky y Chkiryatov. Su tarea principal consistía en elaborar listas negras de disidentes e investigar su genealogía en los archivos de la policía zarista. Stalin poseía un archivo especial repleto de todo tipo de documentos, acusaciones y rumores difamatorios contra todos los dirigentes soviéticos sin excepción. En 1929, en la época de su ruptura pública con los miembros de la derecha del buró político (Bujarin, Ríkov y Tomsky), Stalin solo consiguió retener a Kalinin y Voroshílov amenazándolos con ciertas revelaciones.

En 1925, una revista humorística publicó una caricatura que representaba al jefe del gobierno en una situación muy comprometedora. El parecido era asombroso. Además, en el texto, escrito en un estilo muy sugerente, había una referencia a Kalinin mediante sus iniciales, "M. K.". No podía creer lo que veían mis ojos.

"¿Qué significa esto?", pregunté a varios de mis amigos, entre ellos Serebriakov, que había conocido íntimamente a Stalin, tanto en la cárcel como en el exilio.

—Es la última advertencia de Stalin a Kalinin —me dijo.

—¿Pero por qué?

—Desde luego, no porque le preocupe su conducta —dijo Serebriakov riendo—. Kalinin debe de estar empeñado en algo…"

Kalinin, que conocía de sobra el pasado reciente, se había negado en un primer momento a considerar a Stalin como un líder; durante mucho tiempo se resistió a vincular su destino al de él. "Este caballo [solía decir a sus allegados] algún día hará que nuestra carroza caiga en una zanja". Pero, poco a poco, refunfuñando y resistiéndose, se volvió primero contra mí, luego contra Zinóviev y, finalmente (aunque totalmente en contra de su voluntad), contra Ríkov, Bujarin y Tomsky, a quienes le unían estrechamente unas concepciones políticas comunes. Yenukidze siguió la misma trayectoria, siguió los pasos de Kalinin, aunque de forma más discreta, y sin duda sufriendo más intensamente. Debido a su propia naturaleza, cuyo rasgo principal era la adaptabilidad, Yenukidze no podía evitar encontrarse en el bando del Termidor. Pero no era un arribista y, desde luego, tampoco un sinvergüenza; le resultaba difícil romper con las viejas tradiciones y aún más difícil volverse contra hombres a los que estaba acostumbrado a respetar. En los momentos críticos, no solo no mostraba un entusiasmo agresivo, sino que, por el contrario, se quejaba, refunfuñaba e intentaba resistirse. Stalin no lo ignoraba y le dio más de una advertencia. Lo supe de la mejor fuente. Aunque en aquellos días la práctica de las delaciones ya había envenenado no solo la vida política, sino incluso las relaciones personales, aún subsistían aquí y allá oasis de confianza mutua. Yenukidze mantenía una relación muy amistosa con Serebriakov, a pesar de que este último era conocido como

uno de los líderes de la oposición de izquierda; a menudo se desahogaba con él: "¿Qué más quiere?", decía Yenukidze, "hago todo lo que me pide, pero para él no es suficiente. Quiere que admita que es genial".

Stalin tomó bajo su protección a Zinóviev y Kámenev cuando yo recordé su conducta en 1917. "Es muy posible [escribía] que algunos bolcheviques temblaran durante los días de julio. Sé, por ejemplo, que varios de los bolcheviques detenidos entonces estaban dispuestos a desertar de nuestras filas. Pero sacar de ahí una condena contra ciertos… miembros del comité central es tergiversar la historia".

Lo interesante de esta cita no es tanto la defensa sin reservas de Zinóviev y Kámenev como la referencia fuera de lugar a "varios bolcheviques detenidos", que apuntaba a Lunacharsky, quien no estaba en absoluto en el punto de mira. Entre los documentos incautados tras la revolución se encontró el interrogatorio de Lunacharsky durante la investigación policial. Sin duda, no hace honor a su valentía política. Esto no revestía, en sí mismo, gran importancia para Stalin; en su entorno más cercano había bolcheviques aún menos valientes. Lo que le exasperaba era que, en 1923, Lunacharsky hubiera publicado *Siluetas de los líderes de la revolución*, en las que no aparecía ninguna silueta de Stalin. La omisión no fue deliberada; Lunacharsky no tenía nada en contra de Stalin; simplemente no se le había ocurrido, como a nadie en aquella época, incluir a Stalin entre los líderes de la revolución. Pero en 1925 la situación había cambiado, y para Stalin era una forma de hacer entender a Lunacharsky que debía modificar su política o, de lo contrario, esperar ser puesto en la picota. Se le concedió un plazo; comprendió perfectamente a quién se referían y cambió radicalmente su postura política; sus pecados de julio de 1917 quedaron inmediatamente olvidados.

No todos los jóvenes revolucionarios de la época zarista eran héroes de cuento. Entre ellos había quienes no mostraban el valor suficiente durante los interrogatorios policiales. Si su conducta posterior permitía olvidar ese desliz, el partido no los expulsaba definitivamente y les permitía reincorporarse posteriormente a sus filas. En 1923, Stalin, como secretario general, comenzó a recopilar personalmente todos los casos de este tipo y a utilizarlos ocasionalmente como medio de chantaje contra viejos revolucionarios que habían reparado con creces su error de juventud; al amenazar con revelar su pasado, los reducía a una obediencia servil, empujándolos paso a paso hacia un estado de completa desmoralización. [Y se los ganaba definitivamente obligándolos a realizar las tareas más degradantes en sus maquinaciones contra la oposición. Quienes se negaban a ceder ante ese chantaje eran destrozados políticamente por el aparato o acorralados hasta el suicidio. Así pereció] uno de mis colaboradores más cercanos, mi secretario personal Glazman, hombre de una modestia excepcional y de una devoción ejemplar al partido. Se suicidó ya en 1924. Su acto desesperado causó tal impresión que la Comisión Central de Control se vio obligada a rehabilitarlo e a imponer una amonestación (muy prudente y muy moderada) a su propio órgano ejecutivo.

La presión ejercida sobre los opositores de izquierda y sobre quienes simpatizaban con ellos fue aumentando progresivamente. El trato al que fueron sometidos los cientos de comunistas que añadieron su firma a la "Declaración de los 83", del 26 de mayo de 1927, solo fue superado en brutalidad y cinismo por el infligido a los miles de miembros del partido que los apoyaban verbalmente. Se les llevaba ante los tribunales del partido únicamente porque, en reuniones del partido, habían expresado opiniones que no coincidían con las del comité central; de este modo, se les privaba de su derecho más elemental como miembros del partido. De este modo, se preparó a la masa del partido para la brutal expulsión de la oposición. Esta presión se ejercía además mediante medidas excepcionales dirigidas contra los miembros y simpatizantes de la oposición. "Os expulsaremos de vuestros puestos de trabajo", exclamó un día el secretario del comité de

Moscú y, cuando esta amenaza resultaba insuficiente para silenciar a la oposición, el comité central recurría abiertamente a la GPU. Había que estar ciego para no ver que la lucha contra la oposición mediante tales métodos era una lucha contra el partido.

Menjinski, sucesor de Dzerjinski al frente de la GPU, había pertenecido al movimiento de oposición en la época de Lenin. Había estado con los boicoteadores, luego había simpatizado con el anarcosindicalismo y tenía aún otras desviaciones en su haber. Eso fue en su juventud. Pero hacia el final de su carrera, estaba fascinado por el aparato represivo. Ya nada le interesaba salvo la GPU. Dedicaba todas sus facultades intelectuales a lo que era su única tarea: mantener su aparato en perfecto estado de funcionamiento. Para ello, primero tenía que apoyar firmemente al gobierno. Un día, durante la guerra civil, Menjinski me advirtió, para mi sorpresa, de las intrigas de Stalin contra mí; lo mencioné en mi autobiografía. Cuando el triunvirato se hizo con el poder, se mantuvo fiel al triunvirato. Tras el colapso del triunvirato, trasladó su lealtad a Stalin. En el otoño de 1927, cuando la GPU comenzó a intervenir en las disputas internas del partido, varios de nosotros (Zinóviev, Kámenev, Smilgá, yo y creo que alguien más) fuimos a ver a Menjinski. Le pedimos que nos mostrara las declaraciones de los testigos a las que había hecho referencia con gran éxito en nuestra contra en la reciente sesión del comité central. No negó que, en esencia, esos documentos fueran falsos, pero se negó rotundamente a mostrárnoslos.

"¿Te acuerdas, Menjinsky [le pregunté], de que una vez, en mi tren, cuando estábamos en el Frente Sur, me hablaste de una intriga de Stalin contra mí?" Se quedó sin saber qué responder. Yagoda, que en aquella época era el agente de Stalin por encima del jefe de la GPU, intervino entonces. "Pero el camarada Menjinsky [dijo, asomando su cabeza de zorro], nunca ha estado en el Frente Sur".

(Yagoda había sido farmacéutico en su juventud; en una época pacífica, habría fallecido en el anonimato en la farmacia de una pequeña ciudad.)

Le interrumpí; le dije que no le estaba hablando a él, sino a Menjinsky, y repetí mi pregunta. Entonces Menjinsky respondió:

"Sí, yo estaba en su tren en el Frente Sur y le advertí de tal o cual maquinación, pero creo que no nombré a nadie". Una extraña sonrisa de sonámbulo se dibujaba en su rostro mientras se decidía a responder.

No conseguimos sacarle nada. Stalin fue a hablar con él después de que nos hubiéramos retirado con las manos vacías. Kámenev volvió a verle a solas; al fin y al cabo, no hacía tanto tiempo que contaba con todo el triunvirato a su disposición contra la oposición. "¿De verdad cree [le preguntó finalmente Kámenev] que Stalin, por sí solo, será capaz de hacer frente a las tareas de la revolución de octubre?".

Menjinski eludió la pregunta. "¿Por qué, entonces, le habéis permitido adquirir un poder tan formidable?", respondió, pregunta por pregunta. "Ahora ya es demasiado tarde".

En la primavera de 1924, tras una de las sesiones plenarias del comité central a la que la enfermedad me había impedido asistir, le dije a I. N. Smirnov: "Stalin se convertirá en el dictador de la URSS". Smirnov conocía bien a Stalin. Habían compartido juntos el trabajo revolucionario y el exilio durante años, y en tales condiciones los hombres aprenden a conocerse bien.

"¿Stalin?", me preguntó atónito, "pero si es un mediocre, un don nadie sin ningún rasgo pintoresco".

"Mediocre, sí; un don nadie, no [le respondí]. La dialéctica de la historia ya se ha apoderado de él y lo llevará aún más alto. Todos lo necesitan: los revolucionarios cansados, los burócratas, los nepmen, los kulaks, los advenedizos, los serviles, todos esos gusanos que se arrastran por el suelo arado de la revolución. Sabe cómo encontrarlos en

su propio terreno, habla su idioma y sabe cómo dirigirlos; tiene la merecida reputación de viejo revolucionario, lo que lo hace inestimable para ellos como medio para cegar al país; tiene voluntad y audacia, nunca dudará en utilizarlos y en ponerlos en contra del partido; ya ha empezado a hacerlo. Ahora, precisamente, está reuniendo y organizando a su alrededor a las cucarachas del partido, a los intrigantes astutos. Sin duda, pueden producirse grandes acontecimientos en Europa, en Asia y en nuestro país que echen por tierra todas las especulaciones. Pero, si todo sigue desarrollándose automáticamente como hasta ahora, entonces Stalin se convertirá, también automáticamente, en dictador".

En 1926, durante una discusión con Kámenev, este último sostenía con insistencia que Stalin no era más que "un simple político provinciano". Había algo de verdad en esa valoración sarcástica, pero solo una pequeña parte. Cualidades como la astucia, la deslealtad y la habilidad para explotar los instintos más bajos de la naturaleza humana están desarrolladas en Stalin a un grado extraordinario y, dada su fuerte personalidad, constituyen armas poderosas en una lucha; pero, naturalmente, no en cualquier tipo de lucha. La lucha por liberar a las masas exige otras cualidades. Pero, al elegir a hombres para ocupar puestos privilegiados, al unirlos entre sí en un espíritu de casta, al debilitar y someter a las masas, los propios rasgos de Stalin resultaban inestimables y lo convertían en el líder de la reacción burocrática. No obstante, Stalin sigue siendo un personaje mediocre; su mente no solo es estrecha, sino que es incluso incapaz de razonar lógicamente. Cada frase de su discurso tiene algún objetivo práctico inmediato; pero su discurso, tomado en su conjunto, nunca alcanza una estructura lógica.

Si Stalin hubiera podido prever, al principio, adónde le llevaría su lucha contra el trotskysmo, sin duda habría dudado en proseguirla, a pesar de la perspectiva de victoria sobre todos sus adversarios. Pero es incapaz de prever nada. Las profecías de sus adversarios de que se convertiría en el líder de la reacción termidoriana, el sepulturero del partido de la revolución, le parecían fantasías sin sentido. Creía que el aparato del partido se bastaba a sí mismo, siendo capaz de llevar a cabo todas las tareas. No tenía la más mínima comprensión de la función histórica que desempeñaba. La falta de imaginación creativa, la incapacidad para generalizar y prever, aniquilaron al revolucionario que había en Stalin cuando tomó él solo el timón. Pero esos mismos rasgos, apoyados en su autoridad de antiguo revolucionario, le permitieron encubrir el auge de la burocracia termidoriana.

Su ambición adquirió un carácter asiático inculto que la técnica europea agravó. Es necesario que la prensa lo ensalce cada día con extravagancia, publique sus retratos, lo cite a la menor ocasión e imprima su nombre en letras grandes. Hoy en día, hasta los telegrafistas saben que no deben aceptar un telegrama dirigido a Stalin en el que no se le llame "el padre del pueblo", "el gran maestro" o "genial". La novela, la ópera, el cine, la pintura, la escultura, incluso las exposiciones agrícolas, todo debe girar en torno a Stalin como en torno a su eje. La literatura y el arte de la época estalinista pasarán a la historia como ejemplos del bizantinismo más absurdo y abyecto. En 1925, Stalin no perdonó a Lunacharsky que no lo hubiera mencionado en un libro de retratos revolucionarios; pero una docena de años más tarde, Alexis Tolstói, que lleva el nombre de uno de los escritores más poderosos e independientes de Rusia, saludaba a Stalin así:

Tú, resplandeciente sol de las naciones,
el sol de nuestro tiempo que nunca oscurece,
Y más que el sol, pues el sol no conoce la sabiduría.

Stalin y el sol vuelven a aparecer en estos versos de autores menos conocidos:

Recibimos nuestro sol de Stalin,
De Stalin recibimos nuestra vida feliz…
¡Oh, sabio maestro! ¡Genio entre los genios!

¡Sol de los obreros, sol de los campesinos, sol del mundo!

El artículo sobre el "feliz reinado" del zar Alejandro III, escrito para una antigua enciclopedia rusa por un cortesano obsequioso, es un modelo de veracidad, moderación y buen gusto en comparación con el artículo sobre Stalin de la última *Enciclopedia Soviética*.

El bloque formado por Zinóviev y Kámenev frenaba a Stalin. Tras haber pasado largos años en la escuela de Lenin, Zinóviev y Kámenev eran capaces de apreciar el valor de las ideas y los programas. Aunque a veces se dejaban llevar por desviaciones monstruosas de los principios del bolchevismo, nunca traspasaban ciertos límites. Pero cuando el triunvirato se disolvió, Stalin se vio liberado de toda restricción ideológica. A los miembros del buró político ya no les incomodaba su falta de pasado revolucionario ni su gran ignorancia. Las discusiones mediocres y sin interés carecían de relevancia, especialmente en lo que se refería a los problemas de la Internacional Comunista. En aquella época, ningún miembro del buró político estaba dispuesto a admitir que ninguna de las secciones extranjeras de la Internacional Comunista tuviera una personalidad independiente. Todo se reducía a la cuestión de saber si estaba "a favor" o "en contra" de la oposición.

Durante los años anteriores, una de mis tareas en la Internacional Comunista había sido seguir el movimiento obrero en Francia. Tras los trastornos que se produjeron en el seno de la Internacional Comunista, que comenzaron a finales de 1923 y se prolongaron durante todo el año 1924, los nuevos dirigentes de las distintas secciones se esforzaron por alejarse cada vez más de las antiguas doctrinas. Recuerdo una reunión en la que llevé el último número del órgano central del Partido Comunista Francés y traduje varios pasajes de un importante artículo sobre el programa político. Esos extractos revelaban tal ignorancia y un oportunismo tan flagrante que, por un instante, reinó el malestar en el seno del buró político. Sin embargo, los estalinistas del buró no podían abandonar a quienes les brindaban un apoyo servil en el exterior. El único miembro que creía saber francés, Rudzutak, me pidió el recorte del periódico y quiso hacerse cargo de la traducción; omitió todas las palabras y frases que no entendía, tergiversó el significado de otras y completó el conjunto con sus propios comentarios fantasiosos. Inmediatamente todos lo aprobaron; el malestar había desaparecido.

Hoy en día no valdría la pena someter a un examen teórico los productos de la literatura contra el trotskysmo que, a pesar de la escasez de papel, inundaron literalmente la Unión Soviética. El propio Stalin no podría releer todo lo que dijo y escribió entre 1923 y 1929, pues está en flagrante contradicción con todo lo que escribió y dijo en la década siguiente. Bastará con señalar, para nuestra demostración, las escasas ideas nuevas que se fueron cristalizando gradualmente en el transcurso de las polémicas entre el aparato estalinista y la oposición, y que adquirieron una importancia decisiva en la medida en que proporcionaron un bagaje ideológico a los impulsores de la lucha contra el trotskysmo. En torno a estas ideas se aglutinaron las fuerzas políticas. Había tres principales, que se complementaban y se sustituían parcialmente unas a otras según el momento y las circunstancias.

La primera se refería a la industrialización. El triunvirato comenzó por combatir el programa que yo había propuesto y, en aras de la polémica, lo calificó de "superindustrialización". Esta posición se mantuvo incluso cuando el triunvirato se desintegró y Stalin formó su bloque con Bujarin y el ala derecha. La tendencia general de la argumentación oficial contra esta supuesta superindustrialización era que una industrialización rápida solo era posible a costa del campesinado. En consecuencia, había que avanzar lentamente, como una tortuga; la cuestión del ritmo de la industrialización carecía de importancia, etc. De hecho, la burocracia no quería perturbar a aquellos

sectores de la población que habían comenzado a enriquecerse, es decir, a la pequeña burguesía de los nepmen. Ese fue el primer error grave en la lucha contra el trotskysmo. Pero Stalin nunca quiso reconocer sus propios errores, dio un giro de 180 grados y decidió alegremente superar todos los proyectos anteriores de superindustrialización, sobre todo, ¡ay!, sobre el papel y de palabra.

En la segunda etapa, a lo largo de 1924, se desató el ataque contra la teoría de la revolución permanente. El contenido político de esta lucha se reducía a la opinión de que no debíamos interesarnos por la revolución internacional, sino por nuestra seguridad, con el fin de desarrollar nuestra economía. La burocracia temía cada vez más poner en juego su propia situación ante el riesgo de las consecuencias implícitas de una política revolucionaria internacional. La campaña contra la teoría de la revolución permanente, vaciada de todo valor teórico, sirvió para afirmar una desviación nacionalista conservadora del bolchevismo. De esta lucha surgió la teoría del "socialismo en un solo país". Zinóviev y Kámenev, solo entonces, comenzaron a vislumbrar las consecuencias de la lucha que ellos mismos habían desencadenado.

La tercera idea de la burocracia en su campaña contra el trotskysmo se refería a la lucha contra la "nivelación", contra la igualdad. El aspecto teórico de esta lucha quedará sin duda como una curiosidad. Stalin encontró, en la "Crítica al programa de Gotha" de la socialdemocracia alemana escrita por Marx, una frase que decía que en la primera etapa del socialismo debía mantenerse la desigualdad o, como decía Marx, el derecho burgués en el ámbito de la distribución. Evidentemente, Marx no pretendía justificar así la creación de una nueva desigualdad, sino que proponía una eliminación progresiva, más que repentina, de la antigua desigualdad en el ámbito de los salarios. Esta cita se interpretó erróneamente como una declaración de los derechos y privilegios de los burócratas y sus secuaces. De este modo, el futuro de la Unión Soviética quedó en contradicción con el futuro del proletariado internacional, y la burocracia se vio dotada de una justificación teórica de sus privilegios y poderes especiales sobre la masa de trabajadores dentro de la Unión Soviética.

Las cosas sucedían, pues, como si la revolución se hubiera llevado a cabo y ganado expresamente para la burocracia, la cual libró una lucha furiosa y encarnizada contra la "nivelación", que amenazaba sus privilegios, y contra la revolución permanente, que amenazaba su propia existencia. No es de extrañar, pues, que en esta lucha Stalin encontrara numerosos apoyos. Entre sus partidarios más acérrimos se encontraban antiguos liberales, socialistas-revolucionarios y mencheviques. Se agruparon en el estado e incluso en el aparato del partido, alabando el sentido común práctico de Stalin.

La lucha contra la superindustrialización se llevó a cabo con mucha prudencia en 1922, y de forma abierta y violenta en 1923. La lucha contra la revolución permanente comenzó públicamente en 1924 y continuó bajo diferentes formas y con diversas interpretaciones durante todos los años siguientes. La lucha en defensa de la "desigualdad" comenzó hacia finales de 1925 y se convirtió esencialmente en la base del programa social de la burocracia. La lucha contra la superindustrialización se llevó a cabo directa y abiertamente en interés de los kulaks; el desarrollo de la industria a "paso de tortuga" era necesario para proporcionar a los kulaks un antídoto indoloro contra el socialismo. Esta filosofía era tanto la de la derecha como la del centro estalinista. La teoría del socialismo en un solo país fue defendida en este periodo por un bloque formado por la burocracia y la pequeña burguesía de las zonas rurales y urbanas. La lucha contra la igualdad unió a la burocracia más firmemente que nunca, no solo a esa pequeña burguesía, sino también a la aristocracia obrera. La desigualdad se convirtió en la base social común, la razón de ser de estos aliados. Así, los lazos económicos y políticos unieron a la burocracia y a la pequeña burguesía entre 1923 y 1928.

Fue entonces cuando el Termidor ruso manifestó su similitud más evidente con su prototipo francés. Durante ese período, se autorizó al kulak a arrendar las tierras del campesino pobre y a contratarlo como su jornalero. Stalin estaba dispuesto a permitir el arrendamiento de tierras por un período de cuarenta años. Poco después de la muerte de Lenin, había intentado clandestinamente transferir las tierras nacionalizadas como propiedad privada a los campesinos de su Georgia natal bajo el pretexto de la "posesión" de "parcelas personales" durante "muchos años". Una vez más, esto ponía de manifiesto lo arraigadas que estaban sus antiguas raíces agrarias y su nacionalismo georgiano. Siguiendo instrucciones secretas de Stalin, el comisario del pueblo de agricultura de Georgia había preparado un proyecto para dicha transferencia de tierras. Solo la protesta de Zinóviev, que se había enterado de la conspiración, y la inquietud suscitada por el proyecto en los círculos del partido obligaron a Stalin a repudiar su propio proyecto, porque aún no se sentía lo suficientemente seguro de sí mismo. Naturalmente, el chivo expiatorio fue el desafortunado comisario del pueblo georgiano.

Pero Stalin y su aparato se volvieron más descarados con el tiempo, sobre todo después de haberse deshecho de la influencia moderadora de Zinóviev y Kámenev. De hecho, la burocracia llegó tan lejos en su deseo de satisfacer los intereses y las reivindicaciones de sus aliados que, en 1927, resultó evidente para todos (como había sido demasiado fácil prever) que las reivindicaciones de los aliados burgueses eran, por su propia naturaleza, ilimitadas. El kulak quería la tierra, su posesión sin reservas; el kulak quería tener derecho a disponer libremente de toda su cosecha; el kulak hacía todo lo posible por crear en las ciudades su contrapartida en forma de comercio e industria libres; el kulak quería acabar con las entregas forzadas a precios fijados; el kulak, junto con el pequeño industrial, trabajaba por la restauración completa del capitalismo. Así se inició la lucha irreconciliable por el excedente de la producción del trabajo nacional. ¿Quién dispondría de él en un futuro próximo la nueva burguesía o la burocracia soviética?: esa se convirtió en la cuestión dominante, pues quien disponga de él tendrá el poder del estado a su disposición. Esto fue lo que provocó el conflicto entre, por un lado, la pequeña burguesía, que había ayudado a la burocracia a quebrantar la resistencia de las masas trabajadoras y de su portavoz, la oposición de izquierda, y, por otro, la propia burocracia termidoriana, que había ayudado a la pequeña burguesía a dominar a las masas campesinas. Se trataba de una lucha directa por el poder y por los ingresos. Evidentemente, la burocracia no había aplastado a la vanguardia proletaria, no se había desligado de las exigencias de la revolución internacional ni había legitimado la filosofía de la desigualdad para capitular ante la burguesía, convertirse en su sierva y, eventualmente, ser apartada de los puestos de poder del estado. Se sintió mortalmente aterrorizada al ver las consecuencias de su política de seis años. Por lo tanto, se volvió brutalmente contra los kulaks y los nepmanes. Paralelamente, se embarcó en la política denominada del "tercer período" de la Internacional Comunista y desencadenó la lucha contra los derechistas. A los ojos de los ingenuos, la teoría y la práctica de este tercer período parecían un retorno a los principios fundamentales del bolchevismo. Pero no era nada de eso. Era simplemente un medio para alcanzar un fin, siendo ahora el objetivo la liquidación de la oposición de derecha y de sus satélites. La estúpida farsa de ese famoso tercer período, tanto en Rusia como en el extranjero, es demasiado reciente como para que sea necesario describirla aquí. Uno podría reírse de ella si sus consecuencias para las masas no hubieran sido tan trágicas. No es ningún secreto que, en su lucha contra los derechistas, Stalin aceptó la limosna de la Oposición de Izquierda. No aportó ninguna idea nueva. Su labor intelectual no consistió en nada más que en amenazas y en la repetición de consignas y argumentos de la Oposición de Izquierda, naturalmente con una distorsión demagógica.

En cambio, los escritos de la Oposición de Izquierda de 1926-1927 destacan por su excepcional riqueza. La oposición reaccionaba ante cada acontecimiento, tanto interno como externo, ante cada acto del gobierno, ante cada decisión del buró político, mediante documentos (individuales o colectivos) dirigidos a las diversas instituciones del partido, en la mayoría de los casos al buró político. Aquellos años fueron los de la revolución china, del comité anglo-ruso y de una extrema confusión en los problemas internos. La burocracia seguía buscando a tientas su camino, oscilando de la derecha a la izquierda y luego de la izquierda a la derecha. Gran parte de lo que escribía la oposición no estaba destinado a los periódicos, sino únicamente a informar a las instancias dirigentes del partido. Pero ni siquiera lo que se escribía específicamente para *Pravda* o para la revista teórica mensual, *El Bolchevique*, aparecía jamás en la prensa soviética.

La mayoría del buró político estaba firmemente decidida a estrangular a la oposición (o, al menos, a acallarla, a expulsarla del partido, a desterrarla, a encarcelarla). Esa era la forma en que Stalin respondía a los argumentos, pero no la de todos los miembros del buró político. Pero, poco a poco, Stalin fue arrastrando a los indecisos; fue reduciendo progresivamente sus reservas, sus "prejuicios", y convirtió cada medida en la consecuencia inevitable de la anterior. En eso se encontraba en su elemento; su dominio era indiscutible. Llegó el momento en que los disidentes del buró político renunciaron a protestar, ni siquiera tímidamente, contra los atropellos de los groseros "activistas" de Stalin.

La parte de los escritos de la Oposición que logré llevarme cuando fui deportado a Turquía se encuentra ahora en la Biblioteca de Harvard, donde está a disposición de todos aquellos que se interesen por el estudio de esta notable batalla y quieran consultar las propias fuentes. Al releer estos documentos mientras me dedicaba a la redacción de este libro, es decir, casi quince años después, me vi obligado a reconocer que la Oposición había tenido razón en dos puntos: había acertado y hablado con valentía, y había demostrado un coraje y una persistencia excepcionales en la defensa de su línea política. Sus argumentos nunca fueron refutados. No es difícil imaginar la furia que provocaron en Stalin y sus colaboradores más cercanos. La superioridad política e intelectual de los representantes de la Oposición sobre la mayoría del buró político se hace evidente en cada línea de los documentos. Stalin no tenía nada que decir en respuesta, y ni siquiera intentaba hacerlo. Recurría al mismo método que formaba parte de su forma de ser desde su más temprana juventud: no discutir con un adversario exponiéndole sus propios puntos de vista ante los camaradas, sino atacarlo personalmente y, si era posible, exterminarlo físicamente. Su impotencia intelectual ante los argumentos y las críticas le provocaba ira, y la ira, a su vez, le empujaba a tomar medidas precipitadas para acabar con la Oposición. Así transcurrió el período 1926-1927. El futuro demostraría que no fue más que una repetición de la exhibición de perfidia y degeneración que hizo estremecerse al mundo doce años más tarde.

A un lado de esta gran polémica se encontraba la Oposición de Izquierda, intelectualmente apasionada, incansable en sus investigaciones y exploraciones, esforzándose con fervor por encontrar la solución adecuada a los problemas que planteaban las situaciones cambiantes tanto en el interior como en la Internacional, manteniéndose estrictamente fiel a las tradiciones del partido. Por otro lado, la camarilla burocrática, que perseguía fríamente sus maquinaciones para deshacerse de sus críticos, de todos los adversarios, de los aguafiestas que no querían dejarla en paz, que no querían darle la oportunidad de disfrutar de la victoria que habían obtenido. Mientras los miembros de la oposición se dedicaban a analizar los errores fundamentales de la política oficial en China, o sometían a crítica el bloque con el Consejo General de Sindicatos Británicos, Stalin difundía el rumor de que la oposición trabajaba para Austen

Chamberlain contra la Unión Soviética, que no quería defender a la Unión Soviética, que tal o cual opositor hacía un uso indebido de los automóviles del estado, que Kámenev firmó en su día un telegrama dirigido a Mijaíl Romanov, que Trotsky escribió una carta furiosa contra Lenin. Y siempre las fechas y las circunstancias, indispensables para interpretar con exactitud los hechos, quedaban en la vaguedad.

Pero esos no eran los únicos métodos de réplica estalinista. Stalin y sus secuaces se rebajaron hasta el punto de pescar en las aguas turbias del antisemitismo. Recuerdo especialmente una viñeta publicada en la *Rabochaya Gazeta (*Gaceta Obrera) titulada "Los camaradas Trotsky y Zinóviev". Había muchas caricaturas similares y versos mediocres, supuestamente burlescos, de carácter antisemita en la prensa del partido, que provocaban risitas maliciosas. La actitud de Stalin ante este antisemitismo creciente era de neutralidad amistosa. Pero las cosas llegaron tan lejos que se vio obligado a intervenir con una declaración en la que decía: "Luchamos contra Trotsky, Zinóviev y Kámenev no porque sean judíos, sino porque son opositores", etc. Para todos aquellos capaces de pensar políticamente, estaba perfectamente claro que esa declaración, deliberadamente ambigua, solo se refería a los "excesos" del antisemitismo, mientras que toda la prensa soviética daba a entender claramente: "No olvidéis que los líderes de la oposición son judíos". Así, los antisemitas tenían vía libre.

La mayoría de los miembros del partido contribuyeron a la derrota de la Oposición en contra de su voluntad, en contra de sus simpatías y en contra de sus propios recuerdos. Se habían visto obligados a votar como lo hacían poco a poco, bajo la presión del aparato, del mismo modo que el propio aparato se veía arrastrado a la lucha contra la Oposición desde la cúpula hasta la base. Stalin dejaba los papeles protagonistas a Zinóviev, Kámenev, Bujarin y Ríkov, porque estaban infinitamente mejor preparados que él para llevar a cabo una polémica pública contra la Oposición, pero también porque no quería quemar todos los puentes a su paso. Los duros golpes asestados a la Oposición, que entonces parecían decisivos, suscitaban una simpatía secreta, aunque profunda, hacia los vencidos y una hostilidad innegable hacia los vencedores, especialmente hacia las dos figuras dirigentes, Zinóviev y Kámenev. Stalin sacaba partido de ello. Se distanciaba públicamente de Kámenev y Zinóviev, considerados los principales responsables de la campaña impopular contra Trotsky. Se atribuía el papel de conciliador, de árbitro imparcial y moderado en la lucha entre fracciones.

En 1925, Zinóviev, en un intento por impresionar a Rakovsky con las victorias de su fracción, hablaba de mí en estos términos: "¡Pobre político! Es incapaz de encontrar la táctica adecuada. Por eso ha sido derrotado". Un año más tarde, ese desafortunado crítico de mi táctica llamaba a la puerta de la Oposición de Izquierda. Ni él ni Kámenev habían comprendido, ya en 1925, que se habían convertido en instrumentos de la reacción burocrática, igual que se habían equivocado en 1917. En 1926, se dieron cuenta de que no había otra "táctica" posible para un revolucionario, pues, al fin y al cabo, formaban parte de la vieja guardia que, honestamente, no podía concebir el bolchevismo sin una perspectiva internacionalista y su dinamismo revolucionario; esa era la tradición de la que los viejos bolcheviques eran los guardianes. Por eso, en la época de Lenin, todo el partido los consideraba un capital insustituible. El interés particular y excepcional que Lenin sentía por la vieja generación de revolucionarios venía dictado tanto por esta consideración política como por una solidaridad de camarada. Cuando Zinóviev se jactaba ante Rakovsky de su acertada "táctica" contra mí, simplemente se jactaba de haber empleado mal y malgastado ese capital. De 1923 a 1926, por iniciativa y, al principio, bajo la dirección de Zinóviev, la lucha contra el internacionalismo marxista, bajo el nombre de "trotskysmo", se llevó a cabo bajo la consigna de la defensa de la vieja guardia; se acusaba a la Oposición de atacar su prestigio. Se creó una comisión especial encargada

de velar por la situación de los viejos luchadores bolcheviques. El deslizamiento hacia un Termidor no se manifestó en ningún sitio de manera más flagrante que en las concesiones políticas de esa misma vieja guardia. Lo que siguió fue su exterminio físico; la comisión encargada de velar por la salud de los viejos bolcheviques acabó siendo sustituida por un pequeño destacamento de asesinos de la GPU a los que Stalin recompensaba con la Orden de la Bandera Roja.

Lefebvre, en su libro *Los termidorianos*, muestra que la tarea de los termidorianos consistía en presentar el 9 de Termidor como un episodio secundario: una triple depuración de elementos hostiles para preservar el núcleo fundamental de los jacobinos y seguir su política tradicional. En el primer período del Termidor, el ataque no se dirigía contra los jacobinos en su conjunto, sino únicamente contra los terroristas. [Un proceso paralelo se repite en el termidor soviético.] La campaña contra el trotskysmo comenzó como una defensa de la vieja guardia y de la línea política bolchevique, prosiguió en nombre de la unidad del partido y alcanzó su punto álgido con el exterminio físico de los bolcheviques sin distinción. Durante los dos termidors, esta destrucción de los revolucionarios se llevó a cabo en nombre de la revolución, que, según se creía, defendía así sus intereses esenciales. A los jacobinos no se les atacaba como jacobinos, sino como terroristas, como robespierristas; del mismo modo, a los bolcheviques se les destruyó como trotskystas, zinovievistas y bujarinistas. Existe una similitud notable entre el término ruso "trotsiskoye ojvostiye", que adquirió pleno derecho de uso en las publicaciones soviéticas, y el título de un panfleto que Méhée de la Touche publicó sobre el 9 de termidor, *La cola de Robespierre*. Pero aún más notable es la similitud de los métodos termidorianos fundamentales. Lefebvre escribe que, al día siguiente mismo del 9 de termidor, hablando en nombre de los miembros del Comité de Salud Pública, Barrère afirmaba ante la Convención que no había ocurrido nada importante. [Y, tres semanas más tarde], el 2 de fructidor (19 de agosto)… Louchet, el mismo que había dirigido la acusación contra Robespierre, describía los avances de la reacción, pedía la detención de todos los sospechosos y declaraba que era necesario "mantener el Terror al orden del día".

El prestigio de los dirigentes, y no solo el prestigio personal de Lenin, garantizaba la autoridad del comité central. El principio de una dirección individual era totalmente ajeno al partido. El partido designaba a los hombres más populares para la dirección, les otorgaba su confianza y su admiración, al tiempo que siempre mantenía la convicción de que la dirección real procedía del comité central en su conjunto. El triunvirato sacó un provecho considerable de estas condiciones, que hacían hincapié en la soberanía del comité central frente a cualquier autoridad individual. Stalin, maniobrero, centrista y ecléctico por excelencia, maestro en el arte de administrar pequeñas dosis de forma gradual, abusó cínicamente de esa confianza del partido en el comité central en beneficio propio.

A finales de 1925, Stalin seguía refiriéndose a los dirigentes en tercera persona y enfrentaba al partido contra ellos. Recibía los aplausos de la capa intermedia de la burocracia, que se negaba a inclinarse ante ningún dirigente. Sin embargo, en realidad, era el propio Stalin quien se había convertido en dictador. Era un dictador, pero aún no se sentía líder, y nadie lo reconocía como tal. Era un dictador no por la fuerza de su personalidad, sino por el poder del aparato político que había aniquilado a los antiguos dirigentes. Ya en una época tan lejana como el XVI Congreso, en 1930, Stalin decía: "¿Preguntáis por qué hemos expulsado a Trotsky y a Zinóviev? Porque no queremos aristócratas en el partido, porque solo reconocemos una ley en el partido y porque todos los miembros del partido son iguales en derechos". Repitió estas mismas palabras en el XVII Congreso, en 1934.

Utilizó a la derecha como ariete contra la Oposición de Izquierda, pues solo la derecha tenía un programa definido, intereses y principios que el triunfo de la Oposición de Izquierda habría puesto en peligro. Pero, cuando vio que la exclusión de la Oposición de Izquierda provocaba graves inquietudes y descontento en el partido, así como irritación hacia la derecha triunfante, Stalin comprendió cómo podría utilizar ese descontento para volverlo en contra de los derechistas. El conflicto entre las fuerzas de clase en esta batalla entre la derecha y la izquierda le preocupaba menos que su papel engañoso como conciliador o como elemento pacificador que pretendía reducir al mínimo el inevitable número de víctimas y preservar al partido de un cisma. En su papel de árbitro supremo, le había sido posible atribuir la responsabilidad de las severas medidas adoptadas contra ciertos miembros populares del partido ora a un ala, ora a la otra del partido. Pero a las clases no se las puede engañar. Como maniobra, la política pro-kulak de 1924-1928 fue peor que criminal: fue absurda. No se puede engañar al kulak. Él juzga en función de los impuestos, los precios y los beneficios, no en función de la palabrería y las declamaciones; juzga por los hechos, no por las palabras. La maniobra nunca puede sustituir a la acción y la reacción de las fuerzas de clase; en el mejor de los casos, su utilidad es limitada, y no hay nada que pueda desintegrar mejor la moral revolucionaria de un partido de masas que las maniobras clandestinas y sin principios. Tampoco hay nada más letal para la moral y el carácter de los revolucionarios individuales. La astucia militar nunca puede sustituir a la gran estrategia.

En una conversación que mantuvimos unos diez años después de la insurrección de octubre, Smilgá me señaló que, durante los cinco primeros años del régimen soviético, predominaba una tendencia a atenuar las divergencias (se tapaban las grietas, se curaban las viejas heridas, los adversarios se reconciliaban, etc.), mientras que, durante los cinco años siguientes, a partir de 1923, el método se invirtió; cada fisura se ampliaba, cada divergencia se acentuaba y avivaba, cada herida se envenenaba. El Partido Bolchevique, en su antigua forma, con sus antiguas tradiciones y su antigua composición, se oponía cada vez más a la nueva capa dirigente.

La esencia del Termidor reside en esta contradicción. Estériles y absurdos son los trabajos de Sísifo de quienes intentan reducir todos los acontecimientos de un período a unos supuestos rasgos fundamentales del Partido Bolchevique, como si un partido político fuera una entidad homogénea y un factor histórico omnipotente. Un partido político no es más que un instrumento histórico temporal, uno de los muy numerosos instrumentos de la historia y también una de sus escuelas. El Partido Bolchevique se fijó como objetivo la conquista del poder por parte de la clase obrera. En la medida en que este partido cumplió esa tarea por primera vez en la historia y enriqueció la experiencia humana con esa conquista, ha desempeñado un prodigioso papel histórico. Solo aquellos que se dejan llevar por el gusto por la discusión abstracta pueden exigirle a un partido político que someta y elimine factores mucho más pesados como son las masas y las clases que le son hostiles. Las limitaciones del partido como instrumento histórico se manifiestan en el hecho de que, en un momento dado, comienza a desintegrarse; bajo la tensión de presiones internas y externas, aparecen grietas, las fisuras se agrandan, los órganos comienzan a atrofiarse. Este proceso de descomposición se manifestó, al principio muy lentamente, en 1923, y luego se aceleró rápidamente. El viejo Partido Bolchevique y sus antiguos y heroicos dirigentes corrieron la misma suerte: sacudido por fiebres, espasmos y ataques atrozmente dolorosos, acabó por extinguirse. Para establecer el régimen denominado estalinista, lo que se necesitaba no era un partido bolchevique, sino la exterminación del Partido Bolchevique.

Numerosos críticos, publicistas, corresponsales, historiadores, biógrafos y algunos sociólogos aficionados han reprendido a la Oposición de Izquierda de vez en

cuando por sus errores tácticos, afirmando que su estrategia no se ajustaba a las exigencias de la lucha por el poder. Pero esa misma forma de plantear la cuestión es incorrecta. La Oposición de Izquierda no podía hacerse con el poder, ni siquiera lo esperaba (al menos no sus dirigentes más reflexivos). Una lucha por el poder liderada por la Oposición de Izquierda, por una organización marxista revolucionaria, solo puede concebirse en el marco de un levantamiento revolucionario. En tales condiciones, la estrategia se basa en la agresividad, en el llamamiento directo a las masas, en un ataque frontal contra el gobierno. Eran muchos los miembros de la Oposición de Izquierda que habían desempeñado un papel importante en una batalla de esta naturaleza y sabían de primera mano cómo debía librarse. Pero a principios de los años veinte no hubo ningún levantamiento revolucionario en Rusia, sino todo lo contrario; en tales circunstancias, iniciar una lucha por el poder era impensable.

Hay que recordar que, en los años de la reacción, entre 1908 y 1911, y posteriormente, el Partido Bolchevique se negó a lanzar un ataque directo contra la monarquía y se limitó al trabajo preparatorio para una posible ofensiva, luchando por el mantenimiento de las tradiciones revolucionarias y por la preservación de ciertos cuadros, sometiendo los acontecimientos a un análisis incansable y utilizando todas las posibilidades legales y semilegales para educar a los trabajadores más conscientes. En condiciones idénticas, la Oposición de Izquierda no podía actuar de otra manera. De hecho, las condiciones de la reacción soviética eran infinitamente más difíciles para la oposición de lo que las condiciones zaristas lo habían sido para los bolcheviques. Pero, en esencia, la tarea seguía siendo la misma: preservar las tradiciones revolucionarias, mantener el contacto entre los elementos avanzados dentro del partido, analizar el desarrollo del período termidoriano y prepararse para el próximo levantamiento revolucionario tanto en el mundo como en la URSS. Uno de los peligros que amenazaban a la oposición era que subestimara sus fuerzas y abandonara la prosecución de su tarea tras algunos intentos prematuros, en los que la fracción avanzada se estrellaría necesariamente no solo contra la resistencia de la burocracia, sino también contra la indiferencia de las masas. Al llegar entonces a la conclusión de que era imposible una acción decidida con las masas, ni siquiera con su vanguardia, la Oposición podría verse abocada a abandonar la lucha, a la espera de tiempos más favorables.

La revolución rompe y derriba el aparato del viejo estado. Esa es su primera tarea. Las masas toman posesión de la arena política. Deciden, actúan, legislan a su manera, que no tiene precedentes; juzgan, ordenan. La esencia de la revolución es que la masa se convierte en su propio órgano ejecutivo. Pero cuando los hombres que la han animado abandonan la escena, regresan a sus distritos, se retiran a sus hogares, inquietos, desilusionados, cansados, la arena queda abandonada, y su desolación no hace más que aumentar a medida que la nueva maquinaria burocrática la ocupa. Naturalmente, los nuevos dirigentes, inseguros de sí mismos y de las masas, están llenos de aprensión. Por eso, en épocas de reacción victoriosa, la maquinaria militar y policial desempeña un papel mucho más importante que bajo el antiguo régimen. En su trayectoria, desde la revolución hasta el Termidor, la naturaleza específica del Termidor ruso venía determinada por el papel que desempeñaba en él el partido. La Revolución Francesa no disponía de nada parecido. La dictadura de los jacobinos, en la medida en que estaba personificada por el Comité de Salud Pública, solo duró un año. Esa dictadura contaba con un apoyo real en la Convención, que era mucho más fuerte que los clubes y las secciones revolucionarias. Aquí reside la contradicción clásica entre el dinamismo de la revolución y su reflejo parlamentario. Los elementos más activos de las clases participan en la lucha revolucionaria que opone abiertamente a las fuerzas antagónicas. Los demás (los neutrales, los pasivos, los inconscientes) parecen ponerse ellos mismos al margen. En el

momento de las elecciones, la participación se amplía; abarca una parte considerable de aquellos que son solo semipasivos o semiindiferentes. En tiempos de revolución, los representantes parlamentarios son infinitamente más moderados y mesurados que los grupos revolucionarios a los que representan. Para dominar la Convención, los montañeses le cedieron a ésta, en lugar de a los elementos revolucionarios del pueblo, el gobierno de la nación.

A pesar del carácter incomparablemente más profundo de la revolución de octubre, el ejército del Termidor soviético se reclutaba esencialmente entre los restos de los antiguos partidos gobernantes y sus representantes ideológicos. Los antiguos gran propietarios terratenientes, los capitalistas, los abogados, sus hijos (es decir, aquellos de ellos que no habían huido al extranjero) se incorporaron a la maquinaria del estado, e incluso una parte nada desdeñable al partido, pero la mayoría de los admitidos en los aparatos del estado y del partido eran antiguos miembros de las formaciones pequeñoburguesas: mencheviques y socialistas-revolucionarios. A estos hay que añadir una enorme cantidad de filisteos puros y simples que se habían puesto a salvo durante las épocas tumultuosas de la revolución y la guerra civil, y que, convencidos por fin de la estabilidad del gobierno soviético, se dedicaban con singular pasión a la noble tarea de asegurarse puestos de trabajo agradables y permanentes, si no en el centro, al menos en las provincias. Esta enorme chusma de diversos colores era el apoyo natural del Termidor.

Sus sentimientos iban desde el rosa pálido hasta la blancura pura. Los socialistas-revolucionarios estaban, naturalmente, dispuestos en todo momento y de todas las formas a defender los intereses de los campesinos frente a las amenazas de esos bandidos "industrialistas", mientras que los mencheviques, en general, pensaban que se debía conceder más libertad y más tierras a la burguesía campesina, de la que se habían convertido en portavoces políticos. Los supervivientes de la gran burguesía y de los terratenientes, que habían encontrado su camino hacia cargos gubernamentales, vieron naturalmente en los campesinos su tabla de salvación. Como defensores de sus propios intereses de clase, no podían esperar ningún éxito por el momento y comprendían perfectamente que tenían que pasar por un período de defensa del campesinado. Ninguno de estos grupos podía alzar la cabeza abiertamente. Todos necesitaban el amparo del partido gobernante y del bolchevismo tradicional. La lucha contra la revolución permanente se convirtió para ellos en la lucha contra la consagración de la aniquilación de sus antiguos privilegios. Es natural que aceptaran con alegría como líderes a aquellos bolcheviques que se habían opuesto a la revolución permanente.

La economía había cobrado un nuevo impulso: apareció un cierto excedente. Naturalmente, se concentraba en las ciudades y estaba enteramente a disposición de las clases dirigentes. Trajo consigo teatros, restaurantes y cabarés. Cientos de miles de hombres de diversas profesiones que habían pasado los ardientes años de la guerra civil en una especie de coma revivían ahora, se estiraban y comenzaban a participar en la restauración de una vida normal. Todos ellos estaban del lado de los adversarios de la revolución permanente. Todos deseaban la paz, el crecimiento y el fortalecimiento del campesinado, así como una mayor prosperidad de los locales de ocio en las ciudades; era esa permanencia, más que la de la revolución, lo que buscaban. El profesor Ustryalov se preguntó si la NEP (nueva política económica) de 1921 era una "táctica" o una "evolución". Esta cuestión inquietó mucho a Lenin. El curso posterior de los acontecimientos demostró que la "táctica", gracias a una configuración especial de las condiciones históricas, se convirtió en fuente de "evolución". La retirada estratégica del partido revolucionario se utilizó como punto de partida para su degeneración.

La contrarrevolución se afianza cuando la maraña de conquistas sociales comienza a deshilacharse; entonces parece que el desmenuzamiento no cesará jamás. Sin embargo,

siempre se conserva alguna parte de las conquistas de la revolución. Así, a pesar de las monstruosas deformaciones burocráticas, la base de clase de la URSS sigue siendo proletaria. Pero no olvidemos que este proceso de desmoronamiento aún no ha concluido, y que el futuro de Europa y del mundo durante las próximas décadas aún no se ha decidido. El Termidor ruso habría abierto sin duda una nueva era del dominio de la burguesía si dicho dominio no hubiera quedado obsoleto en todo el mundo. En cualquier caso, la lucha contra la igualdad y el establecimiento de diferenciaciones sociales muy profundas no han podido, hasta ahora, eliminar la conciencia socialista de las masas, ni la nacionalización de los medios de producción y de la tierra, que son los logros socialistas fundamentales de la revolución. Aunque ha asestado graves golpes a estos logros, la burocracia aún no se ha atrevido a recurrir a la restauración de la apropiación privada de los medios de producción. A finales del siglo XVIII, la propiedad privada de los medios de producción era un factor progresista de gran importancia: aún tenía que conquistar Europa y el mundo. Pero hoy en día la propiedad privada es el mayor obstáculo para el desarrollo normal de las fuerzas productivas. Aunque, por la naturaleza de su nuevo modo de vida, su conservadurismo y sus simpatías políticas, la inmensa mayoría de la burocracia se inclina hacia la pequeña burguesía, sus raíces económicas se basan en gran medida en las nuevas condiciones de propiedad. El crecimiento de las relaciones burguesas amenazaba no solo la base socialista de la propiedad, sino también el fundamento social de la burocracia; podría haber querido repudiar la perspectiva socialista del desarrollo a favor de la pequeña burguesía; pero no estaba dispuesta en ningún caso a repudiar sus propios derechos y privilegios a favor de esa misma pequeña burguesía. Fue esta contradicción la que condujo al conflicto extremadamente agudo que estalló entre la burocracia y los kulaks.

En esto es donde el Termidor soviético difiere radicalmente de su prototipo francés. La dictadura jacobina había sido necesaria para desarraigar la sociedad feudal y defender el nuevo orden social contra los ataques del enemigo exterior. Una vez hecho esto, la tarea del régimen termidoriano consistió en crear las condiciones necesarias para el desarrollo de esta nueva sociedad, que era burguesa, es decir, basada en la propiedad privada y la libertad de comercio, liberada de la mayoría de sus trabas anteriores. La restauración de una libertad de comercio limitada por la NEP en 1921 supuso una concesión ante las exigencias burguesas. Pero, de hecho, ese libre comercio estaba tan restringido que no podía socavar los cimientos del régimen (la nacionalización de los medios de producción) y las riendas del gobierno seguían en manos de los jacobinos rusos que habían dirigido la revolución de octubre. Ni siquiera la posterior ampliación de esa libertad comercial en 1925 alteró la base del régimen, aunque la amenaza se hiciera entonces más grave. La lucha contra el trotskysmo se libraba en nombre del campesino, tras el cual se ocultaban el voraz nepman y el burócrata codicioso. Tan pronto como se derrotó al trotskysmo, se legalizó el arrendamiento de tierras y, en todos los ámbitos, se hizo evidente el desplazamiento del poder de la izquierda hacia la derecha, a pesar de los ocasionales giros a izquierda, ya que estos siempre iban seguidos de giros aún más pronunciados hacia la derecha. En la medida en que la burocracia utilizó sus oscilaciones hacia la izquierda para impulsar el movimiento de cara a cada siguiente salto hacia la derecha, el zigzag se desarrolló de forma regular a expensas de las masas trabajadoras y en interés de una minoría privilegiada; su carácter termidoriano es innegable.

Jean-Jacques Rousseau nos enseñó que la democracia política era incompatible con una desigualdad excesiva. Los jacobinos, representantes de la masa pequeñoburguesa, estaban imbuidos de esta enseñanza. La legislación de la dictadura jacobina, especialmente las leyes del maximum, se basaba en esta concepción. También la legislación soviética, que prohibía la desigualdad incluso en el ejército. Bajo Stalin,

todo eso cambió y, hoy en día, la desigualdad no es solo social, sino económica. Ha sido fomentada por la burocracia, con cinismo y descaro, en nombre de la doctrina revolucionaria del bolchevismo. En su campaña contra las críticas trotskystas al régimen de desigualdad, en su agitación a favor de las diferentes escalas salariales, la burocracia invocó las sombras de Marx y Lenin, y buscó una justificación para sus privilegios bajo el pretexto del campesino "medio" que trabajaba duro y del obrero cualificado. Afirmó que la Oposición de Izquierda intentaba privar al trabajo cualificado del salario superior al que tenía pleno derecho. Era el mismo tipo de camuflaje demagógico que practicaban el capitalista y el terrateniente al derramar lágrimas de cocodrilo en nombre del mecánico cualificado, del pequeño comerciante emprendedor y del agricultor siempre mártir. Fue una hábil maniobra por parte de Stalin y, naturalmente, encontró un apoyo inmediato entre los funcionarios privilegiados, que, por primera vez, vieron en él a su líder elegido. Con un cinismo sin límites, se denunció la igualdad como un prejuicio pequeñoburgués; se estigmatizó a la oposición como el enemigo principal del marxismo y gran pecador contra los evangelios de Lenin. Acomodados en coches, técnicamente propiedad del proletariado, en su viaje a los balnearios, también ellos propiedad del proletariado, los burócratas se reían a carcajadas exclamando: "¿Para qué hemos luchado?" Esta frase irónica fue muy popular en aquella época. La burocracia había respetado a Lenin, pero siempre había encontrado su actitud puritana bastante irritante. Un epigrama muy extendido en 1926-1927 caracterizaba su actitud hacia la Oposición Unificada: "Se tolera a Kámenev, pero no se le respeta. Se respeta a Trotsky, pero no se le tolera. A Zinóviev no se le tolera ni se le respeta". La burocracia buscaba un líder que fuera el primero entre iguales. La firmeza de carácter de Stalin y su mentalidad estrecha le inspiraban confianza. "No tememos a Stalin [le decía Yenukidze a Serebriakov]. En cuanto se le antoje darse aires de grandeza, lo eliminaremos". Pero, al final, fue Stalin quien los "eliminó".

El Termidor francés, desencadenado por los jacobinos de izquierda, acabó volviéndose en reacción contra todos los jacobinos. "Terroristas", "montañeses", "jacobinos" se convirtieron en términos injuriosos. En las provincias, se talaban los árboles de la libertad y se pisoteaba la escarapela tricolor. Tales prácticas eran inconcebibles en la república soviética. El partido totalitario encerraba en sí mismo todos los elementos indispensables de la reacción, que movilizaba bajo la bandera oficial de la revolución de octubre. El partido no toleraba ninguna competencia, ni siquiera en la lucha contra sus enemigos. La lucha contra los trotskystas no se convirtió en una lucha contra los bolcheviques porque el partido había absorbido esa lucha en su totalidad, le había fijado ciertos límites y la llevaba a cabo en nombre del bolchevismo.

A los ojos de los ingenuos, la teoría y la práctica del tercer período parecen refutar la teoría del período termidoriano de la revolución rusa. De hecho, no hacen más que confirmarla. La esencia de Termidor era, es y no podía dejar de ser de carácter social. Representaba la cristalización de una nueva capa privilegiada, la creación de un nuevo sustrato para la clase económicamente dominante. Dos aspirantes ambicionaban ese papel: la pequeña burguesía y la propia burocracia. Tenían que luchar codo con codo en la batalla para quebrantar la resistencia de la vanguardia proletaria. Una vez cumplida esa tarea, se desató una lucha encarnizada entre ellas. La burocracia temió su aislamiento, su ruptura con el proletariado. Por sí sola era incapaz de aplastar a los kulaks, ni tampoco a la pequeña burguesía, que había crecido y seguía creciendo gracias a la NEP; por ello, necesitaba la ayuda del proletariado. De ahí sus esfuerzos concertados por presentar su lucha contra la pequeña burguesía por los excedentes y por el poder como la lucha del proletariado contra los intentos de restauración capitalista.

La analogía con el Termidor francés se detiene aquí. La nueva base social de la Unión Soviética pasó a ser dominante. Mantener la nacionalización de los medios de

producción y de la tierra es una cuestión de vida o muerte para la burocracia, pues constituye la fuente social de su posición dominante. Esa fue la razón de su lucha contra el kulak. La burocracia solo podía llevarla a cabo, y hasta el final, con el apoyo del proletariado. Que lograra obtener ese apoyo, nada lo demuestra mejor que la avalancha de capitulaciones de los representantes de la nueva oposición. La lucha contra los kulaks, la lucha contra el ala derecha (esas eran las consignas oficiales de aquel período) se presentaron ante los obreros y ante muchos opositores de izquierda como un renacimiento de la dictadura del proletariado y de la revolución socialista. Les advertimos en aquel momento: no se trata solo de lo que se hace, sino también de quién lo hace. En las condiciones de la democracia soviética, es decir, del gobierno de los trabajadores, la lucha contra los kulaks no habría podido adoptar una forma similar a la que tomó entonces: convulsiva, cínica y bestial, y debería haber conducido a una mejora general del nivel económico y cultural de las masas sobre la base de la industrialización. Pero la lucha de la burocracia contra el kulak no fue más que una batalla librada a costa de los trabajadores; y dado que ninguno de los combatientes confiaba en las masas, dado que ambos las temían, la lucha adquirió un carácter desordenado y sangriento. Gracias al apoyo del proletariado, terminó con una victoria para la burocracia, pero una victoria que no pudo aumentar el peso específico del proletariado en la vida política del país.

Para comprender el Termidor ruso, es indispensable hacerse una idea exacta del papel del partido como factor político. En la Revolución Francesa no había nada que se pareciera, ni siquiera remotamente, al Partido Bolchevique. Durante el período termidoriano, en Francia existían diversos grupos sociales bajo diversas etiquetas políticas que se enfrentaron entre sí en nombre de determinados intereses sociales. Los termidorianos atacaron a los jacobinos tildándolos de terroristas. La juventud dorada apoyó a los termidorianos desde la derecha, amenazándolos al mismo tiempo. En Rusia, estos diversos procesos, conflictos y alianzas quedaban englobados bajo el nombre del partido único.

Exteriormente, ese mismo partido único celebraba las etapas de su existencia al inicio del gobierno soviético y veinte años más tarde, recurriendo a los mismos métodos en nombre de los mismos objetivos: la preservación de su pureza política y de su unidad. De hecho, el papel del partido y el de las purgas se habían modificado radicalmente. En los primeros tiempos del poder soviético, el viejo partido revolucionario se deshacía de sus arribistas; al mismo tiempo, los comités estaban compuestos por obreros revolucionarios. Los aventureros, los arribistas o los simples sinvergüenzas que intentaban conseguir cargos gubernamentales eran expulsados. Pero las purgas de los últimos años se dirigieron, por el contrario, íntegramente contra los viejos revolucionarios. Los organizadores de estas purgas eran los peores burócratas y los funcionarios más mediocres del partido. Las víctimas de las purgas eran los hombres más leales, los más entregados a las tradiciones revolucionarias y, sobre todo, la generación de los revolucionarios de la primera hora, los elementos verdaderamente proletarios. El significado social de las purgas ha cambiado de forma esencial, pero este cambio queda enmascarado por el hecho de que las purgas fueron llevadas a cabo por el mismo partido. En Francia, vemos, en circunstancias similares, el movimiento tardío de los distritos pequeñoburgueses y obreros contra las cúpulas de la pequeña y la mediana burguesía, representadas por los termidorianos y apoyadas por las bandas de la juventud dorada.

Hoy en día, esas mismas bandas de la juventud dorada se encuentran en el partido y en la Juventud Comunista. Constituyen los destacamentos de combate, reclutados entre los hijos de la burguesía, jóvenes privilegiados decididos a defender su posición privilegiada y la de su familia. Basta con destacar el hecho de que, al frente de la Juventud Comunista, durante muchos años, se encontraba Kosarev, conocido por todos como un

degenerado moral, y que abusaba de su alta posición para llevar a cabo sus fines personales; todo su aparato estaba compuesto por hombres del mismo tipo. Así era la juventud dorada del Termidor ruso. Su incorporación directa al partido ocultaba su función social como destacamento de combate de los privilegiados contra los obreros y los oprimidos. La juventud dorada soviética gritaba: "¡Abajo el trotskysmo! ¡Viva el comité central leninista!", exactamente igual que la juventud dorada del Termidor francés gritaba: "¡Abajo los jacobinos! ¡Viva la Convención!"

Los jacobinos se mantuvieron sobre todo gracias a la presión de la calle sobre la Convención. Los termidorianos, es decir, los jacobinos desertores, intentaron emplear el mismo método, pero con fines opuestos. Comenzaron a organizar a los hijos bien vestidos de la burguesía, antiguos sans-culottes. Estos miembros de la juventud dorada, o simplemente los "jóvenes", como los llamaba con indulgencia la prensa conservadora, se convirtieron en un factor tan importante de la política nacional que, a medida que los jacobinos eran expulsados de sus cargos administrativos, estos "jóvenes" ocupaban su lugar. Un proceso idéntico continúa aún hoy en día en la Unión Soviética. De hecho, se ha desarrollado considerablemente bajo el régimen de Stalin.

La burguesía termidoriana se caracterizaba por un profundo odio hacia los montañeses, ya que sus propios dirigentes habían sido elegidos entre los hombres que habían estado al frente de los sans-culottes. La burguesía, y con ella los termidorianos, temían por encima de todo un nuevo levantamiento popular. Fue precisamente durante este período cuando se formó plenamente la conciencia de clase en la burguesía francesa; odiaba a los jacobinos y a los semijacobinos con un odio rabioso, como traidores a sus intereses más sagrados, como desertores que se habían pasado al enemigo, como renegados. El origen del odio de la burocracia soviética hacia los trotskystas tiene el mismo carácter social. Aquí vemos a esos trotskystas, miembros de la misma capa social, del mismo grupo dirigente, de la misma burocracia privilegiada, que renuncian a sus cargos para unir su destino al de los sans-culottes, los desheredados, los proletarios y los campesinos pobres. Sin embargo, la diferencia radica en que la burguesía francesa ya estaba constituida antes de la Gran Revolución, rompió su caparazón político en el seno de la Asamblea Constituyente; pero tuvo que pasar por el período de la Convención y la dictadura jacobina para poder convivir con sus enemigos, mientras que, durante el período termidoriano, restauró su tradición histórica. La casta dirigente soviética, por su parte, estaba compuesta íntegramente por burócratas termidorianos, reclutados no solo entre las filas bolcheviques, sino también en los partidos pequeñoburgueses y burgueses, y estos últimos tenían viejas cuentas que saldar con los "fanáticos" del bolchevismo.

El Termidor se apoyaba en una base social. Era una cuestión de pan, carne, vivienda y, si era posible, de lujo. La igualdad jacobina burguesa, que adoptó la forma de la regulación de los precios máximos, restringía el desarrollo de la economía burguesa y la expansión del bienestar burgués. En este punto, los termidorianos sabían perfectamente lo que querían; en la Declaración de los Derechos, excluyeron el párrafo esencial: "Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos". A quienes pidieron el restablecimiento de este importante párrafo jacobino, los termidorianos respondieron que era ambiguo y, por lo tanto, peligroso; naturalmente, los hombres eran iguales en derechos, pero no en sus aptitudes ni en sus bienes. Termidor fue una protesta directa contra el carácter espartano y contra el esfuerzo por alcanzar la igualdad.

En el Termidor soviético se encuentra la misma motivación social. La cuestión primordial era acabar con las restricciones espartanas del primer período de la revolución. Pero también se trataba de consagrar los crecientes privilegios de la burocracia. No se trataba en absoluto de instaurar un régimen económico liberal; las concesiones en ese sentido fueron temporales y duraron mucho menos de lo previsto. Un régimen liberal

basado en la propiedad privada supone la concentración de la riqueza en manos de la burguesía, especialmente de sus cúspides. Los privilegios de la burocracia tienen un origen diferente. La burocracia se atribuye aquella parte de la renta nacional que puede asegurarse, ya sea mediante el ejercicio de su fuerza o de su autoridad, ya sea mediante una intervención directa en las relaciones económicas. En lo que respecta al excedente de la producción nacional, la burocracia y la pequeña burguesía, que antes eran aliadas, se convirtieron muy rápidamente en enemigas. El control del excedente abrió a la burocracia el camino hacia el poder.

Segundo suplemento. Kinto en el poder

Antes de convertirse en rey de Israel, David pastoreaba ovejas y tocaba la flauta. Su extraordinaria carrera resulta comprensible si se tiene en cuenta que la mayoría de los hijos de los israelitas seminómadas se dedicaban al pastoreo y que, en aquellos tiempos, el arte de gobernar a los hombres no era mucho más complicado que el arte de cuidar los rebaños. Sin embargo, desde entonces, tanto la sociedad como el arte de gobernar han aumentado considerablemente en complejidad. Cuando un monarca moderno debe abandonar su trono, ya no es necesario buscar a su sucesor entre los pastores. Esta delicada cuestión se ha resuelto basándose en el automatismo dinástico.

La historia de la humanidad ha conocido una serie de carreras meteóricas. Miembro de una oligarquía reducida por derecho de nacimiento, Julio César era un candidato natural al poder. El caso de Napoleón I es diferente. Sin embargo, ni siquiera él era un advenedizo en el mismo grado que los principales dictadores de nuestro tiempo. Era, se diga lo que se diga, un brillante soldado. Al menos en eso era fiel a la misma antigua tradición que Julio César; es decir, que, como guerrero que había demostrado su habilidad para mandar a los hombres en el campo de batalla, era tanto más apto para dominar a poblaciones desarmadas e indefensas. Esta venerable tradición no se observó estrictamente en el caso de esta imitación de Napoleón, conocido generalmente como "el Pequeño" o "el Tercero", que carecía por completo de dotes militares. Pero, al fin y al cabo, él no era un simple advenedizo. Era el sobrino de su famoso tío y, además, estaba destinado a la grandeza por el águila domesticada que se cernía sobre él.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, la carrera de Napoleón III ya se presentaba como un eco fantástico del pasado. La democracia se había afianzado firmemente (al menos en Europa, Norteamérica y Australia); sus avances en los países de América Latina eran más reveladores que significativos. Había logrado conquistas en Asia; despertaba a los pueblos de África. El mecanismo constitucional parecía ser el único método aceptable para la humanidad civilizada; el único sistema de gobierno. Y dado que la civilización seguía creciendo y extendiéndose, el futuro de la democracia parecía asegurado.

Los acontecimientos de Rusia, al final de aquella guerra, asestaron el primer golpe a esa concepción histórica. Tras ocho meses de inercia y caos democrático, se impuso la dictadura de los bolcheviques. Pero, al fin y al cabo, no era más que un "episodio" de la revolución, que parecía ser a su vez producto del atraso de Rusia, una reproducción en el siglo XX de aquellas convulsiones que Inglaterra había vivido a mediados del siglo XVII y Francia a finales del XVIII. Lenin se presentó como un Cromwell o un Robespierre moscovita. Al menos era posible clasificar este nuevo fenómeno, y en ello se podía encontrar un consuelo.

Entonces llegó esa "neurosis del sentido común", como Schmalhausen definía el fascismo, que supuso un reto para los historiadores. No resultaba tan fácil encontrar una analogía histórica para Mussolini y, once años más tarde, para Hitler. Nos conformábamos con discretas alusiones a César y a Sigfrido (y a Al Capone). En los países civilizados y democráticos, que habían pasado por una larga escuela del sistema representativo,

llegaron de repente al poder misteriosos extranjeros cuyas ocupaciones en su juventud eran casi tan modestas como las de David o Josué. No tenían ningún fastoso heroísmo en su haber; No anunciaban nuevas verdades al mundo, ni la sombra de un gran antepasado ni de un tricornio se cernía tras ellos; la loba romana no era la abuela de Mussolini, la esvástica no era el escudo de Hitler, sino solo un símbolo robado a los egipcios y a los hindúes. La democracia liberal se imaginaba que podría mantenerse frente al fascismo sin necesidad de una defensa especial. Al fin y al cabo, ni Mussolini ni Hitler parecían genios. Pero entonces, ¿cómo explicar su deslumbrante éxito?

Los dos líderes del fascismo son representantes de la pequeña burguesía, que, en la época actual, es incapaz de aportar ni ideas originales ni una concepción creativa. Hitler y Mussolini prácticamente plagiaron e imitaron todo y a todos. Mussolini tomó prestado de los bolcheviques y de Gabriele d'Annunzio, y encontró su inspiración en el ámbito de la gran industria. Hitler imitó a los bolcheviques y a Mussolini. Así, los líderes de la pequeña burguesía, dependientes de los magnates del capitalismo, son personajes de segundo orden, al igual que la propia pequeña burguesía, considerada desde arriba o desde abajo, asume invariablemente un papel secundario en la lucha de clases.

La dictadura de la pequeña burguesía aún era posible a finales del siglo XVIII. Pero incluso entonces no pudo mantenerse durante mucho tiempo. Robespierre se vio rápidamente precipitado al abismo.

La vana y patética agitación de Kerensky no se debió enteramente a su impotencia personal; incluso un hombre tan hábil y emprendedor como Palchinsky se mostró igualmente desprovisto de recursos. Kerensky no era más que el representante más característico de esa impotencia social. Si los bolcheviques no se hubieran hecho con el poder, el mundo habría conocido una palabra rusa para "fascismo" cinco años antes de la marcha sobre Roma. Por qué Rusia no pudo aislarse de la reacción que arrasó la Europa de la posguerra durante los años veinte es un tema que el autor ha tratado en otra ocasión. Bastará con señalar aquí que la coincidencia de fechas como la formación del primer gobierno fascista, con Mussolini el 30 de octubre de 1922 en Italia, el golpe de estado de Primo de Rivera en España el 13 de septiembre de 1923, la condena de la Declaración de los cuarenta y seis bolcheviques por parte del Plenario del Comité Central y de la Comisión Central de Control el 15 de octubre de 1923, no es fortuita. [Tales signos de los tiempos merecen la más seria consideración.]

Sin embargo, dentro de las posibilidades históricas, Mussolini demostró gran iniciativa, habilidad para engañar, tenacidad y perspicacia. Se inscribía en la tradición de la larga serie de improvisadores italianos. El don de la improvisación forma parte del carácter mismo de la nación. Flexible y desmesuradamente ambicioso, rompió con su carrera socialista en su ávida búsqueda del éxito. Su ira contra el partido se convirtió en su fuerza motriz. Creaba y destruía construcciones teóricas a su antojo. Era la personificación misma del egoísmo cínico y de la cobardía disimulada tras el camuflaje de sus fanfarronadas. En Hitler, lo primero que llama la atención son los rasgos de monomanía y mesianismo. Las heridas al orgullo personal desempeñaron un papel enorme en su desarrollo. Era un pequeño burgués desclasado que se negaba a ser obrero. Los obreros normales aceptan su condición como algo natural. Pero Hitler era un fracasado pretencioso, aquejado de trastornos mentales. Se alzó al poder a través del odio hacia los judíos y los socialdemócratas. Estaba desesperadamente decidido a ascender. Fue elaborando poco a poco, para sí mismo, una "teoría" llena de contradicciones y reservas mentales: una mezcla de ambiciones imperiales alemanas y ensoñaciones rencorosas de un pequeño burgués en decadencia. Si intentáramos encontrar un paralelo histórico para Stalin, tendríamos que descartar no solo a Cromwell, Robespierre,

Napoleón y Lenin, sino incluso a Mussolini y Hitler. Nos acercaríamos más a comprender a Stalin si evocáramos a Mustafá Kemal Pasha o, tal vez, a Porfirio Díaz.

Cuando, durante las reuniones del comité central, me levantaba para leer una declaración de la Oposición de Izquierda, me interrumpían constantemente con gritos, silbidos, amenazas e insultos (exactamente igual que ocurría diez años antes cuando subía a la tribuna para leer la declaración de los bolcheviques en la sesión inaugural del "Preparlamento" de Kerensky). Recuerdo a Voroshílov gritando: "¡Se comporta como en el parlamento!" Aquello tenía mucho más sentido de lo que pensaba el autor de la exclamación.

En 1927, las sesiones oficiales del comité central se convirtieron en espectáculos repugnantes. No se debatía ninguna cuestión por sí misma; todo se decidía entre bastidores en reuniones privadas con Stalin, donde este hacía entonces tratos políticos con la derecha de Ríkov, Bujarin y Tomsky. En realidad, cada vez se celebraban al menos dos reuniones del comité central. La línea de ataque contra la Oposición se fijaba de antemano, al igual que los papeles y los discursos. Cuando se representaba la comedia, se parecía cada vez más a un espectáculo a la vez burlesco y obsceno. Los miembros más descarados, los arribistas que acababan de ingresar en el comité central (exclusivamente en reconocimiento a su capacidad de descaro frente a la Oposición), interrumpían sin cesar los discursos de los veteranos revolucionarios con repeticiones estúpidas, acusaciones absurdas y gritos de una grosería y una vulgaridad increíbles. El director de escena era Stalin. Iba y venía al fondo de la tribuna, fijando de vez en cuando la mirada en aquellos a quienes se les habían asignado ciertos discursos, y no hacía ningún esfuerzo por disimular su aprobación cuando el insulto dirigido a un opositor revestía el carácter más vergonzoso. Tan bajo era el tono, tan vulgares los participantes y tan repugnante el verdadero inspirador de aquellos hombres desatados, que resultaba difícil imaginar que se tratara de una sesión del Comité Central del Partido Bolchevique. Eran las costumbres de los matones de Tiflis introducidas en el comité central del partido. En una de esas ocasiones, uno de nosotros recordó cómo uno de sus antiguos colaboradores, Felipe Majaradze, caracterizaba a Stalin: "¡No es más que un kinto!"[6]

Por aquella misma época, otro viejo camarada de Stalin en el Cáucaso, Budu Mdivani, me contó una conversación que había mantenido con Stalin en el Kremlin. Mdivani se esforzaba por convencer a Stalin de que era imprescindible llegar a algún tipo de acuerdo con la Oposición; de lo contrario, el partido pasaría de una crisis a otra. Stalin lo escuchó en silencio, pero con impaciencia, mostrando evidentes signos de descontento, mientras caminaba de un lado a otro de la habitación; luego, tras dirigirse al rincón más alejado, se dio la vuelta, avanzó hacia Mdivani con los músculos tensos, poniéndose de puntillas y levantando un brazo, y se detuvo en seco. "Hay que aplastarlos", gritó con una voz terrible. Mdivani dijo que, al gritar esas palabras, daba realmente miedo.

La crueldad física y personal, lo que se conoce como sadismo, es sin duda alguna la característica definitoria de Stalin. Durante su estancia en la prisión de Bakú, uno de sus compañeros de celda hablaba un día de la revolución. "¿Te apasiona la sangre?", le preguntó Stalin de forma totalmente inesperada. A continuación, sacó un cuchillo que había escondido en la caña de su bota, se subió los pantalones y se infligió un profundo corte. "¡Ahí tiene sangre!" Cuando se convirtió en un alto cargo soviético, se entretenía en su casa de campo desangrando ovejas o prendiendo fuego a un hormiguero tras rociarlo con gasolina. Son numerosas las historias similares relatadas por hombres dignos de crédito. Los individuos con disposiciones semejantes son bastante raros; se necesitaban

[6] Apodo dado en Tiflis a los callejeros, cantantes y bribones.

condiciones históricas particulares para que esos oscuros instintos de la naturaleza humana adoptaran desarrollos tan odiosos.

Todos sus resentimientos, sus heridas, su amargura, su envidia, los trasladó de la pequeña escala de la provincia a la gran escala de todo el país. No olvida nada. Su memoria es, ante todo, despreciativa; ha elaborado su propio "plan" de venganza de cinco años e incluso de diez años.

Las jevsuras: la costumbre de la vendetta. Si un jevsur quiere vengarse de alguien, arroja un gato muerto sobre la tumba de su enemigo.

"Sobre la tumba del difunto, él [Stalin] diría: "Poned un gato muerto", según Zinaida Ordzhonikidze.

La alianza de Stalin con Hitler satisfizo su sed de venganza. Ante todo, quería insultar a los gobiernos de Inglaterra y Francia, vengar los ultrajes a los que había sido sometido el Kremlin antes de que Chamberlain renunciara a apaciguar a Hitler. Para él era una alegría personal negociar en secreto con los nazis mientras aparentaba negociar abiertamente con las misiones aliadas de Inglaterra y Francia, engañando así a Londres y París, para luego sacar a la luz de repente su pacto con Hitler como una sorpresa. Es trágicamente mezquino.

¿Sería posible desterrar el misticismo todopoderoso y sin fe, el ruidoso odio al socialismo y a la revolución (si, por así decirlo, el poema pudiera secularizarse), el poema del Gran Inquisidor, el poema de la tragedia del epígono…? La idea de la degeneración a otra escala; el siglo XV… Los últimos versos del poema de Dostoievski muestran a Cristo besando en silencio al Inquisidor en los labios. La despedida de uno de los epígonos burocráticos de la cristiandad. A pesar de toda su reserva, Lenin le habría escupido en la cara.

El viejo Soltz: la estrechez de miras del filisteo.

Moroz: la conciencia del partido, pero sin conciencia.

Chkiryatov: un obrero ligeramente borracho, agotado, resignado. El pequeño Chkiryatov le diría a Lenin: "¡Vete; no nos molestes o te quemaremos!"

Alejandro y Vladímir: la flor y nata de la intelectualidad rusa. En la figura de Alejandro, la intelectualidad zanja su trágico pasado; en la de Vladímir, tiende un puente hacia el futuro.

Se puede decir que todos los hombres de genio cuyo nombre ha quedado grabado en la historia, todos los creadores, todos los innovadores, expresaron la esencia de lo que tenían que decir durante los primeros veinticinco o treinta años de su vida. Después, no hacen más que desarrollar, profundizar y aplicar. Durante la primera etapa de la vida de Stalin, solo oímos la repetición simplista de fórmulas hechas.

Stalin fue elevado a la categoría de genio solo después de que la burocracia, dirigida por su propio secretario general, hubiera aniquilado a todos los compañeros de Lenin.

Según Nikolayevsky, Bujarin decía de Stalin que era un "distribuidor genial". La expresión es acertada, aunque "genial" aquí también sobra. La oí por primera vez de boca de Kámenev; con ello quería definir la habilidad especial de Stalin para llevar a cabo sus planes gradualmente, poco a poco, según el sistema de operaciones graduales. Esta posibilidad presupone, a su vez, la existencia de una maquinaria política poderosamente centralizada. La tarea consiste entonces en infiltrarse progresivamente en la maquinaria y, a continuación, en la opinión pública del país. Precipitar el proceso y presentar de golpe y en toda su amplitud el cambio que se está meditando provocaría temor y resistencia.

De los doce apóstoles de Cristo, Judas fue el único traidor. Pero, si se hubiera hecho con el poder, habría declarado traidores a los once apóstoles, y también a los demás, que según Lucas son setenta.

El 19 de noviembre de 1924, en su discurso ante la fracción bolchevique de los sindicatos, Stalin declaró: "Tras escuchar al camarada Trotsky, se podría pensar que el Partido Bolchevique no hizo otra cosa, durante toda la preparación de marzo a octubre, que marcar el paso porque estaba carcomido por contradicciones internas, que obstaculizó la acción de Lenin de todas las formas posibles. Y, de no ser por el camarada Trotsky, la revolución de octubre habría tomado un rumbo totalmente diferente. Resulta bastante curioso escuchar tales discursos por parte del camarada Trotsky, quien afirma en el prólogo del tercer volumen de sus *Obras* que: 'El instrumento esencial de la revolución proletaria es el partido'".

Naturalmente, yo nunca había hablado de la incompetencia o la indignidad del partido y, en particular, de su comité central. Simplemente me había referido a las fricciones internas. Pero lo que sigue siendo un verdadero misterio es cómo un partido en el que dos tercios de los miembros de su comité central eran enemigos del pueblo y agentes del imperialismo pudo llevar a la victoria a la revolución. No se nos ha dado ninguna explicación de este misterio. A partir de 1918, los "traidores" contaban con una mayoría abrumadora en el buró político y en el comité central. En otras palabras, la política del Partido Bolchevique quedó, en los años críticos de la revolución, plena y totalmente determinada por los traidores. Huelga decir que Stalin no podía prever en 1924 que la lógica de su método le llevaría a un absurdo tan monstruoso. Lo típico de Stalin es su capacidad para borrar todo rastro del pasado; todo, excepto sus rencores personales y su insaciable sed de venganza.

¿Es posible sacar conclusiones sobre 1924 basándose en los años 1936-1938, cuando Stalin ya había logrado desarrollar en sí mismo todos los atributos de un tirano? En 1924, todavía no hacía más que luchar por el poder. ¿Era ya entonces capaz de tal intriga? Todos los datos de su biografía nos obligan a responder afirmativamente a esta pregunta. Ya desde la época del seminario de Tiflis, dejó tras de sí un rastro de sospechas y acusaciones de la mayor gravedad. La tinta y el papel son para él medios demasiado insignificantes en la vida política. Solo los muertos no se despiertan. Después de que Zinóviev y Kámenev rompieran con Stalin en 1925, guardaron en un lugar seguro unas cartas en las que habían escrito: "Si morimos repentinamente, que se sepa que es obra de Stalin".

Me aconsejaron que hiciera lo mismo. "¿Piensa [me dijo un día Kámenev] que a Stalin le preocupe buscar respuestas a sus argumentos? Nada de eso; solo piensa en encontrar la forma de acabar con usted con total impunidad." — "¿Recuerda la detención de Sultan-Galiyev, el antiguo presidente del Consejo Tártaro de Comisarios del Pueblo, en 1923? [continuó Kámenev]. Fue la primera detención de un miembro destacado del partido llevada a cabo por iniciativa de Stalin. Por desgracia, Zinóviev y yo dimos nuestro consentimiento. Fue la primera vez que se manifestó en Stalin la sed de sangre. En cuanto rompimos con él, redactamos algo parecido a un testamento; advertíamos de que, en caso de nuestra muerte 'accidental', se consideraría responsable a Stalin. Hay que esperar cualquier cosa por parte de ese asiático".

Zinóviev añadió: "Habría acabado con ustedes ya en 1924 si no hubiera temido represalias (actos terroristas por parte de los jóvenes). Por eso decidió empezar por eliminar a los cuadros de la Oposición y esperar, para asesinarles, el momento en que estuviera seguro de poder hacerlo con impunidad. El odio que nos profesa, especialmente a Kámenev, se debe sobre todo a que sabemos demasiado sobre él. Pero aún no está preparado para hacernos desaparecer". No se trata de conjeturas; durante los meses de la "luna de miel" del triunvirato, sus miembros se expresaban entre ellos con gran franqueza.

Los éxitos ininterrumpidos de Stalin comenzaron en 1923, cuando, poco a poco, se fue forjando en él la convicción de que se podía burlarse del proceso histórico. Los

"procesos de Moscú" son el punto culminante de esta política de mentiras y violencia. Al mismo tiempo, empezó a sentir con inquietud que el suelo se deslizaba bajo sus pies. Cada nuevo engaño exigía un doble engaño para respaldarlo; cada acto de violencia ampliaba el radio de la violencia indispensable.

La astucia de Stalin es esencialmente burda y está destinada a mentes simplistas. Si se examinan, por ejemplo, los "procesos de Moscú" en su conjunto, llama la atención la torpeza de su concepción y ejecución.

En abril de 1925, fui relevado del cargo de comisario de guerra. Mi sucesor, Frunze, era un viejo revolucionario que había pasado muchos años en trabajos forzados en Siberia. No estaba destinado a ocupar ese cargo durante mucho tiempo, solo siete meses. En noviembre de 1925, murió bajo el bisturí de un cirujano. Durante los meses anteriores, había mostrado demasiada independencia en la defensa del ejército frente a la vigilancia de la GPU; ese es el delito por el que, doce años más tarde, Tujachevsky fue fusilado. Bayanov sugirió que Frunze estaba en el centro de una conspiración militar; eso es una tontería fantástica. En el conflicto que enfrentaba a Zinóviev y Kámenev contra Stalin, Frunze estaba en contra de Stalin. La oposición del nuevo comisario de guerra entrañaba enormes riesgos para el dictador. Voroshílov, dócil y de mente estrecha, le parecía un instrumento mucho más seguro. Se extendieron rumores en el partido de que la desaparición de Frunze era necesaria para Stalin: de ahí su muerte repentina.

A juzgar por los datos de que se dispone, las cosas habrían sucedido así: Frunze padecía úlceras de estómago; pero, como sus médicos personales estaban convencidos de que su corazón no soportaría los efectos del cloroformo, Frunze se mostraba rotundamente contrario a someterse a una operación. Stalin encargó entonces a un médico del comité central (es decir, a uno de los suyos) que reuniera a varios médicos para una consulta, quienes, como era de esperar, concluyeron que era necesaria la intervención quirúrgica; el buró político confirmó esta decisión. Frunze tuvo que someterse, es decir, ir a morir bajo los efectos del anestésico.

Las circunstancias de la muerte de Frounze tuvieron eco en la literatura. [Boris Pilniak: *El cuento de la luna inextinguible*.] Stalin ordenó la confiscación inmediata de la revista, y su autor cayó en desgracia ante las autoridades. Pilniak tuvo que reconocer más tarde públicamente su "error". Además, Stalin consideró necesario hacer publicar documentos que establecieran indirectamente su inocencia. Es difícil decir qué ocurrió exactamente, pero el mero hecho de la sospecha es significativo. Demuestra que, a finales de 1925, el poder de Stalin ya era tan grande que podía contar con un grupo de médicos dóciles que disponían de cloroformo y de un bisturí quirúrgico. Sin embargo, en aquella época, apenas uno de cada cien rusos conocía su nombre.

Sobre mi exilio en Turquía, en febrero de 1929, Bajanov escribía:

"No es más que una medida a medias, no reconozco a mi Stalin… Hemos avanzado bastante desde los tiempos de César Borgia. Entonces se vertía hábilmente un polvo activo en una copa de vino de Palermo, o bien el enemigo moría tras morder una manzana. Los métodos actuales se inspiran en los últimos logros de la ciencia. Los bacilos de Koch mezclados con alimentos y administrados sistemáticamente provocarán gradualmente una tisis galopante y una muerte súbita… No veo claramente… por qué Stalin no ha seguido este método, que encaja tanto con sus costumbres y su carácter".

En 1930, cuando se publicó el libro de Bajanov, lo consideré un mero ejercicio literario. Tras los procesos de Moscú, me lo tomé más en serio. ¿Quién había inspirado al joven a hacer tales especulaciones? ¿Cuál era el origen de todo aquello? Bajanov se formó en la antesala de Stalin, donde la cuestión de los bacilos de Koch y los métodos de envenenamiento de los Borgia se discutían evidentemente ya antes de 1926, año en que

Bajanov abandonó la secretaría de Stalin. Dos años más tarde, se exilió al extranjero y se convirtió posteriormente en un emigrado reaccionario.

Cuando Yezhov se convirtió en jefe de la GPU, modificó los métodos toxicológicos de los que, para ser justos, hay que reconocer a Yagoda como su creador. Pero obtuvo resultados idénticos. En el "proceso" de febrero de 1938 [2-13 de marzo], el secretario de Yagoda, Bulanov, fue acusado, entre otras cosas, de ser un envenenador, y fue fusilado por ello. Que Bulanov gozara de la confianza de Stalin queda demostrado por el hecho de que fue a él a quien se le encomendó la misión de escoltarnos, a mi mujer y a mí, desde nuestro exilio en Asia Central hasta nuestro exilio en Turquía. En un intento por salvar a mis dos antiguos secretarios, Sermuks y Poznansky, solicité que fueran deportados conmigo. Sin duda porque temía un incidente desagradable en la frontera turca y deseaba garantizar nuestra deportación sin escándalos, Boulanov se comunicó por telégrafo con Moscú. Media hora más tarde, me trajo la propia cinta del telégrafo para que pudiera leer que el Kremlin prometía permitir que Sermuks y Poznansky se reunieran conmigo directamente. No podía creerlo.

"Me está engañando, estoy seguro —le dije a Boulanov—.

—Entonces, podrá decir que soy un sinvergüenza.

—Es un pobre consuelo —repliqué.

El secretario de Máximo Gorki, Kryuchkov, testificó que Yagoda le dijo: "Es necesario moderar la actividad de Gorki, porque va en contra de los grandes líderes". Esta alusión a los "grandes líderes" se repitió varias veces. Ante el tribunal, se interpretó como si se tratara de Ríkov, Bujarin, Kámenev y Zinóviev. Pero es un absurdo evidente, pues en aquella época esos hombres eran víctimas de la persecución de la GPU. "Grandes líderes" era el pseudónimo de los amos del Kremlin y, sobre todo, de Stalin. Recordemos que Gorki murió justo en vísperas del proceso a Zinóviev.

Stalin no había previsto las consecuencias del primer proceso. Esperaba que el asunto se limitara al exterminio de algunos de los enemigos a los que más odiaba (sobre todo Zinóviev y Kámenev, cuya eliminación se había estado tramando durante diez años). Pero había calculado mal: la burocracia quedó horrorizada y aterrorizada. Por primera vez, veía en Stalin no al primero entre iguales, sino a un déspota asiático, un tirano, Gengis Kan, como lo había llamado un día Bujarin. Stalin comenzó a temer perder su condición especial de autoridad suprema ante los veteranos de la burocracia soviética. No podía borrar los recuerdos que tenían de él, ni someterlos a la hipnosis de su papel de superárbitro al que se había erigido él mismo. El temor y el horror crecían a la par que el número de vidas afectadas y el alcance de los intereses amenazados. Ninguno de esos veteranos podía creer en la acusación. El efecto producido no era el que él había esperado. Tenía que ir más allá de sus intenciones iniciales.

Fue durante los preparativos de las purgas masivas de 1936 cuando Stalin propuso el proyecto de una nueva constitución, "la más democrática del mundo". Los Duranty y los Louis Fischer alabaron a bombo y platillo la nueva era democrática. El objetivo de ese alboroto descarado en torno a la constitución estalinista era ganarse el favor de la opinión pública democrática en todo el mundo y, luego, aprovechando ese contexto propicio, aplastar toda oposición a Stalin tachándola de agencia fascista. Es característico que, por miopía intelectual, Stalin se preocupara más por su venganza personal que por alejar la amenaza que el fascismo representaba para la Unión Soviética y para los trabajadores del mundo. Mientras preparaba "la Constitución más democrática", la burocracia se afanaba en una serie de banquetes en los que se charlaba sin cesar "sobre la nueva y alegre vida". En esos banquetes, se fotografiaba a Stalin rodeado de obreros y obreras, con un niño en el regazo. Su ego enfermo necesitaba ese bálsamo. "Está claro [observé entonces] que se está gestando algo aterrador". Otros hombres que conocían bien

los entresijos del Kremlin estaban tan preocupados como yo por ese arrebato de cordialidad y decencia de Stalin.

Cierto tipo de corresponsales en Moscú repiten que la Unión Soviética salió de las purgas más monolítica que nunca. Estos señores ya alababan el monolitismo estalinista incluso antes de las purgas. No obstante, resulta difícil comprender cómo una persona en pleno uso de sus facultades mentales puede creer que se haya demostrado que los representantes más importantes del gobierno y del partido, del cuerpo diplomático y del ejército, eran agentes extranjeros sin ver en ello los signos precursores de un profundo descontento con el régimen. Las purgas fueron la manifestación de una grave enfermedad. La eliminación de los síntomas no puede considerarse un tratamiento. Tenemos un precedente en el régimen autocrático del gobierno zarista, que detuvo, durante la guerra, al ministro de guerra Sujomlinov acusado de traición. Los diplomáticos aliados le hicieron entonces notar a Sazonov: "Su gobierno es fuerte, ya que se atreve a detener a su propio ministro de guerra en tiempos de guerra." De hecho, ese gobierno fuerte se encontraba al borde del colapso. El gobierno soviético, por su parte, no solo detuvo y ejecutó a su ministro de guerra, Tujachevsky, sino que fue mucho más allá: exterminó a todo el estado mayor del ejército, la marina y la aviación. Con la ayuda de corresponsales extranjeros complacientes, la propaganda estalinista logró engañar sistemáticamente a la opinión pública de todo el mundo sobre la situación real en la Unión Soviética.

Con esos procesos monstruosos, Stalin demostró mucho más de lo que pretendía; o, más exactamente, no logró demostrar lo que se había propuesto demostrar. Solo consiguió revelar su laboratorio secreto; obligó a ciento cincuenta hombres a confesar crímenes que no habían cometido. Pero la totalidad de esas confesiones se convirtió en la propia confesión de Stalin.

En el plazo de dos años, Stalin mandó ejecutar a todos los adjuntos y colaboradores de Voroshílov, sus colaboradores más cercanos, sus hombres de confianza. ¿Qué hay que deducir de ello? ¿Es posible que Voroshílov hubiera comenzado a mostrar indicios de independencia en su actitud hacia Stalin? Es más probable que Voroshílov fuera empujado por personas muy cercanas a él. La maquinaria militar es muy exigente y voraz, y no tolera fácilmente las limitaciones que los políticos y los civiles quieren imponerle. Previendo la posibilidad de conflictos con esta poderosa maquinaria en el futuro, Stalin decidió adelantarse a Voroshílov antes de que este comenzara a escapar a su control. A través de la GPU, es decir, por medio de Yezhov, Stalin preparó el exterminio de los colaboradores más cercanos de Voroshílov a sus espaldas y sin que este lo sospechara, y una vez concluidos los preparativos, le obligó a elegir. Atrapado así en la trampa tendida por el miedo y la deslealtad de Stalin, Voroshílov cooperó tácitamente en el exterminio de la élite del mando. A partir de entonces quedó condenado a la impotencia, incapaz de levantarse jamás contra Stalin.

Stalin era un maestro en el arte de ganarse a un hombre, no ganándose su admiración, sino obligándole a convertirse en su cómplice en crímenes odiosos e imperdonables. Tales son los cimientos de la pirámide de la que Stalin es la cúspide.

"El estado soy yo" es casi una fórmula liberal en comparación con las realidades del régimen totalitario de Stalin. Luis XIV solo se identificaba con el estado. Los papas de Roma se identifican tanto con el estado como con la iglesia, pero solo durante las épocas de poder temporal. El estado totalitario va mucho más allá del cesaropapismo, ya que abarca toda la economía del país. A diferencia del Rey Sol, Stalin puede afirmar con toda razón: "La sociedad soy yo".

Apéndice. *Tres concepciones de la revolución rusa*[7]

La revolución de 1905 no sólo fue el "ensayo general de 1917", sino también el laboratorio del que surgieron todos los agrupamientos fundamentales del pensamiento político ruso y en el que se esbozaron o tomaron forma todas las tendencias y matices del marxismo. En el centro de las divergencias y de las disputas estaba la cuestión del carácter histórico de la revolución rusa y de sus vías futuras de desarrollo. Esta lucha de concepciones y pronósticos no tiene en sí misma relación directa con la biografía de Stalin[8], que no tuvo un papel independiente en estos debates. Los pocos artículos propagandísticos que escribió sobre este tema no tienen el menor interés teórico. Decenas de bolcheviques divulgaron por escrito estas mismas ideas, y lo hicieron de forma mucho más adecuada. Una exposición crítica de la concepción revolucionaria del bolchevismo debería, por la naturaleza misma de las cosas, tener su sitio en una biografía de Lenin. Sin embargo, las teorías tienen su propio destino.

Así como durante el período de la primera revolución y posteriormente hasta 1923, mientras las doctrinas revolucionarias se elaboraban y aplicaban Stalin no tuvo una posición independiente, a partir de 1924 la situación cambia bruscamente. Es a partir de este momento cuando empieza la época de la reacción burocrática y de 1a enérgica revisión del pasado. La trama de la revolución se desenvuelve al revés Las viejas doctrinas se ven sometidas a nuevas valoraciones o a nuevas interpretaciones. De forma completamente inesperada la atención se centra de entrada en concepción de la "revolución permanente" como fuente de todos los errores del trotskysmo. de ahí en adelante, durante algunos años, la crítica de esta concepción constituye el contenido principal de la obra teórica "*sit venio verbo*"[9] de Stalin y sus colaboradores. Puede decirse incluso que todo el estalinismo se desarrolló, en el plano teórico, a través de la crítica de la teoría de la revolución permanente tal como se formuló en 1905. Por consiguiente, el análisis de esta teoría, distinta de las de los mencheviques y los bolcheviques, ha de figurar forzosamente en este libro, aunque sólo sea en forma de apéndice.

***

[7] Tomado de "Tres concepciones de la revolución rusa", en nuestra serie Trotsky en internet y en castellano (Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas).

[8] Este texto aparece como "Apéndice" a la biografía de Stalin, escrita por Trotsky para la editorial Harper and Brothers (a la que le había cedido los derechos Doubleday Duran, cansada de esperar la entrega del manuscrito completo de su *Lenin*). La nueva editorial pidió a Trotsky una biografía sobre Stalin para publicar antes que el 'Lenin'; Trotsky estuvo de acuerdo. Cuando Trotsky fue asesinado dejó el manuscrito incompleto y el traductor norteamericano, Charles Malamuth, se tomó tales libertades que Natalia Sedova, ayudada por el abogado norteamericano Albert Goldman, trató de evitar su publicación. No lo consiguió, pero el libro en cuestión no circuló pues la editorial cedió a las presiones del gobierno estadounidense, gobierno que, presionado a su vez por Stalin, pretendía que el libro no viera la luz; y así fue hasta 1946 cuando sí se puso en circulación, pero no siendo una obra 'autorizada' por el autor, aunque un ejemplar escapó al secuestro en 1941 y estuvo depositado en la Biblioteca del Congreso. EIS.

[9] ¿Se puede usar la palabra? O "si se puede usar la palabra". EIS.

El desarrollo de Rusia se caracteriza ante todo por su estado atrasado. Sin embargo, un estado históricamente atrasado no implica una simple reproducción, con un retraso de uno o dos siglos, del desarrollo de los países avanzados. Engendra una formación social "combinada", totalmente nueva, en la que las últimas conquistas de la técnica y de la estructura capitalista se implantan en unas relaciones de barbarie feudal y prefeudal, transformándolas y dominándolas, creando así una situación muy particular de relaciones recíprocas entre las clases. Ocurre lo mismo en la esfera de las ideas. Precisamente por el retraso de su situación histórica, se da el caso de que Rusia haya sido el único país en que el marxismo, como doctrina, y la socialdemocracia, como partido, alcanzaran un desarrollo poderoso antes incluso de la revolución burguesa. No puede ser más natural que, precisamente en Rusia, el problema de la correlación entre la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo se haya sometido a una profunda elaboración teórica.

Los narodniki [populistas] esencialmente idealistas-demócratas, se negaron a considerar como burguesa la revolución en curso. La calificaron de "democrática", tratando de ocultar, mediante una formula política neutra, su contenido social, no sólo a los demás, sino a sí mismos. Pero el fundador del marxismo ruso, Plejánov[10] en su lucha contra el narodnikismo [populismo], determinó, en los años 1880-1890, que Rusia no tenía por qué esperar una vía de desarrollo privilegiada; que, como las demás naciones "profanas", debería atravesar el purgatorio del capitalismo, y que sería precisamente siguiendo esta vía como adquiriría la libertad política, indispensable para la lucha del proletariado por el socialismo. Plejánov no sólo separaba, en cuanto tarea, la revolución burguesa de la revolución socialista (que remitía a un futuro indeterminado), sino que atribuía a cada una de ellas combinaciones de fuerzas completamente distintas.

La libertad política debía obtenerla el proletariado aliado con la burguesía liberal; al cabo de algunas décadas, tras haberse alcanzado un nivel más elevado de desarrollo capitalista, el proletariado llevaría a cabo, en lucha directa contra la burguesía, la revolución socialista.

Lenin, por su parte, escribía a finales de 1904: "Al intelectual ruso sigue pareciéndole que reconocer como burguesa nuestra revolución significa descolorirla, degradarla, rebajarla... Para el proletariado, la lucha por la libertad política y por la república democrática en el seno de la sociedad burguesa es simplemente un estadio necesario en su lucha por la revolución socialista".

"Los marxistas están absolutamente convencidos [escribía en 1905] del carácter burgués de la revolución rusa. ¿Qué significa esto? Significa que las transformaciones democráticas... que se han convertido en indispensables para Rusia no significan en sí mismas una tentativa de minar al capitalismo, de minar la revolución burguesa, sino que, por el contrario, abren la vía, por primera vez, de forma válida, a un desarrollo del capitalismo amplio y rápido, europeo y no asiático. Harán posible, por primera vez, el dominio de la burguesía como clase [...]". "No podemos saltarnos el marco democrático burgués de la revolución rusa [insistía] pero sí podemos ampliar este marco en proporciones colosales".

Es decir, podemos crear, en el seno de la sociedad burguesa, condiciones mucho más favorables para la lucha futura del proletariado. Dentro de estos límites, Lenin coincidía con Plejánov. El carácter burgués de la revolución servía de punto de partida a las dos fracciones de la socialdemocracia.

[10] En nuestro sello hermano Alejandría Proletaria: Obras escogidas de G. V. Plejánov.

Es perfectamente natural que, en estas condiciones, Koba [Stalin] no rebasara, en su propaganda, estas fórmulas corrientes que constituían la propiedad común de los bolcheviques y los mencheviques.

"La Asamblea Constituyente [escribía en enero de 1905] elegida en base al sufragio universal, igual, directo y secreto; es por eso por lo que debemos luchar ahora. Tan sólo esta asamblea nos traerá la república democrática que tan urgentemente necesitamos en nuestra lucha por el socialismo". La república burguesa como arena de una lucha de clases de larga duración por el objetivo socialista: esa es la perspectiva.

En 1907, es decir, después de innumerables discusiones en la prensa, en Petersburgo y en el extranjero, y después de una seria puesta a prueba de las previsiones teóricas en las experiencias de la primera revolución, Stalin juzgaba posible escribir: "Que nuestra revolución es burguesa; que debe terminar con la destrucción del orden feudal y no del orden capitalista; que puede verse coronada tan sólo por la república democrática; sobre estos puntos, según parece, están todos de acuerdo en nuestro partido". Stalin no hablaba de aquello con lo que la revolución empieza, sino de aquello en lo que desemboca, y lo limitaba por anticipado, de forma totalmente categórica, a "sólo la república democrática". En vano buscaríamos en sus escritos, aunque sólo fuera una alusión a una perspectiva cualquiera de revolución socialista relacionada con una revolución democrática. Esta fue su posición hasta los comienzos de la revolución de febrero de 1917, hasta la llegada de Lenin a Petrogrado.

Para Plejánov, Axelrod y, en general, los dirigentes mencheviques, la caracterización sociológica de la revolución como burguesa era, por encima de todo, políticamente válida porque impedía por anticipado que se provocara a la burguesía con el fantasma del socialismo y que se la "repeliera" al campo de la reacción. "Las relaciones sociales en Rusia han madurado únicamente para la revolución burguesa", declaraba en el Congreso de Unificación Axelrod, el jefe táctico del menchevismo. "Dada la carencia absoluta de derechos políticos en nuestro país, es imposible plantear una lucha directa por el poder político entre el proletariado y las demás clases [...] El proletariado lucha para obtener condiciones de desarrollo burgués. Las condiciones históricas objetivas hacen que el destino de nuestro proletariado sea colaborar irremisiblemente con la burguesía en su lucha contra el enemigo común". El contenido de la revolución rusa se limitaba así anticipadamente a las transformaciones compatibles con los intereses y las perspectivas de la burguesía liberal.

Es precisamente en este punto donde empieza el desacuerdo fundamental entre las dos fracciones. El bolchevismo se negaba en redondo a reconocer que la burguesía rusa fuera capaz de llevar hasta el fin su propia revolución. Lenin, con una fuerza y consistencia infinitamente mayores que Plejánov, considera la cuestión agraria como el problema central de la revolución democrático en Rusia. "El punto crucial de la revolución rusa, repetía, es la cuestión agraria. Las conclusiones relativas a la derrota o la victoria deben basarse [...] en la estimación de la condición de las masas en la lucha por la tierra." Igual que Plejánov, Lenin consideraba al campesinado como una clase pequeño burguesa, y el programa agrario de los campesinos como programa de progreso burgués. "La nacionalización es una medida burguesa [insistía en el Congreso de Unificación] dará un impulso al desarrollo del capitalismo; aumentará la agudeza de la lucha de clases; reforzará la movilización de la tierra; provocará una afluencia de capitales en la agricultura; hará descender el precio del grano". A pesar del indiscutible carácter burgués de la revolución agraria, la burguesía rusa seguía siendo hostil a la expropiación de las grandes propiedades y, precisamente por esto, era favorable a un

compromiso con la monarquía sobre la base de una constitución según el modelo prusiano. Lenin opuso a la posición de Plejánov, que preconizaba una alianza entre el

proletariado y la burguesía, la idea de una alianza entre el proletariado y el campesinado. Proclamó que la tarea de la colaboración revolucionaria de estas dos clases consistía en establecer una "dictadura democrática", como único medio de barrer radicalmente de Rusia todos los residuos feudales, crear un sistema de campesinos libres y abrir la vía al desarrollo del capitalismo en base al modelo norteamericano, no al prusiano.

La victoria de la revolución, escribía, sólo puede consagrarla "una dictadura, ya que la realización de transformaciones que el proletariado y el campesinado necesitan de forma urgente e inmediata provocará la resistencia desesperada de los terratenientes, de los grandes capitalistas y del zarismo. Sin dictadura, será imposible romper esta resistencia y repeler las tentativas contrarrevolucionarias. Pero esta dictadura naturalmente, no será socialista, sino democrática. No podrá tocar (sin toda una serie de estadios transitorios del desarrollo revolucionario) las bases del capitalismo. En el mejor de los casos, no podrá más que realizar una repartición radical de la propiedad territorial a favor del campesinado, introducir un régimen democrático consistente y total, que llegue hasta la institución de la república, extirpar todos los rasgos asiáticos y feudales, no sólo de la vida cotidiana de la aldea, sino también de la fábrica, inaugurar mejoras serias en la situación de los trabajadores, elevando su nivel de vida, y, por encima de todo, llevar a cabo la conflagración revolucionaria en Europa.

La concepción de Lenin representaba un enorme paso adelante en la medida en que preconizaba, no reformas constitucionales, sino la reforma agraria como tarea principal de la revolución, e indicaba para su realización la única combinación realista de fuerzas sociales. Sin embargo, el punto flaco de la concepción de Lenin estaba en la contradicción interna que comportaba la idea de "dictadura democrática del proletariado y el campesinado". El propio Lenin restringía los límites fundamentales de esta "dictadura" al calificarla abiertamente de *burguesa*. Quería decir con ello que el proletariado, en el curso de la futura revolución, se vería obligado, para salvaguardar su alianza con el campesinado, a renunciar a emprender directamente las tareas socialistas. Pero esto significaría para el proletariado renunciar a su propia dictadura. La situación implicaría, por consiguiente, la dictadura del campesinado, aunque se realizara con participación de los obreros.

Esto es precisamente lo que Lenin decía algunas veces. En la Conferencia de Estocolmo, por ejemplo, refutando los argumentos de Plejánov, que se había manifestado contra la "utopía" de la toma del poder, Lenin declaró: "¿Qué programa estamos discutiendo? El programa agrario. ¿Quién asumirá la toma del poder según este programa? El campesinado revolucionario".

¿Acaso mezcla Lenin el poder del proletariado con este campesinado? No, responde, refiriéndose a sus propias consignas. Lenin diferencia completamente el poder socialista del proletariado del poder democrático burgués del campesinado. "¡Pero vamos a ver! [exclama] ¿acaso es posible una revolución campesina sin la toma del poder por el campesinado revolucionario?" En esta fórmula polémica, Lenin revela con particular claridad la vulnerabilidad de su posición.

El campesinado está disperso en la superficie de un país inmenso cuyos puntos de reunión son las ciudades. El campesinado es incapaz de formular por sí mismo sus propios intereses, ya que sus intereses tienen, en cada distrito, un aspecto distinto. El vínculo económico entre las provincias está dado por el mercado, por los ferrocarriles, pero uno y otros están en manos de las ciudades. Tratando de emanciparse de las limitaciones de la aldea y de generalizar sus propios intereses, el campesinado cae ineluctablemente bajo la dependencia de la ciudad. Por último, el campesinado también es heterogéneo en sus relaciones sociales: la capa de los kulaks intenta, lógicamente, arrastrarlo a una alianza con la burguesía de las ciudades, mientras que las capas de campesinos pobres se inclinan

hacia los trabajadores urbanos. En estas condiciones, el campesinado como tal es completamente incapaz de conquistar el poder.

Cierto que en China antigua hubo revoluciones que llevaron al poder al campesinado o, más exactamente, que otorgaron el poder a los jefes militares de las sublevaciones campesinas. Esto condujo cada vez a un nuevo reparto de la tierra y a la instauración de una nueva dinastía "campesina"; una vez se llegaba a este punto, la historia volvía a comenzar de nuevo. La nueva concentración de la tierra, la nueva aristocracia, el nuevo sistema de usura provocaban una nueva sublevación. Mientras la revolución conserve su carácter puramente campesino, la sociedad es incapaz de escapar de este círculo vicioso.

Esta es la base de la historia antigua de Asia, incluyendo la historia rusa antigua. En Europa, desde el comienzo de la decadencia de la Edad Media, cada sublevación campesina victoriosa llevaba al poder, no a un gobierno campesino, sino a un partido urbano de izquierda. Una sublevación campesina resultaba victoriosa exactamente en la misma medida en que lograba reforzar la posición de la sección revolucionaria de la población urbana. En la Rusia burguesa del siglo XX no podría ni hablarse de la toma del poder por el campesinado revolucionario.

La actitud respecto a la burguesía liberal era, como se ha dicho más arriba, la piedra de toque en la diferenciación entre los revolucionarios y los oportunistas en las filas de la socialdemocracia.

¿Cuál sería el carácter del futuro gobierno provisional revolucionario? ¿Ante qué tareas se encontraría? ¿En qué orden?

Estas cuestiones importantísimas no podían plantearse correctamente sino en base al carácter fundamental de la política del proletariado, y el carácter de esta política estaba a su vez determinado ante todo por la actitud respecto a la burguesía liberal.

Sin ninguna duda, Plejánov cerraba obstinadamente los ojos ante la conclusión fundamental de la historia política del siglo XIX: cada vez que el proletariado avanza como fuerza independiente, la burguesía se refugia en el campo de la contrarrevolución y cuanta más audacia despliegan las masas en su lucha, tanto más rápida es la degeneración reaccionaria del liberalismo. Nadie ha podido hasta ahora inventar un medio eficaz para detener los efectos de la ley de la lucha de clases.

"Debemos buscar el apoyo de los partidos no proletarios" [repetía Plejánov durante los años de la primera revolución] y no repelerlos con acciones sin tacto".

Con monótonos sermones de esta especie, el filósofo del marxismo demostraba que la dinámica viva de la sociedad le resultaba inaccesible.

Las "faltas de tacto" pueden repeler a un intelectual, susceptible como individuo. A las clases y los partidos los repelen los intereses sociales.

"Puede decirse con seguridad [respondía Lenin a Plejánov] que los liberales y los terratenientes perdonarán millones de "faltas de tacto", pero no perdonarán un solo intento de quitarles la tierra".

Y no tan sólo los terratenientes. Las cumbres de la burguesía están unidas a los terratenientes por la unidad de intereses de propiedad, y, más estrechamente, por el sistema bancario. Las eminencias de la pequeña burguesía y de la intelligentsia dependen materia y moralmente de los propietarios grandes y medianos. Temen el movimiento independiente de las masas.

Sin embargo, para derrocar al zarismo, era preciso llevar a varias decenas de millones de oprimidos a un asalto revolucionario heroico, abnegado, que no se detuviera ante nada. Las masas sólo pueden levantarse por la insurrección bajo la bandera de sus propios intereses y, por consiguiente, con un espíritu de irreconciliable hostilidad hacia las clases explotadoras, empezando por los terratenientes. La "repulsión" de la burguesía

opositora respecto a los obreros y los campesinos revolucionarios era pues una ley inmanente a la revolución misma, no podía evitarse con recursos diplomáticos ni con "tacto".

Cada mes que pasaba confirmaba la apreciación leninista del liberalismo. En contra de las esperanzas de los mencheviques, los kadetes no sólo no estaban dispuestos a ocupar su puesto en cabeza de la revolución "burguesa" sino que, por el contrario, descubrían cada vez más su misión histórica en la lucha contra ella.

Después del aplastamiento de la sublevación de diciembre, los liberales, que ocupaban la primera fila política en la efímera Duma, intentaron con todas sus energías justificarse ante la monarquía y disculparse por la poca firmeza de su conducta contrarrevolucionaria en otoño de 1905, cuando el peligro amenazaba los más sagrados puntales de la "cultura".

El jefe de los liberales, Miliukov, que mantenía negociaciones secretas con el Palacio de Invierno, demostró perfectamente, en la prensa, que, a finales de 1905, los kadetes no podían aparecer siquiera ante las masas. "Los que ahora censuran al partido [kadete, escribía] porque no protestó, en su momento, organizando asambleas contra las ilusiones revolucionarias del trotskysmo [...] sencillamente no comprenden, o no recuerdan, el clima que reinaba entonces en las reuniones democráticas públicas durante las asambleas".

Por "ilusiones del trotskysmo", el jefe liberal entendía la política independiente del proletariado, que atrajo a los sóviets las simpatías de las capas más bajas de las ciudades, de los soldados, de los campesinos y de todos los oprimidos, y que, por esto mismo, provocaba la repulsión de la "sociedad culta".

La evolución de los mencheviques se desarrolló en líneas paralelas. Cada vez con mayor frecuencia tenían que justificarse ante los liberales por haber formado bloque con Trotsky en 1905. Las explicaciones de Mártov, la talentuda publicidad de los mencheviques, se resumían en que era necesario hacer concesiones a las "ilusiones revolucionarias" de las masas.

En Tiflis, los agrupamientos políticos se formaron sobre la misma base de principios que en Petersburgo. "Aplastar la reacción", escribía Jordania, el jefe de los mencheviques del Cáucaso, "para obtener y consolidar la constitución: esto dependerá de la unificación consciente y de los esfuerzos hacia un mismo objetivo de las fuerzas del proletariado y de la burguesía [...] Cierto que el campesinado se verá arrastrado al movimiento, al que dará un carácter elemental, pero el papel decisivo lo desempeñarán sin embargo estas dos clases, mientras que el movimiento agrario les llevará el agua a su molino".

Lenin se burlaba de los temores de Jordania en relación a que una política irreconciliable frente a la burguesía condenara a la impotencia a los obreros. "Jordania discute la cuestión de un posible aislamiento del proletariado en el curso de una revolución democrática, y se olvida... del campesinado. Entre todos los aliados posibles del proletariado sólo conoce y flirtea con los terratenientes liberales. ¡Y no conoce a los campesinos! ¡Y eso en el Cáucaso!" Las refutaciones de Lenin, aunque correctas en principio, simplifican el problema en un punto. Jordania no había "olvidado" al campesinado, ni, como la insinuación del mismo Lenin deja adivinar, podía olvidarlo en el Cáucaso, donde, en aquel tiempo, el campesinado estaba sublevándose con el empuje de un huracán bajo la bandera de los mencheviques. Jordania, sin embargo, no veía en el campesinado tanto a un aliado político como un ariete histórico que podía y debía ser utilizado por la burguesía aliada con el proletariado. No creía que el campesinado pudiera convertirse en una fuerza dirigente o siquiera independiente en la revolución, y en esto no se equivocaba; pero tampoco creía que el proletariado pudiera convertirse en una

fuerza dirigente o siquiera independiente en la revolución., y en esto no se equivocaba; pero tampoco creía que el proletariado pudiera conducir a la victoria la sublevación campesina, y éste era su fatal error. La teoría menchevique de alianza del proletariado y la burguesía significaba en realidad el sometimiento de los obreros y los campesinos a los liberales. El utopismo reaccionario de este programa venía determinado por el hecho de que el avanzado grado de desmembramiento de las clases paralizaba por anticipado a la burguesía como factor revolucionario. En esta cuestión fundamental, eran los bolcheviques los que tenían razón en toda la línea: tras una alianza con la burguesía liberal, los socialdemócratas se verían conducidos inevitablemente a oponerse al movimiento revolucionario de los obreros y los campesinos. En 1905, los mencheviques no tenían aún el valor suficiente para sacar todas las conclusiones necesarias de su teoría de la revolución "burguesa". En 1917, llevaron sus ideas hasta su conclusión lógica, y se partieron la cabeza.

En la cuestión de la posición respecto a los liberales, Stalin, durante los años de la primera revolución, estuvo al lado de Lenin. Hay que decir que, en aquel período, incluso la mayoría de los mencheviques de base estaba más próxima a Lenin que a Plejánov en lo relativo a la burguesía opositora. Una actitud despectiva hacia los liberales era parte integrante de la tradición literaria del radicalismo intelectual. Pero en vano nos esforzaríamos por encontrar alguna contribución independiente de Koba [Stalin] a esta cuestión, un análisis de las relaciones sociales en el Cáucaso, argumentos nuevos o tan siquiera una nueva manera de formular los viejos. Jordania, el líder de los mencheviques del Cáucaso, era mucho más independiente respecto a Plejánov que Stalin respecte a Lenin. "En vano intentan los señores liberales [escribía Koba tras el 9 de enero] salvar el trono tambaleante del zar. ¡En vano tienden al zar una mano salvadora! [...] Las masas populares sublevadas se disponen a la revolución y no a reconciliarse con el zar [...]. Sí, señores, vuestros esfuerzos son en vano. La Revolución Rusa es inevitable, tan inevitable como que salga el sol. ¿Podéis impedir al sol que salga? ¡Ahí está la cuestión!" Y así todo. Koba era incapaz de alcanzar un nivel más alto. Dos años y medio más tarde, imitando a Lenin casi literalmente, escribía: "la burguesía liberal rusa es contrarrevolucionaria. No podría ser la fuerza motriz, ni, aun menos, el líder de la revolución. Es el enemigo jurado de la revolución, y debe librarse una lucha tenaz contra ella". Sin embargo, precisamente en esta cuestión fundamental iba a sufrir Stalin una metamorfosis completa durante los diez años siguientes, encarándose a la revolución de febrero de 1917 como partidario de hacer bloque con la burguesía liberal y, por consiguiente, como campeón de la unificación de mencheviques y bolcheviques en un solo partido. Tan sólo la llegada de Lenin del extranjero puso fin bruscamente a la política independiente de Stalin, a la que calificaba de burla del marxismo.

Los narodniki consideraban a los obreros y a los campesinos simplemente como "trabajadores" y "explotados", interesados por igual en el socialismo. Los marxistas consideraban al campesino como un pequeño burgués, capaz de convertirse en socialista tan sólo en la medida en que, material o espiritualmente, deja de ser un campesino. Los narodniki, con su sentimentalismo característico veían en esta caracterización sociológica una condena moral del campesinado.

La lucha principal entre las tendencias revolucionarias de Rusia se libró en esta línea durante dos generaciones. Para la comprensión de las futuras divergencias entre el estalinismo y el trotskysmo, es preciso subrayar una vez más que Lenin, conforme a toda la tradición marxista. ni por un instante consideró al campesinado como un aliado socialista del proletariado. Al contrario: para él, la imposibilidad de la revolución socialista en Rusia se reducía precisamente de la colosal predominancia del campesinado. Esta concepción se encuentra en todos aquellos de sus artículos que se refieren, directa o

indirectamente, a la cuestión agraria. "Sostenemos el movimiento del campesinado [escribía Lenin en septiembre de 1905], en la medida en que es un movimiento democrático revolucionario. Estamos dispuestos (ahora de inmediato) a entrar en combate contra él en la medida en que se muestre reaccionario, antiproletario. Toda la substancia del marxismo se encuentra en esta doble tarea..." Lenin veía al aliado socialista en el proletariado occidental y, en parte, en los elementos semiproletarios de la aldea rusa, pero en ningún caso en el campesinado como tal. "Sostenemos del comienzo al fin, con todos los medios, incluida la confiscación [repetía con su insistencia característica], al campesino en general contra el terrateniente, y después (y ni siquiera después, sino al mismo tiempo) sostenemos al proletariado contra el campesino en general".

"El campesinado vencerá en el curso de la revolución democrática burguesa [escribía en marzo de 1906], agotando así por completo su empuje revolucionario como campesinado. El proletariado vencerá en el curso de la revolución democrática burguesa, y con ello no hará sino demostrar su verdadero empuje socialista revolucionario". "El movimiento del campesinado [repetía en mayo del mismo año], es el movimiento de una clase distinta, no es una lucha contra las bases del capitalismo, sino orientada a barrer todos los residuos del sistema feudal."

Este punto de vista puede encontrarse en Lenin de artículo en artículo, de año en año, de volumen en volumen. El lenguaje y los ejemplos varían; la idea fundamental es siempre la misma. No podía ser de otro modo. Si Lenin hubiera visto en el campesinado a un aliado *socialista,* no hubiera tenido el menor motivo para insistir en el carácter *burgués* de la revolución y circunscribir "la dictadura del proletariado y del campesinado" a los estrechos límites de unas tareas puramente democráticas. En los casos en que Lenin acusaba al autor de estas líneas de "subestimar" al campesinado, no se refería en absoluto a mi negativa a reconocer las tendencias socialistas del campesinado, sino, por el contrario, a mi reconocimiento inadecuado (según el punto de vista de Lenin) de la independencia democrática burguesa del campesinado, de su capacidad de crear *su propio* poder impidiendo con ello la instauración de la dictadura socialista del proletariado.

La reevaluación de esta cuestión no volvió a ponerse sobre la mesa sino en los años de la reacción termidoriana, cuyo inicio coincidió aproximadamente con la enfermedad y muerte de Lenin. A partir de entonces, se proclamó que la alianza de los obreros y los campesinos rusos era en sí misma una garantía suficiente de los peligros de restauración y una prenda inmutable de la realización del socialismo dentro de los límites de la Unión Soviética. Al reemplazar la teoría de la revolución internacional por la teoría del socialismo en un solo país, Stalin se puso a no designar ya la evaluación marxista del papel del campesinado más que bajo el término de "trotskysmo", y no sólo en relación al presente, sino a todo el pasado también.

Es admisible, naturalmente, plantear la cuestión de si el punto de vista marxista clásico sobre el papel del campesinado ha demostrado o no ser erróneo. Este tema nos llevaría mucho más allá de los límites de este estudio. Basta con constatar aquí que el marxismo nunca ha dado a su estimación del campesinado como clase no socialista un carácter absoluto y estático. El mismo Marx decía que el campesino no sólo tenía supersticiones, sino también capacidad de razonar. El régimen de dictadura del proletariado abrió posibilidades muy amplias de influir sobre el campesinado y reeducarlo.

Los límites de estas posibilidades aún no los ha agotado la historia. Sin embargo, queda ya claro que el papel cada vez más importante de la coerción estatal en la URSS no ha refutado, sino confirmado fundamentalmente, la posición respecto al campesinado que distinguía a los marxistas rusos de los narodniki. Sin embargo, cualquiera sea hoy la situación en este terreno después de veinte años del nuevo régimen, sigue siendo

indudable que, hasta la revolución de octubre, o, más exactamente, hasta 1924, no hubo nadie en el capo marxista (y menos Lenin que cualquier otro) que viera en el campesinado un factor socialista de desarrollo. Sin la ayuda de la revolución proletaria en Occidente, repetía Lenin, la restauración es inevitable. No se equivocaba: la burocracia estalinista no es otra cosa que la primera fase de la restauración burguesa.

Hemos analizado hasta aquí los puntos de partida de las dos fracciones fundamentales de la socialdemocracia rusa. Pero desde el amanecer de la primera revolución se había formulado una tercera posición. Nos vemos obligados a exponerla ahora con toda la amplitud necesaria, no sólo porque encontró una confirmación en el curso de los acontecimientos de 1917, sino, sobre todo, porque siete años después de la Revolución de Octubre esta concepción, tras haber sido desvirtuada de arriba abajo, se puso a desempeñar un papel totalmente imprevisto en la evolución de la política de Stalin y de la burocracia rusa en su conjunto.

A comienzos de 1905, se publicó en Ginebra un folleto de Trotsky. Este folleto contenía un análisis de la situación política tal como se presentaba en invierno de 1904. El autor llegaba a la conclusión de que la campaña independiente de los liberales de peticiones y banquetes había agotado todas sus posibilidades; de que la intelligentsia radical que había depositado en ellos todas sus esperanzas, había llegado, junto con ellos, a un callejón sin salida; de que el movimiento campesino estaba creando condiciones propicias de victoria, pero era incapaz de asegurarla; de que no podía llegarse a una solución decisiva más que con el levantamiento armado del proletariado, y de que la fase siguiente en esta vía sería la huelga general. El folleto se titulaba *Antes del 9 de enero*, porque había sido escrito antes del Domingo Sangriento de Petersburgo. La poderosa oleada de huelgas que se desencadenó después de esa fecha, junto con los conflictos armados iniciales que la acompañaron, eran una confirmación indiscutible del pronóstico estratégico del folleto.

El prefacio de mi trabajo lo había escrito Parvus, un emigrado ruso que por entonces había logrado convertirse en un escritor alemán eminente. La personalidad de Parvus estaba dotada de un don creador excepcional, y era tan capaz de verse influenciado por las ideas de los demás como de enriquecer a los demás con sus ideas. Le faltaban el equilibrio interior y el suficiente amor al trabajo para ofrecer al movimiento obrero una contribución digna de su talento como pensador y como escritor. Ejerció una indudable influencia sobre mi desarrollo personal, en particular en lo referente a la comprensión social-revolucionaria de nuestra época. Algunos años antes de nuestro primer encuentro, Parvus había defendido apasionadamente la idea de una huelga general en Alemania. Pero como el país atravesaba una prolongada crisis industrial, la socialdemocracia se había adaptado al régimen de los Hohenzollern, y la propaganda revolucionaria de un extranjero no encontraba más que una indiferencia irónica. Cuando, dos días después de los acontecimientos sangrientos de Petersburgo, leyó mi folleto, aún manuscrito, Parvus se vio seducido por la idea del papel excepcional que el proletariado de la atrasada Rusia estaba destinado a desempeñar.

Los pocos días que pasamos juntos en Múnich estuvieron dedicados a conversaciones que a los dos nos sirvieron para clarificar muchas cosas, y que nos acercaron personalmente el uno al otro. El prefacio a mi folleto, escrito en aquella época por Parvus, ha pasado a la historia de la Revolución Rusa. En unas pocas páginas, puso a la luz las particularidades sociales de la atrasada Rusia que, desde luego, ya se conocían antes, pero de las que nadie había sacado las conclusiones necesarias.

"Se sabe [escribía Parvus en su prefacio], el radicalismo político en Europa Occidental se apoyaba en primer lugar en la pequeña burguesía. Se trataba de los

artesanos y más generalmente de toda esta parte de la burguesía que ha sido *arrastrada* por el desarrollo industrial y, al mismo tiempo, apartada de la clase capitalista. […]

En Rusia, durante el período precapitalista, las ciudades se desarrollaban más a la china que a la europea. Eran centros administrativos que tenían un carácter puramente burocrático sin la menor significación política; y bajo la relación económica, ferias mercantiles para los propietarios y campesinos de los alrededores. Su desarrollo era todavía insignificante cuando fue suspendido por el proceso capitalista que comenzaba a crear grandes ciudades sobre su modelo, es decir ciudades manufactureras y centros de comercio mundial. […]

El débil desarrollo de la producción artesana, que molesta al desarrollo de la democracia pequeño burguesa, le rendía servicios a la conciencia de clase del proletariado. Éste estaba de entrada concentrado en las fábricas. […]

Los campesinos se verán arrastrados al movimiento en masas crecientes. Pero solamente son capaces de aumentar la anarquía política en el país y así debilitar al gobierno; no pueden constituir un ejército revolucionario ordenado. Por ello, junto al desarrollo de la revolución, una parte cada vez más creciente del trabajo político recae sobre los hombros del proletariado. Al mismo tiempo su conciencia política se amplia y se agranda su energía política. […]

Un gobierno provisional socialdemócrata no podrá realizar en Rusia una revolución socialista, pero el mismo proceso de la liquidación de la autocracia y el establecimiento de una república democrática le dará una buena base para el trabajo político."[11]

Volví a encontrarme con Parvus, esta vez en Petersburgo, cuando ardían los acontecimientos revolucionarios de otoño de 1905. Manteniendo una independencia organizativa respecto a las dos fracciones, publicamos juntos un diario obrero de masas, el *Russkoie Slovo*, y, en coalición con los mencheviques, un gran diario político, *Natchalo*. La teoría de la revolución permanente se ha asociado habitualmente a los nombres de "Parvus y Trotsky". Sólo es parcialmente exacto. El período del apogeo revolucionario de Parvus corresponde a fines del pasado siglo, cuando se encontraba en cabeza de la lucha contra el "revisionismo", es decir, contra la desviación oportunista de la teoría de Marx.

El fracaso de las tentativas de empujar a la socialdemocracia alemana hacia la vía de una política más resuelta minó su optimismo. Ante la perspectiva de la revolución socialista en Occidente, Parvus empezó a reaccionar haciendo cada vez más reservas. En esa época consideraba que "el gobierno provisional socialdemócrata no podrá realizar una revolución socialista en Rusia". Sus pronósticos, por consiguiente, no señalaban la transformación de la revolución democrática en revolución socialista, sino tan sólo la instauración en Rusia de un régimen de democracia obrera de tipo australiano, en el que sobre la base de un sistema de economía agrícola se había establecido por primera vez un gobierno obrero que no rebasaba el marco de un régimen burgués.

Yo no compartía sus opiniones en cuanto a esta conclusión. La democracia australiana, que se había desarrollado orgánicamente sobre la tierra virgen de un continente nuevo, asumió en seguida un carácter conservador y subordinó a un proletariado joven pero absolutamente privilegiado. La democracia rusa, por el contrario, sólo podía florecer como resultado de una grandiosa conmoción revolucionaria cuya dinámica no permitiría al gobierno obrero, en ningún caso, permanecer en el marco de la democracia burguesa. Nuestras divergencias, que empezaron poco después de la revolución de 1905, desembocaron en una total ruptura a comienzos de la guerra, cuando.

[11] "Prefacio a Antes del 9 de enero de L. Trotsky", en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria, páginas 2-6 del formato pdf.

Parvus, en quien el escéptico había aniquilado al revolucionario, se colocó al lado del imperialismo alemán, convirtiéndose más tarde en consejero e inspirador del primer presidente de la república alemana, Ebert.

Tras haber empezado con el folleto *Antes del 9 de marzo*, volví varias veces sobre el tema, desarrollando y justificando la teoría de la revolución permanente. Dada la importancia adquirida más tarde por esta teoría en la evolución ideológica del héroe de esta biografía[12], es necesario exponerla aquí con citas exactas de mis obras de 1905-1906.

"El centro de población de una ciudad moderna, al menos en el caso de las ciudades con una importancia económica y política, lo constituye la clase, esencialmente diferenciada, de los trabajadores asalariados. Es precisamente esta clase, esencialmente desconocida durante la Gran Revolución Francesa, la que está destinada a desempeñar un papel decisivo en nuestra revolución [...] En un país más atrasado económicamente, el proletariado puede tomar el poder antes que en un país capitalista avanzado. Pretender establecer una especie de dependencia automática de la dictadura proletaria respecto a las fuerzas técnicas y a los recursos de un determinado país es un prejuicio que se deriva de un materialismo "económico" simplificado al máximo. Semejante punto de vista no tiene nada en común con el marxismo. Aunque las fuerzas industriales de producción estuvieran diez veces más desarrolladas en los Estados Unidos que en nuestro país, el papel político del proletariado ruso, su influencia próxima sobre la política mundial, son incomparablemente mayores que el papel y la importancia del proletariado norteamericano.

"La revolución rusa, en nuestra opinión, creará las condiciones en las que el poder pueda (y, con la victoria de la revolución, deba) pasar a manos del proletariado antes de que los políticos del liberalismo burgués encuentren ocasión de desarrollar plenamente su genio de hombres de estado... La burguesía rusa está cediendo al proletariado todas las posiciones revolucionarias. También tendrá que ceder la dirección revolucionaria del campesinado. El proletariado, poseyendo el poder, aparecerá al campesinado como una clase emancipadora [...] El proletariado, apoyándose en el campesinado, se esforzará, con todos los medios a su alcance, en elevar el nivel cultural de la aldea y en desarrollar la conciencia política del campesinado [...] Pero ¿no puede quizá el mismo campesinado sumergir al proletariado y ocupar su lugar? Es imposible. Toda la experiencia histórica se levanta contra semejante suposición. Demuestra que el campesinado es completamente incapaz de desempeñar un papel político *independiente* [...] De acuerdo con lo dicho, nuestra manera de enfocar la idea de la "dictadura del proletariado y el campesinado" está clara. La esencia de la cuestión no está en saber si la consideramos admisible en principio, o si creemos deseable o indeseable esta forma de cooperación. La consideramos irrealizable, al menos en un sentido directo e inmediato".

Este pasaje demuestra ya hasta qué punto es errónea la afirmación, repetida más tarde hasta la saciedad, de que la concepción aquí expuesta "salte por encima de la revolución burguesa", "La lucha por la renovación democrática de Rusia [escribí en aquella época], ha alcanzado su pleno desarrollo y está conducida por fuerzas que se desenvuelven sobre la base del capitalismo. Está *dirigida, directamente y ante todo*, contra los obstáculos feudales que obstruyen la vía de desarrollo de la sociedad capitalista.

"Sin embargo, la pregunta era: ¿Qué fuerzas y qué métodos son capaces, precisamente, de eliminar esos obstáculos? Uno puede contestar a todas las preguntas de la revolución afirmando que nuestra revolución es burguesa en cuanto a sus fines objetivos, y por consiguiente en cuanto a sus resultados inevitables, y cerrar así los ojos ante el hecho de que el principal agente de esta revolución burguesa es el proletariado, y

[12] Recordamos que el texto estaba destinado a formar parte de la biografía de Stalin. (Fontamara)

de que el proletariado se verá llevado al poder por el proceso de la revolución en su conjunto [...] Puede uno abrigar la ilusión de que las condiciones de Rusia no están aún maduras para una economía socialista, y negligir por tanto el tomar en consideración el hecho de que el proletariado, cuando haya conquistado el poder, se verá obligado inevitablemente, por la lógica misma de su situación, a introducir una economía estatizada [...]

Entrando en el gobierno, no como rehenes, no impotentes, sino como fuerza dirigente, los representantes del proletariado harán desaparecer, por el hecho mismo, la distinción entre el programa mínimo y el programa máximo, es decir, pondrán el colectivismo a la orden del día. El punto en que el proletariado se vea detenido en esta dirección dependerá de la relación de fuerzas, y de ningún modo de las intenciones iniciales del partido del proletariado [...]

"Pero no es demasiado pronto para plantear el interrogante: ¿Debe inevitablemente estrellarse la dictadura del proletariado contra el marco de la revolución burguesa? ¿Acaso no podría darse que, sobre unas bases *históricas mundiales* determinadas, viera abrirse ante ella la perspectiva de una victoria que se logra rompiendo este estrecho marco? Una cosa puede decirse con seguridad: sin la ayuda directa del proletariado europeo, la clase obrera rusa no podría conservar el poder, ni convertir su poder temporal en una dictadura socialista de larga duración..." De ahí, sin embargo, no se deriva en absoluto un pronóstico pesimista. "La emancipación política de la clase obrera rusa la eleva al rango de guía todopoderoso, y la convierte en iniciadora de la liquidación mundial del capitalismo; para ella ha creado la historia todas las condiciones objetivas necesarias..." Respecto a la medida en que la socialdemocracia internacional fuera capaz de cumplir su papel revolucionario, escribía en 1906:

"Los partidos socialistas europeos (y ante todo el más poderoso de ellos, el partido alemán) están todos aquejados de conservadurismo. A medida que masas cada vez mayores se incorporan al socialismo y que aumentan la organización y la disciplina de estas masas, ese conservadurismo aumenta también.

"Por esto la socialdemocracia, como organización que encarna la experiencia política, puede, en un momento dado, convertirse en un obstáculo directo en la vía del conflicto abierto entre los obreros y la reacción burguesa..." En la conclusión de mi análisis expresaba, sin embargo, la seguridad en que "la revolución en el Este de Europa dotará de idealismo revolucionario al proletariado de Occidente y engendrará en él el deseo de hablar "en ruso" a su enemigo..."

***

Resumamos. El narodnikismo, siguiendo la huella de los eslavófilos, nació de ilusiones acerca de las vías totalmente originales del desarrollo de Rusia, al margen del capitalismo y de la república burguesa. El marxismo de Plejánov se esforzó en demostrar la identidad de principio entre las vías históricas de Rusia y Occidente. El programa derivado de ahí ignoró las particularidades, reales y en absoluto místicas, de la estructura social de Rusia y de su desarrollo revolucionario. La actitud de los mencheviques ante la revolución, abstracción hecha de incrustaciones episódicas y desviaciones individuales, puede resumirse así: la victoria de la revolución burguesa sólo es concebible bajo la dirección de la burguesía liberal, y debe poner el poder en sus manos. El régimen democrático permitirá entonces al proletariado ruso alcanzar a sus hermanos mayores de Occidente en la vía de la lucha por el socialismo, con posibilidades de éxito incomparablemente mayores que antes.

La perspectiva de Lenin puede exponerse brevemente del modo siguiente: la retrasada burguesía de Rusia es incapaz de consumar su propia revolución. La victoria

completa de la revolución mediante la "dictadura democrática del proletariado y el campesinado" depurará al país de residuos medievales, imprimirá al desarrollo del capitalismo ruso el ritmo del capitalismo norteamericano, reforzará al proletariado de la ciudad y del campo, y abrirá amplias posibilidades a la lucha por el socialismo. Por otra parte, la victoria de la revolución rusa dará un poderoso impulso a la revolución socialista de Occidente, la cual no sólo protegerá a Rusia de los peligros de restauración, sino que también permitirá al proletariado ruso lograr la conquista del poder en un plazo histórico relativamente breve.

La perspectiva de la revolución permanente puede resumirse como sigue: la victoria completa de la revolución democrática en Rusia sólo puede concebirse bajo la forma de una dictadura del proletariado apoyado sobre el campesinado. La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondrá a la orden del día no sólo tareas democráticas, sino también tareas socialistas, dará al mismo tiempo un poderoso impulso a la revolución socialista internacional. Sólo la victoria del proletariado de Occidente garantizará a Rusia contra una restauración burguesa y le proporcionará la posibilidad de llevar a cabo la edificación socialista.

Estas fórmulas concisas revelan, con igual claridad, tanto la homogeneidad de las dos últimas concepciones en cuanto a su irreconciliable contraposición a la perspectiva liberal (menchevique) como la diferencia esencial entre ellas respecto a la cuestión del carácter social y las tareas de la "dictadura" nacida de la revolución. La objeción, tantas veces repetida por los actuales teóricos de Moscú, de que el programa de la dictadura del proletariado era "prematuro" en 1905, está completamente desprovista de base... En un sentido empírico, el programa de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado demostró igualmente ser "prematuro". La relación de fuerzas, desfavorable en la época de la primera revolución, hacía imposible, no ya la dictadura del proletariado en cuanto tal, sino, en general, la victoria misma de la revolución. Sin embargo, todas las tendencias revolucionarias procedían de la esperanza en una victoria completa: sin esta esperanza, la lucha revolucionaria hubiera sido imposible. Las diferencias estaban referidas a las perspectivas generales de la revolución y a la estrategia que de ellas se derivaba. La perspectiva de los mencheviques era completamente errónea. Llevaba al proletariado por un camino totalmente equivocado. La perspectiva de los bolcheviques era incompleta: señalaba correctamente la dirección general de la lucha, pero caracterizaba incorrectamente sus etapas. La insuficiencia de la perspectiva de los bolcheviques no se reveló ya en 1905 por la sencilla razón de que la revolución misma no conoció un desarrollo más amplio. Pero a principios de 1917, Lenin se vio obligado, en lucha directa contra los cuadros más viejos del partido, a cambiar de perspectiva.

Un pronóstico político no puede pretender la misma exactitud que un pronóstico astronómico. Resulta satisfactorio sólo con que señale correctamente la línea general de desarrollo y permita orientarse en la dirección del proceso real de los acontecimientos, cuya línea fundamental habrá de desviarse inevitablemente a derecha o izquierda. En este sentido, no es posible dejar de reconocer que la concepción de la revolución permanente ha soportado con éxito la prueba de la historia. Durante los primeros años del régimen soviético nadie lo negaba. Al contrario: el hecho se reconocía en numerosas publicaciones oficiales. Pero cuando, en las cumbres apacibles y fosilizadas de la sociedad soviética, estalló la reacción burocrática contra octubre, estuvo dirigida desde el comienzo contra esta teoría que, de forma más completa que ninguna otra, reflejaba la primera revolución proletaria de la historia, y al mismo tiempo revelaba claramente su carácter parcial, incompleto y limitado. Así fue como nació, por reacción, la teoría del socialismo en un solo país, el dogma fundamental del estalinismo.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)

Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
- *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
- *04. Obres escollides de Lenin en català*
- *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
- *06. León Sedov: escritos*
- *07.a Liga de los Comunistas*
- *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
- *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
- *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
- *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
- *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
- *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
- *14. Lenin: dos textos inéditos*
- *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano
(enlace desde imagen)
Alejandría Proletaria